

A misty forest scene with a person walking away in the distance. The trees are tall and thin, and the ground is covered in fallen leaves. The overall atmosphere is mysterious and somber.

EL GUARDIÁN
DEL LIBRO
ROJO

JUAN CASTILLA



Círculo Rojo
FUNDACIÓN

El guardián del libro rojo

Juan Castilla Mora

HECHOS:

Entre 1946 y 1956 se encontraron en once cuevas de Qumrán, junto al mar Muerto, decenas de antiguos textos manuscritos que formaban la biblioteca de los esenios, una secta apocalíptica judía del siglo II a. C.

Carlos A. Segovia
Profesor asociado de la Universidad Camilo José Cela

PRIMERA PARTE

EL CAZADOR

Hallstatt. Austria. 1947

El extranjero esperaba sentado sobre un banco de piedra caliza. Frente a él se extendía el pequeño cementerio de la iglesia parroquial. Un poco más lejos, el osario exhibía su colección privada de cráneos adornados con delicados motivos pintados sobre el hueso.

Una brisa húmeda arreció por su espalda procedente del lago cercano erizándole los pelillos de la nuca. Subió la solapa del abrigo de lana gris y se levantó, comenzando a sentir el trasero frío. De camino al osario, no pudo pasar de largo por las diminutas tumbas del suelo, con cruces de madera rematadas con pequeños tejaditos de estilo montañés, sin detenerse a leer algunos nombres.

Siguió caminando entre las tumbas. Le llamó la atención una en particular, adornada con flores de temporada y un césped verde brillante en el lugar donde reposaban sus restos.

Johan Oehler
1935-1947

Un ramo de tulipanes la adornaba con pétalos rosa y bordes secos. Avanzó los tres pasos que lo separaban del osario y se agarró a los barrotes de su reja. Estaba fría, pintada de un color negro lacado que hacía resbalar las manos. Frente a él, en una bóveda escavada en la roca, había una enorme pila de huesos alineados rodeando el habitáculo. Sobre ellos, una repisa sostenía los cráneos. Cien, doscientos o más. La mayoría estaban pintados con motivos florales, cruces, serpientes, la variedad era exquisita. «Dana Schröder», leyó grabado en el hueso frontal de uno.

Había encontrado el cráneo y su misión estaba a punto de concluir.

Una sombra se proyectó procedente del exterior, a espaldas del extranjero. Un sacerdote avanzó hacia él señalando al interior de la cavidad. Su cabeza, de pelo

grisáceo, se protegía del frío con un sombrero de fieltro.

—*Es ist faszinierend, nicht wahr?* —dijo el sacerdote.

—Disculpe, no entiendo alemán todo lo que me gustaría.

—Oh, no. Disculpe usted. —El castellano del sacerdote, por el contrario, era excelente—. Le hablaba de lo encantador que es este lugar.

—Con esos cráneos adornados se acerca a macabro.

—¿Macabro? A mí me parece precioso.

—No niego que pintar coronas de flores en las calaveras pueda serlo, pero en mi país dibujar serpientes sería obviamente macabro.

—Los niños de Hallstatt suelen jugar cerca del cementerio a algo que le resultará curioso. Miran a través de los barrotes y se fijan en el motivo de uno de los cráneos. Una cruz o una rosa, por ejemplo. La gracia está en encontrar el dibujo elegido por los demás.

—Suena divertido.

—No si pierdes, porque el castigo es quedarte en el cementerio durante esa noche hasta que tu padre venga a por ti con un bastón y dispuesto a zurrarte.

—¿Juegan mucho a eso?

—Más de lo recomendable. —El sacerdote se quitó el guante de la mano derecha—. Soy el padre Pete.

—Lo sé —dijo estrechándole la mano.

—¿Por el señor Schuder?

—Sí, claro.

—Usted debe ser su secretario, don Daniel.

—Ha acertado. Se lo habrán comentado, pero tiene usted un castellano envidiable.

—Eso dicen.

El sacerdote le invitó a seguirlo con un recién adquirido porte de incomodidad.

Las calles de Hallstatt serpenteaban sutiles bordeando un lago de aguas mansas. Situado en un extremo de la villa, Daniel había admirado esa mañana la idílica postal. Tras el tortuoso viaje en su Citroën, estacionó el vehículo junto al muelle y quedó paralizado por la belleza de las dos Hallstatt: una sobre el agua, silenciosa entre escarpadas montañas; y otra bajo ella, reflejada en un espejo de agua.

—Dicen que hay un pueblo sumergido —dijo el padre Pete mientras se acercaban a la plaza—. Hay una celebración después de Pentecostés. El Prangstangen. Ese día se escuchan campanas. Cuentan que no son las de la iglesia, sino que proceden del pueblo debajo de las aguas.

Llegaron a la parroquia, muy próxima a la plaza principal.

—¿Ha sido duro el viaje? —le preguntó el sacerdote empujando la enorme puerta.

—No le recomiendo ir desde Roma a Hallstatt subido en los dos caballos de mi auto. Mucho menos perderte, parar a preguntar y descubrir que te has pasado de largo cincuenta kilómetros.

—¿Visitará algo más después de Hallstatt?

—Esta vez creo que no.

—¿Ha estado antes en Austria?

—Muchas veces.

Daniel marcó la cruz en su cuerpo. El sacerdote no percibió el gesto, sentándose en un banco situado frente al altar.

—Me encanta un local en Viena —continuó—, muy pequeñito pero acogedor, cerca del Danubio y de Swedenplatz.

—¡No, no! —La iglesia estaba vacía, de lo contrario habría escandalizado a los feligreses—. Fíjese bien en mi pronunciación. —Puso los labios como si fuera un bebé mamando de un pecho—. *Schhh*. ¿Nota la diferencia? *Schhhhh*. *Schhhweeeeeedenplatzzz*.

—La pronunciación alemana es diabólica.

Daniel se detuvo a contemplar el maravilloso retablo del altar. Notaba cómo el sacerdote le clavaba sus ojos arrugados.

—Bueno, don Daniel. —El padre Pete se frotó los nudillos—. ¿Hablamos del dinero?

Una llamada telefónica había alterado la apacible rutina del padre Pete. El señor Schuder, oriundo de Hallstatt y afincado en Roma, deseaba ponerse en paz con Dios antes de morir. Donar a la parroquia una importante cantidad de chelines le parecía una buena forma de limar asperezas antes de cruzar la última puerta, y el padre Pete se mostraba dispuesto a allanar el encuentro en la medida de sus posibilidades con un par de misas en su honor. Pero antes tenía que formalizar el papeleo con Daniel Sorolla, el secretario del señor Schuder, un extranjero de origen español.

—Su patrón es muy considerado con nuestros vecinos. Esa aportación será bien empleada para restaurar esta casa de Dios.

La puerta de entrada se abrió. Una anciana enjuta con pañuelo violeta en la cabeza los saludaba. Dejó la cesta que portaba sobre un banco y se sentó.

—Le transmitiré su agradecimiento, Pete.

—Padre Pete, si no le importa. No estoy acostumbrado a oír solo mi nombre.

—Para eso tendría usted que serlo —susurró Daniel en un perfectísimo

alemán.

El sacerdote quedó paralizado.

—¿Cómo dice?

La anciana interrumpió una oración, conectó su antena de retransmisión local y esperó señal. Continuaría el rezo más adelante.

—Por favor, siéntese. —El sacerdote lo miraba congelado mientras él seguía hablando en alemán—. Es la primera vez que veo a un católico pasar frente a un altar y no postrarse, pero no me ha llamado especialmente la atención. Por cierto, su castellano con acento catalán es horrible y su alemán quizá peor, y eso sí me extraña.

El supuesto sacerdote se deslizó hasta el asiento. Las piernas comenzaron a temblarle.

—Le voy a hacer una confesión, señor Rodrigo —continuó Daniel—. Así es como se llama, ¿verdad? El padre Pete Augband era un consumado jugador de ajedrez. Lo cierto es que entre 1925 y 39 estuvo fuera de Austria, y aunque en ese tiempo pudo adquirir el castellano, dudo que perdiera su alemán austríaco natal. Pero quizá con una partida de ajedrez vuelva a creer en usted. Soy buen jugador, pero no tanto como el célebre campeón Pete Augband. Eso sí, tengo que reconocer que entre ustedes hay un parecido razonable. —Las mejillas rosadas del sacerdote impostor estaban pálidas—. Así que... ¿Hablamos del verdadero dinero?

Al escuchar las últimas palabras, Rodrigo se incorporó, con la sangre enrojeciendo los capilares de su rostro, y se dirigió rígido hasta la anciana, que estaba disfrutando como una loca.

—Por favor, señora Marthina. ¿Sería tan amable de dejarnos solos a este caballero y a mí?

—No se preocupen —replicó ella—. No me molestan.

—Vamos. Se lo pido como favor personal.

—Está bien, padre Pete. Porque usted es el padre Pete, ¿no?

—Qué cosas dice. ¿No ve que es una broma entre amigos?

Terminó por empujarla los últimos metros para conseguir que la anciana abandonara la iglesia. Cerró la puerta y se entornó hacia Daniel.

—¿*Qui és vostè, fill de la gran puta?* —dijo Rodrigo disparando saliva.

—Ahí tenemos el catalán, sí señor. Limpio y bizarro.

—Usted no viene a entregar dinero.

—Exacto. Vengo a recoger lo que robó.

—¡No he robado en mi vida! ¡Son ellos los que arrebataron un gobierno legalmente constituido por la voluntad del pueblo español!

—No tiene que convencerme de nada, señor Rodrigo. Usted huyó con algo

propiedad del Estado y debe reintegrárselo.

—No tengo nada para ti.

—Yo creo que sí.

Rodrigo abrió la puerta de la iglesia. En la calle estaba la anciana, acompañada de cuatro vecinas que estiraban sus cuellos, como si al hacerlo pudieran penetrar los oídos dentro. Con un gesto, Rodrigo invitó al extraño a abandonar el edificio.

—Dígame, Rodrigo —le susurró cerca del oído—. ¿Qué cree que ocurrirá cuando las autoridades austríacas sepan que un republicano español se hace pasar por un lugareño muerto?

El falso sacerdote volvió a cerrar, muy despacio.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Se lo he dicho. Volvamos al osario.

La reja chirrió. Entre innumerables cráneos, una pequeña imagen de Cristo crucificado presidía la estancia, acompañada sobre una repisa de madera por cuatro candelabros con velas encendidas.

—¿Este es el famoso Cristo de Salcillo? —dijo Daniel penetrando en el interior—. Es fascinante que algo así pueda ocasionar tantos problemas. ¿Me permite?

Tomó la imagen y la introdujo dentro de un maletín con el interior acolchado. Con antelación había sacado del mismo una talega azul oscuro.

—Algo más. No he pronunciado bien el apellido de mi cliente. No es Schuder. Es Schröder. El caballero desearía recuperar los restos de su querida esposa Dana, entiéndalo, y ser sepultado junto a ellos cuando llegue el momento. —Rodrigo le disparó una mirada de odio—. ¿Dónde podrá estar su calavera? Ah, mire —dijo con tono burlón—. Pero si está aquí. «Dana Schröder». Me la llevo también.

Vio impotente cómo Daniel metía el cráneo dentro de la talega, dispuesto a marcharse.

—Rodrigo, me gusta creer en la sabiduría de las personas. Nunca vuelva a officiar un servicio religioso. Confío en que sabrá hacer lo correcto y esfumarse. Dese por avisado.

El automóvil ronroneó perezoso antes de ponerse en marcha y conducir a Daniel fuera de Hallstatt. En el asiento de atrás, un maletín y la talega con el cráneo eran testigos de su paso por la encantadora localidad, y eso significaba haber cumplido el encargo sin fisuras.

No se demoró en partir más allá de las cinco de la tarde, pero antes de

recorrer los treinta kilómetros que lo separaban de Bad Ischl ya era noche cerrada.

La recepción del Goldener Ochs era amplia y acogedora, con un suelo de mármol verde marino.

—La llave de mi habitación, por favor —le dijo al recepcionista—. Daniel Sorolla. 213.

El muchacho miró su libro de reservas y después el casillero con la llave. Se mostró confundido.

—Lo siento, señor, la habitación está ocupada.

Daniel dibujó una sonrisa en sus labios.

—¿Ha llegado mi esposa?

Deslizó un billete de 50 chelines sobre el mostrador barnizado. El recepcionista miró el dinero y lo introdujo en el bolsillo interior de su chaleco.

—¿Necesita que le lleven el equipaje?

—No se preocupe. Va conmigo.

Picó con los nudillos en la puerta. Dos toques, pausa, y un toque más. Primero silencio, luego unos pasos sobre el parqué y un cerrojo que se deslizaba. Al abrir lo recibió un largo pasillo con paredes decoradas de papel floral. Una lámpara con campana verde iluminaba la habitación y su mobiliario: butaca de terciopelo, escritorio con vistas al río Traun, cama con una preciosa mujer en ropa interior. Realmente acogedor.

—No te esperaba tan temprano —dijo ella quitándose una media.

La otra estaba arremolinada junto a un par de zapatos. Sobre el escritorio había una falda de talle alto y una blusa blanca, la indumentaria de la oficina consular.

—¿A quién esperabas vestida así, Lena? Desvestida, en realidad.

La mujer sonrió con labios jugosos. Tenía el pelo rubio, peinado al estilo americano, muy de moda. Intentaba recolocar unos pelitos sueltos sobre la oreja sujetando un pequeño espejo.

—Me encanta el tacto de las sábanas limpias sobre la piel.

Introdujo el espejo dentro de un bolso de mano atestado de cachivaches y se incorporó. Daniel contempló sin pudor su delgada figura, apenas tapada por el conjunto de lencería. Era un lujoso papel de envolver de color satén que permitía descubrir parte de lo que escondía debajo. Se sentía como un niño en su cumpleaños, impaciente por tirar de los lazos para ver cómo caían por su cuerpo desnudo.

—Dame eso —dijo Lena tomando la talega— ¡Cuánto pesa! ¿Qué llevas aquí?

Se le resbaló entre los dedos, rodando unos centímetros. Daniel tomó la talega

y la depositó sobre el escritorio.

—¿Vas a jugar a los bolos? —dijo ella.

—No es el juego que tenía pensado.

—Déjame ver lo que hay dentro.

—No te conviene.

Lena miraba la talega impaciente.

—Ahora tengo más ganas.

—Pues adelante.

Se apartó, aflojando el nudo de su corbata moka con rayas. Luego se quitó los zapatos y se sentó sobre la cama. Ella seguía mirando el objeto, indecisa. Decidió liberar la cuerda que lo cerraba. Al ver su contenido lanzó un grito y cayó sobre la cama.

—¿Qué demonios es eso?

En el escritorio, la calavera desdentada de Dana Schröder la miraba, con una corona de laurel pintada a todo su alrededor.

—¡Idiota! ¿Has traído un muerto?

Daniel se levantó, extrayendo una pequeña navaja del bolsillo del pantalón. Se acercó al cráneo y golpeó con la punta afilada sobre él. Un sonido metálico respondió. Con el lado cortante raspó unas volutas de pintura sobre el hueso nasal, revelando un brillo dorado.

—Es algo por lo que perder la cabeza, querida Lena.

—Eso es... —La mujer tragó saliva—. ¿Oro? ¿Para eso querías la información del consulado?

Daniel devolvió el cráneo al interior de la talega.

—No pienses ahora —dijo tomándola de un brazo.

—¿Que no piense? ¡Pero si es toda de oro!

No pudo decir nada más. Daniel la abrazaba, dándole un beso en la boca y con los dedos entre sus cabellos, deshaciendo el bonito peinado.

Por la mañana preparó su ropa, intentando eliminar la más pequeña arruga y se dispuso a afeitarse. Solo tenía que repasar el cuello y acondicionar la barba, pero le gustaba ser meticuloso.

—Siéntate —dijo Lena—. Voy a hacerlo yo.

Tomó la navaja de afeitar y con movimientos suaves fue rasurando bajo la barbilla. La veía inclinada sobre él, con sus pechos rozándole la clavícula y sintiendo la afilada hoja deslizándose por la piel. Un tajo limpio en la nuez y la sangre brotaría hasta ahogarlo. Le resultó profundamente erótico.

—Podría acostumbrarme —dijo Daniel.

Lena tenía los ojos clavados en su trabajo. Resultaba evidente la falta de práctica.

—Ese cráneo... ¿Es alguna de tus amantes?

—Eres la única que tengo.

—Mientes.

—Ahora sí que lo eres.

Lena le hizo un pequeño corte cerca de la yugular.

—Un día de estos —lo amenazó—, dejaré de contestar tus llamadas.

Daniel deslizó las manos por la espalda de Lena. Ella acercó la lengua hasta la herida y lamió la zona con suavidad.

El tiempo feliz se esfuma rápido. En un instante pasó de acariciar el cuerpo desnudo de Lena a ver cómo se introducía en un taxi con destino a Linz.

—¿Vas a volver? —le dijo sentada en el vehículo.

—Quizá. No lo sé.

—Si lo haces, no me llames. No quiero saber nada de ti.

—Siempre dices lo mismo.

Lena quiso tocarle la cara, pero detuvo su mano a medio camino.

—Pues deberías hacerme caso.

—Toma.

Daniel extrajo del bolsillo interior de su abrigo una pequeña cajita de color ocre y tacto suave. La abrió. Eran unos pendientes con forma de flor mezclando diferentes tonos dorados. Lena los miró con desdén, tirándolos al suelo de un manotazo.

—No soy tu puta.

Lo abofeteó. Luego cerró la puerta, marcando al taxista su destino.

De camino a Roma, Daniel no dejaba de pensar en Lena. Sus ojos claros, un poco juntos, con los que le gustaba bromear. Sus pechos pequeños. Las piernas largas y su forma de tomar café con diminutos sorbos. Cruzando el puente Sublicio, procedente de vía Portuense, recordó la furia en los ojos de Lena. Era una mujer difícil de adular, pero sencillo amarla. En Plaza de Caballeros de Malta paró el motor y olió su camisa. Si, allí seguía ella.

Bajó del vehículo. La vetusta plaza olía a cementerio. Rodeada por una muralla de piedra, en el centro de un enorme jardín de cipreses, se alzaba la sede de los Caballeros.

«¿Por qué monseñor Escribá te habrá citado aquí?», pensó.

Una vez dentro del edificio le indicaron una sala de espera. Escogió un confortable sillón y se alojó en él. A su derecha estaba el maletín con el Cristo crucificado de Salcillo. A su izquierda el cráneo de oro. Alguien así no debería esperar.

Pasaron dos minutos. Cinco. Los dedos de Daniel traqueteaban sobre sus rodillas. Algo pasaba.

José María Escribá lo dispuso todo para reunirse con él en la sede de la Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén de Rodas y de Malta. Así rezaba en unos azulejos con letras góticas. Un nombre demasiado largo. Él prefería llamarlos con el clásico nombre de Caballeros de San Juan, o bien Caballeros de Malta, como eran conocidos en Roma.

Comenzó a morderse el interior de los carrillos.

—Conoces la delicada situación en la que nos encontramos —le dijo Escribá durante los preparativos de la misión—. Necesitamos la aprobación definitiva del papa para continuar nuestra labor apostolical. Las grandes decisiones se toman en Roma, pero a la Santa Sede se puede acceder por muchos caminos. Un encargo más y todo quedará trenzado.

Recuperar el tesoro robado por el falso padre Pete resultó más complicado de lo habitual. Durante meses había seguido su rastro, un republicano con cierto cargo relevante en el gobierno de la II República. El ingenuo huyó con un voluminoso cargamento de cálices de oro y lo que supondría su perdición, la talla de Cristo en la cruz esculpida por Francisco Salcillo. No se molestó en buscar el oro. Se limitó a seguir la estela dibujada por la talla hasta el interior del osario de Hallstatt.

Siete minutos. Diez. El interior de su boca estaba en carne viva. Notó el sabor de la sangre en los labios.

—¿Señor Sorolla? —dijo un hombre.

—Sí, soy yo.

—Tenga la amabilidad de acompañarme.

Daniel tomó el maletín y la talega, siguiendo al individuo a través de un pasillo. Al fondo, podía ver la figura de un anciano apoyándose en un bastón.

—Le esperan.

Había algo que chisporroteaba dentro de su cabeza. Tenía que encontrarse con Escribá y darle lo que portaba. De ningún modo se lo entregaría a otra persona.

Cruzó el corredor y penetró en una habitación. Había dos hombres en ella, el anciano del bastón y otro sentado detrás de un escritorio.

—¿Es este? —dijo el individuo del bastón.

Lo movía de una mano a otra, haciendo relucir su cabezal metálico.

—¿Es el Cazador?

Tenía el pelo completamente blanco y una característica barba más abundante en la zona de la barbilla. Le resultaba familiar, pero no tanto como el sacerdote sentado en el escritorio: Álvaro del Portillo.

«¿Por qué tiene que estar aquí Álvaro? —se preguntó—. No hay un solo lugar

donde no husmee».

—Permítame que realice las presentaciones —dijo alguien tras de sí.

Era Escribá, cerrando una cortina. La estancia quedaba así aislada del corredor.

«Gracias a Dios. Monseñor está aquí».

—Daniel, te presento a Su Alteza Eminentísima, el príncipe y Gran Maestro de la Soberana Orden Militar de San Juan.

—Eminencia.

—¿Se va a quedar ahí parado con el maletín y esa talega? —dijo el Gran Maestro.

Álvaro del Portillo se incorporó, acercándose hasta Daniel.

—Por favor —solicitó José María—. Entrégale el encargo y siéntate.

Álvaro le arrebató la carga, dejándola sobre el escritorio como si se tratara de un saco de patatas descargado en el mercado. Una ola de furia corrió por dentro de Daniel apretando sus dientes. Al sentarse quedó a dos palmos de una mesa cubierta de ampliaciones fotográficas y mapas detallados de forma espectacular. El más cercano a sus ojos delimitaba la costa de Argel, con un grueso trazo rojo rodeando la ciudad.

—¿Entiende bien el italiano? —preguntó el Gran Maestro.

—Y también lo hablo, eminencia. Mi madre era italiana. Tampoco se me da mal el alemán y el árabe. Latín, por supuesto, y chapurreo algo de inglés.

—Es extraño que monseñor Escribá no te haya encaminado hacia el sacerdocio, en caso de ser cierto el cúmulo de virtudes que atesoras.

—Lo ha intentado.

—¿Y cómo ha fracasado? José María puede llegar a ser muy convincente.

—El celibato no es para mí.

—No es fácil renunciar a los dones femeninos, ¿verdad? —La risita del anciano sonó como la de un duende travieso—. Monseñor Escribá afirma que puedes encontrar cualquier cosa.

—Nadie escapa al Cazador —dijo José María—. Lo prueba su último encargo. Supongo que en ese maletín estará el Cristo de Salcillo.

—Por supuesto, monseñor. Y dentro de la talega está el oro. El republicano fundió los cálices en una calavera ocultándola dentro de un osario.

—¿Es a eso a lo que te dedicas? —preguntó el Gran Maestro.

—¿Perdón?

—A encontrar personas.

—Unas veces sí; otras, lo que estas esconden. Pero confío en que monseñor tenga para mí un destino más cerca de su bondadosa mano.

—¿Por qué no te incorporas, muchacho?

«¿Muchacho? —se repitió Daniel—. Tengo casi cuarenta años, carcamal».

El Gran Maestro le señalaba la pequeña mesa repleta de fotografías. Al reparar en ellas pudo distinguir unos caracteres arcaicos sobre pergaminos amarillentos. El círculo rojo sobre el mapa de Argel volvió a atraer su atención. Ahora que estaba más cerca distinguía dos palabras escritas a lápiz junto al trazo redondo:

«JUDÍO ERRANTE»

—Cuénteselo, padre Álvaro —dijo el Gran Maestro.

El sacerdote había permanecido callado hasta ahora, con las manos entrelazadas. Se acercó hasta la mesa y tomó una de las fotografías.

—En noviembre del año pasado aparecieron estos pergaminos en un bazar de Belén. Pertenecen a un tal Kando, marchante de antigüedades. Por lo que hemos averiguado son textos judíos, uno de Isaías y otros dos que hemos llamado *Regla de la comunidad* y *Tomo de Habacuc*. —Daniel escuchaba con ojos entreabiertos—. ¿Me sigues, Daniel?

—Creo que me he perdido hace rato, pero continúe, padre Álvaro. Más adelante le alcanzo.

El sacerdote espiró profundo y continuó su explicación.

—Sabemos que la Universidad Hebrea de Jerusalén está interesada en los pergaminos y que podrían adquirirlos en breve. Ignoramos dónde han aparecido.

—Pero sí conocemos su antigüedad —dijo Escribá—. Son anteriores a Cristo. Nuestra teoría, o mejor dicho, la teoría de su eminencia es que pertenecen a la secta judía de los esenios.

—¿Esenios?

—¿Los conoce? —preguntó el Gran Maestro.

—Recuerdo por encima la lección. Había cuatro grandes ramas judías en tiempos de Cristo. Esenios, saduceos, fariseos y zelotas. Perdonen si soy algo inexacto, pero han pasado demasiados años desde esa lección. Los esenios se retiraron a Qumrán, en el desierto de Judea, y poco más se sabe de ellos.

—Ni yo lo hubiera resumido mejor —afirmó el Gran Maestro—. Muchacho, mi Orden cree que alguien ha encontrado la biblioteca privada de los esenios en algún lugar del desierto. Tú nos ayudarás a encontrarla.

—¿Yo? —dijo Daniel casi sin voz.

—Eso es. Viajarás a Tierra Santa tras el rastro de los pergaminos hasta encontrarla.

José María limpiaba los cristales de sus gafas con una mano de culpa apoyándose en su cabeza.

—¿Saben ustedes que judíos y musulmanes están a punto de iniciar una guerra

allí? Tierra Santa es ahora un polvorín.

—¿Supone un problema? —dijo lacónico Álvaro del Portillo.

Daniel lo entendió. Si quería formar parte de la cúpula del Opus Dei tendría que realizar aquel encargo.

«¿Hasta cuándo tengo que demostrar mi valía? ¿Hasta cuándo, José María?»

—Dime, hijo —pronunció solícito el Gran Maestro—. ¿Eres el cazador que necesito?

Por el rabillo del ojo seguía viendo el círculo rojo sobre el plano de Argel.

Alcolea del Pinar, Guadalajara. 2 de septiembre de 1936

Querido Eulogio Saucedo:

Soy Daniel Sorolla. Siguiendo sus indicaciones, le escribo esta carta desde el frente, muy cerca de la ciudad de Sigüenza. Ayer mismo llegamos a la localidad de Alcolea del Pinar, donde permaneceré hasta nuevo aviso.

Supiera usted cuan diferente es esto de nuestra vida dentro del seminario. Intento aclimatarme al nuevo ambiente, pero mis compañeros seculares no me lo ponen fácil. Han pasado solo unas horas desde que nos acoplamos en las literas y ya he sido testigo del incumplimiento de dos docenas de Sagrados Mandamientos. Solo tenemos diez, así que figúrese.

Quisiera conocer el porvenir de mis compañeros de seminario, si eso es posible. ¿Podría ponerme al día sobre ellos en su próxima carta? Especialmente Carlos, «el Libritos», que tan buenas migas hice con él en el seminario. Y no se olvide de Marcelo «Cuatropelos», mi compañero de habitación. Creerá que soy ingrato por mencionarlos solo a ellos, pero es con Marcelo y Carlos con los que más he compartido la semilla de la vocación sacerdotal. ¿Me hará ese favor? Soy consciente del trabajo que supone mantener correspondencia con los seminaristas y lo ocupado que ha de estar, pero siendo menos de una docena confío en que podrá darme ese capricho.

Créame si le digo lo complicado que me ha resultado encontrar un hueco para escribirle. Espero que con el paso de los días el trabajo se vaya estabilizando. Por ahora todo se centra en afianzar el frente y dejar todo dispuesto para el inicio del combate.

Pienso que la locura ha aflorado entre mis compañeros de batalla, como si quisieran iniciar el tiroteo hoy mismo. Se creen inmortales. Lo único inmortal aquí son sus almas que se izarán hasta el cielo como soldados de Dios que son, pero parecen ignorarlo.

Rezo cada día para que la sangría de buenos españoles sea la mínima y esta guerra contra los discípulos de Stalin acabe pronto por el bien de la concordia de nuestra querida España.

Intentaré escribirle a menudo, si la Gracia Divina lo permite.

¡Viva el Alzamiento Nacional!

LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO

—¿Necesita alguna cosa, señor?

La azafata recorría el pasillo del avión con pequeños pasitos gráciles. Lucía un vestido azul ajustado de dos piezas y calzaba tacones excesivos que estarían destrozando sus preciosos pies de veinteañera.

—¿Necesita alguna cosa, señor? —repitió al llegar a la altura de Daniel—. ¿Café, una infusión?

—¿Sería posible un periódico? *El Corriere d'Informazione*, si no le importa.

La azafata adoptó una posición erguida de ligera contrariedad.

—Me temo que no va a ser posible. Este vuelo realiza normalmente la ruta Nueva York-Tel Aviv. Puedo ofrecerle el Wall Street Journal.

—Servirá.

Miró el interior casi vacío del avión. Estaba tentado de pedir una manta y echar una cabezada a lo largo de su hilera de asientos.

El *Super Connie* no había hecho más que despegar, pero en la cara de los pasajeros se apreciaba cierto tono de enfermo con diarrea galopante. Era un viaje de negocios para todos. Un par de reporteros de prensa, personal de alguna agencia gubernamental, militares... Pocos se atrevían a viajar hacia la bomba a punto de estallar en que se había convertido Palestina.

El Mandato Británico pretendía abandonar la zona en unos meses.

«Dos gallos de pelea dentro de un corral, eso es lo que abandonan. Judíos y árabes con siglos de rencillas sin resolver enraizadas en tierra de todos mientras el resto del mundo los observaba haciendo apuestas por el ganador. Ahí es donde me ha enviado Escribá».

Daniel recordaba al Gran Maestro dando un golpe con su bastón sobre las baldosas tras aceptar el encargo:

—Una cosa más. En Tel Aviv te reunirás con dos Caballeros de San Juan. Ponte al servicio de ellos. Encuentra la biblioteca de los esenios y ponla a su disposición. Esa es tu misión. Solo esa. ¿Lo has entendido?

Lo entendía muy bien. Había mutado de hombre de confianza de Escribá a

pelele en la Orden de los Caballeros de Malta.

La cortina de la cabina se abrió y emergió la azafata con un periódico en la mano. También se percibía en ella un pañuelo de preocupación apretándole el cuello.

—Perdone, señor —le dijo—. Me he fijado en su pasaporte. Es español, ¿cierto?

—¿Hay algún problema?

—No, al contrario. Nuestro piloto también lo es.

—Sí, hemos intercambiado unas palabras en la cafetería de la terminal. Un hombre muy agradable.

—Quiere ofrecerle esto. —La azafata depositó un ejemplar de ABC sobre el asiento—. Es del 3 de diciembre.

—Un par de días atrasado, pero servirá. ¿Sabe si ha ocurrido algo importante en ese tiempo?

—¿En España? No sabría decirle.

—No importa, señorita...

Daniel buscaba alguna placa con su identificación.

—Sara. Me llamo Sara.

—Dele las gracias al comandante de mi parte, Sara.

Sonrió cortés y la azafata regresó a la cabina.

Llevaba años sin leer un periódico español. Disfrutó de la lectura con intensidad. En la foto de portada, un soldado custodiando un arco de piedra servía de referencia para una reflexión sobre la inminente guerra judío-árabe. La España del Caudillo no era ajena al clima de tensión, pese a oscilar su apoyo hacia un bando u otro en respuesta al viento imperante en cada momento.

Prefirió pasar la página y centrarse en los acostumbrados anuncios de bebidas espirituosas y gabinetes médicos.

«Palomino y Vergara, vinos y coñac».

«No ande a ciegas creyendo que un vulgar braguero le protege.
Super Obturador HERNIUS».

«Esto son noticias en España —se dijo con agria ironía».

Reparó en un suceso curioso. Según el titular, se había producido un incendio con víctimas mortales en el convento de San Clemente, cerca de Huesca. Esa semana, la monja confesa y pirómana, una religiosa del propio convento, había sido juzgada en la Audiencia Nacional de Madrid tras una dilatada serie de recursos.

«No había bastante con los comunistas. Ahora los católicos también pegan fuego a los conventos».

Un anuncio de Calefacciones Roca cerraba la contraportada. Dobló el periódico con cuidado e intentó dormir el resto del viaje.

El traqueteo del aterrizaje lo despertó, descubriendo un poco de saliva en la comisura de sus labios.

El aeropuerto de Lydda hedía a miedo. Pilotos y resto de personal de vuelo caminaban taciturnos por las galerías esperando un destino que los alejara de Palestina antes de que la granada estuviera demasiado madura.

Una vez pasado el control de pasajeros, encontró una cinta blanca y azul donde los familiares solían aguardar. En esta ocasión esperaban chóferes y algún empleado con cara plomiza.

Pasó junto a un individuo que mostraba un cartel con el nombre completo de Daniel impreso en él. Vestía gabardina *beige* y sombrero cubriendo un cuerpo fornido de casi dos metros. Sin parar de caminar, Daniel arrancó el cartel de sus manos, lo arrugó hasta convertirlo en una bola de papel y lo lanzó dentro de una papelería con una canasta furiosa.

—¡Oiga! —gritó el forzudo—. ¡Usted! ¡Deténgase!

El individuo de la gabardina se plantó delante de él, con las piernas separadas en una graciosa postura.

—¿Quién se cree que es? —añadió señalándolo con el dedo de una mano enguantada en cuero.

—Alguien a quien no le gusta ver su nombre escrito para que cualquier idiota lo identifique. —El tipo cambió su expresión hacia otra más amable, pero no mejoró la rudeza cuadrada de su rostro—. Algunos aspiramos a volver al lugar del que procedemos. Teniendo en cuenta mi propósito aquí puede no ser empresa sencilla.

—No sabía otro modo de identificarle. Usted no me conoce. Podría haber pasado de largo y qué haríamos entonces.

—Espabile un poco. Lleva un broche con la cruz de Malta en la solapa. Me resulta suficiente para identificar al Caballero Bruno Casteldolfo. Vamos, marchémonos de aquí. Con un poco de suerte acabaremos nuestro trabajo antes de que empiece la maldita guerra. Y, por favor, quítese esa gabardina.

Tomaron un taxi hasta Tel Aviv y se alojaron en un discreto hotel de la zona oeste. Eso le permitió cruzar la ciudad por completo. En otra época hubiera disfrutado de una larga visita, admirando la «ciudad blanca» cubierta de edificios al más puro estilo internacional. En cierto modo le recordaba a Nueva York, a la zona de Midtown y su Rockefeller Center, no tanto por la altura, sino por su estilo sobrio y rectilíneo. Se conformó con admirarla a través del cristal del taxi

mientras el blanco de las avenidas cedía a la noche solitaria.

—Póngame al día, Bruno.

Habían decidido cenar en la misma habitación. Ensalada de hígado picado y falafel, junto a pan de pita y una salsa de sabor picante que Daniel rehusó probar. Bruno extrajo un fajo de documentos del interior de una cartera de cuero y los fue colocando sobre la cama, cubierta de migas.

—Estas son las fotografías de los manuscritos —dijo Bruno.

—Son las mismas que me mostró el Gran Maestro.

—¿Conoce a Pietro?

—Es un hombre culto. Sencillo a pesar de su cargo y con el que mantener una conversación interesante acompañada de buen brandi. ¿No cree?

—Nunca he hablado con él.

Daniel señaló dos fotografías.

—¿Estos son los rollos de pergamino?

—Sí, *La regla de la comunidad* y *El tomo de Habacuc*. El de esta otra es el *Rollo de Isaías*.

—¿Dónde están los manuscritos?

—En San Marcos de Jerusalén.

—¿Jerusalén?

Algo en su información estaba desactualizado.

—El archimandrita Athanasius, de la iglesia de San Marcos de Jerusalén, los compró hace unos días.

—Creía que los manuscritos estaban en Belén.

—Lo estaban. Mi compañero Elio encontró los rollos en un bazar. Fue casualidad, ni siquiera los buscaba. Hizo una oferta por ellos, pero el anticuario la rechazó.

—Deja que consulte mis notas. —Daniel tomó una pequeña libreta de cubierta negra—. El anticuario es un tal Kando.

—Es su apodo. Al ver el interés de mi compañero, interrumpió la compra a la espera de una tasación más provechosa.

—¿Por cuánto los ha comprado el archimandrita Athanasius?

—24 libras jordanas. Unos 97 dólares con 20 centavos.

—¿Por un Franklin estamos en esta situación?

—Es más complicado de lo que parece.

—¿Cómo has conseguido la información?

A Daniel le parecía un trabajo bien hilado para proceder del señor Casteldolfo.

—La información es de mi compañero Elio. —Bruno tragó saliva—. Es él quien siguió los pergaminos desde Belén hasta las manos de Athanasius, en

Jerusalén.

—¿Dónde está?

—¿El archimandrita?

—No. —Bruno era un hombre poco despierto—. Elio, tu compañero. ¿Dónde está? El Gran Maestro me dijo que en Tel Aviv me reuniría con dos Caballeros de San Juan.

Bruno cerró los labios. Colocó las manos en sus caderas y vagó un par de pasos.

—No he sabido nada de él desde hace dos días —dijo al fin—. Envió un paquete con toda esta información a nuestra sede en Roma. Fue entonces cuando me destinaron aquí desde Haifa. En cierto modo, sé de este asunto tanto como usted.

Las cosas se estaban complicando.

«Mira lo que dice. Que sabe tanto como yo. Si le pregunto dirá que el arameo es una nueva marca de brillantina para el cabello».

—O sea, que nos encontramos a oscuras —abrevió Daniel—. Una pena, porque hemos perdido al Caballero de San Juan que podría iluminarnos. No te ofendas, pero dibujas a ese Elio como alguien muy competente. Lo suficiente para diferenciar hebreo de arameo y sospechar la antigüedad de los rollos. Tenerlo aquí vendría fenomenal.

—Aparecerá —afirmó Bruno—. Un Caballero de San Juan jamás desiste de su empeño.

—¿Le tenías mucho afecto?

—¿Por qué lo pregunta?

—Bruno, tu compañero cría gusanos dentro de una tumba con cal.

—Eso no lo sabe usted.

—No —dijo tomando las fotografías—. Preferiría equivocarme.

Partieron temprano. Entre las seis y las siete de la mañana un convoy inglés hacía el recorrido Tel Aviv-Jerusalén. El propósito era asegurar las comunicaciones entre las dos ciudades y proveer de pertrechos a las cada vez más escasas fuerzas inglesas en la Ciudad Santa. Aprovechar ese despliegue era vital, así que tras el oportuno soborno a un oficial consiguieron dos plazas en un carro de combate inglés con armamento pesado.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Bruno acomodándose en el interior del vehículo mientras se colocaba el casco chafado inglés.

—Toda persona es como una cerradura. Se precisa una llave para acceder a su interior. Solo hay que encontrar la adecuada. En este caso una historia sobre

periodistas de guerra y un par de billetes grandes. Toma. —Daniel le dio una cámara de fotos—. Hazles un bonito retrato.

—¿Le has puesto negativo?

—No. Pero eso ellos no lo saben.

Poco antes de mediodía se encontraban a las puertas de Jerusalén. Un control, luego otro. Una cerca, dos, cinco. La ciudad parecía una jaula. Era una granja llena de compartimentos enrejados que separaban sus barrios. Viendo el alambre de espino y empalizadas pudriendo la concordia de sus habitantes, el trágico final le parecía un poco más cercano. Recordó las trincheras durante la guerra civil española, el silbido de las bombas, el olor a sangre coagulada. Se palpó tras la oreja izquierda, allí donde la metralla de un mortero había incrustado algún resto bajo un centímetro de piel. Con el frío intenso, algunas noches notaba un dolor cerca de la mandíbula, punzándole en el oído con un pitido infernal.

Cruzaron por la puerta de Jaffa, en la zona oeste, dividida por una barricada que separaba las zonas judía y árabe. Desde allí recorrieron las calles de la ciudad vieja hasta enfilar la calle Ararat. Si Tel Aviv le recordaba Nueva York, Jerusalén lo hacía a Toledo. Las calles estrechas, muchas veces convertidas en amplias escaleras por el monte Sion. Sus edificios se levantaban como si los bloques de piedra que formaban el suelo se hubieran multiplicado en paredes.

Cruzaron un arco apuntado. La ciudad vieja se apoyaba en aquellas construcciones medievales, dando la sensación de estar caminando no por una calle, sino por el interior de una catedral gótica. Era como visitar el patio privado de un gran señor, con cientos de recovecos.

Daniel tenía una extraña sensación. Dos fragmentos se superponían en su cabeza: el recuerdo de esas calles atestadas de gente, los tenderetes con artesanía, el olor a té turco con azúcar de remolacha; y, por otro lado, la Jerusalén desierta de un 6 de diciembre de 1947.

La calle Ararat se ramificaba en dos brazos. Tomaron el derecho y dieron con su destino.

La iglesia de San Marcos pertenecía a una de las corrientes cristianas más antiguas, la ortodoxa siríaca. Dentro, el archimandrita Athanasius Yeshue les esperaba con tres rollos de manuscritos esenios, aunque ni él mismo lo sabía.

—Veamos qué llave necesitamos con él —dijo Daniel antes de entrar en la diminuta iglesia.

Se detuvo un instante ante la fachada para mirar a una turista de pelo oscuro. Sujetaba una especie de plano.

Por dentro la iglesia no contaba mucho más que cualquier otra ortodoxa. Se santiguó y picó con los nudillos en una puerta lateral. Esperó unos segundos y giró el picaporte. La puerta contestó con un gruñido.

Una voz surgió de la oscuridad gritando. No entendió nada, pero era evidente que la intrusión no resultaba agradable. Un hombre de piel oscura salió, vestido con una túnica negra y una especie de turbante, también negro. Llevaba al cuello dos gruesas cadenas, una con un crucifijo y otra con un medallón.

«Probemos ahora».

—Queremos los pergaminos —dijo Daniel.

A veces el mejor camino para llegar a casa es el más corto.

—¿Cuánto? —dijo el sacerdote.

—¿Cuánto?

—Sí, cuánto dinero.

Era su ocasión.

—50 libras jordanas.

—No.

—Es el doble de lo que pagó por ellos.

El archimandrita los escrutó.

—10 000 libras.

—¿Cómo? —dijo Bruno volviéndose su piel de color blanco—. Eso son...

—40 000 dólares —calculó Daniel—. Así por encima.

Se hizo ilusiones demasiado pronto, pero la breve charla con el archimandrita y su lenguaje corporal le habían ofrecido suficiente información para fabricar una llave. Tenía que comprobar si funcionaba.

—10 000 libras, dice.

Daniel miró dentro de su billetera. Bruno acercó el hocico para husmear con cara de asombro.

«Definitivamente este Bruno es estúpido».

—¿Podríamos hablar del asunto en lugar más reservado? Me resulta violento tratar estos temas con una imagen de Cristo delante.

Athanasius los invitó a entrar en una estancia interior. Les ofreció un té de sabor terroso que parecía mezclado con estiércol y se sentó cerca de ellos.

—Ambos somos hombres de Cristo —comenzó Daniel—. Eso me hace tener un afecto primigenio con usted y querer echarle una mano al verlo tan perdido.

El sacerdote se acarició su espesa barba negra sin estar seguro de lo que Daniel quería transmitirle.

—¿Sabe cuánto valen los pergaminos?

—Sí. 10 000 libras —completó Athanasius.

—¿Y si valieran más, o no valieran nada? Desconoce lo que ha comprado y por eso da palos de ciego escupiendo un precio lleno de ceros. Pero... ¿Qué producto quiere vender a su cliente? —Athanasius levantó el mentón.— ¿Cómo piensa convencerlo para que desembolse esa terrorífica cantidad?

—Creo que me lo va a decir usted.

—Yo sí sé lo que ha comprado. Conozco su antigüedad, sus autores y su contenido; y le ofrezco esa información gratis. —Athanasius se rascaba el cuello, debajo de la exuberante barba—. Ahora, cuando fije un precio por los tres rollos, podrá decirle al comprador en qué está invirtiendo cada uno de sus dólares.

Bruno miraba los rostros de ambos interlocutores como si fuera el juez de un partido de tenis.

—No son tres rollos —dijo el sacerdote—. Son cuatro. Acabo de comprar otro.

Daniel y Bruno se miraron un instante.

—¿Qué es lo que quieren a cambio? —preguntó Athanasius.

La llave estaba girando en el interior de la cerradura del sacerdote.

—Quiero fotografiarlos palmo a palmo. Los cuatro rollos. Y quiero una información sin la cual no habrá trato alguno: quién ha encontrado los pergaminos y dónde.

Bruno movía nervioso las piernas haciendo vibrar la hebilla del cinturón con un ruido insidioso.

—Está bien —dijo Athanasius—. ¿Qué he comprado?

Dos horas más tarde, Daniel abandonó la iglesia de San Marcos con los ojos enrojecidos. Tras él, Bruno llevaba una cartera de mano con una decena de carretes usados. El elemento más importante estaba dentro de sus cabezas: el eslabón entre los cuatro pergaminos y la biblioteca esenia de la que procedían. Ese eslabón era un pastor beduino apodado Edh-Dhib. Daniel supuso que el beduino habría encontrado los pergaminos en algún lugar del desierto de Judea, entregándoselos al anticuario Kando y este a su vez los vendió a Athanasius. El rastro se iba cerrando.

—Ha sido usted muy hábil, don Daniel —dijo Bruno mientras se alejaban—. Ahora sabemos que los pergaminos están dentro de la iglesia y podremos llevárselos al Gran Maestro. El archimandrita enloquecerá cuando descubra el robo.

Daniel se detuvo.

—¿Crees que soy un ladrón? —dijo mirándolo de frente—. No pienso robárselos a su dueño legítimo. Si el Gran Maestro quiere los pergaminos, aquí los tiene fotografiados con todo detalle. ¿Quiere encontrar la biblioteca esenia? Me dejaré la piel en ello. Pero atiende esto, Bruno. No voy a robarlos. Transmíteselo si tienes ocasión. O róbalos tú mismo. —Daniel observó algo

frente a la puerta de San Marcos, a diez metros de donde estaban—. Pero date prisa si piensas hacerlo, porque alguien podría adelantarse.

Bruno se giró, observando a una turista que consultaba un mapa. La misma turista que había visto antes.

—¿Esa mujer? ¿Cómo lo sabes?

—Ha estudiado en la misma escuela de espionaje que tú. Lleva tres horas consultando el mismo mapa.

Comenzaron a caminar, alejándose por una calle de escalones hasta el siguiente cruce. Daniel aprovechó para echar un nuevo vistazo.

—Me he equivocado. No vigila la iglesia. Nos vigila a nosotros.

Bruno miró hacia atrás. La mujer les seguía a cierta distancia.

—¿Qué hacemos? ¿Por qué huimos de ella?

—No sabe que la hemos descubierto.

Siguieron caminando, adentrándose en un laberinto de callejuelas. Llegaron al límite del barrio cristiano. Tanto judíos como árabes se sentirían incómodos por la presencia de ellos dos, pero, más aún, por la de una chica joven y bonita que ese día había escogido una blusa escotada y una falda inapropiadamente corta.

Daniel se detuvo a fotografiar unos tejados, dando tiempo a que el pajarito cayera en la trampa. La mujer seguía acechándolos, con el mapa en las manos y una simulada mirada perdida dentro de él. Al notar que varios musulmanes se le acercaban, la chica decidió pedirles indicaciones.

Uno de los hombres alzó la voz. Señalaba su falda. Otro la tomó de un brazo, gritándole más fuerte. Se acercaron varios más, zarandeándola. Uno la agarró del pelo y escupió en él.

El Cazador sabía que la chica acabaría mal. Los individuos seguían gritando y escupiéndole encima mientras él los miraba sin poder hacer nada.

«Es una espía. ¿Qué quieres hacer con ella, Daniel?»

Escuchaba los insultos que le proferían, hasta que una mano golpeó con brutalidad la cara de la mujer y esta cayó al suelo. La blusa perdió un botón, mostrando parte del sujetador.

—La suerte está echada —dijo Daniel.

Estiró un poco los brazos y se lanzó hacia el tumulto.

—¿Qué haces? —dijo Bruno—. No te acerques.

Daniel recorrió el pequeño trayecto. Agarró a uno de los hombres y tiró de él. Al tenerlo cara a cara, cerró el puño y le alojó sus cinco amigos en mitad del pómulo. Crujieron varios huesos y saltó algún diente, cayendo el agresor al suelo. Tomó a otro del cuello y repitió la acción, esta vez en el estómago de un árabe que le sacaba dos cabezas. Apenas se inmutó, pero Daniel notaba el escozor en sus nudillos. Alguien lo empujó por el costado derecho y acto

seguido estaba tumbado en el suelo con cinco árabes dirigiéndose hacia él dispuestos a desintegrarlo a patadas.

Una mole entró a toda velocidad dentro de su campo de visión, con pantalones de pinzas, camisa blanca y chaqueta a juego. Era Bruno.

El Caballero de San Juan comenzó a dar ganchos y directos como si luchara contra muñecos de peluche indefensos. Daba pena ver a los tipos impactando contra las paredes. El intelecto que le faltaba a Bruno parecía haberlo invertido fabricando capacidad de destrucción. Daniel comenzó a levantarse. Antes de lograrlo, el grupo de alborotadores estaba babeando en el suelo o corriendo calle abajo.

«Después de todo, este Bruno va a resultar útil. Será mejor tenerlo cerca».

—Ni te has manchado la camisa —le dijo Daniel comprobando los harapos en que se habían convertido la suya.

Ayudaron a la mujer a incorporarse. Daniel se quitó la chaqueta y la cubrió con ella.

—Estoy avergonzada.

De cerca no parecía ser más de lo que aparentaba, una mujer de unos veinticinco años que en su vida había hecho algo más peligroso que ordenar libros en una biblioteca.

—La próxima vez que juguemos a esto hay que planearlo mejor porque hemos cobrado tortas los dos.

La chica sonrió, y fue tan dulce esa sonrisa que Daniel olvidó por un instante que tenía varios huesos de la mano fracturados. De algún modo, ella se sentía en deuda, una deuda que los condujo hasta la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Los recibió su jefe, el profesor Eleazar Sukenik.

—Deben perdonar a mi adjunta. Hannah es un tesoro como arqueóloga pero un desastre en trabajo de campo.

—Sobre todo si ese trabajo consiste en espiar a dos europeos —reprochó Daniel—. Dígame, Eleazar. ¿En qué asignatura de arqueología se estudia el arte de espiar?

—La culpa es mía, lo admito. Nunca debí enviarla. Pero le sorprendería lo cerca que se hallan esas disciplinas tan dispares. En cierto modo, ¿qué es la investigación histórica, la propia arqueología, sino un trabajo de espionaje a nuestros ancestros?

—Estaría encantado de que compartiera sus conocimientos conmigo. En especial, lo referente a los pergaminos esenios.

Sukenik recolocó sus lentes. Hizo un gesto a su ayudante y esta salió de la habitación a través de una puerta corredera.

—Esenios —dijo el profesor—. Parece que han resucitado.

—¿Qué sabe de ellos?

—De eso se trata, conocer a los esenios a través de sus manuscritos. No hay nada que ocultar. Acabamos de comprarle a un anticuario de Belén tres manuscritos.

«¿Otros tres? Ya van siete. No hacen más que multiplicarse los condenados».

—Sospecho que usted está al día de la comunidad esenia. No en vano han adquirido los cuatro rollos del archimandrita Athanasius.

—Le agradezco su sinceridad, profesor.

—Como he dicho, no tengo nada que esconder. Israel necesita esos manuscritos y yo haré lo moralmente posible por dotárselos.

—¿Por qué Israel necesita los manuscritos?

El profesor levantó la mirada hasta encontrar los ojos de Daniel.

—Porque nos hablan de historia. Nos dicen que los judíos habitaron no solo en el terreno que nos concede la Resolución de la ONU, sino también en Judea y en el mar Muerto; que si rascas en milenios enterrados bajo sustratos de arena todos ellos te hablarán de nosotros.

—Conozco el problema judío, profesor.

—¿Problema? —dijo Sukenik tensando todo su cuerpo—. ¿Qué problema? No es una pulga que hay que desparasitar.

—No me malinterprete, Eleazar, ni se sienta ofendido, pero esto nos aleja del inicio de la conversación.

—Al contrario. Israel hará lo posible por recuperar la soberanía de Qumrán. Ahí es donde se encuentran las ruinas de los esenios y probablemente su biblioteca, enterrada bajo tierra. Por desgracia Qumrán está en territorio transjordano, así que no podemos acceder a la zona para hacer los trabajos de prospección adecuados.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Dios es sabio, Daniel. Nos está ofreciendo esos siete manuscritos para honrar a nuestro pueblo y quizás en el futuro, cuando la guerra termine, reclamar Qumrán como nuestro; de modo que si puede colaborar con nosotros, el pueblo hebreo le estará eternamente agradecido.

—¿De qué modo puedo hacerlo?

Daniel sabía dónde conducían las palabras del profesor.

—Es sencillo. Ha comprado los rollos de Athanasius. Me gustaría hacerle una oferta por ellos.

Daniel calculó sus opciones. Sukenik creía que habían adquirido los cuatro rollos. Tenía que valerse de ello.

—Tengo mi propia justificación para estar aquí, profesor. Igual que usted, trabajo para un ente superior con sus propias motivaciones. Es por eso que no

puedo venderle los manuscritos.

Sukenik suspiró con aire de derrota.

—Créame que lo siento —siguió Daniel—. Pero puedo ofrecerle un pequeño intercambio.

El profesor mostró un súbito interés. Daniel lanzó su propuesta:

—No pienso negarle a un arqueólogo la posibilidad de estudiar unos pergaminos escritos por su pueblo. Le ofrezco un completo reportaje fotográfico de mis cuatro rollos. A cambio, usted hará lo mismo con sus tres manuscritos.

La puerta corredera se abrió. Un carro de acero inoxidable apareció en la abertura. Hannah lo empujaba. Un simple vistazo fue suficiente para que Daniel supiera cuál era la carga. Dispuestos en sus diferentes bandejas se hallaban los tres rollos de Sukenik.

—Hannah —dijo el profesor—. Prepara la sala de fotografía.

Al abandonar las instalaciones de la universidad, Daniel tenía una sensación agri dulce bailando en su lengua. Se habían citado un día después en los jardines Hatkuma. Sukenik le entregaría las fotografías de sus tres pergaminos, y Daniel debía darle las suyas.

Flanqueándole estaba Bruno. Caminaba taciturno, con las manos metidas en los bolsillos. Daniel sabía que su compañero no compartía el rumbo de la misión.

En algo sí estaban de acuerdo: tenían hambre. Encontraron un restaurante y se acomodaron en un rincón, en torno a una mesa con mantel a cuadros blancos y azules. Una colección de moscas de todos los tamaños y colores revoloteaban nerviosas.

Daniel sabía que las condiciones higiénicas de un lugar eran directamente proporcionales a su grado de encanto en una guía turística. Una leyenda como «no olvide visitar los *hutong* de Beijing, un lugar lleno de encanto», equivalía a decir «un lugar lleno de suciedad». Pues bien, aquel restaurante y sus moscas eran un lugar repleto del más absoluto encanto.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó Daniel tomando un pellizco de pan de pita—. Esto no es lo que esperabas, pero es la mejor forma de trabajar.

—No sé cuál es tu encargo, pero el mío es llevarle los manuscritos al Gran Maestro.

—Entonces son diferentes. Mi trabajo es encontrar la biblioteca esenia, y la información que estamos obteniendo nos llevará a ella. Tu Gran Maestro me lo dejó muy claro en Roma. Mi encargo es encontrar la biblioteca y entregarla a un caballero de San Juan. En este caso, a ti.

—Quizás no sea muy inteligente, pero hasta donde yo sé esos siete rollos también son parte de la biblioteca. Si no los recuperamos es como si estuviéramos fracasando.

—Hay que hacer sacrificios, Bruno. El tiempo nos incita a ello. —Daniel tenía que devolver al Caballero de San Juan a su bando—. Un día, compañero. Un solo día y tenemos siete rollos localizados, cuatro de ellos fotografiados al detalle y tres más mañana. Sabemos por el archimandrita quién fue el que halló los pergaminos. Ahora empieza nuestro trabajo de verdad. Iremos a por la fuente: el pastor beduino Edh-Dhib.

Un camarero se acercó con un delantal lleno de manchas. Depositó un plato de falafel y se alejó renqueando.

—Terminaré odiando los garbanzos —dijo Daniel engullendo una de las bolas empanadas.

—Ese beduino, Edh-Dhib —dijo Bruno—. ¿Cómo lo encontraremos?

—¿Sabes lo que significa ese nombre? —Bruno negó con la cabeza—. El Lobo. Tendremos que ir de caza hasta Belén y preguntarle al anticuario Kando. Si El Lobo le entregó los pergaminos para su venta es porque confía en él. Una vez localizado, el mismo beduino nos llevará hasta donde encontró los pergaminos.

Bruno tomó una bola empanada más, sorbiendo un largo trago de agua embotellada.

—Tengo que hacer una llamada —dijo el Caballero de San Juan—. Mis superiores querrán que les informe.

Tras el almuerzo, decidieron separarse. Bruno realizaría la llamada para luego reunirse con él en un piso franco del barrio cristiano. Mientras, Daniel adquiriría los elementos necesarios para el revelado de las fotografías.

El piso resultó ser una habitación, también rebosante de encanto, propiedad de la Orden Hospitalaria de San Juan. Había sido ocupada recientemente, supuso que por el tal Elio. Inspeccionó el material existente, anotando la falta de sulfito de sodio y agua destilada.

Bruno tardaba en llegar. Tomó algo de dinero y bajó a la calle. Encontrar lo que necesitaba resultó complicado, pero antes de anochecer estaba inmerso en su labor, iluminado por una débil luz rojiza.

El ruido de una explosión lo despertó. Se descubrió tumbado sobre un colchón con la ropa puesta y arrugada por completo. Pocas cosas le incordiaban más que verse desaliñado. Bruno seguía sin aparecer, así que aprovechó para afeitarse. Notaba la hinchazón de su mano bombeando dolor mientras intentaba afeitarse el cuello. Hubiera dado cualquier cosa por tener allí a su querida austríaca.

Llegó la hora indicada, pero su compañero no había vuelto. Tomó un bolso de cuero, introduciendo las copias fotográficas para el profesor, y se dirigió hacia el lugar de encuentro.

Ya estaba a punto de anoecer en los jardines Hatkuma, donde Daniel esperaba impaciente sentado en una terraza.

—Perdone la espera —dijo Hannah sentándose a su lado—. El profesor Sukenik no ha podido venir. Le envía su más sentida disculpa.

Realizaron el oportuno intercambio de paquetes. Por un momento vino a la mente de Daniel la imagen de dos novios, tomando un refrigerio, ajenos a la guerra que se avecinaba.

—¿Le duele mucho? —dijo Hannah tocándole el vendaje de la mano con suavidad.

—Valió la pena destrozarla en la cara de aquel tipo.

—No le he dado las gracias. Debe pensar que soy una ingrata.

La recordó tirada en el suelo, indefensa. Ella volvió a sonreír.

—¿No va a abrir el paquete? —dijo Hannah incómoda.

—¿Por qué? ¿Piensa usted engañarme?

—No, por Dios. —Se notaba la impaciencia por abrir el suyo—. Le importaría si...

—Al contrario. Adelante.

La mujer extrajo varias fotografías. Primero tres, luego dos más. Tardó poco en estar la mesa repleta, intentando ordenarlas, como piezas de un puzle arcaico.

—Es fabuloso —dijo Hannah con los ojos encendidos—. Los ancestros nos hablan a través de estas imágenes. —Parecía disfrutar como un colegial ante un pastel de nata—. Mire estos trazos. Nunca antes había visto arameo galilaico. Un poco en la escuela de estudios semíticos, pero directamente de los originales nunca. ¿Sabe toda la información que el profesor Eleazan podrá extraer de aquí?

—Recuerdo la primera vez que vi un texto en arameo. Sobre todo lo horrible que me pareció tener que estudiarlo.

Hannah lo miraba llena de ilusión.

—¿Es usted judío?

—No, católico. —La chica parecía decepcionada—. Estudié algo de hebreo y una pizca de arameo en el seminario.

—Ah, es sacerdote.

—En absoluto. Eran tiempos difíciles en España. Fui seminarista hasta un segundo curso que la Guerra Civil interrumpió y jamás retomé.

Hannah recogió las fotografías y las introdujo dentro del paquete.

—Entonces sabrá lo importantes que son estos documentos para usted —dijo ella—. Podrían hacer tambalear los cimientos del cristianismo.

—¿A qué se refiere?

El motor de un coche retumbó tras una esquina. Miró hacia allí, dándole tiempo a verlo acercarse hacia ellos. Instintivamente, impulsó la silla hacia atrás, librándose de ser embestido por la máquina. El coche siguió aplastando bajo sus ruedas la mesa y más sillas hasta casi empotrarse contra el establecimiento.

—¡Daniel!

El grito surgía de muy cerca. Desconcertado, giró el cuello y vio a Bruno corriendo hacia él. Las puertas del vehículo asesino se abrieron, emergiendo cuatro individuos de piel tostada.

—¡Daniel! —volvió a gritar Bruno, ya a su lado—. ¡Hay que irse!

—¡Espera!

Tomó el paquete con las fotografías mientras Bruno lo arrastraba. Miró hacia el lugar donde antes estaban sentados descubriendo una mesa aplastada y, a su lado, Hannah. Una rueda había pasado por encima de su caja torácica. Estaba muerta.

Llegaron hasta un callejón, donde un Fiat 1500 llegó derrapando. La puerta trasera se abrió y Bruno lo lanzó a su interior. Luego entró él y cerró de un portazo.

—¡Vamos! —gritó Bruno al conductor.

El acelerador se hundió y el coche abandonó el lugar ronroneando.

—¿Quién es este? —dijo Daniel hecho un guiñapo sobre el asiento posterior.

—Encantado de conocerlo —dijo el conductor—. Soy Elio, Caballero de San Juan.

—¿Elio?

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó el nuevo Caballero.

—A Belén —dijo Bruno recolocando a Daniel en su asiento—. Vamos a cazar un lobo.

Alcolea del Pinar, Guadalajara. 13 de octubre de 1936

Querido padre espiritual:

Debe perdonarme por mi tardanza en volver a escribirle. La vida castrense ofrece demasiado trabajo. Se está acelerando la toma de la catedral de Sigüenza por nuestras tropas, donde se han guarecido los últimos reductos del ejército republicano.

Intento dividir mi tiempo entre mi deber como soldado de España y como hombre de Dios, pero veo que muchas veces es imposible si no me divido en dos Danieles.

Soy el único soldado de mi escuadra con capacidad para escribir a máquina. Digo más, soy el único que sabe leer y escribir. Desde que el teniente se enteró me encargo de transcribir la mayoría de los despachos entre oficiales. Compaginar esto con mis obligaciones como seminarista se hace cada vez más complicado.

A duras penas consigo extraerle unos minutos al día para dedicarlos a mi formación sacerdotal y veo los exámenes demasiado cercanos. Si al menos pudieran excusarme de los ejercicios matutinos podría ponerme al día, pero no veo a mi teniente muy dispuesto a ello. Dice que sería mal ejemplo para el resto de soldados, que todos empezarían a poner excusas y esto sería el «chocho de la tía Bernarda». Perdone usted por la expresión, pero eso me dijo, así que yo se lo transcribo tal cual para que se haga una idea. Por suerte mi trabajo en el puesto de mando me aleja de la trinchera, así que no tengo motivos para quejarme.

En este ambiente, predicar con el ejemplo de nuestros santos apóstoles es una quimera inalcanzable. Confórmese usted con mi lucha para impedir que se vayan a «limpiar sus fusiles» un día sí y el otro ya veremos. Al principio no los entendía con eso de «limpiar fusiles», pero ya vino un asturiano que me lo explicó demasiado bien.

Nos hemos hecho muy amigos el asturiano y yo. De vez en cuando consigo que rece conmigo. Antes le costaba horrores, y ahora no es mucho mejor. Si esto ocurre en nuestro bando no quiero imaginar en el de los rojos. Como digo, he conseguido por fin que rece conmigo un Rosario y un Gloria una vez por semana, y ya me parece un logro.

Me esfuerzo para que el escuadrón siga al menos los Sacramentos, sobre todo que no se olviden de comulgar, pero... Ay, eso es harina de

otro costal. Para conseguirlo tendría que sacarlos tomados por la oreja del local de la Lola. Sí, padre, la Lola es lo que usted se imagina. Y su local también es lo que está pensando. Me conformo con que acudan a misa los domingos. Eso sí, más de la mitad escuchan al sacerdote desde la puerta de la iglesia. ¿Sabe usted por qué? Desde allí pueden ver a las mozas del pueblo pasear por la calle y chiflarles conforme van entrando.

La guerra invita a estas cosas. Juntar a cientos de muchachos en la flor de la vida también ayuda.

Hay por aquí una cosa que puede resultarle curiosa. No hay soldado que no tenga una madrina de guerra. Y el que no la tiene anda ciego perdido por tenerla. Las chicas entregan una fotografía suya a un soldado, le suelta un beso en mitad de la boca y desde entonces es su madrina de guerra, su ángel de la guarda podría decirse. Pues bien, hay aquí madrinas y soldados retozando por cada rincón oscuro nada más llegar la noche. Los días de fiesta ni le cuento. De aquí a nueve meses tenemos media España en el paritorio.

A menudo, siento envidia de ellos que felices afrontan el devenir de los días con una excusa agradable que haga el sufrimiento más llevadero. Entonces es cuando recorro a la biblia que usted me regaló e intento encontrar en sus páginas la tranquilidad espiritual que necesito. Le confieso que me cuesta encontrarla. Un abrazo, padre. Que el destino nos reúna pronto.

Una patria. Un Estado. Un Caudillo. ¡Arriba España!

LA CAZA DEL LOBO

Elio miraba las fotografías con lentes de aumento creando, al ver sus ojos, la ilusión de ser grandes y deformes.

—Deberíamos continuar el viaje —dijo Bruno escudriñando la carretera que se deslizaba a unos pasos.

Sin tiempo para ir al piso franco, Daniel y los dos Caballeros partieron espoleados por el látigo de un demonio hacia Belén, donde encontrarían al anticuario Kando.

Daniel y Bruno conocían la procedencia de los pergaminos esenios por medio del archimandrita Athanasius. Un beduino apodado el Lobo los había encontrado cerca de las ruinas de Qumrán, dentro de una cueva desconocida del desierto de Judea. Al escucharlo, Elio opinó que a pesar de conocer el origen era demasiada arena en la que buscar.

—¿Quedan esenios en Qumrán? —preguntó Bruno.

—Unas ruinas cubiertas de arena es lo que hallaremos, aunque será difícil sin un guía que nos lleve hasta allí.

—Tú lo has dicho, Elio —añadió Daniel—. Es demasiada arena en la que buscar. Necesitamos al Lobo para encontrar Qumrán. Y necesitamos a Kando para encontrar al Lobo.

El anticuario de Belén, llamado Kando, tenía que conocerlo. El saqueador le había confiado los rollos hasta conseguir un comprador.

A mitad de camino encontraron un apartadero cubierto de grava. En el centro de la explanada unos troncos de palmera dispuestos a modo de asientos daban la bienvenida al viajero. Diez metros más adentro se elevaba una tosca construcción que parecía abandonada. El conjunto apenas era visible desde la carretera así que habían decidido acampar allí antes de que fuera noche cerrada. Sin buscar mucho hallaron una pequeña cisterna de agua clara y al lado un altar cubierto de polvo. Quien fuera, había dejado el lugar hacía tiempo. Daniel sospechaba que por temor a la inminente guerra, siempre peligrosa para establecimientos como aquel.

—¿Sabes lo que has fotografiado? —dijo Elio, que continuaba mirando la imagen con sus lentes.

El Caballero se iba a dejar en ello sus intensos ojos marrones. Daniel recordó las palabras de Hannah, sentada en la cafetería de los jardines Hatkuma.

«Estos documentos podrían hacer tambalear los cimientos del cristianismo».

Pensó comentarlo con Elio, pero guardó silencio. El Caballero le entregó la fotografía, tomando otra entre los cientos esparcidos en una manta sobre la arena.

—Habéis fotografiado los documentos históricos más importantes del judaísmo. —Bruno escuchaba la escena desde un extremo de la mesa sin prestar atención, más preocupado en vigilar la carretera—. Mira.

El Cazador no era un experto en arameo. Compartía con el Caballero parte de su entusiasmo, pero no entendía el revuelo en torno a los pergaminos.

—¿Qué es lo que miro, Elio?

—El soporte. Mira la escritura. Los trazos. En este se nombra al profeta Isaías. He creído entrever algo de Henoc y un poco del Génesis. Me tiemblan las manos, Daniel. Estos manuscritos han llegado a nuestras manos directamente, sin pasar por las ínfulas literarias de algún copista que los altere o fantasee sobre los hechos narrados. No sería locura pensar que algunos fueran anteriores a la biblia hebrea.

Daniel clavó la mirada en Elio.

—¿El Antiguo Testamento? —Eso sí lo había entendido—. ¿Quieres decir que estos papeles...?

—Pergaminos —corrigió Elio.

—De acuerdo. ¿Quieres decir que estos pergaminos son anteriores al Antiguo Testamento?

—Anteriores a las manos que escribieron el Antiguo Testamento. Algunas partes al menos. También ocurre con el Nuevo. La Biblia entera no deja de ser un compendio de relatos escritos siglos después de ocurrir los hechos que narran. En su mayoría son historias transmitidas de forma oral de una generación a otra. Un día se decide plasmarlo por escrito, siendo copiado y vuelto a copiar hasta llegar al tomo de la Biblia que uno guarda en casa. Los pergaminos esenios pueden ser la fuente más antigua de algunos de esos pasajes.

Daniel conocía el modo de composición de los Textos Sagrados, pero Elio disfrutaba con la explicación, así que no lo interrumpió. Se preguntaba qué haría el Caballero un día corriente. Lo imaginaba con chaqueta, gafas y coderas impartiendo clases en una universidad italiana. Ese dibujo a carboncillo de Elio le convencía.

—¿Qué ocurrió, Elio? —La duda asaltaba a Daniel desde que vio al Caballero

a los mandos del coche en la plaza Hatkuma, esa misma tarde—. ¿Dónde has estado estos días? Bruno estaba desesperado y yo te daba por muerto.

Su compañero cobró interés por la conversación, acercándose unos palmos.

—Se preocupa demasiado. ¿Sabe que Bruno fue quien me convirtió en Caballero de la Orden de Malta? No en sentido estricto, el nombramiento como tal es algo más protocolario. ¿Se lo has contado?

—No he tenido ocasión.

—En el coche tengo un par de botellas de vino y algo de carne en sal.

Elio se dirigió al Fiat y abrió una pequeña guantera frente al asiento del copiloto. Tomó las botellas y las exhibió triunfal:

—El kit básico de todo buen arqueólogo aficionado a los problemas. Pan, algo de fruta... No mucho más, pero será fácil hacer un pícnic decente; con suerte hasta coger una cogorcita graciosa.

A Daniel el plan le parecía estupendo. Una botella de vino más tarde, reían sentados en la arena tibia calentada por una hoguera.

—El muy cabrón iba detrás de mi hermana. —Bruno estaba achispado y no paraba de hablar—. Un día los cogí follando en mi cama. ¡Mi cama! ¡Y el tío se había puesto mi pijama para hacérselo con ella!

—Eso... —interrumpió Elio—. Eso es verdad. Pero fue por fuerza mayor.

—Fuerza mayor, los cojones.

—Veníamos de la calle con tormenta. La casa estaba congelada, así que me quité la ropa y me puse el pijama que me dio ella. Entonces tu hermana se me tiró encima. Juro que fue ella quien empezó. A un amigo lo respeto.

—A un amigo no sé, pero a su hermana te la tiras en cuanto puedes.

Daniel volvió a tomar un sorbo de vino.

—Total —prosiguió Bruno—. Allí mismo lo agarré y le hice jurar por la Sagrada Orden de Malta que se convertiría en un Caballero de San Juan.

—¡Cinco años detrás de mí! Cinco años para que lo acompañara a la sede de esa secta. Por entonces creía que era una secta. —Bruno escupió el trozo de carne que mordisqueaba entre estertores de risa—. Cinco años, y un polvo fue suficiente. —Elio miró a Bruno de soslayo—. Aunque ese culo mereció la pena.

Bruno le propinó un puñetazo bromista en el hombro. Elio cayó al suelo y justo después los dos amigos se revolcaban por la arena. Parecían dos chiquillos jugando en el terrario de la escuela.

—¿Entonces qué fue lo que pasó? —interrumpió Daniel.

—Pues no me casé con la chica si es lo que preguntas.

—Me refiero a los últimos días. ¿Dónde has estado?

Al Caballero le desapareció la sonrisa. Daniel apenas había bebido un par de sorbos de vino, dejando que las lenguas de los dos amigos comenzaran a sentirse

a gusto con cada trago. El alcohol había sido apurado por completo y el escenario estaba listo.

Elio lo miraba con sus ojos marrones titilando con la luz del fuego. Daniel decidió esgrimir la primera apertura.

—Cuando has mirando las fotografías me ha venido algo a la cabeza. *Tomo de Habacuc, Isaías y Regla de la comunidad*. Son los rollos de pergamino que fotografiaste en la tienda de Kando. Eran una docena de imágenes borrosas, hechas a la carrera, y en las que nadie podría distinguir un solo carácter nítido.

—Así es —apostilló Elio—. Te agradecemos el trabajo, y ahora tenemos cuatro rollos más para su estudio. El Gran Maestro estará agradecido. Solo nos queda encontrar el resto de la biblioteca esenia.

Elio se recostó sobre la arena pretendiendo dar por zanjada la conversación.

—No me malinterpretes. Debió ser difícil tomar esas imágenes en presencia del anticuario. Es a ti a quien debe darte las gracias el Gran Maestro. —Elio asintió complacido—. Pero hay algo que no entiendo. Yo no soy muy inteligente, pero creo tener mis neuronas bien ordenadas, y ellas me dicen que aquí hay algo raro. —Los Caballeros cruzaron una mirada furtiva—. ¿Cómo sabíais el contenido de los pergaminos con esas imágenes borrosas? Primero lo escuché en vuestra sede: *Habacuc, Isaías, Regla de la comunidad*. Supongo que esos títulos identifican el contenido de cada rollo. Luego Bruno: *Habacuc, Isaías, Regla de la comunidad*. No sé, es como si conocierais los pergaminos antes de verlos en las fotografías; cosa que me extraña si, como dices, han estado casi dos mil años escondidos en el desierto. —Sus dos acompañantes bajaron la mirada—. ¿Me vais a decir qué es lo que ocurre aquí?

—Puede que no sea de tu incumbencia.

—Señor Elio. —Daniel mostró su dentadura enfurecida—. Casi me atropellan esta tarde. Cuatro árabes con traje nos persiguen. Tu Gran Maestro me ha metido en un conflicto internacional, en mitad de una guerra entre judíos, jordanos, egipcios y libaneses. Yo creo, Caballero de San Juan, que es de mi absoluta incumbencia.

—La Orden de Malta ya conocía los pergaminos —dijo Bruno—. Una parte, al menos.

—Bruno, eres idiota —farfulló Elio—. ¿Por qué abres la boca?

—Daniel tiene razón. Creo que merece saberlo. Nos ayudará a encontrarlos.

—No sabes nada, estúpido. —Elio se puso en pie, ignorando la mirada cargada de reproche de Bruno—. No es el Gran Maestro quien te ha metido en este asunto, Daniel. Es José María Escribá quien lo ha hecho, así que pídele a él la información.

Con un puntapié sobre el suelo, Elio envió suficiente arena a la hoguera como

para apagarla. El fuego se extinguió con una última danza de humo y el Caballero se alejó. La fiesta había acabado.

«Pero la caza no —se dijo Daniel».

Al llegar a Belén encontraron una ciudad deshecha que apestaba a guerra. Caminaban por las calles desiertas sintiendo las miradas de sus vecinos clavadas en la nuca. Las nubes de vapor escapando por las rendijas de las ventanas los delataban.

Encontraron la tienda de Kando cerrada hasta para la muerte si viniera a buscarlo. Llamaron varias veces picando sobre la cristalera. No hubo respuesta. Elio le hizo un gesto a su compañero y los dos se dirigieron a la parte trasera.

—Espera aquí —ordenó Elio—. Si alguien viene haz una señal.

Tras eso, desaparecieron a hurtadillas.

«¿Una señal? ¿Qué señal? ¿Y si vienen unos guardias, o peor, soldados?»

Daniel seguía viendo las ráfagas de vapor en los balcones. Los vecinos estarían agolpados en las ventanas viendo el espectáculo. Cosa extraña. No escuchaba voces llamando a la policía. Solo silencio. Pensó que poco podía importarle a aquella gente lo que le ocurriera al anticuario.

Un pestillo sonó. La puerta del local se abrió y una mano lo agarró con fuerza. Era Bruno que, colocando un dedo sobre su boca, cerraba la puerta y volvía a poner el pestillo. En un sillón estaba atado el anticuario, con una mordaza en la boca.

«¿Cómo lo han hecho? No me ha dado tiempo ni a tirarme un pedo».

—Te voy a enseñar cómo se caza —dijo Elio a Daniel.

El Caballero retiró la mordaza del anticuario. El hombre iba a gritar pidiendo auxilio, pero Elio se adelantó extrayendo un cuchillo del interior de su bota. Al exhibirlo delante de sus narices el anticuario no se mostraba tan dispuesto a hacer ruido.

—¿Dónde está el Lobo? —preguntó en inglés.

—¿Quién?

Al Caballero no le hizo falta nada más. Giró el cuchillo 180 grados y lo clavó en la mano derecha de Kando, apoyada sobre el brazo del sillón. El acero penetró por completo hasta que la empuñadura llegó a los metacarpianos de la víctima. Kando inició un grito que Elio sofocó tapándole la boca con la otra mano, apretando la mordaza hasta casi ahogarlo. La sangre comenzó a chorrear manchando el suelo de madera desgastada.

—Ya pasó lo peor. Has mostrado tu carta y yo la mía. Sabes que no es un farol y ahora estamos todos relajados. Volveré a hacerte la pregunta. ¿Dónde está

el Lobo?

Daniel completó el esbozo a carboncillo de Elio, obteniendo una pintura al óleo llena de detalles. El Caballero conocía varios idiomas. Dominaba la conducción extrema. Era culto. Metódico. Instruido en artes, dos de ellas al menos: el arte de la tortura y el de la extorsión. No era un profesor de universidad. Ni un Caballero de San Juan al uso de Roma. Elio era un agente de campo, experimentado y frío.

Cuando el dolor de la mano pareció remitir, Elio volvió a quitarle la mordaza. —Ein Feshkha —se escuchó decir a Kando—. El Lobo vive en Ein Feshkha.

Con la misma rapidez que entraron, volvieron a salir, tras sacar del anticuario toda la información que necesitaban. Ein Feshkha era un asentamiento beduino situado cerca de la orilla noroeste del mar Muerto. Por su ubicación no quedaría lejos de Khirbet Qumrán, como lo llamó Kando. Las *Ruinas de Qumrán*, en árabe. Más extrañas fueron las palabras de despedida del anticuario:

—Que el judío errante os lleve.

Daniel nunca había escuchado esa expresión, aunque para Kando debía tratarse de una ofensa terrible solo equiparable al dolor de su mano agujereada.

—Regocíjate, anticuario —dijo Elio—. Ahora llevas la marca de Cristo en la mano.

Encaminaron sus pasos hacia una plaza cercana, donde el Fiat estaba estacionado. El avance de las horas había despertado a algunos habitantes, circulando por la plaza con sus mentes volando a otro lugar, quizás a la seguridad de sus domicilios, donde dirigían sus pasos tras la necesaria compra de víveres o algún recado inoportuno. Sintió una enorme tristeza por ellos. Le recordaba los días previos al estallido de la Guerra Civil española. Aquel conflicto fratricida le cogió por sorpresa en la ciudad de Zaragoza, en una visita a la Basílica del Pilar durante sus estudios sacerdotales. Sentía la misma angustia que entonces, mirando a los transeúntes temerosos de escuchar el zumbido de alarma aérea.

Entraron en el vehículo y Elio accionó el motor. En el otro extremo de la plaza se detuvo un autobús. Bajaron un par de viajeros por la parte trasera, caminando apresurados. Otros tres subieron y cerró sus puertas con un chasquido.

Entonces explotó.

El ruido fue lo primero, intenso y brutal. La luna delantera del Fiat saltó en pedazos. Lo segundo, el fuego. El autobús se había abierto como un pastel de manzana golpeado por un puño. Era un esqueleto de hierro en lugar de huesos, doblándose entre crujidos por efecto del calor. Una nube de humo negra se mecía por la plaza. Escuchó los gritos, débiles al principio, bajo la cortina de un pitido

agudo en sus oídos. Crecieron a medida que los cuerpos calcinados emergían de las tripas del autobús retorciéndose desesperados. Una mujer corría por la plaza con la vestimenta vaporizada y la piel de los brazos hecha jirones colgantes en sus dedos. Unos niños se arrastraban desnudos por los adoquines gritando. Lo último fue el olor. El nauseabundo hedor a pelo y carne chamuscada. Todo junto daba vueltas en su cabeza provocándole náuseas. Se llevó la mano al oído izquierdo. Notaba la antigua metralla bajo la piel queriendo salir de la carne. La vista se nubló y solo pudo distinguir el movimiento acelerado del Fiat huyendo como un perro del garrote de su amo.

—¡Corre, corre! —gritaba Bruno.

Miró por la luna trasera del vehículo mientras salían de la plaza. La muerte le había sonreído por segunda vez en Tierra Santa, con un guiño de ojo y jurando llevárselo la próxima vez.

«Otra guerra no, por favor —se dijo frotándose la oreja izquierda—. No puedes meterme en otra guerra, Señor».

No detuvieron el vehículo hasta estar más de quince kilómetros al este de Belén. Bruno sufrió un repentino mareo y fue tras el vehículo a vomitar. Elio sujetaba el volante con manos sudorosas. Daniel observaba a los dos, con un temor creciendo en su pecho.

La guerra judeopalestina no era una posibilidad que temer sino una realidad certera.

«Un huracán de proporciones bíblicas —se dijo con amarga comicidad».

Entendía el interés de los judíos por los manuscritos de Qumrán. Sus gobernantes podían transformarlos en los textos históricos que justificaran la proclamación del Estado de Israel. Pensó en los cuatro individuos que atropellaron a Hannah y en el atentado del autobús.

«Israel nunca renunciará a Qumrán —se convenció—, aunque eso suponga que el estado palestino jamás exista».

Ambos bandos tenían motivos para conseguir los rollos de pergamino. Pero desconocía el interés de la Orden de Malta. Las palabras de Hannah volvieron a su mente.

«Podrían hacer tambalear los cimientos del cristianismo».

—Elio, necesito tu ayuda.

El Caballero se giró con la mirada perdida.

—En Jerusalén escuché algo que me preocupa desde entonces. Sé que no hemos comenzado de la mejor forma, pero creo que nuestros intereses caminan en la misma dirección. Igual que yo, sirves a una organización con normas y protocolos que has de seguir. Haces lo que hay que hacer y no quiero juzgarte por ello. —Elio se acomodó en su asiento, relajando las arrugas de su entrecejo

—. Por eso creo que tengo que contarte esto.

—¿El qué?

—Ni siquiera te he dado las gracias por salvarme en los jardines Hatkuma y te interrogué sin respeto.

—Continúa.

—Aquella judía de la plaza. Hannah, la ayudante del profesor Sukenik. Me dijo algo mientras miraba las fotografías. Dijo «estos documentos podrían hacer tambalear los cimientos del cristianismo». Sabes a qué se refiere, ¿verdad?

Elio frotó nervioso el aro del volante.

—Por supuesto que lo sé. Como dije, creo que es José María Escribá quien debería haberte informado, pero estás aquí jugándote el pellejo con nosotros y creo justo que no andes a ciegas.

—Si querías asustarme, lo estás consiguiendo.

—No es algo que te vaya a asustar. Bueno, en realidad no sabría definirlo.

El Caballero bajó del vehículo y fue hasta la parte de atrás, echó un vistazo a su compañero, que seguía vomitando, y se introdujo en los asientos posteriores del Fiat, junto a Daniel:

—Olvida todo lo que sabes del cristianismo y escucha como lo haría un niño de cinco años en catecismo. Eso facilitará las cosas.

—Me gusta. Recuerda que no soy muy inteligente.

—No, solo tienes las neuronas bien ordenadas. —Los dos sonrieron—. Jesús de Nazaret fue discípulo de Juan Bautista. Recuerda que estamos en catecismo para niños. Lo simplifico hasta la inexactitud.

—Lo he entendido.

—El bautista gustaba de predicar en el desierto y Jesús también pasó una temporada en él. Una teoría afirma que Juan Bautista era esenio. Varios hechos lo confirmarían. Qumrán era un lugar donde el agua guardaba un interés especial, sagrado. ¿Te recuerda a algo?

—El bautismo.

—Queridos niños, tenemos el primer dato: Juan Bautista era un judío esenio. Se trasladó a Nazaret y predicó la «filosofía» esenia.

—Veo a dónde nos conduce esto.

—A Jesús, claro. Aquí el segundo dato: Jesús era discípulo del bautista, así que Jesús era un esenio. No fue al desierto de Judea a meditar ni ser tentado por el demonio. Fue al desierto para encontrarse con los esenios de Qumrán y aprender con ellos.

—Dios mío —dijo Daniel frotándose los ojos.

—Nunca mejor dicho. Te puedes imaginar lo que eso significa. Al carajo el Concilio de Nicea, al carajo los evangelios, todo al carajo. Borrón y vuelta al

principio para poner orden en la biografía de Cristo. Y no solo en su vida. Hablamos de su mensaje. No sé qué conoces de los esenios, pero eran férreos defensores de la ley y las costumbres judías. Nada de romper con el judaísmo sino afianzarlo mucho más. Los defensores de la luz frente a las tinieblas; o sea, la luz de Dios frente a las tinieblas del resto de confesiones religiosas. Imagínate un comunicado de prensa en el que se mete en el mismo saco a Jesús y a los esenios. Tendrás esos cimientos del cristianismo temblando durante generaciones.

«Y yo maldiciendo estar en mitad de una guerra —se dijo Daniel—. Ahora estoy en mitad de todo».

—Pero hay más —confesó Elio.

—¿Más?

—Compañero, lo que he contado es solo la punta del iceberg. Pero mis votos de Caballero de San Juan me impiden revelarte más información. Confío en que sepas perdonármelo.

Incluso en ese momento, sabía que Elio había contado más de lo aconsejable.

—Habla con tu prelado —añadió—. Solo José María puede iluminarte el camino.

Llegaron a Ein Feshkha antes del almuerzo. A simple vista un conjunto de tiendas beduinas con formas rectangulares creciendo como setas sobre la arena del desierto. Un camino los acercó al poblado, revelándoles un frondoso oasis oculto tras lomas arcillosas. Daniel pensó en las pozas de Qumrán al ver el agua correr hasta las cercanías de las tiendas. Sus ruinas podían estar cerca y sintió un escalofrío. Llegó la hora de cobrar la piel del Lobo.

Se apearon del Fiat a una distancia prudencial. Un disparo sonó en el aire. La bala impactó a un metro de los pies de Bruno haciendo saltar la arena. Eran la diana de un francotirador.

—¡Alto! —gritó un hombre en árabe—. No avancéis más.

La voz procedía del interior del campamento. Estaría en contacto visual con el francotirador, ubicado en la cima de una de las lomas. Daniel se detuvo levantando los brazos.

—¿Qué dice? —preguntó Elio.

—Dice que si caminas un paso te atravesarán la cabeza.

Los Caballeros levantaron los brazos también.

—Así es como caza un profesional. —Rezó un padrenuestro fugaz y se dirigió en árabe a los beduinos—. Disculpen, pero somos hombres de bien.

Avanzó un paso. Otra bala fue detonada, impactando a unos centímetros de su zapato izquierdo. La arena volvió a saltar, manchando su camisa.

—¡Fuera de aquí, jordanos! —dijo otra voz—. ¡No queremos volver a veros!
«¿Jordanos? —Daniel creía haber entendido bien—. ¿A quién se refieren?»

Recordó los individuos de la plaza Hatkuma. Cuatro hombres de piel oscura que perfectamente podían ser jordanos. Los beduinos eran gente pacífica, confiados moradores del desierto siempre dispuestos al comercio y por encima de todo hospitalarios. No era el recibimiento propio de ellos. Algo había ocurrido y Daniel creía saber el qué.

—¡No somos jordanos! —Avanzó otro paso, esperando oír el siguiente disparo—. Estos son mis amigos Elio y Bruno. Saludad Elio y Bruno. Yo soy Daniel. Algunos me llaman el Cazador y otros el español.

—¿Español? —volvió a decir la primera voz—. Odiamos a los españoles.

Daniel lanzó una maldición.

—Dejé España hace mucho tiempo. Esa no es la cuestión. ¿Sería posible que hablásemos directamente? Como he dicho, no somos una amenaza.

Tras un silencio, la cubierta de una de las tiendas comenzó a enrollarse hasta dejar al descubierto parte de su interior. Un beduino anciano emergió de ella. En su mano derecha portaba un kalashnikov. Daniel tragó saliva.

—No queremos más extranjeros por nuestras tierras —dijo el beduino—. Marchaos en paz o buscad la muerte.

Masticaba algún tipo de sustancia de aspecto herbáceo. Supuso que era el jefe tribal, algún jeque vestido con túnica nívea, chaleco oscuro y fajín con elaborados bordados.

—Le saludo, noble señor —halagó Daniel avanzando otro arriesgado paso—. Mis disculpas por ofenderle de este modo, pero creo que debería escucharme si su pueblo no quiere buscar también la muerte. —El jefe tribal sujetó el kalashnikov con las dos manos—. Han recibido la visita de esos jordanos y la nuestra no será la última. Usted sabe por qué. Si no hubieran encontrado los pergaminos este poblado sería tan anónimo como antes. En cambio, ahora es uno de los frentes en la inminente guerra entre judíos y musulmanes. Quizás no hoy, ni mañana, ni dentro de una semana, pero no tardarán en aparecer tanques invadiendo sus tierras. ¿Es eso lo que quiere?

El beduino echó un vistazo breve al interior de la tienda.

—¿Y tú? ¿Qué quieres de nosotros?

—Saber dónde está la cueva.

—¿Para qué?

—Tengo mis razones.

—¿Eso impedirá que sigan llegando más extranjeros?

—Puede que sí, puede que no.

—¿Qué proposición es esa?

El beduino mascaba inquieto con un sonoro ronroneo de dientes. Daniel endulzó un poco su propuesta:

—Soy un diplomático internacional. Alguien importante podría decirse. Haré lo que esté a mi alcance para librarles de esta confrontación. Usted y yo somos hombres de honor. Puede que en estos tiempos no signifique gran cosa para muchos, pero para nosotros dos sí. ¿Estoy en lo cierto?

Daniel extendió su mano en señal de acuerdo.

—Maldito Lobo —dijo el beduino escupiendo la sustancia viscosa que masticaba sobre su propia mano—. Trato hecho—. Estrechó con ella la del Cazador—. Con una condición.

—Diga cuál. —Daniel sentía la sustancia babeante resbalando por su mano.

—Hagan lo que quieran en la cueva, pero cuando acaben, destrúyanla.

Dentro de la tienda los olores revoloteaban incesantes. El más intenso era el de las lonas de piel de cabra que cubría el armazón de madera.

—La tribu Ta'amireh siempre ha recibido al extranjero con hospitalidad —confesó el jefe sorbiendo un aromático té afrutado—. El mundo funciona al revés desde que los jordanos llegaron a Ein Feshkha. El judío errante se los lleve a todos ellos.

Era la segunda vez que Daniel escuchaba aquella maldición. Según el jefe tribal, los jordanos habían penetrado en el poblado durante la última noche solicitando cobijo. Esa mañana la tribu despertó encontrando varias tiendas saqueadas. Los agentes jordanos lo habían revuelto todo.

—Buscaban más pergaminos —añadió Daniel.

Elio y Bruno asistían a la reunión como espectadores de escayola, sin entender una palabra de la conversación. Al comienzo estaban tensos, pero los cuencos de comida y la música que salía tras una cortina los fue invitando a disfrutar de lo desconocido.

Los sonidos procedían de la parte privada de la tienda, donde Daniel sabía que, separados por la cortina, estaban las mujeres del clan y los niños. Desde esa zona entonaban sus cánticos sin más acompañamiento que el raspado sobre alguna superficie.

—No es la primera vez que oigo esa frase —dijo Daniel tomando un poco de manteca rebañándola con pan.

Era grasienta en el paladar y asquerosa al gusto, pero consiguió tragarla antes de continuar:

—«Que el judío errante te lleve». ¿Es alguna injuria regional?

El jefe beduino arrugó hasta lo imposible su frente.

—Es una leyenda muy arraigada entre los Ta'amireh. ¿No conoce la leyenda del judío errante?

Por supuesto que conocía esa historia protocristiana. Recordó las palabras escritas en el mapa del Gran Maestro:

«JUDÍO ERRANTE»

Se preguntó si existía relación. Un judío condenado por Cristo a vagar por el mundo hasta el fin de los tiempos por haberlo ofendido de camino al monte Calvario. Un regalo de cruel inmortalidad. Pero jamás escuchó esa leyenda como insulto maldiciente.

El beduino se remangó la túnica en un brazo y realizó con él un gesto. Daniel lo interpretó como señal para que alguien se acercara. La cortina se abrió.

—Les presento a Muhammad el-Hamed —recitó el jefe—. Aquí lo conocemos como Edh-Dhib.

Los Caballeros seguían sin entender nada, pero dieron un respingo al escuchar ese nombre.

«Edh-Dhib. El Lobo».

Tras la cortina apareció un niño con la mirada arrastrándose por el suelo.

—Siéntate a mi lado, Muhammed —ordenó el jefe—. Cuéntale a este hombre la leyenda. Quizás él entienda por qué te has atrevido a ofendernos.

—No es necesario, la conozco. Una historia demasiado cruel para esta velada.

—Al contrario, extranjero —dijo el anciano—. Es una historia de amor.

La mirada profunda del beduino bastó para que el niño comenzara a recitar.

Preste atención, caminante, pues le brindo una historia singular. Escúchela con oído compasivo, pues con ánimo le es contada y juzgue después el valor de mi talento. Considere que, como a mí llegó, así le es transmitida. Solo oído sano precisa, mente clara y tiempo de sosiego. Si tras escucharla siente regocijo en su corazón, acuérdesse del portador de la historia que humildemente recibe su agradecimiento.

Atención, caminante, pues la leyenda da su inicio.

Un judío cruel trabajaba cerca del monte Calvario. Jesús de Nazaret en comunión con sus doce apóstoles estaba. El Cuerpo de Cristo consumido, la traición consumida, el sacrificio del Nazareno consumido.

Mírelo, caminante, subir el monte con la cruz en su espalda.

Michob Ader, pues ese era el nombre del judío, seguía trabajando en su taller. Nada más le importaba. El Nazareno pasó entonces por delante del negocio. Jesús sintió desfallecer su cuerpo mortal, pues la cuesta era empinada, cayendo junto a las mercancías de Michob.

—Fuera de aquí —le dijo al Nazareno—. Fuera. Ve a morir en tu Calvario junto a los otros.

Un poco de agua le pidió Jesús, pero el judío se la negó.

—Nada de agua hay para ti.

Cristo lo miró y esto pronunció con gran congoja.

—Yo caminaré hasta el Calvario, pero tú lo harás hasta el fin de los días, donde nos encontraremos frente al Padre.

Tres días pasaron. Michob sentía que su propio espíritu ya no estaba. Buscó en su interior con rezos infructuosos, pues su espíritu ya no habitaba dentro de él. Michob lo sabía y ahora tú también, caminante. Su alma había vuelto con el Creador y solo su cuerpo quedaba. Un cuerpo contra natura deambulando. Toda apetencia le asaltaba, pero ninguna podía satisfacer. Su estómago no retenía ninguna comida. El agua tampoco le saciaba. El sueño no le concedía el descanso. Ese fue el regalo envenenado que Cristo le entregó.

Cien años por el desierto estuvo errando. Hasta que una voz lo llamó.

—Ven a Qumrán —le decía—. Ven a Qumrán.

Hacia allí fue caminando.

En Qumrán halló a los Hijos de la Luz, los defensores de la ley. Esenios decían llamarse los verdaderos hijos de Israel, en perpetua lucha con los Hijos de las Tinieblas que la ley ignoraban.

—Igual que a Jesús de Nazaret, te recibimos con regocijo y esperanza Michob Ader. Para nosotros serás a partir de ahora el Judío Errante, pues errando llegaste a nosotros para, libre de impurezas por nuestra agua sagrada, recuperar la paz.

Presta atención caminante, pues dicen que Michob cinco años purificó su cuerpo en las aguas de Qumrán. Cinco años tras los cuales nada quedaba de Michob. En las mismas aguas se había diluido para renacer.

Caminante, la historia de amor aquí comienza.

Quiso el destino que una hermosa qumranita de él se enamorara. Quiso el destino que Michob de ella quedara prendado. Se casaron y muchos años fueron dichosos. Pero un día Dios quiso llevarse a su

amada, enfermando su cuerpo aún joven y hermoso. Así Dios lo tentaba.

El judío rezó por ella muchas noches rogando que recuperara la salud. Viendo a su esposa abandonar este mundo, Michob tomó una daga y se abrió la carne de la mano, dándole a beber su sangre inmortal.

La mujer se despertó a la mañana siguiente. Ningún rastro quedaba de la enfermedad. Dios no vio esto con buenos ojos así que envió a los romanos contra Qumrán.

Temerosos de la mano de Dios, los qumranitas escondieron todos sus tesoros en una cueva cercana y ordenaron al Judío Errante custodiarla hasta el fin de los tiempos en pago por su afrenta.

Así pasaron los dos amantes inmortales muchas vidas de hombres mortales. Ella era la luz del judío. El judío era la luz de ella. Dos personas como una sola amándose hasta la eternidad. Demasiada felicidad, así que poco a poco fueron olvidando su promesa. Se marcharon de Qumrán hacia un lugar menos inhóspito que el desierto, unas veces Hebrón, otras Jericó e incluso nuestro poblado, Ein Feshkha. Dejaron la cueva a merced de saqueadores y la ignominia volvió a llegar a oídos de Dios.

El castigo divino estaba cerca. Esta vez fueron cruzados, que recuperando Tierra Santa se encontraban. Escucharon la llamada de Dios en sueños guiándolos hasta Qumrán.

Él era su luz. Ella la luz de él. Una sola cosa que los cruzados dividieron. Una noche triste, mientras Michob y su amada dormían, los cruzados entraron en la cabaña. Artes oscuras emplearon sumiéndolos en un sueño sin despertar. A la mañana siguiente, la luz del judío ya no estaba. Su Amor había desaparecido, y con él su dicha eterna.

Dios le habló entonces tomando la forma del Sol.

—Este es el castigo por traicionar a mi pueblo. Los Hijos de la Luz te maldicen. Pero aún queda salvación para tu alma, pues el tiempo no es nada para ti. Cumple tu promesa y protege mi sabiduría. Así podrás reunirte con tu Amor el día del Juicio. Protege la Palabra de Qumrán.

Esta es, caminante, la leyenda más triste y hermosa de los Ta'amireh. Como la aprendí te la entrego. Sírvate también como advertencia, pues solo muerte encontrarás en Qumrán a manos de quien protege sus ruinas. No olvides esta historia. Una historia que es leyenda. La leyenda del Judío Errante.

El niño los guiaba a través de la arena. Según el jefe Ta'amireh, a poca distancia del asentamiento encontrarían Qumrán, para ellos un lugar prohibido. Como represalia por acercarse y saquear los dominios del judío errante, Edh-Dhib tendría que acompañar a los europeos hasta allí. El chico lloraba desde entonces.

Daniel aprovechó el trayecto para resumir a sus compañeros las revelaciones de los Ta'amireh, sobre todo la curiosa versión de la leyenda, que obligaban a memorizar a los niños tras cumplir ocho años. Con esa edad ya podían acompañar a sus padres en los viajes, no sin demostrar un perfecto conocimiento de la historia del judío errante. Fue en uno de esos viajes cuando el pequeño Lobo se apartó de la ruta perdiéndose entre las colinas.

—El resto lo conocemos por el anticuario Kando y el archimandrita Athanasius —les recordó Daniel—. El niño vio una abertura en una pared de roca y tiró dentro una piedra. Escuchó un ruido parecido a cerámica rompiéndose y decidió echar un vistazo. Así fue como entró en la cueva y localizó los siete rollos de pergamino, varios de los cuales llegaron a Kando para venderlos y el resto a las manos del profesor Sukenik.

—¿Y la leyenda? —dijo Bruno—. ¿Es falsa?

—Por favor, no seas inocente. Claro que es falsa. Pero eso no nos importa. Toda historia tiene datos novelados y otros reales, sobre todo si ha sido transmitida de forma oral, como esta. Lo importante es identificar qué hay de real. Sabemos que la destrucción del Templo de Jerusalén por los romanos fue en torno al 70 después de Cristo. Ese dato aparece en la historia.

—También habla de cruzados —añadió Bruno—. Esa parte podría ser verdad.

—Pero ahí nos perdemos en siglos de Cruzadas por toda Tierra Santa. Espero que las ruinas nos den más información.

—Lo importante es encontrar la cueva donde aparecieron los pergaminos —sentenció Elio—. Las ruinas pueden esperar.

Era la primera vez que el Caballero abría la boca tras oír la leyenda de los Ta'amireh. Conducía el Fiat con lentitud, siguiendo las indicaciones de Edh-Dhib guiándolos a través del terreno pedregoso.

No habían recorrido más de dos kilómetros cuando el niño pidió que pararan.

—Ahí está —señaló el Lobo.

A cincuenta metros, una formación rocosa se elevaba sobre la llanura como si fuera la mano de un león gigante. Cada dedo era una lengua de montaña. Daniel encontró sin esfuerzo la pequeña cavidad. Un movimiento de tierra, algún terremoto, habría puesto la cueva al descubierto. Su interior estaba iluminado por varias chimeneas talladas en la roca.

—Aquí están las vasijas —informó Edh-Dhib—. Todas estaban vacías menos

esta.

El niño señalaba una enorme tinaja de barro tumbada sobre la tierra. Elio comprobó que era cierto. Intentó levantar otra tinaja, desenterrando una mano huesuda. El Caballero no se inmutó. La mano estaba unida a un brazo y este a un cuerpo entero cubierto con armadura.

Encontraron dos cuerpos más, enterrados en la arena. Tres esqueletos en total con una enorme cruz grabada en sus petos metálicos.

—Templarios —dijo Daniel recordando la historia contada por el niño.

«Esta vez fueron cruzados, que recuperando Tierra Santa se encontraban».

Elio estaba alterado, escudriñando cada centímetro de la oquedad. Buscaba algo con tal ansia que escarbó el suelo arenoso con los dedos hasta que le sangraron.

—¿Dónde está el libro? —reclamó Elio.

El Caballero miraba al niño con una furia desconocida para Daniel. Se acercó al pequeño beduino, tomándolo de un brazo.

—¿Dónde está el libro del judío? —repitió.

El niño no entendía.

—Te pregunta que dónde está el libro —tradujo Daniel—. El libro del... ¿A qué libro te refieres, Elio?

—Al entrar aquí. ¿Encontraste un libro? Grande, con la cubierta de piel roja.

Daniel se lo tradujo.

—No —contestó el niño—. Siete rollos de pergamino. Ningún libro.

Elio llevó al pequeño beduino hasta un extremo de la cueva y lo tumbó a la fuerza sobre el suelo. Luego extrajo el puñal de su bota.

—Tradúcele, Daniel. —Elio aplastó el brazo del niño contra el suelo—. Por última vez, dime dónde está el libro del judío errante o lucirás la marca de Cristo.

—¡No! —gritó Daniel.

—Esa no es la traducción. Hazla ahora.

Algo palpitaba en el interior del Cazador. Se acercó a Elio y lo agarró por la espalda, tirando de él. Movidó por el impulso, el Caballero aterrizó sobre el suelo a varios metros de distancia.

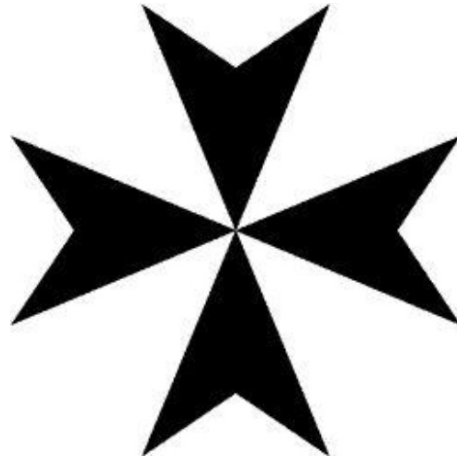
—No puedes hacerle eso a un niño.

Elio se incorporó de un salto. Bruno se acercó a él. Parecía querer ayudar a su compañero, pero en realidad estaba impidiendo que se acercara al Lobo. Elio extrajo un revólver y encañonó a Bruno. Los reflejos del forzado eran formidables, apartando el arma con un golpe preciso y empujándolo otra vez contra el suelo.

—¡No somos torturadores de niños, Elio! ¡Nuestra Orden no hace eso!

Su compañero seguía en el suelo, inmóvil. La empuñadura cruciforme de una espada se había clavado en su cráneo derramando sangre y líquido gelatinoso sobre la arena. Era la espada de uno de los esqueletos.

Daniel reparó en las armaduras esparcidas por el suelo. No eran los cadáveres de tres Templarios. La cruz sobre sus petos tenía una forma distinta:



«La cruz de Malta».

Ahora yacían sobre el suelo cuatro Caballeros de San Juan.

En campaña. 18 de octubre de 1936

Querido padre:

Necesito escribirle de nuevo aprovechando un hueco en mitad del traslado del centro de operaciones. Perdone por hacerlo tan de seguido, pero es la necesidad de espíritu que me obliga. Ayer mismo concluyó la primera batalla en la que he participado y aún me tiemblan las manos.

Tras la toma de Sigüenza el batallón echó un vistazo en la ciudad. Estar alejado de la primera línea me ha apartado de la inmundicia realidad. Padre, una carnicería ha sido esto. El ejército rojo se había hecho fuerte dentro de la catedral. Creo que ya le conté. Más de un mes han estado bombardeándola. Ver el estado en que ha quedado hace que uno termine por odiar a los hombres que ignorantes de la ira de Dios corrompen los santos lugares. Unos y otros.

La nobleza en el combate terminó hace mucho. No sé con qué idea romántica llegué aquí, pero nada queda de ella. Pensé encontrar una lucha justa, con un objetivo claro: defender nuestra España de esos separatistas republicanos. Venga a Sigüenza, padre. Venga y verá una ciudad completamente destruida por el bombardeo incesante. Hay cientos de cadáveres desparramados por el suelo. Muchos no son soldados republicanos, sino sus mujeres e hijos.

Por favor, Señor. Acaba con este sinsentido. Qué ciego he estado desde la seguridad de mi garita, escribiendo órdenes, contraórdenes y recibos de suministros. Ahora que veo los cuerpos de mis compañeros tumbados sin vida sobre el pavimento, siento la blasfemia que he cometido al ignorar la realidad. Yo, que sin aprensión rellenaba los partes de baja como si enviara postales de viaje.

Vuelvo a pedirle noticias de mis compañeros de seminario. Ahora más que nunca necesito saber de ellos. No sufra usted por mí. Sigo con el convencimiento de que Dios hallará algún modo de sanar el espíritu de su pueblo. Hoy rezaré por todos.

¡Viva España!

QUE EL JUDÍO ERRANTE TE LLEVE

La sala de espera menguaba igual que un globo desinflándose. En su interior, Daniel se sentía como una cucaracha dentro de una caja de zapatos. Escuchaba los ecos de las voces feroces disparando contra Bruno. En la habitación contigua el pobre Caballero estaba recibiendo una reprimenda atroz.

Después de un viaje que casi les cuesta la vida, el Gran Maestro juzgaba lo ocurrido desde la comodidad de su sillón. Bruno no merecía aquel trato, se dijo el Cazador frotándose frenético los muslos.

Daniel era el próximo en entrar y eso aceleraba su pulso. No sabía cómo proceder. Soportar la mirada de desprecio del Gran Maestro, acompañada de una sonrisita de Álvaro del Portillo se le antojaba insufrible.

Los habían enviado a una misión suicida ocultándoles la información más esencial. Ese no era el sello de José María Escribá. Sus encargos eran transparentes y Daniel disfrutaba con la mayoría. Localizar un objeto robado, encontrar a una persona huida de la justicia, hasta el traslado de documentos importantes. Su proceder siempre fue justo, o todo lo justo que el requerimiento permitía.

Las lagunas de su última misión ensombrecían la figura de José María hasta hundirlo en las tinieblas. No, ese no era el hombre que conocía.

La cruz de Malta se pavoneaba frente a Daniel dentro de un inmenso cuadro colgado en la pared de la sala de espera.

«¿Dónde está el libro del judío? —recordó decir a Elio».

La imagen brotaba dentro de su cabeza: la cruz de Malta grabada en una armadura, el cráneo de Elio agujereado, un gran libro forrado en piel, tinajas llenas de manuscritos, agua purificadora, una leyenda milenaria. Todo se aplastaba en su interior para formar una masa sin forma y pegajosa.

Repasando sus recuerdos rehízo la imagen del Caballero sosteniendo el arma de fuego. Su rabia, la determinación fulgurando en sus ojos. Ese libro era la verdadera misión de Elio, lo único que le importaba de Qumrán. Un libro más importante que el futuro del cristianismo. Carecía de lógica. Si existía alguna,

Elio se la había llevado consigo.

Tras el accidente, Daniel necesitaba respuestas.

—¿Qué libro es ese? —exigió tras regresar al poblado de los Ta'amireh.

Los beduinos se miraban desconcertados.

—Mi compañero buscaba un libro —aclaró Daniel—. Grande y forrado en piel roja. Lo llamó el libro del judío errante.

—¡Edh-Dhib! —gritó el jefe beduino—. ¡Ven aquí!

El niño sollozaba. Un hombre lo acompañaba apoyando sus manos sobre los hombros del Lobo.

—Dime. ¿Encontraste un libro?

—No había nada más que tinajas con rollos de pergamino —respondió el hombre.

—¡Deja que responda tu hijo! Es el momento de la verdad Edh-Dhib. ¿Había un libro?

—Solo tinajas —se le escuchó entre llantos—. Todas vacías menos una. Papá, tú lo viste.

—Mi hijo dice la verdad. Me mostró la cueva, tomamos los pergaminos y los vendimos. Unos a Kando y el resto a judíos de Jerusalén.

«Los cuatro rollos de Kando y los tres del profesor Sukenik —completó Daniel en su cabeza».

—Ya pedí perdón por mi hijo —añadió el padre del Lobo—. Incumplió la prohibición Ta'amireh de molestar al judío errante, pero solo es un niño. Travieso como un demonio, lo azotaría hasta despellejarlo, pero un niño. La culpa es mía. Solo quería conseguir algo de dinero. Acepto todo el castigo, pero no dañéis más a mi niño.

Edh-Dhib se apretaba con todas sus fuerzas a la pierna de su padre. Daniel intuía que ambos decían la verdad, pero el jefe beduino tenía algo más que añadir.

—Que el judío errante os lleve a los dos. —Luego se entornó hacia Daniel—. Destruye esas cuevas. No dejes ni rastro de ellas.

El jefe ignoraba que Daniel jamás tuvo intención de cumplir la promesa.

—¡Edh-Dhid! —dijo Daniel tomando papel y lápiz—. Repíteme la leyenda.

La puerta de la habitación se abrió con un crujido. Bruno emergió tras ella con pasos acelerados. Creyó ver en sus ojos brillosos el inicio de una lágrima.

—Bruno.

—La Comisión le espera, señor —cortó una voz junto a la puerta—. Si es tan amable, acompáñeme.

Había llegado el momento. Respiró hondo y se puso en pie. Veinte pasos contó, veinte kilómetros le parecieron, hasta llegar a la misma sala que había visitado dos semanas atrás. Delante de él, como cipreses, estaba el Gran Maestre y cuatro individuos que no conocía. El Consejo de Gobierno de la Orden, dedujo. En un rincón encontró a José María Escribá y a su lado a Álvaro del Portillo. Comenzaba a odiar a ese hombre, ocupando siempre el lugar que Daniel más anhelaba, junto a la mano derecha de Escribá. Casi pasó por alto otra presencia, un pequeño individuo con vestimenta militar y bigote delgado que lo miraba con desprecio. Le bastó un segundo para reconocerlo.

«Santo Cielo, escóndeme. Es el General Franco».

El ramillete de asistentes no se reuniría con él para discutir los pormenores de la fracasada misión. No había ataque ni estrategia posible más allá de agachar la cabeza hasta que llegara al suelo. Rezó para que no se la cortaran allí mismo. Sería un final pésimo a su aventura por Tierra Santa.

—El pasaporte vaticano —exigió Álvaro del Portillo acercándose hasta él—. Entrégamelo.

Era el inicio de su descenso a los infiernos de la deshonra. Alargó la mano hasta el bolsillo interior de su chaqueta.

—Aquí tiene.

Álvaro tomó el pasaporte y lo tiró en una papelera. Dentro de su cabeza, vio el documento caer a cámara lenta y chocar contra el fondo con un estruendo cavernoso. El sacerdote cogió un sobre depositado en una mesa y se lo dio.

—Aquí tienes la asignación. La consideramos más que acertada. Junto al dinero hallarás tu destino final. Te trasladarás hasta Pamplona para ocupar un puesto en el Museo Catedralicio Diocesano y ahí acaba nuestra relación contigo.

—¿España? —Notó que su voz había sonado demasiado hostil y quiso suavizarla—. ¿España, señor?

—¿No le parece un buen país? —dijo el general Franco.

—Por supuesto que lo es, Generalísimo.

—A partir de ahora nada te une al Opus Dei —sentenció Álvaro—. Por respeto a monseñor Escribá sabrás guardar secreto en todo. A él debes agradecer el puesto como pago a tus servicios pasados.

José María observaba a Daniel con un pozo de melancolía atravesando los cristales de sus lentes. El religioso apartó la mirada hacia un ventanal marcando la cruz de Cristo en su cuerpo de forma sutil, invisible al resto de asistentes.

—Ya puedes marcharte —concluyó Álvaro.

Había sido rápido y preciso, como un corte quirúrgico. En pocos días lo habían seccionado de la organización y convertido en un paria.

Vagó por las calles sin rumbo fijo el resto de la mañana. Un taxi le acercó

hasta plaza Navona, donde solía tomar el mejor café de Roma. Ese día, cada sorbo era frío y amargo. Caminó desorientado. Roma no se mostraba como la ciudad monumental que él conocía, sino como una mole de edificios triste y color ceniza. Cruzó el Puente Sant'Angelo para, poco después, levantar la vista de los adoquines y encontrar frente a sí la plaza de San Pedro.

No sabía si de forma consciente o no, pero sus pasos le habían conducido hasta el corazón de la cristiandad. Recordó una vez más las palabras de la joven Hannah.

«Esos documentos podrían hacer tambalear los cimientos del cristianismo».

Imaginó las monumentales columnas de San Pedro cayendo como gigantes de piedra, aplastando a la muchedumbre.

—Tranquilas muchachas —les dijo—. Seguiréis ahí por mucho tiempo. Yo me encargaré de ello.

Daniel ignoraba que dos hombres lo observaban en la distancia.

Comió algo en Il Cavallino Rampante, dos manzanas al sur de su discreto apartamento. Unos ravioli en salsa boloñesa estarían bien. Mirando a través de las cristaleras del Cavallino se sentía hipnotizado por el arrullo de las aguas de Neptuno, señorial dentro de su mastodóntica Fontana di Trevi.

En una esquina del restaurante había un teléfono. Con un arrebató incontrolable, interrumpió su almuerzo, tomó el auricular y marcó un número.

—¿Sí, dígame?

—Solo te digo esto: encontraré ese libro y lo estamparé contra la cara del Gran Maestro. Luego haced conmigo lo que queráis. ¿Lo has oído bien, José María?

Un zumbido sordo chisporroteó en el auricular.

—Espero de corazón que así sea —dijo Escribá—. Rezaré por ti.

—Necesito una cosa, solo una. ¿Dónde puedo encontrar a Bruno Casteldolfo?

—No estoy solo —dijo Escribá con un susurro—. Vía Emilio Bianchi. Número 2.

—Gracias. Yo también rezaré por usted.

Y colgó.

Tras engullir los ravioli, se marchó a su apartamento, en Vía della Panetteria. Era una modesta vivienda de poco más de cuarenta metros cuadrados, aceptables para un soltero y tan cerca de los principales atractivos de la ciudad como para considerar su alquiler una rotunda ganga.

En cuanto llegó al rellano se dio cuenta de que algo ocurría. Había una luz interior colándose por la rendija de la puerta. Giró el pomo con suavidad. No

ofreció resistencia. Avanzó por el pasillo, con la espalda pegada a la pared. Notaba una presencia.

—¿No pensabas volver nunca? —dijo una voz al cruzar por la cocina.

Daniel dio un respingo, empotrándose contra la pared opuesta. Dentro de la cocina, con un delantal, lo miraba Lena pelando una patata.

—Parece que has visto un fantasma.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó sin resuello.

—Tu casera me ha dado la llave. Cree que soy tu esposa. Señora de Sorolla me ha llamado. ¿A que es gracioso?

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? Necesitaba verte. ¿No es suficiente?

La sangre había comenzado a circular por sus venas.

—Disculpa, Lena.

—Llevo casi tres semanas sin saber nada de ti. Pensé que tarde o temprano volverías a casa.

—Me dijiste que no te llamara nunca.

Lena soltó la patata y el cuchillo sobre la encimera.

—Idiota —dijo enfadada—. ¿Me creíste?

La mujer se acercó y le dio una bofetada.

—¿Por qué me pegas?

—Por no llamarme.

Luego lo tomó por la nuca y lo acercó hasta sus labios. El beso fue largo y sabroso.

—¿Y esto?

—No sé. Me apetece, supongo. Ahora calla y llévame a la cama.

Hay días en los que Daniel se sentía sin rumbo y solo una bofetada conseguía levantarlo. La de Lena había sido una de ellas, y por varias razones. Primero porque le permitió disfrutar del tacto de su cuerpo y abrazarla como si el mundo acabara ese mismo día. Sentía un suave cansancio que, lejos de aletargarle, inyectó energías renovadas. Después llegó una revelación que, como otra bofetada, le hizo saltar de la cama.

—Repíte eso —exigió Daniel.

—Tu cura republicano sigue oficiando en Hallstatt.

—No lo puedo creer. ¿Quién lo sabe?

Un nuevo fracaso. Lo último que necesitaba era que Álvaro del Portillo se enterara. Impedir que el falso sacerdote continuara oficiando servicios religiosos era parte inseparable del encargo. Una amenaza debió bastar, pero había

resultado a todas luces insuficiente. Tendría que hacer algo al respecto.

—En la embajada recibí una carta —informó Lena—. La intervino el cartero de Hallstatt conforme a mis órdenes. Pensé que te gustaría comprobar si el falso padre Pete seguía tus consejos. En mi bolso la tienes. —Daniel corrió hasta la silla donde estaba colgado y extrajo el sobre—. No es una carta de amor. La remite a un compañero en el exilio. Mira la dirección.

«44-48 Rue Vestrepain
31100 Toulouse
Le France»

La carta era un batiburrillo de obscenidades hacia Daniel, la Iglesia, el Opus Dei y España. El individuo dejaba pocas cosas de las que no se acordara para maldecir sobre ellas.

—Por eso intenté contactar contigo —siguió Lena—. Creía que la carta te iba a interesar, incluso que te haría gracia. Además, me apetecía oír tu voz otra vez. Así que, aquí estamos los dos ahora.

Al escucharla, Daniel levantó la vista hacia sus ojos. Esos ojos juntos pero preciosos. Su pelo alborotado precioso. Los lunares preciosos. El busto pequeño pero precioso. Recostada sobre la cama, Lena le parecía preciosa toda ella.

Bajó la mirada al papel. Al final de la carta, escrita con letra furiosa, encontró la punzada de un escorpión que le hizo danzar toda la noche.

—La casa de Bruno está donde Cristo perdió las sandalias —masculló Daniel comprobando estar en la dirección correcta.

Llamó a la puerta con un martilleo de nudillos insistente. Temía que no estuviera allí. En su mano arrugaba sin querer la carta del falso sacerdote, impregnándola de sudor pese a los cinco grados de temperatura.

La puerta se abrió mostrando la figura de Bruno. Había envejecido diez años. Lo apartó sin esfuerzo y entró en su domicilio. Lena quedó junto a la puerta observando tímida la mole de músculo sin afeitar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Bruno.

—No hay tiempo para explicaciones. Vamos Lena, ayúdame a hacerle el equipaje. Tú también Bruno, no te quedes ahí parado y colabora un poco. Es tu maleta por el amor de Dios. ¿Dónde tienes la maldita maleta?

Sin la ayuda de Bruno sería imposible encontrarla. Estaba todo revuelto, hasta lo que no debía estarlo. Daniel apartaba trozos de armario y cortinas rasgadas. La casa entera se había enfrentado a los puños del Caballero. Cazuelas, sillas

destrozadas. Miró los nudillos de Bruno, manchados de sangre.

—¡Vamos, Bruno! ¿A qué esperas?

—¿Me quieres decir qué coño haces en mi casa?

El Cazador le mostró el papel arrugado.

—Esta carta la ha escrito un español republicano, desde su exilio en Austria. Lee la última frase.

Bruno arrastró los pies hasta Daniel y le arrebató la carta de un puñado. Al leer su final, otro escorpión picó al Caballero. *Que el judío errante se lleve a ese hijo de puta*, leyó.

—¡Mi maleta! ¿Dónde está mi maleta?

El tren partió hacia las 9 de la tarde desde la estación Termini.

—Os dejo tranquilos —dijo Lena—. Tenéis cosas que tratar y no estoy segura de querer participar en ellas.

Se alejó hacia el vagón cafetería dejando un rastro de perfume ajazminado.

—¿Qué miras? —dijo Daniel—. Sé que es guapa, pero si no dejas de hacerlo puedo arrancarte los ojos.

—¿Qué? No, yo no...

—Que sí, que sí. Volvamos a la carta.

Daniel la alisó sobre el asiento de la cabina. Extrajo su pequeña libreta negra y un lápiz, garabateando algunas palabras y flechas. Bruno contrajo el entrecejo sin entender nada.

—La leyenda del judío errante es de sobra conocida para un cristiano: Cristo camina hacia su crucifixión y le pide agua a un judío, este se la niega y Jesús lo condena a vagar por el mundo sin conocer el descanso hasta el día del Juicio Final. Arranquemos de ahí. En el poblado Ta'amireh nos cuentan una versión peculiar de esa leyenda. —Daniel seguía escribiendo en su cuaderno bajo la atenta mirada de Bruno—. Los garabatos en el papel son para organizar mis ideas. Esa versión habla también del judío errante, un tipo inmortal condenado a vagar por el mundo, y ahora esto y luego aquello, con una historia de amor que lo adorna. Bien. Toda la gente del poblado teme al judío pensando que pueda ser cierta, prohibiendo que se acerquen a Qumrán. Incluso obligan a sus niños a memorizar la leyenda como advertencia. Todo correcto. Ahora lo bueno. A 3000 kilómetros un comunista español conoce esa leyenda tan particular.

—¿Seguro que la conoce?

—Escuchaste a los Ta'amireh maldecir con esa expresión: *Que el judío errante os lleve*. Y en este papel vuelve a aparecer: *Que el judío errante se lleve a ese hijo de puta*. Por cierto, el hijo de puta soy yo. Si queremos encontrar el

libro debemos conectar esos dos puntos.

—El judío errante los conecta.

—Eso es. La leyenda nos está dejando un camino de baldosas amarillas hasta su libro. Y la siguiente parada está en Austria.

—¿Y si fuera cierta?

—¿La leyenda? —Bruno asintió—. Vamos, señor Casteldolfo. No haga usted que se me escape una risa.

—Somos hombres de Dios. Creemos en peces que se multiplican y la resurrección. ¿Por qué no vamos a creer en esto?

—Yo no creo en leyendas. Solo creo en las personas que están detrás de ellas. La Orden de San Juan quiere ese libro. El Opus Dei y el General Franco también. Hasta el Vaticano, estoy seguro. Todos ellos ponen el libro por delante de los manuscritos esenios, unos manuscritos que pueden cambiar el cristianismo tal como lo conocemos. Mi pregunta es la siguiente. ¿Qué hace a ese libro tan especial?

—No tengo ni idea.

—¿Qué te dijeron en la sede? —Daniel volvió a tomar papel y lápiz—. ¿Alguna explicación, algo? Como Caballero de San Juan qué se supone que tienes que hacer ahora. ¿Olvidar lo ocurrido y continuar con otra misión?

—Ya no soy Caballero. —Bruno tomó un pañuelo para recoger la lágrima que resbalaba por su mejilla—. Me retiraron el pasaporte de la Orden y mis credenciales. Ya no necesitan mis servicios.

—¿También te dieron un sobre con dinero?

—No, el mío tenía gritos e insultos.

—¿Y Elio? ¿Qué te dijeron de él?

—Que lo había asesinado y podía agradecerles libramente de la cárcel. —Bruno seguía recogiendo lágrimas con el pañuelo—. Fui yo quien lo introdujo en la organización, para mí era como un hermano, y ahora está bajo un montón de piedras en el desierto.

—¿Cómo se ingresa en la Orden? —quiso saber Daniel.

—Por invitación. Mi padre era miembro. Su tatarabuelo perteneció a la nobleza napolitana. También era Caballero, pero cayó en desgracia durante la República Romana de Garibaldi. El Gran Maestro puede ejercer la gracia sobre un Caballero de San Juan y honrarle con el *ius nobilitandi*, ennobleciéndolo de forma hereditaria. Durante generaciones los Casteldolfo hemos buscado esa gracia, aceptando cualquier encargo suyo por muy extraño o peligroso que fuera. Restaurar nuestros títulos nobiliarios fue siempre el sueño familiar. Pero lo he estropeado. —Sus ojos volvieron a llorar—. ¿Cómo voy a contarle esto a la madre de Elio?

—Tu amigo siguió su propia senda, y estaba muy alejada de la tuya. Escúchame Bruno, un hombre no puede avergonzarse por actuar conforme a su conciencia. Elio sabía algo que nunca te contó, y era algo tan oscuro que justificaba en su mente torturar a un niño beduino. Él tomó su elección y tú la tuya.

El pañuelo de Bruno estaba húmedo. Daniel le ofreció el suyo.

—Gracias. Parezco un colegial.

—Al contrario. Eres el hombre idóneo para esta misión.

—¿Qué misión?

—Recuperar el honor, y de paso nuestro trabajo. El mecanismo de salida es también el de entrada. El único de entrada. Vamos, Bruno. Límpiate esas lágrimas y recuperemos el libro del judío errante. Recuperemos nuestras vidas.

LA ARPILLERA QUEBRADA

Argel. 1572.

Los cascos de la mula ascendían escarbando guijarros con pasos arrastrados. Temblaba, se derrumbaría bajo el peso de las alforjas de esparto, caería al suelo sobre su panza y no se volvería a levantar.

Ese día apenas había rumiado tres puñados de heno y nada de paja. Cuatro estómagos frugales con la vejez pero más selectos.

—¿Cuándo me vas a abandonar, amiga mía? —se preguntaba Ahmed—. Aguanta hasta mañana. Hazlo por mí.

Coronando la cima del promontorio veía, a través de una flama sofocante, las velas de la galera bastarda agitándose deformadas. Rojo, amarillo y dorado; una mancha de colores junto al muelle, a legua y media, fácil de confundir con la treintena de naves hacinadas en el puerto.

—La hora de los ladrones —escuchó tras de sí.

Como punzado, Ahmed giró sobre los talones. Sus dedos rozaron el puñal del fajín.

—Más abajo, mi señor.

Un niño le sonrió. Faltaban cuatro dientes en su boca y otro bailaba como una campana agitada por la lengua. Tenía las dos piernas amputadas.

—Anúncialo más alto —dijo Ahmed dedicándole un gesto torcido—. Hay algún argelino que no te ha oído.

El tullido volvió a mostrarle su boca desdentada.

—Mire cuántos barcos, mi señor. —Su dedo negro, sucio, señalaba la costa—. Podría andar sobre ellos de un lado del muelle al otro sin tocar agua. O jugar al escondite. Le apuesto una moneda de cobre a que no me encontraría.

«Argel los pare tahúres —pensó Ahmed apartando su mano del puñal—. Maman el riesgo en los pechos de sus madres y los arroja al mar destetados, listos para el corso».

—Trae agua.

—Ahora mismo.

—Fresca.

—Sí, mi señor.

—No soy tu señor —dijo secándose el sudor con la manga de la túnica—. Llámame Ahmed. Baba Ahmed, si lo prefieres.

La boca del niño se abrió por completo. Los ojos la siguieron y un hilo de saliva completó la mueca. El tullido, rebosante de vigor, palmeó el suelo y regresó a la cabaña de la que había salido. Ahmed sentía en los labios el polvo levantado, mezclándose con sudor y mutando en una fina capa de barro en el rostro.

Tiempo de sol, tiempo de corso. La hora de los ladrones, decían.

Durante el invierno la ciudad de Argel dormitaba reparando cubiertas, fabricando cordelería, lijando maderos o remendando velas. Pero la primavera ya estaba instalada y, del mismo modo que la flor abre sus pétalos, el corsario argelino carga la galera de brazos para remar y parte hacia puerto desconocido, volviendo con sus riquezas saqueadas.

«Eres un corsario sin barco —le decía su padre desde la tumba—. Otro ladrón más».

El puerto bullía. Las naves se agolpaban hervidas y sazonadas. Bandera verde izada, cascos calafateados. La mesa estaba puesta, lista para que sus comensales devoraran todo fruto del mediterráneo. Ahmed solo quería un trocito.

«Lo siento, padre. Tengo que hacerlo una vez más».

Amarró la mula a un tocón y penetró en la casucha.

Un olor rancio lo saludó. Leche cortada, vinagre y axila, todo a un tiempo. Cerró la puerta y se desplomó sobre la alfombra raída que cubría el suelo. No hubo saludos.

En una esquina, el niño terminaba de desenterrar una vasija. Con manos callosas limpió los restos de arena y la puso entre los diminutos muñones que una vez debieron ser piernas. Se balanceó hasta Ahmed, derramando gran parte del contenido en cada vaivén. Tomó la vasija y bebió un sorbo, largo, dejando que el líquido resbalara por su boca hasta la clavícula. Todos lo miraban inmóviles. Los doce. Doce niños más.

—Abrevad a Caballo —dispuso.

—¿Caballo? —rio el niño sin piernas—. Qué nombre más raro para una mula.

—Abu, no discutas —oyó a su izquierda—. Llévala a beber con las demás.

—Seguro, Naid.

El tullido agachó la cabeza y se lanzó a cumplir el encargo. Verlo caminar, llamando así a una forma tan desgarrada de desplazarse, resultaba grotesco.

—¿Tu nueva mascota, Naid?

—Se ganará el derecho a estar aquí. Tiene alma de arpillero.

—Nos dejará sin agua antes de que eso ocurra.

Ahmed tomó otro sorbo. Naid, conocido como Ojo de Águila, era su mano derecha en la Hermandad, la izquierda y también un pie, pese a no tener más de quince veranos, dos menos que Ahmed. Un defecto gobernaba a Ojo de Águila por encima de todos: carecía de voluntad para negar y ofrecía demasiada para servir. Naid jamás sería capitán de la Hermandad, el *rais* que necesitarían a partir de ahora.

—¿Y Shaj? —prosiguió Ahmed—. ¿Es a quien sustituye ese Agu?

—Abu.

—Rata de callejón, supongo. —Naid asintió, apurando un vaso de licor anisado que le abrió el apetito—. ¿Qué le ha ocurrido a Shaj?

—Le cortaron un brazo.

—Ya le faltaba uno.

—El otro brazo. La guardia lo detuvo cerca de la Puerta del Perdón con todo el botín. Se lo arrancaron de cuajo en mitad del mercado, tendones y todo. Pero hacen muy bien su trabajo. Cauterizan la herida tan rápido que sacándote una espina pierdes más sangre.

Se oyeron unas risas vergonzosas.

—¿Y luego?

—Ya sabes lo que ocurre luego. Tortura y una cabeza rodando.

Sentía las manos empapadas de sangre. Sangre de niño. Agradeció que padre estuviera muerto. No podría soportar el desprecio en su rostro al comprobar el hombre en el que se había convertido.

«Pero tengo que continuar. Ahora no me puedo detener. Tan cerca no».

—¿Ese Abu estará a la altura?

—No lo has visto trabajar —Ahmed le dedicó una mirada condescendiente—. De acuerdo, no será el miembro más rápido en una huida, pero tendrías que verlo en acción. No hay bolsa en cinto que esté a salvo de sus dedos.

—En caso de que la alcance.

—Todos estamos lisiados aquí. Abu será uno más.

—Todos no.

—Nos lo recuerdas muy a menudo —dijo una voz que se escondía.

Aparentó no ofenderse. Se recompuso sobre la alfombra y entrelazó los dedos. Los hermanos sabían que los ojos de Ahmed hablaban en silencio. Ahora escuchadme, les decía penetrantes.

El tuerto es el rey en el mundo de los ciegos, como dicen. Ahmed era el rey

de la Hermandad de la Arpillera Quebrada. Así lo decidía el hecho de no ser un tullido. Una Hermandad de lisiados, todos incompletos, aunque turcos al fin y al cabo. Siendo moro, Ahmed nunca llegó a sentirse cómodo sentado en ese trono.

En la cima social de Argel estaba el corsario, el laureado corsario que llenaba la ciudad de riquezas. En la base languidecía el moro, el sucio bereber que recogía las migajas escupidas por la ciudad. Pero en Argel había algo peor que el moro: ser un ladrón que roba a los corsarios. Ahmed aunaba en una sola persona las dos cualidades.

«Te sentirás orgulloso por ello —reprocharía su padre».

Los arpilleros, en cambio, eran niños turcos que Argel había desechado incompletos. No nacieron. Los vomitaron en sus calles, o los descargaron en el puerto tras la última expedición corsaria con las heridas frescas y miembros mutilados. La ciudad se había librado de ellos. Eran basura.

—Si no vales para el corso no vales para nada en esta ciudad —les repetía Ahmed siempre que tenía ocasión—. Mendiga, pide limosna, sé un galeote si puedes remar. Pero jamás pisarás como guerrero la cubierta de una galera.

Ganarse la confianza del primer arpillero le costó unas sopas de aceite y un hueco cerca de su jergón. Pronto tuvo media docena entre mancos, tuertos y un par de «embruados» trabajando un oficio que Ahmed dominaba: el noble arte de robarle a un ladrón.

En la cabaña, los arpilleros esperaban órdenes. Era el momento de hablar.

—Abandono la Hermandad —comenzó.

Los chicos se miraron sin comprender.

—Después de hoy me marchó al sur —añadió—. O al este. ¿Quién sabe?

Todos parlotaban sin orden, algunos lo miraban incrédulos, otros con tristeza y muchos llenos de resentimiento. Las voces crecieron hasta convertirse en gritos y ademanes de brazos tensados.

—¡No pu-pu-puedes abandonarnos! —tartamudeó una voz—. Allah no permita que te m-m-marches. No dejaré que lo hagas.

—Sí que lo harás, Mamí. Es mi voluntad.

«Mi querido Mamí. Mi estúpido y querido tartamudo. ¿Qué será de él?»

Mamí era uno de los últimos arpilleros incorporados a la Hermandad, el menos lúcido, pero también el más querido. Lo extrañaría por encima de todos.

—¡La decisión está tomada! —dijo callando un moscardeo de voces.

—¿Por qué? —preguntó Naid clavándole su único ojo.

—Por todo, Ojo de Águila. Somos ineficaces y descuidados. Creé la Hermandad para sobrevivir, no para comprar muerte. Es lo único que estamos comprando desde hace meses. —Se incorporó adentrándose en el círculo que los hermanos formaban en el suelo—. Shaj ha muerto y creedme que todos vamos a

seguirle hasta el infierno mientras la Hermandad exista. Ya no somos cuatro ladrones que roban en el puerto. Nos hemos convertido en un camello de patas torpes, lleno de parásitos, al que le cuesta esconderse. Celebramos asambleas, creamos nuestras leyes y nos engañamos, creyendo que esa estructura sujetará el techo de la Hermandad mientras nacen ratas que se comen sus cimientos.

Le había resultado difícil memorizar el discurso, lo repetía en su cabeza desde hacía dos días. Los chicos escuchaban cabizbajos, así que había surtido el efecto deseado.

—Esta noche, cuando la luna esté en lo más alto, haremos nuestro último trabajo. Mañana me iré y la Hermandad quedará en vuestras manos. Rezaré a Allah para que la disolváis. —Volvió a sentarse, subiéndose las mangas hasta los codos y tomando un trozo de pan especiado—. Ahora celebremos la asamblea. La bodega de esa galera bastarda no se saquea sola.

Concluida la reunión, los arpilleros se marcharon a ocupar sus posiciones en la ciudad. Les esperaba un jugoso botín. Ahmed fue el último en irse. Necesitaba cada una de las monedas que obtuviera si quería abandonar la ciudad y no volver jamás.

Tomó las riendas de su mula. El animal lo miró con ojos llenos de moscas sospechando la caminata de regreso que se trazaba. Comprobó que la carga estaba bien amarrada y tiró de ella colina abajo.

El día anterior había atracado en el puerto la primera expedición corsaria de la temporada y todo Argel se agolpaba a recibir a sus corsarios. Un ladrón debe aprovechar cada ocasión que se le plantea: cientos de pequeñas bolsas descuidadas que podían desaparecer en los bolsillos ocultos de su túnica.

«Ellos son ladrones en el mar. Yo lo soy en la tierra».

La expedición regresaba triunfal. Siete pequeñas galeotas cargadas de oro, terciopelo, perlas, cristal, relojes y lo más importante para Argel: esclavos cristianos. No hubiera diferido gran cosa de una expedición más de no ser por la octava galera que las acompañaba. La galera bastarda.

A medida que bajaba la colina podía distinguirla mejor, inmensa con sus dos árboles, fácil de diferenciar del cultivo de galeotas turcas sembrado en el puerto. No era una nave corsaria. Después supo que se trataba de La Real, buque insignia de la armada española, la galera bastarda con la que don Juan de Austria había vencido a los turcos en la batalla de Lepanto.

El destino pareció darle aquel día una palmada en el cogote para verlo todo claro: la Hermandad de la Arpillera Quebrada saquearía la barriga de La Real.

Avanzaba los últimos metros que le faltaban para alcanzar la Puerta del

Perdón cuando notó un latigazo en la mano que le impedía continuar. Se volvió y vio la mula desplomada en el suelo.

«Casi cumples mi encargo. Unos metros más y lo hubieras hecho, compañera. Descansa, te lo has ganado».

Las cuatro ánforas que portaba le servían de excusa para entrar y salir de la ciudad como si fuera un mercader cualquiera, deslizándose al refugio de la Arpillera Quebrada, allá en la Colina del Muerto Alegre. No había forma de arrastrarlas. Las dejó como estaban, atadas al cadáver de su compañera, y se alejó.

La muralla se alzaba imponente. La habían reforzado con más baluartes tras el ataque del emperador cristiano. Sintió como si los sillares amarillentos le dieran un abrazo mortal con sus cincuenta pasos de altura.

—Una limosna, por Allah.

En las jambas de la puerta un mendigo hacía resonar unas piastras.

—Una limosna.

Era un viejo ciego, con las cuencas de los ojos vacías y sin nariz. Sus costados eran surcos arados en la tierra y abonados con hambre.

Miró hacia arriba y encontró los ojos saltones de una cabeza que lo acusaban desde el muro, cuatro varas más arriba. Tres grajos picoteaban los globos oculares afanándose en extraerlos. Era la cabeza de Shaj. Estaba clavada en un garfio, toda pútrida. Desde abajo no podía distinguirlo, pero seguro que estaba rellena de gusanos celebrando un festín con el cerebro. Era lo que los pájaros buscaban con tanto entusiasmo.

«Aquí acaban las cabezas de los ladrones, clavadas en las puertas de la ciudad para que todos admiren su inmundicia. ¿Qué harán con los cuerpos?».

No quería saberlo.

Pasada la Puerta del Perdón se extendía orgulloso el zoco. Más que un mercado se mostraba como una avenida estrecha, flanqueada por dispares casas encaladas de construcción terrosa.

—¡Lana en rama! —gritó una mujer sentada en un escabel de tres patas, oculto bajo capas de grasa y tela arremolinada—. Cuchillos damasquinos de la Sublime Puerta. Un poco de peltre. Ya sé, tela berberisca para un turbante. ¿Qué necesita? Yo le vendo.

La herrumbre asomaba en el costado de los cuchillos. La lana, apulgarada. No obstante, el peltre contenía algo de plomo que le daba el característico tono azulado en cubertería y exhibía orgullosa algunos collares que ninguna mujer despreciaría para lucir en una fiesta. Así era el zoco de Argel. Una mezcla resumida en el negocio de la mujer.

—¡Plumas! ¡Plumas de avestruz! —gritaba otro mercader con acento

lombardo.

El zoco humano se agitaba como una boa alrededor de un brazo, girando alrededor de sus tenderetes, ávidos por consumir la carnaza jugosa recién desembarcada.

—Llegas tarde —le susurraron al oído.

Naid estaba más nervioso de lo habitual, sudando bajo una túnica azul que transpiraba olor agrio.

—Mira hacia allí —indicó Ahmed.

Ojo de Águila siguió la línea imaginaria dibujada por el dedo hacia la Puerta del Perdón. Una masa de personas se inclinaba sobre los restos de un animal.

—¿Qué es eso?

—Es Caballo.

Lo habían despellejado, retirando la carne en filetes de media arroba.

—Son carroñeros —dijo Ahmed—. Con suerte los que se alimenten de nosotros tendrán alas.

Naid sudaba más aún. Caminaron un poco hasta refugiarse del calor bajo un pórtico.

—¿Qué tenemos? —dijo Ahmed fingiendo interesarse en un saco de garbanzos.

—Cuatro jenízaros apostados en la entrada del puerto. Cinco más en el muelle y veinte a la entrada de la galera. Desconozco cuántos hay dentro. —Naid le seguía el juego mirando un fajín—. Mamí está apostado en la tetería, frente a la entrada del puerto. No paran de descargar toneles de La Real. Cientos, ha contado.

—¿A dónde los llevan?

—Al palacete de un tal Yakub.

—¿Todos los toneles van allí?

—Calym lo ha confirmado desde los tejados.

Calym, un cojo caminando por las alturas. Mamí, su entrañable arpillero contando barriles y jenízaros. Aquello parecía una broma sin gracia.

—Siguen el mismo patrón desde ayer —dijo Naid—. Transportan la mercancía hasta el palacete, la catalogan y la llevan en sacos al zoco para su venta. Pero hay algo extraño. Los toneles vuelven al barco pesando demasiado.

—Nuestro botín no está en los toneles, sino dentro de la galera.

—¿Cómo lo sabes?

—La Real es el barco más grande que he visto. Por su tamaño y por su riqueza. Tiene un cañón de crujía que vale al peso más que toda la flota corsaria. Un príncipe como don Juan de Austria no capitanearía La Real sin una buena colección de joyas. Las más preciadas. —Naid asintió—. ¿Quién escolta los

toneles?

—Nadie. Los galeotes los empujan sobre carretas hasta un almacén.

—¿Y los jenízaros?

—Todos permanecen en el puerto, custodiando La Real.

—Hay un dicho en Argel, Ojo de Águila: para saber dónde hay dinero sigue a los jenízaros. Las joyas están dentro de la galera. Y no piensan descargarlas.

—¿Entonces?

—Tú lo has dicho, cargan la galera de provisiones. Así que se llevan el botín a otro puerto.

—¿A dónde?

—No lo sé, pero cumplimos el plan esta noche o se esfumará.

—Casi treinta jenízaros, Ahmed. Puede que más. Saquear la casa del Pachá es una locura menos peligrosa. La Arpillera Quebrada no puede hacerlo.

—La Arpillera Quebrada lo hará. No me conformaré con menos.

—La ciudad está llena de riquezas —suplicó Naid—. Escoge otro objetivo menos escandaloso y te seguiremos.

Ahmed lo miró fijamente.

—No, Naid. Vivo o muerto, esta noche me iré de Argel.

Abandonó la sombra del pórtico y se alejó unos pasos. Notó que Naid le sujetaba del brazo:

—Llévame contigo.

No era algo que esperase oír. No de Naid, el muchacho distante que después de tanto tiempo apenas había sonreído un par de veces. Ahmed se acercó a él colocándole una mano sobre el hombro:

—No te vuelvas.

Naid se giró instintivamente.

—Te he dicho que no te vuelvas. —Dos guardias se acercaban hasta su posición—. Nos siguen.

Tomó a su compañero de un brazo y aceleró el paso en dirección opuesta a los guardias. Uno de ellos bajó el arcabuz que llevaba al hombro.

—Sigue adelante en dirección a la puerta oeste —dispuso Ahmed—. Pero no la cruces. Te esperarán allí también.

—¿Cómo saben que veníamos?

Recordó la tortura de Shaj.

—Tenemos que huir —dijo Ahmed—. Olvida a los arpilleros. Esto lo haremos los tres: tú, yo y Mamí. Díselo a él también y nos veremos en la puerta del Baño de la Reina a medianoche.

Los guardias avanzaban a empujones reduciendo distancia.

—A esa hora la luna no estará en lo más alto —replicó Naid—. Tú dijiste...

—Olvida la luna. Olvida la Hermandad. Haz lo que te pido. Recoge a Mamí. Solo confío en vosotros dos.

Se detuvo delante de una alfombra con vasijas de barro sobre ella. El guardia del arcabuz estaba a poca distancia. Agarró un cuenco con las manos y lo estrelló contra el morro del guardia.

—¡Corre! —gritó a Naid.

El muchacho le dio la espalda y se fusionó con el gentío. El segundo guardia ayudaba a levantar a su compañero herido, que escupía dientes con bocanadas de sangre, una imagen preciosa que Ahmed no pudo disfrutar a placer. Dio tres zancadas hasta el callejón más cercano y se introdujo en la laberíntica medina. Callejón, recodo. Callejón, recodo. Zig, zag. Zig, zag.

Tras él sonó un crujido seco. Un dardo de ballesta casi le atraviesa el cuello, pero resbaló al pisar un excremento y solo le picó en el lóbulo de la oreja izquierda. Pisar una mierda le dio suerte.

«No quieren atraparme —descubrió—. Quieren mi cadáver».

Saltó sobre unas cajas apiladas junto a la puerta trasera de una posada. Estiró los brazos y se agarró al saliente de un balcón. La calle era tan estrecha que podías huir del lecho de un cornudo saltando por la ventana a la casa de enfrente. Apoyó un pie a cada lado del angosto callejón y trepó hasta el tejado. Saltando de casa en casa, seguía viendo a los guardias. Pisó sobre una teja cubierta de moho y resbaló, con tan mala suerte que cayó de costado sobre el emparrado de un patio interior. Quedó colgado bocabajo, con un terrible dolor en las costillas.

El pie izquierdo se había atascado entre las ramas de la parra. Escuchaba las voces de los guardias, muy cerca del patio.

Debería estar temiendo por su vida, como el ratón cazado dentro de una tinaja. Pero solo una cosa ocupaba la mente de Ahmed en ese instante.

«Supongo, padre, que estarás contento. Nos vamos a ver muy pronto».

EL SUEÑO DEL VINO

«Todo es azul. ¿Por qué todo es azul?».

El mismo color del cielo, aunque Ahmed no estaba muerto. Se lo recordaba el dolor del costado tras caer encima de la parra. Pero eso fue el día anterior. Mientras contemplaba el mar, el recuerdo de lo ocurrido en el patio no parecía tan lejano.

—Ese ladrón asqueroso está cerca —dijo bajo la parra uno de los guardias.

Ahmed había conseguido izarse hasta la parte superior. El pie seguía atascado entre las ramas pero encaramado de ese modo y cubierto por el follaje resultaba invisible.

Al patio se accedía desde el exterior por una puerta que los guardias cerraron para impedir su huida. La frustración se marcaba en sus cuerpos, sobre todo en el rostro de uno de ellos, con la boca desdentada y sin parar de escupir sangre. No tardarían en mirar el emparrado, situado encima de ellos, y descubrirlo como si fuera un gorrión.

«Mi daga —se dijo Ahmed».

Temía haberla perdido en alguno de los callejones, pero allí estaba. Con cuidado de no hacer ruido, la desenvainó, seccionando una de las ramas que aprisionaban el pie. Sentía un dolor agudo en el costado que no le dejaba pensar con claridad. Temió cortarla demasiado rápido, sin tiempo para preparar el siguiente movimiento. La sangre comenzó a circular de nuevo por el pie al quedar liberado. Era el momento. Orientó las piernas hacia el suelo y se dejó caer.

El dolor le punzó al aterrizar. Se encontraba a menos de un metro de distancia de los guardias, que miraban en dirección opuesta. Sin darles tiempo para volverse, clavó el puñal en la base del cráneo del más cercano. Extrajo el arma del cuerpo. Con un giro rápido orientó la hoja hacia el segundo y ejecutó un tajo. El hombre intentó levantar su espada, pero solo le dio tiempo a sentir el acero seccionándole la garganta.

El desgañitado guardia se iba a convertir en una fuente roja. Ahmed taponó la

herida con sus manos y el guardia se ahogó en su propia sangre.

Valoró sus opciones. Estaba expuesto, con un cadáver en sus manos y otro a sus pies. Si lo encontraban colgarían su cabeza de un garfio en una de las puertas de la ciudad antes del anochecer.

Sonó un crujido. Una puerta se abrió, seguida de voces femeninas que se acercaban.

Ahmed probó suerte con la puerta más cercana. Allah es grande, suspiró. Estaba abierta. Aún portaba el cadáver, con el cuello ensangrentado resbalándose por sus brazos. Entró renqueante, dejando su carga en el suelo. Recogió el segundo cuerpo y volvió, cerrando con un arrepentido portazo.

—Queda mucho por hacer hasta la noche, Ishaq —escuchó tras una pausa—. Sirve el té despacio, con medida excesiva si es preciso. Y que no falte agua. Cuanto más beban, menos comerán. Dátiles que no falten, pero cordero solo si te piden.

—Será una velada poco apropiada —dijo otra voz—. Estará presente el agá jenízaro. Podría sentirse ofendido, mi señora.

—Acabarán por arrancarme la bilis.

«¿El agá? ¿Qué hace aquí el jefe de los jenízaros?»

Las voces se alejaron con parsimonia hasta desaparecer. Ahmed tenía que huir. Allí era un conejo atrapado en su madriguera mientras el hurón acechaba. Comenzó por ocultar los cadáveres dentro de unos barriles vacíos. En una caja había trozos de tela y mantas, fabricando con ellos un tapón improvisado. La casquería quedaba cubierta, al menos a la vista.

Entreabrió la hoja de la puerta. Un sirviente regaba el suelo con agua sin prestar atención a los restos de sangre; estaba más preocupado en gruñir por cierto agujero en el emparrado que deslucía el cuidadoso trabajo de jardinería. Más tarde, comenzaron a tapizar el patio con alfombras. No le concedían el mínimo espacio para salir sin ser visto.

Buscó otra salida en la habitación, pero no hubo suerte. Estaba sumida en la penumbra, con un diminuto ventanuco sobre la puerta. Almacenadas contra las paredes había decenas de cajas de madera y algunos barriles más.

Los detalles se le mostraron de golpe: un patio sombreado por parras, una despensa llena, la celebración de una especie de fiesta y el agá jenízaro.

«Deberán llamarme a partir de ahora Ahmed El Afortunado —se dijo irónico».

Estaba dentro de la mansión de un corsario. Hundió el puño contra la tapa de un tonel, una y otra vez hasta sangrarle los nudillos y el barril salpicarle vino.

Las horas pasaron como gotas de rocío formándose sobre las hojas. Estaba medio dormido, acurrucado en un rincón, cuando comenzó a escuchar un coro de

voces tímidas que crecieron hasta convertirse en algarabía desatada. El aire rezumaba una mezcla de olores ajazminados.

Una rendija entre dos tablones le abría el telón de una fiesta de chacales: cincuenta turcos y renegados cristianos lujosamente vestidos con túnicas azules, pantalón —unas veces azul, otras, rojo sangre— y borceguíes adornados con pedrería. En una esquina estaba el agá, sentado cómodamente en una silla llena de cojines y rodeado por su guardia personal. En el centro del patio, un individuo levantó el dedo índice de la mano derecha. Ahmed sabía lo que iba a ocurrir. Se trataba de un turco de profesión, un renegado cristiano que formalizaba el trámite para convertirse en corsario de pleno derecho. Como decían los cristianos, el renegado iba a cantar la copla:

—¡No hay más dios que Allah y Mahoma es su profeta! —gritó orgulloso.

Dos sirvientes extendieron un gran paño de tela, dividiendo el patio en dos zonas que separaban a hombres y mujeres. Un barbero surgió entre los chacales. El renegado se dejó caer sobre un taburete mientras sus compañeros lo desnudaban, colocándole un trozo de cuero endurecido entre los dientes.

—¡Dios es y Dios será Allah, y Mahoma es su profeta! —cantaron a destiempo como moscas zumbonas.

Una y otra vez, más alto a medida que el barbero se acercaba al renegado con una navaja en la mano. Sujetó el prepucio encogido del hombre y con un tajo maestro lo liberó del trozo de piel.

—¡Dios es y Dios será Allah, y Mahoma es su profeta! —continuaban las voces para ahogar el grito del renegado antes de desmayarse.

El vino empezó a correr como nunca había visto en Berbería. Esperaba que no se acabase y tuvieran que recurrir al vino de su refugio.

Ya sería medianoche. Naid y Mamí lo esperaban junto al Baño de la Reina. La idea le hacía arder el estómago.

Llevaba más de diez horas sin tomar bocado. Bebería un poco de vino. Los musulmanes del patio lo ingerían como agua. Un poco le calmaría el dolor del costado. No hay nada malo en ello, pensó. Poco después se revolcaba por el suelo completamente ebrio, incapaz de tenerse en pie, con la habitación dando vueltas.

«Que entren ahora si quieren. Brindaremos por ese prepucio cortado».

La vista se le nublo y perdió el conocimiento.

Al abrir los ojos la habitación estaba a oscuras. El suelo continuaba moviéndose. Quiso incorporarse pero se descubrió metido dentro de una diminuta caja de madera y cubierto por una manta de lana. Hasta borracho conservaba el instinto de ratero.

Salió de la caja. La cabeza le punzaba. Estaba sobrio, pero juraría que el suelo

aún se movía bajo sus pies. Anduvo un par de pasos, tropezando con un enorme poste. Fue después cuando percibió el olor a sal.

Tanteó con dedos torpes hasta encontrar una empinada escalera de madera. Subió por ella, golpeándose la cabeza con una trampilla. La abrió y la luz del sol le cegó. Su respiración se aceleraba a medida que los ojos distinguían formas y colores.

El sol rayaba media altura. Pestañeó. Agua. Miró a un lado. Agua. Hacia el otro. Más agua. Al frente. Un mar infinito de agua y un erizo de remos alzándose sobre ella.

—Allah sea piadoso conmigo, todo es azul —gimoteó dejándose caer sobre el suelo de madera caliente de una galera—. ¿Por qué todo es azul?

LA VENGANZA DEL SULTÁN

Hay dos clases de hombres en el mar: los que sirven para navegar y los que dan de comer a los peces. Ahmed era del segundo tipo, alimentándolos cada vez que su estómago recibía alguna sustancia.

—¡Dadle un cubo y que vomite dentro! —carcajeó un galeote—. Atádselo al cuello y de esa guisa jamás perderá una comida.

—¡Para dentro otra vez calentita! —añadió otro remero.

Toda la cubierta estalló en risas, incluso el cómitre con su látigo alojado en el hombro.

Se limpió la comisura de los labios con el dorso de la mano y reptó hasta la arrumbada, una zona de cañones situada a proa. Había poco espacio, pero encontró un pequeño hueco en el que recostarse. Puso una mano en su estómago y la otra en la frente intentando mitigar las náuseas.

«¿No querías robar La Real? —le decía en su cabeza—. Pues aquí tienes galera hasta hartarte».

Dos días estuvo escondido en la despensa entre cajas y barriles. La fortuna quiso que nadie le viera cuando salió al exterior la primera vez, tras despertarse del sueño del vino; y allí permaneció agazapado hasta que el despensero lo encontró. El corsario era enorme, y en todas direcciones. Necesitaba inclinarse medio metro para cruzar la puerta y apretar su cuerpo contra ella para que la grasa colase.

—¿Dónde estás ratita? —le escuchó susurrar—. Ven con Kar.

Desde una esquina, Ahmed lo esperaba, puñal en mano.

—Nadie le roba comida a Kar, pequeña rata. Deja de esconderte.

Era inevitable. El despensero llevaba un control meticuloso de los suministros. Tarde o temprano notaría la falta de un kilo de galletas, manteca, una bolsa de dátiles, algo de miel, tres tortas de pan y otras cosas que Ahmed no recordaba. De todos modos, terminarían por encontrarlo, así que mejor con el estómago repleto, pensó. Lástima que con el vaivén del barco lo hubiera vomitado todo.

Tras los barriles, Ahmed estaba ya dispuesto a saltar sobre Kar al sentirlo frente a sus narices. El corsario fue más hábil, lanzando todo su cuerpo contra los toneles que servían de parapeto a la rata. Ahmed quedó aplastado y sin aliento. La cabeza le golpeó contra la pared de madera trasera, dándole vueltas hasta descubrirse sobre el suelo, en mitad de la despensa y con el cuerpo de Kar inmovilizándolo. La punta de una daga corsaria estaba en la garganta de Ahmed.

—¡Qué sorpresa! ¡Pero si la ratita es un moro!

Los toneles seguían balanceándose en recuerdo de la embestida del corsario. Uno de ellos bailaba más que el resto, perdió el equilibrio y cayó al suelo desparramando su carga: un soldado argelino, con espada y equipo completo. A dos palmos, la cabeza inerte los miraba con ojos blanquecinos.

Ahmed aprovechó la ocasión para arrebatarse la daga y se encaramó a la espalda del corsario. Ahora era la papada de Kar la que tenía una hoja cortante amenazándola.

—Parece que la rata se come al cerdo —le dijo Ahmed al oído.

Kar comenzó a reír.

—Creía que yo era la persona más odiada de esta galera —dijo el corsario—. No hay cosa que deteste más un turco que a un moro dispensero como yo. Pero me equivocaba. Odiarán más a un moro asesino y ladrón como tú. ¿Sabes lo que harán contigo, rata?

—Claro que lo sé.

—Estupendo. Eso nos convierte en compañeros.

Panza arriba sobre la arrumbada, Ahmed recordaba la escena como un sueño lejano, pese a no haber transcurrido más de tres días. El dispensero lo tomó como aprendiz, ocultando la procedencia de Ahmed. No sabía la razón, aunque no le importaba mientras le permitiera vivir.

Las náuseas volvieron con más intensidad, pero no tenía nada que vomitar, solo agua y saliva.

—¿Otra vez, garzón? —dijo Kar asomado desde la cubierta—. Si no cortas esa fuente alimentarás peces con tu cadáver.

No conseguía retener nada desde la partida. Jamás pisó la cubierta de un barco. Nadie le predijo del conglomerado de sensaciones por venir. El olor a salitre mezclado con algas. El agua agitándose como un paño de seda batido por la brisa. La sensación de caer al vacío y saltar retorciéndose en la barriga. El mar no pertenecía al reino de Allah.

—Dame la mano —solicitó Kar—. Nuestro *rais* quiere verte.

Asió la mano del corsario, continuando con el brazo entero hasta incorporarse entre temblores. Era un brazo peludo, inmenso. Se necesitaban las dos manos para rodearlo. Al lado de Kar, Ahmed se sentía diminuto, como si fuera el pequeño Abu mirándolo desde el suelo con sus piernas ausentes.

El camino hasta la carroza de popa fue labor de equilibrista. Era difícil andar en línea recta como para tener que hacerlo encima de la pasarela.

A un lado y otro, los galeotes lo miraban, mostrando en sus sonrisas líneas de dientes podridos. El olor era nauseabundo. Algunos habían usado su propio

banco como excusado.

Crujido, remo arriba, tirad. Así hasta el anochecer.

—¿A dónde llevas a la putita, Kar? —dijo un remero ataviado con un paño de lino que apenas le cubría sus vergüenzas.

No iba encadenado, por lo que Ahmed sabía que era galeote de profesión, un desgraciado que remaba a cambio de un poco de cobre.

—Ya me he cansado de darte por culo a ti —le dijo Kar sin dejar de avanzar por la pasarela—. Pero si te place, deja el remo y que tu culo me siga ya sabes dónde.

—¿Qué dices a eso, tercerol? —bramó el cómitre—. Rema como si merecieses el bizcocho que nos robas y quizás a fin de jornada te permita sodomizar un ratito.

El cómitre acompañó las últimas palabras con un chasqueo de látigo. Su manejo era excelente, dejando una marca rojiza untada de pez justo en la mejilla del tercerol.

Crujido, remo arriba, tirad. La nave avanzaba lentamente.

—Para convertirte en un buen corsario primero debes conocer la nave que pisas —escuchó decir a Kar.

—Soy el ayudante del dispensero —le dijo Ahmed—. ¿Para qué necesito conocer la nave?

—¿Cuál es la tripulación? ¿Cuánta chusma va a bordo? ¿Y hombres de guerra? ¿Sabes que todos ellos comen y beben a diario? Cagan. Mean. Hasta follan si encuentran un culo dispuesto. Un dispensero traduce todo eso en barriles de agua, vino, tantas libras de bizcocho, tantas otras de fruta para evitar escorbuto. No puedes ignorar la importancia del peso total. Es una delicada cuenta que tendrás que llevar en la cabeza si no quieres quedarte sin provisiones en altamar o con una carga excesiva que dificulte la maniobrabilidad en mitad de un ataque. O peor, en una huida.

—Entiendo —confesó Ahmed avergonzado.

—Dime entonces. ¿Crees importante conocer el barco?

—Claro que sí. Unas ovejas entran y otras salen. Hay que llevar la cuenta de las que permanecen en el corral.

—Pregunta entonces.

—De acuerdo. —Era demasiado lo que ignoraba—. ¿Qué es un tercerol?

—Es el tercero que boga en un remo de galocha.

—¿Qué es «galocha»?

—Un remo que necesita al menos dos hombres para funcionar. Pero pueden ser más. Seis incluso.

—¿Y bogar? ¿Qué es bogar?

—¿Bogar? Por Allah, es remar.

—¿Y la chusma? ¿Qué es la chusma?

—Debes estar de broma. Son los remeros de una galera. ¿Sabes lo que es una galera?

—Por supuesto que lo sé. Las veo todos los días amarradas en el puerto.

—¿Y por eso las conoces?

Kar apartó una cortina que bien podría servir de separación entre dos mundos, cediéndole el paso con ojos de diablillo. La barriga del corsario era como un barril prominente que tapaba la entrada de la carroza de popa. Metió un poco la tripa, pero solo logró elevar más el abdomen, de modo que Ahmed necesitó agazaparse. Dentro, el capitán hablaba con un renegado cristiano vestido de blanco, masticando una porción de tocino en sal. Recordó al hombre desnudo en la fiesta del palacio, preguntándose con una pequeña sonrisa si su prepucio habría sido cortado del mismo modo.

Sobre una mesa florecía una fuente de barro lacado, y de ella rebosaba toda suerte de frutas. El estómago de Ahmed rugió. El capitán paladeó con chasquidos de lengua otro trozo de tocino. Miró a Ahmed y bebió un sorbo de vino rojizo.

—Dale algo de mazamorra al muchacho. El polizón no parece sostenerse en pie.

—Lo he hecho, Babá Yakub —dijo Kar—. Pero es retoño de puerto, demasiado delicado para apreciar el crujiente sabor de un buen bizcocho relleno de chinches.

—Moro, para completar el cuadro —dijo el corsario vestido de blanco.

—El chico está aquí —cortó Kar—. ¿Qué se le ofrece a mi *rais*?

«Chico, me llama. Para la Arpillera Quebrada era todo un hombre, pero aquí solo soy un chico de diecisiete».

Sentía pudor al recordar el estúpido cargo con que se hacía llamar en la Arpillera: *rais* de la Hermandad. Organizar la banda con cargos propios del gremio corsario le había parecido un mecanismo acertado que imprimiera respeto. Viendo frente a sí a un auténtico *rais*, fraguado en innumerables expediciones que adornaron su cuerpo de cicatrices y manchas de sol, no podía sino sonrojarse.

—Kar, si tuviera silla que no cediera a tu peso, te invitaría a sentarte en una —dijo Yakub limpiándose los dedos llenos de grasa—. No es cómodo ver a mi dispensero rozando el toldo con el turbante. ¿Qué dirían los galeotes de mi hospitalidad?

—¿El moro tiene que estar presente? —ladró el renegado.

—¿A qué moro te refieres? —dijo Kar—. ¿A mí? Siglos antes de que el

barbero cortase el prepucio de ese gusano diminuto que usas como polla ya servía a nuestro *rais*.

—Pero no vuestro ratoncito famélico.

—Kar responde por el muchacho. —Yabub miró a Ahmed perforándole hasta el alma—. Acércate.

Obedeció. Estaba tan cerca del corsario que olía el aroma del tocino recién engullido. Yakub lo agarró de los testículos.

—Vives en una galera. Ella te ha parido. Ya no eres humano. Eres un hijo del mar. Eres un corsario. Repite.

Le resultaba complicado articular palabra con Yakub apretando sus partes.

—¡Repite! —insistió.

—Vivo en una galera —consiguió decir—. Me parió.

—Ya no eres humano. Repite.

—No soy humano.

—Eres un hijo del mar.

—Soy un hijo del mar.

—¡Más alto!

—¡Soy un hijo del mar! —Yakub lo liberó.

Tomó a Ahmed por el cogote y le habló al oído:

—Traiciona a tu *rais* y el mundo será pequeño para esconderte.

Un calor alimentado de ira subía desde los testículos doloridos hasta sus manos. Incluso a más distancia hubiera resultado sencillo arrebatarse el puñal y vaciarle las tripas sobre el suelo. El mismo puñal volaría después al entrecejo del renegado para alojar palmo y medio de acero en su cráneo, manchando su bonito conjunto blanco. Kar sería el último en caer, con un estrepitoso retumbe en el suelo. Malditos corsarios, se dijo Ahmed. Malditos todos. El instante de arrebató pasó. Por el bien de los cuatro lo hizo.

El barco había zarpado durante la noche de su sueño de vino. Navegaba hacia el este dejando un hilo parduzco de costa apenas visible. Ahmed era un completo ignorante en lances de mar. No sabía distinguir un mástil de un árbol de galera, si es que existía diferencia; ni cuál era la función de la telaraña de sogas que colgaban en ellos, pero reconocía la nave. *La Venganza del Sultán* la llamaban ahora. Ahmed la recordaba atracada en el puerto, toda roja, amarilla y dorada. Bautizada con su nuevo nombre, La Real se había convertido en el barco insignia de la expedición corsaria. Algunos decían que era un gran barco; el mayor barco del mundo conocido, repetían muchos otros como si ese fuera su sobrenombre. Lo parecía, desde luego; no por su tamaño si la comparaban con

una galeaza papal, sino por la riqueza de sus materiales y sobre todo por lo que La Real simbolizaba en el Imperio español.

El día posterior a la partida, al llegar el ocaso, sacrificaron tres corderos en la tamboreta, una pequeña superficie triangular en la parte delantera del barco. La sangre de los animales se deslizó por la madera hasta cubrir toda la proa. Según Kar, allí era donde los corsarios esperaban entre gritos el momento del abordaje, antes de embestir a su enemigo. Imaginó el suelo cubierto de rojo, no por sangre de cordero sino de hombres, con sus cuerpos inertes sobre la tamboreta.

—¡Que estos sacrificios lleguen hasta los Tres Grandes! —había gritado Babá Yakub elevando un cordero al cielo—. Aruj, rey del mar, contempla tu legado. Jaireddin, príncipe corsario, admira nuestro poder. Turgut, el Indomable, intercede por nosotros ante Allah cuando llegue el sueño sin retorno.

Al nombrar cada uno de los míticos corsarios, Yabub lanzaba uno de los corderos al mar. Eso honraría a los Tres Grandes, decía.

—Esta es La Real, el mayor barco del mundo conocido —continuó.

Se escucharon maldiciones y abucheos hacia los cristianos.

—Sí, hermanos. Así la llamaban en Lepanto esos infieles. Pero miradla ahora. Es solo orgullo herido arrebatado delante de sus narices.

Las voces crecían, las maldiciones, los escupitajos feroces contra el suelo.

—Prueba nuestras aguas, La Real. Bebe la sangre de estos corderos. Siente el furor de nuestros hombres. Húndete en el mar hasta cubrirte de arena. ¡Y renace! Sal a flote de nuevo arropada con tu nuevo nombre. —La muchedumbre gritaba sin cesar—. ¡Venganza del Sultán!

—¡Venganza del Sultán! —rugían todos—. ¡Venganza del Sultán! ¡Venganza del Sultán!

Esa noche no durmió nadie. La despensa fue saqueada por más que Kar quiso impedirlo. El vino embriagó a toda la tripulación, incluso al imán. Muchos mandatos divinos fueron ultrajados. Tal fue el desatino que al día siguiente la flamante *Venganza del Sultán* tuvo que recalar en un puerto cercano para reponer provisiones. Agua sobre todo. Necesitaron mucha agua para combatir la resaca.

Terminó la celebración, terminó la algarada. Desde entonces la travesía se había embozado con una disciplina espartana.

Crujido, remo arriba, tirad.

—¿Qué dices, Kar? Mi *bardaj* opina que esta misión nos cubrirá de gloria, que igualará mi figura a la de los Tres Grandes.

«Su *bardaj* —descubrió Ahmed—. El renegado de blanco es su puta de mar».

—Entiendo vuestro deseo de llevar la nave hasta la Sublime Puerta —dijo

Kar al capitán corsario—. No puede existir un regalo mejor para el sultán que entregarle en su propia casa este barco germinado como su venganza. Pero deja que la sensatez salga por mi boca. Este barco es el alma de España materializada en nave de guerra. Querrán recuperarlo.

—¡Que vengan! —se mofó Hizir—. Nos acompañan seis naves más y El Delfín de Baba Yakub.

—Todas capitaneadas por La Real, una nave que desconocemos. No es una de nuestras galeotas, rápidas y fáciles de maniobrar.

—Podemos guarecernos en una cala desde la que ofrecer resistencia.

—¿Crees que los españoles vendrán con un puñado de galeras?

—Resistiremos.

—No estuviste en el cerco de Argel, Hizir. Vi lo que la artillería cristiana hacía con las murallas. Piedra dura y sólida derretida como si fuera grasa de cerdo. Atravesarán el casco de madera de nuestras galeotas como si fueran manteca.

—La artillería no me preocupa —intervino Yakub—. Mientras nuestras galeotas les hacen frente, *La Venganza del Sultán* huirá por un flanco.

El rostro de Kar se contrajo en una mueca.

—¿Ese es el plan? ¿Huir? Tiene el doble de tamaño que El Delfín, es mucho más pesada y solo contamos con un puñado de marinos que no dominan los aparejos. —La voz de Kar quiso tornarse cálida y segura—. Me pides consejo y yo te lo doy.

Yakub permanecía inmóvil, con los ojos hundidos, negros.

—Tienes razón Kar. Solo nos queda confiar en el secreto de la misión.

Una vena gruesa afloró en la frente de Kar.

—No vas a abandonar, ¿verdad?

—¿Cómo quedaría ante la tripulación si lo hiciera?

—¿Por qué me pides consejo entonces?

—Confío en ti, Kar. Tanto como en mi *bardaj* Hizir. Lo que os voy a pedir requiere de vosotros más de lo Allah me permite ordenaros.

Un silencio incómodo quedó suspendido en el aire.

«¿Qué querrá de ellos?»

Yakub entornó sus ojos hasta encontrar los de Ahmed. Sin darse cuenta, los tres corsarios estaban mirándolo con una sonrisa creciendo en sus caras.

PROMESAS DE UN CORSARIO

No hay nada que odie más un corsario que a un jenízaro. Unos gobiernan en el mar, los otros en la tierra. Una ley no escrita, pero por todos respetada.

Los jenízaros habían sido la guardia de élite del sultán, sus súbditos leales. Reclutados entre la población cristiana de los reinos sometidos, habían sido instruidos en la disciplina militar más severa. Arrancados de sus lechos maternos siendo niños de teta, recibían una instrucción férrea, la *devshirme*. Cientos perecían durante el proceso. Al ganarse su arcabuz ya no eran hombres, sino soldados de piedra con la única misión de adorar al sultán.

El corsario en el mar y el jenízaro en la tierra, esa era la ley. Pero quedaba muy poco de ella, del mismo modo que apenas quedaba algo de la deslumbrante guardia jenízara. Ya no eran más que mercenarios reclutados en cada rincón del reino, ávidos por participar en el reparto de las ganancias corsarias. Pero el dicho se escuchaba invariable en todo el imperio turco: para saber dónde hay dinero sigue a los jenízaros. Babá Yakub tenía un destacamento completo repartido entre sus naves por orden del agá. Lo último que querría hacer un capitán corsario sería confiarles un botín.

—Tenemos a esos siete jenízaros infectando *La venganza del Sultán*. Por todos los infiernos, hasta esta misión les pertenece. No contentos con usar media bodega como su cuartel privado, se atreven a darme órdenes. A mí, al gran Yakub Ib Azhim, capitán de la taifa corsaria, el elegido del sultán. Mearé sobre ellos cuando atraque en Constantinopla. Hasta el engreído agá jenízaro tendrá que besarme el culo desde su trono en Argel.

Yakub seguía reunido con Hizir y Kar dentro de la carroza de popa. En un rincón, Ahmed escuchaba como una estatua.

—¿Les pertenece? —preguntó Kar—. ¿Por qué la misión les pertenece?

—Díselo, Hizir. Si hablo más la sangre se me licuará por las venas.

El renegado se incorporó, inspeccionando las aberturas de la carroza de popa en busca de oídos indiscretos.

—El *rais* Marja Abdul capturó La Real al norte de Mesina. Toda una proeza

que le costó la vida. A él y a la mayoría de la tripulación. Lograron volver tres de los diez barcos que partieron. De eso hará cinco días al atardecer. El precio fue alto, pero merecerá la pena cuando lleguemos a Constantinopla.

Yakub se mordía la lengua por intervenir.

—¿Te lo puedes creer? Llegan a puerto con La Real y esa serpiente del agá aparece con su pergamino sellado. «Confisco la nave en nombre de la guardia jenízara», dijo contoneándose. Esa babosa pérfida.

Kar había escuchado el relato en silencio.

—¿Qué llevó a Marja Abdul a querer apresar La Real? ¿No había una nave más discreta?

—Es la que llevará a Babá Yakub a la gloria.

—¿Quién confiscó la nave en el puerto? ¿Babá Yakub o el agá jenízaro?

El *rais* tragó saliva y con ella parte de su orgullo.

—Chico —dijo moviendo sus encías desdentadas—. Acércate.

Ahmed miró a Kar indeciso. No quería que lo volviera a coger por los testículos. La mirada del corpulento corsario le sugirió obedecer.

—¿Sí, mi *rais*?

—Conviértete en mis ojos, mis oídos y mi olfato si aún tuviera. Espíalos por el día, espíalos por la noche. Sé una sombra. Cuéntame lo que hacen, cómo cagan. Actúa como un ladrón escondido en todos los rincones. ¿Podrás hacer eso? ¿Lo harás por Babá Yakub?

Los tres esperaban la respuesta del muchacho.

«Una sombra —pensó—. Quieres que sea una sombra. ¿Que si puedo hacerlo? Claro que sí».

—Será un placer, Babá —contestó.

Cuando salió de la carroza de popa creyó haber transcurrido una vida completa. Entró siendo un polizón inútil surgido de la bodega y salió como un esbirro del *rais*. Espiar a los jenízaros, le pedían. Inmiscuirse en asuntos del agá no era un crimen que se pagara con una nariz cortada o un brazo arrancado. En caso de ser descubierto lo colgarían en lo más alto del mástil.

«Pero cumpliré mi encargo. Allah sabe que lo haré».

—Ahmed —escuchó.

Vio como Kar se acercaba jadeante intentando alcanzarlo. Ahmed se detuvo, hostil.

—¿Qué quieres?

—Toma.

El corsario extrajo de su túnica un trozo de tela a escondidas. Envolvía algo. Lo abrió por una esquina, dejando ver un trozo de carne.

—Es pavo ahumado. Quédatelo e intenta que nadie lo vea. Un galeote podría

comerte hasta la mano si se pringa con esta grasa.

—¿Un regalo para tu *bardaj*?

—¿Te molestaría serlo?

—Escúchame, Kar. No soy uno de vosotros, pero tampoco un estúpido. Enviáis al chico moro a hacer el trabajo sucio. Pero no me importa, lo haré con gusto; no porque me lo haya pedido Babá Yakub. Lo hago porque odio a los jenízaros más que vosotros.

—Yo también soy moro. Parece que lo olvidas. Por eso te tomé bajo mi brazo librándote del remo y el látigo. Deberías mostrarte agradecido.

—Preferiría lanzarme al mar a ser tu puta de mar. —El rostro de Ahmed se cubrió de furia—. Antes de permitir que me sodomices te arrebataré el cuchillo que escondes en la bota, te cortaré todo lo de ahí abajo y lo arrojaré al mar. Tócame y lo haré.

Empujó el pavo contra la barriga de Kar dejando un cerco oscuro impreso en la túnica y se alejó corriendo.

Cruzó la arrumbada plagada de cañones. Llegó a la tamboreta y allí se sentó, al borde del espolón de proa. Ver la nave partiendo las olas lo tranquilizó. El viento tensaba los rizos negros de su pelo. Le hizo recordar el cabo de las dos Viudas, donde solía acudir con los arpilleros a lanzar piedras al mar. Dos saltos sobre el agua. Tres. Una vez, hizo que una piedra diera siete saltos y los arpilleros con dos brazos lo mantearon entre vítores.

Sonó un crujido hacia popa. Al girarse vio a Kar intentando llegar hasta la tamboreta. El mar no se lo ponía fácil, meciendo la nave en violentos ataques. Necesitó tumbarse sobre la cubierta para no caer al agua. Arrastrándose sobre su panza, no quedaba nada del imponente corsario. Su apariencia era la de una gran babosa acercándose. No lo imaginaba sobre la tamboreta, alfanje en mano, gritando antes del abordaje. Su trabajo como despensero era más adecuado.

Jadeando y cubierto de sudor, Kar logró alcanzar el borde, sujetando con fuerza el espolón para no caer al agua. Para sentarse necesitó la ayuda de Ahmed, que disimulaba una sonrisa.

—Supongo... —bufó Kar—. Ay, me ahogo. Supongo que ese odio a los jenízaros tiene un motivo.

El sol rayaba el ocaso, a sus espaldas. Mirando hacia oriente, el cielo se había tornado desde el azul grisáceo hasta un negro ceniciento. Algunos días, al finalizar la jornada de trabajo, su padre subía hasta la azota del taller. Se untaba en las manos una grasa mezclada con aceite que Ahmed odiaba por su aroma almizclero.

—Cuando pases todo el día curtiendo pieles te alegrarás de olerlo —le decía su padre.

Recordaba con cariño sus nudillos hinchados, la dulce fatiga al extender la alfombra para la última oración. Ahora estaría mirándolo desde la otra vida.

El barco dejó de avanzar.

—Solo un moro paga la mahala —comenzó Ahmed—. Para eso sirve un jenízaro. No vela por la seguridad de la ciudad, ni la defiende del invasor. «¡La mahala, queremos la mahala!» Mi padre no era un rico comerciante alimentado por la carroña que vierte un barco corsario. Sobrevivía con sus manos fabricando zapatos. «¡Queremos la mahala!», no paraban de decir. A mis seis años no sabía que eso era un impuesto, pero fuera lo que fuese mi padre no tenía aquello. «Tengo que cobrar varios encargos», les dijo. «Dadme una semana y tendréis el dinero». Las palabras se me confunden en la cabeza. «Paga la mahala o remarás en una galera». Y vaya si remó. Hasta morir, como todo esclavo que rema.

Miró a Kar, un vistazo apenas. El corsario escuchaba con ojos bajos.

—Allí quedé yo, con seis años, tirado en la calle. Mi padre siempre quiso navegar por el Mediterráneo. Cuando rezaba en la azotea yo lo descubría con la mirada fija en el mar, imaginándose sobre la cubierta de un barco mercante descubriendo un puerto en cada viaje. Pero a un moro no le está permitido armar un barco y buscar fortuna. Cualquiera puede hacerlo en Argel, pero un moro no. Un moro tiene que destrozar sus manos trabajando. Y si es un niño abandonado solo le queda mendigar. Un día tomé una decisión. Sobrevivir y quizá, con el tiempo, encontrar una oportunidad para vengarme de los jenízaros. —Se entornó hacia Kar—. Y por eso me convertí en ladrón. El rey de la Hermandad de la Arpillera Quebrada. Ese soy yo.

El corsario lo miraba, alisándose su amplia barba. Volvió a sacar el trozo de pavo y se lo ofreció.

—Cómetelo, por favor. Me ha costado mucho escamoteárselo a Babá Yakub.

Ahmed lo complació. Metió la mano dentro de un pliegue de su túnica y sacó algunas uvas, dos ciruelas, un trozo de pan y varios dátiles. El corsario enarcó las cejas. Rieron, compartiendo la comida.

—Dime la verdad, Ahmed. —Kar terminaba de engullir una ciruela—. Vas a disfrutar con el encargo. Confiésalo.

El chico era como La Real. Sentía haber caído en las aguas del Mediterráneo, hundiéndose en la arena para salir a flote renacido. Las náuseas ya no estaban en su barriga. Ahora era Ahmed, el Corsario.

«¿Que si voy a disfrutar? —se dijo—. Desde luego que sí».

—Una última cosa —dijo Kar terminando de chuparse los dedos.

—¿Última? Aún no he empezado con la primera.

—Quizás no sea nada, pero... ¿Quién es el judío errante?

EXPEDIENTE SAN CLEMENTE

España. 1947.

—Estos asientos son incomodísimos.

La espalda de la hermana Emilia comenzaba a acorcharse.

Al lado, su compañera Asunción escuchaba con una mirada huidiza fija en el suelo de metal. El tren aceleraba con bufidos de vapor en cada empuje, iniciando la partida desde la Estación del Norte.

—Tengo la cintura entumecida y acabamos de sentarnos —continuó—. ¿No le pasa lo mismo, hermana?

—No moleste a la monja —espetó uno de los guardias civiles sentados frente a ella.

Se había quitado el tricornio, depositándolo sobre el asiento de madera. Bajo el cuero, su pelo grasoso había comenzado a sudar, produciendo molestos picores que mitigaba con rasconazos compulsivos. Restos de caspa y escamas de piel cubrían sus hombros.

—Solo comentaba a mi compañera la incomodidad de los asientos.

No entendía por qué las acompañaban durante el viaje y, menos aún, las medidas de seguridad adoptadas. Olvidaban que ambas eran siervas de Dios.

Emilia prefería la pareja de guardias que las llevaron a Madrid, jóvenes y simpáticos. Uno le trajo un té de manzanilla, tan caliente que le quemó el paladar, con ese dolor placentero que tanto le gustaba. El muchacho tenía unos veinte años, no más, pero se adivinaba el galante agente que sería dentro de poco tiempo. Eso era diligencia, no aquellos civiles tiesos como palos de escoba que la miraban con desprecio.

—Me gustaban más los otros dos —le susurró a la hermana Asunción.

—¡Le he dicho que la deje en paz, coño!

Una mujer conversaba con sus dos hijos en el asiento contiguo. El más pequeño se quejaba del largo trayecto con pucheros que cambiarían a llanto desconsolado de un momento a otro. Al escuchar la voz del guardia, interrumpió

la reprimenda.

—¿Dónde vamos a llegar? —dijo Emilia—. ¿No le da vergüenza hablarle así a una religiosa?

—Ande, ande. Póngase a rezar en silencio, que el viaje es demasiado largo para molestar tan temprano.

Miró a la hermana Asunción, que se había alejado unos palmos de ella hasta apoyar un codo en el ventanal. Compartieron tantas mañanas de frío en San Clemente que resultaba doloroso verla distante.

Expediente 13/1947, habían voceado en la sala de audiencias. No llegó a entender gran cosa de lo que allí se dijo, pero era repulsivo el modo en que la trataban, con sus togas negras dotándolos de un poder vacuo.

«No hay más juez que Dios —se dijo».

Emilia era una recién llegada al monasterio de San Clemente cuando todo ocurrió. Asunción y ella compartían una celda diminuta, haciéndose amigas a fuerza de privaciones, vigiliass y friegas de romero que la hermana le dispensaba.

Desde la Guerra Civil arrastraba un insidioso dolor de espalda que mitigaba en contadas ocasiones. Sus rodillas no estaban mejor, pero al menos dejaba de sufrir estando sentada. La espalda no. Esa le martirizaba sin descanso, sobre todo por las mañanas al despertar. Con el tiempo se había acostumbrado a permanecer en cama hasta más de la tercia hora, cuando el sol llevaba tiempo amanecido. No había nada peor que el frío para su espalda, y en Huesca el frío pegaba con fuerza.

—¿Le duele hoy? —dijo Asunción la segunda mañana de su llegada a San Clemente.

—Todos los días, hermana. Sin quitar uno.

—Deje que le frote. Eso le aliviará.

Así fue un día y otro, y otro más, hasta que el ofrecimiento se convirtió en hábito y el hábito en obligación. Una obligación de la que ambas comenzaron a disfrutar. No había llegado la prima hora cuando la hermana Asunción ya tenía preparado un mortero. En él había majado varios brotes de romero con grasa y un poquitín de aceite. Masajeada de ese modo, Emilia pasaba gran parte de la mañana, con el dolor de espalda algo distraído.

Era doloroso verla ahora mirando por el ventanal del tren, buscando en el paisaje una excusa cualquiera para no dirigirle la palabra. Así fue durante el trayecto de ida a Madrid, fría y distante, y el regreso a Huesca se perfilaba semejante. No la culpaba. Emilia se avergonzaba a menudo por lo ocurrido. Pero los guardias civiles no, ellos no tenían derecho a juzgarla. Ignoraban demasiado

para señalarla con ese dedo invisible, acusador.

Tardó poco en sospechar que el diablo acudía a San Clemente. Los pasos furtivos por la noche en horas intempestivas la pusieron sobre aviso.

—¿Qué es ese ruido, hermana Asunción? —le preguntó una noche.

—Yo no he oído nada.

—Sí, mujer. Atienda bien.

La celda se orientaba a un pequeño claustro. En una esquina se abría un pasillo y tras él un huerto. Emilia escuchaba con claridad pasos cruzando en esa dirección.

—¿Lo oyes? —insistió.

No era la primera vez. El mismo día que llegó a San Clemente escuchó ese ruido, y un par de veces más antes de aquella noche, siempre cruzando el patio y alejándose hacia el huerto.

—¡Otra vez! —Más pasos resonaron amortiguados—. ¿Estás sorda, Asunción?

—Prefiero no escuchar —le respondió girándose en la cama.

Esas palabras se metieron en su cabeza, criando gusanos parlanchines. La mañana siguiente visitó el huerto.

La hermana Sagrario era la encargada de gestionar los trabajos, una mujer anciana, casi ciega, pero habilidosa en el manejo de la azada. En una docena de surcos se organizaban, bien ordenadas, diversas hileras de hortalizas.

—Buenos días, hermana Sagrario.

—Buenos días nos dé Dios.

—Soy la hermana Emilia. ¿Me conoce?

—Son demasiadas las que llegan en estos tiempos para acordarme de todas —le dijo apoyándose sobre la azada—. El hambre llama a la casa del señor y este le responde con un hueco entre los suyos. Con un poco de devoción, paciencia y oración, fabricamos siervas de Dios.

En la España de posguerra, muchos entregaban hijos a los seminarios e hijas a los conventos con la esperanza de quitarle una boca a un salario que no había forma de estirar.

—¿Desea trabajar en el huerto?

Lo que Emilia deseaba era preguntarle por las visitas nocturnas, pero eso requería prudencia.

—Si mi espalda me lo permite, creo que disfrutaría echándoles una mano.

De forma inesperada, su espalda mejoró. No eran tan intensos los dolores por la mañana y durante el día conseguía sobrellevarlo sumándole las friegas de Asunción. Tras una semana de trabajo se sentía más aliviada y, dos semanas después, levantarse temprano no suponía un suplicio tan grande.

Para entonces, Emilia era una vieja conocida del monasterio y las compañeras aprendieron a tratar sus manías de forma más indulgente. La de orinar siempre a cielo abierto resultaba curiosa para sus hermanas; pero la que más comentarios fabricaba era su fijación por el fuego. No en vano, Emilia tenía prohibido acercarse a una llama.

—Mire que cesta le traigo —le dijo una mañana a la hermana panadera.

En un extremo del huerto, el más alejado del monasterio, se alzaba un cobertizo de piedra y barro que servía como horno de pan.

—Déjela en el suelo y márchese, por favor —le dijo su compañera.

El fuego crepitaba en el horno, propagando el delicioso olor a pan tostado recién hecho.

«¡Cómo arde! —se dijo—. Con un fuego precioso».

La hipnotizaba su movimiento, como dedos trenzándose inquietos.

—¿Me ha oído, hermana Emilia? Aléjese. Salga fuera.

«Fuego purificador».

—¿No me escucha, hermana? —la religiosa la zarandeaba tomándola por los hombros—. No quiero ser brusca con usted, pero debería marcharse.

—Sí, claro —reaccionó Emilia—. Le dejo la cesta aquí mismo.

La depositó en el suelo y se fue.

Ese día trabajó hasta tarde. Las noches llegaban pronto en invierno y con ellas el frío intenso. Pero esa noche era especial.

No había desperdiciado el tiempo. Se esforzaba por ser la primera en llegar al huerto por la mañana y la última en abandonarlo. Eso le permitía inspeccionar las huellas en la tierra sin temor a confundirlas con las de sus compañeras de trabajo. Cada día comprobaba el suelo cubierto de tierra negra. La humedad facilitaba seguir las huellas sin problemas hasta el interior del horno. Con la azada, las borraba antes de marcharse a tomar la cena y al día siguiente vuelta a empezar. Siempre igual. Dos pares de pies impresos en la tierra, dibujando un camino que la empujaba a seguirlo hasta infierno si hiciera falta.

«¿Qué quieres que haga, Señor? Dime que me detenga y lo haré».

Todo quedaba marcado. Cenó con frugalidad y se fue a su celda. Asunción llegó poco después encontrándola de pie junto a la cama cogiendo una manta.

—¿Qué haces, Emilia?

—Lo que Dios me marca.

Se cubrió y fue hasta la puerta.

—Olvídalo, Emilia.

—Quizá podáis dormir tranquilas, pero yo no. Necesito conocer.

Asunción se sentó sobre la cama:

—Si miras por el ojo de una cerradura puedes descubrir algo que no te guste.

—Sé que no me va a gustar. Intenta dormir.

Salió, cerró la puerta muy despacio para no hacer ruido y se encaminó hacia el huerto. Debían ser más de las nueve cuando escuchó de nuevo los pasos. Estaba escondida en un rincón, el más alejado del camino de entrada, cubierta por su manta bajo una pequeña techumbre de madera sostenida por un par de postes carcomidos.

Escuchó pasos, al comienzo, lejanos; luego, más cerca, hasta percibir el ruido de las suelas sobre la piedra del claustro.

«Dos pares de zapatos. Siempre dos pares».

Un candil penetró en el huerto iluminando la figura de dos personas. Resultaba difícil distinguirlas, con sus vestimentas negras, pero cuando vio el alzacuellos de una de ellas sus cuerpos enteros se revelaron con facilidad. Era un hombre y una mujer. No, Emilia podía ser más concreta: un sacerdote y una religiosa de San Clemente. Cruzaron el huerto y penetraron en el horno de pan. Era fácil seguir la estela de sus alientos.

«No sigas, Emilia —le decía una voz interior—. Serás testigo de la inmundicia de los hombres».

Avanzó, recolocando la manta sobre sus hombros. La espalda le lanzó un latigazo de dolor que recorrió su cuerpo.

«¿Qué somos nosotros sino testigos de Dios?»

Caminó despacio. No eran más de veinte metros, pero con cada uno se le antojaba recorrer una calle entera. Tocó el marco de la puerta, respiró profundo y entró.

El candil se encontraba cerca, a unos centímetros de su pie. Siguió los rayos de luz hasta el extremo opuesto de la habitación. Dos cuerpos se agitaban sobre una capa de paja. Eran dos animales desatados en su lujuria, ignorantes de que Dios observaba su vergüenza. Besaban sus bocas, tocaban sus cuerpos semidesnudos, gemían en cada acometida. Nunca había visto algo tan repugnante.

—Dios os observa —dijo a los amantes.

La mujer lanzó un grito, ocultando la piel desnuda con el hábito.

—¡Fuera de aquí! —ordenó el sacerdote bajándose la sotana con el miembro aún erecto.

—Sois suciedad. Ni hombres, ni animales. Solo excrementos ensuciando el suelo.

—¡Que se vaya le digo!

Emilia miró el candil. La llama de su interior le hablaba de redención con susurros silenciosos. Lo tomó con sus manos y miró al infinito de la llama.

—Fuego purificador, ruega por nosotros. Fuego que todo limpias, ruega por

nosotros. —Levantó el candil sobre su cabeza—. Fuego reparador, ruega por nosotros. Fuego divino, ruega por nosotros.

Cogió fuerzas y lo lanzó contra la pared opuesta. El vidrio se quebró, liberando su combustible. El aceite salpicó la paja y embadurnó los cuerpos de los amantes. La llama fulguró liberada, buscando propagarse. Prendió el aceite y cubrió toda ropa, carne y cabello con una capa ardiente. El fuego se reflejaba en los ojos vidriosos de la hermana Emilia, mientras veía complacida cómo se quemaban los pecadores. Eran animales, y como tales chillaban. Cerdos al clavarles el cuchillo en la garganta con alaridos inútiles. Luego más gritos acercándose, cubos arrojando agua, olor a carne quemada, el silencio. Al final nada, solo la sensación de haber cumplido la voluntad de Dios.

—Eres una loca —repetían todos.

«Hice lo que tenía que hacer, hermana Asunción —se dijo mirando a su compañera, al otro extremo del asiento—. No me juzgues loca tú también»

No existía peor insulto. Notaba una profunda pena por los difuntos. No por sus cuerpos pecadores, sino por sus almas condenadas. Emilia estaba convencida de que una loca no sentiría esa pena.

—Perdonen, señores —les dijo a los guardias civiles—. Creo que necesito ir al baño.

El guardia casoso emitió un gruñido perezoso.

—¿Cree?

—Es más, estoy segura.

Los guardias espiraron a la vez mirándose con ojos caídos.

—Hermana Asunción —dijo el guardia casoso—. ¿Le importaría acompañarla?

—¿Yo sola?

—No mujer. Nosotros vamos detrás.

—Usted —ordenó el guardia a Emilia, colocándose el tricornio—. Ya puede ponerse en pie.

Se levantó, escuchándose el tintineo de los grilletes en sus muñecas.

—Mira mamá —dijo uno de los niños señalándola—. Estos hombres han raptado a una monja.

—¿Quieres callarte, Fermín? —La madre tomó al niño en su regazo—. Te tengo dicho que no señales.

«Esto es una vergüenza. No soy ninguna delincuente a quien tengan que escoltar esposada para impedir que huya. Pero todo se arreglará cuando llegue a Huesca. El señor obispo pondrá a cada uno en su lugar. Y Dios detrás de él».

La visita a Madrid había transcurrido de forma favorable. Estaba sometida a jurisdicción canónica y en ella habría de hallar su castigo, no en la civil. Tampoco les interesaba airear el asunto, de eso estaba convencida, y eso jugaba a su favor.

«Todos somos pecadores».

Era de noche cuando el tren llegó a su última parada. La espalda le dolía como nunca, pero ver cercano el fin de su tormento le hizo sentir aliviada. Junto al andén, monseñor Lebrija, obispo de Huesca, esperaba que el tren se detuviera. Una comitiva numerosa lo acompañaba. Varios guardias civiles, diáconos y sacerdotes de diferente rango a juzgar por la calidad de sus atuendos.

Sus centinelas la ayudaron a bajar del vagón, conduciéndola ante la comitiva. Dos hombres vestidos con traje oscuro tomaron a la hermana Asunción y se alejaron con ella.

—¿Dónde la llevan?

—De regreso a Huesca —dijo monseñor Lebrija.

—¿Y yo? Me gustaría acompañarla. Somos amigas.

—El destino de la hermana Asunción ya no es de su incumbencia.

El obispo hizo un gesto con la mano y los guardias la liberaron de los grilletos. Salieron de la estación y la llevaron hasta un Mercedes estacionado junto a la puerta de salida. El obispo se sentó junto a ella y los diáconos delante.

—¿Hacia dónde, monseñor? —dijo el conductor.

—Directos a Lanuza.

—¿Lanuza? —preguntó Emilia—. ¿Qué es eso?

—Una aldea cerca de los pirineos.

—¿No vamos a Huesca?

monseñor Lebrija miraba el interior de su sombrero.

—¿Sabe la pena que solicitaban para usted?

—No pueden condenarme, monseñor. Usted lo dijo.

—¿Y sabe cuánto me ha costado que sea así?

Emilia se sintió avergonzada. Nada podía reprocharle al obispo, pero lo que descubrió en San Clemente era espantoso. El azar no la llevó allí, sino la divina Providencia.

—Confío en usted para que sepa conducir mi destino.

Tres horas más tarde se encontraban ante las puertas del monasterio de El Salvador.

—Este es el acuerdo —comenzó el obispo—. Permanecerá aquí hasta que yo disponga. Un mes, un año o una vida. Vivirá sola, dedicada a cultivar un espíritu religioso puro. No hará fuego jamás. En esto quiero insistir. Ni una simple llama. Y si Dios dispone que sobreviva al frío y al invierno, considérese un poco más

cerca su sanación.

Emilia miró a su alrededor. La aldea de Lanuza apenas era visible desde allí, siguiendo una vereda que acanalaba la ladera de la montaña.

—¿Cómo voy a sobrevivir?

—Un lugareño vendrá todos los días a traerle víveres y lo que necesite para mantener una vida de oración. —Una lágrima corrió por la mejilla de la mujer, congelándose sobre su piel—. Está enferma hermana. Todo cuanto deseo es verla recuperada. La soledad de este páramo le ayudará a sanar su mente. Créame. Todo lo demás puede esperar. Vendré a visitarla cuando mis obligaciones lo permitan. Si percibo un atisbo de recuperación en usted, la invitaré a acompañarme de vuelta. Se lo prometo.

Emilia sabía que el obispo había tomado una decisión.

—Marche entonces con Dios, monseñor.

Una vez sola, recorrió el interior de la estancia principal. Faltaba parte del techo y el musgo cubría las vigas. Varios animales la habían convertido en su madriguera. Esperaba que no fueran lobos.

—¿Sanar mi mente? —se dijo—. Este no es lugar para sanar.

Pasó los dedos sobre un banco cubierto de polvo.

—Este lugar es una prisión.

SUSURROS EN EL HIELO

Las sandalias de esparto marcaban huellas profundas sobre la nieve. La hermana Emilia se agachó y comenzó a orinar. El frío, ratoncillos con dientes de hielo, ascendía por sus pies callosos. Desde aquel recoveco, protegida por muros de piedra junto a un páramo de tierra baldía, era como si estuviera en el corral de su casa, cincuenta años atrás.

Su padre tenía alquilada una habitación con derecho a baño, aunque lo más parecido era el retrete del corral, construido con trozos de una carreta. El techo era de latón. Según el propietario hacía escurrir mejor la nieve, pero nunca explicó el motivo de que tuviera tantos agujeros. Duró en pie un mes.

En días de lluvia su padre tomaba un trozo de plástico enmarcado con listones de madera, parapetando a cualquiera de sus once hijos debajo del improvisado paraguas hasta el extremo del corral. Un zurullo rápido y regreso a casa a galope.

Añoraba las peleas por darle el mordisco más grande al pan solitario de la cena, el vestido heredado por cuatro hermanas o el alboroto de los niños a la hora de ir a la cama.

Antes de cumplir los dieciocho, Emilia había visto morir a cinco de sus hermanos. Uno más a los veinte y otros dos cerca de los treinta. Unas fiebres tifoideas se llevaron al noveno, poco antes de comenzar la Guerra Civil, de modo que solo Emilia y su hermano Luis llegaron a ver la caída de las primeras bombas. Por aquel entonces sus padres llevaban muertos más de diez años, de modo que Luis era para ella más hijo que hermano.

Luis, su adorado Luisito. Con dos kilos de peso y una cara llena de arrugas, había compartido teta con tres hermanos hasta convertirse en un muchacho de veintidós, apuesto y guapetón en la fila de reclutamiento.

—¿Qué se nos ha perdido a nosotros en esta guerra? —le dijo Emilia viéndolo recoger su muda de soldado.

—Tengo que ir, Emi. Todos mis amigos están en el frente. Es mi deber. —El muchacho besó a su hermana en la mejilla—. El uniforme me hace más hombre. Seguro que vuelvo a casa con una novia. —Luis le sonrió pícaro—. O puede que

con dos.

Lo vio subir a la camioneta y alejarse con el corazón de Emilia guardado en sus pertrechos. Fue la última vez que vio aquella cara tan preciosa, nariz de mamá, mandíbula de papá y ojos de la abuela. Habría vuelto con la fotografía de una muchacha en su cartera, la más linda de Aragón y que le daría sobrinos muy guapos.

«Malditos republicanos —se martirizó—. Malditos cien veces. ¿Por qué no se los llevó el demonio antes de arrebatarme a Luisito? —Cerró los ojos y juntó las manos en gesto de oración—. Ahora ardéis todos en el infierno. Fuego purificador, ruega por nosotros. Fuego de la justicia, ruega por nosotros».

Con la mano izquierda, se dio una fuerte cachetada en la mejilla. Notó la sangre acudiendo a la zona del dolor y regresar congelada al interior de su cuerpo. El momento de debilidad había pasado. Tenía que sanar para escapar de allí. El frío le ayudaría. Se incorporó y regresó al interior del monasterio.

Una vez dentro, cerró a conciencia la pequeña puerta de la cocina y colocó de nuevo la travesa. Recorrió el perímetro interior, asegurándose que quedara todo cerrado.

El monasterio le parecía de noche tan enorme, tan ajeno a la proporción humana, que no conseguía asociar el recinto a cualquier cosa que pudiera llamar hogar. Adivinaba las formas de los techos, sumidos en una oscuridad espesa; notaba la claridad brumosa penetrando a través de los ventanales del muro norte, enormes y siniestros.

Había incontables puertas que crujían ya estuvieran abiertas o cerradas, teniendo la sensación de hallarse poco más segura que a campo abierto.

No era una mojigata a la que asustara la montaña, pero recorrer El Salvador a la mañana siguiente de su llegada y descubrir restos de animales apilados, devorados hasta el tuétano sin dejar piel ni cartílago, terminó de enraizar un pensamiento sencillo. Monseñor Lebrija no buscaba el regreso de Emilia. La había enviado a El Salvador para morir congelada.

Escuchaba con claridad entrar y salir seres en mitad de la noche. No había carestía de oquedades por las que entraran lagartijas, gorriones, varios carboneros que anidaron en una lámpara y sobre todo murciélagos. Un par de mochuelos con ojos amarillentos la observaban desde las vigas de la nave central de la iglesia. Era repulsivo ver las pequeñas montañas de excrementos aliviadas en cada rincón por tanto bicho intruso.

«Estoy equivocada —descubrió taciturna—. La intrusa soy yo».

Penetró en su celda, cerrándola de un portazo. ¿Qué podía impedir que unos lobos la asaltaran esa noche cuando el sueño fuera más profundo? No lo notaría hasta sentir unos colmillos seccionándole la carótida mientras de otra boca

amplia y babeante surgía una lengua relamiéndose antes del festín.

Aflojó las lacerías de su atuendo, que cedió hasta el suelo mostrando la ropa interior desgastada, y entró en la cama de un salto. Bajo un par de sábanas heladas y media manta de algodón, se atavió con su camisón raído. La otra mitad de la manta era una docena de agujeros fabricados por ratones.

—Soy sierva de Dios —se repetía a modo de escudo—. El frío no puede vencerme.

Tomó la almohada y se acurrucó en torno a ella.

—Qué bien me vendrían tus cuidados, hermana Asunción. —Recordó la vocecita de su compañera contándole historias de juventud mientras la masajeaba en la celda de San Clemente—. El frío es el que te susurra ahora, Emilia. Te habla al oído de redención. Susurros en el hielo, eso son.

Aquella noche necesitaba soñar con fuego. Un poco, lo suficiente para poder dormir. Sueño de fuego que la cubriera con una manta cálida y la transportara en el tiempo.

«Una cerilla. —La imagen del pequeño trozo de madera con cabeza rojiza apareció en la palma de su mano—. Dos cerillas. La cajetilla entera. Recordaréis a Luisito esta noche, malditos. Vaya si lo haréis».

Un ruido metálico grave la despertó. La noche había pasado rápido, como una estrella fugaz en el firmamento, sin ocasión para pedir el deseo.

Volvió a sonar el mismo ruido, retumbando por todas las galerías.

—¿Será Manuel?

Se incorporó parcialmente para mirar a través de la ventana. Eran más de las nueve.

Monseñor Lebrija no era del todo cruel y había dispuesto un bonito fondo de pesetas para la hermana, custodiado por el alcalde de Lanuza. El dinero era suficiente para la manutención de la religiosa durante una larga temporada.

Cada mañana, un joven de tez oscura y acento extraño ascendía desde el pueblo hasta la iglesia de El Salvador, cinco kilómetros monte arriba, para llevarle las provisiones. Leche y pan a diario, y también conservas. Trajo algo de aceite al segundo día y una cuña de queso al tercero. Ella se preguntaba si el correo no estaría escamoteando parte del envío. Con todo, su alimentación era frugal. En una semana reunió sin esfuerzo una envidiable cantidad de pan duro y latas apiladas en la estantería de la alacena.

—Perdone la tardanza, Manuel.

Al tocar el canto helado de la puerta principal Emilia terminó de espabilarse.

—Ya pensaba marcharme, hermana. —El joven llevaba sobre el hombro un

saco de arpillera—. Se lo dejo en la cocina.

Era una situación a la que tardaría en acostumbrarse. Ver un hombre, seglar por añadidura, olisqueando en el recinto le resultaba perturbador.

«Es moro —sospechó el primer día—. Desde la guerra no es extraño verlos merodear por toda España. Pero su nombre es bien castizo. En cambio, su acento no. Qué acento tan extraño».

Manuel ya había depositado la mercancía sobre una encimera de azulejos y comenzó a revisar cada palmo de la cocina. Continuó con el edificio principal para acabar inspeccionando las galerías anexas. Paró antes de entrar en la celda de Emilia.

—Esto es incómodo, hermana.

—Me lo repite cada día desde hace una semana.

—Pues cada día es más incómodo —subrayó Manuel con un gesto de manos—. Entrar en la habitación de una mujer, monja además. No me parece buena cosa. —Algo cruzó los ojos del joven, descubriéndose su gorra verde oliva—. Escuche, no lo voy a hacer. Me fío, ya está hecho.

—Si a usted le incomoda, a mí no. —Tomó al joven del brazo y lo introdujo en la celda de un empujón—. Busque. No encontrará ni un asomo de brasa. ¿Cómo iba a encenderla? Su amo se ha preocupado de que sea imposible.

—¿Mi amo?

—Dígale a monseñor Lebrija que sigo sus indicaciones como leyes de Moisés. Una sierva de Cristo es lo que soy y de sus mandatos hasta que Él disponga, o me lleve junto a su amor eterno. Transmítaselo así al señor obispo.

—No sabría. Tanta palabra se confunde en mi cabeza.

«Moro —se convenció—. Este es moro. ¿También eso es penitencia, monseñor?».

—Y no conozco a ese señor Lebrija —añadió Manuel—. Ni tampoco tengo amo, hermana. Un octavo de real al día de manos del alcalde es lo que recibo por subir hasta aquí. —Se volvió a colocar la gorra dando por zanjado el registro—. Pero nada le pedí a cambio. Es algo que uno hace sin esfuerzo y poco puede suponer desviarme un tanto de mi ruta diaria. Para mi pobre burro queda todo. Otra cosa es hocicar dentro de una iglesia y molestarla a usted. Eso sí que no. —Manuel hundió la mirada entre las losas de la galería—. Mire, usted haga como cualquier otro día y así tiraremos de aquí en adelante. ¿Le parece bien?

—Ahora nos entendemos.

—Vendré cada día a dejarle las provisiones e interesarme por su salud. Lo que haga en el monasterio es cosa suya. —Los tertulianos se habían desplazado hasta la puerta exterior, donde un burro viejo cargado de hierba esperaba a su dueño—. Pero si le preguntan...

—Pierda cuidado, que una pequeña mentira bien la entiende el Señor. Fuera de nosotros usted registra mi habitación todos los días. Y a conciencia, oiga, que Manuel insiste hasta en levantar colchones y alfombras, dejándomelo todo revuelto. Un celo gasta ese hombre que es una barbaridad.

La risa brotó natural entre ambos.

—Mañana nos vemos, Manuel. Tenga cuidado al bajar por la vereda que el camino parece resbaladizo. Quede con Dios.

—Sí, señora. Acuértese de cerrar bien todas las puertas. No son tiempos para dejarse a merced de bandidos ni leyendas.

—¿Leyendas?

Manuel acarició la mandíbula del asno.

—Hágame caso, hermana. La noche en Lanuza es propicia para malos espíritus. Enciérrese en su habitación al caer el sol y mañana será otro día. No le abra a nadie. A nadie, hermana.

Sin haber acabado de hablar, Manuel ya giraba por la primera curva del camino. No tardó en desaparecer del todo. Una brisa erizó el vello de la religiosa. Quiso escuchar una advertencia en ese viento, y también en las misteriosas palabras del muchacho.

«No parece mal hombre. Una lástima. Si fuera cristiano podría ser hasta buena persona».

Al día siguiente volvió a levantarse tarde. Esas primeras horas de luz tamizadas entre agujas de pinares le parecían las más jugosas. Pero un cuerpo ocioso es campo abonado para que el diablo instale allí su madriguera. Respiró hondo y se incorporó de un salto.

«Maldita espalda —se quejó—. Ánimo, Emilia. El trabajo te ayudará».

La puerta de la cocina estaba abierta y en el suelo relumbraban unas huellas de barro deladoras. Entró en la cocina y sus sospechas fueron confirmadas. Manuel había estado allí. Sobre la encimera de azulejos reposaban las provisiones. El joven se las había ingeniado para llegar hasta la cocina sin despertarla y volver a salir.

«Tendrá copia de la llave del portón. Debe ser eso».

No creía que los términos de su acuerdo incluyeran tanta libertad.

«Vamos Emilia —le dijo una voz interior—. Cualquiera diría que no estás satisfecha con nada. Disfruta de esta tranquilidad».

Quizá era eso lo que le faltaba, un poco de sano bullicio. Las hermanas en oración de maitines. Las canciones piadosas mientras enredaban las matas de tomates en sus cañas. Por un instante echó de menos los años de guerra, ese caos

en la sala de enfermería minutos después de un bombardeo. Las peleas de diez hermanos una mañana de domingo luchando por vestir uno de los cuatro trajes de misa sin agujeros.

Cogió un cubo con agua y fue hasta la nave principal. Recuperar algo de su antigua vida le ayudaría a olvidar el frío.

«No soy un trozo de carne tirado en el monte como carnaza. No lo soy».

Pensar en el descomunal trabajo le provocaba una punzada de dolor.

«Haré un huerto —se dijo ilusionada—. En San Clemente lo hice y mi espalda mejoró. Allanaré la tierra para luego alinear los caballetes. Con unas ramas construiré el entramado de las judías y los tomates. Los nabos se crían bien con el frío, y puedo cultivar trigo, molerlo y hacer pan con él. Claro que tendría que hornearlo. —Dirigió la mirada a un claro libre de árboles, junto a la zona que usaba para hacer sus necesidades—. Para que algo crezca primero hay que arrancar las malas hierbas».

Esa noche cayó rendida en la cama. El cansancio era tan glorioso que no acertó a desabrocharse el hábito. Durmió con él puesto. El siguiente día llegó rápido. Sin concederse tiempo para entonar una queja por su vida desdichada, engulló un trozo de pan mojado en aceite y encaminó sus pasos al exterior.

Desprovisto de hierba, su huerto había mutado de terreno agreste a lodazal. La nieve se había mezclado con la humedad inferior creando un terreno impracticable. Se miró los pies, cubiertos de barro hasta las rodillas.

«Dios mío. He dormido así».

Su jergón parecería una pocilga. Entonces fue consciente de su total desconocimiento hortícola. En San Clemente realizaba las tareas que le encomendaban. Amontona esta tierra, tira esas ramas, saca los espárragos, corta los tomates, esparce el estiércol. Pero no sabía cómo se plantaban patatas. ¿Sería buena época para la cebolla o el ajo? Miró la nieve a su alrededor. Un deseo irrefrenable de llorar ahogó sus ojos dibujando surcos de lágrimas en la cara sucia. Se apoyó contra el muro exterior y dejó sin fuerzas las piernas para deslizarse hasta el suelo. Sentía el frío, sentía latigazos de dolor en la espalda, sentía la humedad. Los ratoncillos con dientes de hielo querían cubrirla por completo y devorarla. Casi lo consiguen. Pero entonces una voz dulce los espantó.

—Buenos días hermana.

De pie, al lado del camino, una chiquilla la miraba con ojos curiosos. Emilia le echó unos quince años. El cabello, castaño y hermoso, le caía en mechones sobre los hombros. Su piel era clara como la leche y los labios de un rosado jugoso.

—¿Qué quieres, niña?

Emilia se incorporó, disimulando el abatimiento que tiraba de su cuerpo hacia abajo. La muchacha la miraba con sus ojos redondos. Se roía compulsivamente las cutículas de las uñas.

—Comida, por favor —dijo la chica tragando saliva—. Algo para comer, por caridad.

Emilia caminó hasta el monasterio mostrando su indiferencia mejor entrenada.

—Cualquier cosa, hermana. Unas zanahorias. Las más podridas que tenga.

La religiosa continuó caminando hasta penetrar en el edificio a través de la cocina. Cerró la pequeña puerta y la atrancó. Mezclarse con gente así era lo último que necesitaba. Lo comprobó en San Clemente. Las mañanas de domingo, por el acceso oeste del convento, se agolpaban un centenar de indigentes para el reparto dominical de pan organizado por Acción Católica. No era ningún secreto que la mayoría de las personas que acudían eran viudas de comunistas, o sus hijos si la vergüenza les impedía mostrarse. Qué asco le daba. Esos pobres niños levantando sus brazos llenos de pústulas para alcanzar un trozo de pan duro y mohoso mientras sus madres esperaban en una esquina cubriendo su mancha republicana bajo una mantilla negra.

Emilia preferiría ser comida por una manada de ratas furiosas antes que ofrecer ayuda a un republicano, y los montes solitarios eran el caldo de cultivo ideal para criarlos. Montes como el de Lanuza, temió.

A través de un ventanuco de la cocina observó la zona del huerto. Allí seguía la muchacha. ¿Por qué no se marchaba? Había algo más en sus ojos, siempre grandes y redondos. Llevaba una falda gris que le cubría hasta los tobillos, toda deshilachada por los bajos, sucia. Sus pies también estaban cubiertos de tierra. Emilia descubrió que lucía un aspecto parecido al suyo. La chica bajó la mirada y se alejó con pequeños pasos de sus piernas menudas.

Emilia miró sobre la encimera. Como esperaba, el moro ya había estado allí. Manuel debía conocer a la chica. Ordenadamente dispuesta se extendía la carga diaria de su joven arriero. Esta vez se trataba de una hogaza de pan y una cesta cargada por completo de hortalizas.

—Cualquier cosa, hermana —recordó Emilia—. Unas zanahorias. Las más podridas que tenga.

«¿Por qué me haces esto, Señor? —pensó avergonzada dirigiendo la mirada a la cesta».

A cincuenta metros, la joven muchacha bajaba tiritando de frío.

—¡Espera, niña! —oyó a su espalda.

Al girarse vio a la religiosa dando grandes zancadas hacia ella, como si fuera una cabra bajando despreocupada por la ladera.

—Aquí tienes tus zanahorias. Vete y no vuelvas.

Emilia le dio la cesta, hizo un requiebro y, sin mirar a la joven más arriba de las rodillas, se encaminó de regreso al monasterio.

El resto del día transcurrió lento, interminable. Su estómago rugía desconsolado. Estaba cansada de tanta conserva y pan aceitado. Quería algo caliente dentro de su cuerpo. Una buena sopa de pollo. Empanada de pimientos. Una manta gruesa. Sus pies descalzos frente a un brasero con ascuas al rojo vivo. Meterlos dentro hasta que la piel se levantara en ampollas dejando al descubierto tendones y huesos.

Comenzó a rezar en un intento de apartar oscuros pensamientos.

«Fuego de la misericordia, ven conmigo. Fuego liberador, ven conmigo. Fuego santo, prende mi carne. Fuego inmaculado, que arda el mundo».

Sus dedos se tensaron como si fueran garras.

—¡Me obligáis! —gritó liberada de ataduras—. ¡No me dais ni cordura para rezar una letanía!

Como enemigos que se enroscan en un beso lujurioso, don Frío y el señor Fuego se aliaban para cercenar su entendimiento. La Soledad les ayudaba acompañada por el Silencio, y todos ellos agujereaban su razón.

Una cerilla, luego otra hasta terminar la cajetilla entera. Los gritos de los presos ondulando por el aire. Las almas de sus víctimas retorciéndose en una espiral sobre su cabeza sumiéndola en la oscuridad de un sueño sin sueño.

El olor a pan caliente la despertó. Creyó que estaba muerta, recibéndola el Cielo recostada sobre una nube de algodón sostenida por ángeles. En realidad se hallaba sobre la cama de su celda. Había sábanas nuevas en ella y dos mantas gruesas. Al bajarse encontró su cuerpo limpio, cubierto por una túnica blanca. Sobre una silla, el hábito. Había sido lavado y planchado.

—¿Pero qué está ocurriendo aquí? —dejó escapar de su boca entreabierta.

El olor a pan tostado se hizo más intenso. Recorrió la galería del claustro siguiendo el rastro hasta llegar a la cocina. Se sentía como Hansel y Gretel caminando hacia la casita de chocolate esperando encontrar a la bruja al torcer la esquina.

La cocina estaba vacía. Demasiado vacía. ¿Dónde estaban las provisiones? Pensó que le habían robado hasta que abrió la alacena. En una balda, dispuestas formando hileras, estaban las conservas, separadas según tamaño y forma. En otra las verduras, frutas y hortalizas. En la inferior encontró el queso y encurtidos. Miró el conjunto y lanzó un grito diminuto. Todo estaba limpio, hasta el suelo y los azulejos de las paredes. Tenía que ser un sueño.

Salió de la cocina hasta la sala contigua. También estaba limpia. Había

cortinas nuevas en las ventanas y el mobiliario no tenía su gruesa capa de mugre. Sobre una mesa de roble encontró la hogaza de pan, ligeramente tostada y humeante. A su lado, un cuenco con líquido blanquecino.

—¡Oh, Dios Santo! —estalló Emilia—. ¡Es sopa!

La mujer se abalanzó sobre el trozo de pan dándole un mordisco, voraz, glotón. Luego otro y otro más. Tomó un buen sorbo de sopa. Estaba tan caliente que casi le escalda el paladar. En vez de quejarse sintió ganar de reír a carcajadas. Entonces se abrió una puerta.

Emilia esperaba que apareciera la bruja del cuento. Una cabeza con pelo castaño asomó tímida. Siguieron unas piernas menudas. Luego penetró el resto de la muchacha, mirando a la religiosa con sus grandes ojos redondos.

«¿Qué es esto Señor? —se dijo Emilia—. ¿Una prueba? ¿Una lección?»

La chica sostenía entre sus manos, con dedos enrojecidos, una pequeña cuba de madera de la que emanaba vapor.

«Cristo, solo te pido una cosa. —Emilia tragó un bocado de pan esponjoso—. Que no sea republicana».

HISTORIAS PARA DORMIR

Emilia tiró fuerte de la mata, resistiéndose a ser arrancada como un tornillo oxidado dentro de una viga de acero.

—¡Virginia!

La muchacha dejó la cesta que portaba en el suelo y se limpió las manos húmedas en el delantal.

—¡Se va a hacer daño en la espalda! —le recriminó.

—¿Me vas a ayudar o no?

—Mire que es usted tozuda.

La chica agarró la mata por su base y tiraron a la vez. La planta crujió, se elevó dos centímetros del suelo y volvió a crujir. Las hojas cedieron, separándose del resto con chasquidos encadenados. Las dos mujeres salieron despedidas hacia atrás con violencia aplastando sus traseros contra el suelo. La planta las miraba desafiante, desnuda como un almendro en invierno.

—Creo que me he roto algo —informó Emilia con un lamento.

—No, hermana. —Virginia reía tímida al principio, pero la risa creció hasta convertirse en una carcajada—. Creo que ha caído encima de la cesta de huevos.

La monja se llevó la mano al trasero, regresando de allí embadurnada de líquido amarillento. Explotó también en carcajadas, revolcándose por el suelo hasta que el diafragma no pudo con tanta risa.

Fue a su celda para cambiarse de hábito. Igual que el día anterior, una muda planchada la esperaba sobre una silla. El olor de la tela recién lavada era embriagador.

—¿Le ayudo, hermana?

La chica tomó una palangana con agua y una esponja con la que comenzó a frotar el cuerpo de la religiosa. El vello se le erizó al contacto con el agua fría. No estaba acostumbrada a que nadie la viera así, con la tela justa para cubrir su desnudez. Tuvo un golpe de rubor cuando Virginia le bajó la parte superior del atuendo, dejando sus pechos al descubierto. Pensó que eran dos mujeres, que no había nada malo en ello. Sus cuerpos eran iguales a los ojos de Dios, con las

mismas vergüenzas ahí abajo y los mismos pechos. Quizá esa zona es muy diferente, opinó Emilia. Los de ella estaban flácidos y arrugados, salpicados de pecas. Miró el busto de la muchacha adivinándolo firme y turgente.

«¡Por Dios, Emilia! —se dijo—. ¡Deja de mirarle las tetas!»

Virginia le dedicó una sonrisa mientras seguía frotando.

—Deja, termino yo —dijo Emilia cuando la muchacha llegaba a su sexo.

—Como quiera. Iré preparando el desayuno.

Era un enigma el modo en que una muchacha famélica había limpiado las estancias de El Salvador en tan pocas horas. La hazaña la adornaba con una prodigiosa mano en la cocina. Cómo conseguía hacer platos tan deliciosos con verduras frías y sopas de pan duro era un secreto que compartía con los ángeles del cielo.

«¿Es un regalo, Padre? —se decía a menudo».

La chica confesó haber hecho trampas. Manuel le había dado la hogaza de pan. Pidió que le hiciera una fogata en un lugar apartado y colocara piedras en el mismo fuego. De ese modo, con cinco rocas ardientes como recién llegadas del infierno, calentó hasta la ebullición el agua necesaria para elaborar el sabroso caldo del desayuno. Desde entonces, Manuel acudía un par de veces al día, a primera hora y antes del anochecer, empujando una carretilla llena de piedras recién sacadas del fuego. Con ese sistema la joven gozaba de agua caliente para cocinar, lavar y hasta un baño humeante al caer el sol. Para Emilia, lo mejor de todo era la satisfacción de no incumplir las prohibiciones del obispo. Se sentía un poco más cerca de su sanación.

Un tesoro, esta chica es un tesoro, se decía. Joven y hacendosa, con diecisiete envidiables años rebosantes de salud. Algo delgada, eso sí. No comprendía cómo podían negarle un techo o un plato de comida a cambio de sus dones.

Durante los siguientes días fueron modificando las cantidades de trabajo y descanso, creando la receta que les permitiera adoptar una rutina aceptable. Por la mañana temprano, Virginia preparaba el desayuno y dejaba dispuesto también el almuerzo. Hacía la colada y planchaba hasta agotar el calor de las piedras que Manuel proveía. Emilia despertaba sobre las nueve, dedicando un par de horas al huerto. Planificaron convertir El Salvador en un verdadero hogar, de modo que el resto del día sus horas de trabajo eran destinadas al adecentamiento de la construcción.

Esa mañana tocó el turno a una vieja capilla anexa al claustro, un tanto alejada del resto de estancias. El techo, formando una pequeña cúpula con nervios de piedra, reposaba derrumbado sobre el suelo. Uno de sus muros exteriores también. El arroyo que bordeaba el monasterio era visible a través de la enorme abertura.

—Qué sacrilegio —dijo Emilia—. ¿Cómo permiten que un lugar sagrado tenga estas condiciones? ¿No respetan a Dios en Lanuza?

—Las bombas del ejército nacional provocaron el derrumbe.

—Nuestro Caudillo nunca dañaría un monasterio.

—Depende de lo que esconda dentro. Mi padre me contó que la guerra en Lanuza fue encarnizada. El Salvador cambió de dueño en varias ocasiones, unas veces nacional, otras, republicano. —Una mezcla de entusiasmo y tristeza se alternaba en el rostro de Virginia—. Hace mucho, este monasterio fue un lugar sagrado lleno de historias y viejas leyendas. «El loco del monte Calvario», «La oveja del rayo», «El fuego fatuo color violeta», «El oso de Cueva Lagartija». Y, por supuesto, «La leyenda del judío errante».

A Emilia le sonaba la última historia. Algo de un judío en tiempos de Cristo. Siguió escuchando con la barbilla apoyada sobre el palo de una escoba.

—Había procesiones todo el año. A mi padre le encantaba la Fiesta de la Primavera. Venían hasta aquí adornados con guirnaldas de flores y farolillos. Debió ser hace mucho tiempo. Para mí El Salvador es solo un monasterio abandonado al que nadie se atreve a subir. Un reino de muerte y fantasmas rencorosos, así lo conocen en Lanuza. No es para menos.

—¿Por qué?

—Cientos de republicanos murieron bajo el fuego de las bombas. En esta capilla se refugiaron muchos al escuchar los zumbidos de los misiles. Eso me contó papá. Hasta da miedo remover los escombros. —Emilia escuchaba con las manos encogidas—. Bueno, comencemos el trabajo.

Después de la charla, no estaba tan segura. Si al levantar una piedra hallaba el cadáver de un soldado, los gritos llegarían hasta el obispo.

—Mire, hermana.

Virginia levantó una placa de yeso, encontrando una mano que emergía entre los escombros. Estaba incorrupta y sostenía una espada.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Emilia subiéndose al terrón de escombros más elevado.

La chica apartó varios trozos de piedra intentando liberar el cuerpo.

—¿Qué haces insensata? ¡Ay, Dios mío! ¡Yo me muero! ¡Suelta, suelta eso!

Sin escucharla, tiró de la espada, encajada en la mano, hasta extraer el cuerpo entero. Ante ellas, una estatua de madera policromada les devolvía la mirada. Emilia lo identificó como el arcángel Miguel, con su espada levantada en una mano y una llama encendida en la otra. Salvo en zonas anguladas donde el derrumbe la había dañado, la talla se encontraba en condiciones aceptables. Por desgracia había perdido la nariz, dándole un aspecto amenazador.

Viendo la estatua, Emilia se dio cuenta de que no existía ninguna otra en El

Salvador. Sintió una mano en su interior que tiraba del hábito hasta arrodillarla. Nunca había rezado ante la imagen del arcángel. Pensó que un kirie sería adecuado.

—Señor, Rey y Padre no engendrado, Verdadera esencia de Dios. Ten piedad de nosotros. —Miró a Virginia con ojos severos—. Vamos, niña. Arrodíllate y reza conmigo. —La chica obedeció—. Señor, fuente de luz y creador de todas las cosas.

—Ruega por nosotros.

Al escucharla sintió un calor furibundo entrando por el oído y martilleando su espíritu, pero continuó con la oración:

—Tú que nos has marcado con el sello de tu imagen.

—Ruega por nosotros.

—Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.

—Ruega por nosotros.

—Cristo, luz guía a través de quien son todas las cosas.

—Ruega por nosotros.

Emilia no aguantaba más. Se incorporó, fue hasta Virginia y le dio una bofetada con todas sus fuerzas.

—¿Qué he hecho mal, hermana? —La chica no entendía nada—. ¿La he ofendido en algo?

—Más me duele que ofendas a Dios mismo sin saberlo. ¿Quién puede confundir el kirie con una letanía? ¿Qué clase de cristiana eres que no sabes ni seguir una oración?

«Tú lo has dicho, Emilia —se dijo convencida—. Esta no es cristiana. Es una roja».

—Resolvamos esto ahora mismo. A ver, niña. ¿Tú te has bautizado?

Algo dentro de Emilia sabía que no, sintiendo una angustia que comprimía sus pulmones. Quiso sentir rabia, debía arrancarle esa cara de asquerosa roja; pero mirándola solo hallaba ternura. Se compadeció de ella, tan inocente y hermosa. No era consciente de su propia mancha comunista.

Cambió de planes, dejando la capilla para más adelante. Era primordial devolver a la chica al Reino de Dios. Necesitaba una mínima instrucción religiosa, bautismo, la Primera Comunión. Lo esencial, conseguir un sacerdote. Ella misma la bautizó como pudo sumergiéndola en las aguas gélidas del arroyo. Tras el almuerzo dedicaron la tarde entera a la memorización de una batería básica de oraciones; luego la cena y varios rezos antes de irse a la cama. No era tarde para el arbolito. Sus ramas eran tiernas y podían doblarse hasta el lado de la luz. Eso esperaba.

Con dulce cansancio por un trabajo bien hecho, se fue a dormir. Le dolía la

cabeza, con punzadas detrás de los ojos al cerrar los parpados.

—¡Espere, hermana! —dijo la chica entrando en su celda—. La cama aún no está lista.

Virginia apartó las sábanas y se introdujo dentro de ellas.

«¿No pensará acostarse conmigo? —temió».

La chica comenzó a moverse frenética. Agitaba sin control las piernas, frotándolas contra el colchón todo lo rápido que era capaz. Ya exhausta, se detuvo y salió de la cama jadeando.

—Ahora —resopló—. Métase corriendo. Verá que calentita está. Es un truco que hacía mi madre para matar el frío de las sábanas. Corra y métase dentro.

La complació con recelo. Al deslizarse dentro del jergón fue abrazada por un calor que definió como bendito. Un escalofrío subió desde los pies hasta los pelillos de la nuca retorciéndose de placer.

—Ay, qué gusto —soltó—. Eres una brujiilla. Como sigas así tendré que amarrarte con cadenas para que no te marches de aquí.

Esa noche tuvo pesadillas. Estaba en una prisión. En la mano llevaba una caja de cerillas. Había cientos de monjas atadas a una tubería que colgaba del techo. Alguien la empujó, arrebatándole la cajita y la ató junto a las demás. El individuo le dio las cerillas a una muchacha que entraba. Era Virginia. La miraba llena de odio. Sacó una cerilla y le prendió fuego a los bajos de su hábito. Ardió entre gritos, propagándose el fuego a las demás religiosas. Todas chillaban.

Despertó de un salto, empapada en un sudor frío. Las voces seguían sonando dentro de su cabeza. También la risa de Virginia que la señalaba con el dedo mientras la veía arder. Tardó en calmarse, pero al hacerlo seguía escuchando voces en su cabeza. Respiró hondo, frotando suavemente las sábanas con la palma de la mano. Su respiración era lenta y pausada.

Un arrullo de voces seguía gruñendo dentro de ella. Aguzó el oído, comprobando que el ruido no procedía de su interior sino de fuera de la celda. Había alguien en El Salvador, una voz masculina, seguida de un sonido arenoso que chirriaba, como si algo se arrastrara. El corazón le latía con fuerza. Era una voz. Una voz. Alguien caminaba. Iría hasta las celdas. Le cortaría el cuello a Virginia. No, primero la violaría. Eso es. Le tataría la boca para que no gritara. Ahora sí, el cuello. Le cortaría el cuello. Luego Emilia. Violada. Cuello. Asfixia. Muerte.

«Tranquilízate —se dijo inspirando cuanto cupo en sus pulmones—. Es un bicho. Una rata royendo pan. Imaginaciones. Te confundes Emilia. Te confundes».

Bajó de la cama y entreabrió la puerta. Silencio. No escuchaba nada.

—¿Le ocurre algo? —susurró Virginia desde la celda contigua—. ¿Se encuentra bien?

—¿No has oído? Hay alguien en la iglesia.

—¿Alguien?

El rostro de Virginia palideció. Con un reflejo, cerró la puerta hasta dejar una minúscula rendija.

—¿Dónde?

—Espera niña, que voy.

La religiosa se escabulló de su celda hasta la de Virginia. Abrazó a la chica con fuerza, mirando por la rendija.

—¿Escuchas algo?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco.

Permanecieron así durante cinco minutos.

—¿Seguro que oyó algo?

—Te lo juro por Dios. En la iglesia.

—Vamos a hacer una cosa. ¿Por qué no vuelve a la cama y cierra la puerta con cerrojo?

—Yo no me muevo de aquí, niña.

—Vamos, hermana. ¿No dice que estuvo en la guerra? ¿Cómo puede tener miedo? Algún bichejo estará comiendo las sobras de la cena. Vamos, vuelva a la cama.

—Te digo que no me muevo de aquí.

Emilia se tiró contra la cama de Virginia, introduciéndose dentro.

—De acuerdo —dijo la chica colocándose una mantilla sobre los hombros—. Me iré a la suya.

—No, por favor. Quédate aquí. Métete en la cama conmigo.

—Parece usted una niña.

—Por favor. Tengo miedo.

Virginia claudicó, dejando la mantilla en su lugar. Emilia la recibió con un nuevo abrazo, más fuerte aún.

—Tiene sueño profundo. Ni un cañonazo la despierta. ¿Cómo ha podido oír algo desde la iglesia? Hay más de cincuenta pasos.

—Una pesadilla me ha despertado. —Seguía apretada contra la espalda de la muchacha—. Ahora no me vendrá el sueño. ¿Sabes qué estoy pensando?

—Dígame. —Virginia frotaba los brazos de la monja.

—Pienso... que tengo un dolor tremendo en la espalda. ¿Sería mucho castigo que me masajearas un poquito? Eso me ayudará a dormir.

Antes de acabar su solicitud, Emilia ya se había dado la vuelta. La chica se frotó las manos para calentarlas y comenzó a masajear la zona dorsal. Por instinto Emilia le acercó los pies.

—¡Eso sí que no! —explotó Virginia.

—¿Qué ocurre?

—¿Encima los pies? Un masaje de acuerdo, pero meterme esas barras de hielo entre las piernas sí que no.

Sus risas salieron de la celda, escurriéndose por la galería, el claustro y llegando hasta la iglesia, donde una sombra las escuchaba cerrando los puños.

—Virginia.

—¿Sí?

—¿Estás despierta?

—No me diga que quiere rezar más.

—Sería buena idea. Hay cosas por las que mostrarle a Él mi gratitud. No me avisó de que enviaría un ángel.

La chica detuvo el masaje.

—No soy un ángel.

—Sí que lo eres. —Hubo un silencio—. Perdóname. Pegarte estuvo mal. No tienes culpa de ser comunista. Lo solucionaremos con el tiempo, ya verás.
¿Virginia?

—¿Qué? —dijo con voz ahogada.

—No te duermas.

—En eso consiste cuando una se mete en la cama.

—Cuéntame algo. Todavía es temprano.

—No me va a dejar dormir, ¿verdad?

—Cuéntame una historia de las tuyas.

—¿Cuál quiere?

—La oveja del rayo. Cuéntame esa.

—No, por favor. Se la conté ayer.

—Pero es muy bonita. Cuéntame... No sé. Por aquí hay muchas leyendas.

—Escogeré yo. Voy a contar La leyenda del judío errante.

—Uh, no me entusiasma demasiado.

—Me da igual, se la voy a contar de todos modos.

Emilia atusó su trozo de almohada, ahuecándolo como a ella le gustaba.

—Puedes empezar —dijo cerrando los ojos.

—Allá voy.

Preste atención, caminante,
a esta historia que es leyenda.

Quizá con ello aprenda
La leyenda del judío errante.
Un artesano traicionero
que insultó a Dios Rey
y a su hijo, no es de ley,
allá por el año cero.

La historia era larga. Una sucesión de redondillas mal escritas pero gustosas al oído de la religiosa. Tal era así que, antes de llegar a la mitad, estaba roncando. Al despertar recordaba solo una parte, un judío que en el monte calvario no quiso dar agua a Jesús, de forma que Dios lo condenó a ser inmortal y vagar por la Tierra hasta el fin de la humanidad.

—Me quedé dormida —le dijo al despertar—. ¿Cómo acaba la historia?

—Yo también me quedé dormida con sus ronquidos. ¿Cómo acaba? Bueno, le recito las últimas estrofas.

Este libro con apego
a buen cobijo guarda,
inmune a viento y agua,
ni prende con el fuego.
Todos lo buscan sin discusión
para obtener su poder,
por ello se ha de esconder
hasta llegar el Armagedón.
Su refugio es El Salvador.
Nadie perturbe su descanso
pues allí encontró un remanso
lleno de paz, liberador.
Ya conoce, caminante,
Esta historia que es leyenda.
Quizá con ello aprenda
la leyenda del Judío Errante

—Y eso es todo —concluyó Virginia—. Una razón más por la que nadie sube a El Salvador.

—¿Pero es que el judío ese vive aquí? —Emilia se levantó de la cama asustada.

—Son leyendas, hermana. Cuentos de vieja a la luz de una hoguera.

—Niña, no me hables de hogueras. —Era lo que faltaba para terminar de

angustiarla.

—Iba a recitarle la historia entera, pero lo dejaremos para otra ocasión. O para nunca. Ahora —Virginia se incorporó, desperezándose—, a preparar el desayuno. Manuel debe estar al caer. —Se escucharon unos golpes en la puerta principal—. ¿Qué le dije? Ahí está.

—¡Espera! ¿Dónde está mi hábito?

—Aquí lo tiene.

Virginia hizo unos movimientos con las manos. Al mostrarlas de nuevo, el hábito estaba sobre ellas.

—¿Cómo lo has hecho? —Parecía un truco mágico—. Tenías las manos vacías. ¿Dónde estaba?

—Vamos, vístase. Tengo que abrirle a Manuel.

La chica desapareció, recorriendo la galería del claustro. Por alguna razón, los versos de la historia volvieron a su cabeza mientras se colocaba la ropa.

«Un libro con apego a cobijo guarda —recordó—. Algo parecido, creo. ¿Qué libro será? Su refugio es El Salvador. Eso lo recuerdo bien. Como sigamos así esto va a parecer la plaza Mayor de Huesca en plena fiesta».

La puerta de la celda se abrió violentamente.

—¡Hermana Emilia! ¡No es Manuel!

—¿Quién es?

La muchacha temblaba.

—¿Qué te ocurre, criatura?

Un líquido amarillento chorreaba por sus piernas. Virginia se había orinado encima.

ENCUENTROS

Virginia seguía temblando apoyada contra la puerta de la celda. Volvieron a sonar golpes, insistentes y poderosos.

—Hermana —pudo entenderle entre balbuceos—. Son guardias civiles.

—¿Qué temes niña? —Recordó la imagen de la chica la primera vez que la vio, llena de suciedad y hambrienta—. Iré a ver.

—Madre, por favor —dijo agarrándola del brazo.

—Espera aquí. No salgas.

La Guardia Civil buscaba comunistas huidos por cada porción de España. Ese año los maquis, guerrilleros republicanos acuartelados entre montañas y vaguadas secretas, habían realizado varios intentos de asesinato al general Franco y asaltos a trenes de mercancías. Los guardias civiles eran el principal objetivo de los guerrilleros, cayendo como moscas en las zonas rurales, así que todas las comandancias estaban alerta. Aquella era una batida rutinaria, pensaba Emilia. Pero su niña era una roja. Algo crujió en su corazón.

Abrió la puerta.

—Buenos días hermana —dijo un guardia civil quitándose el tricornio—. Perdone que la moleste. Queríamos saber si se encontraba bien.

El que parecía tener mayor rango apartó a su compañero, bajando el fusil del hombro.

—Buenas, soy el cabo Carranco de la comandancia de Sallent de Gállego. ¿Ha visto algún rojo?

El cabo no se andaba por las ramas.

—¿Yo? —Que Dios la perdonase—. Ninguno.

Mentía. Estaba mintiendo a unos guardias civiles.

«¿Por qué lo hago? ¿Por una roja comunista? No. Les miento por mi niña. Dios me la envió. Nadie me la arrebatará salvo Él. Yo la instruiré, haré de ella una persona honrada. Iros de aquí, por favor».

—¿Le importa si echamos un vistazo? —dijo el cabo asomando su hocico dentro de la iglesia.

—¿No se fía de mí?

—No me fío ni de mi madre, si me permite la expresión. Va a ser poco rato.

—Vamos, cabo —reprochó Emilia—. ¿Cree que una religiosa escondería a una roja en su iglesia?

—Cosas peores he visto, hasta curas con fusil en una trinchera republicana. Con eso se lo digo todo.

—¿Dónde vamos a ir a parar?

—Con permiso.

Entraron. Emilia fijó la mirada en sus fusiles. El cabo lo portaba con una sola mano, como si fuera una rama que le ayudara a caminar.

—¿Y dice usted que vive aquí? —preguntó el cabo Carranco.

—Sí.

—Hemos hablado con Manuel. ¿Cómo puede vivir sola? Ya es capricho, sí señor.

—Mi cabo —dijo el otro guardia civil—. Aquí no hay nadie. ¿Por qué no nos vamos?

—¿Qué prisa tienes, coño? —Carranco llegó hasta la diminuta sacristía curioseando en su interior—. Veamos las habitaciones.

La sangre de Emilia comenzó a acelerarse. Los hombres no le prestaban la menor atención, caminando delante de ella hasta la galería de celdas.

«Conocen el monasterio. No es la primera vez que están aquí. Virginia, por favor, escóndete bien».

De camino a las celdas intentó fabricar una excusa convincente para cuando la encontraran.

—Aquí tampoco hay nadie, mi cabo. ¿Nos vamos ya?

—Uy, uy, que huelo a cagarrón.

—El zurullo entero voy a soltar. Vámonos, mi cabo. No quiero ser un muerto más de la leyenda esa.

—Déjate de leyendas ni hostias.

—¿No sabe lo que dicen ahí abajo? Con el judío errante no se juega, y usted parece que quiere jugar al tute con él.

—Me meo en el judío —dijo Carranco encendiéndose un cigarrillo.

Emilia miró la cerilla arder, aproximarse al pitillo y prenderlo con lentitud al ritmo de las caladas.

«Fuego purificador, ruega por nosotros. —La letanía del fuego volvía otra vez—. Fuego que todo limpias, ruega por nosotros».

El guardia civil corrió hasta su superior y le dijo algo al oído. Los dos miraron a la religiosa. Carranco tomó el cigarro de su boca y lo tiró al suelo, aplastándolo.

—La cocina y nos vamos —concluyó el cabo.

Su compañero respondió con una espiración resignada.

«No la han encontrado. ¿Dónde te has escondido, niña? Eres una brujilla».

Cuando llegó a la cocina encontró a los hombres sirviéndose un trozo de salchichón dentro de un cántaro de pan.

—El hambre que aprieta —dijo el cabo dando un mordisco—. No se muere usted de hambre, no señora. ¿Le importa que cojamos alguna cosa para el camino de vuelta?

La pregunta sonaba a pregunta, pero no lo era. Comenzaron a saquear la alacena sin pudor, vaciando una repisa completa dentro de un morral.

—Adelante, sírvanse a gusto.

—Pues por aquí hemos terminado —dijo Carranco acabando de engullir su desayuno—. Hasta la próxima.

—Dios quiera que sea pronto —mintió.

—Claro que sí, hermana. Vendremos de vez en cuando para ver si sigue bien.

«No me cabe duda».

—Salimos por aquí.

Abrieron la puerta de la cocina para llegar al exterior y se alejaron con sus fusiles al hombro. Emilia los miraba con el corazón intentando regresar al pecho.

«¿Saber si me encontraba bien? Estos han venido al monasterio para llenarse la panza como cerdos ladrones».

Confiaba en que las visitas de los guardias civiles no se repitieran a menudo o la alacena moriría pronto.

Lo importante era su niña. Recordarla orinándose encima le partía el alma.

«Un momento. ¿Dónde está mi niña?»

—¡Virginia! —Hubo un silencio—. ¡Estoy en la cocina! ¡No temas nada, cariño!

Escuchó un chirrido suave, como el de una puerta abriéndose. Una puerta muy pequeña. Sonaba cerca, tan cerca que la hoja topó contra sus piernas revelando a una criatura agazapada tras ella. Allí estaba Virginia, incrustada de un modo imposible bajo la encimera. Como un pulpo entre las rocas, la chica extrajo una pierna, luego un hombro. Llevaba en la mano algo parecido a un subfusil negro. Mirándolo de cerca cayó en su error.

—¿Qué haces con eso?

—Hermana, por favor. No podía permitir que se llevaran la morcilla. Es la única que tenemos.

—Ven aquí, diablo escurridizo. —La abrazó durante un largo rato—. Creía que te perdía.

—Seguiremos juntas. No podrán cambiar eso.

—Nunca. —Emilia lloraba sobre su hombro con los ojos cerrados—. Basta de secretos. Me lo vas a contar todo.

La muchacha la miró desconcertada.

—¿Por qué subiste hasta aquí? —continuó—. ¿Te busca la Guardia Civil? ¿Qué temes tanto de ellos? Por favor, quiero saberlo todo de ti. Puedes confiármelo. Es el camino para llegar a Cristo. Considera que puedo ser tu alma confesora. Vamos, hija mía. Deja que Emilia entre en tu vida.

—Sí, hermana.

—Emilia. Soy Emilia para ti.

—Se me hace extraño, pero lo voy a intentar. Emilia.

—Vamos, siéntate y cuéntame cosas.

—Me gustaría, pero no puedo.

—¿Cómo que no puedes? Afloja esa lengua ahora mismo, niña caprichosa.

—Uf. —La chica enrojeció como un tomate—. No puedo porque me he orinado.

—No te avergüences.

—Emilia —cortó la muchacha— Tengo que cambiarme de bragas. ¿Le parece bien?

Durmieron juntas desde entonces. Le recordaba el tiempo pasado en San Clemente, al lado de su compañera Asunción. La chica la sustituyó a la perfección haciendo que el recuerdo placentero de aquellos días se fuera diluyendo en su memoria para hacer hueco a los masajes nocturnos de Virginia. Se levantaba con una sonrisa en la boca, consciente de que no existía más preocupación que el frío horrendo. Con el fin del invierno, nada empañaría su felicidad. Allí, en el último lugar donde esperaba hallarla.

Virginia era una conversadora formidable. Tenía memoria prodigiosa, departamentada en diminutos cajones de los que emergía una pequeña historia con la que terminar de conciliar el sueño. Le encantaba la de «El oso de Cueva Lagartija» y, más aún, el cuento de La oveja del rayo, que le pedía recitar a Virginia de vez en cuando. La chica decía que ese cuento era cierto y la historia que contenía la razón por la que se construyó El Salvador.

—Me extraña un monasterio en un lugar tan inaccesible —confesó Emilia—, con su claustro y celdas. Sería imponente verlo cuando estaba habitado.

Menos gracia le hacía la historia del judío errante. Los versos finales de la leyenda le daban escalofríos:

Su refugio es El Salvador.

Nadie perturbe su descanso.

Virginia insistía en que esa leyenda también era cierta. Pensar en eso le aterraba, que en algún lugar del monasterio habitara un ser inmortal lleno de rencor a la humanidad. Según el poema, iba acompañado de un libro mágico, un libro indestructible que guardaba como si fuera su propio corazón. Muchos habían intentado arrebatárselo durante siglos para conseguir algo que albergaba dentro.

—Todos lo buscan sin discusión para obtener su poder —recordó—, por ello se ha de esconder hasta llegar el Armagedón.

Dormía arrebujada contra el cuerpo de Virginia y era raro que despertara en mitad de la noche, pero si lo hacía intentaba afinar el oído para escuchar los pasos del judío caminando por El Salvador. Ni agua bebía por la noche para no salir a orinar.

—¿No puedes hacerlo en una palangana? —le decía la muchacha.

—No lo entenderías. Tengo fobia a orinar bajo techo. Siempre lo hago al aire libre, de lo contrario me asfixio. Si quisieras mi muerte, con obligarme a orinar dentro tendrías suficiente.

La ponía furiosa pensar que le dieran ganas de hacerlo estando en la cama tan calentita.

—Un día de estos saldremos al pasillo y nos encontraremos al judío haciéndose unas tostadas con tomate, ya verás.

—Hermana, eso me recuerda a El fantasma de Canterville.

—¿Qué es eso, niña?

—Un cuento muy conocido, de Oscar Wilde. Mi padre me lo leyó de chica varias veces.

—¿Qué clase de padre puede leer historias de miedo a una niña? Estos rojos.

—No. El fantasma de Canterville no es un cuento de terror. Es muy gracioso. Apalean al fantasma, le colocan trampas para que tropiece por la noche. Arrastra una cadena que chirría y le ofrecen lubricante para que no haga tanto ruido. Ese pasaje es mi preferido. Podrías hacer lo mismo con el judío y, si lo encuentras, preguntarle qué carajo hay dentro de ese libro suyo.

—Niña, esa lengua.

Emilia fantaseaba a menudo con la idea. En su mente iba cubierto por una túnica color marrón, capucha sobre la cabeza y un odio caníbal a todo lo que oliera a incienso. No imaginaba un don más vengativo que el del judío errante, sin poder saciar el hambre ni la sed. Resultaba macabro, demasiado cruel para ser obra de Dios.

Lo lógico es que viviera dentro de un pozo oscuro con acceso desde un rincón

secreto de El Salvador. En el fondo de esa oscuridad habría instalado su morada, como un ratón horada la tierra para hacer su madriguera. Allí esperaría, muy quieto, viendo eras de tiempo pasar hasta que llegara su redención el día del Juicio Final.

Mejor no molestar a ese ser, pensaba. Fuera real o no.

Durante varias semanas intentaron conferir orden a la pequeña iglesia que daba la bienvenida al visitante. Pese a estar unida al resto del monasterio por varios lienzos de muro, daba la sensación de ser un edificio independiente, incluso en su estilo arquitectónico, más cercano al románico que al modernista del resto de la construcción.

En un montículo del exterior fueron depositando los objetos inservibles hasta acumular una montaña de madera podrida y excrementos de toda naturaleza, incluso heces humanas. Lo que más le llamó la atención fue la cantidad de libros deshechos que encontraron desparramados por el suelo. Todos fueron a la montaña de escombros, que iba creciendo a un ritmo acelerado. Viéndola elevarse frente a sí, no creía posible que fuera obra de ellas dos.

A veces descubría a Virginia hurgando entre la basura. La recriminaba, pero la chica se compadecía de un libro o dos. Los limpiaba con delicadeza y volvía a colocarlos en una estantería.

—Sé que están estropeados —confesaba Virginia acariciando sus lomos—. Pero me da pena tirarlos. Con una cubierta nueva quedarían preciosos.

—*Vida y obra de todos los santos* —leyó Emilia en el costado de uno—. Muy apropiado. A ver ese otro. *La herencia envenenada*. Hum. ¿Y ese? *Los elogios de la virtud*. Verás tú si no me va a picar la curiosidad. Es lo que te decía, es mejor desechar los estropeados sin reparar en ellos o al final no tiraremos ninguno. Si necesitas instrucción yo misma puedo dártela. De algún modo habrá que corregir las musarañas que te enseñó tu padre, digo yo. —Un rayo de energía cruzó su cerebro—. ¿Cuánto hace que te visita el nuncio?

—¿Que me visita el qué?

—El nuncio, niña. El nuncio. —Virginia seguía sin entender—. ¿Desde cuándo tienes la regla?

—Ah, se refiere a eso.

—Ves, moza, como sí precisas instrucción. A mí me necesitas y no tantos libros que llenan de paja la cabeza. ¿Cuánto tiempo hace que eres mujer? Un año. ¿Dos?

—Cinco.

—¿Cinco? Hija mía. Estos espárragos de ahora cómo crecen. Ven aquí. — Tomó a Virginia de las manos y la llevó hasta un banco de piedra pómez—. Aún tienes tu regalo de doncella, ¿verdad?

—¿Mi regalo de doncella?

—Sí.

—Pues no sé si lo tengo.

—Vamos, niña, con las gracias. ¿Lo tienes o no lo tienes?

—Es que no sé lo que es.

—Demonios, es tu virgo. ¿No te han enseñado eso? Tu virginidad es un regalo. Un regalo precioso que la mujer decente guarda como si fuera una joya en el interior de su cuerpo. Cuando Dios te una a un hombre en Santo Matrimonio tú le darás la llave de esa joya. Solo en la noche de bodas él disfrutará de tu regalo de doncella, el más lindo que una mujer puede darle a un hombre. También están los hijos, claro está. Pero el regalo de doncella solo se puede entregar una vez.

—Es muy bonito eso que cuenta.

—Pues más bonito es tenerlo guardado.

—¿Usted lo tiene aún?

—Vaya preguntas —dijo azorada—. Niña, que tengo casi cincuenta años.

—No me diga que ya lo ha regalado.

—A ver si crees que siempre he sido monja.

—Pero usted nunca ha estado casada.

—No por falta de pretendientes.

—A quién se lo dio, cuénteme.

Emilia tomó *Vida y obra de todos los santos* y lo puso sobre el regazo de la chica.

—Toma este libro y empápatelo bien, que es lo que tienes que hacer.

La religiosa se incorporó con prisa y marchó a cavar un rato en el huerto. Pasados unos minutos escuchó un ruido ronco. Virginia miraba en dirección al camino con sus enormes ojos redondos color crema. La carga de madera podrida que llevaba en las manos se había caído al suelo.

—Madre. —Le costaba articular las palabras—. ¡Vuelven otra vez!

En la vereda distinguió la silueta de los dos guardias civiles acercándose al puente que cruzaba el arroyo.

—¡Corre, niña! ¡Escóndete!

Le tocaba a cada una interpretar su papel.

No habían vuelto a aparecer por allí desde su primera visita. Segura de que Virginia estaría ya oculta, entró en la iglesia y rezó frente al altar, donde habían colocado la estatua del arcángel Miguel, siempre amenazador.

—Sé que las mentiras no gustan en el Cielo, pero Él las perdonará cuando me lleve.

Los primeros golpes en la puerta empezaron a sonar. Pom, pom. ¡Pom, pom!

—¿Quién llama a la casa de Dios? —dijo mientras abría.

Frente a ella encontró a dos hombres vestidos con traje y abrigo. Llevaban la cabeza cubierta con un sombrero.

—Cierre, cierre —dijo uno de ellos mientras penetraban en el edificio—. Sé que es una descortesía entrar de este modo y sin presentaciones, pero el frío dispensa mi descaro.

Se descubrieron, mirándose entre ellos de forma cómplice. Sus ropas estaban agujereadas por varias zonas. Emilia se asustó al ver las terribles magulladuras que tenían. Un hilo de sangre le corría por la sien al primero. Su cara parecía una cesta de berenjenas. Emilia estaba segura de que no eran guardias civiles.

—Ahora, sí —continuó el desconocido limpiándose la sangre con un pañuelo—. Tengo que presentarme. Soy Daniel Sorolla. Y este es mi compañero, Bruno Casteldolfo.

SEGUNDA PARTE

En campaña. 3 de marzo de 1937

Querido padre:

Le escribo después de un largo periodo de convalecencia en el hospital. No se asuste, estoy más recuperado. Parece que el Señor quiere mantenerme aquí abajo un poquito más. Esto me confirma que hasta el último de nosotros tiene firmado un volante para el cielo que solo precisa firma y sello. A veces ni eso.

Me gustaría contarle la forma heroica en la que he sido herido, pero no puedo mentirle. De heroica nada de nada.

Íbamos caminando, cuando vimos un conejo atravesar la carretera. Con el hambre que se llega a pasar el conejo nos pareció un cordero lechal asadito con ajos y relleno de zorzales. Así fue como más de veinte fuimos corriendo tras él. También a mí se me nubló la mente, qué quiere que le diga, padre; y no veía más que el conejo ensartado en un palo dando vueltas sobre una candela. Total, que todo el convoy de milicianos se deshizo como al pisar un hormiguero, corriendo por el campo para atrapar al bicho. Ya sabe lo bien que se me da lo de correr (la de carreras que habremos ganado Marcelo y yo en el seminario), así que un minuto más tarde me encontraba en mitad de una vaguada con el conejo escondido tras un matojo. Ahí fue cuando me tiré a por él.

Recuerdo haberlo cogido por las patas pero no mucho más. Me han contado que aterricé sobre un obús sin detonar que habían lanzado dos días antes. Es hasta cómico, porque el obús era nuestro, aunque ese día no me pareció tan gracioso.

Tres meses he estado en cama sin poder levantarme, con las dos piernas rotas y media cara adormecida. Si me toco alrededor de la oreja izquierda noto trozos de metralla incrustada bajo una costra del tamaño de una mano. Creo que parte se quedará conmigo el resto de la vida, dure esta lo que dure.

La enfermera me dice que cuando me encontró sobre la cama del hospital llevaba dos patas de conejo, una en cada mano. Del resto del animal nada se sabe. Ande, ría un poco, que a todos nos viene bien echarnos unas risas de vez en cuando.

Hay tantas cosas de las que quiero hablarle. ¡Si es que llevamos tres meses sin saber uno de otro, padre! ¡Tres meses! ¡Cómo pasan los días!

He cambiado tanto en este tiempo... A veces me miro en el espejo y creo no reconocirme. Qué verde estaba, tan inexperto en la vida como en la muerte. Ahora comienzo a conocer algo de la primera y demasiado de la segunda. En fin, pasemos a cosas más agradables.

La convalecencia en el hospital da mucho tiempo para pensar, y la verdad es que suelo fantasear con muchas cosas. Para empezar no hay día que no clave la vista en el techo, sobre todo cuando me están haciendo las curas, e intento dejar libre la mente. ¿Recuerda esos ejercicios de relajación que usted nos enseñaba? Cómo echo de menos esa tranquilidad. Pues lo que decía, clavo la mirada en los desconchones del techo y me imagino que la guerra ha acabado. También me imagino montado en una bicicleta y yendo a un pueblo perdido en los montes aragoneses para impartir la eucaristía. ¿Qué le parece? No sería una mala vida. Rezo cada noche para que el destino haga de mí el hombre que veo dibujado en esos sueños.

Por favor, que esta guerra no me aparte del verdadero camino de Dios, un camino claro y firme. Quiero a esos vecinos abriéndome las puertas de sus casas. Quiero la complicidad en sus rostros y el suave alivio al contarme sus pesares. Estoy seguro de que me tomarían cariño pronto y no serían pocos los que me invitasen a tomar una buena taza de café mientras me confiesan sus desdichas, o sus alegrías. ¿Por qué no? Permíteme, Señor, que entren en mi vida.

Tengo que dejarle porque van a hacerme una cura. Un saludo, padre. Si puedo, mañana mismo volveré a escribirle.

¡Victoria para la Patria Verdadera!

UNA TAZA DE CAFÉ

La interminable escalera serpenteaba acanalada en la montaña. La casita de madera de Rodrigo se veía al final del camino. Dejó la caja de provisiones que portaba sobre un rellano para recuperar el aliento. Subir desde el pueblo suponía un enorme esfuerzo que Rodrigo repetía cuatro veces diarias. Contemplar el lago desde esa altura, con el suave arrullo de la cascada cercana, era miel de dioses para sus ojos. El frío intenso, lejos de empañar el espectáculo, lo adornaba con una capa de algodón blanco sobre los tejados de Hallstatt. Un poco más tarde, a eso de las doce de la mañana, encendería la chimenea del salón enfundándose las zapatillas y cubriéndose las piernas con su manta preferida. Sin embargo, sentía una quemazón en el estómago que alimentaba un humor de vino agriado.

Los servicios religiosos del último mes le obligaron a una inusual actividad. Cinco minutos antes de que su *alter ego*, el afable Pete Augband, comenzase la eucaristía, el templo ya estaba a rebosar. La evolución había sido tranquila los primeros días a medida que el cacareo visitaba las primeras casas. Ese chismorreo relacionaba al padre Pete con un extranjero venido de Roma acusándolo de todo tipo de ignominias.

—Sí, sí, Martina Kloguer y otras tres vecinas han sido testigos —decía el rumor.

El asunto aceleró, llenando la iglesia en las misas de tarde y poco después todas las demás. Su tranquilo retiro en Hallstatt estaba mortalmente fracturado.

«Que el judío errante se lleve a ese hijo de puta —recordaba haber escrito a su compañero».

—Nadie hará que abandone este pueblo —se dijo—. Mucho menos un fascista español. Tiene lo que quería. Se llevó el oro así que nada más le interesa de Hallstatt. La gente olvidará. Siempre olvidan. Cuando pasen unas semanas regresarán a su rutina y Pete Augband será el párroco callado e invisible que siempre fue. Rodrigo seguirá muerto para todos, oculto dentro de mí. Así debe ser.

Recogió la caja del suelo y continuó la marcha. Un ratón asomado dentro de

un zapato descosido lo recibió junto a la esterilla de entrada. Le encantaba esa figura de porcelana, sobre todo por los bigotes del ratón y los cordones del zapato. De su interior lleno de tierra negra surgía un espléndido tallo de tulipán amarillo. Se limpió los pies sobre la esterilla de cerdas vegetales y entró tras leer el WILLKOMMEN impreso en ella.

¿En qué otra parte del mundo podía dejar la casa abierta sin temer un robo? Recordó las historias que algunos vecinos de Hallstatt le contaban al regresar de la ciudad. Costumbres como la de dejar las botellas de leche vacías con el dinero encima para el repartidor habían sido eliminadas por necesidad. Los inmigrantes que ahora llenaban las fábricas no tardaron en descubrir los pequeños alijos, desapareciendo el dinero y la leche con la misma rapidez que los trenes descargaban en las estaciones. Afortunadamente Hallstatt permanecía inmune.

Muchos de esos extranjeros eran españoles como él, huidizos de un régimen esclavista que los estrujaba. No había nada que le produjera mayor tristeza que pensar en su querida España. No en la actual, repleta como estaba de lombrices fascistas alojadas en sus tripas; sino la España republicana de bandera tricolor, su adorada España muerta.

Dejó la caja sobre un aparador de la casa y comenzó por abrir las persianas. El invierno austríaco quería sol. Subió la primera de un tirón, bañando el salón con una luz débil con motas blanquecinas.

—Buenos días, padre Pete —dijo alguien desde un rincón.

Al volverse había un hombre sentado en su silla favorita, cubierto por su manta de cuadros y sus zapatillas puestas. Era el Cazador.

Una ola de furia lo invadió, evolucionó a sospecha y terminó mutando a terror. Ordenó a sus músculos correr hacia la puerta de salida, pero no la encontró. En su lugar había otro hombre, enorme y musculoso que la tapaba por completo. Detrás del monstruo estaba la vía de escape. Rodrigo se derrumbó sobre la silla más cercana y, aunque era ateo, rezó un padrenuestro.

—¿Qué le dije, padre? —continuó el Cazador—. «Nunca vuelva a oficiar un servicio religioso».

En su rincón, Daniel tomaba un sorbo de café. El vapor subía desde la taza y flotaba embadurnando el aire de un aroma amargo.

«Encima se está tomando mi café de los domingos».

Sobre una mesa descubrió la caja de latón abierta con su café preferido asomando en ella. El tipo se había propuesto arrebatarse todo lo que era de su propiedad. Temió que el siguiente paso fuera quitarle la vida.

—Se lo advertí, Rodrigo. —El Cazador se entornó hacia su compañero—. Bruno, por favor. ¿Eres tan amable de abrirle las tripas a este señor? Intenta que no grite. Odio los gritos cuando tomo café.

El forzudo asintió, mostrando un cuchillo. La hoja brilló al contacto con los rayos de luz.

—¡Haré lo que queráis! —balbució Rodrigo—. ¡Lo que queráis! ¡Por favor, no me matéis!

—¿Tienes más cráneos de oro? —dijo lacónico el Cazador sin apartar la mirada de la taza.

—No.

—Eso pensaba. Rapidito, Bruno. No tenemos todo el día.

El verdugo lo tomó del cuello, levantándolo de su asiento. Cargó la mano con el cuchillo y se dispuso a hundirlo en las vísceras del falso sacerdote.

—Espera un segundo —interrumpió el Cazador.

El hombre musculoso miró a Rodrigo con ansia frustrada. Se le había caído la bola de helado antes de darle el primer lametón. Se apartó y volvió a su lugar junto a la puerta. Pensó en pedir auxilio, mirando por la ventana sobre los tejados cubiertos de nieve. Ahora no parecía un encantador pueblo de montaña sino un silencioso cementerio transilvano.

—Es posible que le parezca ridículo. —El cazador se incorporó, dejando la taza vacía sobre una pequeña mesa auxiliar—. En su preciosa carta hablaba de un tal «judío errante». A ver si lo recuerdo bien. «Que el judío errante se lleve a ese hijo de puta». Muy poético, ¿verdad? —Se descalzó las zapatillas y se puso sus relucientes zapatos negros—. ¿Qué significa?

Rodrigo miraba a través de la luz blanca con la silueta del Cazador avanzando hacia él.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—El judío errante. —Su oponente se detuvo—. ¿Qué es?

—¿El judío errante?

—Sí.

—Una leyenda cristiana, supongo. No entiendo.

—Pues es bien sencillo. ¿Por qué escribió eso?

El Cazador metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un pliego de papel ahuesado. Una carta. Su carta.

«¿Hasta dónde llegan los hilos de este hombre?»

Muy lejos, comprobó. Pero su paciencia podía ser otra cosa. Necesitaba darle lo que pedía por muy estúpido que pareciera.

—Es una expresión —confesó—. Como... «así revientes cabrón de mierda» ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Es un dicho aragonés. Por eso no la habrá escuchado.

—Casualmente nací en Aragón, en un pueblo de Teruel para ser más

concreto, y jamás la he escuchado.

El hombre gigante descruzó los brazos. El cuchillo seguía en su mano, oscilante.

—Un momento, déjeme pensar. —La cabeza comenzaba a darle vueltas. Necesitaba centrarse—. Tuve un compañero durante la guerra. Los dos combatimos en el frente del Ebro. Él procedía de Huesca, de un pueblo cerca de la frontera con Francia.

—Abrevia Rodrigo, abrevia. Mi amigo del cuchillo se impacienta.

—Siempre decía eso. «Que el judío errante te lleve». Era una muletilla para todo. Si te llevabas su vino, le quitabas una mujer o hacía mal tiempo. Siempre lo decía. «Que el judío errante te lleve».

Daniel lo miraba como un taladro que agujereara su cráneo.

—¿No estarás mintiendo?

—No. Lo juro. En la carta menciono a ese compañero y me pareció un buen modo de acabarla haciendo referencia a su frase. Puede comprobarlo si la vuelve a leer.

—Ya lo he hecho. —Los dedos del Cazador frotaban la superficie de la carta—. ¿Cómo se llama ese amigo de Huesca?

—Atanasio.

—¿Dónde está Atanasio?

Prefirió decir la verdad.

—Bajo tierra. Lo fusilaron después de la guerra.

El Cazador inclinó la cabeza y se apartó hasta un rincón. Luego miró a su compañero. Rodrigo sospechó la próxima orden. Matarlo. Pero en lugar de eso comenzó a preparar otra taza de café en la cocina.

—Ese amigo tuyo, Atanasio —dijo el cazador abriendo la cafetera—. ¿De dónde era exactamente?

—De un pueblo de Huesca.

—Un pueblo llamado...

Con un gesto, invitaba a Rodrigo a concluir la frase mientras terminaba de preparar la bebida.

—Lanuza. Era de Lanuza.

GUÍA DE SUPERVIVENCIA DEL BUEN LADRÓN

Un moro espiando jenízaros para el capitán de la taifa corsaria. Ese era Ahmed.

Llevaba dos días observándolos y apenas había avanzado. Tenía que ser más osado si quería extraer información con carne decente.

«Parece el argumento de una historia de aventuras en un libro polvoriento. Como aquellas que papá me contaba al pie de la cama».

La preferida de Ahmed era la Historia prodigiosa de la ciudad de bronce, aunque su padre disfrutaba más con Sindbad el Marino. El mar, siempre el mar, cruzarlo en un gran barco, el mayor de todos; ese era el sueño del humilde zapatero, viajar a bordo del mayor barco del mundo y vivir en él mil y una aventuras, como Sindbad El Marino.

El libro que Ahmed tenía en mente era más vulgar, pero práctico, escrito en su cabeza con cada moneda arrebatada a su dueño.

«Capítulo I de la Guía de Supervivencia del Buen Ladrón: conoce tu objetivo».

Tenía que acercarse al grupo de jenízaros, examinar sus hábitos, jerarquías, gustos. Ahmed era un intruso en la nave, bereber por añadidura y eso dificultaba la aplicación de las habilidades de ratero expuestas en el inicio de la Guía. Necesitaba avanzar un poco las páginas y recurrir al Capítulo II: busca una coartada.

—Traigo la ración —dijo Ahmed a un jenízaro barbudo de pelo castaño—. Garbanzos y un cuarto de quintal de bizcocho.

Ahmed no se acostumbraba a ver hombres de aspecto exótico como auténticos musulmanes. Ojos marrones, azules y verdes. Piel casi negra unas veces, clara como la leche otras. Cabellos castaños, rubios, lisos o rizados. El imperio del sultán abarcaba un extenso abanico de naciones cristianas a las que arrancar bebés para convertirlos en futuros jenízaros.

—¿Un cuarto de quintal? —replicó el hombre sopesando el bizcocho con una mano—. Tienes que traer medio quintal, moro.

Moro, había pronunciado. Asqueroso moro, pareció decir.

—No sé de cuentas, señor. Es la ración que me ha dado el despensero.

—¿Seguro que no te has guardado nada, moro? —dijo el otro jenízaro hurgándole en el interior de la ropa.

«Un «moro» más y les corto el gaznate —se prometió Ahmed».

—Son muchos días sin pisar puerto, mi señor, y no vamos sobrados de provisiones. Esta noche recalamos en Túnez y la ración volverá a ser la acostumbrada.

No esperó la réplica, iniciando el regreso a lo largo de la panza del barco.

La bodega se dividía en dos zonas: a popa estaban los dominios de Kar, la despensa; a proa, un silo de armamento, convertido en reino jenízaro. Entre ambos se extendía una amplia zona de almacén que servía durante la noche de colchón para los remeros. Los jenízaros se habían adueñado del silo nada más embarcar, siendo custodiado permanentemente por dos de ellos, apostados en su entrada.

—Procura traer la ración completa la próxima vez —chilló uno de ellos mientras Ahmed se alejaba—. O tendrás que darnos la tuya.

Dos veces al día visitaba al *rais* en su lujosa carroza de popa para informar de los avances. Los labios de Yakub se frotaron frenéticos entre sí.

—De los siete, dos de ellos están siempre junto a la puerta de entrada a la armería. El resto deambulan por el barco.

—Más, dime más —reclamaba Yakub moviendo la mandíbula como si masticara.

—Hacen tres turnos de guardia, relevándose por la mañana temprano, cuando el sol está en lo más alto y al anochecer. Dos cada turno. Seis en total.

—¿Y el séptimo?

—Solo he identificado seis caras. ¿Seguro que entraron siete jenízaros en la nave?

—¿Crees que tu *rais* no sabe contar?

—Entonces el séptimo tiene que estar dentro de la armería.

—¿En la armería?

—Sí, puede que sea el jefe, ese al que llaman judío errante.

Hizir escuchaba sin interés hasta que oyó ese nombre:

—¿Judío errante? ¿Qué es eso?

—Lo dijo uno de ellos —confesó—. Eso me ha contado Kar. Hablaban de una captura, algo de un desierto. Kar no entendió bien. Por eso me pidió que lo investigara.

—Más, quiero más —exigió ansioso Yakub.

—Ocultan algo —concluyó Ahmed.

—¿Algo? —dijo Hizir—. ¿Qué pueden ocultar?

El tesoro de La Real, estúpido renegado, hubiera querido decirle, pero se tragó la información. No obstante, necesitaba lanzarles un anzuelo convincente:

—Se alojan allí dentro.

—Ya lo sabemos.

—Deja hablar al chico —dijo Yakub—. Dime más, dime más.

—¿Por qué en la armería? Si yo fuera ellos, lo haría en la despensa. Tiene celosía para ventilarla y es un lugar más atractivo en el que detenerse. Comandando la expedición pueden ocupar el lugar que deseen. Esta carroza por ejemplo. Quieren controlar las armas, eso es evidente. —Decidió verter la ponzoña—. ¿Seguro que la misión es llevar la *Venganza del Sultán* a Constantinopla?

Los dos corsarios se miraron mientras Ahmed veía la duda corroerlos.

—Vuelve a la bodega —ordenó Yakub—. Quiero que descubras sus intenciones.

Ahmed se encaminó hacia allí, atravesando la pasarela de crujea con seguridad.

«Claro que lo voy a descubrir. Pero no te servirá para nada porque ese tesoro será para mí».

Pensaba que el infortunio lo condujo hasta la galera, pero ya no estaba seguro. Como él predijo, La Real guardaba celosamente un tesoro. Los jenizaros se habían adelantado a los torpes corsarios en el puerto, encontrando las joyas de La Real y almacenándolas en el rincón más seguro de la nave: la armería. Custodiándola allí no solo guardaban el botín para entregarlas al sultán, sino que controlaban las armas y con ellas la posibilidad de rebelión corsaria. Ellos sí que tenían a Yakub cogido por los testículos.

Ahmed solo tenía que entrar, tomar el oro y pedrería que cupiera en sus bolsillos y aguardar el desembarque. Una vez en tierra volvería a Argel para reunirse con Naid y Mamí con una historia fabulosa que contarles. Nada de ciudades de bronce ni Sindbad. Sería una historia real para narrar a la sombra de unos árboles, en una preciosa villa de su propiedad.

«Cada cosa a su tiempo, lechera. Primero el tesoro. Tengo que acceder a él. Y sé cómo hacerlo».

Bajó la escalera hasta la bodega y entró en la despensa. Kar lo estaba esperando. Podía ver, en el otro extremo de la panza del barco, a los dos jenizaros engullendo bizcocho y garbanzos como buitres hambrientos.

Al cerrar la puerta de la despensa creyó regresar al momento de su despertar, allí mismo, junto a barriles y cajas repletos de comida y chinches.

Kar manipulaba tembloroso un candil. Su cuerpo se estremecía con violentos

espasmos de grasa titilante.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Kar al oírlo entrar.

—No. Pero no tengo otro plan.

La carne de Kar se volvió a estremecer. Le parecía un elefante juguetero, poderoso y temible, pero asustadizo ante un ratón.

Pensó en contarle su plan de huida. Si Ahmed conseguía escapar con parte del botín Kar recibiría toda la furia del *rais* Yakub, como garante suyo que era.

«Es un corsario. Nadie llorará por él —se dijo para reprimir un sentimiento de culpa».

Su compañero tomó el candil y vertió un poco de aceite dentro de un recipiente de barro, prendiéndolo con un pedernal. Las llamas estallaron con dedos feroces. Luego le entregó a Ahmed el pedernal. Estaba adornado con una garra de avestruz incrustada en un extremo. Comenzaba la pantomima.

—¡Fuego! —gritó Kar—. ¡Fuego en la despensa!

Nada hace explotar mejor los instintos de un hombre que la palabra *fuego* dentro de un barco. Ahmed abrió con violencia la puerta de la despensa, simulando caer herido contra el suelo.

—¡Fuego en la despensa! —repitió Ahmed desde el suelo—. ¡Agua!

Los jenízaros dejaron caer sus platos de comida, rodando los garbanzos entre los tablones de madera. Al ver el resplandor entre rojizo y anaranjado, palidieron.

—¡Fuego! —repitieron a la vez—. ¡Traed agua!

Subieron la escalerilla hacia la cubierta saltando los peldaños de dos en dos.

«Estos tampoco son hombres de mar —descubrió—. El agua se guarda precisamente en la bodega».

Se quedó en el suelo tumbado, simulando haberse torcido un tobillo. Viendo a los jenízaros correr escalera arriba, algo le llamó la atención: sus zapatos. Era como ese mosquito que te pica en el cuello y cazas con un golpe seco, aguzando tus sentidos. Había algo en esos zapatos.

Se incorporó, corriendo hasta la puerta de la armería. Según Babá Yakub habían subido siete jenízaros a bordo. Ahmed contó cuatro antes de bajar a la bodega, sumándole dos que acababan de abandonarla. El séptimo aún estaba dentro del silo.

—¡Fuego! —Esperó si surtía efecto—. ¡Tiene que salir, mi señor!

Comprimió un oído contra la puerta de madera, pero no escuchó nada. Tiró de la puerta y penetró en el interior. La armería estaba inundada de oscuridad así que dejó una pequeña abertura. La luz tenue entraba por la rendija dibujando una cuchilla borrosa de luz.

La cámara era mayor de lo que había supuesto. Contra los costados,

firmemente sujetos, se almacenaban innumerables mosquetes, arcabuces, balas de cañón de todos los tamaños, también barriles con pólvora.

Cerca de la despensa la farsa continuaba. Kar había subido por la escalerilla, interpretando su papel con maestría:

—¡Me he quedado atascado!

El corsario estaba en la parte superior de los peldaños, con medio cuerpo en cubierta asomando por la trampilla y la otra mitad dentro de la bodega.

—¡Sacadme de aquí! —continuó—. ¡Me voy a quemar!

Desde cubierta Kar parecería un topo asomado en su madriguera. Ahmed avanzó por la armería. Al hacerlo descubrió las barras de una celda, y tras ella un bulto de color pardo.

«El cofre con las joyas».

Junto a la despensa, los gritos continuaban. Los pies de Kar salieron disparados hacia arriba como la bala de un mosquete al accionar su gatillo. Media docena de hombres lo habían izado tirando de él, mientras otra media bajaban a la bodega al verse liberada del tapón de grasa y huesos.

Ahmed cerró la puerta de la armería de golpe.

«¿Cómo voy a sacar el cofre? —pensó apoyando la espalda contra los barrotes de la celda».

El cántaro de la lechera se había roto en mil pedazos contra el suelo, salpicándolo todo. No le dio tiempo a pensar. Un escuálido brazo emergió de los barrotes y le rodeó el cuello.

—Déjame salir —balbució una voz junto a su oreja.

Sintió los huesos redondos hundiéndose en el cuello. Ahmed sujetó aquel brazo raquítico y tiró de él, ayudándose de un movimiento de torso. Creyó arrancar el miembro del prisionero, flácido mientras se recogía en el interior de su prisión.

—Sácame de aquí. No quiero arder.

Era una súplica lastimera, sin fuerza ni voluntad. Ahmed había escuchado en Argel muchas lenguas, castellano, turquesco, griego, aprendiendo a diferenciarlas; y toda suerte de acentos parloteando en lengua franca, pero el tono del prisionero, entre árabe y hebreo le era desconocido.

—No vas a arder —le confesó.

—Agua, por favor —solicitó el cautivo alargando su otro brazo—. Tengo sed.

«Es el séptimo jenízaro —adivinó Ahmed al descubrirlo vestido igual que ellos—. ¿Por qué lo han encarcelado?»

El clamor en el exterior había desaparecido, tornándose en un pastiche de risas y bufidos recriminatorios.

«Capítulo III: si te descubren, dale la vuelta a la moneda».

—¡Aquí, estoy aquí! —dijo Ahmed abriendo la puerta.

Cincuenta cabezas se volvieron hacia él. Al lado del plato de garbanzos desparramados había un cubo lleno de agua, con un cazo dentro.

«Si no puedes ocultar lo evidente —rezaba ese tercer capítulo—, hazlo más visible todavía».

—Hay un hombre encerrado —dijo cogiendo el cubo—. Por poco ardemos los dos.

Se introdujo dentro de la armería, colocando el cubo contra las rejas y entregándole el cazo al cautivo. Nunca había visto a una persona sorber agua tan rápido. Si hubiera podido sacar la cabeza entre los barrotes se habría metido dentro del cubo por completo. Ahmed lo acompañó bebiendo una generosa bocanada con sus manos. Se empapó el cogote esperando el efecto de su apuesta.

Los seis jenízaros avanzaron hacia él con grandes zancadas. En cuanto llegaron a la armería, uno con ojos azules estrelló la culata de su arcabuz contra la cabeza de Ahmed.

Fue breve. Se apagaron las luces del cerebro y su boca probó el sabor del suelo polvoriento.

RUMORES DE TABERNA

Veinticuatro horas antes de la llegada a El Salvador.

El tren traqueteaba sobre las vías apartando una fina capa de nieve. Frente a Daniel sus dos acompañantes dormían como cachorros, Bruno pegado al cristal de la ventana y Rodrigo tumbado sobre el resto del banco. Escuchó unos pasos detenerse junto a la cabina y varios golpecitos en la puerta acristalada.

—Adelante.

Un guarda fronterizo de pelo blanco y bigote exagerado empujó la manivela y penetró en el habitáculo.

—Billetes, por favor.

—Aquí tiene.

—¿Es tan amable de mostrarme su pasaporte? Los de ellos también.

—Por supuesto. Aquí tiene el mío.

El bigotudo inspeccionaba el documento con gesto torcido. Pasó un par de páginas adelante, varias atrás, vistazo a Daniel y vuelta al pasaporte.

—Es usted italiano.

—No. Mi madre era la italiana.

—Y se dirige a España.

—Allí nací.

—Con un pasaporte vaticano.

—Eso es. Mis dos compañeros también. Pertenece a una delegación consular. Concretamente a la Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén de Rodas y de Malta. Nos dirigimos a la convención internacional del Opus Dei. ¿Conoce el Opus Dei?

—Claro, claro. —El cerebro del viejo guarda estaba derritiéndose bajo su gorra—. Disfruten del resto del viaje.

El hombre le devolvió el documento y continuó, cerrando la puerta tras de sí. No era la primera vez que un guarda fronterizo pasaba de largo sobre su laberíntico estatus jurídico. Aderezado con toda la información que se le pasaba

por la cabeza terminaba fabricando un rompecabezas documental que todo empleado aduanero prefería evadir.

Pensar que en unas horas llegarían a España le aceleraba el pulso. Era el último destino que le hubiera gustado visitar y al que inexcusablemente se dirigía.

—No puedes venir conmigo, Lena —le había confesado tras el viaje desde Roma—. No quiero complicarte la vida.

—Me la complicaste el día que nos conocimos. —Lena jugueteaba con uno de sus mechones rubios—. ¿Te acuerdas? Entrando por el pasillo del consulado con tu impecable traje azul marino y esa barba perfectamente recortada. Mírate ahora. Das asco. ¿Cuánto llevas sin afeitarte? Desde luego que me necesitas.

—Lena, No. He recorrido miles de kilómetros. Unos árabes casi me matan de una paliza. Han intentado atropellarme. Me han disparado. He sido expulsado de mi organización. Ahora tengo que ir a por un republicano español y obligarlo a que me diga lo que sabe de una estúpida leyenda. Y lo peor es que si no hago nada acabaré de conserje en un museo de Pamplona. ¿Sabes dónde está Pamplona? En España, Lena, el país que me juré a mí mismo no volver a pisar. No, no me vas a acompañar. Vas a regresar a Viena y te vas a olvidar de mí.

Ella deseaba volver a abofetearlo. Pero no lo hizo. Tomó su maleta de cartón reforzado del andén y la vio alejarse entre grupos de viajeros que caminaban en todas direcciones.

El tren, como un río que ondea entre meandros y se acerca al mar salobre, lo conducía hasta su océano inmenso. Solo recuerdos amargos encontraría en él. Un océano de lápidas y fosas tirando de sus pies para hundirlo en la tierra y quedar sepultado con paladas de culpa.

Mirando a través del cristal del vagón no veía los campos nevados, con sus pinos y abetos formando un muro a lo largo de los raíles. Veía las praderas alrededor de la casa de su infancia deslizándose en suaves lomas de tierra mullida. Se vio de nuevo jugando en ellas, golpeando con un palo la rueda oxidada de una bicicleta con toquecitos que la mantenían girando sin parar hasta que la casa era apenas visible.

—¡Daniel! ¡No tan lejos! —Su madre lo llamaba desde la puerta con un bellissimo acento toscano—. ¡Hazle caso a tu mamá, Daniel!

Su preciosa madre italiana enfermó poco después y no albergaba más recuerdos de ella fuera de una cama entre toses y fiebre durante años.

Una mañana, junto a la puerta, con el viento suave haciendo danzar el pañuelo sobre su cabeza. Amaba ese recuerdo.

—Mamá está enferma, Daniel —le dijo su padre sin dejar de firmar papeles—. Ahora no eres un niño como tus amigos. Eres el hombre de la casa y te

comportarás como tal. La finca es grande y sabes que no puedo dirigirla solo. Tendrás que dejar la escuela.

—Padre, mis amigos van todos a la escuela.

—No necesitas mezclarte con esos muertos de hambre. Un maestro vendrá todas las semanas y aprenderás lo necesario para llevar la bodega. Mírame. —Su padre lo tomó por los hombros con sus manos llenas de anillos—. Serás un gran hombre. Y rico. El más importante del pueblo. Nada estará fuera de tu alcance. Ni siquiera las mujeres. Podrás tener a la que quieras. Ya lo verás.

Cinco veranos más tarde descubrió la verdad de esas palabras. El dinero del apuesto Daniel atraía tanto mujeres como aduladores disfrazados de amigos. Pero el despertar del adolescente a un mundo que quería morder a dentelladas fue a toparse con los ojos verdes de una chiquilla, solitaria en la verbena de San Isidro. En ellos nadó unas horas y creyó perderse para siempre. La tomó del talle, sintiendo el tacto de su vestido áspero. No era un vestido bonito. Tampoco era nuevo, a diferencia del de todas las demás. Hasta el lazo de su pelo parecía descolorido. No le importó. Dos días después consiguió apartarla detrás de un árbol y arrebatarse un beso. Un beso detrás de un árbol. Luego, dos besos y el lujurioso tacto caliente de su saliva. Tres besos y probó el sabor de su lengua. No quiso pasar de ahí.

—Sé lo que buscas en mí, Daniel. Una chica a la que puedas meterle mano y olvidar. Pero entonces nadie me querrá.

Daniel le apretó fuerte la mano. Bajo la bombilla pálida de la casa consistorial le prometió convertirla en su esposa antes del próximo verano.

—¿Dónde vas todas las tardes? —dijo su padre en un almuerzo.

—Con mis amigos. ¿Dónde iba a ir?

El hombre lo miraba sin probar una cucharada del delicioso cocido.

—Me han dicho que vas con esa.

—¿Quién?

—Esa. La hija del enterrador.

«Esa», escuchó escupir dentro de su cabeza.

—¿No dijiste que podía estar con quien quisiera? Pues «esa» es la que yo quiero.

Su padre se levantó de un salto y lo tomó por el cuello de la camisa.

—¡Mi hijo no estará con una cualquiera! ¿Tienes donde elegir y escoges a la hija del enterrador? No hablas en serio. —Lo soltó, cayendo sobre la silla—. Estás castigado sin salir hasta que yo diga.

Esa tarde, su madre lo hizo llamar. La encontró como siempre, tumbada en la cama con una tos débil y la piel traslúcida, llena de venas verdes.

—La tía me ha hablado de tu novia. Dice que es muy guapa.

—Papá me ha castigado. Ella creerá que no quiero verla.

—Déjame tu padre a mí —su voz sonaba sin fuerza entre toses que la asfixiaban—. Esta noche espera a que todos estemos dormidos. Mandaré a la yaya que no cierre con llave el portón del corral. Así podrás salir y regresar no más tarde de las doce.

Su madre le acarició la nuca y luego los pelillos de su incipiente barba.

—Gracias, mamá. —Le dio un beso en la mejilla—. Todo saldrá bien, ya verás. Pronto estarás recuperada y serás tú la que me deje abierto el portón.

—Claro, hijo mío.

Murió dos días más tarde.

Pasado el velatorio y tres días de duelo, su padre le ordenó ponerse la ropa de los domingos. Subieron en el Mercedes de las ocasiones especiales y llegaron a la ciudad de Teruel. Aparcó frente a los muros inmensos de un edificio de piedra ocre.

—¿Dónde vamos, padre?

Era la quincuagésima segunda vez que lo preguntaba desde que salieron de casa.

—Al seminario.

—Pero padre —la mandíbula empezó a temblarle—. Yo no quiero ser cura.

—¿Creías que podías engañarme? Así se te pasarán las ganas de hembra, niño estúpido.

Una temporada. Eso debía ser la estancia en el seminario de Teruel, una temporada que incitara al joven a volver a la cordura y olvidar los abrazos de la chica de ojos verdes. Pero su padre ignoraba que en la sangre del hijo habitaba un rencor indomable. Alimentado por las últimas noticias del pueblo, que rumoreaban de un matrimonio entre el herrero y la hija del enterrador, el rencor fue creciendo. Tras la boda, su padre fue a recogerlo al seminario, pero Daniel ya no deseaba volver. Sentía como aquellos muros lo abrazaban, protegiéndolo con un beso maternal. Un clavo quita otro clavo, pensaba. Ante la imagen de Cristo Resucitado Daniel juró convertirse en sacerdote. Sin embargo, diez meses después comenzaría la Guerra Civil de España. Allí murió el seminarista y nacería el Cazador.

Veinte horas antes de la llegada a El Salvador.

—Creo que me he quedado dormido.

Bruno estiró los brazos desperezándose. Sobre los muslos del Caballero reposaban los pies de Rodrigo. Con un empujón seco los lanzó al suelo. Rodrigo

seguía sin inmutarse, babeando sobre la cubierta aterciopelada del asiento.

—¿Aún no se ha despertado? —dijo Bruno alisándose el cuello de la camisa—. ¿Cuánto falta para llegar?

—Un buen trecho.

Por la ventana, el paisaje arbolado había dado paso a un macizo de piedra barrenada envuelto en niebla. Daniel sentía cómo cada roca que dejaba atrás iba acercándolo a su origen. Una vez en España, unos cientos de kilómetros lo separarían de su antigua casa y las tumbas de sus seres queridos, incluida la de su padre.

Volvieron a sonar unos golpecitos en el cristal de la puerta.

—Prepárate —dijo Daniel temiendo que se tratara de otro guarda fronterizo—. Puede que tengamos problemas. ¿Tienes el pasaporte?

—Tuve que entregárselo al Gran Maestro.

—¿Y no tienes un duplicado? ¿Qué clase de agente eres sin una copia de tu pasaporte?

—Claro que la tengo. Pero también la entregué.

Los nudillos sobre el cristal volvieron a sonar con insistencia. Daniel berreó una maldición.

—¡Adelante, está abierto! —lanzó.

La puerta se deslizó por la pared surgiendo un hombre de tez oscura vestido con traje *beige* y un maletín forrado en piel.

—¿Es la cabina siete?

—Sí. Creo que sí.

—Entonces, este es mi asiento —dijo el extraño señalando un hueco a la izquierda de Daniel—. Si me permite...

El viajero avanzó por la cabina apartando como pudo los pies de Rodrigo. Bruno los levantó, volviéndolos a colocar sobre sus muslos.

—Estos compartimentos son realmente estrechos —suspiró terminando de colocar el maletín y sentándose junto a Daniel—. No sé cómo su amigo puede dormir a pierna suelta.

Daniel observaba al recién llegado, que se frotaba las manos aun cubiertas por guantes negros y ajustados.

—¿A dónde se dirigen, caballeros?

—A la Estación de Francia.

—Ah, Barcelona. Preciosa ciudad. ¿Son ustedes de allí?

Hablaba en español, aunque se notaba que no era su lengua materna.

—No. Pararemos para visitar la ciudad y luego continuaremos hacia el sur.

Daniel tenía la costumbre de mentir sobre su destino. Decirle que irían en realidad hacia el oeste era demasiada información para alguien que acababa de

conocer.

—¿Y usted?

—También bajaré en Barcelona. Soy representante de telas. Tengo un modesto negocio en Tetuán. ¿Qué les voy a contar de la vida de un viajante? Muestrarios de telas arriba y abajo en un maletín. Clientes que quieren la tela que has dejado de fabricar. En contrapartida uno conoce a mucha gente, y un buen comercial sabe que en la variedad de contactos reside el futuro de cualquier empresa. Nunca sabes dónde puedes tener la próxima oportunidad de negocio. ¿Aún no les he entregado mi tarjeta? ¿Dónde tendré la cabeza?

El viajero introdujo su mano enguantada dentro del bolsillo interior de la chaqueta. Al extraerla, llevaba en ella una pistola Star del calibre 9 milímetros. Alargó el brazo y apuntó a Bruno a la cabeza.

Su índice apretaba ya el gatillo, pero el viajero no sabía que el Cazador ya estaba preparado.

Daniel analizó al asesino en cuanto apareció por la puerta, aunque entonces no sabía que lo era. El tipo iba bien vestido, demasiado para un representante de telas. Primera alarma. No obstante, el maletín era una vulgar imitación a cuero. Maletín de cubertería reciclado, valoró. Segunda alarma. El frío en el exterior era diabólico, sin embargo, dentro de las cabinas el calor era sofocante, obligando a permanecer en mangas de camisa los hombres y con abanicos en pleno invierno las mujeres. ¿Por qué el extranjero llevaba puesto aún el abrigo? No pretendía quedarse allí mucho tiempo. Tercera alarma. Sus guantes eran livianos y sin relleno, demasiado finos para ser de utilidad contra el frío. Guantes operativos, convino. Cuarta. La quinta fue mucho más evidente una vez que el extranjero gozaba de toda la atención de Daniel por acumulación de alarmas anteriores. Al colocar el maletín sobre la balda superior, Daniel descubrió las cachas color nogal de un arma asomando tímidamente bajo su chaqueta. Dedicó el resto del tiempo a conseguir la atención de Bruno, pero este estaba más interesado en escuchar el queso que su asesino le enseñaba.

El percutor del arma fue accionado en el mismo momento que Daniel apartaba la mano con un golpe violento de su puño. La bala salió del cañón, silbó al atravesar un silenciador y cruzó la cabina, impactando a medio metro de su objetivo.

Bruno saltó de su asiento empujando el cuerpo de Rodrigo, que cayó al suelo. El asesino reaccionó lanzando un codazo contra el rostro de Daniel, acertándole en el pómulo izquierdo y lanzándolo contra una esquina. Luego encañonó a Bruno, pero el Caballero estuvo alerta, agarrando la pistola con las dos manos y retorciéndola.

El índice del asesino crujió desgajando el hueso del resto de la mano y

liberando el arma. No emitió ningún quejido, ni un lamento. Se llevó la mano izquierda hasta la parte posterior del cinturón y alcanzó un cuchillo.

Bruno tenía el arma en sus manos. Antes de empuñarla adecuadamente el asesino le lanzó una cuchillada horizontal cortándole la camisa y media corbata. En mitad del torso una fina raya rojiza revelaba el arañazo del metal. La pistola cayó en un rincón.

El asesino se dispuso a asestarle la estocada de gracia, ahora con más fuerza, pero sintió el cuerpo de Daniel que lo arrollaba, empujándolo contra la pared. Daniel también se golpeó contra ella provocándose una herida sangrante sobre la sien. El cuchillo vibró al caer sobre el suelo de madera.

Con un giro inesperado, el asesino aprovechó la inercia para apartar el cuerpo de Daniel y lanzarlo contra el lado opuesto del habitáculo.

Bruno y su contrincante se miraron, conscientes de que un metro y medio los separaba. Era el momento de los puños. El Caballero lanzó un directo, seguido de un gancho. Su oponente esquivó los dos, contestándole con un cabezazo que rompió la ceja derecha de Bruno y lo obligó a retroceder. Al ritmo de un bramido, el Caballero se lanzó como una locomotora contra su oponente. Este lo esquivó otra vez y Bruno se comió la puerta de entrada. El cristal saltó en pedazos ruidosos. Antes de recuperarse, tenía al asesino encima de él, con las manos cruzadas sobre su cuello tirando de los restos de la corbata.

Bruno empezó a ponerse colorado, faltando oxígeno en sus pulmones. Pero el asesino había cometido el peor error posible: colocarse al alcance de los brazos del Caballero.

Antes de asfixiarse, Bruno puso las manos sobre el pecho del asesino y lo empujó con todas sus fuerzas. Daniel, tumbado sobre el asiento, vio el cuerpo del asesino salir despedido como el corcho de una botella a lo largo de la cabina, atravesar la luna del ventanal y salir despedido del vagón a través de él.

Una nube de niebla y aguanieve se introdujo en el habitáculo mientras los dos compañeros se miraban ensangrentados y jadeando.

—Cerrad esa ventana, por Dios —dijo Rodrigo incorporándose del suelo con un bostezo. Daniel estaba recogiendo la pistola del asesino—. Un momento. ¿Qué ha pasado aquí?

Diecinueve horas antes de la llegada a El Salvador.

Una cortina en la ventana sirvió de parapeto contra la ventisca helada.

Rodrigo maldijo al comprobar que se encontraba a bordo de un tren. Su último recuerdo era acceder a tomar una taza de café en su casa de Hallstatt

mientras les hablaba sobre el pueblo de Lanuza.

—¿Me habéis drogado? —bufó entendiendo la maraña resacosa en su cabeza—. Malditos hijos de puta.

Bruno sujetaba un pañuelo contra la brecha de su ceja. A su lado, Daniel limpiaba sangre en su coronilla con un gesto torcido.

—¿Qué creéis? —continuó—. ¿Que podéis llevarme con vosotros como si fuera un perro atado con un bozal? Antes de llegar a España tendremos que bajar del tren. La policía francesa no se mostrará tan colaborativa con vosotros, asquerosos fascistas.

Daniel y Bruno comenzaron a reír, sirviéndoles de anestésico para sus cuerpos contusionados.

—¿Qué pasa? ¿De qué cojones os reís?

—Rodrigo —atajó Daniel—. Hace una hora que cruzamos los Pirineos. Pronto llegaremos a Barcelona. Y sospecho que la Guardia Civil de España se mostrará especialmente colaborativa.

Si Rodrigo intentaba huir revelarían su verdadera identidad ante cualquier puesto policial y lo detendrían. Sus delitos contra la España de Franco eran demasiado escandalosos para ser olvidados. Un pelotón de fusilamiento junto a un paredón le esperaba en tal caso después de un juicio con una defensa de cartón mojado.

Sus opciones eran sencillas. Tenía que acompañar al Cazador hasta Lanuza.

Quince horas antes de la llegada a El Salvador.

En Barcelona realizaron una visita fugaz a la sede principal del Opus Dei en la ciudad. La comunicación entre las diferentes delegaciones repartidas por buena parte del mundo no siempre era eficaz. Daniel confiaba en que su expulsión de la prelatura fuera desconocida allí, pudiendo satisfacer parte de sus necesidades: alimentos para el camino, un poco de descanso y algunos medicamentos. Muchos medicamentos. Conforme pasaron las horas comenzaron a surgir en su cuerpo nuevos dolores que calmar con docenas de píldoras. Bruno por el contrario estaba más vivo que nunca, impacientándose por la tardanza en reanudar el viaje.

—Perdone. ¿Usted es Daniel Sorolla? —dijo un sacerdote encorvado deteniéndolo antes de partir de nuevo—. Soy Faustino Espaser. Hace dos días recibí una carta de Roma suscrita por monseñor Escribá de Balaguer. Informaba de la posible visita de uno de sus más distinguidos discípulos. Usted, señor Sorolla. Sobra decir que cumpliremos el encargo. Monseñor sugería poner a su

disposición cuanto necesitara, comenzando por esto.

El sacerdote depositó sobre su mano una pequeña cajita. Daniel la abrió, encendiéndose una chispa en sus ojos.

—Gracias padre. Muéstreme mi agradecimiento a monseñor Escribá si tiene ocasión. Quedo en deuda con los dos.

Cerró los dedos sobre el objeto y se encaminó hacia la salida principal.

—¿Qué te ha dado? —dijo Bruno lleno de entusiasmo.

Daniel se detuvo junto a un vehículo estacionado cerca de unos parterres. Abrió la mano e introdujo la llave que allí había en la cerradura de la puerta. Colgando de ella se mecía un llavero con forma de crucifijo.

José María Escribá tenía un extraño sentido del humor. El coche era un Citroën de dos caballos idéntico al suyo.

—Compañeros. Preparen los traseros para un duro viaje.

Dos horas antes de la llegada a El Salvador.

Avistaron Lanuza poco antes del mediodía. Era un diminuto poblacho encajado en el Valle de Tena cercano al arroyo que daba nombre a la localidad.

Conforme se acercaban a la docena de casas de la aldea, las primeras montañas pirenaicas mostraban su creciente porte majestuoso y blanco. En mitad de un pinar Daniel entrevió una antigua construcción monástica, varios kilómetros monte arriba.

El Citroën ronroneó antes de detenerse en una pequeña plaza. Un cartel de madera pintado a mano denominaba el lugar como «Plaza Mayor». Daniel guardó todo el dinero que portaba en la guantera y se apeó.

Entraron en la única tasca que había, sentándose en un rincón forrado hasta el techo de madera de pino barnizada. Al poner las manos sobre ella descubrió que no todo el color a melaza se debía a la capa de barniz. Intentó levantarlas, notando que se le quedaban pegadas a la superficie.

«Genial —se dijo—. Y ahora me pica la cara».

Rodrigo los miraba desde el extremo opuesto de la bancada semicircular, cruzado de brazos y con los labios apretados en un gesto severo.

—¿Cuál es el siguiente paso, Daniel? —dijo Bruno masajeándose la zona lumbar.

—Encontrar la leyenda. —Rodrigo pestañeó un par de veces—. Pero ese asesino del tren no será el único que encontremos en nuestro camino. Habrá más. Todos ellos con la piel oscura.

—Los jordanos —dijo Bruno golpeando la mesa con un puño.

—Nos han seguido desde Palestina, pero desconozco la razón. Las ruinas de Qumrán se encuentran en su territorio y saben que nosotros no poseemos ninguno de los pergaminos esenios. No se me ocurre qué podemos tener que ellos quieran.

—Nada. Solo quieren matarnos.

En eso Bruno estaba en lo cierto. El asesino del tren tenía por encargo liquidarlos rápidamente sin hacer preguntas. Intentarían concluir el trabajo que quedó a medias en Jerusalén. Lo extraño era no haberse topado con ellos antes. Alguno lo estaría esperando tras las puertas del Museo Catedralicio Diocesano de Pamplona, el lugar al que debió encaminar sus pasos tras ser expulsado del Opus Dei.

—Rodrigo, ¿cuál es la relación entre este lugar y el judío errante?

Desde que tuvo su carta entre los dedos, sabía que el falso sacerdote era una pieza fundamental en el juego de ajedrez de aquella leyenda. Obligarlo a que los acompañase hasta Lanuza era el movimiento de apertura. El falso sacerdote seguía mirándolos con sus labios apretados.

La puerta de entrada de la tasca se abrió. Un joven de cabello rizado y piel oscura entró quitándose una gorra de lana verde oliva. Se pusieron en guardia. Daniel amartilló el percutor de la Star recuperada del suelo del tren y Bruno hizo lo propio con su arma.

—Buenos días Manuel —saludó el tabernero—. ¿Ya le has dado vuelta a la loca del monasterio?

—A saber qué guarrerías harán los dos en El Salvador —bromeó un cliente desde la barra engullendo una copa de aguardiente—. Dicen que la monja tiene el pelo moreno y espeso. Cuando así está el monte... ¿Cómo estará la cañada?

Varios clientes comentaron la metáfora con estertores jocosos. Daniel escuchaba desde la penumbra de su rincón, apurando los últimos sorbos de una pinta de cerveza.

—Ten cuidado cuando te la folles —añadió otro—. Los maquis te pueden desplumar tranquilamente mientras lo haces. Un moro es lo peor para un republicano rencoroso. Disfrutarán dejándote en cueros monte abajo.

—Hay peores cosas que guerrilleros en ese monte —dijo Manuel colocando un real sobre el mostrador.

El silencio inundó la tasca revistiendo a los lugareños con una capa negra de sepulturero.

—Que el judío errante se los lleve —susurró el tabernero.

—Que el judío errante se los lleve —contestaron los demás.

Desde el rincón, los tres forasteros dispararon sus ojos al grupo. El tabernero cogió el real del mostrador y sirvió un té de hierbas en una taza de café. Manuel

la cogió, tomando un pequeño sorbo hirviente.

—Disculpen por entrometerme —dijo Daniel levantándose de su asiento—. Somos una delegación del Gobierno Civil de Aragón y necesitamos indicaciones. —Como esperaba, los presentes lo miraban con ojos temerosos, incluso sus propios acompañantes—. ¿Quién puede llevarnos hasta el monasterio?

Una hora antes de la llegada a El Salvador.

La carreta traqueteaba con cada piedra del camino. El conductor solo se había olvidado de pisar un par de ellas. Aspiraba lentas caladas de un Ducados pegado a sus labios mientras sujetaba las riendas con las dos manos.

Daniel aprovechó el paseo para extraer cuanta información pudiera del moro Manuel. Eso lo distraía del dolor en su cuerpo contusionado. Un triste «sí» o «no» fue cuanto pudo conseguir.

—¿Queda mucho? —preguntó Rodrigo.

—Una curva más.

Fue la respuesta más larga que dio el moro. No había acabado de pronunciarla cuando de la cuneta emergieron un grupo de labriegos con sus herramientas sobre el hombro. Daniel acercó una mano a la Star al comprobar que en realidad no eran herramientas, sino fusiles.

—¡Alto los del carro! —ordenó uno ataviado con un abrigo lleno de agujeros—. ¿A dónde vais?

—Al monasterio —respondió Manuel.

—¡Todos para abajo, vamos!

Daniel se acercó hasta la oreja de Bruno.

—Prepara tu arma. Son guerrilleros republicanos.

Tras poner los pies sobre el suelo, los dos compañeros levantaron sus armas orientando los cañones hacia los guerrilleros. Ante el gesto, los otros enfilaron sus fusiles contra los ocupantes de la carreta. Manuel soltó las riendas para levantar los brazos. El Ducados seguía pegado en su labio inferior.

El vapor del aliento salía expedido de las fosas nasales como si fueran una res a punto de embestir. Rodrigo palpó con una mano sobre el pecho de Manuel.

—¡Tú! —gritó un guerrillero con una cicatriz enorme que le cruzaba la cara—. ¡Las manos quietas!

Rodrigo sacó lentamente un cigarrillo del bolsillo de la camisa de Manuel y lo encendió.

—¿A qué batallón pertenecíais? —dijo Rodrigo con parsimonia disfrutando

de una larga calada.

Los maquis se miraron sin saber qué decir.

—¡Al 4.º de granaderos!

—Bajad las armas, compañeros —solicitó Rodrigo, acercándose a ellos—. Soy Rodrigo de Viedma, comandante de infantería. Os alegrará saber que participé en la última junta de gobierno de nuestra amada república en el castillo de Figueras. No se os olvida compañeros. Con más orgullo que nosotros defendéis esta patria del fascista enano y calvo que se sienta en el gobierno de Madrid. —Rodrigo levantó un puño en alto, gritando con todas sus fuerzas—. ¡Viva la república!

—¡Viva! —le acompañaron sus camaradas como grito de guerra.

El comandante Rodrigo se giró hacia Daniel, espirando el humo de una nueva calada.

—Podéis continuar el viaje, fascistas de mierda —les dijo alejándose en dirección a la cuneta—. ¡Vamos compañeros! Hay más días que ollas.

Con la misma rapidez que habían surgido, la partida de maquis se perdió entre los matorrales junto a Rodrigo. Al colocarse el sombrero, Daniel notó una gota húmeda resbalando por su sien. La tensión había abierto una de sus costras dejando brotar un poco de sangre.

—Hagamos caso al comandante —sugirió—. Continuemos.

Manuel seguía con los brazos levantados. Sobre la línea de su campo de visión se veían los tejados de El Salvador.

—Ánimo, Manuel, que no ha sido nada. Dé la vuelta a la carreta y vuelva a Lanuza.

Daniel sacó una peseta de su pantalón y la dejó dentro del bolsillo de la camisa de Manuel. En contrapartida, se apropió del paquete de tabaco.

Llegada a El Salvador.

El portón del monasterio sonó lúgubre. Un grajo graznó sobre la cuerda de un tendedero, cerca de un pequeño huerto. El ave dio un salto y emprendió el vuelo. Colgadas de las cuerdas del tendedero se mecían varias prendas femeninas. Daniel distinguió entre ellas un hábito y una blusa azul con encaje.

Volvió a llamar. Se abrió una rendija tímida, apareciendo el rostro arrugado de una monja. Una vocecilla en el interior del Cazador comenzó a susurrar, pataleando nerviosa.

—¿Quién llama a la casa de Dios?

No pensaba pedir permiso. Miró a Bruno y apoyó la mano sobre el portón,

empujándolo hasta abrirse paso. Antes de penetrar, fijó la vista en el barro de la entrada, cubierto de dos pares de huellas que entraban y salían en todas direcciones.

—Cierre, cierre —le dijo a la religiosa tras comprobar que Bruno ya estaba dentro—. Sé que es una descortesía entrar de este modo y sin presentaciones, pero el frío dispensa mi descaro.

Se descubrió la cabeza, notando otra vez el reguero de sangre corriendo por la sien.

—Ahora, sí —continuó—. Tengo que presentarme.

De golpe, contemplando el rostro blanquecino de la religiosa, supo qué le decía esa voz interior.

—Soy Daniel Sorolla. Y este es mi compañero, Bruno Casteldolfo.

«Maldita sea. Conozco a esta mujer».

Volvió a mirar sus ojos entre grises y azulados, hundidos.

«Y ella me conoce a mí».

EL RUGIDO DE UN ESCLAVO

Cuando Ahmed despertó, se encontraba en la pasarela de crujía, al lado del palo mayor, con un toldo de ojos observándolo.

La cabeza le bombeaba, con un reguero de sangre seca cubriéndole media cara. Pasó la mano por su cuero cabelludo tocando una costra coagulada sobre una brecha en la piel. Un mechón rizado se desprendió y cayó al suelo.

—Habéis enviado a vuestra rata —escuchó cerca.

—Ya cobra el sentido.

«Es Kar —se dijo atolondrado—. Parece Kar».

—Veamos lo que tiene que decir.

—¡Habla, vamos! —exigían varias voces con alguna patada.

Lo rodeaba una multitud. Soldados, carpinteros, aparejadores, además de Yakub e Hizir. Los esclavos no, remando sin parar, aunque ninguno quería perder detalle desde sus bancos de boga haciendo avanzar la nave a trompicones.

—¡Remad! —fustigó el cómitre haciendo restallar el látigo.

El jenízaro de ojos azules sujetó a Ahmed por el cuello.

—¿Qué hacías en la armería, moro?

«Lo prometido es deuda —se dijo Ahmed—. Habéis vuelto a llamarme *moro*».

Se zafó de la mano que aprisionaba su cuello y golpeó al jenízaro en el pecho con todas sus fuerzas, lanzándolo contra un banco. Si no hubieran sujetado a Ahmed, habría pisado el cuello del soldado hasta oírlo crujir.

—¡No me llames *moro*! —dijo, con tanta fuerza que después todo fue silencio—. ¡Ahmed! ¡Mi nombre es Ahmed!

Ya estaba hecho. Que Allah dispusiera su destino.

—Había fuego en la despensa —continuó—. Salí dando la alerta y me torcí el tobillo. No podía subir por la escalera y me refugié lo más lejos que pude. Fue entonces cuando encontré a vuestro prisionero.

Un jenízaro de espalda ancha y mirada severa se abrió paso entre los demás.

—Parece que ahora andas muy bien —dijo con serenidad—. Atadle una sogá.

Un jenízaro lo golpeó en el estómago. Ahmed se retorció. Otro lo cogió del cabello y lo arrastró hasta el pie del mástil.

Sabía lo que iba a pasar. El castigo del traidor, lo llamaban. Tras amarrarle la soga sería elevado hasta lo más alto, permaneciendo colgado varios días. La cosa podía adornarse con lanzamiento de flechas hasta cubrirlo como un puercoespín. En caso de conservar un hálito de vida lo bajarían para sumergirlo en el mar con la soga aún atada. Después de eso había pocas posibilidades de seguir vivo.

—Esperad —dijo Yakub.

«Por Allah, Babá. Haz algo por mí».

—¿Quién es el de la celda? —añadió el *rais*.

El jenízaro de espalda ancha miró a Yakub sin interés. Parecía el jefe.

—No os importa. Llevad la nave al este, esa es vuestra función, corsario.

—¿Corsario? ¿Me crees chusma que boga con un remo para dirigirte a mí de ese modo? Soy Yakub Ib Azhim, capitán de la taifa corsaria. ¿Quién eres tú sin la protección de tu agá? Argel queda muy lejos para que te escuche.

—Contén las palabras Babá Yakub —intervino Hizir—. La prudencia te aconseja medida.

Yakub apartó al renegado bruscamente.

—¿Quién es vuestro preso? —insistió el *rais*—. Vi siete jenízaros subir en este barco. ¡Siete! Ni uno más, ni uno menos.

—Sigues viendo a siete. Seis aquí y uno en la bodega.

—Si es jenízaro como vosotros, ¿por qué lo custodiáis?

—Su identidad no os incumbe.

—¿Que no me incumbe? No llevaré un desconocido hasta la Sublime Puerta. El jefe jenízaro miró a sus compañeros con determinación revelada.

—No vamos a la Sublime Puerta —confesó.

«Los zapatos», recordó Ahmed.

Tumbado en el suelo, reparó de nuevo en los zapatos de un jenízaro, los mismos que vio subir por la escalera de la bodega.

Ahmed ayudaba a su padre en el taller lijando el borde de las suelas. A pesar del tiempo transcurrido estaba seguro de que no eran los botines propios de un immaculado y bien vestido jenízaro. Parecía el zapato de un alabardero. La diferencia es sutil para ojo inexperto, pero suficiente para Ahmed. Era el calzado propio de un soldado cristiano. Un jenízaro jamás llevaría ese zapato.

El jefe de ellos extrajo un puñal del fajín y con movimiento certero lo clavó en la garganta de Yakub, abriéndole un boquete de más de cuatro dedos que lo asfixió. El resto de soldados no quiso quedar atrás.

La danza del acero comenzó su exhibición penetrando en los cuerpos indefensos de los corsarios, cayendo inertes al lado de Ahmed y salpicándolo de

sangre caliente y vísceras destripadas.

Tras el baile, era turno de las trompetas. Los seis arcabuces jenízaros se enfilaron, descargando salvas de muerte. Una bala fue aprovechada con excelencia, atravesando el cuello del cómitre para alojarse después en el cráneo de un corsario vía orificio nasal. Tropezó sin vida contra otro y los dos cayeron por la cubierta de babor. Tres muertos, una sola bala.

La maniobra fue letal, arrancando la vida de todo corsario que tuviera algún cargo de relevancia.

Todos no. Hizir miraba el espectáculo sin la menor sorpresa en su rostro. Y miraba ileso, salpicado de motas de sangre en su bonito traje blanco. De su mano colgaba un alfanje del que resbalaba sangre, goteando sobre la cubierta. Se inclinó y limpió la hoja en la túnica azul de un cadáver, grande, redondo, con la barriga abierta en canal. Era Kar. Hizir lo contemplaba con una sonrisa ladina.

«¡No! —se gritó Ahmed apretando los dientes—. Tú no, Kar. No puedes morir. Levántate y lucha. No te des por vencido».

La boca de Kar comenzaba a verter sangre, mezclándose con la del resto de su cuerpo. Los galeotes miraban con entusiasmo el espectáculo, apoyados sobre los remos. La nave permanecía quieta, como un espectador más.

Ahmed se quitó de encima un brazo cercenado, arrastrándose hasta un rincón cercano a la arrumbada.

Una treintena de marinos, entre turcos y renegados, seguían en cubierta. Se habían agrupado en la zona de proa, con sus alfanjes desenvainados. Pasada la sorpresa, con los arcabuces de sus enemigos descargados, se oía el mensaje que enviaban a los falsos jenízaros: «acabar con nosotros no va a ser tan sencillo». Pero había más cartas trucadas en la baraja.

A un gesto de Hizir, los remeros se levantaron al unísono. Algunos introdujeron la mano en sus vergüenzas, otros en la boca, pero todos extrajeron el mismo objeto. Una llave.

Abrieron con ella los cerrojos de sus grilletes y dejaron caer las cadenas con tanta furia que arrancaron astillas del suelo. Era difícil contarlos, pero rebasaban el centenar.

—¡Caballeros de San Juan! —gritó Hizir lamiendo una gota de sangre salpicada en su labio inferior—. ¡Que escuchen nuestro rugido!

La chusma al completo comenzó a gritar. El sonido viajó por el agua hasta los otros barcos. El clamor respondió con clamor, seguido de música de espadas. Ahmed lo supo. Los corsarios también. La escena de lucha se repetía en las demás naves que la acompañaban.

—¡Escuchadme, Caballeros! —bramó Hizir con todas sus fuerzas—. Los corsarios han llamado a este barco *La Venganza del Sultán*. Dicen que se ha

hundido en el agua y renacido con ese nombre. ¿Y qué les decimos nosotros? — orientó su espada hacia el cadáver de Yakub—. ¡Que esta es La Real! ¡Y nadie puede hundirla!

El renegado buscó a un corsario joven, de piel oscura y pelo rizado. No lo encontró.

Ahmed había desaparecido.

En campaña. 4 de marzo de 1937

Amado Padre:

Ya me tiene aquí otra vez. Disculpe por escribirle tan de seguido. ¡Ayer mismo! Ya lo sé. Pero es que con unas cosas y con otras se me olvidó hablarle de lo más importante.

Nada más darle la carta a mi oficial, me acordé de que no le he hablado nunca de Emilia. Es mi enfermera. Mi ángel de la guarda mejor dicho. También es religiosa y muy guapa. No tema, que ninguna apetencia siento por ella. Es más un cariño fraternal que se ha ido forjando a base de curas diarias. Es mucho mayor que yo, más de quince años me lleva, figúrese. Eso sí, puedo decirle sin temor a errar que es la mujer que más me ha hecho sufrir en la vida. ¡En la vida! Mire que es brusca al cambiarme de postura, jolines. Esta semana el dolor parece soportable, más por mejorar las lesiones que por ser ella menos brusca. Pese a todo, espero la hora en la que suele acudir por mi cama como agua de mayo.

Durante los bombardeos también suele acompañarme. Yo le digo que se retire al búnker para estar a salvo, pero ella me toma de la mano y comienza a rezar su oración:

Santa madre, madre Santa,
envíame tu bendición,
pues los pecados de los indignos
habrán de purgarse en un bautismo
de sangre y fuego.

¿Qué le parece? La hemos repetido tantas veces, con trozos de techo cayendo sobre nuestras cabezas, que se ha convertido en un escudo invisible que nos protege. Luego el cielo vuelve a su oscuridad natural y continuamos con el palique.

A veces pienso que mientras se nos duerme la lengua de cansancio hablando de todo un poco, mis compañeros milicianos siguen en el frente derramando sangre. He sido testigo de tanta muerte... Ahora más que nunca. Aquí las camas se llenan y se vacían casi a diario. Pensaba que alejándome de la primera línea cesaría, pero parece que lo de Sigüenza era un preludio de lo que estaba por venir. ¿Ve? Ya estoy otra

vez con oscuros pensamientos. No quiero entristecerle.

Como le cuento, pasamos horas y horas charlando Emilia y yo. Será que al ser personas consagradas a Dios sentimos un acercamiento mutuo. Una hermandad podría decirse. La de Emilia es una historia triste si hablamos de hermanos y quizá por eso me ve como uno de ellos. Es innegable que tiene un acercamiento mayor conmigo que con el resto de pacientes. Me encanta que sea así.

Sin entrar en detalles le diré que de once hermanos que tenía no le queda ni uno solo. ¡Qué vida más dura la suya! Con menos sufrimiento yo hubiera visto flaquear por completo mi espíritu religioso. Pero Emilia es una mujer fuerte. Mi roca, la llamo a veces. Una roca en la que apoyarse o con la que golpear, que todo puede ser. Su último hermano murió en el frente hace unos meses. Se llamaba Luis. Luisito, lo llama ella. Es cruel que alguien muera con veinte años, peor aún hacerlo como el pobre de Luisito.

Lo capturaron durante la primera semana de guerra. No le dio tiempo ni a estrenarse, como decimos los soldados. Lo llevaron junto a un postigo, a él y a otros cinco desgraciados, les echaron gasolina por encima y les prendieron fuego. ¡Vivos, padre! ¡Los quemaron vivos! Cuando me lo contó estuve una semana con pesadillas. Ya ve, aquí en la enfermería estamos dejados de la mano de Dios. ¿Qué impide que un día acometan una embestida los rojos y hagan retroceder a nuestros compañeros dejándonos en sus manos? Sabiendo esto no tendrían reparos en echarnos una cerilla y Santas Pascuas. Ande que estoy yo como para correr mucho. Aquí mismo me asaría. Lo que le digo, una semana con pesadillas. Luego llega Emilia, me seca el sudor un poquito y todo parece que se calma.

Después de todo, tengo que dar gracias a Dios por tenerla a mi lado. Es mucha la compañía que nos damos uno a otro y sabemos apoyarnos mutuamente. También ella precisa de consuelo, padre. Intento devolverle la fe en Dios, y me siento satisfecho en ese sentido. Creo que el Altísimo me puso en esta camilla por alguna razón así que transformaré la convalecencia en mi apostolado particular. Bueno, ya le dejo con sus obligaciones.

Perdón de nuevo por escribirle tan de seguido, pero uno no está tres meses en cama todos los días. ¡O eso espero!

Un abrazo, padre.

¡Viva España!

UN PAÑUELO MUY PEQUEÑO

El trapo ensangrentado derramaba agua roja dentro del cubo de madera. La herida en la cabeza del forastero era pequeña pero profunda. Emilia cortó un trozo de tela y lo usó como apósito.

—Apriétese fuerte —le dijo contemplando el resto de su abultada cara.

Tenía el labio superior hinchado bajo una espesa barba mal cuidada.

—Muchas gracias, hermana Emilia.

El extraño la conocía. Pensó que sería un enviado de monseñor Lebrija y el corazón comenzó a palparle nervioso. Lo acompañaba otro hombre, alto y musculoso, que no dejaba de mirarla con impertinencia.

—¿Su amigo necesita algo?

—Le bastará tener un lugar de descanso.

—¿Cómo han subido hasta aquí?

—En una tartana con una rueda podrida.

—Ah, la carreta de Manuel.

—No recuerdo su nombre, la verdad —afirmó el forastero con barba.

—Tiene que ser él. Veinte años como mucho, pelo negro y rizado.

—Piel muy morena y parco en palabras. Sí, es él.

—Hubiera sido más cómodo subir en auto.

—En caso de tenerlo. Lanuza es mal lugar para conseguir algo de combustible y nuestro Citroën solo ha llegado a la puerta de la taberna. Habrá que darle las gracias al Caudillo y su intento de democratizar toda España.

—¿Democratizar? —espetó Emilia—. No le entiendo.

—Claro, hermana. En España se raciona alimento con las personas y gasoil con las máquinas. Es toda una democracia. —El forastero le brindó una sonrisa torcida—. Mi automóvil ha decidido no caminar sin tener algo en el estómago, así que hemos tenido que recurrir al bueno de Manuel para subir hasta aquí. Esperamos no haberla importunado.

Se incorporó, apartando el apósito de la sien. La herida había dejado de sangrar.

—¿Rompo su confianza si le pido un poco de caldo o una infusión, si es tan amable? Tenemos el cuerpo entumecido.

El hombre que lo acompañaba seguía mirándola fijamente.

—Encontrarán sopa en cualquier pensión.

—¿Un café tal vez? —solicitó el forastero guardándose el apósito en un bolsillo.

—En el monasterio de El Salvador no gustamos de esos productos.

Emilia los había recibido en el interior de la iglesia, atendiendo las heridas lo mejor que pudo. Sus miradas punzantes estaban moldeando una sensación de peligro que le oprimía el pecho. Tenía que deshacerse de ellos cuanto antes.

—Les seré sincera. Su visita no es nada grata. Este es un lugar dedicado a cultivar el espíritu religioso. La presencia de seglares es, cuando menos, perturbadora. Mi deber es socorrer al necesitado, pero viéndoles más recuperados me veo en la obligación de pedirles que se marchen. Si son hombres de bien entenderán la solicitud de una mujer de Cristo.

El tipo de la barba miró a su compañero con ojos entornados dando pequeños golpecitos con la yema de los dedos sobre su sombrero.

—La comprendo perfectamente —dijo avanzando hacia el interior de la iglesia—. Yo también he de serle franco. Preferiría estar en cualquier lugar antes que en Lanuza. Ahora entiéndame usted a mí. Como miembros del Opus Dei lo último que deseábamos era realizar este viaje. Monseñor Escribá de Balaguer y nuestro Caudillo, piensan lo contrario. Solo somos dos miembros de La Obra acatando órdenes, así que aquí estamos. Concédanos el tiempo necesario para hacer nuestro trabajo y le prometemos esfumarnos antes de que se dé cuenta.

Emilia los miraba desconcertada.

—¿Pertenece al Opus Dei?

—Somos hombres de Dios, igual que usted. Hombres de bien.

—¿Y dicen que el Caudillo les envía?

—Don Francisco Franco en persona, hermana Emilia.

La religiosa acercó su mano hasta la bancada más cercana y se ayudó de ella para sentarse. Los forasteros decían ser enviados del gobierno. Las manos comenzaron a sudarle. Nada bueno podía esperar.

—Parece que usted me conoce —susurró Emilia sin voz.

—Usted a mí también.

—¿Yo? ¿De qué le conozco yo?

El forastero se acercó hasta ella y se sentó a su lado.

—Veo que el nombre de Daniel Sorolla no le dice nada. —Depositó el sombrero sobre la bancada—. Pensaba que me había reconocido en la puerta.

—En absoluto.

—Entonces será un placer refrescarle la memoria. Los dos luchamos en el frente, yo con un fusil en la trinchera y usted con vendas en la enfermería.

—¿Estuvo en el frente de Huesca?

—Con otra pregunta le contestaré. ¿Recuerda a un seminarista delgadocho al que un obús dejó casi sordo del oído izquierdo? Ha olvidado su cara, aunque con suerte recordará esto:

Santa Madre, Madre Santa,
envíame tu bendición,
pues los pecados de los indignos
habrán de purgarse en un bautismo
de sangre y fuego.

Los ojos de Emilia retrocedieron hasta un hospital de campaña cerca de la ciudad de Huesca. Por la puerta entraba un joven ensangrentado sobre una camilla que portaban dos soldados. Miró de nuevo el rostro del forastero con barba y reconoció en él a su amigo Daniel. El Cazador, como llegaría a ser conocido por todos.

—¿Mi padre Daniel? —dijo Emilia posando una mano sobre su hombro.

—Más de una vez entonamos ese rezo al caer las bombas, ¿lo recuerda?

—¿Es usted mi padre Daniel?

—Daniel, sí. Padre, no.

—¿No era seminarista?

—Lo fui. Es largo de cortar. Alegrémonos por el presente que nos ha reunido.

—Ay, padre. —Emilia lo abrazó tan fuerte que estuvieron a punto de caer al suelo—. Usted para mí es el padre Daniel y no hay discusión. Sopa caliente no puedo ofrecerle porque no tengo. Caliente, quiero decir. Pero en la despensa algo encontraremos, ya verá.

—¿Nos indica dónde dejar nuestras cosas?

A un gesto de Daniel, su compañero había cogido las maletas, haciéndole entrega de una de ellas. Eran viejas y desgastadas, livianas al parecer. Daniel era un enviado del gobierno. Diez años son suficientes para moldear una rama en mil formas diferentes, algunas tenebrosas y con espinas. Estaba también el otro hombre, mirándola inquisitivo, tan silencioso y callado. Una jamás debe confiar en alguien que calla, se dijo.

—¿Van a quedarse?

—¿Lo pregunta en serio, hermana? Hace un frío que corta la respiración. Hemos tardado una hora en subir desde Lanuza. Ya no es por amistad, ni por imperativo eclesiástico. Es por caridad cristiana.

La voz de Daniel sonaba como el arrullo de una pequeña cascada horadando

la piedra desnuda. No podía negarle nada. Ni antes, ni ahora. Habían compartido demasiadas cosas en aquel hospital de campaña, demasiados secretos.

—Perdóneme —dijo avergonzada—. La soledad en este monasterio me hace olvidar las normas de convivencia de los hijos de Dios. Más me sonrojo pensando que somos amigos. Rodeada de naturaleza, una se siente como Santo Egidio en el Ródano, aislada del mundo.

—No quiero interrumpir —cortó el otro hombre.

Era la primera vez que escuchaba su voz. A diferencia de la de Daniel, esta sonaba suave y solícita, desacompasada con su gran altura y con un marcado acento italiano.

—¿Podrías darme un cigarro, Daniel? Llevo rato deseando llevarme uno a la boca.

—Claro. Aquí tienes.

Daniel tomó una cajetilla del bolsillo de su pantalón y se la ofreció. Con dedos torpes, el grandullón consiguió sacar un cigarrillo y enchufarlo en sus labios.

—¿Lumbre, hermana? —le pidió—. ¿Me puede dar fuego?

A Emilia la pregunta le parecían palabras sin sentido, desordenadas en su cabeza y realizadas en un idioma extraño. Daniel se introdujo en la conversación con un tono que denotaba alerta.

—Ya se lo presenté en la puerta, pero creo que es mejor comenzar de nuevo. Este grandote es mi amigo y compañero Bruno Casteldolfo, un sinvergüenza italiano que he encontrado por el camino, digámoslo así. Bueno, los dos somos bastante sinvergüenzas.

—De este caballero no sé nada —convino Emilia—. Respecto a usted, Daniel, puedo asegurar que es cierto.

—¿Cómo sabe que soy «Caballero»? —inquirió Bruno.

—¿A qué se refiere?

—Confundes el idioma —se apresuró a corregir Daniel—. «Caballero» es una forma cortés de referirse a un varón. —Luego se entornó a la religiosa—. Hay tantas cosas que me gustaría hablar con usted, hermana. Como aquellas noches que pasábamos sin luz debajo de un toldo mal zurcido para que los trozos del techo no nos cayeran sobre la cabeza con cada explosión. Pero estamos muy cansados. No lo digo por falta de cortesía. De verdad, necesitamos reposar.

—Por supuesto, don Daniel. Aquí no hay carestía de habitaciones. Encontraréis las celdas algo polvorientas y frías, pero algo podré hacer, ya verá.

Recorrieron la galería porticada que rodeaba el patio. Estuvo tentada de mirar hacia la celda de Virginia. En su interior la muchacha estaría preguntándose qué demonios hacía permitiendo que dos desconocidos se alojaran a unos metros de distancia.

«No son desconocidos —le diría en ese caso—. Es mi padre Daniel. Lo conozco bien».

Abriéndoles la puerta de una nueva celda y mostrándoles su interior desordenado, Emilia se preguntaba si era realmente así.

«¿Conozco a mi padre Daniel?»

La monja no tardó más de veinte minutos en adecentar el oscuro habitáculo. Unas sábanas limpias y una manta gruesa son suficientes para que un cuerpo desfallecido pase la noche, les había indicado Emilia. A partir de la mañana siguiente podrían disfrutar de una celda privada cada uno. Por el momento la falta de mantas les obligaba a dormir juntos en la misma cama. A Daniel la perspectiva de compartir lecho con el enorme Caballero le resultaba graciosa.

—Denme las maletas —pidió Emilia—. Iré colocando sus pertenencias mientras se asean.

Una palangana blanca esmaltada los esperaba encima de una cómoda con media cuarta de agua que Daniel adivinaba gélida.

—No me parece apropiado, hermana —intervino Daniel arrebatándole la maleta de sus dedos con la mejor displicencia que fue capaz—. Ahí tengo un par de mudas, productos de aseo, ropa interior... Me da pudor que vea según qué prendas. No pasemos del día a la noche en tan breve tiempo.

Emilia lo miró primero con desconcierto, con encarnado rubor que encendió sus mejillas después y, para acabar, rehuyó su mirada.

—Claro, padre. ¿En qué estaría pensando? Les dejo descansar.

—No soy padre, ¿recuerda?

Emilia lo observó bajo el quicio de la puerta con ojos dulces.

—Para mí siempre será el padre Daniel.

Tras lo cual cerró despacio y se marchó.

—Creía que no nos dejaría nunca —se quejó Bruno.

—Debes tener más cuidado. Has estado a punto de revelarle tu condición de Caballero de San Juan.

—No entiendo el castellano todo lo que me gustaría.

—Razón de más para seguir mis consejos. Habla poco y si es nada mejor. Con un poco de suerte acabaremos pronto.

Encontrar a la hermana Emilia en el monasterio había supuesto un regalo de fortuna que en principio no supo valorar. Explorar El Salvador y su leyenda sería más fácil ahora. Tenían que caminar con paso firme para no alertar a la religiosa. Desde el inesperado recibimiento en la puerta Daniel fue construyendo una

coartada que ambos deberían sostener con amor a los detalles. Dos enviados del gobierno, miembros del Opus Dei, en misión especial. Eso eran. No difería gran cosa de su verdadero propósito, pero lo que menos necesitaban era una monja recelosa atrapándolos en una mentira, por pequeña que fuera.

Estaba el tema del fuego. Recordó el periódico de ABC en el vuelo a Tel Aviv, tres semanas atrás. El artículo narraba el juicio a una religiosa pirómana. La relación entre la noticia y la hermana Emilia se anudó temprana en su cabeza. Podía ser coincidencia, pero Daniel estaba convencido de algo: la monja y una llama eran cosas que jamás debían juntarse. Soldados ardiendo se lo recordaban advirtiéndole al oído con sus carnes derretidas. Cerró los ojos y el sueño se apoderó de él. Poco después se convirtió en el oso de peluche que un Caballero abrazaría hasta el amanecer.

El profundo sueño les impidió notar la oscura presencia que escuchaba sus ronquidos y, protegido por la sombra de la noche, apretaba los dientes con rabia.

Emilia se levantó temprano. Un sueño pesado le había impedido dormir más de cuatro o cinco horas. Se enfundó el hábito y salió a la galería. El silencio de la prima hora la recibió cortés con trinos de pájaros y el lejano gorgoteo del arroyo.

Era una hora intempestiva para su espalda, que ya aquejaba la falta de los cuidados nocturnos de Virginia y el reposo hasta casi la tercia hora. Se preguntó si Virginia estaría en su dormitorio. Era arriesgado comprobarlo. Antes necesitaba conocer los verdaderos motivos que justificaban la presencia de su amigo Daniel en El Salvador. Tenía un recuerdo vívido de sí misma curándole las heridas en ese hospital de campaña y la mirada de Daniel penetrando dentro de su cabeza.

«¿Cuánto tiempo podré ocultar la existencia de Virginia a los ojos del Cazador?»

Poco, temió. Pero Virginia era una chica de recursos probados. No le sorprendería encontrarla agazapada dentro del cajón diminuto de una mesita de noche.

—Buenos días, hermana. —La voz de Daniel había sonado tan cerca que dejó escapar un grito—. ¿Usted también se levanta antes que el gallo?

—¡Válgame el cielo, qué susto!

En una esquina del claustro estaba Daniel, sentado sobre un escalón y con una pequeña libreta de hojas amarillentas y cubierta negra en el regazo. ¿Desde cuándo estaba allí? Cerró la libreta y se incorporó despacio. Vestía un nuevo traje, algo más claro, y se había arreglado la barba con precisión. Gozaba de un aspecto más decente, incluso bien parecido, lo que se dice un hombre guapo.

Siempre lo fue, se dijo.

—Veo que está haciendo reformas.

—Los cambios justos para hacer este lugar un poco más habitable.

—Mucho más habitable, diría yo. Cambio de cortinas, manteles, despulgue de libros y muebles... Un lindo trabajo, hermana.

«Prepárate Emilia —se dijo intentando calmarse—. Ya viene».

—La ayuda de la muchacha será un regalo celestial —soltó de golpe el Cazador.

—¿Qué muchacha? No hay ninguna muchacha. —Las palabras salían atropelladas de su boca—. Estoy sola. Usted se confunde, padre. Le digo yo que se confunde.

—Calma, hermana. No voy a comérmela.

—Es que no hay ninguna muchacha.

—No podría gritar una verdad más fuerte que cuando miente.

—¿Que yo miento? Santa María.

Daniel se volvió a sentar en el escalón de la galería, con los pies sobre las losas pardas del patio cubiertas por una capa de nieve que él apartaba con movimientos juguetones de los zapatos.

—Hoy hace un día precioso, Emilia.

Con un gesto de mano, la invitó a sentarse a su lado. Ella accedió sin reparo. Notaba el trasero algo frío, pero la visión del silencioso claustro era privilegiada desde ese ángulo, extendiéndose frente a sus ojos el enorme patio interior, completamente blanco. Un par de columnas pareadas la separaban de Daniel, que permanecía con la mirada en el vacío y los brazos sobre sus rodillas. Tuvo la sensación de hallarse en un confesionario, con el párroco a un lado, ella en el otro y las columnas entre ambos a modo de rejilla.

—Cuando llegué me concedí unos segundos para escrutar este lugar —prosiguió Daniel—. Me sorprendió descubrir en el barro de la entrada dos pares de huellas: uno con forma de sandalia que compruebo que usted calza, y otro más pequeño.

—Huellas de Manuel. Viene todos los días a traer provisiones.

—No creo que a Manuel le guste llevar zapatos de mujer como los de esas huellas de un 38 escaso. Continúo, si me lo permite. El cielo sigue encapotado. Le recomendaría recoger la ropa del tendedero que hay cerca del huerto. Es una pena que se estropee esa blusa azul con encaje que lleva colgada desde ayer. Aunque puede que no le importe, puesto que no es de su talla.

El Cazador abrió su libreta y comenzó a garabatear sobre el papel con un lápiz. Con trazos precisos, terminaba de dibujar un plano a mano alzada del monasterio. Eso es lo que hacía cuando lo vio, pensó, proveerse de un mapa de

El Salvador.

—Sigo. En el suelo que hay cerca del horno de la cocina hay varias cabezas de cerilla. ¿Ha hecho fuego recientemente, hermana? No lo veo probable. Creo más acertado culpar a su compañera. La pobre habrá sucumbido al frío en algún momento. ¿Cómo se llama?

Daniel seguía siendo el perro olfateador que había dejado en Huesca diez años atrás. ¿Pero seguiría siendo su padre Daniel? Rezó para que así fuera sujetando entre los dedos el crucifijo de madera que colgaba de su cuello.

—Virginia. Su nombre es Virginia.

—¿Puede llamarla?

Con un impulso ciego Emilia se deslizó frente a Daniel de rodillas sobre la nieve. Notó el líquido, frío y húmedo, calándose a través del grueso tejido del hábito hasta mojarle las pantorrillas.

—Recurro a su amistad, padre Daniel.

—No soy sacerdote.

—Para mí sí. —Tomó la mano del Cazador y besó su dorso—. Usted es miembro del Opus Dei. *Ora et labora*. Esa muchacha convierte cada uno de sus actos, cada trabajo que realiza, en una obra de Dios.

—¿Por qué la esconde? —dijo recogiendo la mano hasta su estómago—. Espero que no sea republicana.

—Un republicano también puede amar a Dios.

Daniel se incorporó con mesurada parsimonia.

—Levántese —dijo Daniel trasladándose al interior de la galería.

Algo cercano había llamado su atención.

—No se lleve a Virginia, por favor. —Emilia volvió a cogerlo de la mano, ahora con más fuerza—. Ella es el sol que me calienta.

Con un movimiento, que quiso ser delicado sin conseguirlo, Daniel logró zafarse de la religiosa. El botón del puño de la camisa salió despedido, saltando hasta un montón espeso de nieve. Un botón blanco sobre nieve blanca. El Cazador miró con fastidio hacia el patio y luego a un trozo de hilo que colgaba en su puño. Estiró de la manga de la chaqueta y se entornó hacia Emilia:

—¿Sabe por qué estoy aquí?

La religiosa apretó los ojos y dejó brotar sus temores.

—Usted es el Cazador. Busca republicanos.

—¿Y si fuera así? —Daniel miró un instante hacia un extremo de la galería—. Durante la guerra usted los odiaba. Los odiaba más allá de lo imaginable, hasta que su obsesión le corroyó el cerebro. ¿Ahora esconde a una republicana bajo sus faldas?

—Ella es pura, don Daniel. Tiene que creerme.

—¿Sabe en qué situación me coloca esto? —Hubo una pausa—. Pero esta vez no busco rojos. Mucho menos muchachas escondidas en monasterios olvidados. No, mis razones son otras. Apela a nuestra amistad, pero soy yo el que acude a la suya. Más adelante sabrá cuál es mi misión aquí. Por el momento puede estar tranquila usted y esa jovencita que mira por la rendija de la puerta. —Daniel señalaba con el índice la celda de Virginia—. Por el momento.

La religiosa estrelló su cuerpo contra Daniel en un violento abrazo.

—Dios se lo pague en el cielo, padre. —Emilia se entornó hacia la celda—. ¡Sal, Virginia, un hombre de Cristo está en nuestra casa!

La puerta de la celda se abrió una cuarta acompañada de un chirrido, revelando el cuerpo menudo de la muchacha. Tenía las cutículas de los dedos tintadas de sangre. Emilia avanzó hasta la puerta y le acarició la cara. Varias lágrimas habían surcado aquellas mejillas de pétalos de rosa.

—Debe entenderla. Son tiempos duros para quien, como ella, la mancha del comunismo es aún reciente. Vamos Virginia, saluda al padre.

—¿Cuál es su nombre, señor? —musitó la joven con mirada huidiza.

—Vamos, muchacha. Sé que has escuchado toda nuestra conversación.

—Es prudencia lo que ve en ella —justificó la religiosa—. Pura inocencia. Dicen que la cara es el espejo del alma y la pobre no desmiente el dicho. La recuerdo al pie del huerto pidiéndome algo de comer. Por la noche, mientras rezo mis oraciones, me calienta las sábanas, y antes de levantarme ya tiene hecha la colada con un hábito limpio sobre la silla.

—Las piedras que le pido a Manuel también le gustan.

—Las piedras. Ya se me olvidaban. —Emilia parecía una chiquilla en mitad de la plaza un día de fiesta—. Todos los días Manuel trae un montón de piedras recién sacadas de la lumbre. Virginia las mete dentro de un brasero y calienta el hábito antes de que me lo ponga. ¿Es o no es un encanto?

—Y con las mismas piedras caliento un poco de agua para el desayuno y lavar platos. En cuanto llegue Manuel le preparo esa sopa caliente que pidió ayer. Se chupará los dedos.

—Pero muchacha —dijo Daniel sorprendido—, ¿desde cuándo espiabas?

Virginia se llevó las manos a la boca, como quien inútilmente lucha por atrapar las palabras que ya han volado. Miró a Emilia y las dos rompieron a reír inocentes.

La risa brincó contagiosa hasta Daniel.

Manuel tardó poco en aparecer. Hacía girar su gorra verde oliva, manoseándola nervioso con los dedos. Daniel se fijó en el contorno de la gorra,

toda llena de bolitas diminutas, fruto del roce.

—Como sigas así, te van a salir callos en los pulgares.

Los dos esperaban acomodados en una pequeña mesa. En el otro extremo las mujeres discutían sobre la mejor forma de darle cuerpo a una sopa de ave y verduras. Emilia insistía en que con un trozo de hueso de jamón, a lo que Virginia contestaba que ella era la que se encargaba de la cocina y más le valía a la religiosa no inmiscuirse en asuntos de sopas.

—Vaya chica con carácter —dijo Daniel en un intento de extraerle unas palabras al joven—. ¿No cree?

Manuel asintió. La gorra no paraba de girar.

—Por cierto —continuó—. Hay un asunto que debemos tratar. No me gusta perder a mis amigos en el monte. Así que estaré encantado de saber noticias de él.

—Yo no sé nada.

—Un hombre como tú, que sube a El Salvador un par de veces diarias, algo sabrá. No me irás a decir que es la primera vez que te encuentras con ese grupo de guerrilleros.

—¿Cómo sabe que son guerrilleros?

—Vamos Manuel, no me insultes. Si lo prefieres podemos acompañarte hasta el pueblo y preguntarle a la Guardia Civil. Seguro que estarán interesados en lo que puedas contar.

Daniel no tenía ni la más leve intención de volver a Lanuza. No mientras un comandante republicano, secuestrado en Hallstatt y rencoroso, pudiera estar acechándolo en una curva. Necesitaba extraer toda la información que el joven pudiera contener. Había recopilado suficientes datos esa mañana como para sospechar que su visita a El Salvador estaba a punto de revelarse muy prometedora.

La puerta de la cocina se abrió y apareció Bruno frotándose unos ojos llenos de legañas. El Caballero los miraba desconcertado. Parecía un pobre niño al que un amigo olvidó invitar a su fiesta de cumpleaños.

—¿Qué ocurre aquí?

—¡A callar! —ordenó Emilia obligándolo a sentarse—. La sopa ya está preparada. ¿Hace los honores, padre Daniel?

—Por supuesto —dijo sin interés por corregirla—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén —dijeron los demás.

—¡A comer! —dijo Daniel sin apartar la mirada del joven de pelo rizado.

EL PRISIONERO

El agua fría comenzaba a arrugarle las yemas de los dedos. Sujeto a un cabo anclado al costado del barco, Ahmed luchaba por no quedarse dormido.

Con su cuerpo menudo logró escabullirse de la cubierta en mitad de la carnicería, deslizándose entre la abertura de dos remos para caer sobre el mar. Un círculo amorfo y rojizo se expandía en torno a él sobre la superficie del agua. Era la sangre de los corsarios que embadurnaba su cuerpo por completo y algún trozo de intestino flotando a la deriva. Permaneció varias horas de ese modo, sin atreverse a realizar ningún movimiento, hasta que los ruidos desgarrados de los moribundos se convirtieron en silencio maldito.

Tiritando y exhausto, pensó en soltar el cabo y dejar que el agua lo engullera

ofreciéndole una cama de arena en el fondo del mar. Cerró los ojos y escuchó la voz de su amigo Kar. Hasta muerto lo protegía.

—Esta es una galera bastarda —dijo Kar en una de sus lecciones instructoras—. La mayor galera bastarda de todos los tiempos. No pienses que sabes algo de ella por haberla visto en puerto. La mayoría aquí solo conocen su fama.

—¿Por qué la llaman galera bastarda?

Kar se limpiaba las uñas negras con la punta del puñal.

—Imagina que un rey fornicaba con una granjera —comenzó su amigo sentándose sobre un saco de harina—. Tendrían un hijo bastardo que habría heredado rasgos de los dos. Digamos que La Real es la hija de una galera común y una galeaza. De la primera habría heredado parte de su excelente maniobrabilidad; aunque de su padre, la galeaza, ha tomado una panza más ancha y pesada, además de una dotación mayor de cañones. Pero que eso no te lleve a engaño. En una batalla no verás a La Real escondida en la retaguardia como su padre el rey. De eso nada. La hallarás en plena vanguardia, deseando ensartar con su robusto espolón el costado de un barco turco hasta partirlo por la mitad. —Kar acarició los maderos del barco con sus dedos—. Me maravilla el modo en que hombres y mar caminan cogidos de la mano. ¿Sabes quién es Juan de Austria?

—El antiguo propietario de este barco. Eso sí lo sé.

—Comandó La Real en la legendaria Batalla de Lepanto. Era la punta de una flecha de galeras que fue erosionando el ejército turco hasta hacerlo huir. Más de doscientas galeras, incluidas galeazas con sus castillos de proa repletos de cañones. Imagina toda la artillería volando sobre esta misma cubierta, en pleno centro de un huracán de destrucción. Y aquí la tienes. Un poco maltrecha pero viva y a flote. Igual que su comandante, don Juan de Austria. ¿Sabes quién es su padre?

—¿Algún noble castellano de alta cuna?

—Más que noble. Es el emperador Carlos V. —Kar dejó de limpiarse las uñas y se levantó, dejando el molde de su trasero impreso en el saco—. Juan de Austria es hijo bastardo del gran rey. Igual que su barco. Dos grandísimos bastardos.

Ahmed abrió los ojos de golpe, despertando de un sueño incrustado en aguamarina.

«No es tu barco, don Juan», dijo apretando los puños en torno al cabo.

Un impulso salvaje avanzaba dentro de su pecho. Deseaba con todas sus energías hundir aquel barco. Respiró profundo y su rabia mermó lo suficiente para dejarle pensar con sensatez.

«La Real ya no te pertenece, bastardo. La perdiste en Mesina. Se hundió en el

Mediterráneo y ha renacido. Ahora es la *Venganza del Sultán*. Es hora de que haga honor a su nombre».

La noche cayó pronto.

Se escuchaban cercanas las voces de la tripulación. Entre risa y risa, el choque de jarras de vino. Tres metros más abajo Ahmed castañeaba sus dientes aterido de frío.

Miró a la derecha y creyó ver las luces de unas antorchas. Faroles de la costa tunecina, supuso, aunque podían ser luces de otras embarcaciones. Recordó las siete naves que acompañaban a la rebautizada *Venganza del Sultán*.

Huir a nado no era opción sensata.

«Necesito un bote —se dijo dando varias brazadas sobre el agua serena—. Tengo que regresar a la nave».

La *Venganza del Sultán* mostraba desde su posición un aspecto muy diferente. La riqueza del interior, con sus adornos dorados y metales bruñidos, daba paso a un revestimiento de barcaza deshecha. De proa a popa el costado estaba cubierto de profundas hendiduras mal reparadas y rellenas de brea. Era el rastro dejado tras la batalla por una reparación urgente.

Ahmed imaginaba la galera como la gran vencedora de Lepanto, levitando victoriosa sobre las aguas y bañada en oro reluciente. La realidad mostraba un casco débil cubierto por pintura roja que se desprendía en costras al menor roce.

Siguió dando brazadas, avanzando hacia popa. Allí estaba la zona más lujosa de la nave, cerca de la carroza. Los faroles originarios habían sido sustituidos por otros de hojalata y las ricas pinturas de ángeles y escenas bíblicas estaban recubiertas de amarillo con brochazos rápidos.

Palpó hasta localizar lo que buscaba, una escalera posterior que ascendía. Agazapado como un gato subió peldaño a peldaño hasta alcanzar la superficie de la cubierta. A su izquierda estaba la carroza de popa. Imaginó a Hizir disfrutando de un sueño apacible dentro de ella y a Ahmed entrando sigiloso para abrirle la garganta. El falso corsario emitiría un gritito burbujeante por su nuevo orificio.

«Un bote —se repitió—. Necesitas un bote y huir lo más rápido que puedas. No hay tiempo para el placer».

Escuchó un sonido amortiguado de voces airadas. Se tapó la boca con las dos manos, apretando fuerte la mandíbula para que no temblara.

El sonido procedía del interior de la carroza. Ahmed recordó las visitas a su interior. Si se acercaba un poco más escucharía la conversación con la misma claridad que si fuera uno de los interlocutores. No pudo evitarlo, avanzó agazapado hasta ella, buscó la unión entre dos paños de tela y echó un vistazo.

—Mi puesto está dentro de esta carroza. —Se trataba de Hizir, vagabundeando por la carroza con las manos en sus caderas—. Ahí fuera no soy bienvenido.

—Yo creo que no puedes ser tratado mejor. —La sombra de su interlocutor se proyectaba danzante sobre la lona opuesta—. Vistes bien. Tienes un colchón con pocas pulgas. Comes como un señor toda la carne y fruta que se te antoja pese a que eres un soldado raso dentro de nuestra Orden. Yo creo que eres muy bienvenido.

—¿Sabes cómo me llaman? —Hizir miraba el suelo como una gárgola de piedra inanimada—. La Puta de Argel.

—Conoces a los muchachos. Les gusta poner motes a todo. Un día descubriré cómo me llaman a mí y le arrancaré la lengua al primero que se lo escuche. Además, La Puta de Argel no está tan mal. Los conozco peores.

—No es un mote. Es una humillación. Llevo cuatro años metido en una galera argelina sacándole información al capitán de la taifa corsaria. He tenido que cortarme el prepucio y rezar cinco veces al día como un hereje. Cuatro años convertido en otra persona. ¿Y qué tengo a cambio?

—Lo dices como si hubieras picando piedra durante ese tiempo.

La sombra sobre el paño de tela se movió de repente tornándose más pequeña. Su propietario entró en el campo de visión de Ahmed para tomar unos papeles guardados dentro de una cómoda. Su espalda era ancha y sus movimientos tranquilos.

—No tienes manos de picapedrero —continuó.

—Hay trabajos peores que el de una mina.

—Y todos ellos serán recompensados por el Gran Maestro.

El cristiano de espalda ancha se sentó junto a la mesa central, humedeciendo una pluma en tinta. Su rostro estaba iluminado por la tenue luz de un candil de aceite, proyectando una sombra que le ennegrecía los ojos. Comenzó a escribir algo en el papel.

La voz serena del cristiano comenzó a agitar el pulso de Ahmed. Era el tipo que había cortado la garganta de Yakub. Ahmed quiso esconderse, pero algo le mantenía pegado a la carroza.

—Sé que buscas el *ius novilitandi* del Gran Maestro —añadió—. Pasar cuatro años al servicio de un corsario viejo como su puta particular se antoja una cárcel eterna para cualquiera, es cierto; pero no es nada para quien naciendo un pequeño ratón quiere convertirse en un halcón sobre el brazo del Gran Maestro.

Hizir miró al cristiano con los dedos tensos sobre la superficie de la mesa, como queriendo incrustarlos en la madera a modo de clavos. Su compañero seguía escribiendo.

—Me parece una recompensa justa —dijo Hizir.

—No hay más justicia para un Caballero de San Juan que servir a la causa de Cristo. En eso somos muy diferentes. Tu misión ha durado cuatro años, y la vives como un pesar. La mía y la de mis cinco muchachos ha durado quince, recorriendo el desierto hasta Argel; y, no obstante, la vivimos como un honor. El rostro orgulloso del Gran Maestre Pierre será nuestra recompensa.

Hizir deslizó los dedos hasta recogerlos y cruzar los brazos. Sus ojos estaban punzados de cólera, y su lengua también.

—Espero que ese prisionero que le lleváis haya merecido la pena.

El cristiano de espalda ancha detuvo el trazo de la pluma para mirar a Hizir con el rabillo del ojo.

—Estoy seguro de que la merece —dijo el cristiano—. En lo que a ti respecta, recordaré ensalzar tu sacrificio ante Pierre cuando tenga ocasión. ¿Te place así?

—Eso espero. Movilizar a cientos de Caballeros y hacerlos pasar por esclavos no es nadería. Privar a nuestra Orden de un Caballero infiltrado en las tripas de la taifa corsaria tampoco. Puede que al Gran Maestre no le guste que me hayas desperdiciado para llevarle un solo hombre.

Tras un instante de silencio, el cristiano de espalda ancha movió sus ojos de nuevo al papel y continuó escribiendo.

—No temas por eso —dijo mojando la pluma en el bote de tinta—. Pierre estará encantado con lo que le llevo.

Ahmed percibió un movimiento cercano por su costado derecho. Como una rana huidiza, brincó dos escalones más abajo y se agazapó. Levantó la cabeza un palmo y vio a otro cristiano acercándose a la carroza de popa portando una bandeja pesada. Escuchó el ruido de una cortina al abrirse y después cerrarse.

«Un nuevo despensero. Les estará sirviendo la cena. O rellenando las jarras de vino».

El estómago le rugió, encogiéndole la barriga como un melón aplastado por una mano gigante. La tripulación estaba tumbada en el suelo de madera luchando por no vomitar el atracón de comida y vino dispensado tras la matanza de corsarios; mientras, Ahmed luchaba para que los rugidos no los despertaran.

Alargó un poco más el pescuezo para echar un vistazo al resto de la cubierta. La mayoría de la chusma se hallaba contando viejas correrías con mujeres licenciosas, o terminando de sorber las gotas de algún brebaje derramado sobre los listones de madera sucia. Si se mezclaba con ellos ninguno notaría la presencia de un moro en mitad de la noche oscura.

Había un pequeño esquite amarrado con sogas de cáñamo. Con un cuchillo o una espada bien afilada podría cortarlas. Respiró profundo y se incorporó.

«Vamos allá —se dijo acariciándose la barriga—. Soy un cristiano borracho

más».

Avanzó sorteando los cuerpos adormilados. Un hombre casi desnudo lo miró con ojos vacíos ofreciéndole una jarra, pero se arrepintió. Al intentar beber, el cristiano derramó la mitad del contenido sobre su cara barbuda y comenzó a roncar.

Siguió avanzando hasta encontrar la entrada a la bodega. Bajó por la escalera y penetró en la despensa. Cogió un cuchillo curvo con dos cuartas de largo y una talega donde introdujo toda el agua y comida que cupo dentro. Si lograba huir, la travesía hasta tierra sería larga. Ir surtido de provisiones suficientes era esencial. Cerró la puerta de la despensa e inició el regreso a cubierta.

Entre los peldaños de la escalera divisó, al otro extremo de la bodega, la puerta de la armería, iluminada por la luz de la luna filtrándose entre los tablones. Le sorprendía que la bodega estuviera vacía. Notó el calor sofocante que flameaba ascendente. Allí dentro, después de un día entero bajo el sol, cualquier hombre hubiera muerto deshidratado. En La Real no había carestía de espacio precisamente. Tras la matanza, la chusma y los falsos jenízaros disponían de todo el espacio que quisieran sobre la refrescante cubierta.

Ahmed se preguntaba si el prisionero continuaría encerrado dentro de la armería.

—Estará de nuevo sediento —se dijo—. Esos bastardos no le habrán dado ni agua.

Rodeó la escalera y recorrió la panza de la bodega a toda prisa hasta llegar al extremo opuesto. Buscó dentro de sí mismo una razón para su actitud sin encontrarla. Lástima o el impulso de desafiar a sus captores. Los cristianos afirmaban haber realizado un enorme esfuerzo para capturarlo y conducirlo hasta un tal Pierre. Ignoraba su identidad, pero aquel hombre no resistiría mucho en tales condiciones.

Colgado de un clavo oxidado y retorcido había un manajo de llaves. No había nada que vigilar, razonó Ahmed. Todos los corsarios estaban muertos.

«Casi todos, desgraciados. Olvidáis al corsario ladrón».

Tomó las llaves, que repicaron suavemente, y abrió la puerta. El prisionero estaba encerrado tras las rejas, durmiendo. Habían tenido la decencia de introducirle un cubo con agua. Buscó la llave adecuada y la hizo girar dentro de la cerradura.

El prisionero se despertó de un salto, acurrucándose en un rincón. Los dos se miraron unos segundos. El hombre era un esqueleto recubierto de piel, un fantasma difuso que se mimetizaba con las sombras. Sintió pena por él.

—¿No habrás visto unas joyas por aquí, verdad? —le dijo.

El huesudo no le comprendía. Ahmed contempló otra vez su cuerpo ruinoso.

Se giró y salió de la armería sin mirar atrás.

«Su destino no es de mi incumbencia —se dijo—. Nadie me puede exigir que haga más por él. Ni hombres vivos, ni muertos».

Arriba todo seguía igual.

Observando el esquiife llegó a la convicción de que un tajo fuerte y seguro sobre el cabo que lo aprisionaba haría que cayese al mar limpiamente. El ruido no sería más que un chapoteo enmarañado con el oleaje y las últimas risas borrachas.

Extrajo el cuchillo y asestó un corte preciso con él. El esquiife cayó pesado, golpeando con su barriga sobre la espuma batiente. Sujetó el saco de provisiones y se dispuso a saltar al agua. No era un corsario temeroso de perder la vida y cubierto de sangre como la tarde pasada. Era Ahmed, el «por una vez afortunado».

Una mano lo agarró del antebrazo.

«Maldito Ahmed —se dijo entre dientes—. Eres un bocazas bravucón y estúpido».

Hizir lo sujetaba colocando la punta de una espada en su gazonate.

UNA OVEJA MUY LANUDA

La cocina era un puñado de grillos dentro de una caja de zapatos con sus inquilinos frotando las patitas ruidosas. El desayuno dio paso a una amena tertulia salpicada de anécdotas, algunos chistes demasiado picantes y un par de historias que Virginia se esmeró en dramatizar. La oveja del rayo fue la más solicitada por una insistente Emilia coreando su título. Allí mismo, sobre la mesa, la chiquilla improvisó un teatrillo de marionetas donde escenificó el relato. Una botella de leche se convirtió en pastor. Seis magdalenas duras mutaron en ovejas. Diminutos trozos de papel eran lluvia. Emilia ofreció el cordón arrollado en su cintura para que interpretase al temido rayo. El mantel verde manzana fue la hierba y la propia mesa el monte sobre el que la historia daba su inicio.

—Shhhhhh —advirtió Virginia con un dedo sobre sus labios y la otra mano en alto—. La historia de La oveja del rayo va a comenzar.

—Es mi preferida —informó Emilia a su amigo Daniel—. Calle, que ya empieza.

«Juraría no haber abierto la boca —se dijo el Cazador».

Apelmazados contra la alacena de la estrecha cocina, el público esperaba ansioso. Sentada en una silla con asiento de mimbre estaba Emilia, dando pequeños aplausos insonoros. Tras ella, los tres hombres permanecían de pie, con Daniel apretujado en una esquina.

—Un día gris de primavera caminaba un pastor por el valle —comenzó Virginia, adelantando la botella de leche sobre la superficie de la mesa—. Las nubes amenazaban tormenta, pero el pastor desoyó todo aviso y decidió llevar sus ovejas a pastar. —Las seis magdalenas fueron avanzando por la mesa hasta situarse junto al pastor—. Tomó dirección al monte Argualas buscando un pequeño llano donde solía crecer buena hierba. Al borde del Charco del Ciervo se sentó, dejando que sus ovejas disfrutaran de un banquete de trébol blanco. Se recostó unos minutos, pues estaba cansado por la subida y allí mismo se durmió. Al despertar descubrió que la siesta se había prolongado demasiado pues unas

nubes negras estaban sobre ellos. Un ruido llamó su atención. —Virginia agarró una de las magdalenas y le dio un fuerte pellizco, arrancando un trozo que luego dejó sobre el mantel—. Era un corderito recién parido y precioso. Su madre lo lamía con dulzura. Entonces, un trueno rugió en lo alto del cielo presagiando la descarga. —La chica tomó el montoncito de trozos de papel y poco a poco fue liberándolos sobre la mesa como si de lluvia se tratara—. Una gota. Dos gotas. ¡Treinta gotas! Una tormenta descargó sobre ellos mientras el cielo no dejaba de rugir. Temeroso, el pastor tomó al cordero entre sus brazos y corrió a refugiarse del aguacero. —Virginia había tomado el trozo de magdalena y, a modo de cordero, lo colocó sobre la boca de la botella que hacía de pastor—. En su carrera, el buen hombre tropezó con unas raíces y cayó al suelo, rodando y rodando ladera abajo hasta caer al vacío. —La botella y su improvisado tapón habían saltado de la mesa hasta el suelo en manos de Virginia—. Pero no temáis por ellos, queridos amigos, pues nada malo les ocurrió. Al levantarse de la caída, el pastor comprobó que el cordero aún se encontraba entre sus brazos, todo él temblando. No había caminado más de tres pasos cuando, apartando unas ramas, encontró una pequeña oquedad escarbada en la roca caliza por los dedos de la madre naturaleza. Pastor y cordero se refugiaron en ella para escapar de la lluvia. El cielo enfurecido tronaba sin descanso. Una promesa hizo el pastor. Testigo de ella fue el monte Argualas y un precioso corderito blanco. «Llévame sano y salvo junto a mi familia, Señor», dijo el pastor. «Reúneme de nuevo con los míos y el resto de mi vida quedaré en deuda. Un altar para tu Gloria alzaré si así cumples». Un trueno sonó en el cielo, el más fuerte y cavernoso jamás escuchado. ¿Sería la respuesta del Creador? Sea como fuere, la lluvia comenzó a disminuir y, cesada la tormenta, volvieron al Charco del Ciervo. Pero al llegar, escuchad amigos lo que encontraron. Un rayo había caído sobre el rebaño de ovejas, cabalgando sobre sus lomos de una a otra, empapadas de agua y abriendo sus carnes como Moisés abrió el mar Rojo. Solo una se salvó: el pequeño cordero en sus brazos. «Estamos arruinados, esposa mía», le dijo a su mujer al llegar a casa. Los días pasaron y nada tenían para comer. Pensó en vender el cordero, pero, mirando sus ojos asustados, no tuvo fuerzas. Sin embargo, había hecho una promesa que debía cumplir. El cordero creció fuerte y hermoso pese a la escasez de alimento con la que fue criado. Con el primer esquilado consiguió unas pocas monedas que el pastor tuvo a bien gastar en la compra de unas herramientas. Subió hasta el Charco del Ciervo y allí mismo comenzó la construcción de unos toscos cimientos. Tan férrea era su convicción en el cumplimiento de la promesa, que se propuso alzar allí mismo una capilla. Los gritos de su mujer lo despertaron a la mañana siguiente. «Un milagro, querido esposo», le dijo. «Un milagro». Balandando en el corral estaba su oveja, cargada de

lana otra vez. Lágrimas de alegría corrieron por las mejillas del pastor. Todas las tardes la oveja era liberada de su lana y todas las mañanas los despertaba con más de una cuarta de pelo espeso, blanco como la leche. La oveja, que resultó ser una hembra, tuvo un cordero al poco tiempo. Y luego otro y otro más, todos ellos con la milagrosa cualidad de hacer crecer su lana durante el transcurso de la noche. Dicen que el pastor se convirtió en un hombre rico. Dicen que su fortuna no cabía en ningún banco. Lo cierto es que con parte de ella terminó de construir una iglesia cerca del Charco del Ciervo y que la llamó...

—¡El Salvador! —gritó Emilia entre aplausos.

—El Salvador —confirmó la muchacha.

—¡Otro, cuenta otro! «El oso de Cueva Lagartija». No, «Las siete mozas con lazo azul».

Daniel seguía observando desde su rincón, junto a la esquina de la alacena. Desde allí observaba a los presentes con ojos olfateadores.

—Yo quiero escuchar otra historia —dijo el Cazador mirando a Virginia.

—¿Cuál don Daniel? —preguntó ella—. Espero conocerla.

—Estoy seguro de que sí. —Tomó un trozo de pan ubicado en uno de los estantes de la alacena y lo engulló—. Quiero escuchar La leyenda del judío errante.

La montaña de basura se alzaba imponente delante de los ojos de Daniel, con una peculiar composición de libros enmohecidos y piedras de gran tamaño. Le maravillaba comprobar cómo aquellos restos inservibles radiografiaban la vida de los inquilinos del monasterio. Un buen montón de basura puede ser más fiable que el mejor de los espías, se dijo cerrando su cuaderno.

—Ya estoy aquí —dijo Bruno limpiándose las manos húmedas con el forro interior de los bolsillos.

Virginia resultó ser una perfecta narradora de la leyenda del judío errante, la versión local de la misma al menos, que aunque difería de la historia de los beduinos Ta'amireh, también guardaba inquietantes similitudes. Consistía en una larguísima sucesión de estrofas rimadas.

La leyenda se alargó durante más de una hora, revelando la prodigiosa memoria de la chica, y a Daniel algo más: Virginia estaba acostumbrada a recitar el poema. Muy acostumbrada, manejando los objetos sobre la mesa con una maestría de titiritero experto. Se preguntó cuál sería la razón. Esta vez los objetos escogidos fueron una botella de vino, el alfiler de la corbata de Bruno, un crucifijo de madera que Emilia llevaba al cuello y la gorra de Manuel. La musicalidad recurrente del poema avanzó machacona en los oídos de Daniel

hasta llegar a unos versos que agitaron una campana en su cerebro.

Este libro con apego
a buen cobijo guarda,
inmune a viento y agua
ni prende con el fuego.

«El libro —se dijo Daniel mirando a Bruno—. Es el libro que buscamos».

El Caballero le devolvió la mirada con la misma afirmación brillando en sus ojos. Diez estrofas posteriores, concluía el relato lanzando una advertencia.

Su refugio es El Salvador.
Nadie perturbe su descanso
pues allí encontró un remanso
lleno de paz, liberador.
Ya conoce, caminante,
esta historia que es leyenda.
Quizá con ello aprenda
La leyenda del judío errante.

Tras finalizar, Daniel comprobó que el efecto sobre los asistentes resultó ser muy diferente al logrado con la primera. Manuel fue poseído por una prisa inexcusable que le obligaba a partir de regreso a la aldea. Emilia hacía rechinar sus dientes y Virginia estaba algo indispuesta. Bruno, por el contrario, se mostraba risueño. El Caballero había disfrutado cuando la manipulación de los objetos obligaba a la chica a mostrar un canalillo mayor del aconsejado o una visión de su retaguardia poco decorosa teniendo en cuenta el teatro sacro donde se representaba la historia.

Nada más acabar el relato y devolver los objetos a sus propietarios, Virginia confesó sentirse indispuesta. Abrió la puerta de la cocina y desapareció tras el montón de escombros. Regresó pronto, con la cara pálida y un brillo sudoroso en la frente. Acompañada por el Caballero, pidió disculpas y fue a recluirse en su celda.

Daniel se encontraba ahora en ese mismo montón de basura, analizando restos de magdalenas, leche y otros fluidos de un vómito gelatinoso.

—Si Virginia necesita un guardaespaldas —le dijo a un risueño Bruno—, tendré que arrendarle tus servicios.

—¿Desde cuándo soy tu guardaespaldas?

—¿Qué detective sería sin tener uno?

—Hércules Poirot, por ejemplo. Siempre actúa solo.

—Válgame el cielo, señor Casteldolfo. ¿Le gusta Agatha Christie?

—Me encanta esa mujer. Sus novelas, quiero decir. Sobre todo las protagonizadas por Poirot. Qué tipo ese.

—¿Conoces Diez Negritos? Nuestra aventura se parece demasiado a su novela.

—¿En qué se parece?

—¿No ves la similitud entre El Salvador y la Isla del Negro? Añadamos una chica vomitando que sería el primer negrito indispuerto. La leyenda del judío errante hace las veces de canción funesta sobre la chimenea. Los guerrilleros del monte son el mar que nos impide escapar y lo rematamos con un patente sentimiento de culpabilidad flotando en el aire.

—¿Culpabilidad?

—Caballero —dijo Daniel echando tierra con el zapato sobre el vómito—. Puede que no te hayas dado cuenta mirándole las tetas a esa chica, pero todos en este monasterio esconden algo.

—¿El qué? —dijo Bruno con el rubor coloreando sus mejillas.

—No lo sé. Pero voy a descubrirlo.

Media hora más tarde, el Cazador y su Caballero se hallaban sentados alrededor de una gran mesa de nogal. Habían dado instrucciones precisas de no ser interrumpidos tanto por ojos presentes como por escondidos. Emilia, con ceño fruncido, desistió de entender las razones del aislamiento y se alejó renqueante dejando a los dos hombres en el interior de una pequeña sala capitular, muy próxima a la capilla derruida donde apareció el arcángel Miguel. La ubicación permitía tener todas las celdas dentro del campo de visión a través de una cristalera hecha añicos. Extrajo su cuaderno y lo depositó sobre la mesa.

—Pongamos en orden este puzle —dijo alisando suavemente las páginas.

—Me temo que no tengo muchas piezas que aportar, Daniel. A veces me siento inútil.

Bruno miraba a la nada desde un costado de la mesa, con los puños cerrados sobre su superficie.

—Todos tenemos un don —le animó Daniel—. De partida, no hubiera logrado llegar hasta aquí sin tu ayuda. Una ayuda recurrente en las últimas semanas. Apuesto que tu mejor virtud aún está por ser revelada.

—Estúpido adulator —conminó Bruno con las comisuras de su boca esbozando una sonrisa—. Empieza a largar por esa boca. ¿Qué tienes para mí, Poirot?

—Cada día que pasa me caes mejor, grandullón. —Eché un vistazo por las cristaleras—. Repasemos lo que tenemos hasta ahora, comenzando por la leyenda que todos conocemos. Cristo iba caminando hacia el Calvario para ser crucificado. Pasa delante de una tienda regentada por un judío. Le pide agua, pero el judío se la niega. Cristo le dice «yo caminaré hacia la cruz, pero tú me acompañarás hasta el día del juicio final». Lo recito de memoria tal como lo aprendí en el seminario omitiendo detalles, pero el contenido es más o menos ese. Resulta y sucede que el judío adquiere la inmortalidad en ese momento, viéndose obligado a caminar por el mundo sin detenerse jamás hasta el fin de los tiempos. Esa es la versión católica de la leyenda, por decirlo de algún modo.

—Me suena bastante —confesó Bruno—. ¿No hicieron una película?

—Recuerdo una novela de Eugene Sue.

—Te digo que hay una película sobre el judío errante. Sale el tipo ese de *El gabinete del doctor Caligari*. Sí, hombre. El que aparece también en *Casablanca*.

—Vuelas demasiado —cortó Daniel—. Baja, Bruno, baja. Cerremos habitaciones en lugar de abrirlas.

—Tienes razón.

—Sigamos con nuestras leyendas.

Daniel hojeó su libreta hasta encontrar un encabezado con letras mayúsculas temblorosas.

«LA LEYENDA DEL JUDÍO ERRANTE (TA´AMIREH)».

El nombre de la tribu beduina aparecía con tinta azulada y trazos precisos. Lo había añadido con posterioridad. A continuación se encontraba manuscrito el relato completo del Lobo, tomado a la ligera dentro de la tienda de los Ta´amireh y con letra endiablada, deforme.

—Esta es la historia del judío narrada por el chico.

—Sí. Recuerdo al Lobo dictándola tras inspeccionar la cueva.

La voz de Bruno sonaba quebrada.

«Y tras la muerte de Elio —recordó Daniel».

El Cazador sabía que esa era la imagen que hacía zozobrar la voz del Caballero. Avanzó varias páginas hasta focalizar el siguiente encabezado, dejando atrás un par de hojas llenas de garabatos e ilustraciones que picaron la curiosidad de Bruno.

—Y aquí tenemos la historia de Virginia —dijo Daniel.

Otra sucesión de palabras en letras mayúsculas precedía la transcripción resumida de la nueva leyenda, un relato en versos rimados.

«LA LEYENDA DEL JUDÍO ERRANTE (LANUZA)».

—El inicio de esta versión es igual al de las otras dos: un judío le niega agua a Cristo y es condenado a errar por el mundo hasta el fin de los tiempos. Pero la diferencia es lo que ocurre a partir de ese momento. En el relato del Lobo el judío se marcha a Qumrán; sin embargo, en esta versión sus pasos le conducen hasta España. Mira qué capricho. Una vez aquí, todo el mundo lo persigue para conseguir su poder: una sangre inmortal que recorre su cuerpo y con el don de convertir en eterno todo aquello que toca o cubre. «Todos los buscan sin discusión para obtener su poder», como dice el poema de Virginia. Perseguido como se siente el tipo este, se ve obligado a esconderse en mitad del monte Argualas, dentro de una cueva que, mire usted la casualidad, está cerca del Charco del Ciervo, en Lanuza. «Por ello se ha de esconder, hasta que llegue el Armagedón». Allí vive oculto hasta que Cristo regrese con fuego y lava cayendo del cielo anunciando el fin de los tiempos, el Armagedón. ¿Ha prestado atención, caminante Casteldolfo? Esa es la leyenda del judío lanucero. Por cierto, no sé si te has dado cuenta, pero las dos leyendas comienzan igual.

—Caminante —dijo Bruno acercando su nariz al cuaderno.

—Exacto. —Daniel hojeó la libreta hasta regresar al relato del Lobo—. Presta atención caminante.

Bruno no pudo detener el impulso de recitar los últimos versos de la historia narrada por Virginia:

—Quizá con ello aprenda la leyenda del judío errante.

—De eso se trata, compañero —apostilló Daniel—. Así que avancemos a partir de aquí.

Estaba disfrutando como un colegial. Se sentía como el famoso detective de la entrañable Agatha, justo en ese momento donde el lector sabe que el tipo ha resuelto el crimen y solo queda escuchar la fascinante explicación. Fallaba el detalle más importante: no tenía la solución del caso; pero se sentía exultante, conecedor de que había recogido del suelo el primer par de migas de un largo camino que anhelaba recorrer. Una de las migas era la enigmática frase que giraba en su cabeza constantemente.

«Que el judío errante te lleve —se dijo—. Que el judío errante te lleve. ¿Por qué esa frase?».

Seguía siendo un enigma fraccionado en mil piezas. Dos versiones tan diferentes del relato protocristiano unidas por esa simple frase. Miles de kilómetros entre ellos, siglos separándolos, dos culturas opuestas, pero todo unido por esas palabras. Recordó al tabernero de Lanuza y a los clientes

coreando sus palabras. La próxima vez que viera a Manuel tendrían una charla y ninguna obligación inexcusable podría librar al joven de ella.

En una hoja en blanco Daniel hizo tres columnas, una para cada versión de la leyenda. En connivencia con el Caballero fueron anotando en la columna respectiva lo que conocían sobre cada versión, fabricando de ese modo un mapa mental que los guiase.

«Sí, pero un mapa hacia dónde»

—Tres historias con el mismo inicio, pero con finales diferentes —dijo Daniel mientras pensaba—. Un inicio. Tres finales. Tres direcciones. Tres de uno.

—La Trinidad —susurró Bruno—. Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—Tres direcciones —repitió Daniel entornándose hacia la vidriera resquebrajada.

Una manta de nieve blanca brillaba perlada y centelleante sobre el patio. No se sorprendió al encontrar sobre ella una sombra antropomorfa proyectada por el sol.

—Vamos Bruno. Salgamos de aquí.

—¿Dónde vamos?

—A seguir los pasos de un pastor y su oveja. —Daniel tomó el cuaderno negro devolviéndolo a su chaqueta—. Sigamos a La oveja del rayo.

El agua fría discurría tranquila bajo los tablones del estrecho puente. Una base de cemento conformaba su esqueleto como un dinosaurio que hubiera muerto mientras cruzaba el gorgoteante arroyo. Sobre sus huesos grises había una piel de madera crujiente cubierta de musgo. El trasiego de pasos y las ruedas de carro sobre ella habían difuminado la superficie en una masa batida y mezclada con barro.

—Una iglesia cerca del Charco del Ciervo —dijo Daniel recordando el relato de La oveja del rayo—. Delante tenemos la iglesia, y bajo nuestros pies el arroyo que debe partir de ese «charco». —El Cazador extendió un dedo hacia un claro que se adivinaba hundido cerca de unos pinos albares, cincuenta metros monte arriba—. Allí debe estar el Charco del Ciervo. Desde él el agua se desliza tranquila hasta aquí antes de caer al vacío.

La mano de Daniel señalaba ahora en dirección contraria. Junto al puente, el agua caía embravecida por un desnivel vertical moldeando formas caprichosas en la nieve de su cauce.

—El pastor tropieza con unas raíces llevando el cordero en sus brazos — continuó—. Si cayó por aquí debió darse una buena zurra.

—Daniel. ¿No tomarás en serio la historia de la oveja?

Bruno lo miraba asomando los ojos a través de una rendija entre el abrigo y su sombrero. Por la abertura emanaba vapor blanco.

—Nada es casual. Todo cuento parte de una realidad. El narrador la deforma hasta crear su propia historia. Al final todo queda interconectado, como esa leyenda del judío. Solo nos queda separar la paja del grano.

—¿Y lo vamos a hacer congelándonos aquí fuera?

—Claro que no, grandullón. —El Caballero se giró hacia el monasterio para iniciar el regreso—. Lo haremos bajando la cascada.

Bruno dejó de respirar.

Una estrecha vereda de trazado casi vertical circundaba la cascada hasta conducirlos a una gran poza. Habían recorrido solo unos pasos sobre la nieve, pero los zapatos ya estaban calados por completo.

—¿Qué buscamos allí abajo?

—Cuando llegemos lo sabrás. —Daniel iba caminando en primer lugar, apartando con dificultad ramas de abeto—. ¿Sabes qué pienso de esas tres historias sobre el judío? Que no son tres. Es sola una.

—A mí me parecen bien distintas.

—La de Lanuza es un poema en verso. ¿Por qué crees que es así?

—¿Para que suene más bonito?

—Cierto, suena bonito. Lo mismo pensarían en el Siglo de Oro. Tirso, Lope, Calderón y después Espronceda o Zorrilla; estrujándose sus privilegiadas cabecitas para crear versos porque así sonaba más bonito. Una larga tradición literaria que nos lleva hasta hoy. Por ello no me sorprende que la versión española de la leyenda adopte la forma de unos versos. Del mismo modo, la leyenda Tá'amireh incluye localismos propios de sus gentes ubicando el centro de la acción en pleno desierto. Tiene cierto aroma a literatura de Oriente Medio. Ahí está la mano del narrador, dando sus pinceladas coquetas mientras narra la historia al calor de una hoguera. Y no es lo mismo una hoguera en mitad de un desierto que en el recodo de un monte pirenaico. Pero las dos son la misma historia, no hay duda.

Habían llegado a la base de la cascada. Allí la piedra recibía el envite del agua horadando en ella una piscina natural de cómodas dimensiones para un par de bañistas. Finas agujas heladas se clavaban en sus rostros con cada salpicadura.

—Ya hemos bajado —dijo Bruno suspirando—. ¿Me dices lo que hacemos aquí?

—Mira hacia arriba.

El estruendo del agua chocando contra la piedra apenas dejaba oír la voz del Cazador.

—¿Qué tengo que ver? —gritó Bruno para hacerse escuchar.

—La piedra. Todo este monte es un enorme bloque de piedra caliza. El agua de lluvia disuelve la roca provocando pequeñas fisuras por las que penetra más agua. Dale unos milenios y creará una cueva para que un pastor y su cordero se refugien de la lluvia. O para que un judío se esconda hasta el fin de los tiempos.

—¿Hemos bajado hasta aquí para oír eso?

—Y también para estar solos. ¿No percibiste que en la sala capitular nos espiaban?

Bruno miró instintivamente hacia arriba. Un costado completo del monasterio asomaba entre la maleza. La visión de El Salvador desde esa posición lo convertía en un enorme gigante. Recorriendo su forma parecía una tortuga descomunal que hubiera quedado varada en una isla flotante

—Por este costado hay un precipicio —dijo Daniel—. Y por el otro un arroyo. El Salvador es un monasterio construido sobre un enorme peñasco calizo al que solo es posible acceder por el puente.

—Si sabías que nos espiaban, ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Quería estar seguro. Ha sido una sensación más bien. Algo en mi cabeza que me susurra. Como un sonido de tambor golpeando. Pum, pum. Pum, pum. No puedo describirlo de otro modo. Pum, pum, hasta destrozarme la cabeza, gritando que hay algo que no encaja. Y esta mañana lo supe mirando el montón de escombros. Ahí me di cuenta de que todo está conectado.

—¿Eso te dijo el montón de basura?

—Me dijo más aún.

Daniel se acercó al Caballero para que solo él pudiera escucharle entre el arrullo de la cascada.

—En el montón había piedras de más de cien kilos dejadas allí recientemente. No es una reforma lo que llevan a cabo en este monasterio.

Daniel se acercó aún más.

—Bruno —le susurró—. El agua no es la única que construye cavernas en este mundo.

EL MAYOR BARCO DEL MUNDO CONOCIDO

Cubierto de sangre y acurrucado en un rincón de la cubierta, Ahmed rezó todas las oraciones que conocía. Llevaban más de dos horas golpeándolo.

—¿Qué hacemos con él? —dijo un cristiano.

Sus ojos eran de un azul intenso. Ahmed lo recordaba golpeándolo con su arcabuz cerca de la armería.

—Se me ocurren un par de cosas, y ninguna le va a gustar —rio Hizir.

—Terminemos lo comenzado —dijo otra voz—. Atadle la soga al pie.

Ahmed pataleó, intentó saltar por la borda, estrelló sus puños contra varias mandíbulas. Era una lucha inútil. Le ataron la soga al pie y lo izaron hasta alcanzar la parte más alta del mástil principal. Desde allí, colgado bocabajo, La Real parecía una hoja suspendida en el cielo, repleta de insectos.

—¿Estás a gusto, muchacho? —dijo el cristiano de ojos azules.

Ahmed escupió y Allah le concedió la suerte de acertarle en un ojo.

—¡Será hijo de cien cabrones! —dijo mientras sus compañeros explotaban de risa—. ¿De qué os reís soplagaitas?

El cristiano cogió un arco. La primera flecha voló imprecisa hacia Ahmed. Falló. Lanzó la segunda y la tercera. Volvieron a fallar. La cuarta le atravesó el muslo de la pierna izquierda, cuatro dedos por encima de la rodilla. La quinta se hundió en su costado, cerca del riñón.

—A este lo convierto en un erizo antes de acabar el día.

—Espera —dijo un compañero del cristiano—. Deja que el murciélago disfrute de sus heridas. Mañana tienes todo un día para aprender a disparar.

La noche fue fría y ruidosa. Más y más fría a medida que un hilo de sangre, delgado pero constante, surcaba su cuerpo hasta gotearle por las orejas; más y más ruidosa conforme vaciaban los toneles de vino. Desde allí distinguía la silueta de las siete galeras, con un enjambre de luciérnagas sobre la cubierta.

«Tenías razón padre —se lamentó—. He sido un parásito dentro de un estanque repleto de sanguijuelas. Ni siquiera he sido buen ladrón».

Rezó toda la noche. Era la única forma de cruzar en paz la línea hasta la otra

vida. Puede que se durmiera en una pausa del dolor ardiente en la pierna, o que ya hubiera muerto de frío; pero esa noche soñó.

Todos los arpilleros estaban en el cabo de las Tres Viudas lanzando piedras al mar.

—He oído que si lanzas una pi-pi-piedra bien fuerte le darás a un castellano en toda la co-co-co-cocorota.

—No digas tonterías, Mamí —le decía Abu—. Hasta yo, que soy más chico, sé que eso no puede ser. España queda muy lejos.

Casi no recordaba el rostro oscuro del niño sin piernas.

El sonido de remos golpeando el agua lo despertó. Avanzaban a tres o cuatro nudos. El esfuerzo en los galeotes era visible desde allí arriba.

Las heridas habían dejado de sangrar. No era una señal por la que alegrarse. Las cabezas de las flechas seguían en su interior y supurarían podredumbre infectándole la sangre. No importaba. Ya no. Tenía otras cosas de las que preocuparse. El dolor, por ejemplo. La soga atada al pie le había cortado el riego, luciendo entre blanquecino y amarotado. El constante golpeteo de la espalda contra el mástil hizo que se erosionara la piel de esa zona. Le dolía como si estuvieran tirándole de la médula espinal.

Pasaron horas hasta que los cristianos repararon en él. Ahmed se dio cuenta de ello al oír otra flecha silbar cerca. Con un movimiento instintivo se flexionó y agarró la cuerda, cerca del pie, subió por ella y se introdujo dentro de una especie de cesto gigante. A Kar no le había dado tiempo de enseñarle el nombre de aquel puesto de vigía. Ahora eso le importaba un carajo.

Habían lanzado todos los cuerpos al mar, con cientos de gaviotas revoloteando en torno a una gran mancha de agua parda. Algunos de esos despojos eran el cuerpo de Kar.

«Buen amigo —susurró con labios reseco—. Ya caminas al cielo. Espérame un poco más».

—Mira la rata —dijo una voz con tono divertido—. Pinga como una langosta.

Dentro de la cesta escuchó una tormenta de flechas impactando contra la madera del cesto. Una penetró hasta lacerarle el antebrazo.

—¡Fuego! —berreó alguien.

—¿Habéis oído algo?

—Ese es Francisco.

—Tiene ganas de broma.

—¡Fuego! —repitió la misma voz.

Luego otra. Y otra. Una veintena gritando «fuego».

Ahmed aprovechó para romper los extremos de flecha que asomaban en su carne. Fue doloroso, pero le dio la movilidad suficiente para incorporarse y mirar

hacia abajo. En ese momento Hizir salía del interior de la carroza de popa. Llevaba un nuevo traje, también blanco e inmaculado.

—Como sea una broma os desollaré —advirtió Hizir.

—¡Fuego, señor!

—¿Dónde?

—En la armería.

—¡Ahí está el judío! —Hizir palideció más que su vestido— ¡Y la pólvora!

Aquella era más suerte de la que Ahmed se creyó merecedor. Recordó las palabras del renegado al inicio de la matanza de corsarios.

—¡Esta es La Real! ¡Y nadie puede hundirla! —Eso dijo el desgraciado impostor.

—Que gracioso, Hizir —dijo Ahmed desde la altura de su escondrijo—. Al final puede que sí se hunda.

A Hizir solo le dio tiempo a mirar hacia arriba. Un estruendo retumbó furioso y el suelo de la cubierta se abrió como la boca de un pez gigante, disparando miles de astillas en todas direcciones y pulverizando el agua.

Aún llovían trozos de La Real cuando Ahmed despertó al nivel del agua, metido en la cesta de madera. Estaba casi deshecha, con un pie atravesándola y hundiéndose.

Sentía la sogá atada en el tobillo y tirando de él hacia el fondo ayudada por el peso de algún objeto. Restos del mástil, supuso Ahmed sintiéndose desahuciado.

La canasta se hundía cada vez más. Ahora sí que había llegado el fin. Un poco más llamativo de lo que hubiera predicho, pero el fin.

«Ya voy padre. Estoy de camino».

No sabía qué decirle cuando lo encontrara.

«Lo siento padre. No seguí tus consejos, pero no me quedó otra alternativa cuando te arrancaron de mi lado».

«Ahmed —le respondió su padre dentro de la cabeza—, hay que hacer en vida aquello que deseas recordar en la muerte. ¿Quieres recordar que no has sido más que un ladrón?»

Continuaba hundiéndose. No intentó mantenerse a flote.

«No solo fui un ladrón, papá. Creo haber hecho grandes cosas. Mírame. He viajado en un barco inmenso, como tú siempre quisiste».

Eso lo complacería. El agua le subía por el cuello. Cerró los ojos.

«Siéntete orgulloso, padre. Mi vida no ha sido en vano. He viajado en La Real».

Aguantó la respiración cuando el agua le cubrió la nariz.

«El mayor barco del mundo conocido».

En campaña. 4 de mayo de 1937

Querido padre:

Varias veces he intentado escribirle, pero al final rompía la carta en mil pedazos. Ha sido terrible recibir sus noticias sobre Carlos. Ha pasado algún tiempo, pero siento su pérdida muy reciente en mi corazón. Uno ve la muerte caminar cerca todos los días cuando está en mi situación, pero saber que me ha arrebatado a Carlos es un verdadero mazazo. Recuerdo el momento de leer esas líneas y se me hace un nudo en la garganta. Las teclas de esta máquina de escribir me parecen pesar toneladas, costándome horrores pulsarlas. Afortunadamente las palabras impresas no le pueden transmitir mi tristeza. No creo que sentirla le fuera a hacer ningún bien.

Hablar con usted me ayuda mucho, así que pasemos a otros asuntos algo más agradables sobre los que conversar. ¿No le parece? También usted tiene que estar pasando lo suyo, conocedor de que el ejército republicano se encuentra tan cerca de Teruel.

Por aquí las cosas marchan despacio, como viene siendo habitual. Seguimos trasladando los pertrechos casi a diario. Recientemente han mudado el hospital de campaña a las cercanías de Guadalajara, junto con varios batallones y carros de combate. Allí se va a armar una buena en breve. Pero no tema por mí, sigo alejado del frente de batalla. En parte por mi lesión en las piernas y también por mi manejo de la máquina de escribir, a lo que han sumado alguna tarea más. No hay carestía de labores por hacer. La semana pasada sin ir más lejos un capitán me encontró conversando con un compañero italiano. No le digo más. Ya podría mi madre haber nacido en otro país porque de seguir así me van a faltar horas para traducir tanto comunicado. En el hospital conocí a un soldado de Marruecos. Se llama Ibraim y empezó a decirme cuatro palabruchas en árabe. Hasta nuevo aviso le tengo prohibido enseñarme ninguna más, no sea que estos se enteren y para qué quiero más.

Por cierto, tengo mis estudios totalmente desatendidos. No es que no quiera, es que literalmente no tengo tiempo para coger la biblia y leer medio salmo. Lamentándolo mucho creo que no asistiré a los exámenes finales de este año. Espero que la guerra termine pronto y pueda retomar el curso con otro ánimo.

Vaya, la conversación me está animando un poco. Siente uno alivio

al comprobar que hay alguien con el que poder verter las muchas penas y las pocas alegrías.

Le he hablado a Emilia de usted. Mucho le he hablado. Casi a diario. Intento hacerle un retrato de su cara con palabras, pero soy mal dibujante. Le cuento sus bastonazos por la mañana a la hora de levantarnos, su calva que rasca al pensar y sus brazos nervudos amenazándonos por ser tan rezongones en la cama. Pero no termino de perfilarle con la justicia que merece. Ella por su parte siempre me habla de su hermano Luisito, de lo guapo que era y todo eso, pero cuando llega a la parte del postigo en el que lo quemaron vivo intento interrumpirla.

Empiezo a creer que Emilia tiene alguna obcecación con ese asunto. Sé que no debe ser fácil para ella, pero su actitud no le hace ningún favor. Ahora que la conozco comienzo a ver comportamientos extraños, como el rezo. Me explico, padre. Está obsesionada con las letanías lauretanas. Las letanías ardientes las llamo yo, sustituyendo a la Virgen por el fuego. ¿No le parece extraño? Suena a herejía. Obsesión, padre, le digo que es obsesión por el fuego, y creo que cada día más. Yo le sugiero que olvide un poco, aunque dicho así no suene nada bien. Pero a veces olvidar no es tan malo, solo un poco, lo suficiente para que la mente pueda vivir dentro del cuerpo y guardar los recuerdos en el cajón que deben estar; un cajón que no sea tan doloroso abrir. Yo mismo pienso en la cantidad de cajones que tengo cerrados.

¿Sabe una cosa? Muchas veces le digo a Emilia que me hable menos de su hermano y lo haga más de sus hermanas. Entonces es cuando la veo sonreír. Me dice, «¿Qué le voy a contar de mis hermanas si están muertas, padre?». Ella siempre me llama padre, ya ve. «Pues dígame si eran tan guapas como usted, para empezar», le respondo yo. Ahí es cuando nos tronchamos de la risa. Creo que esto último no debería habérselo contado. ¿Qué pensará usted de mí? Quería tacharlo, pero es mejor no ocultarle nada. Así me ha salido y así se lo pongo.

No se preocupe, las mujeres son ahora el menor de mis problemas. Todavía sigo convaleciente de mis heridas. Ahora la peor es el siete que tengo detrás de la oreja. Hace dos semanas me extrajeron el último trozo de metralla que han conseguido localizar y todavía siento mareos. Me voy a acordar del condenado conejo toda la vida. Lo cierto es que por fin veo el final de esta larga recuperación y mis visitas a la enfermería son ya escasas. Es una pena porque eso me aleja demasiado de Emilia, pero uno tiene que cumplir su obligación de soldado. Solo

espero que ella siga mis consejos y aparte los malos recuerdos que la atormentan. Nada sano puede venir de ellos, créame.

Ahora que le he contado todo sobre mi compañera, no me siento bien ocultándole el resto de mis preocupaciones. Sobre todo a usted. A usted no puedo engañarle. Es mi padre y confesor. Juzgará si son imaginaciones mías o no. Ahora comprenderá lo que quiero decir.

Cerca del barracón donde dormimos los milicianos hay un edificio que han reconvertido en prisión. Al principio me pareció coincidencia, pero después de unas semanas he descubierto que Emilia acude allí con asiduidad. Cada día, al llegar la noche se escabulle hasta las celdas desde el hospital de campaña. Sí padre, sé lo que está pensando; la he estado espiando, lo confieso. Y también pasará por su mente otra idea deshonrosa. Aquí en el frente he sido testigo de las infamias más asquerosas, pero imaginarme a Emilia partícipe de ese comercio humano se me antoja imposible. Una mujer, caminando a escondidas después de caer el sol hacia un lugar plagado de varones solo invita a pensar en una cosa, pero me niego a creerlo. Lo peor es que sé que tarde o temprano voy a descubrir lo que hace con mis propios ojos. Eso o la cabeza me explotará.

Hay que hacer algo al respecto. Sean fundadas mis sospechas o no, tengo que intervenir en este asunto. Emilia volverá al abrigo de la madre Iglesia. Si, padre. Recuperaré a Emilia para Cristo. De todos y cada uno de los pozos oscuros en los que se halle. Yo se lo prometo.

Bueno, le dejo descansar. No olvide informarme sobre Marcelo. Me dijo que lo tenía cerca así que no le será tan difícil, supongo.

Y agradezco siempre su sinceridad. Pese a lo dolorosa que pueda ser, la agradezco.

Un fuerte abrazo, padre.

BRASAS CON OLOR A BREZO

El sol comenzaba a filtrarse entre los árboles del horizonte cuando Daniel y Bruno volvieron al monasterio.

La charla junto a la cascada se había prolongado hasta empapar sus ropas a fuerza de salpicaduras y aterir sus cuerpos congelados.

—¿Dónde han estado? —los recibió la hermana Emilia refunfuñando.

—Dando un paseo por el monte —respondió Daniel.

—¿Con este frío? La locura campa a sus anchas en ustedes.

—Nada más lejos, hermana. Pasear por estos senderos es salud. Respiras monte con cada bocanada.

—Y escupes trocitos de pulmón en cubitos de hielo. Qué falta de palos está usted. —La religiosa comenzó a quitarle la ropa húmeda observada de cerca por Bruno—. Y usted también, señor Casteldolfo. Vaya desnudándose de inmediato que no tengo todo el día. Vamos. —Un sonrojo encendió las mejillas de Bruno—. ¿Cómo? ¿Remilgos a mí?

Los dos camaradas habían acordado dejarse llevar por aquellas mujeres en sus peticiones y estudiarlas mientras tanto. Si ello implicaba mostrar sus vergüenzas a la hermana Emilia tampoco tendrían que protestar.

—Comprobemos a dónde nos conduce la tela de araña —había dicho Daniel en la cascada unos minutos antes—. Actuaremos como incautos que lo ignoran todo. Durante el día aprovecharé para entrevistarme a solas con ellas. También lo haré con el joven moro en cuanto tenga ocasión. Tú intenta dormir de día cuanto puedas. Inventaré alguna excusa. Mentir se me da muy bien. De noche será tu turno. Mantente alerta y por Dios no te duermas. Si sientes que el sueño te domina acude a mi celda y te relevaré. Nuestros oídos no pueden dormir en toda la noche. Descubriremos lo que ocurre aquí.

—¿Estamos preparados para descubrirlo?

—¿Cómo dices?

—¿Recuerdas lo que dijo Manuel en la taberna? Hay cosas oscuras en este

monte. Más oscuras que unos guerrilleros armados. Algo que consigue asustar a un pueblo entero. —Bruno frotaba el tambor de su revólver—. Puede que todo esté demasiado conectado. Hasta el nombre de este pueblo hace referencia a la lana del cuento. Ahora me dices que alguien está cavando una cueva. ¿Qué tengo que pensar entonces?

—Que un judío está ampliando su casa —dijo Daniel intentando evitar una risa burlona—. ¿A eso te refieres?

—No lo tomes a broma, por favor.

—Ni tú fabriques fantasías pueriles.

—¿Fantasías? ¿Qué nos ha traído hasta aquí? Una leyenda de tiempos de Cristo que un pueblo entero perdido en el desierto obliga a memorizar a sus niños. Desde allí hasta un pueblo del pirineo español persiguiendo una leyenda que nos conduzca a un libro.

«El libro —se dijo Daniel apretando los ojos—. Lo había olvidado por completo».

Algo estaba ocurriendo dentro de Daniel. En ocho años de cacerías jamás había perdido la orientación de sus pasos por difusas que fueran las pistas que le guiaban. Los cráneos de Hallstatt. El Giotto de Múnich escondido bajo una lápida de la catedral. El sastre soplón del vaticano que resultó ser agente ruso. Docenas de cazas realizadas con éxito para gloria del Opus Dei. Encargos que engrandecieron las arcas del vaticano en algunos casos, los bolsillos de ilustres personalidades en otros o llevado ante la justicia a impostores y delincuentes. En ninguna de esas ocasiones había perdido su objetivo. Por eso funcionaron.

Apenas recordaba la razón por la que estaba allí: encontrar un libro que, en palabras de aquella chica judía, podía hacer tambalear los pilares del cristianismo; el mismo libro por el que un Caballero de San Juan había muerto en una cueva de Qumrán y otro había sido expulsado de la misma orden. El libro que había supuesto su caída e, irónicamente, lo único que podía volver a alzarlo.

«Un libro inmune al viento y al agua, y que no prende con el fuego —se repitió emulando los versos de la leyenda—. Siempre el maldito libro».

—Toda historia parte de una realidad —le dijo Bruno—. El poema del judío errante habla de una cueva en la que ese judío se esconde. ¿Por qué ignorar el hecho? No, Daniel. Ese es nuestro punto de partida: localizar al judío errante. Si creemos que alguien está cavando o ampliando una cueva, o lo que sea, es a esa persona a la que tenemos que encontrar. ¿No crees?

Bruno posó una mano afectuosa sobre el hombro de Daniel.

—Por supuesto. —Daniel tomó la de Bruno—. ¿Lo ves, Caballero? Tu valía comienza a ser revelada.

Los camaradas acordaron no descartar ningún camino por desviado que fuera. Sus revelaciones quedarían guardadas bajo un candado que solo abrirían en la soledad de aquella cascada. Ese fue su pacto. Encontrar al judío y su cueva el objetivo.

Tras la cena, Daniel decidió pasar las primeras horas nocturnas en el patio del claustro, dándole tiempo al Caballero a dormir un poco para soportar mejor la vigilia.

—¿No se va a dormir?

Virginia lo miraba desde la rendija de su celda. La luna se reflejaba sobre la capa de nieve del patio como en un espejo, coloreando de azul el delicado rostro de la muchacha. Sus manos se cruzaban sobre el pecho tirando de un chal de lana marrón.

—¿Es brezo lo que huelo? —dijo Daniel extrañado.

Virginia se giró instintivamente hacia el interior de su celda.

—Es inútil esconderse de usted, ¿verdad?

—¿Qué tramas ahí, diablilla?

—Vamos, pase dentro. Rápido, don Daniel. Se lo suplico.

La celda de Virginia olía a lana recién planchada mezclada con rescoldo de lumbre. La chica lo observaba desde la puerta con sus ojos grandes y redondos.

—¿Dónde lo tienes? —preguntó Daniel.

Los labios rosados de la chica se abrieron un instante para luego cerrarse arrepentidos.

—Vamos, muchacha. ¿Dónde lo escondes?

—Bajo la cama.

Daniel se inclinó para husmear. Bajo el colchón había una palangana de hierro oxidada de la que emanaba un suave humo blanco. Miró a Virginia pletórico de felicidad y esta le contestó con una sonrisa deliciosa.

—Es peligroso —reprochó a la chica.

—Lo sé. Debe disculparme, pero no he podido resistirlo. Tenía los pies congelados. No tengo excusa. Si la hermana Emilia lo supiera estaríamos perdidos.

—No, Virginia. Lo peligroso es no haberme avisado antes. ¿Tienes un brasero lleno de ascuas y te lo guardas para ti sola? Ya estás sacándolo de ahí abajo y buscándome una manta.

En un rincón había una pequeña mesa redonda con enaguas. Virginia colocó la palangana debajo e invitó a Daniel a sentarse en ella.

—Por Dios, qué maravilla —dijo Daniel gozoso.

—Shhh. No grite, que la hermana Emilia duerme justo al lado.

—Si conserva el sueño de hace diez años no habrá cañón que consiga

despertarla. No digamos unas voces.

—Es verdad, nunca la he visto despierta antes de las nueve. Es como un perrito pequeño después de mamar. Arrótese bien. Todavía tiene unos minutos antes de que esas brasas se consuman.

—Serán unos minutos de gloria y una eternidad de agradecimiento.

—Espero que la hermana no descubra que hice fuego. Usted deberá guardarme el secreto.

—No es un gesto muy honrado por nuestra parte, pero no tenemos otra opción.

—¿Me permite? —dijo Virginia acercándose a la mesa con un pequeño taburete.

—Por supuesto. Arrópate bien.

Los dos quedaron apretujados en torno a la pequeña mesa, disfrutando del calor a escasos centímetros uno del otro. La chica olía a lana y ceniza. Le gustaba ese aroma. Una rodilla de Virginia le rozó, sintiéndose incómodo. Consultó su reloj de mano.

—Se hace tarde.

Los ojos de la chica miraban el objeto con brillo fulgurante.

—¿Eso es un reloj?

—Sí.

—¿Tan pequeño?

—¿No hay relojes en Lanuza?

—En lo alto del campanario hay uno grande, con números romanos, pero está roto. Como el suyo solo he visto al alguacil y en los escaparates de Jaca. Una vez me llevó mi padre. ¿Me permite sostenerlo? —Daniel depositó el reloj con delicadeza sobre la mano de Virginia—. Claro que ninguno era tan bonito como este. —La chica comenzó a jugar con él, pasándolo despreocupada de una mano a otra como si fuera una pelota de papel sin valor—. Parece hasta de oro.

—Cuidado con él.

La muchacha tomó el reloj sosteniéndolo con dos dedos. Con un gesto rápido, lo lanzó al aire unos centímetros para cazarlo con la otra mano. Luego lanzó esa misma mano contra la mesa, estrellándose abierta sobre su superficie.

—¿Qué haces? —dijo Daniel con los ojos clavados en la mano de Virginia.

—Un truco que me enseñó mi padre.

La chica levantó la mano de la mesa. El Cazador esperaba hallar bajo ella un sándwich de engranajes entre una carcasa aplastada. No había nada. El reloj había desaparecido.

—Mire en el bolsillo de su chaleco —añadió la chica.

Con dedos titubeantes, Daniel deslizó la mano dentro del bolsillo. Al

extraerla, un reloj perfectamente pulido se encontraba en ella.

—¿Eres bruja? —dijo inspeccionando la integridad del pequeño objeto.

Al acercarlo a su oído, el tictac rítmico de su interior consiguió calmar los latidos nerviosos de su corazón. Como si fuera una melodía sincrónica, Daniel escuchó el sonido lejano de una campana. Tres tañidos en la profundidad del valle.

—¿Qué es eso?

—Es la campana de la torre del reloj. Dan los tres cuartos.

Era la primera vez que reparaba en ese sonido.

—¿No estaba roto?

—Y sigue estándolo. Hicieron una colecta entre todos los vecinos para que el alguacil fuera a Huesca y comprara uno pequeño. Así sabe cuándo tañer la campana de la torre. Pero claro, es un reloj de hojalata y apenas sin adorno.

—¿Tan lejos para comprar un reloj?

—Tenía otros encargos para el señor alcalde. ¿Verdad que es una suerte poder pasear por la capital?

—Si vivieses en una gran ciudad no pensarías lo mismo.

La chica posó una mano sobre el regazo de Daniel. Le pareció un gesto infantil con el que, lejos de incomodarse, comenzaba a sentirse a gusto. Ambos lo estaban. La chica lo demostraba no parando de hablar y sonriendo con los ojos en cada gesto.

—Me han contado que venden una cosa como goma que mastican los niños. ¿Es cierto?

—¿Te refieres a chicle?

—Eso. También dicen que las mujeres usan esmalte de uñas para estar más guapas; y Gallina Blanca en los guisos, lo he oído en la radio. «Volverán las oscuras golondrinas y hallarán Gallina Blanca en su cocina». Lo dice una locutora muy simpática. Elena Francis. La escuché hace poco hablar de la boda de la duquesa de Alba. ¡Y la reina de Inglaterra también se ha casado! Me encanta la voz de Elena. Cuenta cómo se peinan las mujeres al estilo «arriba España» o al americano y se limpian los dientes con Denchlor. Cosas muy interesantes, lo habrá oído usted.

—Jamás he escuchado a Elena Francis.

—¿Cómo puede ser eso? —Ella lo miraba como si él fuera un cruce entre un topo y una araña—. Pero si es un programa nuevo en Radio Barcelona.

—Prefiero los libros a esa caja.

—¿Cómo se entera usted de lo que sucede en España?

En eso tenía razón. Llevaba tanto tiempo desvinculado del día a día del país que todo lo que ilusionaba a la chica era un misterio encriptado para él. Se

preguntó si habría cambiado mucho desde su partida a Italia. Recordó el periódico de *ABC* en el vuelo a Tel Aviv.

—Para conocer España no hay nada como leer sus periódicos.

Daniel se sintió a gusto con esa afirmación.

—Los periódicos solo sirven para encender fuego —dijo Virginia con voz apagada.

—Pues no deberías dejar restos cuando lo enciendas. A menos que quieras que la hermana Emilia descubra tu caja de cerillas.

—¿Es verdad lo que dicen? —susurró Virginia tras un corto silencio—. Me ha contado Manuel que el propio obispo la trajo a El Salvador y le prohíbe encender fuego, incluso estar cerca de una llama. ¿Sabe por qué?

Daniel conocía la razón, pero descubrir que el obispo en persona la había conducido hasta el monasterio era una sorpresa.

«¿Qué habrá hecho en esta ocasión? —se preguntó—. Pegarle fuego a un convento, qué si no».

—Es un asunto delicado que ella misma debería contarte —terminó contestando.

—¿A usted se lo contó?

—Hay pocas cosas que desconozca de ella.

—Ustedes eran amigos, ¿verdad? Durante la guerra.

—Estás muy preguntona hoy.

—Seguro que le contó más de un secretillo en el confesionario —rio la muchacha—. Alguno sería subidito de tono, ¿a que sí?

—No soy sacerdote.

—La hermana dice que es como si lo fuera.

La chica tenía una imagen del Cazador algo alejada de la realidad, pensaba Daniel, sin embargo, no sería él quien la descarrilara de esa opinión.

—El Señor me dio una vocación, monseñor. Escribá un camino para encauzarla, y yo la aprovecho para el gozo de ambos.

—Mi padre decía muchas veces que si a un sacerdote le quitas la sotana lo habrás desarmado de su escudo, pero no de la lengua, que es su lanza. —Virginia creía haber hecho un chiste, mostrando sus dientes blancos y alineados—. Y tenía muchas frases como esa.

—¿Todas sobre sacerdotes?

—Especialmente sobre sacerdotes. Las inventaba sobre la marcha mientras iba con las ovejas como el contable hace sumas y multiplicaciones.

—¿Tu padre era pastor?

—Claro. ¿No se lo he contado?

—Hoy no, desde luego.

—Pues era pastor.

—Como el del cuento de la oveja.

Hubo un silencio.

—Hay muchos pastores por Lanuza —dijo Virginia recolocando la enagua sobre sus piernas.

—Pero solo uno inventa frases ingeniosas sobre sacerdotes. Lástima que la que has mencionado sea una cita de Oscar Wilde.

La muchacha silenció sus labios parlanchines un instante. Solo un instante.

—¿Hay algo que usted no sepa?

—Poco, Virginia, muy poco.

«Y me sorprende que un pastor conozca a Oscar Wilde —añadió en su cabeza».

—A él también le encantaban los libros —dijo Virginia comprobando el estado de las brasas bajo la enagua—. Ustedes se habrían llevado muy bien.

—¿Falleció?

—Sí. Hace tiempo.

Había llegado el momento de dar un vuelco a la tertulia para controlarla por completo.

—¿Qué opinaría él de tu embarazo?

Virginia se incorporó de un salto, como la gacela entorna las orejas hacia un ruido en los matorrales. Había palidecido de pronto, llevándose la mano derecha a la barriga.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé y eso basta. O, mejor dicho, lo intuía. Pero viéndote ahora lo sé con certeza. —La chica comenzó a llorar en silencio—. No tienes nada que temer de mí. Hace años que eliminé los bebés de mi dieta. Me daban ardores terribles.

La chica sonrió triste enjugándose las lágrimas.

—Si la hermana Emilia llega a enterarse me mata a golpes.

—Déjame la hermana Emilia a mí. Todos tenemos secretos que debemos ocultar. ¿No es así?

Virginia volvió a llorar. Esta vez no fueron unas pocas gotas fáciles de recoger con un pañuelo. Era un pequeño manantial que la chica estrelló contra la camisa de Daniel. El Cazador tampoco se sintió incómodo en esa ocasión y decidió arroparla un poco con sus brazos. No era alguien que pudiera hacer un reproche a la dulce criatura por terribles que fueran sus pecados. O sus secretos.

Un hombre y una chiquilla abrazados durante dos minutos. Eso fueron aquella noche. Todo lo demás, espejismos.

Un crujido de tono cerámico sonó fuera.

Espoleado por una fusta, salió al corredor del claustro. Una nevada de

silencio planeaba en el patio hasta que fue rasgada por otro crujido. Eran pisadas, esta vez en la zona de la iglesia. Dio un latigazo a sus músculos y corrió a lo largo del pasillo.

—¿Dónde va? —dijo Virginia desde el quicio de la puerta.

—Vuelve dentro —solicitó con un susurro.

Giró la última esquina y penetró en la iglesia.

Solo había oscuridad. Negra y misteriosa oscuridad, pero no silencio. Allí anidaban demasiados ruidos de animales para distinguir unas pisadas en el suelo.

—¿Has visto a alguien cruzar por aquí? —le dijo a la estatua del arcángel.

Esta permanecía en silencio con su espada el alto dispuesta a combatir el mal. Daniel siguió la línea de la espada hasta fijar la vista en el techo. Entonces comprendió su error. Nadie caminaba sobre las losas del suelo para esconderse en un rincón. Lo hacía sobre las tejas.

Corrió de vuelta al patio, pero era demasiado tarde. Su judío errante se había marchado. Así quiso llamar a la presencia misteriosa de El Salvador.

—Me está asustando, Daniel —dijo Virginia—. No me diga que alguien merodea por el monasterio.

La chica continuaba observando desde el quicio de la celda cubierta por una manta.

—Son imaginaciones de un antiguo soldado asustadizo de la noche —dijo para tranquilizarla—. No debes preocuparte. Me ocurre con frecuencia. Apaga las brasas y métete en la cama.

—Como usted quiera. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Virginia.

La chica entró en el habitáculo mientras Daniel se alejaba hasta el centro del patio.

«No creo que haya cuevas ahí arriba —se dijo mirando los tejados».

Estaba de espaldas a la galería cuando notó que una luz se reflejaba en la nieve, junto a sus pies. Se giró hacia la celda de Virginia encontrando una abertura en la hoja de la puerta. Enfocó la visión un poco más lejos, a su interior.

La chica era visible a través de esa rendija, acariciándose su pelo largo. Estaba de espaldas, pero Daniel percibía su figura por completo. Una chica de diecisiete años a través de una rendija. La luz de una vela la iluminaba difuminando sombras en los pliegues de su ropa.

Virginia dejó caer la manta al suelo. Un camisón ajustado cubría su desnudez. Giró la cabeza y encontró los ojos de Daniel a través de la rendija. La vergüenza le gritaba al Cazador que bajara los suyos, pero no quiso escucharla. Continuó mirando su pelo castaño, sus ojos redondos y sus labios carnosos. La chica tampoco apartaba la mirada, invitándolo a continuar.

«Cuidado Daniel —se dijo mientras Virginia se apartaba de su campo de visión».

Daniel avanzó hasta la puerta de la celda y la abrió varios palmos. La chica estaba recostada sobre la cama. Hacía frío, pero ninguna sábana la cubría.

«Cuidado —se repitió».

Quiso marcharse, pero Virginia se llevó una mano al camisón y comenzó a tirar de él hacia arriba hasta la altura de sus nalgas. Un poco más y dejaría al descubierto la ropa interior.

«Sabes lo que ocurre aquí, Daniel —volvió a martillearse en la cabeza—. Lo sabes».

Volvió a mirar los ojos redondos de la muchacha, donde adivinaba algo escondido.

Tomó el pomo y, con un suave movimiento, cerró la puerta.

ATANDO CABOS

Las ruedas de la carreta traqueteaban moviendo el carro como una madre mece la cuna del bebé. Los ojos del herido se abrían a intervalos dejando adivinar briznas de colores apagados, luego añadió líneas grises y las formas de un camino que serpenteaba por un acantilado.

«Estoy soñando —se dijo Ahmed con un velo blanquecino nublándole las pupilas—. ¿O es el camino de la muerte?»

Parpadeó sin fuerzas, desapareciendo parte del fluido lechoso que le cubría los ojos. Lo notaba resbalando por la cara hasta rozarle los oídos.

Una fina lona cubría casi todo el carro. La luz penetraba licuada por la zona posterior descubierta, apreciando una esfera solar apagada. Anochecía. Graznidos de gaviotas rebotaban en su cabeza fundiéndose con olores herbáceos. Algo más lejos, el sonido de las olas deshaciéndose tranquilas sobre la arena.

Su cuerpo era plomo fundido, derretido sobre los tablones de madera. Ignoraba si podía moverse, y al intentarlo perdió el sentido.

Al abrir los ojos ya era de noche y reposaba de costado sobre el suelo de roca fresca. Sintió un agobiante calor fulgurando en su espalda. Necesitaba girarse. Una pequeña hoguera ardía desprendiendo fuerte olor a resina.

Se frotó los ojos con dedos torpes liberándolos de una costra legañosa. Su torso estaba cubierto por un vendaje de tela ocre que le cruzaba hasta los hombros. Por lo demás, estaba desnudo.

Ramas de dolor se acercaban a medida que la mente respondía. Algo más abajo encontró la fuente principal de ellos. El asta de la flecha aún asomaba cuatro dedos por encima de la piel del muslo. Al tocarla lo golpeó el dolor, como cristales afilados frotándose contra los tendones.

—No toques la flecha —dijo una voz al otro lado del fuego—. La herida aún no está madura.

Conocía la voz. A través del fuego encontró una figura humana dando pequeños mordiscos a un ave asada en un peto.

«El séptimo jenízaro —se dijo».

Ahmed no entendía nada. La Real se hundió cerca de Túnez. Recordaba su costa desde el mástil mayor de la galera, dentro de la canasta del vigía. El agua fría subiendo por su cuerpo a medida que se hundía en el mar. Luego oscuridad.

«¿Me habrán arrastrado las olas hasta tierra?»

Con la soga atada al tobillo era poco probable. Miró al cautivo. Era un saco de huesos que tendría dificultades para mantenerse a flote y nadar.

—La cabeza de la flecha está dentro —dijo Ahmed lastimero mientras se frotaba el contorno de la pierna hinchada—. Si no la retiro criará podredumbre dentro.

—He intentado sacarla. —El extraño agachó la cabeza—. Pero no sale. Se ha atascado entre el hueso y una vena. La herida tiene que estar más madura.

—Voy a morir.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Ahmed.

—Es posible —sentenció el extraño.

—Intenta sacarla.

—Te he dicho que no puedo.

—¡Se pudrirá!

El extraño lo miró, altivo.

—Hará más que eso. La sangre se infectará, llegará a tu corazón, pulmones, hinchará tu cuerpo y finalmente morirás. —Continuó mordisqueando la cena—. Míralo de este modo: muriendo esta noche habrás conseguido arrebatarle tres días a la muerte. —Ahmed no podía parar de llorar en silencio, con la cara entre sus manos—. Vamos, no gimotees como un niño. La herida se hinchará de pus un día más y todo será mejor, créeme. El líquido empujará los tejidos y abrirá el hueco que necesito para sacar el aguijonazo.

El extraño arrancó un muslo del ave y se lo lanzó a Ahmed. La carne estaba demasiado hecha, ennegrecida y sin sabor. La olisqueó pudoroso antes de darle el primer bocado. Al abrir los labios parecían dos puertas oxidadas que sangraban, pero los separó lo suficiente como para clavar los dientes. Llegaron los demás mordiscos, ansiosos, notando el regusto a sangre hasta reducir el muslo a hueso relamido.

—Agua —pidió Ahmed.

El extraño le dedicó una mirada suspendida convertida en piedra.

—Acabo de beber el último sorbo, pero puedo darte vino.

—Eso servirá —dijo extendiendo su mano.

Al lado del extraño había un montón de plumas blancas y la cabeza ensangrentada de la cena. Ahora conocía el sabor de las gaviotas.

Tras la cena, volvieron al carro y continuaron la marcha. Hubiera querido desmayarse para no soportar la subida, lanzando maldiciones de dolor.

El extraño fue concienzudo al apagar la hoguera. Había eliminado hasta la pavesa más minúscula, esparciendo las cenizas por una amplia zona circundante.

«Es cristiano en territorio tunecino —recordó Ahmed—. Más le vale esconderse».

Deambularon toda la noche, siguiendo la línea de costa. Unas veces se acercaban hasta la arena para flanquear un poblacho de pescadores, otras se adentraban en tierra sorteando pequeñas paredes rocosas o puestos de vigía. El extraño se mostraba hábil en la oscuridad, consiguiendo ocultar su presencia bajo la luz plateada de la luna.

«Sería un ladrón magnífico —se dijo Ahmed—. ¿De qué otro modo podría haber conseguido este carro?»

Rodearon un pequeño baluarte enraizado en la arena y con un espolón dentro del mar. Por sus ventanucos parpadeaba el fuego de antorchas. Ahmed pensó en gritar. Eso llamaría la atención de los centinelas de su interior. Apresarían al cristiano y él podría volver con sus arpilleros.

Meditó esa opción. El extraño seguía vistiendo atuendo jenízaro. Argumentaría trasladar un herido, o un preso. Nadie sospecharía de un jenízaro y todos lo harían de un moro.

Recostado en la parte posterior del carro vio la silueta del cristiano haciendo avanzar lento el carruaje, tirado por un caballo voluminoso. Si pudiera incorporarse se acercaría hasta él por su espalda; desde allí le arrebataría el puñal para cortarle el cuello de un tajo y quedaría libre. Pero Ahmed no se sentía prisionero de nadie. El cristiano lo había salvado de una muerte voceada a gritos. Sacó la flecha de su torso y lo vendó. Durante tres días había limpiado sus excrementos. No es el trato que se dispensa a un prisionero, ni el degollamiento el pago que merecía.

«Es tu salvador, Ahmed —oía decir a su padre—. Y tu destino ayudarle».

Cerró los ojos avergonzado e intentó dormir un poco. Por primera vez en mucho tiempo, alguien velaba por él.

La luz del amanecer crecía rojiza cuando el carro se detuvo.

—¿Nos paramos?

—Eso parece.

—Menos mal. Llevo rato orinándome.

Quiso levantarse, pero el dolor del costado le centelleó hasta tumbarlo de nuevo. Después le acompañó el de la pierna.

Se habían detenido al borde de una cala, oculta entre promontorios de arena. Desde aquel anfiteatro natural solo eran visibles desde el mar.

—Curiosa costumbre la de quitarle toda la caperuza al manubrio —dijo el cristiano sujetando a Ahmed del hombro—. ¿Le agrada eso a vuestras mujeres?

—¿Te importaría dejar de mirarme ahí abajo?

—No miro tu vergajo.

—Vaya si lo haces.

—Miro tu orina. Hasta ayer meabas sangre. —El cristiano soltó a Ahmed de golpe, dejando que cayera sobre la arena grisácea—. Me alegro de que ya estés mejor.

Era un momento propicio para dedicarle alguna palabra al cristiano. Un par de halagos estarían bien, pero su boca intervino antes:

—¿Me vas a dejar aquí?

—Descansa mientras puedas —dijo el cristiano alejándose—. Te hará falta cuando regrese.

—¿Cuánto tardarás?

—Lo que me cueste cazar otra gaviota. —El extraño desapareció tras una duna—. ¡Y búscate un palo que morder! ¡Necesitarás uno bien firme para no reventar los dientes!

Volvió pasado el mediodía con tres cangrejos ensartados con un cordel, como un collar de aspecto tribal. Lo acompañaron en la lumbre con un pulpo enano.

—Ese pedernal me suena —dijo Ahmed señalando el cinturón del cristiano.

Concluyó el gesto engullendo un buen trozo de carne blanca de cangrejo y uno de los ojos del pulpo. Era correoso, pero con hambre todo estaba exquisito.

Esa mañana había observado el objeto que colgaba junto a la cadera del cristiano, reconstruyendo en su cabeza los acontecimientos de La Real partiendo de él. No resulta común un trozo de pedernal incrustado en la pezuña de un avestruz.

—Se me debió caer cuando estuve en la armería de La Real —dedujo Ahmed—. O me lo robaste a través de los barrotes de la celda. —El extraño masticaba lentamente—. Fuiste tú quien inició el segundo fuego y escapaste.

«Ileso —pensó Ahmed».

Dejó una pausa sin esperar respuesta.

—¿Qué hiciste para que te encarcelaran los tuyos?

—Te gusta demasiado la cháchara —espetó el cristiano—. Veamos si ahora tienes ganas de tanto palique.

El desconocido se limpió los restos de cangrejo en su fajín burdeos. Sin rastro de delicadeza, acompañó a Ahmed hasta una rueda del carro, amarrándole las muñecas en los radios con firmeza. Luego se sentó sobre la tibia del pie herido. Ahmed bufó.

—Pronto empiezas —replicó el cristiano.

En una mano llevaba la fusta del caballo y, en la otra, unas pinzas rudimentarias fabricadas con algún tipo de hueso animal.

—Lo has adivinado, joven corsario. Todo esto es para ti.

Introdujo la fusta entre los dientes de Ahmed. Colocó las pinzas de hueso dentro de la herida abriéndola un par de dedos.

—¡Por Allah! —balbució Ahmed viendo cómo el cristiano acercaba la otra mano, con el dedo gordo y el índice formando una especie de horquilla.— ¿Me la vas a sacar con los dedos?

—Perdone el maese cirujano. ¿Conoce otro modo de hacerlo?

—No —chilló Ahmed con los apéndices del cristiano penetrando en su carne.

—Estate quieto. —De la herida manaba un surtidor de líquido purulento—. Aquí está la vena. Creo que si la aparto... —Ahmed rezó pidiendo desmallarse—. Reza, reza. Eso te vendrá bien. Piensa en algo bonito. Vuestro cielo, lleno de mujeres vírgenes y todo eso.

—¿Por qué me sacaste del agua? —dijo sin pensar, apretando los ojos.

El cristiano se detuvo un instante. Ahmed aprovechó para tomar una bocanada de aire.

—Te pedí agua. —Sus dedos reanudaron el trabajo—. Te dije «agua, por favor», y tú me la diste. Vi la mano de Dios sobre ti. Grande y blanca. En el agua, después de la explosión, volví a sentirla; cómo me empujaba hasta la superficie sujetando mi mano a un bote. A tres varas te encontré, rodeado de hombres que gritaban mientras se hundían desmembrados. Pero no era a ellos a quienes el Altísimo quería.

Los dedos tocaron algún nervio estallando una corriente eléctrica por el cuerpo de Ahmed.

—¡Aaaaah! —gimió, clavando los dientes en la fusta.

Sus dedos eran garras en tensión cimbreado los radios de las ruedas.

—Se me han escapado las pinzas. —Volvió a introducirlas dentro de la herida—. Un Caballero de San Juan nunca desiste de su empeño. Rezuman sangre de cruzado. Puedes huir de ellos cuanto quieras, pero al final te encontrarán y te llevarán a su fortaleza de Malta, si es que quieren conservar tu vida. Un momento. Creo que noto una punta dura. —El rostro de Ahmed se tornó rojo sangre—. No sale. Tengo que abrir más la carne. —Lo hizo, para desesperación de Ahmed—. Huía de ellos desde Qumrán. Una larga distancia. Durante siete años, pero al final dieron conmigo en Argel. Te ahorraré los detalles escabrosos porque creo que en este momento no los necesitas. Molido a palos me pusieron este disfraz de jenízaro, ellos también lo hicieron, y me metieron en La Real. El resto te lo contaré en otro momento, porque acabo de cazar la flecha.

Para cuando el cristiano terminó, luciendo el objeto metálico entre sus dedos, Ahmed ya llevaba tiempo sin sentido.

Los días siguientes transcurrieron despacio. Durante las horas de sol el

cristiano acercaba el carro hasta cualquier lugar apartado de ojos indiscretos y allí permanecían parapetados. Cuando el sol se ocultaba, recogían los bártulos descargados e iniciaban la marcha. Cuatro días con sus noches siguieron la misma rutina, hasta que un amanecer paró el caballo junto a un cabo sin motivo aparente y Ahmed supo que habían llegado a su destino.

Dos hombres, sin importar quienes sean, no comparten un viaje tan largo con los labios sellados. Ahmed tenía preguntas y los suyos explotaban por romper el lacre. La noche siguiente a la extracción de la flecha fue el momento elegido. Tras el cambio de vendaje, sus heridas parecían evolucionar adecuadamente y se sentía con ánimos de interrogar al cristiano.

—¿Por qué te apresaron en Argel?

El extraño no se sorprendió al escuchar la pregunta. Sus ojos vibraban buscando un modo de responder. Era evidente que también deseaba dar licencia a su lengua.

—Un hombre siempre confiesa cuando es sometido a tortura. Puede que no conozca la respuesta, y en ese caso la inventará. Pero, si la conoce, siempre confiesa.

—¿Te torturaron? —El silencio sonó a un sí.

—Antes no conocía a los Caballeros de San Juan, con esa cruz blanca sobre fondo rojo ondeando en sus castillos. En el desierto de Judea nunca aparecen hombres así. «Defensores de la cristiandad, baluartes de Dios, adalides de la verdadera religión», con eso se llenan el pecho. «Caballeros Hospitalarios», se hacían llamar en Jerusalén. No me lo parecieron cuando me quemaron con hierro ardiente.

—Es horrible. ¿Qué querían de ti?

—Soy un Monje Guardián. —Sus ojos comenzaron a brillar—. Mi misión era protegerlo. Pero fracasé. Todo hombre confiesa bajo tortura, Padre. Soy uno más de tus siervos. Solo un hombre. No pude hacer más.

«¿Monje Guardián? —se dijo Ahmed—. ¿Guardián de qué?»

Tenía más preguntas que hacerle pero supo que era momento de callar. Había colgado un hilo finísimo entre los dos que necesitaba conservar. Al siguiente día, después del acostumbrado desayuno de rata, reforzaría lo tejido.

—¿Cuál es tu nombre, chico? —le preguntó el cristiano nada más despertar.

—Tengo casi dieciocho años. No soy un chico.

—Entonces, ¿cuál es su nombre, caballero?

—Tampoco soy caballero. Me llamo Ahmed, Babá Ahmed para los arpilleros.

—¿Arpilleros?

—O sencillamente Ahmed el Ladrón.

—Lo de «ladrón» es ironía.

—¿Por qué?

—Siendo sincero, muchacho, no he visto un ladrón más torpe que tú. —El cristiano lanzó una carcajada—. Solo te cazó en mitad de la faena media tripulación de La Real.

En Argel le hubiera parecido una ofensa por la que hundirle el puño en el estómago, pero en ese momento no pudo contener las ganas de reír. Además, era cierto. Había sido el peor robo de su trayectoria profesional.

Hablaron toda la mañana. Ahmed cotorreó acerca de la Arpillera Quebrada y sus arpilleros. También el modo en que había aparecido dentro de la despensa del barco después de hartarse de vino en la propia casa del *rais* Yakub; su intento de robar las joyas de La Real... Quería contárselo todo y Samuel, pues ese era el nombre del cristiano, disfrutaba como un chiquillo.

—¡No te rías más! —le imploró con media sonrisa.

—Es que imagino a los corsarios empujándote dentro de una caja, desde la casa del *rais* hasta la despensa del barco, y sin saber que estabas dentro. Parece chanza.

Lo parecía.

—De modo que no tienes nada que ver con los corsarios —dijo Samuel—. Ni con los Caballeros de San Juan. ¿Ves a dónde nos conduce eso?

—¿A qué te refieres?

—¿No ves la mano de Dios?

—Tu Dios no me hizo ladrón. No me empujó para que resbalara y cayera en la casa de Yakub. Tampoco hizo estallar La Real. Eso lo hiciste tú.

—¿Eres religioso, Ahmed?

—La verdad es que no rezo a menudo. Allah tampoco me presta mucha atención, así que supongo que no me lo tendrá en cuenta. Él está allí y yo aquí. Con eso me basta.

—Allah y Yavé se parecen más de lo que crees. No son dos caras opuestas, sino un mismo todo que nos habla de diferentes formas.

—No conozco a tu dios.

—Él sí te conoce, y te ha dado un propósito en la vida que tendrás que descubrir. Puede que tardes en encontrarlo, pero al hacerlo la paz te llenará.

Allí se encontraban los dos, junto a un cabo que alargaba su brazo sobre el agua espumeante, después de un largo viaje por la costa tunecina, charlando afables sobre la misma naturaleza de una divinidad. Ahmed imaginó un par de canciones de aventuras compuestas sobre ellos.

—¿Qué hacemos aquí? —dijo Ahmed bajando del carro.

—Devolverles la moneda a los Caballeros de San Juan.

Con la astucia más desorbitada, aquellos cristianos lograron infiltrarse entre

las filas jenízaras de Argel. Imitaron su acento y costumbres. Convencieron al agá jenízaro para conducir La Real hasta Constantinopla, pisoteando al mismísimo capitán de la taifa corsaria. De algún modo adquirieron las indumentarias, contactaron con el espía Hizir para organizar el engaño y recuperar La Real. Sin mencionar que los Caballeros disponían del favor papal y el mayor ejército del mediterráneo: los temidos soldados del rey Felipe II. Samuel pretendía ir a por ellos hasta Malta donde aguardarían dentro de su fortaleza.

—No puedes hablar en serio. Eres un hombre contra todo un ejército. ¿Qué te han arrebatado para esa locura?

—La vida —dijo Samuel—. No sabes lo que es hasta que la pierdes. Sin un propósito para vivir no existe vida, y ellos me lo arrebataron en Qumrán. Quemaron mi carne hasta confesar. Lo hice. Pido perdón por ello, pero lo hice. Incumplí mi juramento. «¿Dónde están las vasijas?», decían. «Los pergaminos. ¿Dónde están los tesoros? Habla, judío». «No soy judío», les dije. Entonces me arrancaron las uñas. «¡Tomad esto!», les grité implorando que me cortaran la cabeza. —Samuel se llevó una mano al interior de su túnica—. Condené mi alma.

—Nada que pudieras darles merece que arriesgues tu vida.

Samuel se bajó del carro y miró hacia el interior del mar.

—No sabes lo equivocado que estás.

A menos de una legua, emergiendo por el extremo del cabo, divisó más de una docena de navíos.

—¡Una flota corsaria! —dedujo Ahmed.

—Mira sus banderas.

Sobre los mástiles ondeaban banderas rojas con un símbolo blanco. No eran barcos turcos, sino cristianos.

—¿Asaltan la playa?

—No. La están protegiendo.

—¿Por qué barcos cristianos defienden la costa de Túnez?

Samuel curvó sus labios en una sonrisa poderosa.

—No estamos en Túnez, muchacho. Estamos en la isla de Malta. —Ahmed lo miró con ojos desencajados—. ¿Sabes lo que hay en ella?

Ahmed conocía la respuesta: la fortaleza de los Caballeros de San Juan.

LA ESPADA DE DIOS

La columna le punzaba como si un trozo de cristal se hubiera incrustado entre sus vértebras lumbares.

Emilia acabó de componer el último caballete de tierra en el huerto y soltó la azada. Era suficiente trabajo por hoy. Se limpió las manos con agua helada hasta que se pusieron coloradas y regresó a la celda. Como todas las mañanas, un hábito limpio le esperaba.

—Qué encanto de niña, ¿Cómo he podido vivir sin ella hasta ahora?

Comenzaba a hacerse tarde para el siguiente rezo. Había decidido hacerlo en compañía de su padre Daniel. Su amigo italiano podía acompañarlos, pero el joven tendría que comportarse y guardar esa mirada que tanto le molestaba. La niña también estaría presente, por supuesto. Su instrucción cristiana no puede detenerse bajo ningún concepto, se dijo. La semilla de Dios ya había sido plantada dentro de ella y necesitaba el riego de la oración diaria para germinar.

Pensar en un nuevo desayuno en la cocina, con Virginia contando cuentos, le producía cosquillas graciosas en la barriga. Ninguno triste, eso sí. Nada de historias oscuras como la del judío errante. No lo iba a consentir. El oso de cueva lagartija estaría bien. Era una buena historia para un sábado como aquel. Dulce, sencilla y con una moraleja muy a su gusto.

Encontró a la chica lavando platos en la cocina.

«Un cordero del corral localizado —se dijo satisfecha—. Quedan dos».

Pensó en Manuel. No le vendrían mal al moro unas oraciones, pero consideró la idea totalmente fuera de lugar. Además, se había marchado dejando sus piedras calientes y no volvería hasta poco antes del anochecer. Quizá fueran ilusiones en su cabeza, pero notaba al muchacho inquieto en presencia de los forasteros. Hoy había llegado antes de lo acostumbrado, marchándose sin mantener con Virginia su acostumbrada charla de cortesía mañanera.

Era un buen chico, estaba convencida, y miraba al padre Daniel con un recelo justificado. Se preocupaba por ellas. Si no fuera musulmán lo consideraría otro hijo postizo de su pequeña familia en El Salvador.

Pese a entender sus razones, Manuel no debía mostrarse descortés con el padre Daniel. El moro había hecho buenas migas con Virginia y veía al Cazador como una amenaza para la chica, eso era todo. Bah, temores infundados, se convenció haciendo aspavientos con las manos. Si el padre Daniel hubiera querido delatarla ya lo habría hecho. No, el Cazador buscaba otra cosa en El Salvador. Pensó en un pozo oscuro ubicado en un rincón secreto del monasterio. La morada del judío errante.

Daniel había estado muy insistente la mañana del día anterior hasta que Virginia contó esa historia funesta. Fue escucharla y la religiosa se sintió indispuesta. Hasta la niña tuvo esa sensación.

«No se juega con el judío errante, padre Daniel —se dijo—. Espero que no sea su leyenda la que le ha traído hasta aquí».

Quince minutos después los vio caminando por los alrededores con los pies embarrados. Los detuvo a gritos cuando entraron por la puerta de la iglesia dejando las marcas de sus huellas sobre el pavimento enlosado.

—¿Qué se han creído ustedes? Esto no es un servicio de lavandería. ¿No se compadecen de esa pobre muchacha friega que friega todas las mañanas? Palos. Faltos de palos están ustedes.

—Hermana, le pido disculpas —dijo el Cazador—. Nos encargaremos de limpiar este desaguisado y en media hora nos vemos en la sala capitular. Tengo asuntos que tratar con usted.

Un palo era lo que le habían dado a ella. En toda la nuca hasta noquearla. Tragó saliva y se dirigió a la cocina, dejando a los dos hombres sentados en una bancada mientras se descalzaban. Al llegar no encontró a Virginia por ningún rincón. Hoy no habría cuento, ni desayuno, ni rezo. La jornada no podía comenzar peor.

Eso creía ella. Pero estaba muy equivocada.

A Daniel y Bruno les llevó tiempo limpiar las pisadas de barro. Intentarlo, pues una fina capa de tierra sustituía la veintena de huellas sobre el pavimento. Daniel pensó que el resultado, lejos de ser perfecto, podía considerarse aceptable. Se veía ridículo, en cuclillas para no mancharse el traje.

Bruno parecía estar sacando brillo a cada losa. Tras conocer los acontecimientos de la noche anterior, el joven Caballero había compuesto un traje invisible a su alrededor que difuminaba su cuerpo.

Daniel no quiso revelarle la insinuación de la muchacha, limitándose a la charla dentro de la celda y los ruidos misteriosos; pero la tímida información suministrada hacía que martillos diminutos aporrearan yunques dentro de la

cabeza de Bruno. Podía escucharlos, repicando al ritmo que el Caballero frotaba.

La mirada del Cazador se detuvo un par de losas más allá, donde descubrió unas hendiduras profundas que recorrían el pavimento. Las marcas describían una forma rectilínea que surcaba toda la iglesia. Se incorporó, siguiendo el rastro como el águila sigue el curso de un río desde la altura. Las marcas se fusionaban con otros afluentes, formando una maraña de rayas en tres direcciones.

Lanzó el trapo dentro de una cubeta de madera y se secó las manos.

—Vete a descansar —le dijo al Caballero—. Llevas toda la noche sin dormir.

—Ahora no tengo sueño.

—Te necesito despierto y alerta.

—Estoy alerta.

—Llevas cinco minutos frotando la misma losa. Demonios, creo que hasta me puedo reflejar en ella. Sea lo que sea eso que empaña tu mente desaparecerá con una cabezada.

—¿Estás seguro? —dijo Bruno frotando su barba de tres días.

—Ve a dormir. Te lo ruego.

Dejó a Bruno arropado dentro de su habitáculo y buscó a Virginia.

—Buenos días, muchacha.

La chica tendía sábanas sobre las cuerdas del tendedero. No era más que un precario entramado de ramas de abeto clavadas en la parte oeste del recinto exterior, tras el ábside principal de la iglesia.

—¿Manuel? —la chica miraba hacia el puente, visible desde allí—. Ya se ha marchado.

—¿Tan pronto?

—Pero volverá a eso de las cinco. ¿Quiere que le dé algún recado, padre?

—No soy sacerdote.

Su voz sonó más violenta de lo deseado.

—Ay, disculpe. Es la costumbre de escuchar a la hermana Emilia. Ella siempre lo llama así y usted no se enfada tanto.

—Bueno, tú no eres la hermana Emilia. —Aquello tampoco sonó como debería—. Cuando venga Manuel dile que me busque.

—¿Ocurre algo?

—No. Dile eso.

Se le había caído un calcetín sobre un terrón sucio de nieve. El Cazador lo cogió, depositándolo sobre el cesto de mimbre que ella sostenía en la cadera. Se detuvo en sus ojos. Eran color avellana. Luego se alejó.

—¡Padre!

La chica dejó el cesto junto a los pies del tendedero. Una sábana se mecía caprichosa como un niño en el columpio de la escuela.

—Perdone —dijo con gesto huidizo al llegar a su lado—. Quería decir... Daniel. ¿Puedo confesarle una cosa?

Virginia lo condujo en silencio hasta un rincón del ábside de piedra.

—No sé cómo empezar —su respiración era entrecortada—. Me siento avergonzada.

—Creo que ambos debemos estar avergonzados.

—¿Qué clase de chica pensaré que soy? Una furcia.

Virginia comenzó a moquear. No era algo desagradable. Daniel pensó que nunca una mujer había moqueado de forma tan dulce.

—Estaba confundida, creí que era lo que usted deseaba. Quería mostrarle mi gratitud. Perdóneme. Estuvo mal. No debí ser tan descarada. Usted es un buen hombre y actuó como tal. Cuando le vi cerrar la puerta y marcharse lo entendí. Cualquiera otro habría entrado y se hubiera aprovechado de mí, pero usted no. — Virginia se tapó la cara con las manos—. Soy una desgraciada. Debe castigarme.

—No digas eso —dijo arrullándola con sus brazos.

Sentía el frío de las lágrimas mojando su camisa blanca.

Una voz sonó cerca.

—¡Daniel!

Era Bruno.

Secó las mejillas de la chica con sus dedos y buscó al Caballero. Lo encontró al girar una esquina de la edificación, con la piel pálida asomando por la ropa. Sin saber cómo, la mano de Virginia estaba unida a la de Daniel. Vio la imagen de unos novios que acababan de darse un beso reflejada en los ojos del Caballero.

—La monja te espera en la sala capitular —dijo Bruno con lengua pastosa—. Me ha despertado diciendo que tardabas.

—Le dije que en treinta minutos.

—¿A mí qué me cuentas? Me vuelvo a la cama.

—¿Se encuentra usted mal? —dijo Virginia.

Bruno no respondió. Se quedó anclado en el suelo, mirando sus zapatos, de nuevo cubiertos de barro. Levantó las suelas del lodo pegajoso y se alejó.

«Qué lista eres, Virginia —se dijo Daniel—. Cualquiera diría que lo has planeado así. —Luego rectificó—. No, por supuesto que lo has hecho».

Las pisadas del Cazador se acercaban amenazantes. Para entonces, la hermana Emilia ya conocía cada rincón de la sala capitular. Era un lugar oscuro y frío. Una oquedad ennegrecida de la pared formaba una gran chimenea en estado de

conservación deplorable. Allí debían reunirse los monjes de El Salvador, sentados para deliberar en torno a la mesa central. Cuánto hubiera disfrutado con una visita por ese entonces.

—Perdone por hacerla esperar —dijo el padre Daniel depositando una libreta sobre la mesa.

—Perdón le pido yo por su compañero. Lo he despertado del mejor sueño a juzgar por el genio que ha gastado conmigo. Parece algo enfermo.

—Eso debe ser. Los estómagos italianos no están hechos a una buena sopa fría ni a verduras hervidas. —El Cazador hojeaba su libreta—. Bueno, quiero ser sencillo y honesto. ¿Qué le parece?

—Que son buenas cualidades.

—Ahora lo veremos. —Daniel se sentó en el borde de la mesa, con la libreta colocada entre sus dedos y mirándola fijamente—. Usted y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Cierto. Recuerdo el día que...

—Intente no interrumpir. Ni se moleste por esto mismo que le digo. Nos conocemos hace mucho tiempo, repito, y usted sabrá perdonarlo. Ha llegado el momento de confesarle la razón de mi viaje, pero para ello necesito algo.

—Pídale, por favor. Se lo ruego.

—Sinceridad.

—Si lo dice por esconder a Virginia, ya le pedí disculpas. Ocultarla a sus ojos no estuvo bien, lo reconozco.

—No me refiero a eso. —El Cazador se incorporó, situándose frente a ella—. Emilia, tu no quieres mentirme. Vas a ser sincera conmigo porque no quieres manchar nuestros recuerdos con mentiras. Sé que no. Cuando me miras ves al muchacho confundido y desorientado que despotricaba sobre su padre, del mismo modo que yo sigo viendo a una mujer adorable.

Emilia quiso tragar un nudo de saliva, pero su garganta estaba atrancada con recuerdos dolorosos que no le dejaban respirar. Otros, no. Otros recuerdos eran dulces como el almíbar en los labios y le llenaban el pecho de aire estival.

—Háblame de Virginia —pidió Daniel—. Necesito saberlo todo sobre ella.

—¿Por dónde comienzo? La vi por primera vez al pie del huerto y le di una cesta de zanahorias.

—Emilia, todo eso ya me lo ha contado. Quiero la verdad.

—¿Qué verdad, padre Daniel?

Su amigo espiró profundo y vagabundeo por la habitación hasta detenerse frente a la cristalera fracturada.

—¿Quién ha extraído las piedras? —dijo el Cazador girándose hacia ella.

—¿Qué piedras? ¿Las de Manuel?

—Las piedras junto a la puerta de entrada. ¿Quién las ha puesto allí?

—Son libros y restos de madera podrida. Hojarasca y algunos cascotes de ladrillo.

—Y piedras. Toneladas de piedra. Algunas del tamaño de un hombre.

Emilia se sentía desconcertada. No le había concedido la menor importancia al hecho, pero era cierto que el montón de basura crecía a un ritmo desacompañado a sus trabajos. En ocasiones llegó a tener la sensación de que la basura se multiplicaba durante la noche, pero la idea le parecía estúpida.

—Le juro que no me he dado cuenta —confesó.

—Lo sé. —Daniel volvió a mirar hacia el patio—. ¿Y los ruidos por la noche? ¿Tampoco los ha escuchado?

—Ay, padre, me está asustando. ¿Ruidos, dice?

—Todas las noches, hermana. Pasos furtivos recorriendo El Salvador y que no pertenecen ni a usted ni a mí. Tampoco son pisadas de Virginia y mucho menos de Bruno. Recorren la nieve del patio, también la del recinto exterior y todo el barro que nos rodea. Cada día al amanecer florecen nuevas pisadas. ¿Se le ocurre alguna explicación?

Emilia recordó las huellas en la tierra del huerto de San Clemente. ¿Qué le dijo la hermana Asunción, ese día? «Cuando miras por el ojo de una cerradura puedes encontrar algo que no te guste». Dos almas consagradas a Dios frotando sus cuerpos pecadores fue lo que encontró. Estiércol y vergüenza.

Otro recuerdo más tenebroso la asedió. El sonido de pasos y voces tras una pesadilla de fuego. Hacía una semana de aquello, pero no lo había olvidado.

«Pasos furtivos por la noche —se dijo temblándole los labios—. Un pozo oscuro en el que habita un ser rencoroso. El castigo de Dios».

La religiosa sintió flaquear su equilibrio, apoyando las manos en la pared de la chimenea.

—Es el judío errante —dijo notando sus manos tiznadas de hollín—. Su refugio es El Salvador. Nadie perturbe su descanso.

—Por favor, hermana, no empiece con ese poema.

—Pues allí encontró un remanso, lleno de paz, liberador.

—Precioso. ¿Me atiende ahora?

—Cuidado padre Daniel. Estamos perturbando el descanso del judío. No hay que jugar con asuntos de Dios.

—¿Cree que he venido desde Roma hasta el culo del mundo para jugar, hermana?

—¡Esa lengua, mal hablado! —De ningún modo iba a permitir ese vocabulario en su presencia, y menos en un miembro de la Iglesia—. No hable de lo que tanto ignora.

—Es usted la ignorante. Virginia...

Algo interrumpió las palabras de Daniel. Era como si el cerebro del Cazador le hubiera dado un tajo a su propia lengua para que se detuviera.

—¿Qué ocurre con la niña? Cuide lo que dice sobre ese ángel.

—Virginia... —reanudó Daniel con esfuerzo—. Está embarazada.

Un silencio penetró por la ventana enroscado en viento helado.

—No. Eso no es posible.

—Hermana, no hay ningún ángel en El Salvador. Eso se lo aseguro.

Llovía. Por las manos de Emilia resbalaban surcos de agua negra. El hollín se había incrustado tan profundo que seguía tiznando cada pliegue. De pie al lado de un gran árbol, notaba las gotas oscuras deslizarse por sus dedos hasta llegar a la punta de las falanges y caer sobre el suelo blanco.

Manuel tardó poco en aparecer. Subido en su carro azuzaba el mulo con una vara de abedul descortezada. Al ver a Emilia la saludó con una mano. El joven ignoraba la razón que llevaba a la religiosa a esperarlo en ese lugar tan apartado del monasterio.

—Ya puedes darte la vuelta, moro de mierda —dijo Emilia.

—¿Cómo dice, hermana?

—Que te vayas de aquí, mal nacido.

—Pero ¿y las provisiones?

—Te las puedes meter por el culo.

Manuel la miraba petrificado. Su tez oscura estaba lívida.

—Si la he ofendido en algo yo le juro...

—¿Por quién juras? No será por Dios, blasfemo. ¿Pensabas que no me daría cuenta? La verga te cortaría si estuvieras un metro más cerca. ¡Vete! Desvirgar a una niña cristiana como si fuera una de vuestras mujerzuelas. Vete antes de que te despelleje.

Manuel descubrió la cabeza de su gorra verde oliva. Si estaba avergonzado no lo mostró.

—He hecho muchas cosas deshonestas en esta vida —dijo Manuel—. Demasiadas. Pero preñar a Virginia no es una de ellas.

—Ah, no te arrepientes.

—Claro que no. Nunca la he tocado.

—Sucio moro mentiroso.

La monja se agachó para coger una piedra. Una vértebra avisó del dolor con un crujido. Tomó la más cercana y la lanzó contra la cabeza de Manuel envuelta en restos de nieve. Le impactó en mitad de la frente con un golpe certero que

casi le tumba al suelo. El joven cogió las riendas e hizo girar al animal. Antes de partir monte abajo, otra piedra silbó cerca de su oreja.

Emilia lo vio alejarse, de pie en mitad del camino fangoso. Por sus manos seguían deslizándose hilos negros de suciedad que formaban perlas oscuras y goteaban sobre la nieve blanca.

El arcángel Miguel presidía el rezo de la hermana Emilia con su espada en alto.

—Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No deseches las oraciones que te dirigimos en nuestras necesidades. Antes líbranos de todo peligro, ¡oh Virgen Gloriosa y Bendita! —Emilia apretaba los dedos entrelazados hasta dejarlos sin circulación—. Madre del Redentor, puerta del cielo siempre abierta, libera mi alma de pecado y temor. Dios te salve, Reina y Madre de la misericordia.

Virginia apareció por una puerta que comunicaba con el patio del claustro. Llevaba un cesto lleno de sábanas y al ver a Emilia dejó la carga junto al dintel, deslizándose hasta los pies de la estatua. El arcángel miraba a las dos mujeres, de rodillas frente a él. Una furia ardiente volvió a recorrer el torrente sanguíneo de la religiosa.

—Santa María, ruega por nosotros —acertó a decir hundiendo la frente contra sus puños—. Santa Madre de Dios, ruega por nosotros.

—Santa Virgen de las vírgenes, ruega por nosotros —continuó la chica—. Madre de Cristo, ruega por nosotros. Madre de la Iglesia, ruega por nosotros.

Emilia clavó la mirada en el pecho de Virginia, como si con ello pudiera ensartarla con la espada del arcángel.

—¡Levántate ahora mismo, niña insolente!

—Hermana.

—La piel te voy a arrancar, ingrata. Pérfida. Concupiscente. ¡Sucia! —La chica se incorporó asustada y Emilia regresó al reparo de sus manos penitentes—. Madre purísima, ruega por nosotros. Madre castísima, ruega por nosotros. —Las palabras eran dagas que hacían rechinar sus dientes rabiosos—. Madre siempre virgen. Madre inmaculada. Ruega por nosotros.

Durante unos segundos solo se escuchaba el goteo del agua de lluvia y las salpicaduras en pequeños charcos dentro de la iglesia.

—¿Quién se lo ha contado? —dijo la chica con voz quebrada.

—¿Así pagas mis atenciones? —Emilia se levantó—. ¿Entregando tu regalo de doncella al moro ese?

—Él no es el padre.

—¡No me mientas! En su cara lo he visto esta mañana, con la vergüenza bajándole la cabeza al verme plantada delante de él.

—¿Ha ido a buscarlo?

—Encima se atrevió a negarlo.

—Manuel no es el padre —dijo Virginia acercándose al cesto de ropa—. No busque pecado en él. Ni tampoco en mí, porque delante de Dios nos encontraremos usted y yo algún día. Veremos entonces los pecados de cada una.

Era el colmo de la insolencia. Una ramera preñada y mentirosa no podía darle lecciones.

—Una vara —dijo con los ojos tensados por capilares sangrientos—. ¿Dónde hay una vara, que te voy a deslomar?

Halló una rama parda. Al cogerla la notó flexible y de corazón verde.

«Mejor —se dijo—. Mucho mejor».

Virginia se agazapó en el suelo, tomando el cesto a modo de escudo. La religiosa cargó la vara y la hundió con todas sus fuerzas. El cesto detuvo el latigazo. Volvió a cargar contra la chica dos veces más. La cesta de mimbre no resistió las embestidas y se deshizo. El siguiente golpe estalló contra la mano izquierda de la chica, chillando indefensa.

—Yo te voy a enseñar, puta.

Cargó la vara y le dio otro latigazo en mitad de la espalda. La rama había probado la carne joven de la chica y le pedía más. Siguió fustigándola. Los alaridos llegaron al extremo del monasterio. No paró hasta que una mano fuerte la agarró con violencia, arrebatándole la vara y lanzándola lejos.

—¿Qué es esto? —gritó Daniel apretando su muñeca—. ¿Es una fiera del monte que tenga que pelear con las garras? ¡No! ¡Es una mujer de Dios!

—A azotes le voy a sacar esa criatura.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Bruno acercándose con los ojos hinchados y la ropa a medio poner.

—Deje que siga azotándola, padre Daniel. Esta niña es una vergüenza para Cristo.

—No diga usted eso —gimió Virginia.

—Has condenado tu alma y la de esa pobre criatura que llevas en el vientre con mentiras. De la mierda te recogí como si fueras mi hija. Mi hija, Virginia. ¿Con mentiras me pagas?

—No puede cuestionar a una madre que busca cobijo.

—Hay dos cosas en este mundo —cortó Bruno—. Actos de Dios y actos de hombres. De los primeros estamos privados de su entendimiento, pero ni el más santo de los hombres está libre de responder por los segundos. Así que dínos, Virginia. ¿Qué haces aquí?

Las miradas de los tres estaban orientadas hacia la muchacha. Su mano izquierda estaba hinchada, con un hematoma rojizo que ella rascaba sin encontrar alivio.

—Busco un lugar donde dormir. ¿Es un pecado tan grande?

—Daniel —dijo Bruno—. ¿No tienes nada que decir? ¿Has olvidado nuestro encargo?

El Cazador seguía mirando a Virginia con aire de ausencia.

—No lo he olvidado —respondió.

—¿Quién cava en El Salvador, Virginia? —Se apresuró a decir Bruno—. Es inútil la mentira.

—¿Por qué buscáis culpa donde no la hay? —respondió ella—. ¡Maldigo la hora en la que vinieron!

—¡Basta! —gritó el Cazador, silenciando a todos—. Se acabaron las mentiras.

Tomó a la chica del brazo y la llevó al interior de la iglesia. Bruno y Emilia los siguieron. Soltó a Virginia y fue hasta el centro de las bancadas de madera. Su disposición era la propia del edificio, con dos bloques diferenciados que dejaban un estrecho pasillo entre ellas. Estaba cubierto por trozos de alfombra descolorida. Daniel levantó el pedazo más cercano.

—¿Hay polvo bajo este trozo de alfombra? —continuó el Cazador—. Ni una mota. El suelo de esta habitación ha sido barrido y fregado asiduamente. Todo el suelo. Explicadme una forma de fregar sin levantar la alfombra.

—Tú te encargas de eso, Virginia. Insistes en hacerlo tú sola.

—¿Soy culpable por querer ahorrarle ese trabajo?

—Pero limpias debajo de la alfombra —replicó Daniel—. ¿Tan hacendosa eres? No. Lo haces para ocultar las huellas.

—¿Qué huellas?

—Si entras del exterior y pisas este suelo dejas tus huellas en él. Por eso limpias debajo de la alfombra. Ocultas las pisadas de quienes circulan por la iglesia de noche. Los mismos que necesitan retirar la alfombra para realizar su tarea. Si arrastras trozos de roca, dejas algún rastro. Incluso si lo hicieras con una carreta, cuerdas o sobre troncos. Habría restos de sus cortezas o cualquier otra cosa. De ahí las marcas en el suelo. Todos las podéis ver. —El Cazador señaló los surcos del enlosado—. Si las seguís os dirán el recorrido de las piedras hacia la puerta de entrada y hacia el patio del claustro.

—Sí, pero... —interrumpió Bruno—. ¿De dónde parten?

—Síguelas. Ellas mismas te lo dirán.

El Caballero buscó uno de los surcos y siguió su recorrido. Emilia encontró otro e hizo lo mismo. Los dos se encontraron en el mismo lugar, donde las

marcas penetraban bajo el altar, revestido de mármol. Sobre él, la estatua del arcángel los miraba con su nariz amputada y la espada en alto. Cualquiera diría que la imagen les hablaba.

—Dime Virginia —dijo Daniel—. ¿Qué escondéis bajo el altar?

La chica se incorporó y miró a los tres, uno detrás de otro acabando en el rostro de Daniel.

—No conseguiréis hacerme hablar.

—¿Por qué intentarlo? Una llamada y cien guardias civiles invadirán el monasterio dispuestos a hacerlo por nosotros.

—Para eso tendrá que conseguir un teléfono. Puede que sí sea una bruja después de todo, así que escuche mi predicción. Antes de que pisen el puente ustedes morirán a manos del judío errante.

—Lo sabía —murmuró Emilia apretando el brazo de Bruno—. El Señor me lo susurraba.

—Cubrirá el suelo con vuestra sangre.

—Aquí estamos para recibirle —dijo el Cazador.

—Hable por usted, padre Daniel. Hable por usted.

—Váyase a la cocina, hermana.

—No tengo hambre, gracias.

—¡Que se meta en la cocina!

—¿En la cocina dice? —Emilia asió el brazo de Bruno aún con más fuerza—. ¿Yo sola?

—Bruno, acompaña la.

El Caballero tomó la mano de la religiosa y ambos se fueron.

—Jesús mío, protégeme —renqueó antes de desaparecer por la puerta lateral—. Así murió la hermana Emilia. Destripada en una cocina.

—Llevas el gozo tallado en la cara —dijo Daniel en cuanto quedaron solos—. ¿Disfrutas asustando a esta mujer?

Los ojos de Virginia parecían haberse tornado negros como una noche sin luna.

—Usted tiene una cita concertada con el judío —le dijo señalándolo con el dedo—. Una cita que no puede demorarse más tiempo.

—No soy una religiosa a la que puedas embaucar a capricho.

—Un hombre de Dios como usted debería mostrar más respeto por las leyendas cristianas.

—No te detendrás, ¿verdad? Pretendes hacer perder a Emilia el poco juicio que le queda sin importarte más que si hace frío o nieva. Por Dios, muéstrale un poco de respeto.

—¿Respeto? —Virginia comenzó a pasearse entre los bancos, rozándolos con

la yema de los dedos—. ¿Qué respeto merece una fascista? ¿Tiene ella respeto?

—El suficiente para arriesgar su vida por ti. —Daniel se sentó sobre uno de los bancos mientras Virginia lo observaba desde la distancia—. ¿Sabes el castigo que le imponen a quienes ocultan a comunistas? Yo sí. Lo he visto muchas veces. Les meten trozos de caña en los dedos, entre la carne y las uñas hasta que estas saltan por completo. Y es un castigo suave entre los que suelen administrar. —Se palpó el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo el paquete de tabaco—. Ayer me preguntaste por qué le prohíben a la hermana Emilia encender fuego. Yo te lo diré.

Tomó un cigarrillo, lo puso en su boca y aspiró una calada.

—Durante la guerra —comenzó, aspirando lentamente el humo—, un pelotón republicano capturó al hermano de Emilia. Lo llevaron a un postigo junto a otros presos y les prendieron fuego. Deberías haber visto a Emilia cuando me lo contó, con los ojos enrojecidos y la cara arañada con sus propias uñas. Solía frecuentar los calabozos esperando nuevos prisioneros. Si quisieras conocer lo que es el miedo no tendrías más que preguntar a esos pobres presos al ver cómo se les acercaba la hermana Emilia. Era terror. Puro y absoluto. Todas las noches entraba en las celdas, encendía una cerilla y la aplicaba bajo los testículos del prisionero hasta que se desmayaba gritando. Era una tortura que consideraba justa para redimir el recuerdo mancillado de su hermano muerto y esa fuerza destructiva fue horadándole el cerebro. Gastaba una cerilla tras otra en las partes de los presos hasta acabarse la cajetilla entera. Pero no creas que disfrutaba. Algo dentro le decía que actuaba mal. Es como el ángel y el demonio sobre tus hombros hablándote del bien y el mal, aunque era una batalla perdida de antemano con el fuego como ganador. Comenzó a hablarle hasta que las llamas se convirtieron en su amo. Le rezaba por los rincones como si fuera Dios mismo. Las letanías ardientes las llamaba yo. Pero su obsesión no se detuvo allí. Un día se le fue la mano. Es una forma suave de decirlo. Le pegó fuego a toda la prisión y murieron ciento cincuenta hombres. Carbonizados. Diez eran soldados nacionales y uno un brigada que el día anterior había sido padre. Ocultaron el hecho inventando un sabotaje republicano, y hoy paz y mañana gloria. Ciento cincuenta almas, Virginia. Aplastadas por la obsesión de esta mujer, condenada a vivir sola en un monasterio olvidado. —Daniel se incorporó, lanzando la colilla del cigarrillo lo más lejos que pudo—. Eso le quieres arrebatar. La paz de su alma. Su salvación. —Se dirigió hasta la muchacha y posó una mano sobre su hombro—. Virginia, confiesa tus pecados.

—Usted no es sacerdote. No hay nada que le pueda confesar.

—Hazme caso, niña estúpida. Soy lo único que se interpone entre ti y un pelotón de fusilamiento.

Un grito sonó procedente de la cocina. Emilia apareció después.

—¡Lo he visto, padre Daniel! —dijo la hermana refugiándose detrás de él—. ¡Está aquí! ¡Lo he visto!

—¿A quién?

—¡Al judío! ¡A través de la ventana de la cocina!

—Cálmese, son imaginaciones. —Daniel se entornó hacia Virginia—. ¿Ves lo que has hecho?

—No, Daniel —confesó Bruno entrando a toda prisa—. Yo también lo he visto.

—¿Qué has visto? —apremió el Cazador.

—Lleva una tela con capucha envolviéndole, mojada y sucia.

—Es el judío errante —dijo Virginia—. Viene a por vosotros.

Unos pasos húmedos sonaron acercándose por el claustro. Daniel y Bruno empuñaron sus armas, agazapándose tras un banco podrido.

Un golpe seco sonó por el costado derecho. La puerta principal de la iglesia se abrió de par en par, surgiendo tras ella una figura humana envuelta en tela vaporosa.

La lluvia escurría sobre ella.

CAÍDA DE LOS ARPILLEROS

La cloaca hedía a carne podrida. Un perro hinchado y deforme retenía trozos sólidos que transportaba el riachuelo de aguas fecales.

—Vámonos de aquí, Naid —dijo Abu tapándose la nariz con una mano—. Hasta las ratas vomitan de asco.

La intersección era oscura y resbaladiza, escuchándose el sonido rítmico y pausado de unas gotas cayendo sobre el agua pestilente. Los dos arpilleros esperaban nerviosos, con Abu encaramado al hombro de Naid para no mancharse de excrementos.

La luz penetraba por el conducto. Siguiéndolo se alcanzaba el Muelle del Peregrino, en la zona oeste de la ciudad. En dirección contraria, y después de un laberíntico recorrido, se accedía a los puntos principales de Argel. Un giro a la derecha y dos a la izquierda te acercaban al Baño del rey. Uno a la izquierda, cuatro de frente, derecha y todo recto hasta terminar un pequeño túnel conducían a la Plaza de Muhammad Alim. Un buen lugar ese, siempre lleno de mujeres ricas cubiertas de seda y bolsas repletas de cobre. Los arpilleros conocían ese camino como un bebé sabe chupar la teta de su madre.

—¡Vámonos, Naid! —insistió Abu, que seguía sentado sobre el hombro de Ojo de Águila—. No va a venir.

—¡Calla de una vez o te bajo al suelo!

Abu se comió la lengua para evitar que sus apéndices inservibles rozaran el suelo verdoso. Encaramado como estaba, con el pelo negro rozando el techo abovedado, parecía un mono haciendo equilibrio sobre el muchacho tuerto.

Unas pisadas sonaron por el túnel, acercándose a gran velocidad.

—¿Son ellos? —preguntó Abu estirando el cuello.

—Nadie aguantaría esta peste por voluntad propia.

Una rata llegó huyendo hasta la intersección, dio un brinco gracioso al cruzarse en el recodo con los dos arpilleros y siguió la luz, alejándose hacia el muelle. Seguían escuchándose las pisadas. Dos pares. Naid empuñó su cuchillo,

deslumbrando con el brillo plateado de la hoja al pequeño mono de su hombro. Dos cuerpos encorvados cruzaron delante de los arpilleros.

—Alto —siseó Naid—. Estamos aquí.

Los dos individuos dieron el mismo salto gracioso de la rata y casi caen sobre el suelo hediondo.

—Me-me-me-menudo susto —tartamudeó Mamí.

Tenía los pantalones arremangados hasta las rodillas para que las salpicaduras no lo apestaran.

A su lado, Calym frotaba su pierna coja. Era mayor que Mamí, pero no tanto como Ojo de Águila. El muchacho fue una de las primeras incorporaciones a la Hermandad por lo que sus opciones de comandar la Arpillera fueron tenidas en cuenta tras la desaparición de Ahmed.

Habían sucedido demasiadas cosas desde entonces y todas ellas conducían a los cuatro arpilleros hasta ese cruce de túneles, junto a un perro podrido.

—¿Queda alguno más?

—Lo siento, Ojo de Águila —dijo Calym sin ocultar su vergüenza—. Están muertos. Solo quedamos nosotros cuatro.

Naid podía ver el temblor bajo las ropas de Calym. Recordó las palabras de Ahmed dentro de la cabaña en la Colina del Muerto Alegre:

—Mañana me iré y la Hermandad quedará en vuestras manos. —El recuerdo de su voz era un hierro candente incrustándose en su pecho—. Rezaré a Allah para que la disolváis.

Ahmed nunca había estado más acertado. Deberían haberle hecho caso. Tras su desaparición, los arpilleros fueron cazados uno a uno por la guardia de la ciudad. Sus cabezas adornaban las puertas de la muralla. Ocho cabezas infantiles, podridas y sin ojos. El resto de sus cuerpos alimentaba perros vagabundos.

Se preguntó si Ahmed no habría corrido la misma suerte. Los demás arpilleros opinaban que no, pues la cabeza decapitada del moro ladrón estaría también colgada en un garfio. Sería la más cercana al suelo, fácilmente accesible para que los habitantes de Argel pudieran escupir sobre ella.

«¿Entonces, dónde estás? —se decía—. ¿Nos has abandonado?».

—¿Seguimos con el plan? —le susurró Abu al oído.

—Por supuesto.

Con un balanceo preciso, Abu saltó desde el hombro de Naid y cayó sobre los brazos de Mamí. Allí tomó impulso y fue a parar al cuello de Calym. Lo rodeo con sus brazos, cortándole la respiración. El arpillero cojo intentó liberarse, pero Mamí sujetó sus manos, aprisionándolas con una cuerda de esparto. Calym comenzó a ponerse colorado, forcejeó unos segundos y cayó al suelo

inconsciente.

Al despertarse se encontraba atado de pies y manos. Los tres arpilleros lo observaban con ojos funestos.

—¿A qué viene esto?

—Ya sabes a qué viene, Calym —dijo Ojo de Águila.

—Te juro que...

—¡Cállate!

—Sácale las tripas aquí mismo —masculló Abu escupiendo saliva.

El cuchillo de Naid se movía nervioso en su mano. El chico cojo comenzó a llorar desconsolado. Por mucho que gritara nadie vendría en su rescate.

—Tuve que hacerlo, Naid. Me amenazaron con torturarme si no os traicionaba. Yo no quería hacerlo. No quería, lo juro. —Los tres lo miraban con rostros de piedra—. Hacedlo rápido, por favor.

Naid frotaba el pomo del arma. Había algo que necesitaba preguntarle. Algo que podía cambiarlo todo:

—¿Dónde está Ahmed?

—No lo sé —dijo Calym con los mocos cayendo—. Toda la guardia lo está buscando. Hay rumores de que ha huido.

«¿Huido? —estalló dentro de la cabeza de Naid—. Entonces es verdad. Nos ha abandonado».

—¡Vamos, Naid! —gritó Abu de nuevo sobre su hombro—. ¡Hazlo ya!

El cuchillo pesaba cien kilos en la mano de Ojo de Águila. La traición se paga con muerte en Argel. No sería respetado por nadie si dejaba vivir al traidor. Ocho cabezas decapitadas le gritaban colgadas en la Puerta del Perdón. «Mátalo, mátalo», le decían. «Mátalo, mátalo».

—¿A qué esperas? —dijo Abu deslizándose hasta su regazo—. Dame, yo lo haré.

El niño tullido le arrebató el arma y saltó hasta el prisionero, tumbándolo en el suelo. No le dio tiempo a gritar. Abu comenzó a dar tajadas hasta que la cabeza de Calym se desprendió de su cuerpo.

—Ya está hecho —dijo arrojando la cabeza junto al perro muerto—. ¿Y ahora?

—Eso. ¿Qué-qué-qué hacemos ahora?

El sudor resbalaba por la cara de Naid recorriéndole las mejillas. Recuperó su cuchillo y lo limpió sobre el cadáver aún caliente.

Vagabundearon por los túneles sin destino durante una hora. Pasarían días hasta que la guardia encontrara el cuerpo de Calym, meses incluso; pero sus enemigos notarían la ausencia del informador en pocas horas. Una batida exhaustiva por las cloacas y los tres acabarían durmiendo esa noche en el cepo

de la plaza central para ser decapitados al amanecer.

—Arpilleros, tenemos que huir —dijo Naid negándose a seguir andando en círculos.

Sus palabras sonaban más a llanto pueril que a la orden de un *rais*. Rememoró una de sus charlas con Ahmed:

—La Arpillera Quebrada necesita un guía para ser gobernada —le decía Ahmed a menudo, quien gustaba de tantear periódicamente las aspiraciones de Ojo de Águila—. ¿Crees que algún día tú podrías ser ese guía?

—Intentaría hacer lo mejor para la Hermandad, siempre que mi *rais* lo permita —contestaba siempre.

—No me cabe duda de que guiarías la Arpillera Quebrada con honradez. Pero no soy yo quien tendría que permitirte, sino los propios arpilleros correspondiéndote con la misma honradez. Pero exigirles eso a unos ladrones es como querer ir a un burdel y no pagar. Un ladrón es un ladrón. Cada uno ha de comportarse como lo que es. No, Naid, la Arpillera Quebrada no puede gobernarse con honradez. Por eso yo puedo ser el *rais* y tú no. Pero alégrate. Siempre necesitaré un *bachrais*, una mano derecha inquebrantable. Y, en eso, sí. Nadie te supera.

Luego había un abrazo, un gozoso abrazo que Naid echaba de menos.

Miró a los dos arpilleros con un ojo que parecía fulgar. No le pareció ver a miembros de una cofradía de ladrones, sino a dos niños abandonados que necesitaban su ayuda.

«Ahmed, no puedo proteger la Arpillera Quebrada —le confesaría si estuviera allí—. Pero a dos amigos sí. Te juro por Allah que sí puedo proteger a dos amigos».

—Vais a hacer lo que yo os diga. ¿Me habéis oído? —les ordenó—. Mamí, ve con Abu a la posada de la Matriarca Barbuda y habla con Yetta. Pídele hueco en la primera caravana que parta de la ciudad.

—Pe-pe-pe-pero... ¿Una caravana con q-q-q-qué destino?

—¿Qué importa mientras nos saque de Argel?

—N-n-n-no conozco a esa mujer. ¿Cómo la reconoceré?

—Ay, Mamí. Pareces tonto.

—¡N-n-n-no me llames tonto!

—De acuerdo. Yetta es la dueña de la posada.

—Ya sé —dijo Abu—. Tiene barba.

—No. Es la única mujer de la posada que no tiene. Decidle que vais de mi parte. Yo iré mientras alijo de la alfarería. Espero que nos queden fondos para comprar tres plazas o alguno de nosotros tendrá que quedarse aquí.

—Dos plazas y media —corrigió Abu—. Es un abuso pagar por mí plaza

entera.

El pequeño tullido sonrió, mostrando su dentadura mellada. Cubierto por la sangre seca de Calym, su rostro risueño parecía una máscara macabra.

En campaña. 4 de junio de 1937

Querido padre:

Llevo más de un mes sin saber nada de usted. Le he enviado un par de cartas sin obtener respuesta. No es que esté obligado a responder a todo, claro está, pero la paciencia es una virtud que en la guerra es mejor cultivar, y a mí me cuesta horrores regarla para que crezca unos milímetros.

Hace semanas que quiero contarle una cosa que me sonroja. No sé si es prudente que lo sepa por carta. Preferiría decírselo en persona, pero, por el momento, va a ser complicado.

Ahora me llaman por aquí el Cazador. ¿Qué le parece? Se preguntará por qué, como es natural. Primero empezaron mis compañeros del puesto de mando y ahora hasta el teniente me llama así a voces.

Durante el tiempo que estuve en el hospital llegué a conocer a todos los pacientes. Usted sabe el gusto que tengo por los detalles. Es como una obsesión, como ya me regañó en el seminario. Pues resulta que entre los enfermos había uno que me llamaba la atención. En cama las horas son interminables y a los dos días uno conoce hasta la marca de manteca que el otro le unta a los zapatos para que no se calen. Este paciente en cambio estaba siempre muy callado y cuando hablaba yo notaba algo extraño. No sé cómo definirlo, un presentimiento. Esa voz machacona en mi cabeza, como el cuero de un tambor de los gordos. Y la voz me decía que el tipo en cuestión mentía. Hablaba de compañías, batallones, maniobras por aquí, artillería por allá y venga blasonarse de católico y barnizarse de amor a Franco; y yo, observar y observar. ¿Sabe quién era el tipo? Pues un republicano que con la niebla había huido hacia el bando nacional sin saberlo. Pues seis meses llevaba en la enfermería y para justificar un reposo tan largo cada noche se hurgaba en la herida que tenía en la ingle. Capitán era y todo. Conclusión, ahora me encargo de localizar a los rojos que se encuentran escondidos simulando ser nacionales.

No crea que es un trabajo agradable. Sí, dispongo de más tiempo y voy como quien dice «a mi aire», preguntando por aquí y allí. Pero me siento como si fuera un miembro de la inquisición, un Torquemada olisqueando el olor a azufre en los sobacos del personal. Si he de serle

sincero lo prefiero a tener que estar disparando en una trinchera. No me siento orgulloso, pero qué quiere que le diga. La guerra es así.

Es precisamente con esta encomienda con la que me he dado cuenta de muchas cosas que me estaban vetadas. Los prisioneros, por ejemplo. La prisión es uno de los lugares donde más suelo ir en busca de información. Es una crueldad intolerable el trato que reciben, todos hacinados como ganado. Cierto que son blasfemos de Dios, unos hijos de Lenin, pero siguen siendo poseedores de alma. Francamente, no me gusta sentirme partícipe de algo así. Señalar con el dedo hacia un miliciano catalogándolo como rojo se hace muy duro. Cada vez más, conoedor como soy del purgatorio que le espera; cuando no se trata de una monja pirómana que los envía a todos a freír espárragos.

Debe disculparme por mi vocabulario. Le conté lo de Emilia en la carta anterior, ¿verdad? Pues todo eso no hace nada más que darme vueltas en la cabeza. Descubrir la terrible verdad lo difumina todo: el cariño que le tenía a esa mujer, la diferencia entre lo que es correcto y lo que no. A veces me sorprende escondiéndome tras una esquina para no tener que cruzármela y me siento mezuino.

La han trasladado a un ala separada del campamento hasta que decidan lo que hacer con ella. Supongo que la destinarán a otro convento cuando acabe la guerra, aunque espero que no sea así porque esta mujer tiene enfermo el entendimiento. Después de haber quemado a esos ciento cincuenta hombres cualquiera sabe lo que es capaz de hacer. Pese a todo, me da lástima.

¿Recuerda la oración que ella y yo solíamos rezar cuando había bombardeos? Tras quemar la cárcel la vi de pie contemplando las llamas y recitando esto sin parar. Ahora esas líneas han cobrado un nuevo significado. Pienso en la cantidad de veces que hemos pronunciado ese rezo cogidos de la mano y me parece hasta macabro.

¿Por qué cree que me siento así padre, con esta desazón? Me vendrían de lujo sus consejos. Han querido tapar este asunto echándole todo el estiércol posible. Un desgraciado accidente lo han llamado, disfrazándolo de sabotaje republicano. Ciento cincuenta muertos y ningún castigo. ¿Por qué le cuento esto? Supongo que es algo que llevo guardado y sé que es inútil denunciar. Plasmarlo aquí es una forma de liberación para mí.

Veo que esta carta se está alargando demasiado así que no tengo más remedio que contarle ya mi «secreto». He ido alargando esta narración intentando esquivar el tema, pero ya no puedo rodearlo más. En cierto

modo guarda relación con lo último que le he contado, de Emilia y todo eso. Ay, padre. ¿Cómo empezar? Supongo que lo mejor es soltarlo sin tapujos.

Padre, no voy a terminar mis estudios sacerdotales. No maldiga, por favor. No es una decisión tomada a la ligera por un joven indeciso y oscilante. La guerra ha acelerado mi madurez, así lo siento, y estoy convencido de que mi lugar no se encuentra entre vosotros, los sacerdotes. No piense que flaqueo. Ningún demonio me ha tentado. Todo lo contrario. Es el respeto a los preceptos sagrados el que me empuja a esta determinación. Y es que todo se resume a lo mismo, una y otra vez.

En el seminario todo era muy fácil, ninguna mujer tentaba nuestros votos. Solo había estudio y rezo entre gruesos muros. Pero esa no es la vida real. En la vida real hay cientos de mujeres, miles, hay millones. Yo no puedo separar mi oficio, mi devoción a Dios, de mi deseo de hablar con una chica e intentar compartir con ella mis inquietudes. Usted me dirá que eso no es malo, que hay mujeres y religiosas con las que puedo hacer eso. Pero es que son más cosas las que quiero compartir con una mujer.

Reconozco que me encuentro en una bifurcación de mi vida, que jamás me he encontrado tan perdido, en un tiempo en el que mañana puedo convertirme en fertilizante del suelo. Pero camino seguro por la senda de Dios.

Padre, yo jamás seré sacerdote. No soy ya ni seminarista. Por eso le confieso lo que tanta vergüenza me producía al principio de mi carta.

He conocido a una chica. Se llama Raquel y tiene dieciocho años. Ayer mismo se convirtió en mi madrina de guerra, sellándolo con un beso en los labios y una fotografía en mi cartera. Es guapa y morena. Creo que por ahora no necesita saber más. Bueno, sí. Empiezo a quererla un poco y esta asquerosa guerra me parece menos triste a su lado.

Un abrazo, padre. No sea rencoroso conmigo y téngame presente en sus oraciones. Todavía hay un alma cristiana palpitando en este pecho pecador que ansía, por encima de todo, su perdón.

LOS MONJES GUARDIANES

El fuego comenzó a crepitar como si una bruja estuviera retorciéndose dentro de la chimenea. Junto a él, los agentes se miraban en silencio, hipnotizados por el chisporroteo de las cortezas de pino recién prendidas. Las llamas se expandieron al resto de madera iluminando la sala capitular. Hasta entonces, con sus cuerpos empapados, no dejaron de tiritar.

—No deberían caminar por el monte con esta lluvia —dijo Daniel—. Ha sido una imprudencia.

Los dos guardias civiles lo miraban envueltos en una manta. Bajo ella estaban desnudos. Uno era alto y fuerte, con un abundante pelo negro que lo cubría casi por completo, incluida espalda, muslos y pecho. Por el contrario, su cabeza era casi calva, adornada con un bigote fino pero mal cuidado.

—El agua no asusta a un soldado de España —dijo el hombre peludo.

El otro guardia civil lanzó un estornudo que resonó por el monasterio. Era viejo y de aspecto enfermizo. Acompañó el estruendo con una tos flemática que hizo galopar la manta sobre sus hombros.

—Disculpe, cabo —dijo el hombre menudo—. Creo que me he resfriado.

—Hay unos soldados más fuertes que otros —apostilló Daniel avivando las brasas.

—Mi nombre es Bernardo —informó el primer guardia civil—. Aunque todos por aquí me conocen como el cabo Carranco. Este es mi compañero, Franco. Franco de nombre, no se vaya a confundir. Ni lo confunda con nuestro Caudillo por mucho que se le parezca, ¿verdad tú?

Carranco lanzó una fuerte risotada palmeando la espalda de su compañero. Este le respondió con más toses y una risa ridícula parecida a la voz de pito del dictador.

—Pues ustedes dirán, amigos —dijo Daniel atizando de nuevo los leños ardientes—. ¿En qué podemos ayudarles?

Sobre unas cuerdas de esparto, atadas entre dos sillas, colgaban las ropas de los guardias civiles. Aún chorreaba agua de ellas. Dentro de un barreño estaban

sus capas en un intento de diluir el barro incrustado en sus bajos.

Lanuza era un pueblo pequeño, afirmación que suponía una enorme exageración, pues no se trataba de más de un puñado de casas con tejado de pizarra. Había años en los que no se veía un vehículo de motor circulando, de modo que tener un Citroën aparcado en mitad de la plaza Mayor, con una capa de medio metro de nieve cubriéndolo, era toda una sensación. Más extraño supuso para el cabo Carranco tener noticias de un grupo de forasteros saliendo del vehículo dos días atrás y pidiendo indicaciones sobre El Salvador. Un fastidio, para decir mejor.

El monte Argualas, sobre el que se elevaba el monasterio abandonado, era un lugar que no convenía visitar con mucha frecuencia, y jamás hacerlo solo. Hablaban de maquis infectándolo hasta supurar carne de rojo podrida.

Respecto a su acompañante, el viejo Franco era un agente con sobrada experiencia que conocía el monte mejor que la roña de sus uñas, pero hacía tiempo que debía estar «franco» de servicio. Su veteranía no era para Carranco más que una incomodidad que le obligaba a tirar de él para encauzarlo hasta El Salvador mientras el viejo recitaba todas las oraciones protectoras que conocía.

Eran malos tiempos para su Cuerpo, con pocos agentes, la mayoría viejos y cansados de patear los montes sobre lomos de caballos aún más viejos y cansados. Solo una cosa fue capaz de levantar el ánimo de Carranco a la hora de partir de nuevo hacia El Salvador: la seguridad de volver a encontrar en la alacena de la monja un buen botín que saquear.

Por uno de los ventanales de la sala cruzó una sombra enorme. Los agentes tomaron sus fusiles.

—Calma amigos —advirtió Daniel—. Es mi compañero Bruno.

El Caballero entró y dejó dos vasos de latón sobre una parrilla de hierro colocada en la lumbre. Resultaba ridículo ver a los agentes en cueros, con la manta caída a sus pies y portando el fusil Mausin reglamentario en sus manos.

Franco volvió a toser, arrebujándose cerca del fuego.

—La monja está más calmada —dijo Bruno—. Pensé que se moría del susto allí mismo.

—Susto el nuestro —repuso Carranco—. Darle una patada a la puerta de la iglesia y encontrar dos tíos armados dentro... Por Dios, casi os vuelo la cabeza. Deberías haberlo visto, Franco. La monja no dejaba de chillar como poseída por el Demonio.

Carranco tomó uno de los vasos de la parrilla y bebió de él lentamente.

—Es una fortuna tenerlos aquí, cabo —dijo Daniel—. Pero la próxima vez tienen que avisar de su llegada.

Carranco apuró el último trago de caldo caliente y dejó el vaso vacío en una

repisa sobre la chimenea.

—Bueno, señores —dijo el cabo limpiándose el bigote con el dorso de la mano—. Ahora que tengo el estómago más templado va siendo hora de aprovechar estas brasas. ¿Qué tal si asamos ahí una ristra de choricitos? —Dio una palmada y se frotó las manos—. Mientras tanto, cuéntenme. ¿Qué cojones hacen en El Salvador?

—No parece uno de los mejores encargos —comentó el cabo mientras se chupaba los dedos chorreantes de grasa.

Para fastidio de Carranco, no había chorizo en la alacena, pero le obsequiaron a cambio con una porción de tocino fresco. La puso sobre una rebanada de pan crujiente y la cubrió con otra antes de propinarle el primer mordisco.

—Buscar una obra de arte en El Salvador, y en invierno, ni más ni menos. Su patrón no les tiene mucho aprecio.

Era la llave que Daniel había fabricado para los guardias civiles. Les contó que eran dos miembros del Opus Dei bajo las órdenes del gobierno. Les habían informado de un hallazgo en el puerto de Irún, un tríptico medieval de valor incalculable. Daniel Sorolla, como miembro del Museo Catedralicio de Pamplona, fue consultado y sus pesquisas concluyeron en un violento interrogatorio al capitán del carguero. El tipo terminó cantando Turandot y todo el repertorio de Puccini. Según la información obtenida el tríptico fue vendido en El Salvador. Cómo había llegado el objeto al monasterio y cómo había salido eran las preguntas más importantes para Daniel y Bruno, siendo esencial para ellos poder contestarlas.

Era una llave con forma caprichosa pero acorde con la información que Virginia y Emilia creían conocer de ellos. A juzgar por los ojos saltones y vivarachos de los guardias era una mentira convincente.

—Todo lo cual me conduce a esa leyenda de un tal judío errante —concluyó de narrarles pasando con disimulada ignorancia sobre el asunto del judío—. No paro de escucharla por todas partes en este pueblo y entenderán que me pregunte si puede tener alguna relación con el motivo que nos trae aquí. Ustedes son unos agentes intachables, estoy convencido. Seguro que quieren colaborar con el gobierno de nuestro Caudillo en la resolución de este enigma. Y con la Iglesia, por supuesto. Quedaríamos en deuda.

Carranco terminaba de abrocharse el cinturón. Las ropas se habían secado lo suficiente para volver a la decencia de unos cuerpos vestidos.

—Me recuerda al tamborilero del Bruch —admitió Carranco.

—¿Qué tendrá eso que ver? —repuso Franco.

—Lo mismo es. Cuentos de yaya para que nadie suba hasta aquí.

—Perdonen un momentito —intervino Daniel—. ¿Se refieren al tamborilero de Montserrat?

—Ese mismo.

Durante la Guerra de la Independencia, el ejército español se enfrentó a los franceses en el paraje del Bruch, cerca de las montañas de Montserrat. Los españoles, en clara desventaja numérica, recurrieron a su mejor tamborilero. Siendo el campo de batalla un abrupto desfiladero, el joven tamborilero tocó su instrumento con tanto brío y entusiasmo que sus notas botaron por las paredes de roca, haciendo creer al ejército francés que eran miles contra los que se enfrentaban, huyendo despavoridos.

Aunque falsa, la leyenda del Bruch enmascaraba una realidad: era la primera batalla que perdía el imperio napoleónico en tierras de la península ibérica. La literatura oral y el deseo de revancha contra el invasor habían moldeado los hechos hasta la leyenda actual, donde el fiero tamborilero hacía retroceder a su adversario.

—*Viajero, para aquí, que el francés también paró* —recitó Carranco—. *El que por todo pasó no pudo pasar de aquí.* Encontrará esa inscripción tallada en la piedra si viaja a las montañas de Montserrat.

«Eso me suena —pensó Daniel».

Bruno estaba inquieto. Seguir el ritmo de la conversación, al tiempo que su cerebro iba traduciendo el castellano de los guardias civiles, comenzaba a sacarle de quicio:

—¿Cuántas leyendas tendremos que escuchar antes de sacar algo en claro?

Daniel percibió un movimiento de desaprobación en el bigote del agente.

—Dígannos el modo en que podemos ayudarles —dijo Carranco colgándose el cinto del Mausin sobre el hombro.

—Nos gustaría conocer más sobre este monasterio —dijo Daniel—. Me sorprenden las dimensiones de la construcción. También el hecho de existir dos fases de construcción tan separadas en el tiempo. La iglesia es de estilo románico que yo ubicaría en torno al siglo XI. El resto es posterior, del siglo XVIII tardío, o principios del XIX. No es extraño encontrar una pequeña iglesia románica elevada sobre el llano de un monte, pero justificar la existencia del resto del monasterio se me hace más difícil. ¿Qué me pueden contar ustedes?

Los dos guardias se miraron en silencio.

—No sé qué podría añadir —dijo Carranco—. ¿Y tú?

—¿Quién le ha contado todo eso?

—¿Contado? —dijo Daniel—. Los muros, qué si no. Las puertas, los arcos, columnas, sus capiteles, el suelo. Todas estas piedras nos hablan de sí mismas.

—Qué piedras más parlanchinas —dijo Franco sonándose la nariz con un pañuelo—. El Salvador es un lugar maldito del que deberíamos habernos marchado ya.

Franco se guardó el pañuelo en el interior de la chaqueta y tomó su capa de gruesa lana colocándola sobre los hombros. Los agentes volvían a su aspecto de almas vagabundas y solitarias.

—Esperen, por favor —rogó Daniel—. Algo siniestro ha sucedido en este lugar. Algo real, físico. No divaguen sobre leyendas. Hablo de un suceso horrible que atemoriza a todo un pueblo. El mismo suceso que ha dejado desierto el monasterio. No me equivoco, ¿verdad?

Un cuervo graznó cerca. Estaba posado en lo alto de la capilla derruida, observándolos como un espectador insidioso que quisiera entrometerse. Franco sintió un escalofrío recorriendo su piel. Tomó el Mausin y se dispuso a marcharse.

—Franco, espera un momento, coño —espetó Carranco—. No seas desagradecido con este hombre.

Con cara de fastidio, Franco volvió junto a la puerta de la sala capitular. La luz de la tarde bañaba el patio de sombras difusas. Otro cuervo revoloteó hasta posarse junto al primero.

—Se hará de noche en menos de una hora —confirmó Franco, intentando acomodar el cinto del fusil en su hombro—. Le contaremos esa historia de camino al pueblo.

—¿Se van a marchar ahora? —replicó Daniel—. ¿No ven esas nubes?

—Ni borracho pienso hacer noche aquí.

El escuálido agente caminó en dirección a la iglesia. Carranco lo siguió con esfuerzo.

Bruno miraba al Cazador con pupilas envenenadas.

—¿No les vas a decir nada, verdad?

—¿Qué quieres que les cuente? No sabemos lo que hay ahí abajo.

—Pero Virginia sí.

—¿Qué crees que harán con ella? Esa chica se esconde aquí por alguna razón y quieres darles más motivos para que la arresten.

—¡No nos importa! —gritó Bruno—. ¡No es asunto nuestro! Solo es una puta mentirosa. Tenemos una misión que cumplir.

—Pienso en ello cada minuto, Bruno. Cada asqueroso minuto que pasamos aquí. —Daniel notó como su respiración le entrecortaba las palabras—. Sacaremos la información que necesitamos de ellos y, en cuanto se hayan marchado, inspeccionaremos el sótano.

Dando por zanjada la discusión se dispuso a seguir a los agentes.

—Te gusta follar con jovencitas —escupió Bruno—. Se trata de eso, ¿verdad? Escucharla gemir te la pone bien dura.

Una rabia animal bombeó el corazón de Daniel con sangre negra. Con la mano izquierda rodeó el grueso cuello del Caballero golpeándole la cabeza contra la pared. Bruno lo miraba con desprecio, dejando que el Cazador lo moviera como un muñeco de trapo sin oponer resistencia. Daniel apretó el puño derecho. Un dolor punzante le corrió hasta el codo procedente de sus falanges vendadas. Hubiera querido destrozarle su cara cuadrada, pero no valdría para nada. El Caballero recibiría los golpes con gusto, destrozando su mano contra los pómulos de Bruno.

—No eres más que un Caballero estúpido y celoso —susurró Daniel señalándolo con el dedo índice.

Liberó el cuello de Bruno y se alejó en busca de los guardias civiles. Los encontró junto al puente, terminando de desatar las riendas de los caballos.

—¿Piensa acompañarnos a pie? —le dijo el cabo Carranco.

—¿Acompañarlos? —repitió—. Son ustedes los que deberían quedarse. Está demasiado oscuro para el descenso. Se van a despeñar por la ladera.

El cielo rugió sobre sus cabezas.

«Sí, por favor —suplicó Daniel—. Diluvia como nunca, hazme ese favor».

—Sé una historia que no deberían ignorar, agentes. La de un rayo abriendo en canal a unas ovejas no muy lejos de aquí. Seguro que la conocen.

Otro trueno volvió a recorrer el cielo oscuro. Tras él, se escuchó un grito dentro del monasterio.

El cabo ya estaba subido a la grupa de su caballo, clavando espuelas para conducirlo de regreso a la iglesia. Franco lo siguió, y por último Daniel, con el traje lleno de lunares húmedos y un kilo de barro en cada zapato.

Encontraron a la hermana Emilia abrazada por Virginia y sentadas en el extremo de una bancada de la iglesia.

—Le dan pánico los truenos —dijo Virginia frotando la espalda de la religiosa.

—Es la luz —confesó Emilia escondida entre los pechos de la joven—. La luz de los relámpagos. Son como bombas que iluminan el cielo.

«¡El fuego! —recordó Daniel».

Cogió una cubeta de madera que recogía gotas del techo y salió corriendo con ella. Cruzó el claustro, penetró en la sala capitular y vertió el agua sobre las brasas. Chillaron con un bufido siseante en una nube de humo blanco. ¿Qué pasaría si la hermana Emilia hubiera descubierto la hoguera? Por suerte no lo hizo. Los guardias habían disfrutado el delicioso alivio de su calor y él ganado la confianza de ambos. Recogió las brasas dentro de la cubeta y la dejó en el rincón

más oscuro de la sala.

Fuera, las nubes descargaban agua con violencia desmedida. Una sonrisa pícara adornó la boca de Daniel.

—¿Qué les dije? —dijo al regresar a la iglesia—. Tendrán que quedarse hasta que cese la tormenta, y tiene pinta de estar así toda la noche.

—Me cago en Dios —dijo Franco.

—¡Esa lengua! —protestó Emilia—. ¡Se encuentran en la casa del Señor!

Los guardias civiles cuchicheaban maldiciones a unos metros de Virginia, que seguía abrazando a Emilia.

«Esta chica es una actriz espléndida —se dijo Daniel».

Viéndola sobre el banco, con una mirada recelosa que trataba de no cruzarse con la de los agentes, Daniel estaba convencido de lo que ocurriría si la delataba. Tras parir a la criatura, su cadáver iría a una fosa húmeda recién abierta en un campo de labor.

Pensó en contarles su descubrimiento en El Salvador. Estarían muy interesados en saber qué se escondía bajo el altar de piedra. Todo el cuartel le ayudaría, despejando los obstáculos que encontraran en su camino. Luego vendrían personas con más autoridad que ellos, bien trajeados y dispuestos a reclamar como suyo cuanto encontraran, sometiéndolo a la disposición del Estado. Hallasen lo que hallasen, sería entregado al general Franco con un lacito de regalo precioso. Recordó al dictador en la sala del Gran Maestro, con sus ojillos de desprecio haciéndole sentir basura. ¿En qué lugar colocaba eso a Daniel? Con suerte, fuera de un calabozo, y en el mejor de los casos sentado delante de una silla, vigilando que los turistas de un museo no dejaran sus huellas marcadas en las vitrinas.

Daniel sabía lo que hacer:

—Virginia, prepárale uno de tus platos a estos buenos hombres.

La chica parpadeó. Vio en sus ojos color avellana un halo misterioso que no había sentido hasta ahora. Antes de descubrir que era una actriz fantástica hubiera creído que se trataba de un destello de gratitud y complicidad.

—¿Cómo voy a preparar ese plato? —dijo Virginia separándose un tanto de la religiosa—. No tengo piedras calientes.

La cándida hermana Emilia seguía pensando que las piedras de Manuel eran la única fuente de calor en El Salvador, de modo que Daniel tenía que seguirle el juego un poco más.

—¿Crees que Manuel se atreverá a subir con esta lluvia?

—No me extrañaría. Fíjese si es tozudo que una vez subió ardiendo en fiebre.

Saltando una cerca se había rasgado el antebrazo con alambre de espino; una herida muy fea y con calenturas. Pero a las ocho de la mañana ya estaba llamando a la puerta. Además, tiene una parcela no muy lejos de aquí en la que suele resguardarse cuando le sorprende el mal tiempo. Quizás ya estaba de camino cuando empezó a apretar.

—Manuel no va a venir —intervino la hermana Emilia como quien da el martillazo a un clavo—. No volveremos a ver la cara de ese moro.

—Qué le vamos a hacer —dijo Daniel encogiéndose de hombros hacia los agentes—. ¿Se conforman ustedes con queso y un cántaro de pan?

La cena discurrió en silencio, con la luz entrando por las ventanas en los momentos que el cielo callaba; intensa y blanca cuando rugía.

Bruno no apareció para comer. Ni en el resto de la noche. Daniel lo imaginó sentado en un rincón apartado del monasterio o encerrado en su celda con una silla atrancando la puerta.

«Si cree que voy a buscarlo está muy equivocado —se dijo limpiándose los labios del último bocado de cena».

En un rincón de la iglesia se alojó a dormir Carranco, tendido sobre un trozo de alfombra, cubierto por su capa y una manta llena de agujeros; la misma que usó Emilia en su primera noche en El Salvador.

—Lo siento agente —se había disculpado la mujer—. Es la única que nos queda.

—No se preocupe, hermana. Estoy acostumbrado a dormir al raso.

En otro rincón del edificio, cerca de la puerta de entrada, se acopló Franco. No habría pegado ojo, así que pidió hacer guardia toda la noche.

El cielo seguía restallando con explosiones de luz que iluminaban el interior del monasterio. Emilia se negaba a dormir sola en su celda así que Virginia se ofreció para acompañarla esa noche. La religiosa hizo un mohín con la boca:

—No creo que Dios vea mal que duerma contigo —dijo empujándola dentro de la habitación— Tu suciedad no es cosa que pueda tiznarme.

Tras desaparecer en el interior de la celda, Daniel extrajo una caja de cerillas y organizó lo necesario para encender un pequeño fuego junto al viejo agente. No había leña seca y recurrió a los restos podridos de una bancada de la iglesia.

Fuera, el agua corría llevándose los últimos restos de nieve.

—No siempre fue así —dijo Franco mirando la lumbre—. Toda mi vida recuerdo este monasterio como un lugar de fiesta. Al terminar la cosecha de trigo, allá por mayo, había una gran celebración. El primer domingo tras la siega

había una procesión. En la cabeza, dos bueyes tiraban de una carreta sobre la que iba una pequeña imagen del Buen Pastor. Ya conoce el cuento de La oveja del rayo.

—Sí, por encima —dijo Daniel sentándose un poco más cerca del anciano.

—En Lanuza hemos sido siempre muy devotos de esa historia y en cierto modo el cuento se parece a la alegoría cristiana del Buen Pastor, así que era todo un honor ser quien tirara de los bueyes hacia esta iglesia. Se engalanaban los cuernos de los animales y la testuz con trabajos de encaje. Lucían preciosos. Más de un kilómetro de carretas iban detrás con canciones durante horas. Se comía y se bebía, sobre todo lo segundo. El camino es largo y la maleza espesa, así que tampoco era extraño ver a las parejas perdiéndose un rato para volver con el pelo revuelto y las ropas llenas de hojas. Cuando los bueyes coronaban este llano todo el mundo se colocaba detrás de ellos empujándolos para que aceleraran y, los últimos metros, se puede decir que casi volaban. —Un brillo infantil dulcificó sus ojos—. La mejor fiesta del año, sí señor.

—En esa época el monasterio estaba habitado, ¿me equivoco?

—No, no lo hace. Los Monjes Guardianes vivían en él.

—¿Monjes Guardianes? —preguntó intrigado—. ¿Qué guardaban?

—Al judío errante. —Hubo una pausa—. O eso dicen. Según la leyenda el judío llegó aquí hace muchos siglos portando un libro mágico. Los Monjes Guardianes lo protegían.

Daniel sintió un viento frío acariciándole la espalda, como si fueran unos dedos helados frotando su piel.

—Historias de pueblos olvidados —continuó Franco—. En cierto modo Carranco tiene razón. La leyenda del judío errante se parece a la del Bruch, como un dedo divino que te amenaza con aplastarte si molestas a sus gentes. Los Monjes Guardianes mantenían viva esa leyenda, y todo el valle lo agradecía con pequeñas aportaciones. Ellos mismos escribieron el poema y también lo imprimieron. Cientos de ejemplares. Cuando cumplías ocho años y hacías la Comunión, subías hasta aquí, encendías una vela junto al arcángel y te entregaban un ejemplar. Aún recuerdo cajas enteras llenas junto a esta misma puerta.

Una imagen penetró por el oído de Daniel para revelarse después en su cerebro: unos niños beduinos de la tribu Ta'amireh memorizando una leyenda al cumplir también los ocho años. Solo después se les permitía salir del poblado como personas completas. Daniel halló inquietantes similitudes con la Comunión con Cristo.

—¿Sabe desde cuándo llevaban aquí esos Monjes?

—Yo no, y mi padre tampoco, eso seguro. Los habitantes de este valle somos

gente recelosa, no gustamos de presencia forastera. No solo aquí. Pregunte en Panticosa o en Escarrilla. No señor, aquí solo aparece el forastero para robar. Por eso siempre hemos cuidado a nuestros Monjes y su leyenda como el tesoro más grande.

El fuego comenzó a perder brío. Franco se incorporó con dificultad frotándose las rodillas, cogió un trozo de banco y lo arrojó a las llamas.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Daniel ayudando al viejo a sentarse.

—La guerra. Comenzó la Guerra Civil y el ejército republicano expulsó a los Monjes Guardianes para establecer aquí sus defensas. Se atrincheraron, minaron los caminos, construyeron nidos de ametralladoras como el que grita «venid a por nosotros si tenéis huevos». Para el Generalísimo aquello era un desafío en toda regla.

—Y reconquistó El Salvador.

—El Caudillo no quería dañar el monasterio, así que envió un mensajero a negociar. Una negociación corta. El mensajero encontró a todos los republicanos con las tripas en el suelo.

—¿Muertos?

—Desde el más joven al más anciano. Eso significa hombres con mujer e hijos, ancianos, chicos con pelusa en lugar de barba. En fin, los periódicos y los libros hablan de Ejército Nacional y Ejército Republicano como si fueran dos elefantes que se pelean en mitad de África; pero en realidad hablan de primos y amigos que de un día a otro descubren que se encuentran en Españas diferentes, separadas por una línea marcada en el suelo con un mal palo. Muchos de esos republicanos muertos eran vecinos de Lanuza. Demasiados. Por eso nadie se lo perdonó.

—¿Al Caudillo?

—Al judío —concluyó Franco—. Se dice que fue el judío errante quien los mató. —El viejo recolocó en la hoguera los restos del banco con una vara de punta ennegrecida—. Desde entonces nadie se atreve a subir aquí. Es un lugar maldito y prohibido. Hágame caso y márchese. Nadie debe molestar al judío otra vez. Quien ignora esa advertencia escuchará una maldición: *que el judío errante te lleve*.

Algo se movió en un rincón de la iglesia. Era Carranco que dejaba de roncar:

—Yo tengo otra maldición —bufó dándose media vuelta—. ¡Callaos de una puta vez, coño, y dejadme dormir!

La mañana los recibió con el cielo despejado. El barro y los surcos en la escasa nieve eran testigos del aguacero.

—Ve a ver cómo están los caballos —ordenó Carranco al viejo.

Los habían dejado bajo un pequeño techado en la zona exterior, una antigua porqueriza unida a un gallinero.

Daniel dudó si era prudente dejar marchar a los agentes. Alguien se ocultaba bajo el altar de piedra. ¿Quién le aseguraba que no se trataba de varias personas? Una docena o más, y no lograba encontrar a Bruno por ningún sitio. Su celda estaba vacía, con la cama hecha. Privarse de dos buenos fusiles era la peor de las decisiones.

Las señales eran claras. El libro que los Caballeros de Malta buscaban con tanto empeño se encontraba en ese sótano. Era lo que custodiaban los monjes de El Salvador. Un libro que haría tambalear los cimientos del cristianismo, y la leyenda del judío errante era el envoltorio que lo protegía de manos como las suyas. Lo imaginaba sobre un atril, al fondo de una caverna oscura, esperando a que él lo tomara para esconderlo en el interior de su chaqueta. Antes de que los guardias civiles se dieran cuenta Daniel habría huido de allí. Con el libro en su poder, el Cazador sería alguien intocable dentro del Opus Dei, casi un santo al que el Gran Maestre de la Orden de Malta tendría que besarle los pies. Se moría por ver la cara de Álvaro del Portillo tras poner el libro delante de sus narices.

Estaba en la cocina, bebiendo agua de una botella forrada en lana, cuando uno de los caballos pasó trotando por delante de la ventana. Iba solo, perdiéndose hacia la zona del huerto.

Daniel miró a Carranco, sentado delante de él. Los dos se dirigieron hacia la puerta de la cocina para echar un vistazo. El animal seguía trotando hasta perderse de vista. Miraron en dirección contraria y descubrieron un grupo de personas junto al puente. Los dos se escondieron de un salto.

—¿Habéis llamado a alguien? —preguntó Daniel agazapado tras la puerta.

—Iba a hacerte la misma pregunta —respondió Carranco.

Virginia entró procedente del claustro con un cesto de ropa. Encontró a los dos hombres de rodillas en el suelo.

—¿Qué hacen ahí?

—Silencio —murmuró Daniel—. ¿Dónde está la hermana?

—En su dormitorio, aseándose. ¿La mando llamar?

—Ve con ella y no salgáis hasta que os lo diga. ¡Vamos!

Dejó el cesto en el suelo y salió corriendo. Daniel y Carranco la siguieron hasta el claustro. Giraron a la derecha y se encaminaron al interior de la iglesia. Carranco accionó la palanca de su fusil y metió una bala dentro de la recámara. Daniel notaba sus manos temblando, pero consiguió extraer la semiautomática Star del bolsillo de su chaqueta. Ignoraba si aquel trasto poseía algún tipo de seguro. Rezó para que no.

Una vez en el interior de la iglesia se acercaron a la puerta principal, que estaba entreabierta. Daniel seguía al cabo de cerca, pegados al muro. Ver al guardia civil delante de él, con el fusil preparado para una descarga, le hacía sentir más seguro.

Una vez en la puerta, Carranco se asomó fugazmente.

—¡Maldita sea! —exclamó con voz apagada—. Tienen al viejo.

Daniel encontró un pequeño agujero entre dos maderos e incrustó un ojo en él.

Junto al puente, un grupo de seis o siete hombres rodeaban a Franco. Lo habían golpeado y sangraba por la nariz. Un rodillazo en el estómago lo tumbó sobre el suelo. El grupo se apartó y una figura apareció fumando un cigarrillo.

Era el comandante Rodrigo.

Nada quedaba en él del falso sacerdote Pete. Vestía un pantalón de pana verde botella y un grueso jersey del mismo color sobre una camisa a cuadros. Daniel encontró felicidad en su rostro.

A un gesto del comandante, Franco fue colocado de rodillas frente a él. Le preguntó algo que provocó en el hombre un giro de cabeza hacia donde ellos estaban. Daniel apartó el ojo de la abertura.

—Les ha dicho dónde estamos —confirmó a Carranco.

Al volver a mirar, encontró a todos a los guerrilleros tumbados junto al puente, con sus fusiles apuntando hacia ellos. Todos no. Rodrigo apuraba su cigarrillo de pie, junto al guardia civil. Extrajo una *beretta* bajo su axila, colocó el cañón del arma en la sien del viejo y accionó el gatillo.

El hueso occipital de Franco saltó como la espoleta de una granada y cayó al suelo muerto.

—¡Es mi turno, Cazador! —dijo Rodrigo lanzando la colilla al arroyo.

Daniel se sentía como un conejo indefenso.

«Atrapado en una madriguera —se dijo—. Una madriguera muy profunda».

LA MATRIARCA BARBUDA

Mamá recorría un extremo del zoco escurriéndose entre huecos sudorosos. Subido en su hombro, Abu oteaba ante una alfombra de turbantes y velos de todos los colores.

—¡Qué gracioso el monito! —dijo una mujer con risa ridícula y recubierta de joyas—. ¡Hasta lo lleva vestido! ¿A que es una ricura?

La mujer acercó una mano a la cabeza de Abu y este dio una dentellada en el aire. En caso de haberla cazado le hubiera arrancado los dedos de cuajo.

—Intenta tocarme, fea asquerosa, y no tendrás dónde ponerte los anillos —farfulló Abu.

La mujer se escabulló escandalizada. No tardaría en notar que le faltaba una bolsa con monedas y un par de sortijas de cobre con adorno de flores repujadas.

—P-p-p-por favor, Abu —reprendió Mamí guardando el pequeño alijo sustraído por el tullido—. Deja de llamar la atención.

Continuaron hasta resguardarse del sol bajo un pasaje porticado de madera. Según Naid la salida de la cloaca conducía a un callejón estrecho a espaldas de la posada de La Matriarca Barbuda.

Se habían equivocado de salida y tuvieron que recorrer parte del zoco en la hora de mayor afluencia. No era una perspectiva del todo mala. La montaña de hormigas engullendo la carnaza suministrada por los barcos corsarios los envolvía con un manto bajo el que eran invisibles para los guardias. Sin embargo, Abu se había empeñado en destrozar el disfraz encaramándose al hombro de Mamí y llamando demasiado la atención; y lo que era peor, no dejaba de robar. A nivel de suelo era un ladrón perfecto, pero a esa altura el tullido era temible. Podía cambiarte un jarrón lacado por una sandía y no te darías cuenta hasta colocar unas flores dentro.

—Que conste que mi pasaje ya lo tengo costeadado —dijo Abu cambiándose de hombro para tener mejor perspectiva del zoco.

Un esclavista voceaba sus mercancías subido sobre una tarima. Nadie se

interesaba en sus productos por más que el tipo gritaba las mil virtudes del lote. Eran simples *aguatís*, cristianos capturados por los corsarios en una de sus cabalgadas y que habían pasado todos los filtros de compradores posibles. No había mujeres, ni niños y mucho menos hombres bien posicionados por los que pedir un rescate. Eran carne de galera y remo.

Colgando de un hierro, anclado en un muro, se veía una tabla de madera negruzca. Su superficie estaba rodeada por caracteres arábigos. Los arpilleros eran analfabetos, pero identificaron el dibujo ubicado en el centro del cartel: una mujer con unos pechos generosos al aire y una jarra en la mano derecha. En la izquierda sostenía el tramo central de una larguísima barba. Pensaron que sería un prodigio conocer a semejante señora. Se cercioraron de no ver ningún guardia en las proximidades y entraron en el establecimiento.

Naid tenía razón. Todas las camareras de la posada tenían barba. Pero no se parecían en nada al dibujo de la puerta. Las barbas eran un poco de pelusa negra y sus torsos estaban tapados.

Abu sospechó que se trataba de hombres disfrazados de mujer. Bajó al suelo de un salto y siguió a una camarera. Mamí lo encontró poco después, apareciendo bajo el vestido de otra.

—Lo que yo pensaba. Son tíos. No se han preocupado ni de cubrirse los huevos con un paño.

Mamí lanzó un suspiro. Después de meses encerrados dentro de un barco, los corsarios eran reacios a bajarse de ellos y mantener relaciones sexuales solo con sus mujeres. Pero sodomizar abiertamente con otro hombre era algo prohibido hasta para el corsario. En tabernas como La Matriarca Barbuda el marino encontraba solícitas camareras con vestidos ligeros bajo los que podían meter la mano. En pequeños habitáculos cercanos la pareja se entendía libremente con o sin vestiduras, según el gusto de cada cual. Putas de mar las llamaban. O putas barbudas, según a quién preguntaras. Si veías el dibujo de la entrada sabías perfectamente qué ibas a encontrar.

—Fantástico —dijo Abu regresando al hombro de Mamí—. ¿Por qué Naid nos ha enviado aquí?

—Es el único lugar donde la guardia no se atreve a entrar —susurró una mujer caminando cerca.

Era Yetta, la mujer a la que Naid los mandó encontrar. Los arpilleros lo sabían porque era la única fémina de la posada. No tenía barba, pero sí un lunar verrugoso en la mejilla cubierto de pelo y probablemente la cara más fea de Argel.

Siguió caminado en dirección a la parte más profunda de la posada. Los arpilleros la siguieron, atrayendo las miradas de varios clientes curiosos y todos

los barbudos disfrazados de posadera. Cruzaron un patio interior con el zócalo recubierto de azulejos y macetas llenas de flores que llegaban hasta el nivel superior. Continuaron por un corredor a lo largo del cual se escuchaban gemidos.

—P-p-p- parece que torturan a alguien.

—Mamí... Tengo ocho años y sé perfectamente que no son gritos de tortura.

Llegaron a otro patio. El suelo estaba cubierto de tierra polvorienta, removida por un par de gallinas escarbando con las patas. Una encontró un gusano y corrió hasta el otro extremo levantando más polvo.

—Acompañadme —dijo Yetta abriendo una pequeña puerta.

En realidad eran tres listones de madera verticales unidos por otros dos mediante un entramado de cuerdas. Al atravesarla llegaron a un callejón sombreado. En un extremo oscuro se adivinaba una puerta de barrotes oxidada. Abu supo que era el acceso a la cloaca.

—¿Dónde está Naid? —quiso saber Yetta.

—Ha ido a la alfarería.

—¡No le des información! —recriminó Abu—. Es una desconocida.

La verruga de Yetta se hundió en una mueca.

—Si quisiera denunciaros ya lo habría hecho —dijo la mujer colocando sus brazos en jarras—. Pero entonces mi sobrino Naid perdería a los últimos miembros de su hermandad de ladrones deformes. ¿Cómo la llamáis? Saco Roto o algo parecido, ¿verdad?

—Arpi-pi-pi-pillera Quebrada —corrigió Mamí.

—Y no estamos deformes, señora matriarca. No todos, creo. Su sobrino, por ejemplo, solo está tuerto.

Yetta miró a los dos chicos humedeciéndose los labios con su lengua blanca de lagarto.

—Ya veo —dijo lacónica—. Se os ve un poco enfermizos. ¿Habéis comido hoy?

—No, señora —dijeron los dos al unísono.

Era una pregunta para la que siempre había consenso.

—No se este —dijo Abu—, pero yo no he probado nada desde ayer. Si ahora nos trae un trozo de pan y un poco de aceite se ganará un par de piropos, preciosa. ¿Ve? Ya tiene uno gratis.

—Veré qué encuentro.

La mujer se humedeció otra vez los labios y entró en la Matriarca Barbuda, cerrando la puertecita tras de sí.

—Naid es idiota —dijo Abu—. ¿Por qué se hizo arpillero? Con su tía tendría comida y casa.

—¿Q-q-q-quien es el tonto ahora? Naid me-me-me habló de su tía una vez.

Solo t-t-t-tenía un trabajo para él: ser pu-pu-pu-puta barbuda.

Abu se quedó mirando al aire un instante. Dibujó con su mente la imagen de Naid con vestido de mujer, el parche sobre su ojo vacío y barba larga como la del cartel. Comenzó a reír hasta caer sobre el suelo con dolor de tripa.

El ruido de las risas no le dejó apreciar el peligro. Por un extremo de la calle, surgiendo tras una esquina, apareció un hombre vestido de color azul cobalto. Sobre el hombro llevaba un arcabuz y en el fajín burdeos un puñal que acariciaba con los dedos.

Con una pirueta brincadora, Abu se enderezó, clavando sus dedos en el suelo. La entrada a la cloaca estaba demasiado lejos. Quince, veinte metros o más. No sabía si Mamí estaría listo para salir corriendo hacia ella, pero el niño sin piernas estaba seguro de algo:

«No conseguiré alcanzarla a tiempo».

El fuego en los hornos crepitaba voraz. Naid escuchaba el siseo de las tinajas cociéndose en su interior para volverse duras y resistentes. En un claro a su derecha esperaban amontonadas decenas de tinajas ya cocidas de todos los tamaños. Algunas eran pequeñas como un niño de tres años. Había otras del tamaño de un hombre y, arrinconadas junto a un muro, se elevaban seis enormes del tamaño de dos elefantes, uno encima de otro. Debían tener capacidad para quinientas arrobas, supuso Naid. Miró la base y se sorprendió al comprobar que permanecían de pie por medio de unos pequeños trozos de tinaja rotos, como si fueran restos de cascara de huevo manteniendo erguidos una botella de base redonda.

Se apartó para dejar paso a una carreta. Dos bueyes robustos tiraban de ella con la lengua azulada babeando. Naid vio cómo se alejaban hacia la salida del barrio alfarero. Soñó verse a sí mismo y sus arpilleros partiendo en un carro como ese en dirección a Orán o Salé. Mejor un poco más lejos, hasta Tetuán o Túnez. Pero antes debía inspeccionar los ahorros de la Arpillera y que Naid juzgaba de antemano escasos. Continuó caminando hasta el almacén de secado y entró.

Durante los últimos meses la Hermandad había sufrido bajas que tuvieron que ser sustituidas con nuevos arpilleros inexpertos. Había estado ciego para no descubrir antes la traición de Calym. Imaginó los cuerpos de sus compañeros metidos dentro de una tinaja enorme y usados para darle cuerpo al vino. Flotarían en el líquido rojo para acabar escanciados en la copa enjoyada de un corsario barrigón.

—¿Dónde está nuestra tinaja? —preguntó Naid al alfarero que lo acompañaba

por el interior del almacén.

Era un hombre encorvado y de piel oscura al que todos llamaban Banco de Barro. Si querías que una mercancía desapareciera con rapidez, él era la mejor opción; siempre que depositaras la oportuna comisión sobre su mano llena de callos. Solía oscilar entre una quinta y una cuarta parte del valor del botín, algo elevado para ser un simple alfarero, pero con ello comprabas el silencio en la ciudad donde más valor poseía.

—Con este hombre no se regatea —les decía siempre Ahmed.

Un burro cercano arrastraba en círculos lo que parecía ser una delgada columna de piedra estriada. El animal la llevaba colgada por medio de dos gruesas cuerdas de cáñamo. El ruido que hacía era infernal, aplastando los terrones de arcilla hasta convertirlos en limo arenoso.

—¿Dónde está la tinaja? —repitió gritando para hacerse oír.

El alfarero se limitó a elevar los hombros y rascarse la cabeza por debajo de un pañuelo anudado en su nuca. Las últimas caravanas partirían pronto. Debía apresurarse, pero Banco de Barro se tomaba el asunto con mucha calma. Por más que buscaban no conseguían encontrar la tinaja donde la Arpillera Quebrada guardaba sus mercancías.

—Siempre está aquí —dijo el hombre—. Es amarillenta y con una marca roja.

—Sé perfectamente cómo es la tinaja. Quiero saber dónde está. Te pagamos mucho por custodiaria.

El alfarero seguía rascándose la cabeza.

—Creo que sé lo que ha ocurrido —dijo Banco de Barro—. Qué despiste el mío. Esta mañana le dije a mi aprendiz que había que darse prisa con estas tinajas de aquí y cocerlas pronto. Hay un nuevo capitán de la taifa corsaria que necesita acondicionar su mansión. Nos ha hecho el pedido más escandaloso de tinajas que he visto jamás. ¡Y qué prisas! Este aprendiz parece tonto, te lo digo yo, Ojo de Águila. Al decirle todas no me refería a «todas», claro. Pero el muy estúpido no sabe diferenciar una tinaja cocida de otra sin cocer.

—¿Qué intentas decirme? —dijo Naid recolocándose el parche sobre su ojo ciego—. ¿Que mi dinero está cociéndose dentro de un horno?

—Sería un verdadero contratiempo, ¿verdad? Je, je —dijo Banco de Barro mientras se rascaba la coronilla.

Naid no podía creer en su mala suerte.

—¿En qué horno están las tinajas?

Salió del almacén sin pisar el suelo, dando grandes zancadas. El alfarero lo seguía con su cuerpo encorvado señalándole un montículo humeante sobre una pequeña loma. Al escalarla encontró una hondonada donde se elevaba una

construcción de ladrillo. Era enorme, y con forma de botella. Espiró liberado al comprobar que el humo procedía de otro horno lejano. Una rampa daba acceso al interior de la construcción, encontrando un habitáculo repleto de pequeñas tinajas apiladas una encima de otra hasta llegar a un estrechamiento en la parte superior del horno.

—Esa es la bravera —dijo Banco de Barro señalando hacia arriba—. Por ahí sale el calor de la combustión. Bajo nuestros pies está la olla, donde se produce el fuego y sale por estos veintiocho agujeros del suelo, cociendo las tinajas. ¿Qué diría si le digo que tardan días en enfriarse?

—¿Soy un turista al que tenga que entretener? —dijo Naid—. ¿Dónde demonios está mi tinaja?

El alfarero señaló hacia el montón apilado. Debía haber más de cincuenta.

—Ya estás tardando en sacarlas —ordenó Naid.

—Uf. Creo que necesitaremos ayuda. Espere un momento que aviso a mi aprendiz.

Con su espalda encorvada, Banco de Barro caminó fuera del horno. Entonces se volvió y miró al ojo de Naid con un gesto torcido en la boca y arqueando sus cejas. Agarró la puerta de acceso y la cerró de golpe. El cerrojo retumbó con un suave eco al introducirlo en la pared de ladrillo. Naid estaba atrapado.

—¿Qué haces? —dijo mirando a través de una rendija de la puerta—. ¿Por qué me encierras aquí? ¡Abre inmediatamente!

—Lo siento Ojo de Águila. —Hubo una pausa culpable—. Tengo una familia que proteger.

Y se marchó.

Naid se giró hacia el montón de vasijas, comenzando a respirar rápida y entrecortadamente. Todo por una tinaja. Una maldita tinaja casi vacía. Las lágrimas comenzaron a brotar de su ojo sano hasta no dejarle ver con claridad.

«Naid, piensa en Ahmed —se dijo—. ¿Qué haría él en esta situación?»

Lo recordó huyendo de los guardas tras romperle los morros a uno con la vasija.

«Las tinajas —pensó—. ¡Puedo subir por las tinajas hasta alcanzar el borde de la bravera!».

Sonó una pequeña deflagración y una luz intensa emergió bajo sus pies. Era la olla. Había sido encendida con la ayuda de algún tipo de acelerante. Miró por uno de los agujeros del suelo y vio una pila de madera ardiendo embravecida. El calor no tardaría en salir por los agujeros y derretirlo como manteca en una sartén de hierro.

No era momento de ser comido por el pánico. Dibujó en las tinajas su ruta de escape hacia el exterior. Tenían la altura de medio hombre así que no sería difícil

usarlas como peldaños. Se asió al cuello redondeado y grueso de la primera y trató de subir. Una vez arriba, continuó con la siguiente pero el peso de su cuerpo desmoronó la tinaja como si fuera de barro.

«Estúpido —se maldijo—. Claro que son de barro. Aún no están cocidas. No aguantarán mi peso».

Las tinajas parecían observarlo risueñas, apiladas unas sobre otras sin confesarles el secreto de su perfecto equilibrio.

El calor comenzaba a ser sofocante. Se volvió hacia la puerta y la golpeó inútilmente. Por la rendija distinguió la forma de un hombre plantado delante de la puerta, vestido de azul intenso y fajín burdeos. Parpadeó y el sudor salado penetró en su globo ocular. Todo comenzaba a estar borroso. Calor. Hacía mucho calor.

Al limpiarse el sudor de la cara se dio cuenta de que algo se movía delante de él, una especie de serpiente colgante. Parpadeó otra vez y enfocó una gruesa cuerda. La siguió hacia arriba, encontrando en el borde de la bravera la cara más bonita que había visto jamás. O eso le pareció. Era Abu, que lo miraba sosteniendo el otro extremo de la cuerda.

La vista volvió a emborronarse. Se asió a la maroma y notó su cuerpo ascender con pequeños tirones. Al pensar en el suceso, Naid recordaría respirar a continuación una gran bocanada y darse cuenta de que sus pulmones se llenaban del aire liviano y fresco del exterior.

—Q-q-q-que poco ha faltado. ¿A que sí?

—Mamí. Bendito Mamí. Si me traes agua te llamaré bendito el resto de mi vida.

—¡Toma! —dijo Abu desde el suelo mostrándole un papel sellado con lacre—. ¡Dinos lo que pone, rápido!

—Espera que beba un poco al menos.

—¡Ya-ya-ya-ya habrá tiempo de beber! —apremió Mamí—. Tú dinos lo que po-po-po-pone.

—Deberías hacerles caso —dijo una voz.

Naid se giró, encontrando al hombre vestido de azul.

—Alguien se ha tomado muchas molestias para que os lo hiciera llegar. Alguien que os debe tener en mucha y cara estima.

Tras eso, el mensajero se retiró, perdiéndose entre los edificios como una sombra. Naid liberó el papel de su sello y comenzó a leer.

—¿Qué dice el papel? —insistió Abu—. ¿Qué dice?

El ojo único de Naid se iba abriendo más y más.

—¡Amigos, haced el petate! —les dijo con la voz quebrada—. ¡Nos vamos a Malta!

UN ACTO DE FE

La sangre del guardia civil resbalaba por los travesaños de madera del puente, goteando en la corriente de agua y diluyéndose en ella. Rodrigo dedicó una mirada de desprecio al cadáver, propinándole un fuerte puntapié. El cuerpo rodó, cayó al arroyo y se perdió en la cascada espumosa.

—¡Agáchese comandante! —farfulló una voz a sus pies.

Sintió una mano grande, de dedos gruesos, tirándole del jersey. Rodrigo se dejó llevar por aquella fuerza hasta llevarlo al resguardo de un montículo de tierra. A su lado, seis guerrilleros lo miraban vacilantes.

—Hay que actuar con precaución, don Rodrigo —insistió el guerrillero de manos grandes—. No sabemos si están armados.

—Sí lo sabemos —refutó Rodrigo—. Los guardias civiles siempre van en pareja, así que tenemos tres hombres armados ahí dentro: un guardia civil y mis dos amiguetes. Un fusil Mausin, una pistola Star de 9 milímetros y un revólver, esas son las armas. Tres contra siete es una proporción bastante favorable. ¡Benito!

Un joven de unos veinte años dio un respingo. La enorme gorra de cuadros grises que cubría la cabeza del muchacho saltó como un grillo sobre su pelo rizado.

—Tú y Paulo avanzad por la izquierda hasta la cocina —ordenó—. Marcos y Botijo por la derecha para rodear el claustro. Podría haber alguna abertura por ese lado. Fermín, Rubén y yo os cubriremos con fuego de supresión avanzado por el centro hasta la puerta de la iglesia. A mi señal: uno, dos...

—¡Un momento, comandante! —balbució Benito agazapado tras el montículo—. Creo que tengo ganas de orinar.

Rodrigo se deslizó hasta agarrar al joven de pelo rizado por el cuello de la camisa:

—Me vas a tocar los cojones otro día, Ricitos, pero no va a ser hoy. Coges el fusil y a la de tres sales perdiendo el culo. Tienes mi permiso para mearte encima si lo deseas. ¿Me he explicado? —Soltó el cuello arrugado del joven Benito para

empuñar su arma con las dos manos—. Una, dos... ¡Tres!

Un concierto de descargas retumbó atronador mientras el grupo avanzaba por el puente accionado sus gatillos. La puerta de la iglesia recibió tres balazos dispersos, un par agujerearon el muro frontal y el resto se perdieron en el monte.

Una vez atravesado el puente, cada grupo corrió a su posición. Rodrigo esperó unos segundos más junto a la puerta de la iglesia, acompañado de los dos mejores guerrilleros: Fermín Manotorta y el viejo Rubén Doscaras. En cuanto el resto estuvieran ubicados en su posición, quedaría cubierta cada salida del monasterio. Tenía al Cazador acorralado. Notaba unas cosquillas de venganza que tonificaban su cuerpo. Se sentía joven otra vez.

Un leve asentimiento suyo sirvió de orden. El guerrillero de manos grandes extrajo un objeto cilíndrico de su morral, retiró un pasador y lo introdujo por un hueco bajo la puerta. Se escuchó el artefacto rodar sobre el suelo enlosado, penetrando en la iglesia con un ronroneo antes de golpear contra algún objeto y detenerse.

Escuchaba un lento siseo, dedicando a sus compañeros una sonrisa de victoria. En pocos segundos el interior de la iglesia estaría lleno de gas tóxico.

Esa mañana, un cielo despejado trajo inquietantes augurios al grupo de guerrilleros.

El refugio en el que se guarecían desde hacía dos años era una oquedad en la piedra desnuda, tapiada con un muro de madera recubierto de musgo y una puerta. El interior apestaba a oso podrido.

—Nadie juega con el judío errante —advirtió el viejo Rubén contemplando el sol apareciendo sobre los abetos—. Los muertos nos lo recuerdan.

—No me asustan las historias de gallina clueca —dijo Fermín Manotorta limpiando el cañón de un fusil.

Una pequeña pieza metálica salió despedida de sus dedos. Sus manos anchas resultaban eficaces en la lucha cuerpo a cuerpo, pero torpes en tareas de precisión.

—Un hombre debe temer aquello que desconoce. —Rubén tomó la pieza y la incrustó con habilidad en el cuerpo del fusil—. Permaneciendo como hasta ahora seguiremos vivos.

—Hay muchas formas de estar vivo. Igual que hay muchas formas de estar muerto.

—Yo prefiero ser el vivo que duerme tranquilo en su cama —intervino el joven Benito a media voz.

No le agradaba contradecir a Manotorta, pero la opción del viejo Doscaras resultaba más agradable. Mucho más agradable.

—Nos venderías a los fascistas con tal de tener una camita caliente —repuso Fermín—. Poco la disfrutarías si en mitad de la noche regresan los de verde para sentarte en el garrote.

—¿A quién le haces reproches? —reparó el viejo Doscaras—. Todos aquí nos hemos sacrificado por la república. Hay poco más que se nos pueda exigir como hombres honrados.

—Pero sí como hombres de Estado —dijo el comandante Rodrigo—. Eso sí podemos ofrecérselo a la república.

Estaba sentado sobre una piedra al fondo del refugio. Su cuerpo era imperceptible, salvo por el brillo de sus ojos y un reflejo en el cinturón metálico.

Notaba el miedo bajo el pelo cano de Rubén, un temor incrustado en cada poro de su piel apergaminada.

Hasta la llegada del comandante, Rubén había sido lo más parecido a un líder que los guerrilleros podrían encontrar. Leal, honrado y diestro en el manejo de todo tipo de armas. Y venenos. Se enorgullecía de tumbar un venado con un solo dardo si el viento era favorable. Un jabalí le había cortado la cara adornándola con una cicatriz desde la papada hasta el ojo izquierdo. Veinte años después del incidente, los bordes rugosos de la herida eran una grieta parduzca que dividía su rostro en dos. Los colmillos del animal habían servido para fabricar un llavero y un colgante que lucía en el cuello. Desde entonces era conocido como Doscaras.

Rodrigo llevaba tres días en aquella pocilga hedionda. La barba rala y canosa le hacía parecer un mendigo y no se acostumbraba a llevar ropa usada y llena de agujeros. Sin embargo, notaba un velo invisible y poderoso que lo envolvía, reforzado cada vez que lo llamaban *comandante*. Doscaras fue el último en hacerlo. Era una actitud de desafío que tenía que extirpar, de modo que la negativa a subir al monasterio suponía una declaración de fuerza.

Un puñado más de hombres completaba su escuálido ejército de maquis, desahuciados en las cercanías del monte Argualas y malviviendo de las sobras que robaban a caminantes despistados. Mensualmente, los guerrilleros confiscaban parte de la cosecha de berenjenas o cebollas en nombre de la república. Era la excusa que esbozaban al ser sorprendidos por los hortelanos, pero Rodrigo veía la palabra saqueo grabada en sus ojos avergonzados. No era el espíritu de unos soldados orgullosos de defender los últimos reductos de democracia republicana, sino el de unos bandidos rapiñando a escondidas. El destino lo había llevado hasta allí para poner fin a la vergüenza.

Esa mañana, palpitaba algo en su interior. Quiso ver en el sol fulgurante y el cielo azul intenso una señal que conectaba sus sentidos con un nuevo cableado,

más rápido y eficaz.

Su mente estaba fija en El Salvador.

«¿Qué le interesa al Cazador de él?»

Para los guerrilleros era un lugar maldito y prohibido. Ninguno lo acompañaría hasta allí para averiguarlo.

—¿Qué hay en el monasterio que tanto os asusta? —le preguntó a Manotorta dos días atrás.

El guerrillero de brazos largos y manos anchas parecía ser el más sensato. Procedía de Escarrilla, localidad a unos treinta kilómetros de allí y la leyenda del judío errante ejercía un influjo menor en él. Antes de la guerra, su principal actividad era el contrabando de mercancías con la vecina Francia. Conocía la hospitalidad de una cárcel y la delicadeza que dispensaban sus anfitriones. El delincuente de entonces era tratado ahora como una bendición. Nadie sabía cómo, pero lograba reponer las mercancías más escasas en el momento preciso. Manotorta no revelaría jamás su secreto, pero se hablaba de un paso hasta Tarves, en Francia, que solo él conocía. El único paso que la nieve respetaba. Un barril de vino sustraído y cierto lío de faldas acabaron con el contrabandista huyendo hasta las cercanías del monte Argualas, donde fue acogido por los guerrilleros celebrándolo con un brindis; luego otro brindis y otro más hasta acabar con una cogorza a costa del vino robado por Fermín Manotorta. Desde entonces la guarida con olor a oso era su refugio. Y su hogar.

—Durante la guerra yo tenía dos amigos —le confesó Rodrigo—. Me refiero a dos amigos de verdad. Uno era capitán y el otro sargento, pero no existían cargos entre nosotros. Suele ocurrir cuando tres hombres se salvan la vida más veces de las que puedes contar con ambas manos. Uno de ellos procedía de Lanuza, así que conozco un poco la leyenda.

—¿Cuál era el nombre de ese amigo, comandante? —quiso saber Fermín.

—Atanasio. Recuerdo la última vez que lo vi. Nos dirigíamos a Figueres, en Gerona, para la última Junta de Gobierno de la República. La guerra estaba a punto de terminar, de forma desastrosa para nosotros, era evidente, y después solo quedaba cruzar la frontera hasta el exilio. Atanasio se detuvo delante de nosotros, sosteniéndonos la mirada unos segundos, levantó el puño en alto y nos repitió su frase. «Que el judío errante se lleve a los fascistas». José Antonio, que era mi otro compañero, y yo sabíamos lo que pasaba por su cabeza. Atanasio no quería huir. Él prefería morir en su país a correr como un perro cobarde y regresó a su amada Lanuza. Así lo hizo, se quedó y murió fusilado. Los perros cobardes sobrevivimos. —Un nudo en la garganta le impedía tragar saliva—. De vez en cuando, cojo un papel y escribo a José Antonio. Vive en Toulouse. Él suele hacer lo mismo y siempre acabamos la carta con esa frase. «Que el judío errante se los

lleve». A los fascistas, a los amores desafortunados, a las miserias... Es nuestra forma de rendirle tributo a Atanasio y de ese modo, en cada carta, el judío se ha ido llevando nuestros pesares. —Pensó en la última carta que había escrito a José Antonio—. Resulta irónico que sea precisamente el judío de Atanasio quien me ha traído hasta aquí.

—¿Por qué? —dijo Fermín Manotorta acomodando la barbilla sobre sus manos entrelazadas—. Quiero decir... ¿Por qué ha vuelto a España, comandante? Perdona mis palabras, pero... ¿Qué carajo se le ha perdido aquí?

—Es lo que intento averiguar, Fermín. —Rodrigo colocó una mano en la nuca de Manotorta—. Por eso tienes que ayudarme.

—Claro, comandante. Estoy con usted. ¿En qué puedo servirle?

—El fascista que me trajo busca algo en el monasterio. Debemos averiguar lo que es.

—¿Y el judío errante? No me asusto fácilmente con esas historias, pero dicen que vive allí.

—Al Cazador no parece importarle mucho —dijo Rodrigo—. ¿Por qué habría de importarnos a nosotros?

Un campesino de piel oscura y gorra verde oliva surgió entre los árboles. Dos guerrilleros lo saludaron en el exterior de la guarida, parapetados tras los restos de una trinchera fabricada con guijarros.

—¡Buenos días, Manuel! —exclamó Doscaras con un fuerte abrazo—. Hoy te has librado pronto la loca de la colina.

—No he subido al monasterio, don Rubén.

Loca de la colina. Así era como los guerrilleros llamaban a la monja pirómana que se había instalado en El Salvador semanas atrás. Para Doscaras era un hecho providencial. Manuel había recibido el encargo del alcalde de visitarla a diario y llevarle provisiones. De cada partida de alimentos, Manuel apartaba un pequeño alijo de víveres para ellos. Las visitas del moro al refugio se convirtieron pronto en las más esperadas.

—¿Cómo que no has subido? —reparó Doscaras—. Hoy es lunes. ¿No es cuando llevas la carga semanal?

Manuel era un hombre de palabras escasas. Hoy costaba arrancarlas más que nunca.

—Dime Manuel —insistió—. ¿Dónde están las provisiones?

—No hay provisiones, don Rubén.

Un coro de guerrilleros se apostó en torno al moro. Manuel se quitó la gorra y comenzó a hacerla girar entre sus dedos.

—Son esos hombres, don Rubén. Le han comido la cabeza a la monja y ahora ella me prohíbe subir. Se lo dije al alcalde y están buscando a otro para el

trabajo. Creo que escogerá a Fernando Rubianes.

—¿Sacamanteca? —dijo Benito agitando una mano—. El tonto del pueblo ni más ni menos. No hay nadie más tonto que un obrero de derechas.

Rodrigo se levantó de su sillón de piedra para husmear un poco.

—Ese no nos ayudará, Rubén —insistió Manotorta.

El viejo Doscaras no necesitaba que nadie lo subrayara. Manuel siempre fue dócil y fácil de manejar. Para ellos su principal virtud era otra: ser un hombre de honradez probada y en el que los guerrilleros depositaban una confianza ciega. No existía otro vecino de Lanuza que conociera la guarida de los maquis. Ni existiría jamás. No tenían bastante con las batidas de guardias civiles olfateando los caminos del Argualas. Ahora tendrían un arriero falangista recorriéndolos cada día.

—Os lo advertí —dijo Rodrigo cruzándose de brazos—. La presencia del Cazador os traerá problemas.

Escuchaba la respiración de Doscaras haciendo silbar sus fosas nasales.

—No hay nada que podamos hacer, comandante —aseguró el joven Benito.

—No estoy de acuerdo.

—Deberías escuchar a este joven —dijo Doscaras tomando un fajo de papeles enrollados con una goma elástica—. Conoce la vida de los guerrilleros mejor que usted. —Rodrigo le dedicó una mirada agria—. No podemos convencer al alcalde para que mantenga a Manuel con su encargo. Ni tampoco aparecer en el monasterio y obligar a la monja, o a ese Cazador que usted trajo.

—Yo no lo traje, Rubén.

—Lo mismo da. Si subimos no tardarán en saberlo en el pueblo y acudirá un enjambre de soldados. Bastante tenemos con evitar a los guardias civiles.

—Esconderos. ¿Esa es vuestra opción?

—¡La guerra acabó, comandante! —Las palabras de Doscaras retumbaron por las paredes del refugio—. ¡Acabó!

El viejo depositó el fajo de papeles con un movimiento furioso dentro del morral de Manuel.

—Os conformáis con las migajas —dijo Rodrigo señalando el fajo de papeles—. A nadie le importan vuestras octavillas publicitarias. Se limpiarán el culo con ellas. ¿Dónde están los verdaderos soldados de la república?

—Desde luego no están en el exilio —punzó Doscaras—. Los soldados de verdad se quedaron en España.

Rodrigo volvió a ver a su amigo Atanasio con el puño en alto, sonriéndole desde algún lugar oscuro. Una sensación vergonzosa hundió su lengua. Respiró lento y fue en esa vergüenza donde encontró el valor que necesitaba.

—Tienes razón, Rubén. Soy un cobarde.

Los guerrilleros se entornaron hacia él. Un silencio antinatural envolvió el habitáculo, como una mordaza apretada contra sus bocas.

—No fui valiente como vosotros —prosiguió—. Cogí todo lo que cupo dentro de un saco y me marché. He tenido una buena vida desde entonces, es verdad. No es difícil conseguirlo con veinte kilos de oro sobre el hombro.

Caminó hasta la puerta de salida, respirando el aire puro del exterior. El sonido del arroyo cercano le recordó la cascada de la bella Hallstatt.

—Vivo en un pueblo parecido a este, con un lago precioso. Los vecinos me tienen aprecio y, os seré sincero, yo les tengo también estima. Pero hasta llegar aquí no me había dado cuenta de que toda esa felicidad se sustenta en una gran mentira, y eso me devora por dentro. Veo que aquí, en vuestra miseria, sois de verdad, que vosotros sí existís, y me corroe aún más. Por eso he de ser justo con vosotros y quitaros la venda que lleváis en los ojos. —Algunos miraron de forma instintiva a Doscaras—. La república ya no existe. Perdimos la guerra y jamás, escuchadme, jamás volverá. No sois un ejército. Sois patriotas que lucháis contra la vergüenza de aquellos que claudicamos, pero no un ejército. La república no está en España, compañeros, sino en vuestros corazones. Sacadla de esta cueva. Sacadla de España y que germine fuera de este país podrido. Es el mejor tributo que podéis hacerle a la república: vivir como hombres libres.

Los guerrilleros de la trinchera escuchaban las palabras de Rodrigo dentro de la guarida, junto a sus compañeros.

—¿Cómo lo hacemos? —dijo Benito apoyándose contra la pared—. ¿Tienes otro saco lleno de oro? Porque si lo tienes puedo besarte hasta el culo.

—¿Quién sabe, Ricitos? —replicó—. El Salvador puede guardar muchos secretos. Límpiate la boca por si acaso.

Los guerrilleros cortaron el silencio entre las palabras con risas espontáneas. Tras eso, comenzaron a murmurar entre ellos.

—Doscaras —dijo Rodrigo cubriéndose la cabeza con su gorro de lana—. ¿Seguirás a tu comandante?

El viejo sentía el corazón infectado y febril de sus guerrilleros.

«Que el judío errante os lleve a todos —se dijo Rubén—. Ya lo veréis».

El gas tóxico comenzaba a desvanecerse.

Rodrigo comprobó que la nube de humo que salía por las ventanas había comenzado a perder intensidad. Empujaron el portón y este se movió cuatro dedos. Había algo que impedía abrirlo más.

A la vez, Rodrigo, Doscaras y Manotorta se abalanzaron contra la puerta. Sonó un chasquido, seguido de un estruendo de madera resquebrajada. El portón

había sido atrancado con una bancada del interior, pero al final lograron abrirlo.

El humo blanco avanzó hacia ellos buscando liberarse, obligándolos a taparse la cara con la manga del jersey. Rodrigo sintió la irritación en sus ojos, que comenzaron a lagrimear. El viejo Doscaras tosía de rodillas en el suelo mientras la nube ascendía sobre su cabeza.

El interior de la iglesia comenzó a aclararse. Rodrigo tomó un pañuelo de su bolsillo, lo aplicó sobre sus fosas nasales y avanzó. Primero distinguió una sucesión de bancos a un lado y otro. Fermín lo seguía de cerca, protegido por una bufanda y sosteniendo su fusil. En la entrada, Rubén seguía tosiendo. El comandante escuchaba al resto de guerrilleros penetrando en el monasterio por sus respectivas zonas y avanzando en dirección a él.

Los contornos de una forma rectangular se dibujaron en la niebla, ya escasa. Sobre esta una forma humana lo amenazaba con un arma larga.

«¡Maldición!», se dijo. «¡Un fusil!».

Sonó una detonación. Rodrigo notó un fuerte dolor en su oído derecho. Manotorta había accionado el gatillo de su arma a pocos centímetros de la oreja del comandante.

Miró hacia el altar y sus ojos se abrieron por completo. La bala de Fermín había impactado en el cuello de su oponente arrancándole la cabeza de cuajo.

Algo comenzó a rodar por el suelo en dirección a ellos. Pensó en la bomba tóxica y temió que fuera una granada acercándose. Los dos se tiraron al suelo haciéndose un ovillo.

El objeto siguió rodando y se paró a su lado. Era una cabeza humana sin nariz que los miraba oscilante. El rictus de su boca parecía una sonrisa.

«Pero... ¿Qué demonios...?».

El humo desapareció por completo, mostrando el cuerpo decapitado de un arcángel, elevado sobre un altar de piedra y con una gran espada.

Por una puerta ubicada en el costado derecho de la iglesia surgieron el resto de guerrilleros.

—¡Registrad cada rincón del monasterio! —les ordenó—. ¡Hay que encontrarlos!

TERCERA PARTE

UNA MADRIGUERA MUY PROFUNDA

La puerta de la celda se abrió con un golpe violento que desvencijó las bisagras oxidadas. Dentro, las dos mujeres rezaban de rodillas, abrazadas una frente a otra con labios penitentes.

—Perdona nuestras deudas —recitó la hermana Emilia con la mejilla de Virginia apretada contra la suya—, como también perdonamos a nuestros deudores.

La religiosa se interrumpió a sí misma para inspirar una bocanada de aire. Su diafragma vibraba espasmódico haciendo temblar la caja torácica.

—Y no nos dejes caer en la tentación —prosiguió Virginia—, mas líbranos...

Una mano tiró del antebrazo de la chica, levantándola del suelo. Sus dedos se separaron del cuello de la religiosa con brusquedad. Al tratar de alcanzarlos, Emilia sintió las uñas de la muchacha arañando sus brazos como si fueran el último trozo de tierra en este mundo.

—Soltaros de una vez, coño —dijo un hombre corpulento mientras arrastraba a la chica.

Virginia impactó contra una mesa y cayó al suelo envuelta en trozos de madera.

Bajo la puerta las miraban otros dos hombres. Uno llevaba un gorro de lana, haciendo girar el tambor de un revolver con el dedo pulgar. Avanzó hacia Emilia y la apuntó con él.

—¿Dónde están? —dijo el tipo apretando sus labios delgados—. El Cazador y los otros. ¿Dónde están?

Emilia escuchó el sonido metálico del percutor al ser amortiguado. Bajó la cabeza, notando un dolor agudo en los brazos allí donde las uñas de Virginia habían arañado la carne. Era como una serpiente urticante caminando por su piel. Miró a la chica, que sollozaba despeinada y con las rodillas sangrando.

Un calor sofocante comenzó a arder en sus arañazos. Levantó el mentón hacia el cañón del arma y se encomendó a Dios.

—¡No me lo puedo creer! —dijo otro hombre junto a la puerta—. ¡Pero si es

la puta del titiritero!

«Por Dios Santo, Virginia —se dijo la religiosa—. ¿De qué demonios hablan?»

Las sacaron de la celda como si fueran dos animales de labranza. Tras cachearlas permitieron que se sentaran en un banco cercano al altar de la iglesia.

—Ya está, niña mía. Estás a salvo conmigo.

La chica no paraba de gimotear. El cacheo lo había efectuado un guerrillero de manos enormes, buscado entre los abundantes ropajes de la religiosa. Notó al maqui palpándole la entrepierna y sus pechos flácidos, pero acabó rápido su trabajo con una curva de decepción en los labios. Luego avanzó hasta Virginia, convirtiendo ese mismo gesto en una sonrisa libidinosa. Levantó los brazos de la chica y comenzó a tocarla sin pudor, deslizando muy despacio aquellas manos grandes y asquerosas. Vio impotente cómo rodeaba con ellas su busto, estrujándolo como una hogaza de pan tierno. La religiosa apretó los dientes, los puños, los tendones del cuello, deseando gritar. Virginia solo podía permanecer paralizada, con su barbilla diminuta temblando. El guerrillero aún no estaba saciado. Apretó con una mano los glúteos de la chica y, con la otra, su sexo, deteniéndose allí.

—¡Ya es suficiente! —dijo Emilia tratando de encontrar un alma humana entre todos ellos.

—Manotorta —dijo el tipo del gorro de lana—. Deja a la chica y acércate aquí. Hay que rastrear el perímetro.

El desvergonzado de manos grandes se apartó con cara de fastidio, reuniéndose con el resto del grupo junto a la puerta de entrada.

—Ya está, hija —dijo Emilia acariciando su pelo largo—. Cálmate. Ay, por Dios, pero si estás temblando.

Notaba los dedos de la chica aferrados a su hábito y eso la reconfortó.

«¿Qué estoy haciendo, Señor? —se preguntó a sí misma—. Es una pecadora despreciable, sin la menor señal de arrepentimiento. Una mentirosa. La concubina de cualquier mozo fornicando en un pajar hasta quedarse preñada».

La imagen de la monja y el sacerdote dentro del horno de pan brotó enseguida. Miró la cara de Virginia, enrojecida por las lágrimas. Aquel ángel, con rostro abrasado por el llanto, no era el reflejo que devolverían los infames de San Clemente al mirarse en un espejo. Su niña era diferente.

«¿Qué es entonces? —dudó».

La puta del titiritero, decían. La frase ondeaba como un velo mojado y asfixiante arrollado en el rostro.

Cansados de interrogarlas, los guerrilleros se dispersaron por el recinto en busca de algún rastro.

«¿Dónde se ha escondido, padre Daniel?»

Los maquis sujetaban nerviosos sus fusiles, pendientes a cualquier ruido.

«Sea donde fuere, no salga o lo matarán».

—No los van a encontrar —susurró Virginia apretada contra su pecho—. El judío errante ya se ha encargado de los tres.

«¿Tres? —se preguntó—. Bruno, claro. ¿Dónde está el grandullón?»

—Usted debe hacérselo entender a los guerrilleros, hermana.

Virginia la tomó de los hombros, mirándola con lágrimas secas cuarteando sus mejillas. Los ojos eran dos cristales acuosos, marrones como la corteza de un árbol joven.

—Si siguen aquí el judío irá a por ellos. Debe decírselo. Puede que a usted la crean.

—¿Estás ciega, niña? ¿No ves que son republicanos? Basta que un católico les hable para que lo tachen de falso y rastrero. Háblales tú. A ti te harán caso.

—Se equivoca —dijo Virginia mirando la puerta de entrada—. Es a mí a quien no van a creer.

Un joven de pelo rubio y rizado las miraba de vez en cuando interesado en su conversación.

«Te han llamado la puta del titiritero. ¿Por qué te insultan así, chiquilla?»

La pregunta la ruborizaba, notando la lengua sucia al pensar en ella.

—Se cansarán de buscarlos y se irán —dijo Emilia al fin—. El padre Daniel es muy listo.

—Ninguno tendríamos que estar aquí. —La chica se frotaba las rodillas magulladas—. El judío ha despertado.

Las heridas de Virginia comenzaron a sangrarle de nuevo fruto del roce. Emilia la detuvo.

—Háblame de él Virginia. No soporto verte así, carcomida por secretos que te envenenan. ¿Quién es? ¿Qué es ese judío errante?

La chica volvió a mirar hacia la puerta. El guerrillero estaba más preocupado limpiando el barro de las botas y atusándose los rizos que de vigilar a dos mujeres indefensas.

—No soy digna de su confianza —dijo Virginia tomándola de las manos—. Pero quiero enmendar mi error con usted. La juzgué mal desde el principio, metiéndola en el mismo saco que cualquier fascista que haya asomado el hocico por Lanuza. Me equivoqué, hermana. No, hermana no. Usted es como una madre.

—Te ríes de mí, ¿verdad? —Emilia se vio el día anterior, golpeándola con la vara, muy cerca de donde estaban ahora—. Después de lo que te hice... Te ríes de mí.

—Usted siempre me ha tratado con dulzura.

—Hablas así para vengarte.

—Puedo olvidar con facilidad algunas cosas, pero nunca esa cesta de zanahorias que puso en mis manos. Tampoco el tiempo que ha pasado desde entonces y el cariño que me ha regalado cada día. Cuando recibió la primera visita de los civiles le pedí que me ocultara. Sin palabras se lo pedí. Temía que fuera a mí a quien buscaban y la puse en peligro. Luego llegó don Daniel y eso suponía mentirle a la propia Iglesia. Usted lo hizo a pesar de todo, y eso sí que no se olvida.

Qué tontas eran las dos, pensó. Estaban a punto de llorar de nuevo. Pero esta vez sería por algo diferente. Muy diferente.

—Era la senda que el corazón me marcaba —dijo la religiosa.

—¿Sigue creyéndolo ahora?

Emilia decidió ahondar en su alma y hablar conforme allí se ordenara:

—Entonces no sabía que llevabas un bastardo en las entrañas. Que tu hijo me perdona, porque él es inocente, pero ni a riesgo de mi vida podré pasar por alto esa inmoralidad.

—¿Me hubiera abandonado a mi suerte de saberlo?

La verdad era difícil de pronunciar, pero lo hizo:

—Sí. Sin duda. Pero Dios no obra por capricho, te trajo a mí por un motivo; y sé que ha traído al padre Daniel y a esos republicanos por otro. Si de verdad existe, el judío debería tenerlo en cuenta antes de obrar.

—Tendríamos que vestir su piel para entenderlo, ¿no cree? Dos mil años vagando por el mundo sin conocer el descanso. Intente vestir esa piel. La comida no le sacia, dormir es solo una ilusión, los días pasan para él como siglos y solo desea lo que no puede alcanzar.

—¿El perdón?

—La muerte. Ese fue el regalo que le dio Cristo de camino al Calvario. Un regalo de cruel inmortalidad.

—Con Él ha de rendir cuentas, no con nosotras.

—Este es su refugio, hermana. Antes de que aquellas ovejas quedaran fulminadas por un rayo, ya habitaba en las cuevas del monte Argualas. Recuerde la leyenda. Su refugio es El Salvador. Si entendemos eso, el judío no tiene por qué ser un enemigo.

—Me asustas, Virginia. Hablas de él como si lo conocieras.

—Lo conozco. —La religiosa dio un pequeño respingo—. Estaba fregando el suelo de la iglesia cuando lo vi, de eso hará tres semanas, plantado delante de mí como un junco en el río, con sus sandalias de cuero desechas y una túnica marrón que lo envolvía. Quise gritar, pero puso una mano en mi hombro y una

paz celestial me inundó. Era como... Sí, una mano de Dios. —Emilia abrió su boca extasiada—. Solo desea estar en paz. Los Monjes Guardianes lo sabían y cumplieron su propósito durante siglos, protegiéndolo de extraños. Desea estar alejado del mundo. Debemos cumplir sus designios. Seamos sus nuevos monjes. Por el bien de todos, hermana, debe ayudarme. Hay que expulsarlos del monasterio. Con mentiras, si es necesario.

Emilia comprendió hallarse ante algo que se extendía fuera de su cuerpo mortal. Algo celestial. Una pequeña mentira podría estar justificada, hasta dos. Qué diantres, se dijo, cien mentiras serían perdonadas si con ello contribuía a los designios de Dios.

—¿Y el libro? —preguntó intrigada—. La leyenda habla de un libro mágico que lleva consigo.

—Un libro con apego a buen cobijo guarda. Inmune a viento y agua, ni prende con el fuego. Un libro escrito con su propia sangre, indestructible. Vivo.

—¿Será lo que Daniel ha venido a buscar? Ay, niña, me temo que así es. ¡Y los guerrilleros! —Virginia le rogó silencio con un siseo desesperado—. ¿Y si esta gente busca también el libro? El judío estaría en peligro.

Una sonrisa pícara endulzó el rostro de la muchacha.

—Ahora sí, hermana —dijo acariciándole la cara—. El judío ya confía en usted.

Sus dedos eran la piel de un melocotón frotando las mejillas.

Un sonido hueco retumbó cerca. El guerrillero de pelo rizado se giró hacia el interior de la iglesia, levantando su fusil; se le cayó al suelo desde sus manos temblorosas y volvió a levantarlo.

—¡Aquí! —gritó nervioso—. ¡Venid aquí!

Las mujeres se levantaron de un salto parapetándose contra el muro del crucero. Varios compañeros entraron como una jauría de lobos rabiosos, avanzando hasta el fondo de la iglesia. El cañón de sus armas era la nariz de un sabueso olfateando en todas direcciones.

—Ha sonado por aquí —dijo el joven señalando el altar de piedra.

El hombre del gorro de lana rodeó el altar. Golpeó la parte trasera con un puntapié y un sonido sordo le respondió.

Era de madera, con una capa fina de yeso envolviéndolo. La superficie había sido pintada con maestría simulando las vetas e imperfecciones propias del mármol. La parte de atrás, más expuesta a la humedad procedente del muro, estaba resquebrajada. El puntapié había desprendido trozos de yeso, dejando la madera ocre al descubierto.

—¡Retíradlo! —dijo el del gorro apartándose.

—Sí, comandante —confirmó el que llamaban Manotorta dejando su fusil en

el suelo—. Chicos, vamos allá.

Apartaron el arcángel decapitado, lanzándolo contra el suelo. Dos hombres bastaron para mover el altar, que resultó ser liviano. Al hacerlo dejaron al descubierto una gran oquedad que invitaba a ser explorada.

«Un pozo —se dijo Emilia—. Un pozo oscuro excavado en la roca. La morada del judío errante».

Un racimo de cabezas se agolpó en torno al hueco. La de Emilia también. Había unos escalones que descendían y oscuridad espesa más allá del quinto peldaño.

—Hermana —dijo Rodrigo amortillando de nuevo su arma—. Traiga un candil.

—No creo que sea buena idea —contradijo ella—. ¿No les apetece mejor una sopa caliente?

Los guerrilleros la miraron con cara cenicienta.

«Ay, Dios mío —se dijo Emilia—. No saben lo que hacen».

El sabor a barro lo despertó.

Bruno notó el tacto blanduzco y arenoso de una bola de tierra en la boca y la escupió. Al tratar de incorporarse, la ropa empapada se adhirió a su cuerpo como un guante pegajoso.

Apoyó las manos en el suelo y trató de levantarse, descubriendo un dolor agudo que partía de un tobillo y le inmovilizaba toda la pierna.

«¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?»

La herida en la ceja producida por el asesino del tren se había abierto. La sangre le hacía escocer el ojo, taponando la brecha con dos dedos. No veía nada. El problema era la luz. Se hallaba en una especie de cueva. Hilachos de agua goteaban del techo. Miró hacia arriba y comenzó a entender.

Sobre su cabeza, el techo se elevaba formando una chimenea natural. Enfocó un par de metros más arriba con su único ojo abierto y encontró un destello blanquecino. Era la zona por la que había caído.

Su mente se aclaraba. En la superficie, una capilla derruida lo había engullido. Con un tobillo lesionado y la ceja sin parar de sangrar, se sentía como un insecto en la tela de una araña.

Gritó, pero sus labios estaban fríos. La voz se le escapaba débil e intermitente. Tomó más aire y lo volvió a intentar sin mejores resultados. La capilla estaba en el extremo opuesto de la iglesia. Nadie escucharía el lamento triste de un Caballero dentro de la cavidad.

«¿Cuánto tiempo habrá pasado?»

Era de día, a juzgar por la luz procedente de arriba. Recordó la discusión con Daniel en el claustro y sentir la necesidad de alejarse del monasterio. Como no le apetecía cruzar miradas con él, decidió hacerlo por la zona de la capilla. No le importó mancharse de nuevo los zapatos ni la creciente lluvia empapándole la ropa. Quería estar solo, con el bosque como único testigo de su rabia.

La historia se repetía. Para los Caballeros de Malta Bruno había sido un trozo de carne al que mostrarle la siguiente dirección con un dedo. Con Elio se sentía parte de algo. Su compañero fue siempre muy capaz, ascendiendo rápido dentro de la Orden, así que cuando lo citó en una cafetería con dos billetes de tren a Tierra Santa, Bruno no se lo pensó. Sería los puños de Elio, su armadura o su casco, y en el reparto de gloria obtendría un trozo para saborear. Ahora Elio estaba muerto. Bien muerto bajo un montón de piedras. Su sueño de lograr el *ius novilitandi* del Gran Maestre yacía enterrado con él.

Solo le quedaba el Cazador, siguiéndolo con esperanza, no de ver su apellido ennoblecido, sino de librarlo de la vergüenza y el olvido.

«Un Caballero que mata a otro Caballero —se dijo—. ¿Ese es mi legado?»

La culpa la tenía la ramera de ojos bonitos. Intentó embaucar a Bruno con su olor dulce y palabras de cortesía. Ya no pensaba en su pelo castaño y largo. En sus pechos grandes ni sus caderas apetitosas. No quería seguir pensando en sus manos pequeñas. Los dientes blancos y alineados de la preciosa mentirosa de ojos marrones.

Siguió recordando.

El agua de lluvia había comenzado a resbalar por los pantalones hasta mojar sus calcetines. No le apetecía regresar, pero tenía que hacerlo antes de coger una pulmonía. Puede que Daniel no lo supiera, pero necesitaba más que nunca a un Caballero de San Juan. Un Caballero tonto, pero fuerte.

«Me necesita a mí».

Sacudió el agua de su pelo y volvió al monasterio. Un crujido débil lo saludó al terminar de escalar el pequeño lienzo de muro derruido y pisar el suelo de la capilla. Estaba limpio de cascotes y tejas, pero se observaban las marcas del derrumbe dejadas sobre la superficie. Desprovista de la cubierta era una tarima podrida e irregular expuesta a los elementos. Dio otro paso y el suelo volvió a crujir. Los últimos recuerdos eran sus pies hundiéndose, caer al vacío y perder el conocimiento.

—No puedo subir por aquí —dijo en voz baja mirando hacia arriba—. Tengo que encontrar otra salida antes de congelarme.

Se apartó del hueco y la oscuridad lo cegó. El tacto y su oído se convirtieron en los únicos sentidos útiles. También estaba el olfato. Inspiró un fuerte olor a moho y madera apulgarada, pero no sabía qué hacer con esa información. Se

centró en alargar las manos hasta que sus dedos tocaron las paredes y aguzó el oído. Todo junto le describió un corredor tallado en la piedra y reforzado con travesaños. El agua no dejaba de filtrarse desde la superficie. Su cabeza creó la imagen de una mina subterránea.

Tras andar unos veinte metros notó que en la pared se abría una oquedad, una galería secundaria más pequeña.

Había otras ramificaciones, algunas cegadas por piedras, otras por lodo, y dos en apariencia abiertas. Una mina, no. Un nido de hormigas era la imagen justa. Avanzó por el corredor principal hasta tropezar con una piedra. Cayó hacia delante, tanteando unos escalones que ascendían. El corazón le palpitaba eufórico. Subió los primeros peldaños fastidiado por la rigidez de su pierna herida. El paseo había aliviado parte del dolor, engrasando el tobillo con adrenalina, pero continuaba doliéndole. Era un hombre demasiado grande para valerse de un solo pie y terminó subiendo a gatas.

Escuchó un disparo. Procedía de la superficie, amortiguado y lejano. Siguió ascendiendo con cautela. El corazón casi le explota al recuperar su sentido perdido. Una luz difusa coloreaba los escalones superiores devolviéndole la vista.

La salida estaba taponada por una cubierta de madera, una especie de cubo hueco. Iba a golpearlo cuando escuchó una voz. Su oído estaba ejercitado para ese entonces.

Se trataba del falso sacerdote austríaco. Rodrigo, ese era su nombre. Luego un abejorreo de voces desconocidas, una larga pausa y finalmente la voz de Emilia.

«¿Qué ocurre? —se preguntó desesperado—. ¿Han asaltado el monasterio? ¿Dónde está Daniel?».

La voz de Virginia detuvo sus pensamientos y decidió sentarse a escuchar. Daniel estaba en peligro, puede que las mujeres también, pero era tiempo de ser sensato y hacer caso al Cazador. Primero pensar. Actuar después.

Permaneció allí un buen rato, tiempo suficiente para oír a las mujeres hablar con voces secretas acerca del judío errante y su guarida.

«¡Es esta! —se dijo—. ¡Estoy en la guarida del judío errante! Y este cajón... —sus manos acariciaron la cubierta de madera—. ¡Es el altar de la iglesia!».

Tal fue su excitación que se incorporó de un salto. La cabeza golpeó contra la superficie de madera y Bruno resbaló por los peldaños. Su costado se comió el borde de quince o veinte escalones, pero logró aguantar los gritos de dolor. Una voz desconocida retumbó sobre su cabeza y decidió bajar rápido el resto de la escalera.

Con vista, tacto y oído enfocados hacia la superficie, esperó, sin notar los pasos amortiguados que se acercaban por su espalda.

Se giró de golpe, encontrando la figura de un hombre iluminado por la luz de una vela. Llevaba una túnica oscura y gruesa, con una capucha que ocultaba su cabeza.

Percibió un rápido movimiento en la sombra y un pinchazo profundo en el torso. Miró hacia abajo. La mano del extraño sujetaba el mango de un puñal, con la hoja insertada en el abdomen del Caballero.

La sangre empezó a brotar.

El calor que irradiaba la antorcha comenzaba a quemar. La escalera resultaba tan estrecha que Rodrigo no conseguía alejar el fuego de su rostro.

No había ningún candil en el monasterio, pero las ramas sí abundaban. Enroscaron trozos de tela en el extremo, sujetándolos al palo con alambre y untándolos con aceite.

Rodrigo los había mirado con tres teas listas en sus manos.

—¿Quién me acompaña? —preguntó—. Dos caras, aquí hay una antorcha para ti.

—Rechazo la invitación, comandante. Aún me duelen los pulmones.

—Pero Benito y yo estamos encantados —dijo Manotorta pasando un brazo por el cuello del chico.

—Me gustaría rehusar a mí también —repuso el joven.

Rodrigo prefería otro guerrillero más despierto. Cualquiera de los otros serviría.

—¿Seguro, Fermín? —repuso.

—Y tan seguro, comandante.

Comenzaban a caer pavesas derretidas de las antorchas cuando los tres llegaron a la galería inferior. Rodrigo sostenía su revolver con decisión apuntando hacia el fondo del oscuro pasillo.

—¡Comandante! —gritó Manotorta tras él—. Mire aquí.

El guerrillero iluminaba un charco del suelo. Estuvo a punto de ignorarlo cuando distinguió un color rojizo en él. Lo tocó con los dedos y lo acercó a su nariz.

—Es sangre.

Un enorme charco de sangre fresca. Partiendo de él podían seguir el rastro de unas pisadas y dos surcos que se alejaban.

—Si están aquí los encontraremos —dijo Fermín—. No avanzarán mucho con esa herida. Al menos uno de ellos.

Imaginaba al Cazador con un balazo en la pierna recibido a través del portón de entrada y sus manos temblorosas, pálidas, intentando taponar la herida. Con

suerte estaría más adelante, arrodillado y pidiendo clemencia. Unas cosquillas traviesas le cubrieron los pulmones, hinchidos de orgullo. Al meter el cañón del revolver en el orificio sangrante del herido confesaría todo lo confesable. Qué logro más fantástico sería encontrar allí riquezas escondidas. Un Goya o un Velázquez a unos metros de distancia. Sus compañeros mostraría el mayor de los agradecimientos por poner esos tesoros al alcance de sus manos.

Avanzando los primeros metros del pasillo, se sorprendió por la cantidad de piedras amontonadas contra los muros, dejando un pequeño surco en la parte central por el que circular. Más adelante, el pasillo se abría en dos ramales, uno a la derecha y otro a la izquierda. Su naturaleza era similar a la galería principal, tallados en la roca caliza y reforzados con travesaños de madera. El hueco de la izquierda estaba taponado con piedras, en cambio, el de la derecha parecía estar en buenas condiciones. Si querían seguir avanzando necesitaban inspeccionarlo. Sería una insensatez de soldado novato dejar a sus espaldas una sala sin limpiar.

Rodrigo se acercó a la abertura y echó un vistazo protegiéndose tras el muro principal.

—Madre mía —dijo Benito penetrando con la tranquilidad de quien entra al salón de su casa—. Pero... ¿Esto qué es?

Rodrigo imaginó al guardaespaldas del Cazador esperando dentro y cortándole el cuello a Benito con un tajo certero. Luego el guardia civil lo remataría con un tiro en la cabeza, para terminar con Daniel meando sobre su cadáver en señal de victoria.

—¿Lo ve, comandante? —dijo Fermín Manotorta resguardado en la entrada del habitáculo—. Ha sido buena idea traerlo.

Por suerte para Benito la estancia estaba vacía, aunque no siempre había sido así. La luz de las tres antorchas mostraba una sala de grandes dimensiones, geoméricamente regular, aunque de techo bajo. En una esquina había un colchón sucio con un par de mantas arremolinadas. En el centro, una cocina improvisada, con el soporte de una olla, madera seca, cacerolas, algo de café, pan y mantequilla. También ropa masculina y una enorme cantidad de libros desparramados por el suelo.

—Parece que hemos dado con la guarida del judío errante —dijo Manotorta cogiendo el paquete de café—. Y resulta ser un tipo de gustos sencillos.

—No es el judío a quién buscamos —repuso Rodrigo.

Unas voces agitadas bajaron por las escaleras. Tras ellas asomaron dos guerrilleros jadeando.

—¡Comandante! ¡Están arriba!

—¿Quiénes?

—¡El Cazador y un guardia civil! ¡Daos prisa!

Así lo hicieron, saltando escalones de tres en tres. Sin aire en los pulmones, salieron de la gruta y corrieron hasta la puerta de entrada.

Vio dos manchas cruzando el puente, azuzadas por los disparos de los guerrilleros. Parpadeó dos veces y distinguió un guardia civil montado en un caballo negro y tras él al Cazador sobre otro de color canela. No estaba seguro, pero le pareció ver una sonrisa entre la espesa barba de Daniel. Los jinetes terminaron de cruzar el puente con los animales al galope y se perdieron monte abajo.

—Bueno, señores —dijo la monja acercándose tímidamente—. ¿Qué me dicen ahora de esa sopa?

LA FORTALEZA DE LOS CABALLEROS HOSPITALARIOS

Era domingo y Ahmed esperaba frente a la puerta principal de San Elmo.

Desde que llegó a La Valette, la ciudad más importante de la isla de Malta, sus heridas se habían tornado en cicatrices rosadas, pero conservando un dolor punzante en la pierna al caminar. En un bolsillo interior hacía girar una moneda con la efigie de San Juan Bautista. Todo estaba dispuesto. Cuando llegaran sus arpilleros comenzaría el robo en la fortaleza.

Escuchó el ruido de unos cascos de caballo golpeando sobre los adoquines de piedra. Miró en dirección opuesta al fuerte y entonces los vio llegar.

Naid llevaba las riendas del caballo percherón, arrastrando la carreta con la que Ahmed y Samuel llegaron a La Valette. A su lado iba Mamí recolocando la camisa de Abu. Entre los dos intentaban disimular la ausencia de sus piernas en una discusión infantil sobre el mejor modo de mullir unos pantalones y zapatos vacíos de carne.

Naid localizó a Ahmed, levantando sutilmente un brazo. Los tres iban vestidos a la usanza cristiana, con una camisa de lino y un calzón estrecho. Observándolos un poco más se dio cuenta de que llevaban precisamente la misma camisa y los mismos calzones. Los tres. Abu también reparó en Ahmed, interrumpió a Mamí con un codazo y los dos lo saludaron con grandes brazadas.

«Eso es, chicos. Ante todo discreción».

Viéndolos acercarse, en los pocos pasos que los separaban, los veía como niños que eran. Él por su parte sentía haber envejecido diez años.

—¡Ahmed! ¡Ya-ya-ya estamos aquí! —voceó Mamí.

—¡Calla, idiota! —corrigió Naid—. Ya ve que estamos aquí.

Ahmed tomó las riendas del caballo en cuanto estuvo a su alcance. Acarició la quijada del animal, que bufó inclinando la cabeza, imponente con sus crines largas y negras. Con un gesto de mano, Ahmed imprimió una orden.

«Tranquilidad y sosiego, compañeros».

Abu le respondió con una de sus sonrisas. Le faltaban dos dientes más.

Mamí se apeó, tirándose de los calzones hasta el sobaco. No había nada de

qué hablar. Esa mañana habían fijado el papel de cada uno, así que solo cabía ponerse en acción.

—¿Por-por-por qué tengo yo que ir solo en la ba-ba-barca? —tartamudeó Mamí durante el desayuno—. Nnnnaid es mucho más fuerte.

—Pero tú eres más flexible —intervino Ahmed—. Y de estatura apropiada. No vamos a discutir otra vez sobre esto. Te necesito a ti en la barca y a Naid en el carro. Y no mires a Abu porque él no puede hacer ni una cosa ni la otra.

Entregó a Mamí el ducado y subió a la carreta, ocupando el sitio del tartamudo.

—No pierdas la moneda. A su dueño le costó mucho trabajo conseguirla antes de que se la robara.

Golpeó las riendas y el caballo inició la marcha, dejando a Mamí solo mientras la carreta se encaminaba hacia el fuerte.

Recorrieron la explanada que los separaba. El mercado dominical cubría cada rincón, dejando una vía de acceso al fuerte amplia pero atestada de carros que iban y venían sin orden. Entre todos, el suyo sería uno más, cargado con una decena de toneles.

La puerta de acceso al fuerte se alzaba al final de una empinada rampa, con un lienzo de muralla a cada lado en forma de punta de lanza. Eran dos gigantescos brazos atenazando la carreta. Al final de la rampa, un guarda permanecía parapetado en mitad de la puerta.

Muchos de los ocupantes del fuerte celebraban la eucaristía en cualquiera de las iglesias de La Valette. Otra porción de ellos disfrutaba de las carnes de alguna mujer, principalmente prostitutas, con su paga semanal, o lapidándola en juegos de cartas y dados. Hasta pasada la tarde, San Elmo tenía solo una décima parte de sus Caballeros. Para entonces el robo circularía como leyenda negra por las calles.

«Comienza la primera fase del plan».

El fuerte de San Elmo se situaba en el extremo norte de la península de Sceberras. Al sur, la ciudad de La Valette se extendía cuadrículada, honrando orgullosa el nombre de Jean Parisot, Gran Maestre de la Orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén. Bajo su mandato, el mundo cristiano consiguió repeler el gran asedio turco de 1565. Jean Parisot de La Valette, cuadragésimo noveno Gran Maestre. Dentro la fortaleza, La Espada y El Puñal del Valor recordaban tan insigne hazaña.

«Serían dos objetos dignos de hurtarse».

Ahora tenían que penetrar en el complejo. Su forma estrellada, con cuatro puntas, y un enorme baluarte de varios niveles de altura lo hacían inexpugnable, sobre todo después de la fortificación posterior al asedio. Le recordó a la muralla

de Argel.

«Dos cuevas de ladrones».

Dentro del fuerte la tarea se complicaría en dos tareas fundamentales: localizar el objeto robado a Samuel por los Caballeros de San Juan y sacarlo sin ser vistos.

Comenzaron a subir por la rampa. El punto sin retorno.

Un carro repleto de toneles, añadido al peso de los dos hombres y medio, resultó excesivo para el pobre animal, que comenzó a desacelerar. Ahmed y Naid se apearon de un salto.

—Sujeta las riendas —le dijo a Abu.

El chico las tomó como quien sujeta una boñiga de vaca, sin saber muy bien qué hacer con ella.

—¡Guía al caballo, Abu! —insistió.

—¿Que lo guíe? Es él quien me guía a mí.

El guarda de la puerta dio un silbido y acudieron otros dos guardias más.

«Mal empezamos».

Los cristianos bajaron por la rampa y se colocaron detrás del carro, junto a ellos.

—¡A la voz de «ya»! —dijo el más corpulento—. ¡Un! ¡Dos! ¡Tres! ¡Ya!

Al principio pareció no surtir efecto, pero el carro avanzó unos dedos, luego varios pies, codos, pasos y antes de resoplar dos veces habían cruzado el arco de entrada hasta una explanada interior.

—¿El almacén, mi señor? —Acompañó la pregunta de un pequeño barril de un cuarto de arroba—. Por las molestias.

El guardia podría haber reparado en el extraño acento de Ahmed o el raro hecho de traer provisiones en domingo, pero ya había destapado el corcho y el olor afrutado del vino achispó su lengua.

—El segundo edificio al fondo —dijo mostrándole el barrilete a sus otros compañeros—. Pregunta por el maestro despensero, o el panadero si no está.

El primer nivel del fuerte aparentaba estar casi desierto. Había observado desde fuera a cuatro soldados sobre las murallas, ataviados con media armadura y una lanza. Encontró dos más. Seis en total para controlar todo el perímetro exterior, que era inmenso, con cientos de ángulos muertos.

«No buscan el peligro dentro, sino fuera».

Se dirigieron hacia el lugar indicado por el guarda. Naid parecía haberse vuelto de mármol, frío y duro. Abu todo lo contrario, gelatina temblando y cera derritiéndose bajo el sudor. Él se encontraba sereno. Demasiado sereno. Prefería no pensar en ello o el miedo lo paralizaría. Tenía algo que demostrar a Samuel, a su padre y a él mismo.

Atravesaron el patio dejando atrás una construcción de dos plantas que servía de barracón para los soldados. Localizó el edificio del almacén y guio el caballo hasta él.

—Tranquilos —dijo Ahmed a sus muchachos con el corazón bombeándole con más fuerza.

«Comienza la segunda fase».

Situó el carro junto a la puerta de entrada. Estaba abierta, brotando de ella un delicioso aroma a pan recién horneado. Un viejo salió a recibirlos. Cojeaba de su cadera derecha tanto que con algo más podría tocar el suelo con la oreja.

—El cargamento de provisiones, señor.

Su castellano seguía sin sonar del todo convincente.

—¿Traéis el parte de encargo?

—No.

Ahmed miró alrededor, sin ver ningún guarda cerca.

—No hay parte, no hay entrega. Idos con Dios.

—Disculpe, maese. El camino ha sido largo y mi jefe me azotará si vuelvo con la mercancía.

—¡Ya te lo dije, idiota! —improvisó Abu con un castellano casi ininteligible—. «No te olvides el parte. No te olvides el parte».

El panadero miró a Ahmed con ojos entornados. Sus manos blancas amasaban media libra de masa tierna.

—¿Quién os manda, muchacho? ¿Marja Pieltostada? —La pregunta atravesó el oído de Ahmed, se alojó en su lengua y la paralizó—. No nos gustan los moros por aquí.

No tenía más remedio que deshacerse del panadero. Si era discreto y ocultaba bien su cuerpo, no lo echarían en falta hasta horas después. Bastaría con un golpe en la cabeza que lo dejara sin sentido.

—¿Necesitas ayuda? —Un soldado había girado por una esquina y se acercaba.

—Estos zagales moros. Pieltostada los envía. El *moromierda* cree que nos vamos a quedar con la mercancía sin entregar el parte de encargo.

—Deja que descarguen, hombre.

—¿Sin autorización del maestro despensero?

—¿Dónde está? ¿En misa?

—Ya quisiera yo estar en la misa que ese reza.

—Déjalos que descarguen el carro en el almacén y cuando traigan el papel ya habrá vuelto el despensero para pagarles.

—¿Y si no lo traen?

—Pues te quedas con la mercancía para ti y gloria para todos.

El panadero dejó en paz la masa harinosa durante unos segundos.

—Supongo que no habrá problema. —Y continuó amasando—. ¿Te importa llevarlos al almacén, Yoel?

No era una pregunta, volviendo a su labor dentro del edificio con sus grandes cojeadas.

El soldado los acompañó hasta un pórtico lateral lleno de cajas de madera ennegrecidas por la humedad que comunicaba con un gran salón. Ahmed miró dentro, encontrando un conjunto de estanterías desbordadas de alimentos. Quesos, morcillas, chorizos, jamón en sal, mucho tocino, patatas y cebollas, sobre todo. Abu olvidó su miedo y se relamió los labios a punto de babear.

—Acompáñame dentro —dijo el soldado.

Llevaba una armadura parcial, con grebas, peto y gorjal. Sobre la cabeza lucía un yelmo con visera bajo el que podían asarse sus sesos al sol de mediodía. Llevaba la mano apoyada sobre el pomo de una espada larga, sujetando con la otra una capa roja arremolinada con la cruz blanca de Malta bordada.

—¿Yoel? —dijo Ahmed—. Bonito nombre.

—Es el de mi padre. Te contaría la historia de mi infancia, pero ahora estoy ocupado con cierto robo.

De ningún modo podía adivinarse que era Samuel. Se había afeitado toda la barba y la armadura le confería un porte atlético que no poseía.

Tres meses atrás había acudido al puesto de reclutamiento de la ciudad. Después del asedio turco, la isla quedó diezmada de brazos que supieran manejar una espada, por lo que todo mercenario que quisiera alistarse era bienvenido. Samuel no podía disimular su acento así que rehizo su historia familiar partiendo de un padre imaginario que tenía una carpintería cerca de la puerta de San Juan en Jerusalén. Aderezó el relato con algo de fervor cristiano y antes de acabar el día tenía una pica en la mano y una espada en la otra. Quizás no consiguiera penetrar en el círculo más íntimo del Gran Maestro, pero poseía acceso a las estancias exteriores, y eso suponía una ventaja crucial.

—¿Sabes dónde está? —preguntó a Samuel—. Lo que buscamos.

—No.

Había confiado en que su amigo hubiera encontrado el botín, cargarlo en el carro y salir del fuerte, victoriosos. No les iban a poner las cosas fáciles, pero también había previsto aquella posibilidad.

—Eso no le va a gustar nada a Mamí —dijo Ahmed.

«Tercera fase del plan en marcha».

Con una mirada, Naid y Abu se pusieron alerta. Ojo de Águila se trasladó hasta la parte posterior del carro y comenzó a descargar su contenido hasta el almacén. Abu se deshizo de los pantalones y zapatos postizos, y bajó del carro

con agilidad. Una vez en el suelo, penetró dentro de una caja que Samuel sostenía y cerraron la tapa. Por unos orificios de respiración se escuchaba el aliento entrecortado del niño.

«En cierto modo, funcionó conmigo —se dijo Ahmed—. ¿Por qué no lo va a hacer con él?»

—Mira detrás de aquella estantería —murmuró Samuel señalándole un rincón—. Te espero en el siguiente punto.

El soldado ficticio oteó la muralla como un perro olisquea su comida y se alejó del almacén con la caja entre sus brazos. Se compadecía de Abu, todo apretujado dentro de ella.

Encontró la indumentaria bajo una manta de lana. La coraza le quedaba bastante holgada, aunque con una camisa debajo, un jubón reforzado y una cota de malla resultaba menos evidente. El problema sería el calor. Se iba a freír allí dentro.

Su próximo destino era la cima del baluarte. «Una escalera conduce directamente a él», le había dicho Samuel mientras preparaban la misión. La encontró al doblar una esquina, amplia y con partes excavadas en la propia roca. Ascendió agazapado como un zorro asustadizo.

«Paso firme, Ahmed —se atusó—. Eres un soldado cristiano defendiendo tu fortaleza. Ponte erguido. Alza el mentón. Tírate tres pedos si te apetece».

La escalera se iba estrechando, convirtiéndose en diminutos peldaños de madera podrida en su último tramo. Se trataba de un acceso de servicio, no la entrada principal a la terraza superior por la que subían el armamento, pero su uso resultaba más discreto para un soldado desconocido. En los últimos peldaños tuvo que apoyarse en las paredes para ascender por un suelo resbaladizo cubierto de excrementos y orín.

—Eres nuevo, ¿verdad? —le dijo un vigía que chorreaba sudor.

—Sí.

—Se nota, ¿verdad? Usa mejor la subida a tu espalda. La que has tomado está llena de cagadas de paloma y de soldado. El aliviadero pilló algo retirado, ¿verdad?

—Sí.

—Hace un calor de tres pares de copones, ¿verdad? —El brazo del vigía estaba más tostado que toda la piel de Ahmed—. Qué te voy a decir a ti, ¿verdad?

—Sí.

—¿Has venido a sustituirme? Me vendría como manjar a la boca, ¿verdad?

—Sí.

—Muchacho, hablas poco tú, ¿verdad?

Verdad, era verdad. Prefería no airear su castellano y un «sí» resultaba discreto. El vigía le acercó un cubo con agua y sin una despedida abandonó la terraza.

Desde aquella altura controlaba todo el terreno. Siete, ocho... Diez soldados en total, cuatro más de los que se veían desde el patio.

«Diez soldados vigilando el fuerte».

Nueve en realidad, pues él era uno de ellos, a los que habría que añadir la milicia del interior. No estaba del todo mal.

Una pradera azul se extendía frente a él, infinita. El viento ondeaba suave, aliviándole el calor sofocante. Bajo sus pies, un precipicio de piedra bajaba hasta beber del agua salada. A escasa distancia una barca se mecía con las olas. Mamí esperaba la señal dentro de ella. No podía distinguirlo desde aquella altura, pero sabía que estaba allí, tal como habían acordado. El ducado había bastado para alquilar el bote y también algunos aparejos de pesca, ropa y lo que parecía un sombrero de ala amplia.

Ahmed tomó un pequeño espejo alojado en un pliegue de su manga y reflejó el sol en la cara del muchacho. Era su señal. Podía adivinar lo que Mamí estaría pensando:

—¿Po-po-por qué tengo tan mmmala suerte?

«Mamí —se compadeció—, mi querido Mamí».

El bote se acercó durmiente hasta la misma orilla, al pie de la fortaleza. Mamí se apeó en la escasa vara de terreno entre el límite del agua y el arranque de la muralla vertical de San Elmo. Se frotaba los hombros doloridos cuando alzó la vista hasta encontrar la figura de Ahmed sobre la terraza del baluarte. Creyó ver una sonrisa en la cara de Mamí. No sabía quién pudiera estar observando y mirar hacia abajo con tanta atención levantaría las sospechas de cualquier vigía.

Allí esperó largo tiempo, observando el mar juntándose con el cielo. Abajo, Mamí habría escarbado lo suficiente para extraer el cofre enterrado en la arena. Siempre fue algo torpe con las manos, pero hasta él hubiera sido capaz de cumplir el encargo. Se arriesgó a espiar hacia abajo, viendo a Mamí arrodillado sobre el cofre. Lo estaba limpiando de arena con la manga de la camisa.

«Vamos, vamos. Un poco más».

—¡Eh, ahí abajo! —escuchó gritar—. ¡Tú! ¡El de ahí abajo! ¿Qué demonios haces?

El soldado situado a su izquierda, de pie sobre unos sillares, había descubierto al muchacho. Su visión de la playa era parcial, pero suficiente para ver a un individuo junto a la base del fuerte con un objeto que bien podría parecer un barril de pólvora.

Habían cazado a Mamí.

Un coro de voces se acercó hasta la muralla, gritando al chico, pálido como un turbante turco. Por un extremo situado a la derecha, la muralla formaba un recodo hacia el interior de la península del cual emergía una rampa a modo de lengua que concluía en un pequeño muelle sobre el mar. Comenzaron a aparecer soldados como hormigas brotando en busca de un grano de trigo fabuloso. Quince llegó a contar, algunos eran vigías procedentes de la propia muralla. No le parecieron una cantidad demasiado escandalosa, pero Mamí los esperaba hecho un ovillo y sollozando. Le llovieron golpes y patadas hasta que no pudo llorar más. Lo tomaron en volandas y lo introdujeron dentro del fuerte, junto al cofre desenterrado.

«Mamí. Mi pobre Mamí».

Tomó la escalera principal, amplia y con una rampa en un costado, golpeando el cubo de agua por accidente. Casi se escurre y rueda por los escalones, pero logró asirse al pretil y bajar con grandes zancadas. Se había organizado cierto revuelo, por lo que su actitud apresurada resultaba justificada. No sabía por qué lugar aparecería Mamí, pero sí a dónde lo llevarían: las mazmorras. Para localizarlas volvió a pensar en las hormigas.

«Síguelos y darás con la reina».

Comenzaba la cuarta parte del plan.

Se sentía responsable de los arpilleros. Le costaba dejar de pensar en su padre, lo que diría si lo viera vestido de cristiano, ayudando a uno, puede que hasta muriendo por él. En cierto modo su destino estaba atado al de Samuel.

Los gritos rebotaban por toda la galería de la mazmorra orientando sus pasos. Giró una esquina y se encontró entre una mole de soldados con capas rojas y cruces blancas.

—¿Qué hacías en la playa? ¡Responde!

La voz procedía de un soldado con un penacho en su casco asomando sobre el resto de cabezas. Un cabo o capitán, pensó.

—Se lo he dicho a los soldados —gimió Mamí de rodillas en el suelo, dentro de una celda—. Alguien me dijo que recogiera un cofre escondido al pie de la muralla. Luego tenía que entregárselo en el puerto.

—¿Quién te contrató?

Una bota se lanzó contra el estómago de Mamí, que cayó sobre su espalda. Siguiendo esa pierna encontró el resto de Samuel. O la patada era fuerte o Samuel y Mamí tenían dotes interpretativas sublimes. Confió en lo segundo.

—Era un hombre seco, con barba. «Soy el judío», dijo. «El judío caminante» o algo así. «Tengo que recuperar lo que es mío», decía. Le juro que no sabía nada, mi señor. Soy un pescador pobre, no me pegue más.

Resultaba convincente. La sangre asomando por sus comisuras, los

churretones de suciedad en las mejillas, todo exquisitamente creíble. Incluso sin tartamudeos.

—¿Señor? —dijo un soldado—. ¿Qué hacemos con él?

—Encerradlo dentro —dijo el del penacho con un hilo de voz—. Que nadie hable con él. Hay que llamar al Gran Maestro.

Entonces se giró y pudo verlo. Con las manos apartaba soldados como espigas en un campo de trigo. Lo recordó con un alfanje cortando carne de corsario, su traje blanco moteado de sangre, el cuerpo de Kar yaciendo a sus pies.

Hizir también había sobrevivido a la explosión.

«¿Por qué Hizir? —maldijo—. Entre todos los cristianos de La Real. ¿Por qué él?»

Comprendió que allí se encontraba expuesto. Nadie lo conocía salvo él. Hizir jamás olvidaría su cara, eso seguro. Se giró nervioso temiendo ser reconocido por cien ojos. Hizir pasó a su lado empujándolo contra la pared, lo miró de soslayo y siguió por la galería junto a varios soldados más.

Un cruce de miradas bastó para que Samuel intuyera que algo no iba bien.

—Nosotros nos quedamos vigilando —dijo convincente su amigo, dándole una palmada en el hombro.

Tres soldados más lo miraron.

—¿Seguro, Yoel? —dijo uno con la nariz torcida—. ¿Podréis entre los dos con el pescador?

—Para mí que es hasta moro —añadió Samuel—. Puede que le patee el culo un par de veces más.

—Mientras no hables con el... La Puta de Argel podría enfadarse.

Rieron iniciando la marcha. Instantes después estaban solos en la mazmorra.

—¿Lo-lo-lo he hecho bien? —dijo Mamí con una sonrisa.

A Ahmed le pareció la más dulce de todas.

—Eres el mejor arpillero —contestó.

El chico, encerrado en su celda, respiraba orgullo con cada inspiración.

—Callad.

Samuel se había apartado hasta un pequeño tragaluz con dos barrotes de hierro. A través de él llegaban los sonidos de un patio interior, ruedas y cascos de caballo, también pasos metálicos que marchaban rítmicamente.

—Ha llegado el Gran Maestro —confirmó.

—¿Estás seguro?

—Solo él va en carruaje y con escolta.

—¿De q-q-q-qué hablan?

—No los escucho, pero adivino qué le dicen: el judío errante quiere recuperar

lo que es suyo. Y sé lo que el Gran Maestre Pietro Giochi les pregunta: ¿lo ha conseguido? —Miró a sus compañeros con la alegría hinchando sus mejillas hundidas—. Siguiendo fase del plan, muchachos. Según lo previsto.

Aquel plan parecía tener demasiadas partes como para que alguna no saliera mal. En la tranquilidad de la guarida se mostraba más simple y a medida que el final se acercaba el miedo aceleraba su pulso.

Ignoraban la ubicación del objeto robado. Era el principal escollo. Descubrir a Mamí con un cofre, junto a la muralla de la fortaleza, pondría al Gran Maestre sobre aviso. La duda roería sus tripas, temiendo que Samuel hubiera conseguido robar el objeto y esconderlo dentro de ese cofre, contratando a un pescador para recogerlo y hacérselo llegar. Cualquiera en su lugar haría lo mismo: ir donde estaba el botín y comprobar si había sido robado. Luego habría tiempo para interrogar al preso y todo lo demás, pero ese sería su primer movimiento. El Gran Maestre les iba a dejar un bonito camino de migas hasta el escondrijo.

Samuel se retiró hasta una esquina cercana a la celda. Había una mesa oscura con un objeto cuadrado debajo, también oscuro. Era una caja. La arrastró unos palmos y golpeó sobre su tapa, que salió disparada.

—No puedo salir —dijo Abu—. Estoy agarrotado.

Mientras Samuel sacaba al pequeño Abu, Ahmed abrió la puerta de la celda y ayudó a Mamí a incorporarse, propinándole un sonoro beso en la frente.

—Sabéis lo que hacer ahora —dijo el cristiano a los muchachos—. Coged esta galería girando siempre a la derecha. Cuando termine seguid de frente y encontraréis el carro y a Naid. Si alguien os pregunta...

—Estoy perdido, señor, busco la despensa —dijo Abu—. Vosotros daos prisa. Nosotros sabemos lo que hacer.

No había tiempo para nada más. Corrieron a recoger sus migas.

Una vez en el patio, vieron al Gran Maestre con su séquito de lustrosos Caballeros de San Juan. Vestía un rico uniforme con una toga bordada en rojo, blanco y amarillo, repitiéndose los motivos geométricos de cruces sobre rojo. Caminaba ligero, con largos pasos que hacían difícil seguirlo bajo el peso de las armaduras. Ahmed y Samuel se unieron al velo de soldados que resoplaban en su intento por mantener el ritmo.

«¿Dónde está Hizir?»

El sudor chorreaba por su espalda. Bajaron unos peldaños que se adentraban en la roca desnuda. Luego un largo túnel. Las costillas le punzaban. Al final una luz de antorcha y dos soldados custodiando una puerta.

—Que nadie entre —ordenó el Gran Maestre.

Los soldados custodios le abrieron la puerta y penetró en su interior, cerrándola después.

El silencio le siguió. Ahmed estaba convencido de que muchos de los presentes desconocían qué guardaba dentro Pietro Giochi. Quizás solo lo supieran él y dos soldados impostores que se miraban con un vestigio de sonrisa en sus labios.

La puerta volvió a abrirse. El Gran Maestro salió, satisfecho. Tenía la frente amplia y marcada de hondas arrugas. En realidad era casi un anciano, calvo y canoso, pero conservaba el porte caballeresco de un hombre curtido en batalla. Casi daba pena robarle.

—¿Qué quería llevarse? —dijo el Gran Maestro.

—No estoy seguro de que quisiera robar algo —dijo Hizir emergiendo de un rincón oscuro—. El pescador tenía un cofre lleno de pergaminos viejos.

—¿Qué dicen los pergaminos?

—No reconozco los caracteres.

Pietro lo miró con el mentón apuntando a la cara de Hizir.

—Enséñame ese cofre.

El Gran Maestro encabezó la marcha acompañado del tintineo metálico de las armaduras. Ahmed y Samuel se unieron a la cola. Tras los primeros pasos, fueron aumentando la distancia respecto al pelotón hasta quedar retrasados. Cuando el grupo en cabeza ya no era visible se volvieron y regresaron sobre sus pasos hasta la puerta.

—No habrá muertes, Ahmed —le dijo Samuel durante la planificación—. ¿Entiendes lo que te pido? Ninguna muerte se justifica en nuestra misión.

Una lástima, pues los dos guardas que custodiaban la puerta eran blanco fácil. Dejarlos inconscientes llevaría más esfuerzo y ruido.

—El Gran Maestro nos pide sustituiros —dijo Samuel al acercarse a ellos.

No dejó que respondieran. Empujó al que tenía a su izquierda con tanta fuerza que lo estrelló contra la pared como un muñeco de trapo arrollado por una bestia. Ahmed se encargó del otro. Le propinó una patada en la entrepierna tan fuerte que de haber acertado de lleno sus vergüenzas habrían explotado como dos huevos en una sartén. El soldado se curvó sobre sí mismo, ofreciendo la cabeza en ángulo idóneo para ser golpeada con la rodilla. En dos segundos la puerta quedaba libre, con los guardias noqueados a sus pies.

El ritual fue el mismo. Samuel entró solo y salió poco después, aunque arrastrando un baúl de madera parduzca.

Lo habían logrado. El botín estaba en sus manos, pero no disponían de mucho tiempo para saborear el éxito. Resultaba liviano, pese su gran volumen.

Recorrieron el camino que les separaba del almacén, subidos en una nube brumosa.

Al comprobar que el cofre arrebatado a Mamí contenía documentos sin

importancia, el Gran Maestro iría directo a las mazmorras. Encontraría la celda abierta y sin nadie en su interior. Reconociendo el engaño, volvería a la guarida del verdadero cofre, con dos guardias inconscientes babeando sobre el suelo. Tras eso daría la alarma.

—Ahmed —cortó su compañero—. ¿Estás aquí?

—¿Qué ocurre?

—Eso te pregunto.

No sabía cómo, pero habían llegado al destino: un ventanal con acceso al patio de entrada. Bajo ellos, Naid esperaba subido en el carro. Se iba a comer las uñas hasta los nudillos.

—Naid —susurró Samuel—. Naid —dijo más fuerte—. Este muchacho es sordo.

—Un poco sí. Del oído derecho y la mitad del izquierdo.

—Tuerto y sordo. Cada vez me sorprendo más de haber llegado hasta aquí.

Samuel tomó un pequeño guijarro y lo lanzó. Si el objetivo era la cabeza de Naid, acertó de lleno. Este levantó la vista rascándose la nuca.

—Acerca el carro —dijo Samuel en una mezcla de susurros y gestos.

La función del muchacho era mantener la coartada propuesta, descargando toda la mercancía dentro del almacén, como buen discípulo de mesonero. Barriles con piedras y paja, sobre todo. Con el carro despejado de peso, su maniobrabilidad era excelente, guiando al percherón hasta situar la zona de carga justo debajo del ventanal.

Lanzaron el cofre a su interior y tras él descendió Ahmed.

—¿Y Abu? —preguntó despojándose de la indumentaria de soldado—. Tenía que estar aquí con Mamí.

No terminó de decir la frase cuando vio al tullido salir del interior del almacén. Andando. Unas piernas torpes le habían crecido. Lo siguió con la mirada mientras el chico se desplazaba hasta el carro.

—Hemos estado ensayando ahí dentro —dijo Abu.

—Es más co-co-co-complicado de lo que parece.

Bajo la cintura de Abu, Mamí hablaba doblado con una contorsión de circo. Al principio Ahmed tenía serias dudas, pero al verlos caminar con soltura no le pareció una idea descabellada para ocultar a Mamí. Todo buen ladrón siempre ha de tener un plan de choque preparado. O dos. Aquel parecía un disparate que podría funcionar.

—Os espero en la guarida —dijo Samuel desde lo alto del ventanal—. Cuida mi carga, Ahmed. Recuerda que confío en ti.

—Puedes hacerlo.

Ahmed tiró el disfraz en un rincón, batió riendas y el carro se puso en marcha.

Saludaron al panadero, saludaron a un guarda de la puerta medio borracho, saludaron hasta a una muchacha que vendía collares de conchas al pie del fuerte.

—¿Lo hemos conseguido? —dijo Abu enseñando su mella.

Ahmed miró por última vez el fuerte, tras de sí. Un soldado bajaba corriendo por la rampa. Un soldado con un penacho de plumas sobre el casco.

—Casi, pequeño —respondió.

Se bajó del carro, alejándose unos pasos.

—¡Los del carro! —gritó Hizir.

Ya habían penetrado en el mercado y una marea de personas ahogaba las voces del cristiano. Parecía un mercader voceando sus productos.

—¡Deteneos!

Naid paró el carro.

—¿Quiénes sois? —dijo Hizir con la espada desenvainada— ¿Qué lleváis en el carro?

Una mano se posó sobre su hombro. Hizir se volvió y dos cuartas de acero penetraron por sus tripas, justo debajo del peto de acero, ascendiendo hasta el interior de la caja torácica.

—Kar te envía este recuerdo —dijo Ahmed junto a su oído y girando el arma.

Dejó la hoja allí dentro y volvió al carro.

—Ahora sí Abu. Hemos terminado.

«Lo siento Samuel, pero esta muerte no pertenece a la misión».

Hizir se tambaleaba y cayó al suelo inerte.

«Esta es por mí».

En Campaña. 26 de diciembre de 1937

Querido padre espiritual:

Estoy realmente preocupado por usted y Marcelo.

Acabo de recibir noticias de Teruel. No sabía que la situación allí fuera tan terrible. Ahora me explico que lleve tantos meses sin contestarme. Le habré enviado más de siete cartas sin obtener respuesta.

No sé si esta le llegará, pero si es así le pido que haga lo posible por responder. Me quedaría más tranquilo.

Sepa que el ejército nacional hace todo lo posible por avanzar hacia el interior de la ciudad y conseguir librarles del asedio que sufren.

Confío en que Marcelo esté con usted y ambos se hallen sanos y salvos.

No sé cómo la carta puede llegar a sus manos bajo este fuego incesante, pero es mi única esperanza de obtener noticias. Por Dios se lo pido, mándeme señal de su estado. No consigo dominar esta incertidumbre y creo poder volverme loco si no obtengo respuesta.

Esta no es la ocasión adecuada para referirle mis pesares, pero creo que todo mi mundo se resquebraja y quiere engullirme. Mi novia Raquel falleció hace dos semanas. Una bomba la alcanzó en el acceso al refugio. Ahora ustedes son lo único que me queda y no consigo dominar la idea de perderlos también.

¿Hay algo en mi conducta que haya enfurecido a nuestro Padre? Busco entre mis actos y no encuentro motivo que lo justifique. Creo haber actuado conforme a sus principios, con mis defectos, por supuesto, pero no los considero mayores que en el resto. ¿Por qué entonces este castigo? Si es una prueba no creo poder superarla. No ahora, sin Raquel.

¿Por qué vuelves, cabeza mía, a esos recuerdos? Ay, son los únicos felices que me quedan. Los únicos. Sus abrazos. Sus caricias.

Por favor, Señor. No me arrebates los dos pilares que me quedan. No, yo sé que el Altísimo intercede por vosotros y os resguarda sin daño. Un fuerte abrazo para los dos.

¡Fuerza, padre! ¡Más que nunca, fuerza!

CAÍDA AL ABISMO

Por alguna razón caprichosa, Daniel se imaginó asomado a la entrada de una pequeña casita en Hallstatt. Estaba recostado sobre una mecedora. En el rellano de la vivienda contigua había una maceta en forma de bota y una petunia creciendo en su interior que miraba majestuosa al ratón de cerámica de su base. Quizás fueran los abetos que ocupaban toda su visión los que le hacían viajar hasta la localidad austríaca donde conoció al comandante Rodrigo.

En su imaginación seguía oficiando misa en la parroquia y lo saludaba todos los días al verlo ascender por la colina.

—Hola, vecino —le decía con un generoso saludo.

Volviendo los ojos al periódico matutino, Daniel escuchaba al comandante descalzarse resoplando por el esfuerzo y entrar en su morada.

Lena también llegaría pronto. El mercado de los jueves solía distraerla demasiado. Le encantaba pararse ante el puesto de flores y escoger los colores más vivos. Ninguna petunia cercana iba a ensombrecer la fachada de su preciosa casita. Adoraba ver a su austríaca cargada con un par de macetas intentando no tirar el kilo de manzanas sujeto en su dedo meñique. Con un descuido rodarían hasta el lago. Daniel le reñía por eso. No quería verla con el rostro colorado cargando tantos bultos y, menos aún, tener que correr detrás de las manzanas saltarinas. Apartar el pelo rubio de sus mejillas pegado con pequeñas burbujas de sudor sobre su cara, eso sí le gustaba. Lo volvía loco. Sujetar una de las macetas con una mano y rodearle la cintura con la otra mientras entraban en casa.

Comenzó a nevar en Hallstatt, volviéndolo todo blanco. El aire se cubrió de bruma densa y su cuerpo regresó a El Salvador con un deseo imperioso de toser agitando sus pulmones. A lo lejos, escondida en el valle, Lena parecía llamarlo a gritos avisándolo de un peligro cercano.

Daniel rodó sobre las tejas cubiertas de verdina para alejarse de la corriente de humo blanco. El gas venenoso ascendía a través de un agujero en el techo buscando su liberación, el mismo agujero que Carranco y él habían usado para huir.

—¡Registrad cada rincón del monasterio! —escuchó gritar dentro de la iglesia —. ¡Hay que encontrarlos!

Minutos antes habían visto a los guerrilleros acercándose agazapados, divididos en tres grupos. De seguir en el interior de la iglesia, no hubieran tenido un destino más halagüeño que el de Franco, con la tapa de los sesos levantada y flotando en la corriente del arroyo.

—Ayúdeme, Carranco —había siseado, acercándose al banco más cercano.

El guardia civil lo sujetó por el otro extremo y entre ambos lo acercaron al portón. Daniel había levantado su costado, colocando el banco en un ángulo de cuarenta y cinco grados contra la hoja de madera.

—No aguantará mucho tiempo —dijo Carranco sin perder de vista el acceso posterior que comunicaba con el claustro.

—Con que sostenga nuestro peso me conformo.

Daniel cogió impulso y ascendió sobre la superficie del banco hasta su parte superior. El miedo le había otorgado dotes de trapealista. Alargó las manos y terminó asiéndose a una de las vigas del techo. Los dedos de su mano derecha crujieron con dolor, apretando los dientes. Con un esfuerzo más, logró encaramarse a la viga como un mochuelo sobre la rama de un árbol. Carranco lo siguió con dificultad explotando con su buche tres botones de la camisa. Caminaron dando saltitos de una viga a otra hasta alcanzar una brecha del techo y colaron por ella. Ya en el exterior, con las uñas clavadas en las tejas de pizarra, pudieron concederse unos segundos para respirar.

Daniel sufrió entonces un mareo por la falta de oxígeno en su cerebro, propiciando el viaje astral hasta el pueblecito austríaco y embelesarse con el recuerdo de Lena.

Escucharon a los maquis caminando hasta el claustro. Tras la decepción inicial comenzarían una búsqueda minuciosa, dentro y fuera del monasterio.

Carranco señaló en dirección a las porquerizas. Los dos caballos habían regresado para terminar su desayuno.

Reptaron hasta el tejado del claustro, alejándose de las voces que emergían cerca de las celdas. Fue incapaz de resistir el impulso de mirar por encima de la cumbre del tejado y fisgar lo que ocurría. Veía las piernas de un grupo de hombres frente a la celda de Emilia. El resto permanecía oculto bajo la cubierta. Hubo gritos. Sintiendo mezquino por abandonarlas, acudió a los requerimientos que le hacía Carranco con gestos insistentes y recorrieron todo el perímetro sobre el tejado. Los maquis estaban tan preocupados en resolver el truco de Houdini del que habían sido testigos que se olvidaron de mirar arriba. De hacerlo, los hubieran descubierto saltando sobre la capilla derruida hasta llegar a las porquerizas. Una vez en el suelo caminaron los pocos pasos que los

separaban de los caballos, ensillados y listos para montar.

El chasquido de unas botas sobre ladrillos los alertó. Carranco agarró a Daniel de la chaqueta y ambos cayeron dentro de un pesebre. Un poco de paja fue suficiente para ocultarlos ante la mirada de los caballos.

Varios guerrilleros aparecieron por el acceso de la capilla. Inspeccionaron el lecho del arroyo sin prestar atención a los trozos de teja arrastrados por Daniel y Carranco en su bajada, y mucho menos a sus pisadas sobre el barro; incluso se sentaron sobre un par de piedras a fumarse un pitillo y contarse chismes a los que ninguno parecía dar crédito. Dentro del pesebre, los testigos silenciosos se fueron adormilando. Puede que hasta echaran una cabezadita porque reaccionaron de golpe ante el mordisco de uno de los caballos.

El grupo de guerrilleros se había marchado. Tomaron las riendas de los animales y caminaron hasta la capilla derruida, tirando de ellos. Daniel notó que faltaba parte del suelo en su interior. Un conjunto de voces charlaba a lo lejos, dentro de la iglesia.

Era la ocasión que buscaban. Daniel imitó como pudo a Carranco, que escogió el corcel negro. Subieron a ellos y huyeron a toda prisa. Esperaba que el animal lo revolcara por el suelo unos metros más adelante. Hasta que eso ocurriera seguiría con el culo negro del otro caballo delante de sus narices.

Las falanges de su mano seguían crujiendo al sujetar las riendas. El dolor le hizo creer que el brazo entero ardería en llamas.

Cruzaron el puente. Continuaron vereda abajo hasta sentir el aliento de los caballos bufando llamaradas blancas. Ignoró las balas silbando a su alrededor inmerso en la euforia desatada de la huida. También el proyectil que rozó la hombrera de su chaqueta y, avanzando un poco más, penetraba en la espalda de Carranco.

El mundo estaba del revés. Literalmente lo estaba. En pocos segundos pasó de cabalgar sobre un caballo a mecerse bocabajo colgando de la rama de un árbol. Parpadear no corregía su visión. Un suelo cubierto de agujas de pino seguía en el cielo.

El caballo de Carranco se había detenido de golpe en mitad de su carrera. Daniel iba justo detrás, arrollando un animal a otro. El borde del camino estaba tan cercano que el caballo de Carranco dio un traspié y se precipitó por el desfiladero. Debieron ser los arneses de cuero, los estribos, el amasijo impreciso de humanos, animales y sillas de montar enlazándose descontroladas, pero lo cierto es que los dos caballos rodaron por la colina en un desnivel vertical.

Colgado de una rama, Daniel podía ver dos motas en el fondo de la vaguada, los cuerpos inertes de sus compañeros equinos.

Carranco también colgaba bocabajo, con el pie derecho metido en un estribo. Una silla de montar estaba encajada entre las ramas. Enlazado con ella se hallaba el pie izquierdo de Daniel. Parecían dos murciélagos colgando del techo de una cueva.

El ruido de unos cascos se acercó hasta detenerse junto a ellos. Dos guerrilleros aparecieron, asomándose con precaución al precipicio. Si Daniel hubiera escupido les habría acertado en toda la coronilla. Creyó que eso era lo que hacía Carranco, hasta descubrir que era sangre goteando por sus dedos. Los guerrilleros no percibieron nada, contemplando los animales despeñados. Tras un tiempo, los maquis volvieron a la seguridad del camino y se alejaron colina arriba, de regreso a El Salvador.

Llegaron a Lanuza cerca del mediodía. Su compañero arrastraba una pierna, apoyando su peso en el hombro del Cazador. El guardia civil terminaría por clavarlo en el suelo como el poste de una alambrada. Su aparición en la aldea fue recibida por vecinos miedosos dando portazos en sus casas.

Embarrados hasta los sobacos y con la ropa hecha jirones, su aspecto se acercaba más a la Cosa del Pantano que a dos hombres heridos en busca de auxilio. Cuatro aldeanos retiraban nieve de un montículo en mitad de la plaza. Otro grupo más numeroso y uniformado de verde los observaba, con el humo de sus cigarrillos ascendiendo. Al verlos aparecer, los aldeanos dieron un salto dejando caer las palas entre una algarada de voces chillonas. Apuntado por una docena de armas, Daniel levantó los brazos dejando caer el cuerpo de Carranco al suelo.

—Gracias, muchachos —dijo Daniel mirando el montón de nieve junto a las palas—. Si no es por vosotros jamás lo hubiera encontrado.

En mitad de la plaza, el coche de Daniel seguía esperándolo cubierto de nieve. Las labores de excavación habían dejado al descubierto los faros delanteros, como ojos que lo observaran guiñándole altaneros.

—¡Es el cabo! —gritó uno de los soldados.

El grupo entero avanzó corriendo hasta donde estaban, apartando a Daniel de un manotazo.

Tras comprobar la herida de bala, incrustaron sus miradas recelosas en Daniel.

—Tranquilos —dijo Carranco con estertores sangrantes—. Es un amigo.

Levantaron el cuerpo del guardia civil llevándolo a una vivienda de la plaza

con puertas de tres metros de altura.

—¿Dónde lo lleváis? —La voz de Daniel sonó como una bofetada que los detuviera—. Se desangra. Necesita un médico.

—No hay médico en Lanuza —dijo un soldado abriendo los portones de la casona—. El más cercano está en Sallent de Gállego. Aquí lo atenderemos hasta que llegue.

Eso quedaba a varios kilómetros dirección norte. Daniel tuvo el impulso de palpar sobre sus bolsillos. Al notar en su muslo una pequeña protuberancia, espiró satisfecho.

—Sargento —dijo tras comprobar la graduación en los hombros del soldado—. Si me ayudan, tengo dos buenos caballos para llevarlo hasta allí.

—¿Caballos? Nosotros también tenemos, los mejores del valle, pero no es forma de transportar a un herido.

—No me explico bien. —Daniel metió la mano en el bolsillo y extrajo las llaves del Citroën—. Mis caballos son de vapor.

El recibidor de la casa consistorial olía a barniz enmohecido. Una escalera recubierta de piedra caliza ascendía desgastada hasta el segundo piso. En alguna de sus estancias, un soldado narraba lo sucedido al alcalde de Sallent de Gállego.

Daniel se preguntaba qué habría pasado con Bruno. Era un hombre fuerte que podía despachar a los maquis con un bonito baile de puños, pero también imprudente y eso le preocupaba. Daniel no podía hacer nada desde allí. Su preocupación estaba en una sala de la planta baja. Hasta ella habían trasladado a Carranco, siendo asistido por un joven que olía a practicante mientras se ponía su bata con torpeza.

—Agua —escuchó Daniel, sentado sobre un banco de madera junto a la escalera.

Se levantó despacio. El dolor en sus articulaciones no le permitía hacerlo de otro modo.

—Agua —volvió a escuchar.

Toda la comandancia estaba dentro de la sala donde asistían a Carranco. Al correrse la voz de su aparición comenzaron a salir guardias de todas partes como si hubieran anunciado un reparto de billetes de cien pesetas. Los imaginaba dentro del improvisado quirófano, apretujados y charlatanes. El rumor de sus voces se percibía con facilidad desde el banco. La voz no procedía de allí, sino de la dirección opuesta.

Avanzó por un corredor oscuro, enlosado como un damero. A cinco metros giraba a la izquierda y luego a la derecha hasta morir en una puerta de madera

pintada de verde que daba a una calle. Tras cerrarla volvió a escuchar la voz, ahora más fuerte:

—Agua, por favor.

El sonido era claro. Sobre otra puerta había un cartel de madera fijado con dos clavos y la leyenda «GUARDIA CIVIL» grabada en él. Giró el picaporte y entró. Al principio no veía nada, cegado por la luz que entraba por una ventana. Al acostumbrarse sus pupilas reconoció un habitáculo con paredes cubiertas de azulejos blancos hasta media altura y, frente a él, una celda.

—Agua —dijo su inquilino alargando un brazo entre los barrotes.

Daniel se giró, hallando un par de grifos anclados a la pared. El primero no funcionaba. El segundo tampoco, pero tras unos segundos escuchó el líquido acercarse por la tubería hasta manar débil por la boquilla del grifo. Llenó una palangana esmaltada y se la acercó al preso, que la apuró hasta dejarla vacía.

—Gracias, don Daniel —dijo el desconocido sujetando los barrotes.

Su piel era oscura y el pelo, rizado, intensamente moreno. Daniel lo recordaba de forma diferente, con chaleco gris y una gorra verde oliva girando sin parar.

—¡Manuel! —dijo tomándolo de las manos—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué te han encarcelado?

El joven tenía la mirada ausente. El agua había calmado su sed, pero su mente seguía fracturada.

—¿Por qué me ha dado agua?

—Me la has pedido —respondió Daniel sin entender la pregunta—. Te conozco. ¿Por qué iba a negarme?

—Los guardias civiles también me conocen. —Manuel apretaba los barrotes con sus manos—. Le doy las gracias, don Daniel.

El joven soltó los barrotes y se alejó con una mano sobre su estómago hasta sentarse en una litera. Por su forma de hacerlo dedujo los golpes que había recibido, visibles también en su rostro hinchado.

—Me preguntaron por dos guardias civiles —continuó Manuel—. El cabo Carranco y Franco tenían que haber regresado ayer por la tarde. Pero yo no sé nada de ellos.

Daniel imaginó la paliza. En la España del Caudillo resultaba muy cómodo torturar a un moro hasta vomitar cuanto supiera.

Manuel seguía tocándose la barriga. Con una poca de atención, Daniel descubrió un bulto bajo la camisa, cerca del ombligo.

—¿Qué llevas ahí?

El joven se acurrucó sobre la litera gimoteando.

—Me van a matar cuando lo vean —dijo entre sollozos.

Se levantó la camisa y un fajo de papeles amarillentos cayó al suelo. Entre los

muchos dibujos y caracteres pudo distinguir tres palabras con claridad:

«VIVA LA REPÚBLICA»

Era suficiente para que el joven durmiera esa noche colgado del cuello en un árbol del bosque.

Escucharon a alguien acercándose.

—Dame las octavillas —ordenó a Manuel.

El joven recogió el fajo del suelo y se lo entregó, escamoteándolo en un bolsillo de su chaqueta con toda rapidez.

—¡Mira! —dijo un guardia civil asomando por la esquina del pasillo—. Está aquí.

El alcalde buscaba al Cazador, eso decían, así que lo condujeron hasta su despacho. La última imagen que vio de Manuel fue su rostro pegado a los barrotes, con una mirada indescifrable observándolo mientras se alejaba. Rezó por el joven una súplica en silencio y subió las escaleras.

Lo recibió una sala decorada con muebles de fastuosidad exagerada, casi regia. Tras una mesa con acanaladuras florales, había una silla con respaldo desproporcionado.

«Si este es el despacho del alcalde... ¿Cómo será el del gobernador civil de la provincia?».

El exterior de la sala estaba custodiado por dos civiles, apostados como carabinas en el recibidor. Otros dos acompañaban a Daniel con aspecto hostil mientras el alcalde terminaba de ojear unos papeles. Era tan bajo que apenas se veía su cabeza calva asomando por encima de la mesa. Dejó los documentos y se incorporó, vestido con traje de chaqueta oscura y pantalones a rayas. Hubiera resultado elegante de no ser por la corta estatura de su propietario.

—Póngase cómodo, por favor —le dijo moviendo la papada al hablar.

—Me gustaría hacerlo —dijo Daniel—. Pero es difícil sentirse cómodo con un soldado a cada lado.

La puerta de entrada vibró insistente ante el repiqueteo de unos nudillos desde el exterior.

—Perdone, don Mariano —dijo otro guardia penetrando en la sala.

El tricornio y sus distintivos de brigada le conferían aspecto severo. Junto a él estaban los civiles del recibidor. No era un hecho que prometiera buenas noticias.

—Carranco ha muerto.

Daniel hizo un repaso rápido por su situación. Dos guardias muertos buscados por el valle de Tena . Una republicana escondida en El Salvador. Su compañero

Bruno desaparecido. Repudiado por su Orden y probablemente buscado por asesinos jordanos. Rodeado de cinco guardias civiles con ánimo de venganza por el compañero muerto. La situación era delicada.

«Se me olvidaba —añadió mentalmente—. También estoy sucio, mojado y sin afeitar. Una catástrofe, eso es esto. Una auténtica catástrofe».

El pequeño hombre frente a él regresó a su silla. Con un gesto indicó a Daniel que se sentara. Esta vez no fue una invitación, sino una orden dada por su huesudo dedo índice, una rama seca y falta de carne señalando la silla. Frunció sus labios finos y comenzó a hablar:

—Parece que tendremos que fiarnos de su versión, caballero.

—Me parece correcto.

—Hace cuatro días llegaron tres hombres a Lanuza a bordo de un vehículo. El mismo que está estacionado en la puerta del consistorio, según dice el brigada. Un vecino los condujo monte arriba. No hemos sabido nada hasta hoy, en que aparece usted con uno de mis hombres con una herida de bala. Me han informado de la explicación que ha contado de camino hacia aquí, algo de unos guerrilleros que lo han asaltado por el camino. Pero... —El alcalde batió los papeles con su mano como si fuera un abanico con el que airearse—. ¿Es usted partícipe de las lagunas en que nado ahora mismo? Créame, no son buenos tiempos para estos muchachos. Nadie podría cuestionarles que decidieran comprobar si sus palabras son ciertas y de paso arrancarle las que calla.

—¿De la misma forma que se las han arrancado a Manuel?

—¿Manuel?

—El moro de Dehesa Martín, excelentísimo —confirmó el brigada con una leve inclinación de torso—. El que llevaba suministros a la monja de El Salvador. Lo retuvimos en el calabozo por si pudiera aportar información.

Una forma velada de decir que lo apresaron para torturarlo.

—¿El chico del ermitaño? —El brigada asintió con un gesto de su bigote canoso—. Lo llamamos Manuel para dar a su nombre un tono más cristiano, podría decirse.

—Conmigo eso no ocurrirá —dijo el Cazador—. Daniel es un nombre judaico, pero no creo que eso suponga problema en la España del Caudillo. Al menos no lo era la última vez que hablé con él.

Esperó la reacción en el rostro del alcalde. Durante unos segundos no hubo ninguna más allá de parecer un guiñol de papel maché, rígido y acartonado.

—¿Conoce al Generalísimo?

No era una respuesta sencilla. Con ella podía ganarse la confianza de su interlocutor o convencerlo para que los soldados a su espalda cumplieran el verdadero motivo por el que estaban allí: fusilarlo. La verdad era confusa para

ser revelada y tampoco lo apartaría de la fosa que ya tenían excavada.

—Es él quien me ha enviado aquí —contestó Daniel.

—¿Con qué propósito?

—Ya se lo he contado a sus hombres. Cumplo una misión para la Iglesia. — Decidió arriesgar un poco más—. Si necesita más información, llame a la delegación del Opus Dei en Barcelona. Su director le hablará de mí. Para bien, espero.

Daniel completó su apuesta con un cruce de piernas y una sonrisa falsa bastante aceptable. El alcalde pidió una guía de teléfonos. Marcó un número reclinado en la incómoda silla y esperó respuesta.

—Hace un poquito de fresco por aquí, ¿no creen? —dijo Daniel.

—Sí, mucho —contestó uno de los guardias civiles.

El alcalde conversaba a media voz con su interlocutor. Daniel no escuchaba nada coherente, pero sí notó la mirada que el alcalde enviaba a los soldados y cómo estos reaccionaban adoptando una postura erguida. El hombrecillo se apartó del auricular, ofreciéndoselo al Cazador. Extrañado, lo tomó, acercando la oreja al altavoz.

—¿Sí, diga? —la línea chisporroteaba como si una rata mordiera los cables.

—Buenas tardes, don Daniel —escuchó decir con tono distorsionado—. Soy Faustino Espaser. Me recordará de su última visita a la delegación.

—Por supuesto, padre Faustino. Me complacería que explicara a estos señores...

—Todo ha quedado resuelto. Su labor en nuestra Orden y para España es algo que ningún cristiano debería entorpecer con trabas burocráticas; y cito casi textualmente las palabras con las que monseñor Escribá se refiere siempre a sus encargos. Así se lo he hecho ver al alcalde.

—No sabe cuánto se lo agradezco, padre Faustino.

—Una cosa más. Permítame si soy inoportuno, pero no es la primera persona que intenta saber de usted.

—¿Cómo dice?

—Resulta coincidencia, pero ayer recibí una llamada preguntando por su paradero. No acostumbro a dar semejante información, ni aun conociéndola, que no es este el caso, pero...

—Faustino, Faustino. Sea conciso, por favor. Tengo a seis hombres aquí esperándome. ¿Quién preguntó por mí?

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, con acento extranjero. Dejó un mensaje. ¿Quiere que se lo lea?

—Si es tan amable, por favor.

—«Estoy en Pamplona, alojada frente al Museo Catedralicio. No consigo encontrarte y aquí no saben nada de ti. Reúnete conmigo. Estaré aquí esperándote».

El corazón de Daniel botaba con fuerza haciendo que le doliera el pecho.

—¿Eso es todo?

—Solo una frase más, pero me sonroja leerla.

—Hágalo. Se lo suplico.

Las siguientes palabras sonaron por el auricular con un susurro.

—«Te espero con el camisón violeta puesto».

Daniel colgó el auricular de golpe y salió de la sala apartando a cuantos encontró a su paso.

—¿A dónde va? —dijo el pequeño hombrecillo.

—Señores, me espera con el camisón violeta. Buenas tardes.

Bajó los escalones del edificio de dos en dos, con la certeza de dirigirse a una trampa.

EL VALOR DE UNA ESPADA

Las laderas de marga arcillosa se alzaban ondulantes convirtiendo a los viajeros en hormigas a través de surcos de tierra.

Ahmed y su compañero habían partido de Malta en una fragata comercial hasta Túnez con nostalgia en una mano y esperanza en la otra. De allí siguieron la costa hasta Alejandría para virar al norte. Ascalón, luego Jerusalén y finalmente Jericó, en pleno desierto abrasador de Judea. Ahora se dirigían al sur, bordeando la orilla occidental del mar Muerto, atravesando una ruta beduina por las salinas hasta su destino final: Qumrán.

El sol del amanecer rebotaba reverberado en la superficie del mar e incidiendo de lleno en los ojos de Ahmed. Habían comprado cuatro camellos decentes a un granjero cerca de la puerta sur de Jericó. El suyo era tozudo, de tamaño mediano pero fuerte. Samuel prefirió el más grande y de color claro, reservando frescos los de menor tamaño para las zonas más escarpadas.

«¿Qué estarán haciendo mis arpilleros? —se preguntaba todos los días al despertar».

Pese a los meses transcurridos, recordaba sus rostros con nitidez, observando impacientes el cofre robado. Naid se roía la uña de un pulgar. Mamí deambulaba por la guarida con las manos a la espalda. Abu estiraba el cuello como una tortuga olisqueando su superficie de hierro reforzado.

—¿Por qué no lo abrimos? —dijo el tullido colocando sus dedos sobre la cerradura.

—¿Otra vez igual? —inquirió Naid—. Te han dicho que hay que esperar al cristiano.

—Pero si es una cerradura facilita. —Naid resoplaba—. Escucha, lo abrimos, miramos y lo volvemos a cerrar. Solo saber qué es. Así podrás dejar de morderte las uñas. Es por ti, Naid.

—Aunque quisieras no podrías abrirlo.

—No me tientes, no me tientes.

—Ya te digo que no. He visto cofres como este. Los usan para trasladar caudales. ¿Ves esta abertura para la llave?

—¿Que si la veo? —Abu volvía a estirar su cuello mirando por el ojo de la cerradura—. Y casi los dineros que tiene que esconder.

—Pues es falsa —dijo Naid triunfal—. La verdadera cerradura está escondida, y acciona tres pares de cierres en los costados. No puede abrirse al uso, créeme.

—Po-po-podemos quemarlo —dijo Mamí—. La madera se romperá y caerán las mmmmonedas.

—¿Y si dentro hay algo valioso que pueda arder? —dijo Abu—. No seas estúpido.

—¡No soy e-e-e-estúpido!

—¡Sí que lo eres, tartaleta!

Mamá le propinó un puñetazo a Abu, ensalzándose en un revoltijo de brazos y cuerpos girando sobre el suelo de arena.

—¡Quedaos quietos! —gritó Ahmed desde la entrada de la guarida—. Nadie abrirá el cofre.

Abu se detuvo para sonreír. Tras la pelea le faltaba otro diente. El chico lo sintió navegando en su lengua. Lo escupió y volvió a su mueca.

Desde aquella oquedad escarbada por siglos de empuje marino, veía la península Sceberras, con el fuerte San Elmo en el extremo norte y una vereda que partía de la guarida y se extendía varias leguas por la costa. Hubiera sido grandioso contemplar el asedio turco acaecido unos años atrás.

La espera se hacía larga, cada vez más, plantando semillas de duda en su cabeza. Samuel tardaba demasiado en volver.

—¿Confías en él? —le dijo Naid situándose a su lado.

—Tenemos su cofre.

—Aun así. ¿Confías en él?

—Le entregaría mi vida si me la pidiese. —Naid bajó la cabeza con un halo de tristeza—. Igual que tú me la entregarías a mí. Ya me la has entregado, Ojo de Águila. —El muchacho se entornó para observarlo mejor con ese único ojo—. No estaba seguro de que vinieseis. Os envié el mensaje sin pensarlo, con un impulso que me hacía confiar en vosotros y con la lejana esperanza de que el mensajero cumpliera su palabra. —Ahmed puso una mano en la nuca del chico, frotándola paternal—. Ese impulso me decía que podía confiar en ti, y no me equivoqué.

—No hay orden de mi *rais* que yo pueda desobedecer.

—No soy tu *rais*. Soy tu hermano.

Unas lágrimas lucharon por escapar de los ojos de Naid y al final lo

consiguieron, hasta del tapado y seco.

Samuel llegó al anochecer. Se le veía cansado. Su capa estaba deshilachada por los bajos. Era un espantajo destartado, intentando disimular una herida en el costado. No dijo nada. Se deshizo de la capa, luego tiró la armadura sobre la arena, el casco, las grebas, el cinturón, todo peso inútil mientras se acercaba al cofre, más lento a medida que la distancia se acortaba. Posó las manos sobre él y un manto de paz lo cubrió. Las manos le temblaban. Nadie sabría decir si estaba riendo o llorando. Fuera lo que fuese, lo hacía en silencio, observado por los cuatro.

Tras una pausa, llevó sus dedos hasta dos pestillos ocultos y los accionó, abriendo la tapa. Los arpilleros se acercaron muy despacio, Ahmed también, totalmente embrujados. Samuel introdujo sus manos dentro y extrajo algo.

Era un libro, enorme y rojo.

Abu se acercó un poco más, revisando las entrañas del cofre. Hongos en las paredes y pequeñas briznas de papel carcomido. Por lo demás, estaba vacío.

—¿Nada más?

—Por favor, Abu —dijo Ahmed—. Compórtate. —Luego se orientó hacia el cristiano—. ¿Es lo que buscabas?

Samuel asintió, abrazando el libro mohoso contra su pecho.

—¿Y el dinero? —exigió Abu—. Se suponía que había dinero.

—Lo decías en tu ca-ca-carta, Ahmed —añadió Mamí—. «Venid a La Valette y tendréis una ffffortuna».

—Es cierto —confesó.

Miró a Samuel buscando una respuesta mejor. Estaba convencido de que el cofre guardaba algún tesoro. Oro, plata, joyas quizá, pero nunca algo tan poco valioso como un libro. Ni siquiera estaba bien encuadernado.

—Ayúdame con esto —le había pedido Samuel—. Te recompensaré con un tesoro. A ti y a tus arpilleros, si es que vienen. Juro por mi honor que lo haré.

Samuel seguía abrazando su libro, con los ojos cerrados, musitando palabras en su extraña lengua.

«¿Me habrá mentido? ¿Qué le diré entonces a mis arpilleros?».

El cristiano se levantó de un impulso, hizo la marca de la cruz sobre su cuerpo y besó el libro. A continuación, tomó el cinturón del suelo. Amarrado a él colgaban la vaina de una espada y una daga. Fijándose en las armas, percibió un extraño brillo en sus pomos. No era la dotación ordinaria de un soldado cristiano. Samuel sacó la espada y la arrojó a los pies de Abu. En su hoja había una inscripción grabada.

PLUS QVAM VALOR VALETTA VALES

—«Más que el mismo valor vales, Valetta» —recitó Samuel—. Es la Espada del Valor. Y este... —Sacó la daga de su vaina, depositándola sobre las manos de Ahmed—. Este es el Puñal.

«La Espada y el Puñal del Valor —se dijo Ahmed».

Recordaba la historia. Samuel se la había contado en la guarida mientras esperaban la llegada de los arpilleros desde Argel.

Tras el asedio turco a Malta, el rey español quiso honrar al Gran Maestre, Jean Parisot de La Valette, entregándole La Espada y el Puñal del Valor. El mejor acero toledano, empuñaduras de oro, pedrería centelleante incrustada en sus vainas de plata. Desde entonces adornaban la sala principal del fuerte San Elmo como tributo al Gran Maestre que dio nombre a la ciudad. Uno de los tesoros más ilustres de la Orden de Malta. Samuel también se los había arrebatado.

«Les ha acuchillado en mitad del corazón partiendo en dos su orgullo. Una dulce venganza, amigo mío. Toda una estocada».

—Dime, Abu —concluyó Samuel—. ¿Crees que será suficiente por vuestros servicios?

El tullido no era capaz de mirarle. Solo tenía tiempo para disfrutar del brillo de las piedras preciosas engarzadas.

—Te lo dije, Ahmed —dijo Abu rascando un zafiro—. Es el cristiano más simpático que conozco.

«El único, diría yo».

Antes de que la cena estuviera lista, la espada y el puñal yacían moribundos. Oportunamente troceados, fueron divididos en cinco porciones. Abu alardeaba de la suya, dentro de una bolsa de tela que se pasaba de una mano a otra. Esa noche todo fueron sueños de grandes señores que viajarían a las Indias o las Américas y comprarían un valle entero, con una granja enorme y una mujer que pariría muchos hijos, y todos los respetarían, y los llamarían «señor esto» y «señor lo otro».

Llegó el amanecer. Borraron todo rastro de presencia en la guarida y se dispusieron a realizar las oportunas separaciones.

—Va-va-vamos, Ahmed —dijo el tartamudo—. Despidete del cristiano y pa-pa-partamos.

—No voy con vosotros.

Esperó la reacción de los arpilleros.

Acordaron alejarse todo lo posible de la ciudad y tomar el primer barco que los sacara de la isla en cualquier dirección, mediante soborno si hiciera falta.

—¿Cómo que no vienes? —dijo Naid enojado.

—Mi camino es diferente al vuestro. Usad ese oro para ser todo lo felices que

el dinero os permita, y acordaos de mí mientras disfrutáis de él. Lo mismo haremos Samuel y yo.

—¡No puedes irte con él! —gritó Naid apretando los puños—. ¡Eres un arpillero, uno de nosotros! ¡Eres nuestro *rais*, no un asqueroso cristiano!

Era un volcán explotando, sin juicio ni medida. Se mantuvo en silencio un instante. Giró y corrió hacia la arena.

«Es solo un niño asustado».

Naid se había alejado hasta el borde de la playa, sentándose sobre la orilla húmeda. Ahmed lo siguió.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

El chico cogió un guijarro y lo lanzó al agua. La piedra atravesó una ola con un gorgoteo. Ahmed tomó otro guijarro y se acomodó junto al muchacho.

—Te apuesto a que lanzo la piedra más lejos que tú.

—Nadie lanza piedras más lejos que yo. Lo sabes.

—Pero yo puedo hacer que bote sobre el agua con más saltos.

—Claro, porque soy tuerto.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tu vista tiene más profundidad. Calculas mejor la distancia y dirección de las olas. —Naid se levantó tomando otra piedra, redonda y pulida—. Pero en línea recta nadie gana a este brazo.

La piedra salió despedida con un giro de muñeca.

—Te echaré de menos —dijo el muchacho tuerto frotándose el hombro.

Ahmed se levantó y se fundió con Naid en un abrazo, fuerte, hasta dejar a ambos sin aire en los pulmones.

—Eres el nuevo *rais* —murmuró Ahmed mirándolo a la cara—. No de la Hermandad. Olvídate de ella, ya no existe. Es mejor así. Iros muy lejos, donde nadie sepa de vosotros. Cuida de Mamí y de Abu, y haz todo lo posible para que ese pequeño sinvergüenza sin piernas no te arrebate el puesto. —Los dos rieron—. Te digo que es un auténtico zorro, así que vigílalo bien. Y a Mamí... A Mamí cuídalo más que a nadie. Sé paciente con él, y nunca le llames estúpido. Menos aún tartaleta. Sabes cuánto lo odia.

Veía en la cara de Naid una proposición dibujada. «Llévanos contigo», le decía. «Al menos a mí». Al mismo tiempo, notaba la resignación en su cuerpo, sabiendo que, por alguna razón que el muchacho desconocía, era imposible.

—Adiós, hermano —fueron las últimas palabras de Naid.

El mundo fue a partir de entonces un poco más triste.

Avanzando a bordo del camello, notaba una lágrima a punto de gotear. Siempre serían sus pequeños arpilleros.

«Míralos, padre —se dijo viéndolos alejarse en un barco con destino a

Estambul—. No son tan horribles. Casi da gusto que te roben».

NADIE PERTURBE SU DESCANSO

El comandante miraba taciturno el suelo, sentado sobre un banco de la iglesia. A su lado, Fermín Manotorta silbaba con tonos agudos mientras fingía hacer algo útil con el cargador del fusil.

Calculó cuánto tiempo tardaría el Cazador en llegar a la aldea. Treinta minutos serían suficientes sobre un caballo y cuesta abajo. Un par de horas para alertar a la comandancia de Sallent de Gállego, la más cercana a Lanuza, y planificar la contraofensiva. Bastarían dos horas más para tener un destacamento de soldados pertrechados en el puente. Hasta allí subirían ametralladoras, granadas, morteros y toda la munición que cupiera en media docena de camionetas. En cambio, las reservas de los guerrilleros se limitaban a un morral con dos paquetes de explosivos y munición para tres cambios de cargador. Pensó cuánto tiempo resistirían bajo fuego continuo. Poco, estimó.

Rezó para que los muchachos consiguieran alcanzar a los fascistas huidos, pero recordó que era ateo. Sus compañeros lo tacharían de falso si lo vieran rezar; los católicos, de blasfemo.

«Qué más da —se dijo frotándose la cara—. No creo que el de la corona de espinas se ofenda a estas alturas».

En el portón, Rubén Doscaras miraba hacia el techo con los pulgares metidos en los bolsillos de su chaleco.

—Hay que reconocer que han sido listos —dijo el viejo observando el cielo a través del hueco del tejado.

Examinó el banco tumbado sobre el suelo, soltando un bosquejo de risa gutural llena de acidez.

—Y ágiles, los condenados. Me temo que alguien los ha subestimado.

Rodrigo sabía que aquella acidez tenía un sello franqueado para él.

—Comandante —dijo un guerrillero larguirucho procedente del claustro—. Tiene que ver esto.

Comandante. Comenzaba a odiar esa palabra. Era como si escuchara una

carcajada dentro de ellos cada vez que la pronunciaban.

—¿Qué mierda pasa ahora?

Fue conducido hasta la cocina y una vez allí el guerrillero señaló la zona del fondo.

—Casi lo pasamos por alto en el registro.

El maqui se acercó al rincón más profundo y con el cañón del arma corrió una pequeña cortina a rayas blancas y rojas.

—Dios mío de mi vida —dijo Fermín por encima del hombro del comandante.

Ordenados sobre tres baldas, los maquis admiraban el mayor alijo de víveres que habían visto en años.

—Sopa dice la puta de la monja —dijo Manotorta—. Un fiestón es lo que vamos a hacer.

Trasladaron la mesa de la cocina hasta el centro de la iglesia para controlar mejor la entrada al sótano, acomodándose sobre pilares de libros con un brindis de vino rojo. Los compañeros persecutores regresaron a tiempo para compartir los primeros sorbos.

—Le he dado de lleno al guardia civil —dijo uno.

Era pequeño y achaparrado, con brazos muy peludos. Nadie recordaba su nombre, pero respondía al llamarlo Botijo:

—Juraría que le he dado en el centro de la paletilla. El punto fijo en el omóplato, contiene la respiración y... zas. Al suelo. Ha hozado igual que un jabalí.

—Un jabalí tiene el omóplato a la altura del corazón —dijo Doscaras—. Una pena que hayas disparado al de un hombre.

—Lo mismo da —dijo el guerrillero devorando un trozo de pan mojado en aceite.

Se ayudó de un generoso sorbo de vino para tragarlo.

—Los dos han caído por el precipicio, así que no son un problema.

—Excelente noticia —dijo Rodrigo invitando a los dos compañeros a sentarse—. Los mejores trozos de morcilla para estos señores.

El comandante escuchó con ansia el resto de la intervención. Al acabar, hubo vítores y gritos de alabanza engullendo la comida. Pan, mantequilla, tocino, una vasija con queso viejo untado con romero... Abrieron las demás botellas que encontraron, hasta las de leche, acabando vacías sobre la mesa. Rodrigo se sentía reconfortado viendo a sus hombres disfrutar. Ahora sí. Era su momento de gloria.

—¿Quieres decirle a Benito que se acerque? —solicitó a Doscaras—. En cinco minutos no quedarán ni las migas.

—Mira el tonto de la polla —dijo Botijo escupiendo trozos de queso al hablar

—. Quien no sirve para comer no sirve para nada.

—Iré a buscarlo —dijo Fermín levantándose de la pila de libros que usaba como silla—. Apuesto a que está en la celda de las mujeres intentando ligarse a la nena de las tetas grandes.

—Déjalo, iré yo —interrumpió Doscaras—. De paso le diré a las dos que se acerquen. Al fin y al cabo es su despensa la que estamos saqueando.

—Mándanos a la puta del titiritero primero —dijo Botijo—, que ya sabremos lo que hacer con ella.

—Si tardas en regresar —añadió Manotorta—, no te preocupes, que nadie se asusta. La monja y tú debéis ser de la misma quinta. Seguro que hay más cosas en las que ponerlos de acuerdo.

Rubén desapareció por el claustro en silencio, dejando a sus compañeros golpeando la mesa con los puños entre risas. Rodrigo reía también, tapándose la boca para no espurrar comida. El viejo de cara partida comenzaba a quedarse en su lugar, pensó Rodrigo, justo por debajo de él.

Manotorta se acercó a Botijo y le habló a media voz:

—Botijo, ¿por qué llamáis a la chica «la puta del titiritero»? —dijo volviendo a llenarle la copa—. ¿Es puta de verdad?

El pequeño hombre se giró hacia los otros terminando de tragar unas uvas. El jugo le corría por la barba.

—Otro que tal. Dicen que se ha tirado a todo el Valle de Tena. Pero, hablando con propiedad, la culpa sería de su padre.

—¿El titiritero?

—Corrige, por favor. El cabrón del titiritero. En la guerra vendió a los nuestros cuando los nacionales asaltaron El Salvador. —Rodrigo se acercó un palmo para seguir la conversación—. Eso es, comandante, esto le puede interesar. Le llamaban el titiritero por muchas razones. La principal era por eso, por ser titiritero. Recorría la comarca con un carro que había adaptado y en mitad de las plazas abría una puerta, luego un toldo... Era un espectáculo ver cómo se convertía en un teatrillo de guiñoles. A los niños nos encantaba, pero muchas veces nos escabullíamos antes de acabar la función y así nos librábamos de pagar.

—Yo también me acuerdo de los títeres —dijo su compañero sentado a la derecha—. Manejaba un muñeco con forma de león y otro que simulaba una pared. Había un burro y hadas volando, y un lío tremendo con un filtro de amor que lo confundía todo.

—¿Quién está contando la historia? —interrumpió Botijo—. Además, eso fue antes de la guerra. Decía que el negocio de los muñecos no daba rédito suficiente, alternándolo con un rebaño de cabras y un perro enorme que las

guardaba. Se conocía cada palmo del monte. —El comandante estaba cada vez más interesado en la historia—. El Argualas es como un queso suizo, todo lleno de agujeros, y el cabrón del titiritero se los conocía todos.

Un mazo invisible, inexistente, golpeó sobre la mesa destruyendo la narración y bajando los ojos pesados de los guerrilleros. Manotorta y Rodrigo cruzaron sus miradas sin comprender.

—Vamos, cuéntenos lo que pasó —instó el comandante.

Botijo chasqueó su lengua y continuó, ahora con menos interés:

—Les fue indicando a los soldados nacionales dónde estaban las bocas de las cuevas. Una por una, y ellos las fueron cegando con explosivos, una por una también. Tres años duró el asedio de los fascistas al monasterio de El Salvador, y no por casualidad. Nuestros compañeros usaban esa red de galerías para entrar y salir del monte a su antojo, abastecerse de alimentos, munición, sabotear armamento del enemigo o reforzar trincheras. En definitiva, dándoles por el culo durante esos tres años. Eso es lo que hizo el titiritero en un solo día: acabar con la guerra en Lanuza. Sin esas cavernas, el ejército republicano estaba sentenciado.

—Me suena la historia —dijo Manotorta apoyando la cabeza en la cuna de su enorme mano—. En Escarrilla, se cuenta de otro modo: el judío errante hizo explotar las cuevas y después se cargó al ejército republicano.

—Sí, aquí también se cuenta así. Pero es mejor no correr riesgos, así que ambos están malditos.

—¿Vive aún ese titiritero? —preguntó Rodrigo.

—Lo fusilaron al terminar la guerra. Tiraron el cadáver en una escombrera. Yo era un crío, claro, pero me acuerdo del cuerpo hinchado y los perros mondándole los huesos. La de piedras que les habremos tirado a esos perros. Jugábamos a ver quién les acertaba más y luego echábamos a correr, rabiosos que estaban.

—¿Y la puta? —preguntó Fermín.

—¿La del titiritero? —continuó Botijo—. Siguió con el carromato de su padre. Manejaba mejor los muñecos, y eso que era una cría de nueve años, pero lo hacía de lujo. Dicen que hasta siendo más chica ya se encargaba de moverlos y que el padre solo ponía las voces. Pero tras la guerra, era escuchar el carro acercarse y la gente atrancar la puerta. Ahora vive de lo que mendiga. Si le ofreces un real te la chupa detrás del carro.

—En mi pandilla todos teníamos una moneda preparada por si acaso —dijo otro guerrillero.

—Toma, y medio pueblo también. El otro medio tiene faldas y un higo entre las piernas. Aunque eso fue antes de echarnos al monte. Lo mismo ahora te la chupa por menos.

Fermín extrajo una peseta del bolsillo de su pantalón y la puso sobre la mesa.

—¿Un real por una mamada? —Sujetó la peseta por su canto y la hizo girar sobre el mantel como una peonza—. Pues con esto se la meto seguro.

La cháchara fue interrumpida por Doscaras, apareciendo por el pasillo del claustro. Los observaba en silencio, con la piel más pálida de lo acostumbrado.

—Rodrigo —dijo el viejo—. ¿Desde cuándo no ves a Benito?

Un buen rato, pensó, eso seguro. Llevando la mesa a la iglesia, o colocando el mantel. No, el mantel lo puso Botijo. Fue disparando al Cazador en su huida. Tampoco. Dudaba que el chico supiera manejar el arma en unas prácticas de rutina, no digamos en momentos de alerta y tensión. Un rayo de energía atravesó las sienas del comandante levantándolo de la mesa. Golpeó con los muslos la parte inferior de la misma y todas las botellas rodaron al suelo quebrándose. Los demás se levantaron alarmados.

—¿Qué ocurre, comandante? —preguntó uno.

Rodrigo tenía los sentidos enfocados hacia la abertura del sótano.

—¿Alguien vio a Benito salir de la cueva?

La pregunta los enmudeció a todos.

Extrajo el revolver de su funda, junto a la axila, y caminó hacia la escalera subterránea.

Encontraron a Benito en la primera sala inspeccionada, tumbado en el suelo. Las cacerolas habían sido apartadas y el joven reposaba con los brazos en cruz. Estaba desnudo y con la piel cubierta de sangre, iluminado por la luz de las antorchas. Rodrigo se llevó una mano a la boca para no vomitar. Era algo más que sangre. El color natural de sus músculos al aire libre. Alguien lo había desollado por completo, dejando intacta la piel del rostro.

«Quiere que lo reconozcamos».

—Está hecho —maldijo Doscaras—. Hemos despertado al judío.

Los ruidos repiqueteaban escapándose a través del pozo.

Emilia observaba al hombre que las vigilaba con las manos de Virginia apretadas hasta dejarlas blancas y sin circulación. La chica le acarició las suyas haciéndole notar la presión excesiva y la religiosa mermó su fuerza con una disculpa.

No entendía lo que ocurría, pero los guerrilleros se hallaban en el sótano, con un ruido, a veces, pétreo; otras, metálico, que emanaba de las escaleras subterráneas. Habían discutido entre ellos, sobre todo el maqui de la cara partida y quien parecía ser el jefe, ese al que llamaban comandante.

«¿De qué ejército es comandante un comunista? ¿Siete hombres sin uniforme?»

Eso no es un ejército».

Habían tomado todas las herramientas y penetrado en el interior de la caverna. Desde entonces se escuchaban los ruidos del metal golpeando contra la roca. Los muy estúpidos tratan de encontrar al judío, se dijo. A él o a su libro.

—La ira del judío caerá sobre vosotros —dijo mirando al guerrillero que las custodiaba—. Su refugio es El Salvador. Nadie perturbe su descanso.

El hombre recibió las palabras abrazado a su carabina. En su cara veía el deseo del guerrillero de que el arma se convirtiera en una madre y poder llorar oculto tras su vestido.

Virginia tenía razón. El judío no era enemigo de ellas. Nunca lo había sido. Eran cómplices, siervos de Dios llevando a cabo sus designios. Una cerilla, luego otra hasta acabar la cajetilla entera. El sonido de sus gargantas gritando al sentir la llama purificadora deshaciendo sus carnes blasfemas. Sucios comunistas ardiendo. No había un placer mayor que cumplir los designios del Altísimo. El olor de sus cuerpos chamuscados, toda la prisión ardiendo, las llamas liberadas al fin. No importaban unas pocas almas inocentes sacrificadas, pues era la voluntad de Dios.

«Mátalos, judío. Mátalos a todos».

Un gruñido sonó en la escalera de piedra y una mano emergió apoyándose sobre las losas del suelo. Era una mano grande, ancha.

—Ayúdame a salir, coño —dijo el propietario.

El vigilante ayudó a su compañero, recostándolo sobre una bancada. Era Fermín Manotorta, resoplando con la frente sudorosa.

—Ya comienza a verse el otro lado —dijo entre bocanada y bocanada de aire—. Estoy destrozado con tanta piedra. Me tiemblan hasta los brazos.

Emilia veía sus dedos vibrando al secarse el sudor con un pañuelo sucio.

—Es tu turno, Paulo —dijo Fermín—. El comandante te espera. —Le cedió una antorcha, limpiándose las manos de restos negruzcos—. Ten cuidado al bajar, Doscaras iba a subir también. Puede que te lo cruces y es una escalera estrecha de cojones.

Por los ventanales de la iglesia el sol comenzaba a ocultarse. Paulo miró la escalera de piedra con gesto taciturno y desapareció en su oscuridad.

—Vaya a por lumbre, hermana —ordenó Manotorta.

—¿Yo? —replicó asustada.

—Sí, usted. Se hará de noche pronto y en la cocina me he dejado una caja de cerillas. Vaya, vaya.

—Si no le importa, iré yo —dijo la chica.

—Claro que me importa. Que vaya la monja y de paso prepare algo de comer. Estoy hambriento. ¿No me oye? —Se incorporó, tomó a la religiosa con sus

manos inmensas y la empujó hasta el claustro—. ¡Que se vaya le digo!

Avanzó con lentitud por el pasillo. La falta de luz era palpable. Temía tropezar y, al incorporarse, encontrar al judío delante, con los ojos encendidos en sangre. Una cosa era no ser enemigos y otra jugar a las cartas con él en una tarde de domingo. Cada cosa debía permanecer en su lugar: ella encima de El Salvador y el judío debajo. Así tenía que ser.

Encontró la cajetilla sobre la encimera de azulejos. La cabeza rojiza de las cerillas comenzó a hablarle:

—Fuego purificador, ruega por nosotros. Fuego que todo limpias, ruega por nosotros. —La voz sonaba pronunciada por sus propios labios—. Fuego reparador. Fuego divino.

Sostuvo la cerilla hasta que esta se consumió por completo quemándole las uñas. Era un dolor dulce que le puso la carne de gallina, como la primera ola del mar al meter los pies en la orilla. Una ola cálida y sabrosa. Extrajo otra cerilla, rasgó su extremo y admiró su brillo al encenderse. Esta vez aplicó la llama bajo la palma de su mano. Era como si sus pecados fueran confesados ante el mismísimo Señor, consumidos por la pequeña llama y perdonados.

—Hermana —dijo una voz tras ella.

Se volvió, dejando caer la cerilla por accidente. Doscaras la observaba en la penumbra.

—¿Qué es ese olor?

—¿Olor? —respondió aturdida.

—¿No lo nota? A carne asada. —Doscaras olfateó con gesto agrio—. Espero que no sea algo que esté cocinando.

Emilia escondió la mano, dolorida y negra, en la profundidad de su manga. Una vez dentro, la piel chamuscada comenzó a enviarle dolor. Le subía por el brazo hasta el hombro y al llegar a sus ojos se convirtió en dos lágrimas silenciosas.

«Está enferma, hermana. —Escuchó la voz del obispo rebotando en su cabeza—. No hará fuego jamás —proseguía—. Ni una simple llama. Si percibo un atisbo de recuperación en usted, la invitaré a acompañarme de vuelta. Se lo prometo».

—Me lo prometió —dijo Emilia abrazándose a sí misma—. Pero soy incapaz de cumplir la promesa.

Era una mujer diminuta, una pavesa insignificante y apagada. Cenizas pisoteadas, una triste sombra de lo que era, hablando de sus miserias a un comunista, un renegado de Dios. ¿Existía una monja más patética? Eso pensaba la hermana, viéndose rodeada de impíos y sin fuerzas para evitar su presencia en suelo sagrado.

Rubén se acercó, tomándola de los antebrazos. Notaba la presión de sus manos bajo la túnica de lana.

«Impíos. Blasfemos. Comunistas. Esos son los que te abrazan y consuelan, monja absurda. Igual que tu niña. Esos son los que te reconfortan en tu destierro».

—Está temblando —dijo Rubén rodeándola con los brazos—. ¿Tiene frío?

—Tengo miedo.

Emilia se adhirió con un impulso al cuerpo del guerrillero.

—Vamos hermana —dijo Rubén con voz titubeante—. No somos tan terribles como cree. Antes de lo que piensa nos habremos marchado. Usted cree que somos demonios, pero también hay alma bajo nuestra piel. A nuestro modo, claro, pero la hay. Yo mismo la protegeré para demostrárselo.

—¿Puede protegerme de mí misma? —La respiración del guerrillero la tranquilizaba—. No deje que me acerque al fuego. Es veneno que me enferma. Por el bien de todos, no lo permita. Si de verdad tiene un alma me hará ese favor.

—Tiene mi palabra —dijo Rubén frotándole la espalda.

Emilia apreció el suave roce de sus manos, creciendo encima del hábito. El movimiento de aquellos dedos bajó hasta su zona lumbar y más abajo. No le molestó. Ni gritó. Había cerrado los ojos, dejando que el guerrillero la acariciara a su antojo. Notaba la erección del hombre junto a su sexo y cómo empezaba a respirar nervioso. ¿Qué pensaría Virginia si la viera en ese momento?

—¡La niña! —gritó empujando a Doscaras—. ¿Dónde está la niña?

Emilia corrió hasta la iglesia, hallándola vacía.

—Vamos, hermana —dijo Rubén tomándola de una mano—. Son jóvenes. Deje que disfruten de esa juventud.

La religiosa se deshizo del viejo apartándolo de un manotazo. Percibió un quejido lejano. Emilia conocía ese sonido y no era el de dos personas disfrutando.

Manotorta estaba violando a su niña.

Corrió en la oscuridad sin importarle puertas ni paredes. Su arrojo era capaz de derribarlas si se opusieran en su camino. Empujó la puerta de una celda y allí los encontró.

El desvergonzado cubría con su cuerpo a la chica. Intentaba bajarle las bragas mientras la niña se retorció entre gritos y sollozos. Sus pechos estaban desnudos, cubiertos de rojeces y mordiscos.

Fermín escuchó la puerta abrirse y se giró, momento que Virginia aprovechó para gatear por la cama y refugiarse contra un rincón.

—Pero qué coño... —farfulló Manotorta intentando esconderse el pene—. ¡Llévatela de aquí, cojones!

El estómago de Emilia ardía. Prendió sus pulmones y músculos, todo su cuerpo, lanzándolo contra el repugnante guerrillero de manos grandes, hediondas de pecado. La capturó en volandas antes de estrellarse contra él.

—¿Qué haces, vieja loca?

—¿Loca? —ladró Emilia.

El corcho de una botella había explotado:

—Loca tu puta madre.

La religiosa introdujo la mano en la abertura del pantalón y agarró todo lo que allí había. Manotorta quiso dar un bote hacia atrás, pero ya era demasiado tarde. Emilia apretó el puño cuanto pudo.

—¿Quién está loca? —chilló al hombre—. Te voy a arrancar la polla. Me dirás loca entonces.

La chica se acercó a ella deshecha en llanto:

—¡Hermana! Por favor.

«El bálsamo que te da sosiego. El ángel que te calma. Esa es la voz que te detiene. Escúchala y fúndete con su paz».

Sus dedos eran garras de piedra, pero los abrió, notando las vergüenzas del guerrillero escapando liberadas. Manotorta se estremeció con los ojos en blanco y aterrizó sobre el suelo.

«No pasa nada. Ya tendré tiempo de quemarte los huevos».

El sudor comenzaba a correrle por la espalda. Rodrigo se detuvo a descansar, apoyado contra el muro del pasillo. Frente a él, los guerrilleros se esforzaban por retirar las piedras que restaban para acceder al interior de la galería.

Era cerca del mediodía y las fuerzas del grupo estaban muy mermadas. Con las herramientas que poseían, todas inapropiadas salvo un pico, la tarea de desescombro se había prolongado a lo largo de la tarde anterior y todo lo que llevaban de ese día. Más de quince horas, calculó Rodrigo, con una pausa para dormir sobre el suelo de la iglesia. Él hizo la primera ronda nocturna dentro de la cueva, atento ante cualquier sonido que delatara la cercanía del asesino mientras sus compañeros descansaban en la superficie. El Caballero de San Juan estaba allí dentro, lo presentía, y no iba a permitir que escapara. No delante de sus narices. Lo imaginaba agazapado en la oscuridad, atento a un despiste del vigía para lanzarse sobre él y romperle el cuello. No podía ser otro. El guardia civil y el Cazador habían conseguido escapar, pero su guardaespaldas no lo lograría. Iba a morir de un disparo o de hambre, pero moriría.

Una hora más tarde cedió su puesto y trató de descansar. Podría haber optado por un lugar más cómodo, pero decidió recostarse junto al resto del grupo, en el

suelo helado de la iglesia. Hubiera dado lo que sea por estar en su casita de Hallstatt, con la lumbre encendida y las zapatillas puestas.

«Unas pocas piedras —se decía secando el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Un par más y accederemos al interior. Si tengo razón será fácil huir de España y brindar con cerveza austríaca al pie del lago».

Botijo tiraba de la arista de una roca intentando desgajarla del montículo principal, pero sus brazos no lograban moverla más de unos centímetros. Un compañero insertó el mango de una azada en un pequeño hueco e hizo palanca. Los demás agarraron la roca por donde pudieron y tiraron con todas sus fuerzas. Rodrigo los animaba exhausto, sujetando la antorcha. El palo de la azada crujió partiéndose por la mitad, pero consiguieron su objetivo, desplazando la roca más de un metro.

Acercó ansioso la luz y maldijo. El hueco seguía siendo demasiado estrecho para el paso seguro de un hombre. Necesitaban más brazos, y descansados.

—Hay que seguir un poco más, muchachos —los apremió—. Ahora vuelvo. No perdáis de vista la retaguardia.

Subió la escalera. Tenía que beber algo antes de desmayarse y cada peldaño era peor que el anterior. Se enfureció al no encontrar a Doscaras en la iglesia. El viejo parecía disfrutar contradiciendo sus órdenes, dejando el puente sin vigilancia.

Notaba otra ausencia en la iglesia, una que no conseguía concretar. Las mujeres estaban encerradas con llave en una celda y Manotorta babeando con fiebre testicular en otra. Miró el cielo violáceo a través del ventanal y creyó escuchar un chasquido junto a su oído.

«El arcángel —se dijo—. ¿Dónde está la estatua?»

Tendría que estar en el suelo, decapitada, pero solo encontró astillas y un diminuto trozo de ala. Sus muchachos la habrían transformado en combustible de hoguera, así que, sin concederle importancia, entró en el claustro. Halló a Rubén sentado en el suelo, apoyado entre dos celdas.

—¿Por qué no estás en la iglesia? Deberías proteger a tus compañeros.

—Vosotros sois cuatro y estáis armados. Creo mejor proteger a la monja.

—Ha tumbado a Manotorta en cinco segundos. No creo que necesite protección.

Rubén se levantó del suelo con un quejido, aunque ágil en su movimiento. Aún quedaba fuerza en el viejo Doscaras. Miró con arrogancia su enorme cicatriz, parda y profunda.

—No voy a moverme de aquí —le dijo el guerrillero—. Cuando le baje la fiebre a tu perro, y consiga andar dos pasos sin caerse, será a mí a quien encuentre entre él y estas dos mujeres. Lo entiendas o no, es lo que va a pasar.

—Tendría que tumbar la puerta, y nosotros te necesitamos ahí abajo.

—Conozco a ese hombre mejor que tú. Una puerta no para a Manotorta. Cuando se despierte querrá usar los puños en la cara de la mujer.

El viejo se empeñaba en contradecirlo. La retirada de escombros avanzaba, sí, pero más lento de lo necesario. Debían marcharse antes de que la ausencia de los guardias civiles fabricara preguntas en su cuartel. Le hubiera gustado negarlo, pero la ayuda de Doscaras era esencial ahora que todos se encontraban cansados.

El viejo no se daba cuenta. Las piedras del sótano no procedían de ningún derrumbe. La estructura del primer túnel estaba intacta. Había sido taponado voluntariamente para impedir el acceso al mismo. Por la escombrera del exterior sabían que la entrada al sótano también se había ocultado con bloques de piedra y, recientemente, vuelta a abrir. En la sala donde apareció el cadáver de Benito había pruebas de ello. No prestó atención en un primer momento, pero, tras la ejecución sangrienta del joven, rastrearon mejor la sala, encontrando cuerdas gruesas, un pico, una barra de hierro... Alguien seguía apartando rocas del túnel cercano. Fuera lo que fuese aquello que buscaran, el comandante estaba dispuesto a sacarlo a la superficie.

Recordó los sótanos del Castillo de Figueras, repletos de candelabros de oro y plata, cuberterías y joyas. Eran riquezas acumuladas por el Gobierno de la república en los últimos días de guerra, cuando la victoria fascista era inminente. Allí mismo había tomado un saco y cargado el condenado crucifijo de Salcillo y los cálices de oro. Podía ocurrir lo mismo en El Salvador. Las riquezas de Figueras fueron abandonadas por el asustadizo gobierno republicano, tembloroso ante la cercanía de tropas nacionales; pero El Salvador era muy distinto, sus tesoros estaban a salvo tras toneladas de roca. La idea generaba un gusto azucarado en su paladar.

—Comandante —dijo Botijo apareciendo en el claustro jadeando—. No se lo va a creer. Hemos pateado unos tiestos y han caído dos piedras más. ¡Ellas solas! —El pequeño hombre sonreía con un cansancio almibarado—. Ahora puede pasar un hombre sin problemas. Puede que dos, mi comandante.

Olvidó a Doscaras y corrió hacia el sótano. Al llegar, introdujo una tea llameante en la cavidad. Acercó tanto la cara que el fuego le lastimó la piel. Los ojos le escocían llorosos, pero logró ver el espacio tras las rocas. A dos metros, una puerta bloqueaba el corredor. El obstáculo no mermó su entusiasmo:

—Compañeros. Tras esa puerta está nuestro pasaporte de huida. ¿Quién se apunta a derribarla?

Los guerrilleros jalearon abrazándose entre sí. Rodrigo los observó a la luz de la antorcha. Estaban completamente tiznados de mugre y restos de telarañas. La suciedad corría por sus pieles formando surcos negros mientras se besaban unos

a otros.

—¿Quién tiene los explosivos? —preguntó.

Se miraron unos a otros sin saber qué decir.

—Manotorta, creo —respondió Paulo, famélico y sucio—. Creo que los llevaba en su morral. ¿O era el viejo quien los llevaba? Bueno, puedo subir y preguntarle. ¿Me da permiso?

—Necesitas permiso hasta para cagar —intervino Botijo—. ¡Venga y corre!

Paulo fue hasta la escalera arrastrando su escurrido cuerpo. Mientras regresaba, Rodrigo aprovechó para colar al otro lado del tapón de escombros. El espacio era reducido y tenía que hacerlo a gatas, así que entregó la antorcha a Botijo. Una vez en el otro lado, la recuperó, iluminando el estrecho espacio, repleto de raíces colgantes. Un aire rancio penetró en su nariz.

Allí estaba la puerta, orgullosa y señorial, pretendiendo impedirle el paso con su estructura metálica y bisagras de hierro reforzado. Miró el ojo de la cerradura, grande y redondo.

El miedo a un desprendimiento los había disuadido de usar los explosivos para despejar el camino. La alarma surgió al inspeccionar el corredor principal y descubrir una especie de chimenea al fondo. Eran los efectos de una explosión en la superficie, donde estaba la capilla derruida. Una bomba había sido lanzada, atravesando la pequeña cúpula y causando el desprendimiento en la oquedad subterránea. Se apreciaba un segundo derrumbe más reciente. Por suerte la sima era inaccesible para el asesino como vía de escape. No, el malnacido del Caballero seguía allí, escondido en el interior de una cavidad, cualquiera de las muchas que cuantificaron. Pero la galería en la que se encontraban era especial, con paredes reforzadas por muros de sillares y una puerta de hierro. Nadie coloca una puerta si no quiere proteger lo que hay detrás.

Acercó más la antorcha, llamándole la atención un detalle en el dintel. Ennegrecida y cubierta de polvo había una placa de mármol gris con una inscripción, tallada en latín. Rodrigo tradujo en su cabeza el mensaje:

«Para. No sigas.

Detente forastero, pues solo quedarán tus huesos en la tierra.

Si el aviso incumples, esto te digo:

que el judío errante te lleve hacia el sueño eterno».

Un frío seco se enrolló a su cuello, helado y húmedo, erizándole la piel. No pudo apartar de su mente la imagen del cuerpo de Benito, desollado y sangrante sobre el suelo.

«Que el judío errante te lleve —se repitió».

Sacudió la cabeza para espantar temores pueriles. Lejos de amedrentarse, volvió a mirar el hueco de la cerradura, sin considerar riesgo en el uso de explosivos para forzarla. Bastaría un pequeño cartucho de dinamita encajado en el hueco para que la puerta se arrugara como arcilla húmeda.

—¿Dónde están esos explosivos? —vociferó.

El ansia por abrir la puerta era tan fuerte que notaba duendecillos dentro de su estómago, colándose por las venas y mordisqueando sus músculos. Tiró la antorcha con rabia y regresó al otro lado para encaminarse a la escalera de piedra. Los guerrilleros lo seguían a corta distancia.

Una vez en la iglesia, un espectáculo macabro los recibió.

Colgados de una viga, por el cuello, se mecían dos cadáveres despellejados. Uno era flaco y larguirucho. Igual que Benito, el asesino había respetado la piel del rostro de Paulo. El otro cadáver sin embargo tenía un aspecto negro y deforme, hinchado de putrefacción, aparentando medir más de dos metros. Todo su cuerpo hedía, pero se adivinaba haber sido fuerte y musculoso.

«Tan grande como el Caballero de San Juan —se dijo Rodrigo—. Entoces... ¿Quién es el asesino del sótano?»

—El judío errante nos matará a todos —dijo Doscaras.

Acabada de aparecer por el acceso del claustro.

—Os lo advertí, antes o después logrará su descanso.

La voz del viejo sonaba engravada, ululando hasta sus compañeros para electrocutar sus cerebros. Uno estuvo cerca de desmayarse en el suelo, gimoteando con la certeza de morir también desollado. Los gritos furiosos de los demás crecieron hasta martillar la cabeza de Rodrigo.

—¡Vámonos de aquí! —gritó el guerrillero llorica dirigiéndose veloz hacia el portón de salida—. Por favor, Doscaras, vámonos. Si nos alejamos el judío nos dejará en paz.

Rubén miró al comandante con ojos entreabiertos. Su boca deseaba esgrimir un gesto de triunfo, pero la cicatriz lo convertía en una mueca ridícula.

—Voy a por Fermín —dijo el viejo acariciándose la barba blanca—. Aquí hemos terminado.

Rodrigo observaba la escena como si se hallara fuera de su propio cuerpo, al otro lado de un espejo irrompible que golpeara con los puños.

—¡Mirad allí! —un compañero señalaba hacia el exterior desde el portón.

Corrieron a su encuentro llevando los ojos en la dirección que indicaba el dedo. El cielo plomizo embadurnaba de gris el monte nebuloso.

Sobre el puente, una figura humana los observaba.

Doscaras tomó su fusil y salió a su encuentro, seguido de cerca por el otro guerrillero. Rodrigo sintió el impulso de acompañarlos, pero un brazo fuerte lo

retuvo. Era Botijo, con la piel pálida y los ojos humedecidos.

—Tengo la culpa, comandante —le confesó—. Me dormí anoche en mi guardia. Un instante, le juro que fue un instante, pero me dormí. Dios mío, el judío debió aprovechar para escapar. Todo este tiempo hemos creído que seguía dentro. Qué estúpido soy. Tengo la culpa, señor. Toda la culpa, y ahora Paulo también está muerto.

Los cadáveres seguían balanceándose sobre sus cabezas.

—Alguien se ríe de nosotros —dijo Rodrigo—. Nos toma por niños quejicosos y asustadizos para que huyamos. Pero no lo va a conseguir. Conmigo no. —A través del portón veía a sus compañeros a pocos metros del puente—. Busca los explosivos ahora mismo. Encuéntralos o yo mismo te colgaré de una viga junto a estos dos.

Abandonó a Botijo en la iglesia y corrió hacia el puente. Alcanzó a Doscaras en cinco zancadas, que llevaba su fusil orientado hacia la figura amenazante. Tenía un brazo levantado y una enorme joroba que escondía su cabeza. Avanzó un poco hasta sentir los primeros peldaños del puente crujiendo bajo sus zapatos.

Estaba equivocado. No era una joroba. De hecho, no tenía cabeza y en su brazo levantado faltaba la espada. Era el arcángel de madera mofándose de ellos una vez más.

Doscaras bajó el fusil mientras su compañero respiraba aliviado y sonriente.

Unos pasos apresurados se acercaban desde el monasterio. Era Botijo, gritando algo. Rodrigo temía la información que pudiera transportar, otra soga con el cuerpo despellejado de Manotorta, desollado y sangrante.

De su mano derecha colgaba un trozo de trapo ocre.

—¿Qué es esto? —dijo Doscaras inclinándose al pie de la estatua.

Un hilo grueso rodeaba el pie desnudo de la imagen, tenso como la cuerda de una guitarra. Parecía sostener en pie la escultura. Doscaras la asió y quiso tirar de ella. Las voces de Botijo seguían sonando, ahora más cerca hasta llegar afónico al puente. Rodrigo se giró hacia él, distinguiendo lo que portaba en su mano. Era el morral de los explosivos.

Estaba vacío.

—¡No lo toques! —gritó Rodrigo volviéndose hacia Doscaras.

Era tarde.

Un sonido agudo acompañó al tirón de la cuerda y el suelo tembló. Rodrigo sintió la fuerza violenta de la piedra empujándolo hacia arriba. El fuego los envolvió a todos con la violencia de un volcán furioso y sus cuerpos desmembrados se esparcieron en todas direcciones.

El puente había desaparecido, y con él todo resto humano. Varios metros abajo, el arroyo vertía su agua por la cascada como único testigo cómplice.

El sonido de la explosión hizo que la hermana Emilia y su compañera saltaran de la cama. No habían hecho otra cosa que rezar durante toda la mañana, encomendando a Dios la peregrina misión de protegerlas de aquellos bandidos. Unos veinte padrenuestros seguidos de incontables letanías. Más adelante, un kirie y cuantos salmos recordaba la monja. Notaba la lengua seca y pastosa.

Permanecieron de pie un rato, siempre abrazadas, esperando que alguien, o algo, abriera la puerta.

Un sonido se filtró por una rendija, como pasos arrastrados. Sus manos se apretaron hasta llegar al dolor. Más pasos acercándose hasta que los percibieron tras la puerta. Entonces cesaron.

Un golpe impactó desde el exterior. Le siguieron dos más, violentos y estridentes. El cuarto hizo saltar una bisagra y la cerradura al completo. La hoja cedió desvencijada y se abrió.

Desde el quicio, Manotorta las observaba con los ojos venosos y rojos, llevándose la mano a un hombro dolorido. Había abierto la puerta con él. Las mujeres se retiraron aterradas hasta la pared opuesta mientras el guerrillero penetraba apretando los dientes. Entonces se detuvo, como si una extraña enfermedad lo hubiera paralizado. Entornó los ojos hacia el techo y emitió un quejido gutural. Su pecho se elevó y de la camisa emergió un metal estrecho y afilado rasgando la tela. El objeto continuó abriéndose paso por el tórax del hombre hasta ensartarlo como una brocheta cubierta de sangre. Fermín se estremeció con espasmos moribundos y cayó al suelo.

Al pie del cadáver, una presencia las observaba con la espada del arcángel en una mano, rojiza y goteando sangre. Vestía una túnica marrón, con una capucha que dejaba ver parte de su cara pálida.

—Ya era hora de que aparecieras —dijo Virginia apartándose un tanto de la religiosa—. ¿Querías vernos muertas a manos de estos hijos de puta?

La muchacha se acercó hasta el encapuchado, rodeándole la cintura.

—Aquí está el judío —continuó—. Ya no hay nada que temer.

Lo besó largamente en la boca, acariciándole las mejillas; pero algo ocurrió y la chica dio un brinco hacia atrás, tapándose los labios con los dedos.

—No, no es posible —dijo Virginia con voz quebrada.

La capucha del extraño había caído hacia atrás, revelando su rostro.

EIN FESHKHA

Las moscas se derretían bajo el sol aplastante.

Samuel tiró de las riendas haciendo que el camello se orientara hacia la costa del mar Muerto, siguiendo un camino zigzagueante donde solo sobrevivían lagartijas.

Los viajeros aprovechaban las primeras horas para completar un buen trecho. También al atardecer, buscando una grieta entre las moles de arcilla para esconderse del sol de mediodía. Durante la noche, el silencio. Ese dulce cansancio adornado de soledad al descubrirse solos en mitad del vacío, con una meta cercana y la promesa de formar parte de algo mayor que carne y huesos. Un destino, podría llamarse.

Frente a Ahmed, las caderas del camello oscilaban rítmicas de un lado a otro. En una alforja sobre el lomo izquierdo reposaba el libro. Desde dentro le susurraba algún secreto. Lo imaginó latiendo dentro de su recipiente de cuero, vivo como un corazón recién extraído del interior de un buey.

«Ahmed, ingenuo —se recriminó—. El calor está fabricando espejismos dentro de tu cerebro de queso derretido».

Samuel lo sacaba de la alforja cada noche antes de dormir. Lo colocaba en el suelo abierto por su mitad y comenzaba a rezar en silencio. Era un libro corriente, con una encuadernación tosca en piel roja cuarteada, llena de arañosos. Su interior era aún más mediocre, con hilos de diferentes colores y grosor uniendo cientos de hojas. Unas más grandes, otras pequeñas y anchas. Era un grueso tomo fabricado de retales, escrito con caracteres de aspecto semítico. Su olor era peculiar, como si un pollo mojado y una cabra muerta hubieran celebrado entre sus hojas una fiesta de plumas, pelo y vísceras. Resultaba difícil describirlo con acierto, pero hedía a bicho a distancia.

La primera vez que vio al cristiano rezar frente al libro lo tenía abierto por sus páginas centrales, como siembre, pero al observarlas de cerca se dio cuenta de que, a diferencia del resto, estas estaban en blanco. Para ser precisos eran de color marfil y llenas de manchas parduzcas sobre la superficie del papel.

—¿Por qué no me acompañas? —requirió Samuel con los ojos cerrados.

Ahmed tomó una alfombra verde recién comprada y se arrodilló a su lado en silencio. Visto a distancia era una situación ridícula, uno junto a otro, musulmán y cristiano rezando a dioses distintos. Sin embargo, intuía que sus peticiones serían muy parecidas: agua fresca, no faltar comida en sus estómagos y seguir disfrutando de la compañía del otro. Era un plan válido a corto plazo. Pedir más quedaba para rezos venideros.

Cuando parecía satisfecho, el cristiano devolvía el libro a su alforja y se iba a dormir abrazado a ella. Todas las noches. Sentirla tan cerca le reconfortaba. Ahmed lo observaba a través de la fogata creyendo ver unos hilos de tristeza rodeando al cristiano. Hilos negros, irrompibles, protegiendo los secretos alojados dentro de Samuel.

«Es como si arrastrara una condena. Una condena que lo mantiene vivo».

Habían pasado dos días desde que partieron de Jericó cuando Samuel detuvo el camello en mitad del camino.

—Hemos llegado —dijo Samuel mirando las lomas de su derecha—. Tras esas montañas está Qumrán. Ahí acaba nuestro camino.

Ahmed escuchaba incapaz de despegar los labios sellados por saliva reseca. Había un tono de despedida que el chico no sabía interpretar. Acompañarlo hasta Qumrán para separarse no podía ser su objetivo. No, el cristiano había depositado en él un propósito mayor. Estaba seguro. Lo necesitaba para algo más, pero no se atrevía a preguntar qué era. Se sentía como un niño estúpido siguiendo a su padre, con zancadas torpes e intentando no quedar atrás. Entonces, sin saber cómo, lo hizo:

—¿Qué hacemos aquí?

El cristiano se giró para mirarlo.

—¿Por qué has tardado tanto en preguntarlo? —respondió con un brillo en sus ojos.

Parecía enfermo. Desde su regreso a la guarida con la Espada y el Puñal del Valor su piel se había vuelto pálida, amarillenta en realidad.

—A poca distancia hay una colina de la que brota agua dulce —continuó Samuel—. Hace tiempo se estableció allí una comunidad judía. Se les conoce como esenios, los Hijos de la Luz, y allí levantaron su ciudad sagrada: Khirbet Qumrán. Así se conoce en árabe. *Las ruinas de Qumrán*, un paraíso de agua en mitad del desierto.

—¿Vivías en Qumrán? —preguntó Ahmed intrigado.

—No, en Jericó. Pero pasaba por Qumrán a menudo. Ahora son piedras hundidas en la arena desde hace mil quinientos años. Me gustaría que la hubieras conocido en su esplendor. Quisiera desenterrar con la mente esas piedras y

reconstruir los muros para admirarla; como si mi voz fuera un reloj mágico girando hacia atrás que apartase la arena. Esa agua brotando de la tierra e inundando las cisternas de la ciudad, clara y fresca. —Samuel miró de soslayo la alforja con su libro—. Hay un modo de hacer todo eso, aunque todavía es pronto. Solo espera un poco más.

Escuchaba al cristiano como un lelo embobado. Samuel azuzó el camello, alejándose hacia el sur. Era el único camino trazado en el suelo, pero los desviaba de la dirección correcta hacia Qumrán. Sería un atajo.

—¿A dónde vamos? —dijo Ahmed ordenando marchar a su propio camello.

—A visitar a los Ta'amireh —respondió Samuel—. Tienen una leyenda que te gustará.

Los niños saltaban sonrientes rodeando los camellos. Ahmed los saludaba contagiado de su alegría infantil intentando no caer al suelo ante sus tirones.

Un grupo de mujeres y ancianos los recibió junto a las tiendas cubiertas de piel de cabra. Tras ellas se levantaba una pequeña loma llena de follaje. Ahmed siguió su línea de visión encontrando una serie de terrazas excavadas en la tierra arcillosa y cubiertas por un manto de hierba verde. Era vegetación fluvial, juncos y cañizo sobre todo. La orilla salobre del mar Muerto no quedaba lejos y la presencia de agua en esa zona rezumaría de él.

Notó las miradas de los beduinos insertadas en los dos. Las mujeres se tapaban juguetonas sus rostros, cuchicheando. Las de los ancianos en cambio eran severas y desconfiadas. Samuel detuvo el camello y se apeó.

Al verlo caminar fue consciente de la extrema delgadez del cristiano. Por primera vez en mucho tiempo comían en abundancia. Toda la ternera que querían, especiada y jugosa en cada posada que visitaban. Manteca, cordero, pan y fruta. Ahmed recibía la llegada a una nueva ciudad con ansias babeantes, pues ello significaba poder disponer durante días de carne fresca y leche; deliciosa leche de cabra que colocaba a la umbría para mantenerla fresca. Pero Samuel no paraba de adelgazar. Veía el cansancio en sus hombros, sosteniendo un peso invisible que curvaba su espalda. Esperaba que la visita a la tribu Ta'amireh no fuera una escala más en el viaje, pues una estancia prolongada en el campamento beduino serviría al cristiano como tónico milagroso. Había agua en abundancia y ellos portaban riquezas suficientes para estar bien surtidos de víveres.

Volvió a mirar al grupo de mujeres.

«Me gusta este lugar —se dijo observando sus pulseras y ojos vivarachos—. Estaría bien quedarse por aquí un tiempo».

El anciano más decrepito de todos se acercó a un chico alto y le dio una

instrucción al oído. El joven miró a Samuel con nerviosismo y salió corriendo hasta perderse tras unos toldos. El anciano hizo un gesto con su mano a los recién llegados, invitándolos a pasar dentro de la tienda principal. Antes de penetrar en ella, Ahmed vio al chico sobre un dromedario alejándose todo lo rápido que el animal le permitía.

Otro anciano azuzó a las mujeres como si fuera un rebaño de ovejas para conseguir que se trasladaran a una zona reservada de la tienda. El viejo sudaba en su propósito, pero al final lo consiguió.

Ahmed se sentía dentro de un cuento narrado por su padre. Lo confundirían ahora por el invitado de un jeque, sentado sobre una cubierta de alfombras y con una docena de sillas de montar alineadas en su perímetro. Antes de admirar los detalles del interior, habían colocado delante de él una bandeja metálica con cerveza de leche. Era muy amarga, pero su frescor le recorrió la garganta calmándole la sed.

La puerta de la tienda se abrió a su espalda. El viento se asomó haciendo un remolino y se marchó presuroso, dejando tres hombres plantados de pie.

—¿Samuel? —dijo el más cercano.

Llevaba túnica y pantalones de un blanco níveo, además de un chaleco gris de lana rodeado por un cinturón de cuero. Su piel era oscura, ennoblecida por una barba cuidada y larga. A su lado estaba el chico alto.

—¿De verdad eres tú? —continuó mientras Samuel se levantaba del suelo.

El beduino corrió hacia él mostrando sus dientes blancos resaltando bajo la tez. Tomó a Samuel de los antebrazos y ambos se dieron un abrazo. Los murmullos en la zona reservada a las mujeres eran ya un escándalo. Ahmed veía docenas de cabezas femeninas asomadas entre las telas que los separaban. Muchas habían prescindido de taparse el rostro, mostrando sus cuellos adornados por collares turcos.

—Es un placer volver a verte, Dan —dijo Samuel apretando las manos del beduino.

—¿Un placer? Es un regalo de Dios —añadió su amigo entornándose hacia las mujeres—. ¿Qué hacéis ahí escondidas? Salid fuera. Estamos en familia, saludadlo como merece.

Desde ese momento, la visita al poblado se transformó en una fiesta. El caldo que había bebido como si fuera cerveza era pis de cabra comparado con los licores dispensados a continuación. La boca se le deshizo con un jugoso pastel de arroz. Estaba cubierto de carne de cordero, macerado con una pasta blanquecina y adornado con piñones.

—¿Te gusta el mensaf? —preguntó Dan a Ahmed.

—Está delicioso, gracias. —Los piñones jugueteaban en su paladar con un

sabor desconocido—. ¿Suelen ofrecerlo a las visitas?

—Es un plato reservado únicamente para las bodas.

—¿Quién se casa?

—¿Cómo que quién se casa?

—Sí. —Ahmed comenzó a pensar que ofendía al beduino de algún modo—.

¿Quién es el novio para ofrecerle mis respetos?

—¿El novio? Tú eres el novio.

Ahmed dejó de masticar.

—¿No se lo has dicho, Samuel? —añadió Dan.

—Con todo el jaleo se me ha olvidado —dijo el cristiano entre sorbo y sorbo de arrequín.

—Es una tradición antigua entre los Ta'amiresh. Cuando los viajeros llegan a nuestro poblado, el más joven contrae nupcias esa misma noche en pago por la hospitalidad recibida. —Dan señaló con el índice a una esquina concurrida de la tienda—. ¿Ves aquella joven que nos mira, toda enojada? —Era una chica de aspecto enfermizo y piel demasiado lechosa—. Esa es tu esposa.

Ahmed escupió el pastel sobre la alfombra limpia. La cara de Dan enrojeció. Su barba parecía estar recorrida por una descarga eléctrica que erizaba sus cabellos. Luego sufrió una metamorfosis y comenzó a dar carcajadas tumbado bocarriba. Samuel también reía; a su modo, pero lo hacía, con pequeños ruiditos intermitentes que elevaban sus hombros.

—Nunca me canso de esta broma —dijo el beduino ofreciéndole una porción de pasta de sésamo—. Farah es demasiado mayor para ti. Tenemos otras más jóvenes con las que casarte.

—¿Pero...? ¿Tengo que casarme?

—Chico, cuando conozcas a nuestras mujeres serás tú quien desearás hacerlo.

Con el estómago saciado de comida y el oído rebosante de música de flauta, comenzaron las historias a la luz de farolillos de aceite. Los más ancianos de la tribu se turnaban con una cincuentena de ojos en silencio mientras narraban sus cuentos de pastores valientes y cándidas doncellas. Cada relato era sazonado con un final feliz que arrancaba suspiros y un vistazo a los invitados.

—Me marcho —dijo Samuel levantándose con dificultad—. Puedes quedarte si lo deseas, pero intenta volver soltero a la cama. Y por el amor de Dios, no desvirgues a ninguna chica.

—Te acompaño —dijo Ahmed ayudándolo a incorporarse.

Notaba los huesos del cristiano bajo la túnica. Parecía como si nunca hubiera escapado de su celda en La Real.

Los agasajaron con una tienda espaciosa y un juego de té dulce junto a la entrada. Estaba caliente como un pequeño volcán manando lava oscura por la boca de la tetera. Ahmed lo agradeció, notando el frío intenso del desierto entrando por las rendijas de la tienda.

—Es el momento de que escuches esta historia —dijo Samuel recuperando su libro del interior de la alforja—. ¿Estás preparado para la lectura?

—Llevo preparado mucho tiempo, pero tendrás que hacerlo tú. No sé leer.

—Tampoco tenía previsto que conocieras el arameo. Hay palabras que no tienen su correspondencia en árabe, pero intentaré traducirte lo mejor que sea capaz.

—¿De qué trata? —dijo Ahmed recolocándose más cerca de Samuel.

—Es el relato del judío errante.

La primera vez que escuchó ese nombre fue a bordo de La Real, sentado en el espolón de proa junto a Kar. Y también escondido tras el toldo de la carroza de popa mientras Hizir conversaba con el Caballero de San Juan. Así es como llamaron a Samuel, judío errante. Más tarde, formó parte de la mascarada de Mamí en el fuerte de San Elmo:

«Cuando te descubran en la barca diles que el judío errante te ha enviado. Recuérdalo bien, el judío errante».

Entonces, el libro narraba la historia de su amigo cristiano. Ahmed preguntó si tanto esfuerzo habría merecido la pena.

—Quizá no —dijo Samuel abriendo el libro por la primera página—. Tendrás que juzgarlo tú, y de ello dependerá lo que hagas a partir de ahora.

—Solo una pregunta más. ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí?

—Es la primera vez en siete años que me siento seguro.

—Llevas seguro desde que abandonamos Malta.

—¿Eso crees? —dijo Samuel alisando un poco las hojas del libro hediondo—. No te has dado cuenta.

—¿De qué?

—Nos han seguido.

Huesca. 25 de marzo de 1938

Hola, padre:

Escribo totalmente a ciegas, consciente de que nunca leerá esta carta. ¿Por qué lo hago entonces? Supongo que usted plantó dentro de mí una necesidad y ahora no puedo prescindir de ella. Es como el deseo de leer. Se incrusta en tus tripas, devora los órganos que encuentra y fabrica otros nuevos que no se alimentan de aire, agua o comida, sino de tinta, papel e historias. Últimamente leo bastante, todos los días, de modo que una cosa lleva a la otra y aquí me veo, escribiéndole a un muerto.

No se preocupe, será la última vez que venga a molestarlo con mis miserias juveniles.

Salude a Marcelo y Carlos de mi parte. Siento que desde ahí arriba los tres me protegen. Tampoco se esfuercen demasiado, pues no soy gran cosa para merecerlo y probablemente tarde poco en hacerles compañía. Me daría algo de pena por la hermana Emilia, pero poco más. Ahora es ella la que ocupa como paciente el hospital de campaña en un ala reservada a enfermos mentales.

Es esta guerra de mierda que nos vuelve locos a todos. Si la carta fuera realmente para usted no me atrevería a decir tales expresiones. Sé que no las toleraría. Ni usted ni los censores de guerra.

Por cierto, me han llamado la atención varias veces por el contenido de algunas de mis cartas, pero lo que más parece molestarles es no haber incluido en algunas el acostumbrado saludo a la patria o a Franco. De acuerdo. Esta vez no se me olvidará. No me gustaría darles razones a los jefazos para prolongar sus encargos eternamente como castigo, porque ya estoy cansado de ellos.

Mientras así sea, mejor que todo republicano con sentido común siga este consejo: cuando la guerra acabe, huid todos de España si podéis, pues estoy harto de buscaros por todos los rincones; y pedid que nuestros destinos no se crucen porque sospecho que tendré que seguir siendo vuestro «Cazador» algún tiempo más, al menos hasta que tengan a bien librarme de la tarea. Francamente, ni unos ni otros me importáis gran cosa.

Ahora sí, padre. Ya me despido. Dios nos guarde a todos.

P. D. Se me olvidaba:

¡Viva el Alzamiento Nacional de los cojones!

LA MEJOR DEFENSA

El motor del taxi ronroneaba mientras Lena introducía su equipaje en el maletero. La luz había cedido lo suficiente ante la oscuridad para deducir que su espera carecía de sentido. Aún sentía el corazón palpitando bajo su abrigo de piel curtida e interior peludo. Era una sensación que no la abandonaba desde que recibió el telegrama de Daniel:

«Lena, te necesito en España. Solo tú me puedes ayudar. Te espero en el Museo Catedralicio y Diocesano, en Pamplona. Un beso, amor mío. Por favor, date prisa».

Lena seguía palpando el telegrama, inserto en un bolsillo interior de su abrigo, frotándolo suavemente por encima de su pecho. El taxista ocupó su asiento y recolocó el espejo retrovisor.

—¿Hacia dónde, señorita? —dijo ensombrecido por el destello de una farola que iluminaba los adoquines con luz mortecina.

—A Barcelona. Tengo que tomar el nocturno a Niza. Si lo consigo le suplementaré 100 chelines a la carrera.

—Que sean 50 pesetas y una sonrisa, preciosa.

Lena paladeó un exabrupto. No le apetecía retrasar la partida con charlas estúpidas de taxista cincuentón, así que tragó un poco de orgullo y bajó la ventanilla. Apretó el telegrama con sus manos enguantadas y lo lanzó a la acera hecho una bolita deforme.

—40 pesetas y la boca cerrada hasta la estación —le dijo al taxista—. Acelere de una vez.

Pamplona era una ciudad gris que necesitaba abandonar. Qué diferente le había parecido tres días atrás con una piel blanca de nieve reluciendo sobre calles y tejados. Su Daniel la esperaba. «Amor mío», rezaba en el telegrama, como si fuera la despedida de dos novios que no pudieran estar un día separados. Se sentía como una tonta. «No vuelvas a llamarme», le decía siempre como frase

de despedida, pero Daniel encontraba el modo de fracturar su determinación. Esta vez no. Esta vez había acabado.

El taxi recorrió la calle Dormitallería a toda velocidad hasta el cruce con calle Javier. Antes de llegar a la siguiente intersección se detuvo en el margen derecho y accionó el freno de mano como si encendiera un generador de gasolina. Lena rebotó en el asiento trasero, perdiendo una horquilla de su melena rubia.

—¿Piensa matarnos? —masculló ella.

El taxista abrió la puerta del Renault y se apeó. La alertó ver que se dirigía hacia un ángulo muerto de la derecha, sumido en la luz ausente de una farola fundida, pero regresó enseguida, recuperando su lugar.

—El suplemento acaba de rebajarse a 30 —le dijo autoritaria.

No iba a consentir un trato semejante. El viaje continuó silencioso y en calma durante los diez minutos siguientes. Estuvo tentada de ordenarle celeridad cuando entendió lo que ocurría. El taxi viraba intentando acercarse al oeste de la ciudad en cada giro. Tenía preparada una maldición por desviarse de la ruta cuando reconoció la forma de un sombrero de ala ancha sobre la cabeza del conductor. Estaba segura de que el taxista usaba una gorra, la misma gorra que estaba sobre el asiento del copiloto, con cuadros grises y verdes.

Lena se reclinó contra el asiento en silencio, intentando alcanzar la maneta de la puerta derecha. Estaba cerrada con seguro.

Notó el movimiento de unos ojos en el espejo central y luego un volantazo que estacionó el taxi con un chirrido de ruedas. La única luz procedía de un quiosco de castañas humeando a cincuenta metros.

El conductor bajó y abrió la puerta trasera. Lena lo miraba acurrucada en el asiento como un cachorro indefenso.

—¿Eres consciente que desde aquí te veo perfectamente las bragas? —dijo el individuo.

Lena reconocía esa voz. En cualquier lugar del mundo lo hubiera hecho. Sobre todo porque lo hacía en alemán.

—¿Daniel? —bufó Lena devolviendo la falda a una posición más decente—. ¡Dios santo, me has asustado!

El Cazador entró en el habitáculo posterior, siendo recibido con tres golpes de bolso de señora. Lena acostumbraba a llevarlo repleto de cachivaches. Combinado con su rabia lo convertía en un arma terrorífica.

—¡Para, para! —dijo Daniel—. No me golpees tú también.

Con la luz blanca proyectada a través de las lunas, vio su cara entre amoratada y verdosa. Lena agarró las solapas de la gabardina de Daniel y lo atrajo hasta su boca donde se perdieron sus lenguas. Se detuvo para mirarlo a los ojos un instante, abofetearlo y volver a besarle. Daniel dijo algo con sonido

nasal.

—¿Qué dices, granuja? —preguntó separándose un tanto de él.

—Digo que estás loca.

—Claro que lo estoy —dijo Lena arremolinando la falda en su cintura—. Y a ti te encanta.

Invadido por el deseo, Daniel la ayudó a quitarse el abrigo y desabotonar la blusa. No llevaba el camisón violeta prometido, pero la combinación blanca que tenía era igualmente preciosa. Lena se mordía un labio cuando sonaron unos golpecitos en el cristal.

—¿Qué? —rumió una anciana con un cucurucho de cartón en las manos—. ¿Les apetecen unas castañas?

A diez pasos, un rosario de viandantes los miraba estupefactos.

Encontraron un pequeño bar a dos manzanas donde refugiarse del frío y, probablemente, de alguna patrulla de guardias urbanos en busca de dos exhibicionistas descarados. Había preferido abandonar el taxi junto al puesto de castañas y hacer ese recorrido a pie. Por un ventanuco sobre sus cabezas veían los pies de la gente en la calle paseando apresurada.

—Cada vez que te veo tienes peor aspecto —dijo Lena.

—Pues tú sigues tan preciosa como siempre.

—No pienses que con adulaciones olvidaré el desplante.

—No te he pedido que vengas a Pamplona —dijo Daniel avistando movimiento en un brazo de la mujer—. Espera un momento antes de volver a abofetearme.

—¡Llevo tres días esperándote aquí, Daniel! No soy un trapo que puedas usar y tirar a tu antojo. Quizá funcione así con alguna furcia, pero no conmigo. ¿Qué hubiera pasado si no llego a dejar ese mensaje en la sede de Barcelona?

—Lena, no te he pedido que vengas. —Daniel la tomó de las manos, notando a la austríaca intentando zafarse del agarre—. ¿No lo entiendes? Te han escrito ese telegrama suplantando mi identidad.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Para llegar a la situación en la que nos encontramos —dijo Daniel, sin saber por dónde empezar—. Jamás te pondría en peligro. Eres demasiado importante para mí, lo único real en este asunto. Alguien nos quiere muertos, a mí y a Bruno; puede que al comandante Rodrigo también.

—¿Comandante?

—Es algo complicado, pero te lo contaré todo. Necesito hacerlo, vomitarlo.

—Por favor, no vomites encima de la mesa. Quedaría muy feo en día de

Reyes.

El barullo de gente caminando por la calle comenzó a cobrar sentido. El vaivén de compras a última hora cargados de bolsas y papel de regalo. Las calles iluminadas con guirnaldas de luz. Ellos podrían ser una parejita de novios tomando una taza de chocolate después de la cabalgata de Reyes Magos. Pero no lo eran.

—¿Os siguen desde Tierra Santa? —dijo Lena tras contarle el incidente del tren.

—No sé cuántos son, pero esos agentes jordanos quieren mi cabeza. Primero en la plaza Hatkuma de Jerusalén, luego en el tren hasta España y ahora aquí. Han conseguido dar conmigo.

—A través de mí —dedujo Lena cabizbaja—. ¿Por qué has venido?

—He tomado mis precauciones. Además, ya me conoces. No puedo resistirme a tu camisón violeta.

Daniel entrelazó sus dedos con los de Lena. Ella lo conocía bien. De otra forma pensaría que el brillo en los ojos del Cazador era cariño, puede que hasta amor; pensaría que lo habría hecho por ella, que quería protegerla, que debajo de su fachada quedaba la esperanza de encontrar a un hombre que la quisiera. «Que me quisiera», pensaba Lena. Sonaba tan ridículo. El interior de Daniel estaba demasiado encriptado para entenderlo. Quizá no lo conociera tanto como ella creía. Pensar en esa posibilidad hacía que la sangre le vibrara a son de un *blues*. Hubiera sido fantástico escuchar *blues* en el hilo musical, pensó. En su lugar sonaban estridentes villancicos.

Un guarda urbano terminaba de tomarse un café charlando entre sorbo y sorbo con el mesonero. Daniel no sabía qué había de extraño en ellos, hasta que un chasquido de dedos activó las neuronas. Estaban mirando en su dirección. El guarda urbano dio un trago largo hasta vaciar la taza y se dirigió hacia ellos.

Daniel estaba harto de fabricar excusas ante sacerdotes, soldados, guardias civiles, aduaneros, ahora un policía. No le apetecía inventar un motivo que justificara los arrumacos con Lena al lado de un puesto de castañas. Una mala respuesta acabaría con una visita a los calabozos municipales. Mal plan para un día de Reyes.

A cinco metros, el guardia desenfundó su revólver y apuntó a la cabeza de Daniel. Un instinto recién adquirido llevó al Cazador a tirar de las manos de Lena y arrastrarla hasta el suelo. La bala impactó en la pared de ladrillo haciendo saltar trozos como si fueran metralla.

Los gritos de los clientes ayudaron a crear el caos suficiente. Daniel sujetó a Lena de la cintura y corrieron hasta la parte más profunda del establecimiento. Acababa en un pasillo a oscuras y una cortina. Avanzaron salvando un escalón

que llevaba directamente a la calle, una vía de servicio para abastecimiento y recogida de basura, pero suficiente si le permitía escapar.

—¡Vamos, Daniel! —gritó Lena.

El Cazador se había detenido mirando un cubo metálico.

«Esta vez no. No voy a huir».

Recogió el cubo y lo colocó tumbado junto a la puerta con el sonido de unos zapatos acercándose a toda velocidad desde el interior del bar. La cortina se abrió, emergiendo el cuerpo de un hombre de tez oscura. Tropezó con el cubo y rodó por el suelo hasta la pared opuesta, donde las piedras le hicieron perder varios dientes. Cuando el falso policía logró espantar los pájaros que revoloteaban sobre la cabeza, el Cazador sostenía su revólver apuntándole al corazón.

—¿Quién te envía? —El desconocido tragó una bocanada de sangre con orgullo desafiante—. De acuerdo.

Daniel accionó el gatillo y el proyectil se perdió en el pecho del asesino.

Abrió una bolsa de basura cercana para tirar el revólver dentro de ella. Limpió las huellas dactilares de la empuñadura, descubriendo unas marcas extrañas en las cachas de madera. Eran tan claras que no conseguía asimilar el símbolo que formaban: una cruz de plata engarzada. La cruz de la Orden de Malta.

El Citroën los alejó hasta la cercana localidad de Jaca donde se hospedaron en Casa Noguera, una hostería apartada del casco urbano.

—Esos asesinos... —murmuró Lena dando pequeños sorbitos a una infusión de melisa—. Te conocen muy bien para ser jordanos. Hasta me conocen a mí.

—No creo que te conozcan.

Daniel había sido apartado de sus funciones de Cazador para ocupar un puesto en el Museo Catedralicio de Pamplona. Tras la charla en Roma debía dirigirse allí. Pensó en el telegrama recibido por Lena y una sensación brotó en su paladar.

—Miento —dijo Daniel asumiendo su imprecisión—. A monseñor Escribá le hablé muchas veces de ti.

El símbolo en la empuñadura del revólver era como un hierro al rojo vivo que hubieran estampado contra su piel, imposible de borrar. Lena dejó el vaso sobre la mesita con una pregunta corrosiva que hacer:

—¿Ese sacerdote tiene motivos para asesinarte?

«Motivos que hacen tambalear los cimientos del cristianismo —pensó Daniel».

Su destino actual estaba muy alejado de la posición de favor con la que había sido engatusado durante una década. No resulta conveniente que alguien así fuera depositario de una revelación como la narrada por Elio. En ella, Jesús de Nazaret era un esenio, un Hijo de la Luz defendiendo sus raíces judaicas. En palabras de Elio, era «la punta del iceberg». Pensó en el libro del judío errante. Sus páginas contendrían un leviatán que reduciría esos cimientos a cenizas. No eran conocimientos dignos de un empleado de museo. Su asesinato zanjaba la cuestión. Imaginó las manos de José María dando esa orden y un escalofrío lo sacudió.

Lena se incorporó de la cama para levantar el auricular del teléfono.

—¿A quién llamas?

—Comeremos en la habitación. Son las once de la noche y tengo un hambre atroz. Necesito calmarla para escuchar toda esta historia.

—¿Toda? —dijo Daniel reclinándose en la cama.

—Al completo. Sin buscarlo formo parte de este embrollo, así que ya estás tardando en comenzar.

—Entonces pide también café. Dos jarras hasta arriba.

Las horas pasaron silenciosas, acompañadas de caricias sobre la cubierta de la cama y demasiadas palabras. No era una historia fácil de contar y Daniel intentó ordenarla cuanto fue capaz comenzando por los judíos esenios. Hasta ahí bien, pero el rostro de Lena fue contrayéndose en arrugas profundas conforme la noche avanzaba. El café funcionaba como suero mientras viajaban por Roma, Jerusalén, Belén y la tribu beduina Ta'amireh de Ein Feshkha, cerca del mar Muerto, siguiendo los pasos del judío errante hasta la aldea de Lanuza. Lo vivido en el monasterio de El Salvador necesitó una jarra de café él solito. Para entonces las caricias se habían convertido en ojos somnolientos que preferían los besos a las palabras. Un beso condujo a otro beso, las caricias a una camisa desabrochada y así, sin planearlo, acabó con los dos desnudos bajo las mantas deseando hacer el amor.

—¿A esto te dedicas? —dijo Lena apartando el flequillo de la frente de Daniel.

—Normalmente, no es tan complicado. Un par de viajes en tren y dos noches de hotel suele ser lo habitual.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Ahora? Llevar mi mano hasta ahí abajo y darte placer. Eso voy a hacer.

Los pechos de Lena se elevaron con una profunda inspiración. Al notar los dedos de Daniel bajando por su ombligo cogió aquella mano traviesa.

—Hoy no —dijo Lena apartándola de su piel—. Hoy no vamos a hacerlo.

—¿Qué?

—Te voy a decir lo que va a pasar. Dormiremos abrazados muy juntos sintiendo el calor de nuestros cuerpos. Me vas a acariciar como si fuéramos a morir.

—Quizá lo hagamos. Hoy ha estado cerca. ¿Hablas en serio?

—Completamente. Respetarás lo que te pido. Besos y caricias esta noche. Así nos amaremos hoy. ¿Recuerdas el día que nos conocimos? Antes de acabar la cena ya estábamos en el servicio de señoras.

—¿Es necesario recordarlo?

—Me sentía sucia y lasciva viendo cómo me lamías, jadeando. Me encantó. Por eso ahora tenemos que hacer esto. Si después de un tiempo seguimos deseando tocarnos, besarnos, solo eso, entonces estaremos más cerca de amar de verdad.

—Tenías razón, me encanta lo loca que estás.

Se besaron despacio, redescubriendo el delicioso sabor de sus labios.

—Mañana —añadió Lena—, cuando nos despertemos, iremos hasta la sede de los Caballeros de San Juan y descubriremos la verdad sobre el judío errante.

—Lena, tengo que regresar a El Salvador. Hay dos mujeres en peligro. Son mi responsabilidad. No podemos viajar hasta Roma.

—¿Roma? ¿Quién dice de ir a Roma?

—¿Entonces?

—Voy a disfrutar dándote una lección de historia: La sede de los archivos centrales de la Orden de Malta no está en Roma. Están aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

Lena volvió a apartar el flequillo de la frente de Daniel. Acarició con mimo su mano vendada y apagó la lámpara de la mesita.

—Calla de una vez y abrázame. Quiero dormir un poco.

Las puertas del Priorato se abrieron a las ocho de la mañana. Para entonces Daniel y Lena llevaban casi una hora dormitando en los asientos traseros del Citroën, tapados con una manta sustraída de la hostería.

El edificio se ubicaba alrededor de una pequeña plaza del barrio de las Tenerías, en Zaragoza. No pasó por alto la curiosa semejanza entre la sede española de la Orden y la del Gran Priorato de Roma, con los mismos cipreses ornamentales y su olor a cementerio. Una estatua sedente presidía la plaza, orientada a la puerta principal. Parecía saludarlos e invitarles a entrar. De saber cuáles eran sus intenciones, el sólido granito se levantaría de su pedestal para propinarles una soberana patada en el trasero. El interior sin embargo era más caótico, con media docena de pequeños patios interconectados por pasillos.

Durante media hora olvidaron su interés primigenio, abandonándose a la admiración del artesonado.

—¿Turistas? —preguntó un bedel con una colección de llaves colgada del cinturón—. La sede permanece cerrada al público hasta las diez. Si son tan amables de acompañarme...

—¿Quién no se siente turista ante la esplendorosa belleza de estos trabajos de artesanía? —dijo Daniel adornando su castellano de un suave acento italiano—. Ya quisiéramos disponer de tiempo para serlo realmente, pero nuestras obligaciones con la Orden no lo permiten. ¿La Biblioteca Magistral, por favor?

El bedel estiró su columna con la esperanza de parecer un poco más alto y menos fofo.

—¿La Biblioteca Magistral? Disculpe, permanece cerrada.

—Vamos, señor Lorenzo —dijo Lena leyendo la etiqueta en la camisa del bedel. —La biblioteca siempre está abierta para los Caballeros.

Ella no necesitaba disfrazar su español con acento austríaco. Tenía de serie un tono sobradamente germánico.

—Claro, señorita. Disculpe mi forma de hablar.

—Señorita, no —corrigió Daniel—. Dama de la Orden. Doña Fredeswinda estará bien para referirse a mi querida esposa.

—Por supuesto, Caballero —dijo el bedel con una inclinación que dejó visible su coronilla calva.

—Eso sí es correcto. Caballero de la Orden, don Elio Constanza. Pero Elio bastará para mí. ¿Nos indica la entrada a la biblioteca? No se alarme, esperaremos la llegada del canciller para acceder a su interior. No queremos meter al amable Lorenzo en un aprieto, ¿verdad, Fredes?

—Claro que no, Elio.

—El canciller, por supuesto —dijo Lorenzo recolocando sus gruesas gafas—. La biblioteca se ubica en la siguiente sala, a la izquierda. Esperen en los asientos de la puerta mientras voy en busca del canciller, si son tan amables.

El bedel los acompañó y luego se fue a ritmo de marcha olímpica.

—¿Doña Fredeswinda? —dijo Lena—. ¿No podías haber elegido otro nombre menos horrible?

—He dormido tres horas, conducido una y el café se acabó hace cinco. No pidas más.

El canciller apareció media hora más tarde, vestido con traje azul marino a rayas y una corbata blanca sobre camisa roja escarlata. A Daniel la similitud con los colores de la Orden de Malta no le pareció casual. Tenía el cabello embadurnado con brillantina, retocándose la zona de las sienes antes de estrechar la mano del Cazador.

—Si son tan amables, acompáñenme a mi despacho —les dijo señalando un largo corredor.

«¿Y las presentaciones —se dijo Daniel—. ¿Dónde quedan los modales?».

—No tenemos mucho tiempo, canciller —dijo Lena—. Acceder a la Biblioteca Magistral es primordial.

—Aun así, me permito el lujo de insistir, doña Fredeswinda.

El canciller no esperó réplica. Se atusó la chaqueta y comenzó a caminar por el pasillo. Daniel lo siguió, tirando del brazo de Lena. En una esquina, el bedel y dos guardas los miraban cuchicheando entre ellos.

—Aquí es cuando nos llevan a la mazmorra y nos cosen a tiros —le susurró Lena al oído.

—¿Quieres hacer el favor de callarte?

—¿Decían algo? —dijo el canciller sin parar de caminar.

—No, no. Vamos detrás de usted.

En el despacho, don Ataúlfo Sierra de las Orzas y Guevara, canciller de la delegación española de la Orden, consultaba un enorme archivador.

—Don Elio Constanza —leyó en una carpeta sentándose en su butaca negra —, Caballero Profeso con voto de pobreza, obediencia y castidad de la Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén de Rodas y de Malta.

—Ese soy yo —intervino Daniel mirando a Lena—. Respecto al voto de castidad...

—No me sorprende que lo incumpla. Muchos de nuestros Caballeros lo hacen abiertamente y eso no supone merma en su honorabilidad. Pero hay algo que ninguno de ellos ha hecho jamás.

—¿De qué se trata?

—Regresar de la tumba.

Lena miró al Cazador con un sudor frío impregnando sus manos.

—Sí, es una cualidad que muy pocos poseemos —dijo Daniel—. Al igual que esto. —Introdujo la mano en su chaqueta y extrajo el revólver del asesino para colocarlo sobre la mesa—. Puede comprobarla si lo desea, y también el resto de datos que aparezcan en ese archivo sobre mí. Leerá que no soy un Caballero al uso. Ni tampoco mis métodos.

El canciller echó un vistazo al arma quedando petrificado al ver su empuñadura.

—¿Qué necesita, don Elio?

—Información. Busco a un hombre llamado Daniel Sorolla. Formaba parte del Opus Dei mientras llevábamos a cabo una investigación en Tierra Santa. Él, yo y mi compañero, el Caballero Bruno Casteldolfo. —Con el rabillo del ojo, Ataúlfo consultaba de soslayo el interior de la carpeta—. Búsquelo, si quiere. Su

mandíbula cuadrada no pasa desapercibida. El señor Sorolla por su parte, más conocido como el Cazador, es el centro de mi misión. Robó un objeto y quiero recuperarlo.

—¿Un objeto? ¿Qué objeto?

—Es todo lo que puedo decirle. Si desea saber más sobre él me temo que tendrá que concertar una cita con su eminencia, el Gran Maestro de la Orden.

—Eso queda ahora mismo fuera de mi alcance.

—Pero puede ayudarme.

—Si está en mi mano...

—Por supuesto que lo está. Deme acceso a la Biblioteca Magistral.

Las manos de Lena seguían sudando. Incluso temblaban, razón por la que Daniel decidió tomarlas entre las suyas.

—Es absolutamente imposible —dijo el canciller—. No es que no quiera, que no quiero si le soy sincero, sino porque no puedo. Necesita un permiso especial expedido por el Gran Maestro y por su cara deduzco que no lo tiene.

Daniel comenzó a construir en su cabeza las máquinas necesarias para fabricar e imprimir ese permiso, pero dejó el trabajo a medias, seguro de que el documento resultante no pasaría un control de calidad.

—Ahora, si son tan amables... —añadió Ataúlfo invitándolos a salir del despacho.

—¿Qué me puede decir de Argel? Eso sí puede hacerlo.

La pregunta había surgido así en su cabeza. Había asimilado la entrevista como si fuera la primera que tuvo con los Caballeros de San Juan en Roma y recordó el círculo rojo rodeando la ciudad de Argel.

—¿Argel? —repitió el canciller.

—Sí. No me dé acceso a la biblioteca, pero conteste esa pregunta.

—Supongo que se refiere a la leyenda del judío errante.

Lena sufrió un espasmo que le hizo recoger la mano en su regazo. El canciller estaba de espaldas a ella, terminando de colocar la carpeta dentro del archivador.

—Precisamente —dijo Daniel.

Ataúlfo volvió a su asiento y se dispuso a hablar:

—Supongo que no hay nada malo en contarle la historia de los Caballeros Tenebrosos. No es un relato que se esconda, aunque suene a fantasía. Dicen que dentro de la Orden existía un grupo de seis Caballeros empeñados en recuperar una reliquia de Cristo. Su camino les condujo a Qumrán, en el desierto de Judea, donde hallaron al judío errante. ¿Conoce la leyenda sobre ese personaje?

—Me suena de algo, sí.

—Los Caballeros Tenebrosos hallaron la fuente de su inmortalidad: un libro rojo que consiguieron arrebatarse. Pero el judío huyó hasta Argel y los

Caballeros no podían hacer nada con ese montón de hojas. No sabían cómo funcionaba, así que planearon la mayor mascarada en la historia de la Orden. Lo capturaron en esa ciudad y a bordo de una galera lo condujeron hasta Malta. Pero el judío volvió a escapar, esta vez para siempre; y con un elevado coste: la paciencia del Gran Maestro y el honor de los seis Caballeros Tenebrosos. Fueron expulsados y sus bienes confiscados. Desde entonces nada se sabe de ellos, solo el nombre con el que serían recordados.

—¿Sucedió en realidad? —dijo Lena con inocencia.

—Suenan bastante real, querida Fredes —dijo Daniel volviéndola a tomar de la mano.

PRIMERA LECTURA

Relato de Michob Ader, el judío errante, Guardián de la Luz.

Presta atención, pues lo escrito queda para el tiempo venidero.

Crees que existe un sol más allá del astro. Crees que hay oscuridad atravesando la noche. Crees en la luz y en las tinieblas. Entonces has de escuchar mi historia, caminante.

Dicen que mi nombre es Joseph. Otros aseguran que es Ausero. He escuchado quien me llama Juan Espera, Cataphilo y tantos otros. Solo Dios, nuestro Señor, me conoce de verdad y a él recurro para que entiendas mis terribles actos.

Un judío estaba sentado en la puerta de su comercio. Fabricaba vasijas y otros objetos de barro. Nuestro Salvador caminaba hacia el monte calvario llevando la cruz de la redención. Cayó al suelo bajo su peso y el judío, que era indolente, le gritó: «¡Fuera, fuera de aquí!». «Dame agua», pidió Cristo. «Nada de agua. Fuera, fuera. Sigue con tu camino». Cristo tomó la cruz y mirándolo le dijo: «Yo caminaré, pero tú errarás por la tierra hasta que regrese». Desde entonces el alfarero camina por este mundo, con su vida prolongada contra natura y sin lograr descanso bajo tierra.

Yo soy ese judío, y así se conoce mi leyenda. Mas, no cuenta la verdad completa.

Sigue escuchando, caminante, y hallarás la verdad.

Cierto que le negué agua, Dios me lo perdone cuando mis huesos hoyen la tierra. Él no era para mí más que un condenado a muerte, y las vasijas no eran tales, sino pergaminos que dejaba secar al aire para su venta, pues no me dedicaba a la alfarería.

Jesús de Galilea tropezó, eso es verdad. Cayó sobre una de mis mesas llenas de pergaminos, manchándolos todos de sangre. «Fuera,

fuera». Eso le dije. «Arruinas mi trabajo, bandido». Eso también. «No hay agua para ti. Márchate». Pero nada más escuché de sus labios. Tomó la pesada cruz y continuó.

Al ver toda la sangre sobre los pergaminos me dije: «¿Qué ha hecho este hombre para azotarlo de ese modo?». Mucha gente lo seguía. Cerré el taller y fui a ver qué pasaba. «Es el Mesías», decían unos. «No, es un impostor», escuché de otros. Pero nada dijo el Nazareno. Ni gritos, ni lamentos. La sangre empapaba su túnica. Bajaba por sus pies y manos. El rostro ensangrentado y nada dijo.

«¿Cómo he sido cruel con este hombre?», pensé. «Quería agua y se la negué. Un poco de agua. ¿Por qué lo habrán azotado? ¿Quién es?». «¿No lo conoces? Jesús de Galilea», me dijeron.

Envuelto en tela de lino se lo llevaron al morir. Nada más supe de él en ese día. Pero algo se había grabado en mí. Su mirada serena. Sus ojos negros mirándome al pasar por mi casa. La imperiosa presencia de su cuerpo clavado en la cruz.

Dijeron que era el enviado de Dios. El mesías redentor. El hijo del Señor. De eso nada sé, pero impreso en mis pergaminos estaba su sangre, la sangre de Jesús de Nazaret, la sangre del galileo.

«¿Cuánto quieres por ella?», me preguntó un zapatero de Hebrón. «No la vendo». «¿Cuánto?», un tendero de Samaria. Gentes de todos los lugares. Cuervos. Buitres. Chacales. El negocio de las reliquias de Cristo era próspero.

Fui a ver a sus discípulos para entregarles mis pergaminos ensangrentados. No me recibieron. Acudí a verlos de nuevo y tampoco. Por tres veces los visité. «Este es el judío que no dio agua al maestro. No hallarás lugar entre nosotros. Vete».

Muchos sabían que tenía la Sangre de Cristo y cómo la infección se extendió. «Jesús le dio a beber su sangre», escuché. «Tomó un cuenco de madera y al pie de la cruz recogió la sangre del Mesías. Luego la bebió y desde entonces tiene la Sangre de Cristo en sus venas y es inmortal». «No, yo sé la verdadera historia. En el palacio de Pilatos le lanzó una sandalia a la cabeza. Insultó al Salvador y este lo condenó a vagar por la tierra sin poder descansar». Todo mentiras. Por eso escribo mi relato. Escribo la verdadera leyenda del judío errante. Así podrás conocer el poder de su sangre.

Samuel hizo una pausa. La lectura le resultaba fatigosa. El moho había roído

algunos trozos del papel. Traducía lentamente, saltando las palabras ilegibles e intentando dar coherencia a cada frase.

Ahmed escuchaba entusiasmado. Pensó en su padre, recitando de memoria historias de marinos que luchaban contra cíclopes y navegaban por tierras lejanas; aunque el relato del judío errante no era un cuento de fantasía, sino real.

«¿Lo es? Escuchemos más».

Pero Samuel se frotó los ojos y cerró el libro:

—Me duele la cabeza con tan poca luz. Continuaremos mañana.

Devolvió el libro al interior de la alforja y se recostó con ella abrazada.

«No ha parado de viajar. Desde Qumrán hasta Argelia huyendo de los Caballeros de San Juan. Cautivo en Argel viajó hasta Malta, y desde allí el largo regreso atravesando medio imperio turco sin dejar de caminar. —Un pensamiento cruzó su mente—. No ha dejado de errar por la tierra».

Esa noche fantaseó en sueños con los secretos que el libro le revelaría en la próxima lectura. Un libro que hacía referencia a la sangre del dios cristiano.

Se despertó con una sensación húmeda impregnando su mejilla. Estaba babeando sobre la alfombra, arrebujado en un costado de la tienda. Al girarse la encontró vacía. Salió al exterior limpiándose las legañas. Bostezó estirando los brazos hasta notar la piel del pecho tirante. Los tendones de sus brazos no podían dar más de sí. Buscó a Samuel por el poblado. Después de quince minutos, calmar su estómago rugiente adelantó al deseo de hallarlo. Llenó la panza con un cuenco de leche de cabra y sopas de pan tostado.

Con el buche lleno, inspeccionó los alrededores. Al oeste se alzaban las colinas, al este el mar Muerto. Ein Feshkha estaba incrustada entre ambos, rodeando pequeñas protuberancias del terreno en forma de terrazas. Muchas de las instalaciones eran tiendas portátiles de forma cuadrada, pero le sorprendió encontrar otras levantadas en piedra. Los beduinos eran moradores del desierto que trasladaban sus tiendas en busca de agua y los escasos frutos que un yermo podía ofrecer; sin embargo, aquella tribu se había arraigado en la cuenca del mar Muerto. Ahmed se preguntaba si la cercanía de Qumrán tenía algo que ver.

—Nos llaman *fellahim* —confesó un chico—. O falsos beduinos. Nos hemos ganado ese nombre al decidir cultivar la tierra.

Ahmed se preguntaba si no había estado murmurando sus pensamientos demasiado alto. Al estar uno junto a otro descubrió que el muchacho era más alto que él. Lo recordó sobre un camello, el día anterior, en busca de Dan.

—Me llamo Euch. ¿Quieres darte un baño?

—El mar queda algo apartado.

—Pero no las piscinas. Ven conmigo.

Ahmed siguió a Euch por la pequeña colina, serpenteando entre las

construcciones de piedra. Algunas eran pósitos de grano, elevados sobre bloques de piedra para impedir el acceso de roedores. Otras eran pequeñas bañeras de color añil donde las mujeres batían paños de lana para tintarlos.

Varios chicos se habían unido a la expedición, dando saltos de alegría de una piedra a otra. También había chicas, cantando una melodía pegadiza acompañada de palmas.

Ascendieron unos pasos más y llegaron a la cumbre. Un enorme estanque se extendía ante ellos. Ahmed quedó paralizado al verse delante de tanta agua, clara y mansa; pero el silencio fue breve, destrozado por los gritos infantiles chapoteando. Recordó a sus arpilleros disfrutando con la misma intensidad en la orilla de la playa y comenzó a llorar.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el agua?

—Déjalo, Euch —dijo una niña—. ¿No ves que está triste?

Ahmed la miró, dándole la espalda enseguida para que no lo viera gimotear. Acababan de conocerlo y no quería que esa fuera la primera imagen que tuvieran de él: Ahmed, el llorica, o Ahmed, el moro llorón. Era el mejor ladrón de Argel, con la destreza suficiente para cortar el gaznate a dos guardias antes de que olieran su presencia. Era Ahmed el corsario, capaz de hundir el mayor barco del mundo conocido. Ahmed el superviviente, el regresado del más allá después de sufrir terribles heridas. Era Ahmed, viajero del desierto. Ese era él, no un crío gimoteando.

—Ha debido sufrir mucho —volvió a decir la chica—. Seguro que el viaje por el desierto ha sido duro.

Tenía una belleza extraña, oculta bajo un tono de piel como una noche sin estrellas, tan oscura que solo podía ver sus enormes ojos almendrados.

—Esta que habla es Alina —informó Euch—. Me ha prohibido decirte su nombre, pero está deseando conocer el tuyo.

—¡Cállate bocazas! —chilló otra chica cerca de Alina.

Entre las dos empujaron a Euch al agua.

Durante esa mañana, Ahmed intentó olvidar quien era y diluir su carga en el agua. De paso disfrutó con infinitos juegos acuáticos; pero sobre todo con la mirada de aquella chica de piel oscura.

Madrid. 7 de septiembre de 1939

Muy señor mío:

Mi nombre es Daniel Sorolla. Puede que no me recuerde, pero nos conocimos en Madrid durante la ceremonia de elección del señor obispo, monseñor Ramiro Gomáriz. Recuerdo con cariño la taza de té y la conversación que compartimos mientras me hablaba de su proyecto. Disculpe que me dirija a usted por carta y tan abiertamente, pero considero que es la forma más respetuosa de hacerlo.

Recordará mi extrañeza al conocer la existencia de una prelatura de la que forman parte tanto hombres como mujeres, ya sean religiosos consagrados o seculares. No es algo que se vea todos los días.

Sería un honor poder hablar con usted en un marco de tertulia propicio y conocer más ampliamente su proyecto, que ya intuyo bastante particular. Sinceramente, me encuentro en un momento extraño de mi vida. Aunque la guerra ha finalizado, hay otros frentes en los que combatir, más profundos y desconocidos. Por eso creo que el Opus Dei puede ser la respuesta al estado de confusión en que me encuentro y el lugar donde encaje un espíritu religioso tan extraño como el mío.

Muchas preguntas me vienen a la cabeza y me honraría si las contestase. ¿Qué es realmente el Opus Dei? ¿Tiene cabida en él un pecador como yo? ¿Qué papel puedo tener en esta historia?

Tampoco quiero fabricar vacuas esperanzas, pues como le dije delante de aquella taza de té, la fosa del sepulcro está más abierta que cerrada hoy día. Es en estos momentos de desazón donde uno se cuestiona si las muertes de las que he sido testigo tendrán justificación algún día. Me temo que, concluida ya la guerra, España no es tan Libre, tan Pura, ni tan Una. Al fin y al cabo tenemos que mirarnos de frente sabiendo que empuñamos el fusil contra un hermano o un vecino y decidimos apretar el gatillo.

No quiero inmiscuirlo en mis tribulaciones juveniles, que poca o ninguna relación tienen con el asunto que nos compete; aunque le juro que todo ello está bien anudado en mi cabeza, como si fueran parte de un todo indivisible. Me alegraría mucho recibir sus consejos y, a la espera de ellos, le saludo afectuosamente.

HURGANDO EN EL PASADO

Las campanadas de la Basílica del Pilar anunciaron las diez cuando la ciudad dejó de ser visible.

La despedida con el canciller fue rápida y sin aboengo, partiendo hacia Lanuza. Lena terminaba de tomarse otro café dentro del coche haciendo malabarismos para que los volantazos no terminaran esparciéndolo por el interior.

—Vuelve a leer la leyenda de los Ta’amireh —dijo Daniel con un giro brusco—. Pensar me ayuda a concentrarme.

—No será en la conducción —recreminó Lena abriendo la libreta negra.

Tras la lectura, los ojos de Daniel se movían vivarachos y sus labios también, como si recitaran algún versículo en la misa de domingo.

—Ella era la luz del judío —musitó el Cazador—. El judío era la luz de ella. Dos personas como una sola amándose hasta la eternidad. ¿Es eso lo que hay escrito?

—Literalmente.

—¿Y después? Dice algo de un robo, ¿no? Vuelve a leerlo.

—A la mañana siguiente, la luz del judío ya no estaba —recitó siguiendo las líneas escritas en el papel—. Su Amor había desaparecido, y con él su dicha eterna.

—No puede ser casualidad.

—¿A qué te refieres?

—Empiezo a entender parte de lo que ocurre. Esa *luz* no es una mujer. Es una metáfora que esconde la verdad bajo capas de tierra. Solo necesitaba el código de correspondencia. Es tan fácil como unir todos los relatos y alcanzar así lo más cercano a una verdad. La historia del canciller, la leyenda Ta’amireh y la de Lanuza. Vamos a hervirlo todo con datos que conocemos a través de los Caballeros de San Juan, Tenebrosos o no.

—Empieza a concretar algo antes de que me pierda —dijo Lena asiéndose a

un agarre de la puerta.

—Existe un libro que demasiadas personas intentan encontrar. Un libro que contiene la luz de los esenios, en perpetua lucha con sus enemigos. ¿Ves la correspondencia? Los defensores de la luz frente a las tinieblas.

—Los Caballeros Tenebrosos —completó Lena intentando seguir la línea de reflexión.

—Esos Caballeros llegaron a Qumrán y le arrebataron al judío errante su tesoro, su luz, el bien máspreciado que poseía, su Amor. ¿Entiendes, Lena? No secuestraron a una mujer. Lo que le arrebataron fue el libro rojo. Esa era su luz. Más adelante lo recuperó y lo trasladó hasta España, escondiéndolo en el interior de una montaña para proteger su poder.

—¿Seguimos hablando de suposiciones? Parece como si creyeras en ese libro mágico.

—No se trata de mí, sino de ellos. La Orden de Malta cree en él. Hasta ahora pensarían que se trataba de una historia protocristiana, como la Sábana Santa, la Vera Cruz o el Santo Grial. Es con el hallazgo de los pergaminos de Qumrán cuando la historia de los Caballeros Tenebrosos adopta un cuerpo real, y una mosca comienza a zumbar en la oreja del Gran Maestro. No quiere dar crédito a esa historia de los Caballeros Tenebrosos y, menos aún, en un libro mágico custodiado por un ser inmortal; pero la puñetera mosca no deja de revolotear y piensa que debe hacer algo. Contacta con el General Franco y, poco después, dos Caballeros y un Cazador están recorriendo el desierto en busca de una cueva. Ese libro existe, mágico o no, y la simple posibilidad de su existencia hace «tambalea los pilares del cristianismo».

—¿Cómo puede hacer eso un libro?

—No es un libro cualquiera. Dejando atrás la leyenda del judío, ese libro demuestra la relación entre Cristo y los esenios. La Iglesia hará lo imposible por localizarlo.

—Y destruirlo —razonó Lena—. Junto a todo rastro de su existencia.

—Todo rastro. Como nosotros.

Daniel apartó los ojos de la carretera para buscar los de la mujer. Había un pozo de melancolía en la mirada del Cazador mientras apretaba sus mandíbulas.

—¿Esperas encontrarlo allí?

—¿Dónde?

—En ese pueblo. En Lanuza.

—Algo me dice que sí.

—¿Qué harás si lo encuentras?

Daniel había pensado en ello, pero ninguna respuesta lo satisfacía. Su deber como miembro del Opus Dei lo inclinaba a entregárselo a José María Escrivá. El

futuro que corriera el libro no era de su incumbencia, igual que el Cristo de Salcillo o el cráneo de oro. Él era el Cazador y en la caza concluían sus competencias. Lo que el mesonero quisiera hacer con la carne del venado no le importaba. Así hubiera sido en cualquier misión anterior, pero las reglas habían cambiado. No estaba seguro de quién cazaba ni quién ejercía de presa.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lena apartando la vista del horizonte.

—Ya te lo he dicho. Hay dos mujeres en Lanuza que son responsabilidad mía. No espero que lo entiendas, pero ellas están primero. Luego todo lo demás.

—Muy propio de ti, si no fuera porque es mentira.

—¿Mentira?

—¿Crees que soy ese compañero tuyo de mandíbula cuadrada? —Daniel notaba los ojos de la austríaca mirándolo inquisidores—. Puede que no conozca bien España, pero sé distinguir el norte del sur y el este del oeste. También sé dónde están los Pirineos y si nos dirigiéramos allí el sol no estaría cegándome desde hace media hora.

Una sonrisa amaneció en los labios de Daniel, como la cola de una lagartija juguetona.

—Gracias a Dios, no eres Bruno —dijo acomodando las manos en el volante—. Prefiero tu pelo rubio al suyo cortado a cepillo.

—Detén el coche.

—No miento con lo de esas dos mujeres. Creo que podrían estar en peligro, pero antes tengo que ponerte a salvo en Barcelona.

—Te he dicho que detengas el coche.

Lena agarró el volante y tiró de él hacia la cuneta. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto hasta derrapar y detenerse. El pisotón de Daniel sobre el freno casi le hace atravesar la carrocería de hierro. Ella abrió la puerta del copiloto y se alejó apretando el cinturón del abrigo. Daniel accionó la palanca del freno de mano hasta el tope y se apeó.

Una capa de nieve sucia envolvía los zapatos de ambos. Lena permanecía de espaldas, con la brisa moviendo los buches de su cabello. Daniel se sentó sobre el guardabarros del coche y encendió un cigarrillo. No había más de cinco metros entre ellos, pero la sentía al otro lado de un hilo telefónico.

—¿Por qué me apartas de ti, Daniel?

Lena seguía de espaldas, con las manos en los bolsillos del abrigo, elevando los hombros para que el frío no penetrara a través del cuello. Frente a sus ojos se extendía un campo de matorrales que parecían una manada de ovejitas con pelo blanco y almidonado.

—Cuanto más intento acercarme, más te alejas —prosiguió Lena—. No me llames, te digo siempre. Olvídame, insisto después de cada noche que

compartimos. Luego tengo que salir corriendo para no sabotearme a mí misma; de otra forma creo que me lanzaría a tus brazos pidiendo que no te vayas, que me beses hasta que sea demasiado tarde para los dos. Odio sentir eso, y me alegro al comprobar que tengo fuerzas suficientes para abofetear tu cara y salir corriendo. —Un surco helado recorría sus mejillas inyectadas de rosetones rojizos—. Mi pecho bota cuando suena el teléfono de casa y escucho tu voz al otro lado. Bota de alegría, bota de furia hacia mí misma, de rabia porque, antes de parar mi lengua, ya estoy concertando lugar y hora para volver a verte.

Lena notó un molesto aroma a tabaco envuelto en loción de afeitado Barón Dandy. Ese olor en sus fosas nasales construía la figura de su amor hasta en la oscuridad. El Cazador la rodeó con los brazos hasta notar el pelo recio de su barba apretando contra la nuca.

—¿Tan estúpido es soñar con esto? —dijo Lena cogiendo las manos de Daniel—. Un abrazo que no se diluya con la luz de la mañana.

El aliento blanco de sus respiraciones se agitaba en un remolino transportado por el viento.

—Te quiero —dijo Daniel junto a su oído—. Y eso es lo que nos separa.

El corazón de Lena fue rodeado por alambre de espino deteniendo su movimiento. Era la primera vez que sentía a Daniel como suyo, suyo nada más. Por mucho que apretara ese alambre necesitaba seguir notándolo lacerante en su carne.

—¿Separarnos? El amor no tiene derecho a separarnos. No necesito que me protejas. La armadura de caballero medieval no te queda bien. Prefiero arrancártela y ver qué escondes debajo porque creo que solo encontraré miedo.

—No te equivocas mucho.

—¿Crees que llevándome de regreso a Barcelona va a desaparecer ese miedo? Que yo vuelva a Austria no te hará más valiente. Ni siquiera te asegura volver a verme. Ahora estamos aquí, amor mío. Me daba vergüenza llamarte así, pero ya no. Seguiré haciéndolo cuanto me apetezca. Te voy a besar cuando quiera. Y tú lo harás también. Me vas a abrazar como ahora si te viene en gana. No sé qué porquería ha incrustado la guerra dentro de ti, pero no me importa. Mañana un Caballero Tenebroso nos disparará a la cabeza. O será ese judío errante quien nos abra como un cerdo en el matadero. Me da igual. Iré contigo a Lanuza aunque no quieras. Pero antes vas a escuchar lo que tengo que decirte. —Lena se giró para permitir que las manos de Daniel rodearan su cintura por debajo del abrigo—. Vamos al coche. Es largo y tienes que prestarme atención.

Daniel arrancó el motor para conectar la calefacción. Tenían los labios tan amoratados que les costaba pronunciar palabras audibles.

—¿De qué se trata? —dijo el Cazador calentándose la punta de los dedos con

el aliento.

Lena se acercó a su oído y susurró:

—Hazme el amor. Eso tengo que decirte.

Se quitó el abrigo deslizándolo por sus hombros. Agarró el cinturón de Daniel abriendo la hebilla hasta permitirle meter una mano dentro de los pantalones. Estaba tan fría que Daniel dio un respingo acompañado de un grito casi femenino.

—¿Qué hay de nuestro acuerdo? —dijo desabrochándole el sujetador.

—Acabo de romperlo.

—De acuerdo. Supongo que Lanuza puede esperar unos minutos.

—¿Unos minutos?

—Quien dice unos minutos, dice media hora.

La plaza de la aldea bramaba bulliciosa. Los niños extendían sus manos cubiertas con guantes deshilachados delante del tubo de escape de dos camionetas. Al llegar el Citroën, un grupo de chavales corrió hasta la parte trasera para ocupar con sus manos la salida de gases.

—¡No pare el motor, por favor! —dijo un chico con un gorro tres tallas mayor que su cabeza.

Daniel se apeó accediendo a su petición. El tubo de escape de esos motores podía ser el único calor que probaran sus dedos ateridos. El caos dominaba la plaza, al margen de las risas infantiles y alguna bola de nieve surcando el aire. El principal movimiento se agrupaba en torno a las dos camionetas. Un número incontable de guardias civiles cargaban suficientes armas y munición para iniciar una batalla. Los niños apostados en los tubos de escape de los camiones resultaban un engorro en las labores, sin que las patadas propinadas a los zagales por los soldados fueran del todo efectivas. Poco a poco los chicos prefirieron acomodarse en torno al vehículo de Daniel, donde nadie los molestaba.

El camión más adelantado estaba listo, relleno de hombres con tricorno y fusiles. Daniel reconoció el bigote blanco del brigada, que tenía un pie en tierra y el otro dentro de la cabina de copiloto. Impartía instrucciones a dos compañeros que se secaban el sudor con el borde de sus capas. El brigada miró en dirección a Daniel, señalándolo con el índice, de modo que alguna de esas órdenes iba destinada para él. Terminó de introducirse en la cabina, cerrando la puerta del camión mientras se perdía monte arriba. La ruta era la misma que siguió el carro de Manuel días atrás, directa a El Salvador. Allí se encontrarían con un grupo de rebeldes republicanos dispuestos a ofrecer resistencia tras los muros del monasterio. En mitad de ambos bandos había dos mujeres y su compañero

Bruno. Daniel temió por la seguridad de los tres.

La segunda camioneta estaba casi lista para partir. Viendo el armamento que contenía no parecía una simple maniobra de represión.

—Tiene que acompañarnos, caballero —dijo uno de los guardias civiles—. El brigada ha ordenado llevarlo junto al alcalde.

—¿Don Mariano? —dijo Daniel, intentando recordar su nombre—. Me viene mal ir hasta Sallent de Gállego y estos chavales piensan lo mismo. Mírelos que a gusto están junto al tubo de escape. ¿Les vamos a hacer ese feo?

—El alcalde está aquí, en Lanuza —dijo un segundo guardia civil tomándolo del brazo—. Venga, vaya tirando.

—¿Estoy detenido, soldado? —Los civiles se miraron entre sí consternados—. Entonces suélteme. No me agrada tener que informar de trato semejante a un enviado del gobierno.

Daniel completó su disfraz empuñando el revólver. Lo hizo con descaro, dejando el arma visible junto a su muslo y con el pulgar traqueteando sobre el percutor.

—Estamos un poco nerviosos —intervino el primero de los hombres—. Si es tan amable de acompañarnos, se lo agradeceríamos.

Abandonaron la plaza siguiendo un camino que descendía hasta el lecho del arroyo. Las ruedas de las camionetas habían impreso marcas profundas que hacían imposible caminar sin embarrarse los zapatos. Daniel odiaba esa sensación. Para Lena era más una frustración, intentando desatascar los tacones.

Un silbido llamó la atención de Daniel. Apoyada en la esquina de una casa asomaba una gorra verde. Bajo ella, un muchacho de piel oscura volvía a silbar.

—Muy oportuno —dijo Daniel ayudando a Lena a salir del lodazal.

Los civiles los miraban con cara de fastidio mientras la pareja se acercaba al moro con pasos de borracho.

—Dejo a esta preciosidad a tu cargo, Manuel —continuó el Cazador—. ¿Me harás ese favor?

—Por supuesto, don Daniel.

El chico descubrió su cabeza haciendo visibles los moratones de su cara.

—¿Vas a dejarme con este hombre? —reprochó Lena.

—Cuidará bien de ti. —Daniel miró los pómulos hinchados del muchacho—. Hemos compartido cosas que hacen confiar el uno en el otro. ¿Verdad?

Manuel asintió. Daniel puso una mano sobre su cabeza y batió sus rizos negros. Después se acercó a Lena y la besó con fuerza rodeándola por la cintura.

—Ten mucho cuidado —susurró ella con los labios enrojecidos.

—¿Olvidas quién soy? Nada escapa al Cazador.

—¡Fanfarrón!

Acompañó a los civiles hasta una vaguada cubierta de pequeños guijarros y tierra limosa. El alcalde relucía entre un grupo de hombres junto a la orilla. Era fácil distinguirlo con sus dos cuartas menos de estatura. Rodeaban un bulto sobre la orilla empedrada, verde oscuro. Al descubrir la presencia de Daniel se apartaron, permitiéndole ver el cadáver de Franco, hinchado y con cara deforme. Su último recuerdo del viejo lo situaba sobre el puente, con una bala entrando en su cabeza y el pie de un comandante republicano empujándolo al arroyo. Tarde o temprano el agua devuelve aquello que engulle, pero esta vez la devolución había sido demasiado rápida e inoportuna. Todos lo miraban esperando algo del Cazador. Daniel no tenía nada que decir. Comprendió el movimiento de tropas en la plaza y su interés en partir hacia el Argualas. La muerte de Carranco los había animado a eliminar las ratas republicanas que horadaban el monte, pero la aparición del nuevo cadáver los animó a apresurarse. Ya no había leyenda ni judío que rompiera su determinación.

Un sonido atronador retumbó en la vaguada. Procedía monte arriba, deslizándose las vibraciones por el valle hasta alcanzar la aldea. Era una explosión, grave y funesta que hizo dirigir las miradas del grupo hacia la cumbre del Argualas. Cerca de ella estaba El Salvador, con una nube blanca y polvorienta emergiendo entre los pinos.

Corrieron hasta la plaza. La segunda camioneta avanzaba lentamente recogiendo soldados rezagados. Daniel alcanzó el brazo de uno de ellos y subió de un salto.

—¡Eh, usted! —gritó el alcalde corriendo con sus pequeñas patitas—. ¿A dónde demonios va?

—¿Piensa que voy a escapar rodeado de guardias civiles? —dijo acomodándose en el interior del vehículo.

En mitad de la plaza, asida a un brazo de Manuel, vio a Lena. La preocupación de su rostro le sentaba muy bien. Le parecía en ese momento la mujer más bella del mundo.

«Cuídamela, Manuel —se dijo viéndolos desaparecer entre los edificios».

Una sensación lo golpeó, la punzante impresión de que el chico intentaba decirle algo mientras se alejaba, la certeza de que quería prevenirlo.

«Sí, pero ¿de qué?»

SEGUNDA LECTURA

Samuel regresó cerca del ocaso. Lo acompañaba Dan y una partida de cinco beduinos, todos montados en sus camellos y con el polvo del desierto dándoles a sus vestimentas un aspecto pardo.

—¿Has aprovechado el día? —dijo Samuel depositando en el suelo la alforja.

Dentro de ella estaría el libro rojo. Por nada del mundo se separaba de él. Un látigo de envidia fustigó al muchacho.

—Me han dicho que has hecho nuevos amigos. Y amigas.

El chico estaba tumbado en el suelo. Se giró, dándole la espalda al cristiano.

—Mañana me marcho de aquí —dijo Ahmed—. Cogeré mis cosas y me iré.

—¿De qué estás hablando?

—Ya no me necesitas. Estás seguro y de nuevo con tu gente.

Ahmed comenzó a traquetear con los dedos sobre la alfombra, arañando su superficie. Escuchó a Samuel dirigiéndose a un rincón para hurgar entre las pertenencias del chico.

—¿Qué haces? Deja mis cosas.

Samuel se detuvo. En su mano derecha llevaba el libro rojo. Había estado allí todo el día, oculto entre las pertenencias de Ahmed. El cristiano se sentó y abrió el libro por la última página leída.

—¿Piensas acercarte para escuchar? ¿O vas a seguir gimoteando con la rabieta de un niño mocososo?

Odiaba que le dijera eso, tragando un par de libras de orgullo en salazón.

—¿Dónde has estado todo el día?

—Intentando encontrar a nuestros perseguidores. Los beduinos son rastreadores excelentes y han dado con sus huellas. Son tres hombres, a caballo y con armadura. No los hemos encontrado, pero sabemos que están ahí. —Alisó una de las hojas del libro, prestando cuidado en no impregnarla con el sudor de sus yemas—. Por eso he preferido que te quedaras aquí, protegiendo mi libro. ¿Te parece una misión pequeña?

—No puedo ayudarte si no conozco esa misión. —Ahmed se sentó junto a él con los brazos cruzados—. Vamos, lee de una vez.

Samuel mostró sus dientes en una sonrisa cálida. Le dio al chico un pequeño empujón con su hombro y empezó.

El relato de Michob Ader continuaba. *El Judío Errante*, según rezaba al comienzo. Ahmed se preguntaba cuál sería la relación entre Michob y su amigo cristiano, pues la que se estaba fabricando en su imaginación era del todo imposible. Ambos eran llamados *judío errante*, pero Michob y Samuel no podían ser la misma persona. Apartó esa idea y se centró en escuchar.

Cansado del rechazo recibido, Michob vendió el taller y todas sus pertenencias, y se trasladó a las afueras de Jerusalén. Tampoco allí encontró sosiego. Atacado por fanáticos cristianos unas veces, insultado en la calle otras, se arruinó al poco tiempo. El relato oscilaba intermitente entre el cruel destino del judío y una obligación moral que nacía en su interior: conservar la sangre impresa en sus pergaminos como el mayor tesoro de su vida. Se llamaba a sí mismo Guardián de la Sangre, sintiéndose ligado a ella. Era el germen de sus desdichas y también el de su gloria.

En ese punto del relato, Michob supo de una comunidad judía que residía cerca del mar Muerto, muy cerca de Jericó. El profeta Juan Bautista había adquirido allí su sabiduría, legada más tarde al propio Nazareno. Decidió trasladarse hasta ese lugar, siendo de ese modo como conoció a los esenios, los Hijos de la Luz, y su ciudad sagrada: Qumrán.

Samuel hizo una pausa para tomar un sorbo de té caliente.

—Sigue leyendo, por favor —pidió Ahmed.

Michob se había integrado en la comunidad esenia con naturalidad, participando en todos los ritos.

Ahmed disfrutó de la descripción de la ciudad, elevada sobre una colina desde la que se controlaba todo el valle. Sufrió con la horrible descripción de un terremoto que asoló el lugar. Luego un incendio. Su dios parecía castigarles. El judío hablaba de una prueba, un compromiso con la ley que tenía que ser renovado y una revelación que cambiaría su vida.

Algo interrumpió la lectura. Unas pisadas acercándose.

Samuel dio un respingo, ocultando el libro debajo de los pliegues de su pantalón. La puerta de la tienda se abrió. Por la abertura se veían las botas del visitante.

—¿Es de vuestro agrado el té? —dijo Dan terminando de entrar en la tienda—. Yo prefiero nuestro té dulce, pero sé que este es el preferido de Samuel.

—Lo recuerdas después de siete años —dijo el cristiano.

—Algunas cosas no se olvidan. Las costumbres de un cristiano entre musulmanes, por ejemplo. O su aspecto siempre enfermizo. ¿Seguro que estás comiendo bien? No me gustaría encontrarte tieso una mañana y que alguien lo achacase a la gastronomía Ta'amireh.

Los dos hombres se miraron a los ojos. Los de Samuel permanecían estáticos, pero los de Dan titubeaban hasta bajar a las ondulaciones de la alfombra.

—Dime, Dan. ¿A qué has venido?

El beduino se sentó. Más bien se desplomó.

—Tenéis que iros de aquí —confesó Dan—. El consejo de ancianos ha estado reunido. Están asustados, Samuel. Todos lo estamos. No somos hombres de guerra. Ni siquiera tenemos armas.

—He visto arcabuces en la tienda principal. Seguro que guardáis algo más en la armería.

—¿Armería? Un depósito con cuatro espadas y algo de munición para espantar chacales no es una armería.

—No debes preocuparte, Dan. Nos marcharemos pronto.

—Pronto es algo impreciso. Para esos viejos el tiempo es una esmeralda del tamaño de un puño. Pronto está bien, pero mañana es todavía mejor. Tu chico también tendrá que marcharse.

Ahmed no quería seguir huyendo. Necesitaba encontrar un trozo de tierra en el que acurrucarse sin ser molestado durante unos días. Mejor semanas. Pensó en la chica de piel oscura y ojos almendrados. Temía que todo hubiera sido una ilusión.

—Entiéndelo. Son nuestras familias las que están en peligro.

—Las mismas familias que he protegido toda mi vida. —Dan parecía tener algo que decir—. Me vas a escuchar. Es vuestro clan, pero hasta cierto punto también es el mío, no lo olvides. Lo he defendido con mi espada cuando ha sido necesario o con mi dinero si se me ha requerido.

—Una deuda de gratitud mutua une a los Ta'amireh con el judío errante. Así lo cuentan nuestras canciones.

Samuel tomó un pequeño vaso y sirvió té en él. El líquido oscuro humeaba impregnando el aire de aroma terroso.

—Comparte esta delicia conmigo —dijo Samuel—. El primer sorbo es amargo, pero luego mejora.

—Cierto —dijo Ahmed inmiscuyéndose en la conversación—. Los siguientes son más amargos todavía.

Brindaron los tres como preámbulo a una larga charla sobre el tiempo en aquella estación, la alimentación de un camello comparada con la de un

dromedario y la preferencia entre pechos grandes o rostro lindo en una mujer. Ahmed prefería no tener que escoger, pero una cara bonita le resultaba más apetecible siempre que no fueras un niño de teta. Samuel y Dan se mostraron conformes.

—Te echaremos de menos, Samuel —dijo Dan frotándose las rodillas antes de salir.

Luego se entornó hacia Ahmed con aire de forzada cortesía.

—Encantado de conocerte, muchacho. Hubieras sido un buen Ta´amireh.

Dan levantó el toldo y salió de la tienda, dejando un rescoldo amargo en los ojos de Samuel. Parecía más viejo y enfermizo. A Ahmed le hubiera gustado seguir escuchando el relato de Michob, pero ese momento había pasado. Se recostaron arropados por el silencio e intentaron dormir.

Un ruido entre metálico y arenoso lo despertó. No era más que un eco entre las dunas pero su sueño era tan ligero que hasta el movimiento de un escarabajo pelotero lo despertaría. Los habían alojado en una zona apartada, pero distinguía el mismo sonido, repetido por el eco. Con una brizna de atención lo identificó.

—¡Samuel! ¡Despierta, rápido!

—¿Qué ocurre?

—¡Caballos!

El cristiano se puso en pie de un salto, asegurándose de no haber perdido el libro. Seguía allí, escondido en su lugar. Se puso de pie y salió de la tienda volcando la tetera y todos los recipientes.

—¿Oyes? —dijo Ahmed—. Cerca de la tienda comunal. Son varios caballos.

—Tres —identificó Samuel—. Acompañame.

En silencio, caminaron furtivos recorriendo los cien metros que les separaban de la tienda principal. Cerca de la entrada hallaron los tres animales, provistos de buenas monturas y equipamiento. Varias armas colgaban de ellos, sujetas con amarres de cuero.

—Espadas cristianas —advirtió Ahmed.

Samuel se acercó, apropiándose de una de ellas. Con un gesto, invitó a Ahmed a proveerse también. El chico se decantó por un juego de dagas. Un moscardeo de susurros salía del gran toldo. Samuel apretó fuerte la empuñadura de su arma y entró.

Todos los ancianos estaban congregados, con Dan en un extremo y tres hombres frente a ellos. Eran fáciles de identificar, con capa roja y una coraza de hierro. En el centro de ella relucía desafiante la cruz de Malta.

—No podéis interrumpir esta asamblea —dijo uno de los ancianos.

Dan se acercó reconciliador:

—Han venido a hacer una propuesta. Es deber de anfitrión recibirles.

—¿Por la noche y en secreto? Solo puede ser una propuesta de amor o de conjura.

—Y no veo mujeres por aquí —añadió Ahmed.

—Sígueme —le dijo Samuel apartando a Dan con violencia.

Los Caballeros se levantaron ofreciendo a los recién llegados un gesto desdeñoso con sus relucientes petos de acero.

—Volvemos a vernos en la misma situación, judío.

La voz era conocida para Ahmed. También su porte sereno y espalda ancha apreciable bajo la coraza. El capitán había sobrevivido a la explosión de La Real, igual que Hizir.

Samuel empuñó el arma con fuerza y lanzó un tajo contra el Caballero de San Juan. Desprovisto de gorjal y cota de malla, el impacto fue suficiente para separarle la cabeza de los hombros. El cuerpo tembló y cayó sobre el suelo alfombrado vertiendo sangre como una fuente. Ahmed asestó el siguiente golpe. Tenía la daga preparada para lanzarla. La tensión tonificaba su puntería acertando a otro Caballero en mitad de la frente. Un puñal escondido en la manga del tercer soldado quiso ensartar a Samuel, pero Ahmed logró interrumpirlo hundiéndole la siguiente daga en la axila hasta salirle por la escápula. Samuel dio un revés con el mandoble y al bajar la hoja se llevó cercenado el brazo atacante. Con una tercera daga, Ahmed le atravesó el cuello. Esa fue por cortesía, para evitar una muerte lenta por desangramiento.

Tres cadáveres cristianos yacían en el suelo. El siguiente en abrir la boca fue Samuel:

—La asamblea ha concluido.

EL CORAZÓN DE LA MONTAÑA

La espada del arcángel aún goteaba sangre cuando el extraño de túnica marrón perdió el equilibrio y cayó de rodillas junto al cadáver exánime de Fermín. La empuñadura oxidada giró sobre su mano al ser liberada de fuerza y, al contacto con el suelo, el metal afilado tintineó hasta dejar de bailar.

El hombre levantó sus ojos entreabiertos, con las manos apoyadas en el suelo de baldosas. Una sonrisa tímida resquebrajó sus comisuras antes de tornarse en un rictus moribundo y desplomarse.

Desde el lado opuesto de la habitación, la hermana Emilia lo veía agonizar.

—¡Bruno! —chilló la monja corriendo a su encuentro.

El joven calzaba unas sandalias de esparto impregnadas de sangre. Tocó su cuerpo, notando la piel sudorosa y ardiendo en fiebre. Había una mancha parduzca que humedecía su vestimenta en la zona del abdomen. Al inspeccionarla encontró un desgarró en la tela y tras él una hendidura que penetraba en el Caballero.

—Estás herido —dijo Emilia—. ¿Qué ha pasado?

—La Orden será grande, más y más grande —dijo Bruno con labios amoratados—. El discípulo de Pablo lo verá. Temerá a la Orden. El libro le hará temer.

—¿Qué has hecho con el judío? —preguntó Virginia sentada sobre la cama y temblando.

—El castigo de los indignos.

Su respiración se aceleraba con cada frase pronunciada.

—Igual que con los demás —continuó—. Todos muertos. Ahora soy yo quien viste su piel.

Virginia se puso en pie y corrió hacia el exterior de la celda. Pasó tan cerca del Caballero que este no tuvo más que mover su brazo un palmo para agarrar el tobillo de la chica como un perro de presa. Virginia se trastabilló y perdió el equilibrio, golpeándose la frente contra el suelo del claustro. Había perdido el sentido. Bruno la siguió después.

Una bruma de silencio se filtró dentro del monasterio. Emilia no conseguía escuchar más que el graznido taciturno de los cuervos posados sobre los tejados. Sus únicos testigos eran un hombre y una chica desmayados, inconscientes. Era la primera vez en dos meses que volvía a ese silencio y lo juzgó demoníaco.

Ayudar a su niña fue fácil. Tenía un surco de sangre en la frente junto a un chichón rosado, apenas el cabo sobrante y rojo de un cordón de zapatos. Lo limpió con un paño húmedo y la recostó sobre la cama. Se aseguró de que estuviera cómoda y arropada. Le dedicó una caricia apartando el pelo de la cara y siguió con su trabajo.

Socorrer a Bruno era otra cosa. Pesaba como el lobo de caperucita una vez relleno de piedras en la barriga. Le quitó la túnica hedionda que llevaba y lavó su cuerpo. Mirada de cerca, la herida del abdomen parecía insignificante. Necesitó cuatro puntadas imprecisas con aguja e hilo para cerrarla, pero sabía que en el interior de su cuerpo la muerte había criado discípulos que terminarían por llevárselo con ella. Un objeto afilado había penetrado en sus vísceras, perforándole el estómago, las tripas o el bazo. Puede que todos ellos.

Nada más podía hacer por los vivos. Era el turno de los muertos.

Dos estaban colgados en una viga de la iglesia. La mitad superior del comandante Rodrigo reposaba cerca del puente y también las piernas de Doscaras. Pero su preferido era el guerrillero de manos grandes, desnudo sobre el suelo de la celda. Le había quitado la ropa, sirviendo las prendas para vestir a Bruno con más decencia. Tomó el cadáver del guerrillero por los talones y lo arrastró hasta el huerto, donde le esperaban sus compañeros, ya apilados como casquería en un matadero. También estaba el cuerpo desollado de Benito.

Era un bonito montón de carne que purificar y en el monasterio encontró buenas herramientas para hacerlo: algo de aceite, ramas y paja. También la caja de cerillas. No quiso mirarla. Encendió una y la aplicó bajo los testículos desnudos de Manotorta. Había colocado allí las demás cerillas, prendiéndose todas con un brillo explosivo que casi le abrasa las cejas.

—¿Lo ves? —dijo al cadáver del guerrillero—. Sabía que al final te quemaría los huevos.

El montículo de cadáveres se consumía golpeado por lazos de fuego feroces que vomitaban humo negro. Llevó su nariz a la tela del hábito e inspiró. El hedor de la carne chamuscada lo impregnaba. Tuvo el deseo de lanzarse a las llamas y fundirse con ellas. Estaba segura de que tras el dolor inicial sería como volver a casa, rodeada de sus diez hermanos. No sabría a cuál abrazar primero.

Un crujido la detuvo. Se giró y vio a Virginia arrodillándose en el suelo, llorando en silencio mientras las piernas se le hundían en la tierra. Sus ojos redondos miraban la hoguera.

—Sabía que esto pasaría y esperé —dijo la chica—. Esperé hasta ser demasiado tarde. Todos lo decían, pero no escuché a nadie. —La muchacha recogía lágrimas con el dorso de la mano emborronando la suciedad de su cara—. No se juega con el judío errante.

En su mano derecha llevaba un cuchillo, grande y de brillo acerado.

—¡Hermana Emilia! —escucharon gritar cabalgando sobre un eco lejano—. ¡Hermana!

La voz procedía del sur, en dirección al sendero. Dejó a la chica de rodillas en el barro y corrió hasta la iglesia. A través del portón vio un grupo de manchas verdes tras el arroyo.

—Dios bendiga a los hombres de buena voluntad —dijo la religiosa cerca del puente derrumbado.

Una camioneta cubierta por un toldo expulsaba guardias civiles de su interior. Uno iba tocado con tricornio y sostenía algo en la punta de su Mausin. Eran los restos deformes de un brazo. Sujeto a la puerta del conductor había otro hombre, vomitando como si lo necesitara para seguir vivo. A un metro, un cordón de vísceras tintaba de marrón un montículo de nieve.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el guardia civil con tricornio.

Tenía bigote blanco y vestía un elegante uniforme, algo estrecho para su prominente barriga y repleto de medallas. Comprobó que sus hombros y antebrazos estaban cubiertos de bordados que indicaban alguna graduación, pero ella las desconocía todas. Se acercaba con temor al desnivel, con el arroyo separándolos más de diez metros. Un desprendimiento bajo los zapatos del tipo daría con su bonito traje en el arroyo. Después caería por la cascada y tras eso no sería más que otro cadáver flotando corriente abajo. El guardia civil decidió recuperar el paso adelantado y volver a la seguridad del suelo firme.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó recolocándose el tricornio.

—Por favor, deben darse prisa. No hay tiempo para explicaciones. Hay dos personas más en el monasterio. Uno está herido y necesita medicinas. Dense prisa, por favor. Temo por su vida. De mí no se preocupen. Ni de la niña tampoco. Pero corran, por favor. ¿Qué hace ese de ahí vomitando? Ya habrá tiempo para eso. No sé a qué esperan.

—¿Una niña dice? —la interrumpió el soldado.

El recuerdo de Virginia orinándose encima vino a su cabeza. Miró hacia la iglesia y creyó verla junto a la puerta, cortándose el cuello con el cuchillo. En la otra mano llevaba la cabeza de Bruno. Era solo un espejismo.

«Una señal. Dios me habla con una señal».

Regresó corriendo al monasterio sin hacer caso a las voces de los soldados.

Miró en el huerto. No estaba allí. Las huellas de sus pequeños zapatos se

alejaban en dirección al claustro. Las siguió hasta penetrar en la celda de Bruno.

«Santo Dios. ¿Qué idea te ha roído la mente, criatura?».

Entró en la habitación. La chica estaba frente a la cama. Aún llevaba el cuchillo en la mano, apretado y vibrante, pero el colchón estaba vacío.

—¿Qué has hecho con él, niña? —preguntó sujetándola de la muñeca—. ¿Dónde está Bruno?

—Se ha ido.

Seguía siendo la misma chica endemoniada. Una roja mentirosa, se dijo, eso es lo que es.

—¿Por qué mientes, asquerosa? —gruñó Emilia apretándole la muñeca hasta hacerle daño.

—¡Suélteme, loca!

La chica recogió su mano hasta el pecho con un movimiento impulsivo que arrastró a la religiosa de bruces contra la cama.

—¿Loca? Te voy a sacar esa cría a patadas. Los civiles cruzarán el puente pronto, con cuerdas, maromas o lo que sea. Entre todos te llevaremos al huerto y allí... Te juro que allí te pegaré fuego. Arderás, hereje. ¡Vas a arder!

—¡No me importa, vieja fascista! Siempre he sabido cuál era mi lugar. Morir en una cuneta rechazada por todos. Comunistas, fascistas, sois todos la misma mierda. Conoceré el infierno, pero ninguno de vosotros pisará el cielo.

—Escupe esas blasfemias.

Con dedos furiosos, agarró a Virginia por el pelo y tiró de él. Sintió cómo la chica respondía del mismo modo, arrancándole el tocado. Emilia notó su pelo al aire, enmarañado y sucio, haciéndole sentir desnuda en mitad de un prado. Eran cien ojos mofándose de su aspecto ridículo.

—¿Cree que ese hábito de monja puede engañar al diablo? Usted piensa que unos padrenuestros y letanías lo espantarán, pero el demonio sabe de escondites y disfraces.

—¿Es lo que te ha enseñado el judío?

—Ingenua hasta el final, loca asesina. Cree la leyenda como una estúpida más. El judío errante no existe.

—No es verdad. Estás mintiendo.

—Hasta ahora sí. Vosotros y vuestro nacionalcatolicismo no os merecéis más que mentiras en esta España de pastel de nata.

Virginia levantó el tocado de la religiosa en alto y lo tiró al suelo con todas sus fuerzas. El cuchillo seguía en su otra mano. No le hubiera resultado difícil clavarlo en las tripas de Emilia hasta sacarle la punta por la espalda.

—La historia del judío circula desde hace siglos por el valle para espantar a forasteros entrometidos, gente como ustedes, malditos fascistas.

—No es verdad. Lo noto. Una presencia oscura recorriendo los pasillos por la noche. La he escuchado.

—Por supuesto que sí. Tendría que ser sorda para no escuchar a Manuel.

—¿Manuel?

—Y no solo a él. También habrá escuchado a Joseph ayudándolo a sacar piedras del sótano.

—¿Joseph? —Una duda negra pretendía devorarla—. ¿Joseph es el judío?

—No. Es el padre de mi hijo. Lo más parecido a un marido que la puta del titiritero puede conseguir. —Virginia echó un vistazo al claustro y luego se sentó en el borde de la cama—. Lo siento hermana, pero creo que ningún cura nos ha bendecido antes de follar.

Con cada palabra, Emilia estaba más confundida. Virginia dejó el cuchillo encima de las sábanas y continuó:

—El día que me encontró en el huerto y le pedí comida, no estaba sola. Nunca lo he estado. Llebamos meses retirando piedras del sótano, pero entonces apareció usted a bordo de ese bonito mercedes negro y lo complicó todo. Joseph quería deshacerse de usted, pero lo persuadí de no hacerlo. Manuel estaba de acuerdo conmigo. Su ausencia crearía preguntas y las preguntas son inoportunas cuando buscas un tesoro bajo tierra. Es mejor pasar por corderito inofensivo; hacerle la cama, prepararle sopa y lavarle el hábito con agua helada. Al caer la noche y encerrarnos en nuestras celdas llegaba el turno de Joseph. Los ruidos en la oscuridad, latas de conserva que faltaban, puertas que se abrían sin explicación... Todo fruto de Joseph.

—Entonces, el judío errante es el padre de tu hijo.

—¿Tan perturbada está que no percibe lo evidente? No existe ningún judío, la leyenda es una mentira. Los republicanos dejaron en el sótano objetos de valor que hemos intentado sacar. Manuel lo descubrió de algún modo y me propuso ayudarme. Sabía que yo necesitaba dinero y era la única en Lanuza inmune al miedo de la leyenda. Acompañé a mi padre demasiadas veces de pastoreo como para temer a ningún judío errante. Esa es la historia. No es tan sobrenatural como gustáis los católicos, pero es la verdadera. Esos civiles de la puerta me buscan desde hace tiempo por distribuir octavillas comunistas. Era uno de los favores que le hacía a Manuel antes de venir a El Salvador. Un día me cazaron con un buen fajo y tuve que huir al monte. Manuel se sentía culpable y me confesó su secreto: un sótano lleno de riquezas y esta llave. —Virginia extrajo de su delantal una llave oscura—. En mi situación no había mucho que decidir. Si eres un patriota levantado contra el fascismo no tienes otra opción que echarte al monte, ser un maqui y llorar por la España mutilada que dejas atrás. Pero si hasta por ellos eres rechazada, y tratada como una ramera, no tienes más salida que

huir. Ese era nuestro sueño. Joseph quería esperar hasta la primavera, ver nacer a nuestro hijo y, con los pasos abiertos y suficiente dinero, cruzar la frontera hasta Pau o Tarves. Parecía un sueño muy bonito cuando lo contaba. —Los ojos de Virginia se tornaron más bellos e inocentes—. Ahora arde sobre un montón de cadáveres.

El olor de la carne chamuscada era perceptible desde allí.

—Tu hijo es hijo de Joseph —dijo la religiosa respirando tan rápido que se sentía ebria—. Llevas la sangre del judío en tu vientre. La sangre de Dios.

—¿No escucha?

—Tienes una parte de Dios dentro de ti.

—Definitivamente ha perdido el seso.

—Cuando des a luz conoceré al hijo de Dios. Le pediré que perdone mis pecados y entonces... Entonces tendré mi alma libre.

—Joseph no es el judío errante.

—¡Sí que lo es!

—¿Está ciega? ¡Joseph está muerto en esa hoguera! Bruno lo mató como a los demás, le arrancó la piel y lo colgó de una viga de la iglesia. Hasta se puso su túnica.

—Entonces... Bruno tiene que ser el judío.

—Está como un cencerro. —Una idea se encendió en Virginia—. ¿Qué le parece si lo comprobamos?

—¿Qué estás diciendo?

—Creo saber dónde está, así que vamos a averiguarlo. —La expectativa de la venganza brillaba en la cara de Virginia—. Comprobemos si es el judío errante. Matemos a Bruno.

La puerta de hierro no se movía ante las embestidas del Caballero.

—No se abre. ¿Por qué no se abre?

Tenía los hombros machacados de dolor. El mensaje sobre su cabeza se burlaba de él cada vez que miraba la placa de mármol.

«Para. No sigas —le advertía en latín».

La antorcha de su mano pesaba una tonelada.

—¡Ábrete, condenada! —Dio una patada inútil a la puerta—. ¡Ábrete de una vez!

—¿Has probado a usar una llave? —escuchó.

Tras la abertura que conducía a la galería principal, encontró a Virginia. A su lado estaba la monja.

—Suele funcionar mejor con esto —dijo la chica con una llave entre los dedos

—. Ven a por ella.

—Por favor, Virginia —dijo la monja con tono lastimero—. Esto está mal.

Bruno soltó la antorcha en el suelo. Dio dos pasos hasta el montón de escombros que lo separaba de ellas y lo cruzó jadeante. Apenas podía ver la silueta ensombrecida de las mujeres cuando notó una mota de luz brillante cortando el aire en dirección a su pecho. Detuvo la estocada a pocos centímetros de su carne. Retorció la muñeca atacante y un cuchillo repicó sobre el suelo de piedra.

Había tenido más suerte que la vez anterior. Entonces estaba desprevenido y su asesino aprovechó para asestarle una herida mortal en el abdomen. Pero el tipo olvidó sacar la hoja con la misma rapidez que la introdujo y ese fue su error. Hasta la cabeza de un jabalí puede destripar a un hombre después de muerto. Él era algo más que un jabalí. Sujetó la mano del asesino cuando el cuchillo aún estaba en su interior, extrajo la hoja y la giró hacia arriba. Un movimiento ascendente bastó para clavársela bajo la mandíbula.

Quien fuera ese hombre, no era el judío errante. Se supone que no puede morir y este estaba bien muerto. Le quitó la túnica y se vistió con ella. Un Caballero de San Juan jamás desiste de su empeño. Eso es lo que dicen. El suyo sería limpiar El Salvador de invasores comunistas.

Pestañeó, descubriéndose en el túnel con Virginia, aprisionada contra el muro y el cuchillo a punto de ensartar uno de sus preciosos ojos marrones. La adrenalina menguó, dejando libre a la chica.

—Abre la puerta —le ordenó con voz débil pero firme.

—Apenas se sostiene en pie. —Emilia se había acercado a Bruno hasta acariciarle el cabello empapado de sudor—. Le ayudaré a regresar a la cama.

El Caballero sintió el deseo de refugiarse en los brazos de la mujer. Eso le ayudaría a reponer fuerzas de nuevo.

—Vamos a Lanuza, Bruno —dijo el Caballero apoyándose contra la pared—. Pues aquí estoy, Daniel. Cumpliendo nuestra misión. El insignificante y tonto de Bruno está aquí. El prescindible. Medio desangrado, pero con un regalo para el Gran Maestro. Mírelo, eminencia. —Se separó de su apoyo, dando un paso tambaleante y señalando la puerta cerrada—. Le traigo un regalo. Solo una puerta me separa de él. Aquí lo tienes Elio, amigo mío. Tras esa puerta está el libro que buscabas. Lo tomaré en mis manos y al abrirlo conseguiré su poder. La inmortalidad tal vez. ¿Quién se atreverá a despreciarme ahora? La Orden será grande, más y más grande. El libro la hará crecer. Será grande. El apellido Casteldolfo lo será. Tan grande como el del Gran Maestro. Más aún.

—No malgastes las fuerzas —dijo Emilia sujetándolo con dificultad.

—Todos me ayudaréis si queréis conocer un nuevo día. —Bruno enarboló el

cuchillo en dirección a Virginia—. Ábrela de una vez.

La chica parecía estar esperando la orden. Se giró hacia la puerta e introdujo la llave en la cerradura. Encajaba perfectamente y al girar resonaron las piezas del mecanismo interior. El metal de la hoja crujió y se abrió hacia el interior que custodiaba. Mientras, Bruno había recuperado la antorcha. Con una leve presión, quedó abierta por completo.

«Una puerta a las estrellas —soñó».

La luz mortecina comenzó a bosquejar líneas ocres y rectas entre una maraña de hilos plateados. Avanzó reconociendo las dimensiones de una habitación embadurnada de telarañas. Tras ellas, se alzaban dos bloques rectangulares con textura rojiza.

Ondeó la antorcha de un lado a otro apartando jirones colgantes. Eran estanterías repletas de libros con diferentes tonos que iban del burdeos al rosáceo, cubriendo la habitación, dejando entre sí una separación de medio metro. Al iluminar el hueco con la antorcha encontró otro par de estanterías tras las primeras. Estaban dispuestas del mismo modo, y otras después de las segundas, con miles de libros apilados.

El pasillo moría en una pared de roca caliza, también llena de libros. Se distinguía la superficie irregular del muro por encima de los armazones de madera. Quiso investigar un poco más, pero la antorcha había perdido toda su fuerza. Se quitó el chaleco y envolvió con la tela el palo ardiente. Hasta entonces no se dio cuenta de que vestía ropa de otra persona. Le quedaba ajustada, limitando sus movimientos.

Con el brillo del fuego recuperado, giró a la derecha. Más estanterías. Sus fuerzas eran las últimas gotas de un vaso volcado sobre la mesa. Un dolor ardiente en su abdomen intentaba paralizarlo.

—Vámonos de aquí, se lo suplico —solicitó Emilia desde la puerta de entrada.

—Un Caballero de San Juan jamás desiste de su empeño.

Levantó la antorcha y avanzó hacia el lado izquierdo. En esa zona la habitación se prolongaba como un brazo estirado y recto, franqueado igualmente de estanterías. Caminó por él hasta llegar al fondo y allí se detuvo.

Un muro ocupaba su visión. Desnudo. Blanco.

«Hay algo más. Debe haber algo más».

Lo único que encontró fue un pequeño bloque de piedra sobre el suelo. Era redondo, cilíndrico, como la base de una columna o un pedestal.

Colocado de forma descuidada había un libro rojo.

«Para. —Las palabras escritas en la placa de la entrada le hablaban—. No sigas».

Cogió el libro con las manos temblando y comenzó a llorar. Las lágrimas

cayeron sobre el tomo rojo y resbalaron hasta el suelo. Rozó la cubierta con la yema de las manos y lo abrió.

Presta atención caminante
a esta historia que es leyenda.
Quizá con ello aprenda
la leyenda del judío errante.

—¿Qué demonios es esto? —dijo Bruno hojeando el resto del libro.

Estrofas y más estrofas rimadas. No podía creer que Elio reposara bajo unas piedras del mar Muerto por algo así. Se apoyó en una estantería. Al hacerlo, una repisa carcomida cedió tirando todos los volúmenes que sustentaba. El libro rojo quedó escondido bajo ellos, sin lograr encontrarlo. Entendió la razón.

Todos eran rojos.

Acercó la antorcha. Cientos de tomos rojos. En su interior lo saludaban con el mismo poema.

—Presta atención caminante —leyó en uno—. Presta atención caminante —en el segundo y tercero.

El cuarto y hasta el décimo. La habitación entera custodiaba miles de copias. Se desplomó de rodillas, crujiendo sus cartílagos.

—¿No has encontrado lo que buscabas? —gritó una voz.

Iluminadas por la luz anaranjada de la antorcha, las dos mujeres se giraron asustadas hacia la puerta de entrada. Bruno se limpió las lágrimas y se reunió junto a ellas. Enfocó el largo pasillo hasta la salida y bajo el quicio de la puerta encontró el origen de la voz.

Sujetando un candil de aceite, Daniel los observaba.

TERCERA LECTURA

Hoy me han llevado hasta el refectorio. Tras el baño ritual, los sacerdotes me han solicitado que esperara. Allí mismo me han hecho partícipe de su tesoro.

En las colinas circundantes, los esenios han escarbado durante años una red de cuevas en la arcilla. En ellas, dentro de vasijas cubiertas de pez, han acumulado todo escrito inspirado por la mano de Dios. Profetas, reyes, eruditos y labradores. Miles de rollos de pergamino metidos en vasijas. Los he visto. Ahora siento que soy un esenio más. Pero un esenio con un secreto que siento mayor.

Como servidor de ella, confío en la luz frente a las tinieblas. Conmigo guardo el testamento del Nazareno. La auténtica reliquia de su paso por este mundo, y noto la mano de Dios uniéndolo todo. Judíos esenios y cristianos. Musulmanes también. Diferentes caras de un mismo Ser. Así lo siento en mi corazón.

Cada día entiendo mejor las palabras del Bautista. Ahora comprendo al Nazareno y lo que depositó en mí: un lazo de sangre.

He solicitado a los escribas copiadore que me entreguen varios pergaminos en blanco. Suelo ayudarles en sus tareas y se han mostrado complacientes. He cosido mis pergaminos con la Sangre y los he unido a los que me han entregado. Luego he recubierto todos con cuero rojo para protegerlos y en ellos escribo este relato.

El Señor nos da una vida larga algunas a veces, corta muchas otras. Solo Él conoce cómo será la mía.

Has escuchado mi leyenda, caminante, y ahora te la entrego.

Ahmed tenía la mirada fija en el grueso libro de cubierta roja.

En la tienda principal, los Ta'amireh discutían qué hacer con los cadáveres

cristianos. Mientras, Samuel y el muchacho acompañaban el término de la noche con el relato de Michob Ader.

Lo leído era solo una pequeña parte del libro. Cientos de páginas se sucedían después, también escritas.

«Un libro compuesto de retales —se dijo Ahmed—. Igual que el de Michob».

—Samuel. —Lo que quería preguntarle sonaba ridículo—. El libro continúa.

—Así es.

Tenía que hacerle la pregunta de una vez.

—¿Eres ese judío errante? ¿Eres Michob?

El cristiano inspiró profundo, mirando las estrellas.

Unos pasos fuera de la tienda los interrumpió. En el exterior, los recibieron un puñado de hombres armados.

El jeque estaba sobre su camello, ataviado con una armadura de cuero endurecido al ácido y labrada con adornos repujados. Sobre su cabeza llevaba sujeto un casco de bronce almidonado con un turbante blanco. La túnica también era blanca y del cinto colgaba un alfanje de excelente calidad. Un gran guerrero a ojos de cualquiera. Pero dentro del cuero, el bronce y la tela tachonada no residía un soldado.

—Acompañadnos —dijo Dan haciendo girar el camello—. Os llevaremos de vuelta a Jericó.

—No vamos a ir a Jericó —repuso Samuel—. Nuestra misión concluye en Qumrán.

—El consejo no os quiere cerca de aquí. Yo tampoco. Escoged una ciudad a vuestro gusto y os escoltaremos hasta ella. Ahí termina nuestra gratitud con el judío errante.

—Conocéis el destino de los esenios —dijo Samuel—. No eran más de doscientos judíos en la diminuta Qumrán, pero las huestes de Nerón la redujeron a escombros de camino a Masala. Un Caballero de San Juan nunca desiste de su empeño. Eso dicen, y te aseguro que es verdad. Volverán tarde o temprano, y si en esas ruinas no encuentran lo que buscan, no se detendrán. Seguirán hasta vuestra aldea y esta vez pasarán a cuchillo a todos los Ta'amireh. Brindarán mientras violan a vuestras mujeres hasta que prefieran ser putas en un burdel. La biblioteca de Qumrán lleva demasiado tiempo sin ser custodiada. Es hora de que el judío errante ocupe su lugar y lo haré con o sin vuestra ayuda. ¿Qué queréis que ensalcen las canciones Ta'amireh? ¿Vuestro honor? ¿O vuestra cobardía?

—Ningún Ta'amireh dirá que soy cobarde —dijo uno de los beduinos.

—No tenemos experiencia en armas, Micer —replicó un compañero.

—Este chico mató a dos sin sudar. Resguárdate detrás de él cuando te

tiemblen las piernas.

—Lo tenías planeado desde el principio, ¿verdad? —dijo Dan mirando a Samuel—. Antes de llegar a Ein Feshkha. Sabías que los cristianos te seguirían, y aun así llevaste tus pasos a la puerta de nuestro pueblo. Si luchamos, no será en Qumrán, sino aquí, defendiendo a nuestras familias. Ninguna canción ensalzará tu gloria, Samuel. El judío errante será veneno para un Ta'amireh. Yo me encargaré de ello.

Dan azuzó su camello. Miró a Samuel con desprecio y se alejó en dirección norte.

Sobre la grupa de los camellos se distinguían tres bultos.

—¿A dónde van? —preguntó Ahmed.

—Han decidido dónde enterrar los cadáveres. Acompáñame. Vamos a Qumrán.

Madrid. 13 de noviembre de 1939

Estimado Daniel:

He tenido conocimiento de tu interés por nuestro Opus Dei a través de tus entrañables palabras.

Espero que esta carta te aclare algunas dudas y desees honrarnos con tu ingreso. Todo hombre de Dios es bien recibido.

Me preguntas si tendrás cabida en nuestra organización. Hijo mío, aquí caben hasta los no católicos. Todos merecen el calor de nuestro corazón, pues el mundo está lleno de personas admirables, sin importar procedencia.

Dices también que eres un pecador. Pues te digo que comprendo tus miserias, pues yo mismo estoy lleno de ellas.

¿Qué es el Opus Dei? Eso te preguntas. El Opus Dei busca personas como tú, Daniel, hombres corrientes, pues la santidad no es cosa para privilegiados. Aquí no importan votos ni promesas. Solo nos ocupamos por practicar las virtudes humanas y cristianas.

Piensa que la vida es como una historia en la que todos tenemos nuestro papel, por muy humilde que sea.

Tú también.

Créeme, tienes un papel fundamental en la historia.

Esta historia no funciona sin ti.

LA BIBLIOTECA DEL GUARDIÁN

Un hilo de agua se filtraba por las grietas del techo calizo y, al amparo del silencio, se escuchaba goteando sobre las estanterías de roble.

Daniel depositó el candil junto a la puerta sin perder de vista las consternadas caras que lo observaban.

—Parece que habéis visto un fantasma —dijo caminando entre las estanterías—. Curiosa colección de libros. Me gustaría tener tiempo para leerlos todos. Vaya, acabo de caer en que ya lo he hecho.

—¿Sabías que solo hay copias del mismo libro? —dijo Bruno bajando la antorcha para que el brillo no lo deslumbrase—. ¿Lo sabías y no me lo dijiste?

—Te corrijo, Bruno. Lo sé ahora. Así que, si no os importa... ¿Podemos marcharnos? Cierta partida de soldados quiere cruzar el arroyo y sus preguntas en la fábrica de las galletas..., quiero decir, en el cuartel de la Guardia Civil, no me resulta un destino apetecible. Estoy demasiado magullado para una tortura ahora mismo. Así que... ¿Nos vamos de una vez?

La subida a El Salvador había originado un malestar en el estómago de Daniel que fue creciendo con cada bache, como si intentara cruzar el mar en mitad de un fuerte oleaje pero más brusco para su trasero.

El espectáculo que le esperó al pie del puente fue peor. La primera camioneta ya había descargado a sus ocupantes, la mitad de ellos vomitando. Él habría hecho lo mismo si un hospital de campaña no lo hubiera acostumbrado a tripas y miembros amputados.

La sensación nauseabunda se acrecentó en su estómago, no por la carnicería, sino por el temor culpable a que alguna de aquellas extremidades perteneciera a Bruno o a las mujeres. Su deseo de alcanzar el monasterio se convirtió en necesidad, como respirar o que la sangre circulara por sus venas. Todo pensamiento quedó congelado al observar la oquedad que antes ocupaba el puente de piedra.

—Apártese, por favor —solicitó un guardia civil.

Sujetaba unas ramas entrelazadas, ayudado de otro compañero. El objeto parecía rudo pero firme. Con más ayuda intentaban apoyar su extremo en el borde opuesto del arroyo. La tarea era delicada. Un mal cálculo haría que el artilugio se precipitara sobre el agua.

Un chasquido sonó cuando la escala alcanzó su posición horizontal, uniendo las dos orillas.

—Brigada, puede hacer los honores —dijo uno.

La tropa de soldados vomitadores ya había expulsado todo el líquido posible de sus cuerpos, alimentando el nutrido grupo que observaban al compañero con bigote blanco.

—¿Yo? —dijo el brigada—. Los cojones.

Entonces comenzó una entretenida discusión que los soldados más jóvenes e inexpertos estaban a punto de perder.

—Lo haré yo —dijo Daniel avanzando hacia el inicio de la escala—. Vamos, si no les importa.

Los civiles se miraron preguntándose quién era aquel hombre. Poco les importó, dando palmaditas de aliento en su espalda.

Los mareos no habían cesado cuando ya se encontraba temblando sobre el arroyo. La escala no le ayudaba gran cosa temblando ella también, como si ambos tuvieran miedo. Avanzó muy despacio, paso a paso, hasta alcanzar el otro extremo. La respiración de sus observadores se había detenido hasta verlo en pie, a salvo al otro lado. Festejaron el logro con gritos y aplausos que duraron muy poco.

Daniel se volvió hacia ellos dedicándoles un saludo de cantante de ópera tras entonar un aria brillante.

—Gracias, querido público —dijo dándole una patada a la escala.

El artilugio cayó al agua y se perdió en la espuma de la cascada. Inició mutis por el foro, hacia el interior del monasterio. En la orilla opuesta dejaba un buen puñado de estatuas de mármol vestidas de verde, con capa y tricornio.

La hermana Emilia corrió hacia Daniel. Al llegar a la altura del Cazador se lanzó a sus brazos cubriéndole la cara de besos.

—Hermana Emilia, por favor —dijo Daniel intentando no perder el equilibrio—. ¿Qué pensarán estas personas de nosotros? Recátese hasta llegar a un lugar privado.

—Más respeto, sinvergüenza —dijo Emilia dándole una manotada en el hombro—. Ni persiguiéndole Belcebú pierde un poco de bribonería.

Se abrazaron. No veían la cara del otro, pero ambos hubieran jurado que por allí corría el brillo de una lágrima.

—¡Hermana! —dijo Virginia.

Bruno la tenía retenida al fondo de la habitación. La chica tenía la punta del cuchillo rozando la piel bajo su mandíbula.

—Nadie va a salir de aquí —dijo Bruno.

Tenía los labios apretados en una mueca siniestra.

—¿Qué estás diciendo? —repuso Daniel.

—Está ardiendo en fiebre —dijo Emilia—. Es la herida la que habla por su boca, no la cabeza.

Daniel avanzó al encuentro de su compañero.

—¡Quédate donde estás o ensarto a la furcia!

El filo del metal comprimió la piel de Virginia impidiéndole tragar.

—Bruno. Recuerda nuestra misión. ¿Desde cuándo consiste en asesinar a mujeres indefensas?

—¿Por qué no me lo dices tú, Cazador? El plan era recuperar nuestras vidas. ¡Nuestras vidas, Daniel! ¿Cuánto hemos avanzado? Sigo tan lejos de volver a mi Orden como tú a la tuya. ¿O es que has conseguido el libro?

—No, no lo tengo. Pero podemos buscarlo juntos. Deja a la chica y...

—¡No, Daniel! No quiero más migajas en el suelo.

El cerebro de Bruno se desconectó un segundo mecido su cuerpo. El cuchillo siguió el movimiento, arrastrándose sobre la piel de Virginia. La sangre, negra a la luz de la antorcha, comenzó a brotar escandalosa por la herida. Le siguieron los gritos de Emilia al otro extremo, abrazada impotente a sus propias manos.

—¡Bruno! —golpeó el Cazador con su voz—. Recuerda la cueva de Qumrán. Tu mejor amigo quería agujerear la mano a un niño de ocho años y usaste tu fuerza para impedirlo. Ese eres tú. Ese, no el hombre que veo en este momento. Por favor, aparta ese cuchillo.

El Caballero adoptó una posición más erguida, alimentado por un ánimo envenenado:

—Ahora lo veo todo tan claro. Los años que pasé en la Orden, cubierto de polvo del desierto, entre piedras y libros mohosos, siempre cumpliendo sus encargos. Para ellos soy basura. Cien años de servil obediencia en la Orden de Malta y continuaría bajo ese polvo. ¿Por qué? ¿Por falta de inteligencia? Otros más inútiles se ríen en sus sillones de terciopelo. Soy basura por mi apellido. Ellos nunca verían en un Casteldolfo al compañero que siempre fui. Mis desvelos, mi dedicación a la Orden. Pero ahora será diferente. Un Caballero de San Juan nunca desiste de su empeño. Esto acabará aquí.

La energía aportada por la tela del chaleco estaba menguando en la antorcha. En pocos segundos la llama se extinguiría. Daniel era consciente de ello, viendo cómo caían guiñapos chamuscados desde la cabeza de la tea. Bruno también lo notó. Miró el fuego consumirse asfixiado, silbando una nota larga antes de apagarse y sumirlos en la penumbra.

Daniel saltó disparado hacia el Caballero.

Desde el otro extremo de la sala, Emilia intentaba descubrir lo que estaba ocurriendo. Escuchó el sonido de un trozo de madera caer al suelo y luego los gritos de Virginia. La luz del candil era tan difusa que apenas distinguía varios bultos forcejeando entre sí. Uno de ellos salió despedido hacia donde ella estaba. Retrocedió asustada hasta la puerta de salida. Entonces pudo distinguirlo. Era Bruno, tumbado sobre el suelo. El joven quiso incorporarse, apoyándose en una de las estanterías, pero volvió a caer al suelo, envuelto en libros rojos. Al levantar la vista, el Caballero se detuvo en uno que creyó susurrarle un secreto.

—Este libro con apego a buen cobijo guarda —leyó—. Inmune a viento y agua. Ni prende con el fuego.

Se levantó ayudado de una fuerza escondida en su interior.

—Está bien. Que ardan todos. Solo uno quedará.

En el otro extremo de la sala estaban Daniel y Virginia. La chica se abrazaba al Cazador como una niña se enrollaría al cuerpo de su padre.

—Si la leyenda es cierta —siguió Bruno—, solo un libro sobrevivirá a las llamas. El libro del judío errante.

El Caballero fue a coger el candil del suelo, pero unos dedos se le adelantaron, finos y largos. Emilia lo sostenía orgullosa.

—Padre Daniel —dijo la hermana mirando al Cazador con ojos vacíos—. Cuida de mi niña. Es su misión a partir de ahora. Y tú, niña querida, perdóname por todo e intenta ser feliz.

Sujetó el candil con las manos y lo levantó sobre su cabeza.

—Santa Madre, Madre Santa. Envíame tu bendición. —Inclinó el recipiente, dejando que el líquido oleoso se derramara sobre su cara, chorreando por el hábito hasta las sandalias—. Pues los pecados de los indignos habrán de purgarse en un bautismo de sangre y fuego.

El líquido se convirtió en una lengua de fuego que lamió las ropas y la carne de la mujer. Repetía su oración, más y más alto, hasta convertirse en lamentos ululantes.

Bruno intentó huir, pero el cuerpo ardiente de Emilia lo perseguía. Como si fuera un fantasma, cayó sobre él, abrazó al Caballero y ambos se convirtieron en la misma llama.

Las estanterías próximas a los cuerpos calcinados también se prendieron. El

Cazador agarró a Virginia de la muñeca, tirando de ella hacia la puerta de salida. Se diría que los libros intuyeron el movimiento humano, desvencijando una estantería que los soportaba. Con un ruido ensordecedor, los bloques de madera cayeron contra la puerta, cerrándola.

La huida era imposible.

—¡Vamos a morir quemados! —dijo Virginia mientras el fuego se extendía de una estantería a otra.

—Emilia me ha ordenado cuidarte —dijo Daniel acariciándole el cabello—. Quedaría muy mal si no lo hiciera.

Se separó de la chica con seguridad. Dio dos pasos atrás y corrió hacia el muro blanco, tras el pedestal. Le ofreció su hombro contraído y cerró los ojos.

La pared crujió. Virginia vio perpleja cómo el Cazador se incrustaba en el muro y lo atravesaba como si fuera de cartón piedra, entre restos de cemento y escayola.

Daniel perdió el equilibrio y rodó por el suelo clavándose materiales de toda naturaleza hasta acabar panza arriba mirando el techo de una cueva. Cuando recobró el sentido, levantó la cabeza para buscar a Virginia. Veía el fuego avanzando, hambriento por engullirla.

—¿Quieres convertirte en una chuleta a la parrilla? ¡Sal de ahí!

La nueva puerta de salida insufló más oxígeno en la biblioteca. Las llamas doblaron su tamaño extendiéndose al resto de estanterías. Virginia se tiró al suelo, inspirando un aire tan caliente que le abrasaba los bronquios. Tosía deslizándose por el suelo. Gateó por encima del pedestal de piedra y cruzó la pared horadada.

Daniel agarró a la chica cuando esta llegó a su altura, pero era incapaz de levantarla. Un latigazo cerca de la zona lumbar le hizo rechinar los dientes. Un trozo de ladrillo había machacado su nervio ciático paralizándole las piernas.

A esa distancia de la sala era posible sufrir los efectos del fuego. Rodeó a Virginia con su brazo izquierdo notando los pechos de la chica comprimidos bajo su mano.

«Perdona Virginia —se dijo—, pero no estamos para tonterías mojigatas».

La chica seguía tosiendo, incapaz de reaccionar. Daniel apoyó el talón de su pie izquierdo contra una muesca del suelo y ejerció fuerza contra ella ayudándose de su otra mano como si fueran las garras de un gato. Repitió la acción un par de veces hasta estar alejados.

Los dos inspiraban como si fueran el fuelle de la fragua de Odín.

—¿Cómo sabías...? —La chica se interrumpió para inspirar otra bocanada impaciente—. ¿Cómo sabías que la pared se rompería?

—No lo sabía. —La chica lo sujetó y tiró de él hasta levantarlo del suelo—.

La antorcha de Bruno se agitaba en dirección opuesta a la pared. Al fin y al cabo el Argualas es un avispero lleno de cavernas y ese rincón encalado no parecía el final de ninguna. Recemos para que las tropas nacionales olvidaran cegar esta o no tendremos por donde escapar. ¿Emilia te enseñó bien?

—¿A qué? —dijo limpiándose la mugre negra que comenzaba a chorrear por su frente.

—A rezar, criatura. Lo vamos a necesitar.

—¿Esto es todo? —dijo Virginia girándose hacia la biblioteca—. ¿Estas son las riquezas de El Salvador?

—Si existía algo que mereciera la pena ya ha desaparecido. —Daniel vaciló por un instante—. Quizá sea mejor así.

—¿Y el libro del judío?

—¿Qué ocurre con él?

—Los Monjes Guardianes lo custodiaban aquí —Daniel prefería guardar silencio hasta conocer lo que Virginia tenía que decir—. Hay un pedestal dentro de esa biblioteca, redondo, como si fuera la base que sustentara algo. Puede que no mirásemos bien.

Daniel estaba convencido de que un objeto como el libro del judío alcanzaría un precio suntuoso, sobre todo en el mercado negro de anticuarios y coleccionistas de dudosa reputación. Conocía varias docenas de ellos. Supuso que eso era lo que Virginia buscaba desde el comienzo. Ahora les urgía olvidarlo e intentar escapar.

—El libro ya es historia —dijo Daniel.

Agarró un trozo de listón, fabricó una antorcha improvisada y tomó a Virginia de la mano.

—Ahora me toca cuidar de ti.

Era casi de noche cuando alcanzaron la salida. El último tramo era tan estrecho que el Cazador tuvo que arrastrarse por la angosta abertura. Virginia lo seguía de cerca.

Les faltó llorar para parecer que la montaña acababa de parirlos a través de una cortina de arbustos taponando la entrada. En el exterior, los recibió una manta de nieve. El último de sus temores era pillar un constipado. Tumbados bocarriba, reían como colegiales agitando brazos y piernas.

—Soy estúpido —dijo El Cazador tras una chispa que encendió su cerebro—. Todo el tiempo ha estado delante de nosotros.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha estado delante de nosotros?

Daniel se acercó a Virginia y le dio un beso en la frente.

—El Libro de la Luz, pequeña.

NO SOY UN LADRÓN

—Samuel —dijo Ahmed en una pausa para beber— ¿Eres el judío errante de ese libro?

Esa pregunta acudía a él una y otra vez, sentados a las afueras de Ein Feshkha, justo antes del amanecer.

La pregunta era tan ridícula que se sentía sonrojado, esperando que Samuel le respondiera. Ser el judío del libro llevaría aparejada la inmortalidad, vivir desde hacía más de mil quinientos años.

—Sí —respondió Samuel—. Lo soy. Aunque no del modo en que piensas. Permíteme que te muestre algo.

Volvió a tomar el grueso tomo. Su cubierta brillaba a la luz del emergente sol. Lo abrió casi por el final, al comienzo de un bloque de páginas de tamaño y naturaleza regular. El inicio presentaba grandes trazos rojizos, similares a los que existían al comienzo del relato de Michob.

—Esta parte es mía —aclaró—. «Soy Samuel de Jericó, el Judío Errante, septuagésimo segundo Guardián de la Luz». ¿Quieres que continúe?

—¡Sí! —lanzó el chico.

El relato comenzaba en la propia ciudad de Jericó, donde Samuel hablaba del misterioso encuentro en un callejón de la ciudad con su predecesor, el septuagésimo primer Guardián, y concluía con la noticia de presencia de soldados en las cercanías de Qumrán. Aunque el relato concluía allí, Ahmed conocía el resto de la historia. Esos soldados resultaron ser Caballeros de San Juan. Habían descubierto el rastro de una reliquia cristiana en los montes de Judea. Encontraron a Samuel y lo torturaron hasta que les entregó el libro, pero desconocían la existencia de las cuevas y cuando quisieron torturarlo de nuevo ya había cortado sus ataduras y huido hasta acabar en Argel. Varios años después volvieron a capturarlo, pero los Caballeros no contaban con la participación de un polizón con habilidad de meterse en problemas.

—Cada Guardián debe mantener viva la leyenda —resumió Samuel—. Eso implica custodiar este libro, el Libro de la Luz, y alimentarlo con tu propia

historia. Michob marcó la senda y cada uno debemos continuarla. Recibimos el encargo y lo transmitimos con más riqueza sin olvidar la Palabra. —Ahmed no conseguía entender—. Los esenios nos confiaron su biblioteca, esos miles de pergaminos escondidos en las cuevas de Qumrán. Ese es el verdadero significado de nuestra misión, eso significa ser el judío errante. Proteger la palabra de Dios de aquellos que quieren destruirla y entregar ese legado al nuevo Guardián de la Luz. —Samuel cerró el libro y lo colocó sobre el regazo de Ahmed—. Y ese eres tú.

Pasada una hora desde esa conversación, Ahmed aun la sentía como un murmullo cercano que le acompañaba. Recordó haber cogido el libro, tocar sus páginas rugosas y decirle a Samuel la primera estupidez que se le pasó por la cabeza:

—Por favor, dime que no tendré que aprender arameo.

Qumrán quedaba muy cerca. Apreciaba el cansancio en el cuerpo de su amigo, inclinado sobre el lomo del camello. A menos de media legua se abriría un canal montañoso sobre el que estaban los muros enterrados de la ciudad en ruinas. Cerca de ella, las cuevas esperaban el regreso del judío errante, acompañado de su joven discípulo.

Samuel debía proteger los pergaminos durante el resto de su vida, transmitiendo el legado a un nuevo Guardián antes de morir. Llevaban mil quinientos años haciéndolo. Setenta y dos Guardianes cumplieron ese encargo. No podía ser tan difícil.

—Un momento, por favor —escuchó Ahmed tras él.

Samuel se había retrasado para beber un poco de agua. Miró hacia atrás y lo encontró sobre el camello, con las manos en el pelaje espeso del animal, que permanecía quieto intentando roer un objeto del suelo. Era el pellejo curtido con el agua en su interior. Se le había caído.

El cuerpo del cristiano se inclinó hacia un costado y cayó al suelo.

—¡Samuel!

Bajó de un salto. La herida del muslo quería reverdecir, punzándole desde la rodilla hasta la cadera. Corrió hasta su amigo ignorando el dolor y le tomó la cabeza. Tenía una pequeña brecha sangrante en la parte posterior.

—¡Samuel! —repitió.

Levantó el pellejo de agua y vació su contenido sobre el rostro de su amigo.

—Mi buen Ahmed —musitó—. Qué bien me vendría ser el judío errante que no muere. —Se llevó la mano izquierda debajo del hígado—. Robarles a los

Caballeros de San Juan no salió tan bien como esperaba.

Recordó la herida sangrante en su costado cuando les entregó la Espada y el Puñal del Valor.

—No me pilla de sorpresa —dijo Samuel—. Lo veía venir, pero esperaba tener algo más de tiempo. El suficiente para llegar a Qumrán.

—Verás la ciudad —dijo intentando no llorar—. Yo te llevaré.

—No. —Samuel señaló la falda de un promontorio—. Allí está la primera cueva. En el libro hay una hoja doble. —Su lengua era un trozo de tela seco—. Sigue las marcas indicadas y hallarás las demás.

—¿Cuántas son?

—Once. Date prisa. Comprueba su estado. Necesito saber si siguen selladas.

El chico dejó el pellejo con agua en el suelo y salió corriendo.

Las paredes de arcilla eran agrestes. De no saber dónde mirar, la entrada a la cueva habría pasado por la sombra de una roca. Escaló a toda prisa sobre los guijarros hasta alcanzar la entrada. Era estrecha, pero permitía el paso de una persona. No debería ser así. Según Samuel todos los accesos estaban cegados con una mole de piedras taponando el camino. Avanzó hacia el interior y se confirmaron sus temores.

Había sido saqueada. El suelo estaba repleto de trozos fracturados de vasijas y pergaminos pisoteados del tamaño de una mano.

—Dime, Ahmed —le preguntó al regresar—. ¿Está bien? ¿La han abierto?

—Está sellada —mintió—. Puedes estar tranquilo.

—Gracias al cielo. —Acarició el rostro de Ahmed con un gesto paternal—. Comprueba el resto, por favor.

Siguiendo las indicaciones del libro, encontró seis cuevas más. Las cuatro restantes estaban algo más alejadas, en dirección norte.

El saqueo de la primera cueva no tenía por qué alarmarlo. Cualquier pastor la podía haber encontrado por casualidad. El robo no obedecía necesariamente a la intervención de la Orden de Malta. Sin embargo, esa duda fue horadando su cerebro hasta que accedió al interior de la siguiente cueva. También había sido violentada y su interior limpiado por completo.

El libro había estado siete años en la fortaleza de San Elmo. Tiempo suficiente para examinarlo y llegar a la conclusión de que las marcas del pergamino doble no eran solo manchas, sino las señales que indicaban la localización de la biblioteca esenia.

Llegó a la tercera cueva. Vacía. La cuarta. Quinta. Sexta. Todas habían sido saqueadas, salvo por alguna vasija aislada y rota. Algunas cuevas eran mayores que otras. Parte de la techumbre se había derrumbado en ciertas zonas. Salió al exterior y se dirigió hacia la última cueva.

Algo le llamó la atención al estar delante de ella, excavada en una loma vertical. Era imposible acceder a su interior por medios propios, pero había una escalera de madera apoyada contra el muro. Guardó silencio para detectar algún ruido. Al no escucharlo supuso que los saqueadores se habrían olvidado la escalera. O quizá tenían pensado regresar y acabar su trabajo.

«Malditos ladrones —se dijo con una mueca cínica en su boca—. No tienen respeto por nada».

Ascendió por los peldaños hasta alcanzar la entrada. Igual que las otras, su interior estaba vacío. Siendo la cueva más cercana a las ruinas tampoco le sorprendió. Quizá los cascotes caídos del techo ocultaban algunas vasijas, pero Ahmed no tenía tiempo de comprobarlo. Lo que sí le llamó la atención fue hallar una placa de arcilla endurecida en el suelo de la entrada. Parecía haber estado colgada en algún lugar, con un mensaje grabado en ella. Los caracteres eran ilegibles, salvo por varias palabras talladas en un idioma desconocido. Tomó la placa, la introdujo en una talega que llevaba a la espalda y siguió inspeccionando la cueva.

Era de mayor tamaño que las otras, con un recodo que le impedía ver toda la galería. Al rodearlo, lanzó un grito.

Un grupo de beduinos estaba enterrando tres cadáveres.

Eso sería Qumrán para aquellos Caballeros de San Juan. Una tumba.

«Me parece justo —se dijo».

—Todas están cerradas —volvió a mentir a su amigo tras regresar con él—. Puedes estar tranquilo.

Al ver la mentira convertida en miel en los oídos de Samuel, dio por bien empleado el ardor en su estómago.

—Llévame a Qumrán, por favor —pidió el cristiano entre tosidos silbantes.

La ciudad estaba enterrada bajo la arena. Unas pocas piedras asomaban orgullosas, las suficientes para que Samuel supiera que estaba en la ciudad sagrada de los esenios. La ciudad de los Hijos de la Luz.

«Eso no falta —se dijo Ahmed—. Hay toda la luz que uno desee. Pero nada más».

La biblioteca esenia ultrajada. Su ciudad destruida. No quedaba nada que proteger allí. Pensó en su amigo Samuel, moribundo sobre el suelo y con su libro rojo abrazado. El libro sí persistía. La sangre del Nazareno. En cierto modo, era indestructible, pues existía una fuerza irracional que lo protegía. Nada mágico, sino algo con más poder: la lealtad otorgada a un amigo. Esa era la resina que mantenía pegadas sus hojas. Un poco de agua que un extraño pide a otro extraño.

Germinaba con ella una amistad y se encadenaba con eslabones de acero irrompibles. Ese era el poder del judío errante. El poder de la Sangre.

«Samuel tenía razón. Su poder es infinito».

—Acércate, amigo —murmuró el cristiano.

Mantén los ojos abiertos con dificultad.

—¿Qué hago? —dijo Ahmed.

—Reza por mí. Si lo haces con la suficiente fuerza te escucharé mientras viajo.

—No puedes morir.

—Ahora lo comprobaremos.

Había perdido a su padre. Perdió a Kar. Por todos los dioses que pudieran existir, no era justo perder a Samuel.

—Una cosa más —añadió el cristiano con una mota de voz—. ¿Qué quieres que le diga a tu padre?

Ahmed abrió el grifo de las lágrimas más dolorosas, esas que se guardan en una parte profunda del pecho. Quería decirle tantas cosas... Cuánto le echaba de menos pese a no recordar su rostro. Los amigos que había tenido y a los que amaba. El viaje realizado a bordo del mayor barco del mundo conocido. Le contaría cómo había cambiado la vida de sus tres arpilleros. La conversación daría para muchas tardes de charla.

«Padre, saluda a Samuel. Hizo por mí algo maravilloso, así que recíbelo como un hermano. Destruyó la persona que era tu hijo y fabricó otra muy diferente. Ahogó a un ladrón en mitad del Mediterráneo. Allí mismo me ahogó. ¿Y sabes lo que soy ahora, padre? Lo contrario a un ladrón».

Cerró los ojos inertes de Samuel.

«Ahora soy un Guardián».

UN PUEBLO AL PIE DEL LAGO

LENA

El primer sorbo de caldo quemó los labios rosados de la mujer. Flotando en el cuenco veía una capa aceitosa de grasa y algunas especias con las que el guiso había sido condimentado. Junto a ella, Virginia apuraba su cuenco engullendo a continuación un trozo de bizcocho de zanahoria.

—Estaba hambrienta —graznó la chica.

El anfitrión las observaba risueño atizando las brasas de la chimenea. Rondaba la cincuentena, pero aparentaba veinte años más, con una barba blanca de un palmo. Su cuero cabelludo se reducía a un cordón de pelusa alrededor de las sienes. El sobrenombre de «Ermitaño» era justo.

—Tardan mucho en volver, ¿no os parece? —dijo Lena soplando en su comida—. Llevan bastante rato fuera y es noche cerrada.

—Manuel conoce el valle —afirmó Virginia sin darle importancia—. Don Luis le hizo memorizar cada rincón antes de dejarlo caminar por la espesura.

—El Argualas tiene demasiados rincones para ser memorizados todos —dijo Luis—. Seguro que algunos se me escaparon. Pero no tema, el chico le devolverá a su marido.

Lena quiso corregirlo, pero se sorprendió ante el rubor que le producía esa confusión.

Disfrutaba de la sensación furtiva, el gozo de estar haciendo algo ilegal, prohibido, escondida en una casucha de piedra mientras un ejército recorría el monte en busca de su amado. Tardarían horas en atravesar la cortina de fuego de la biblioteca, seguir la caverna y descubrir que el conejo estaba a salvo en casa de Luis el Ermitaño, un granjero demasiado gruñón para molestarlo en mitad de la noche.

Daniel y el chico tardaban en regresar y eso sí le preocupaba. Nada de lo que fueran a buscar justificaba su desazón. Se concentró en beber del cuenco pensando en el próximo amanecer y la partida hacia Austria; pero se equivocaba,

el silencio era aún peor. Necesitaba escuchar alguna voz para enmascarar sus temores.

—¿Desde cuándo conoce a Manuel? —preguntó cortando un trozo de pan tostado.

—Desde siempre —dijo Luis—. Su padre era amigo mío. Un hermano si no fuera por tener color de piel, origen y creencias distintas. Valiente. Muy valiente. Y fuerte. Manuel heredó algo de lo primero y poco de lo segundo, pero sí que es leal, algo que no abunda hoy día.

—Puedo dar prueba de eso —dijo Virginia con una mueca taciturna en el rostro.

—Lamento que El Salvador no tuviera los tesoros que anhelabais —dijo Luis—. No hay que hacer caso a los rumores, mucho menos a las leyendas. Las riquezas de ese monasterio son de índole más oscura. Los Monjes Guardianes eran muy recelosos para sus secretos. En veinte años que les serví no extraje de ellos más que la paga de arriero y un montón de libros rojos que regalar en la misa de domingo.

—¿Conoció a los Monjes Guardianes? —interrogó Lena.

—Veinte años dan para mucho. O para poco, según parece. Nunca debí hablarle a Manuel de ellos. Temo que esa cháchara creara ilusiones en el muchacho y las habladurías de viejas charlatanas hicieran el resto. —Luis posó una mano sobre el hombro de Virginia, que seguía con las manos asidas al cuenco y la mirada perdida en su fondo—. Te pido disculpas por ello, muchacha.

—Todos tenemos una culpa acariciándonos el alma —confesó Virginia—. Joseph y yo decidimos creer en las riquezas de El Salvador, igual que Manuel quiso creer en nosotros para recuperarlas.

Lena los miraba en silencio, mordiéndose la lengua para no repetir la pregunta que había formulado media docena de veces. Sin quererlo, se le escapó otra vez:

—Don Luis, ¿está seguro de que nunca vio el libro rojo original?

—Tantas veces lo habéis preguntado que ya confundo los recuerdos. —Un perro ladró a lo lejos con voz inquieta—. Tengo muy presente las oraciones de los monjes en la iglesia, frente al altar. Me llamaba la atención que no hubiera ninguna imagen sobre él, ni siquiera un crucifijo. Hasta sus túnicas eran extrañas, completamente rojas.

—¿Todos los Monjes Guardianes murieron allí?

—Todos. Yo mismo recogí sus cadáveres, el último de ellos bajo los escombros de la capilla. El judío errante se lleve a republicanos y fascistas. Lo que allí arriba ocurrió solo podrán contarlos las piedras. —El perro seguía ladrando—. Silencio. Alguien se acerca.

Virginia se escondió detrás de Lena. La puerta se abrió y aparecieron dos

hombres. Le costaba reconocer a Daniel en la destartada figura que llevaba su cara. Tenía el pelo revuelto y grasiento, con la barba mimetizada con heridas y hematomas tan oscuros como su cabello. El traje debería ser gris claro, pero oscilaba entre el marrón y el color mugre apestosa. Junto a él estaba Manuel. Entre los dos arrastraban unos cuatro kilos de barro en los zapatos.

Llevaban algo más, como un bloque de cemento del que tiraban. Si nadie hubiera corregido a Lena ella habría dicho que se trataba de la Victoria de Samotracia, con sus alas, brazos amputados y cabeza también ausente.

—¿Qué es eso? —dijo Lena descubriendo nuevos detalles en la figura—. ¿Un ángel?

—¡Es el arcángel Miguel! —contestó con prisa Virginia.

—Habéis cometido el mismo error que yo —dijo Daniel apoyándose sobre sus rodillas para coger aliento.

—Creo haber visto esta escultura en el monasterio —dijo Luis—. ¡Sí, en la capilla derruida!

—Intuyo que antes estaba ubicada sobre un pedestal —dijo el Cazador mirando a Virginia—. Redondo, al fondo de una sala llena de libros. —La cara de la chica se iluminó—. Los Monjes Guardianes debieron intentar sacarla del monasterio antes de ver ocupado su santuario, pero fracasaron y la estatua quedó olvidada en la capilla. Por suerte el agua de Lanuza tiene por costumbre devolver aquello que le arrojan.

—¿Para qué quieres una imagen rota del arcángel Miguel? —interrumpió Lena.

—¿Desde cuándo Miguel lleva su espada con la punta hacia arriba?

—Ahora mismo no lleva ninguna espada.

—Bueno, ha conocido tiempos mejores. Además, no es una balanza lo que este arcángel llevaba en su otra mano, sino una antorcha.

—¿Entonces? —intervino Virginia—. ¿Qué arcángel es?

—Uriel. Quizá no os diga demasiado, pero también lo llaman de otra forma. —El grupo había hecho un corro alrededor del Cazador, que se sentía como pez en el agua—. Uriel, te presento a mis amigos. Amigos, os presento a Uriel, también conocido como el arcángel de la luz.

AHMED

«Soy el Judío Errante, septuagésimo tercer Guardián de la Luz», ese sería el encabezado de su relato, escrito con su propia mano en el libro rojo, aunque antes tendría que aprender a hacerlo.

Echaba de menos a su amigo cristiano. Había pasado una semana desde su

muerte, pero sentía esa herida aún fresca.

—¿Seguro que puedes pagar, chico? —dijo el anticuario.

Había acudido a él tras llegar a la ciudad portuaria de Jaffa.

Ahmed no se sentiría a salvo hasta tomar un barco que lo alejara de Tierra Santa. Pero antes tenía que satisfacer su curiosidad y conocer el significado de la tablilla de arcilla encontrada en la cueva de Qumrán. Envuelta en un trozo de tela se la ofreció al anticuario para su traducción.

Según el comerciante estaba escrita en latín.

—Que el judío errante te lleve —tradujo—. Eso es lo que está escrito. Al menos lo que puedo leer. El resto del mensaje está demasiado deteriorado. Si crees que por este trozo de barro puedo darte algo estás equivocado, muchacho. Agradece que no te cobre la traducción. Ahora lárgate de aquí.

—No quiero venderlo. Soy yo quien te ofrece dinero para que cumplas un encargo.

Ahmed colocó una pequeña bolsa repleta de metal acuñado sobre la tablilla. Tras la inspección de su contenido el anticuario transformó su desprecio en diligencia:

—¿Qué encargo necesitáis, noble caballero?

—Hay un poblado al oeste del mar Muerto llamado Ein Feshkha. Lleva esta tablilla hasta allí y entrégasela al jeque.

—¿Con algún mensaje, mi señor?

—Lo escrito en ella. Tradúzcaselo igual que a mí.

De camino al puerto, las palabras de la tablilla seguían girando sobre sí mismo. «Que el judío errante te lleve». Imaginó cómo sería el mensaje completo.

«No entres aquí, forastero —reconstruyó—. Si lo haces, que el judío errante te lleve».

Tenía que ser algo más poético, un mensaje que espantara a todo curioso del intento de saquear la biblioteca de los esenios. Pensando en ello comprobó lo absurdo de su planteamiento. Ningún mensaje era capaz de quebrar la determinación de un ladrón. Aun así, imaginó una placa de mármol con su propia advertencia escrita en ella:

«Para. Detente, forastero.

Si el aviso incumples, que el judío errante te lleve
hasta donde la luz desaparece».

Ahora está mejor, pensó. Pero tenía que seguir trabajando en la redacción final. La colocaría sobre una gran puerta, escondida bajo un edificio enorme.

Tras ella estaría custodiado su libro rojo.

«¿Cómo consiguieron mis predecesores mantener viva la leyenda?», se preguntó.

Buscó en sí mismo y allí encontró la respuesta. Hay pactos entre hombres más fuertes que ninguna ley. Eso es lo que había mantenido vivo al judío errante hasta ahora.

Ahmed creó la Hermandad de la Arpillera Quebrada a partir de la nada. Volvería a hacerlo. Esta vez no sería un grupo de ladrones intentando sobrevivir en las cloacas de Argel. Pensaba más en unos pocos hombres, unidos por el mismo lazo que lo ató a Samuel, un lazo de agua que ungiere sus manos de honor y lealtad. Escucharse a sí mismo le hacía sentir ridículo.

Con estas tribulaciones alcanzó el puerto. Ya había escogido la nave que lo alejaría de allí. También su camarote, uno decente que no supuso excesiva merma en sus reservas de oro. Disponía de botín doble, su parte y la de Samuel. Juntas sumaban el Puñal del Valor completo, la riqueza suficiente para disfrutar de una vida cómoda. Ya en el camarote distrajo el tiempo hasta la partida hojeando el Libro de la Luz, página por página. En cuatro pliegos ahuesados en su parte central estaba la sangre del Nazareno.

«Se cumplirá tu profecía —susurró a las manchas—. Un hombre errando hasta el fin de sus días. Ese parece ser tu castigo y tu bendición, Nazareno».

Desde un rincón lo observaban dos ojos de cristal. Fue un capricho necesario, el único de todos sus días vividos: una estatua de madera con un pequeño compartimento oculto en su base. La representación de Uriel era detallada, el arcángel de la luz según el tendero que se lo vendió.

«Un apodo de lo más apropiado —se dijo introduciendo el libro rojo dentro del compartimento».

Lo cerró con un leve chasquido y subió a cubierta para ver el barco partir. Le encantaba sentir la brisa ondeando los rizos de su pelo.

—¿A dónde se dirige el barco? —preguntó al verlo en el puerto.

—A Barcelona.

—¿Barcelona? ¿Dónde está eso?

—En España. Aunque antes se detendrá en otros lugares.

—España —repitió Ahmed, dejando que la palabra penetrara lentamente.

Situado cerca del mascarón de proa, vio la quilla transformando el agua en espuma blanca. Su misión comenzaría por un discurso dedicado a sus futuros seguidores.

«Algún día este Guardián morirá. Algún día otro Guardián nacerá. Puede que nos separe el tiempo, la distancia, incluso nuestras convicciones y creencias. Pero ese hombre leerá nuestro legado, leerá el libro rojo y despertará de su

sueño. Sentiré como yo sentí en una ocasión, que el mar lo engulle cuando más débil se encontraba y que al salir de él ya no queda nadie de quien fue».

Se sentó sobre el suelo de madera y comenzó a rezar.

«Entonces entenderás la verdadera leyenda del judío errante».

DANIEL

Sus dedos recorrían la cubierta de cuero rojo. Con la otra mano sostenía una taza de café. El comandante Rodrigo tenía buen gusto para el desayuno. En una mesita auxiliar Daniel había dispuesto un surtido de pastas variadas. Su estómago no estaba acostumbrado a la repostería basada en mantequilla austríaca, pero después de usurpar la preciosa casita del padre Pete no le pareció honrado quejarse.

Alargó un poco el cuello para sobrepasar la baranda del porche. Su cita ascendía en zigzag por la colina con la cabeza cubierta por un sombrero negro y un maletín en la mano. Cuando llegó a su altura, Daniel le ofreció asiento junto al suyo, que rechazó con impertinencia.

—Traes la cara descompuesta —dijo Daniel ofreciéndole también la bandeja de pastas—. La subida es demasiado empinada, pero las vistas del lago merecen la pena, profesor.

—Me pone de peor ánimo volver a verte, Cazador.

El profesor Sukenik lo miraba a través de sus gafas con cristales redondeados. Un ardor vibraba a través de ellos, un odio que hundía a Daniel en la vergüenza.

—Siéntese, por favor —le pidió.

Sukenik accedió de mala gana.

—¿Esto también forma parte del engaño? ¿No te burlaste lo suficiente en Jerusalén que necesitas hacerlo otra vez?

—¿Hubiera venido si mi nombre figuraba en la invitación?

—No. Nunca.

—Considérela una mentira pequeña cuando le entregue mi disculpa.

—Una chica muerta me impide aceptar nada que venga de usted.

Sukenik se levantó, iniciando la marcha.

—¿Ni siquiera una disculpa que reconstruya su país?

Daniel había formulado la pregunta alargándole un par de imágenes. El profesor sintió curiosidad, recolocando las gafas en su nariz.

—¿Qué es esto?

—Un mapa, inserto en un grueso tomo que espero que me ayude a traducir. Nunca se me dio bien el arameo, pero confío plenamente en usted para ello.

—¿Quieres que te haga de traductor? ¿Esa es tu disculpa?

—Y con ello tendrá la biblioteca de los esenios, en Qumrán. O lo que quede de ella. Once cuevas marcadas en estas imágenes que concederá fundamentación histórica a las pretensiones territoriales de Israel. Esas fueron sus palabras en la universidad de Jerusalén.

Sukenik tenía una mirada hambrienta suspendida en las dos imágenes. Mientras, su cuerpo se deslizaba hasta ocupar el asiento donde permanecería las próximas cuatro horas.

Sobre el mediodía, Daniel acompañó al profesor hasta el único hotel de Hallstatt, dejándolo registrado y con la mesa servida en el coqueto restaurante de la planta baja.

Las horas habían pasado rápidas. Lena estaría impaciente. La encontró frente a un puesto de flores del mercado, sin terminar de decidirse entre dos macetas. Estaba custodiada por dos jóvenes, un muchacho de piel oscura y una chica con ojos grandes y redondos.

Virginia estaba encantadora con su embarazo de siete meses, pero los ojos del Cazador se detenían un poco más lejos, en la rubia de treinta años con una maceta en cada mano.

Al notar su presencia los tres lo saludaron. Lena también, levantando las plantas en el aire.

Tras el almuerzo decidieron dar un paseo por la calle principal. Daniel y Lena lo hacían cogidos de las manos, como si fueran un par de enamorados que acabaran de casarse. Tras ellos, Virginia y Manuel señalaban en todas direcciones entre carcajadas y frases dichas al oído.

«Lo intentaré, hermana Emilia —se dijo Daniel viendo a la chica sonreír—. Le prometo que lo intentaré».

—En qué piensas —preguntó Lena con un pequeño empujón—. Otra vez con la mente puesta en aquel monasterio. Voy a empezar a tener celos de él.

El sonido de la cascada cercana sonaba procedente de la montaña de sal petrificada. Inspeccionando una de sus laderas, Daniel reconoció la entrada a una mina.

—Dime, Cazador. ¿Vas a olvidar de una vez al judío errante?

—¿Olvidarlo? Es el momento de hacerle caso.

—Me lo temía —dijo acurrucada junto a su hombro.

Daniel volvió a mirar la montaña, adivinándola atravesada por profundas galerías. Cualquier leyenda crecería bien en ellas.

En 1965 se inauguró en Jerusalén el Santuario del Libro, construido para albergar los siete primeros rollos descubiertos en Qumrán.

Sus palabras, que volvieron a ser leídas por ojos humanos dos mil años después de que fuesen escritas, devolvían los «Hijos de la Luz» a la historia.

Adolfo D. Roitman
Director del Santuario del Libro
Museo de Israel, Jerusalén

NOTA DEL AUTOR

El guardián del libro rojo es una novela de ficción.

El corazón de esta historia comenzó a latir hace cinco años, a través de un libreto teatral titulado *La leyenda del judío errante*. Esta obra de teatro se centra en algunos de los sucesos narrados y que ocurren íntegramente en el monasterio de El Salvador. Con el tiempo, la historia creció por sí sola dando lugar a una aventura más amplia que necesitaba ser plasmada fuera de los límites de un escenario. Así nació este libro.

A pesar de contener gran cantidad de datos históricos, estos son solo el marco donde la historia se desarrolla. Muchos de ellos han sido deformados durante el proceso creativo hasta ser irreconocibles o directamente falsos.

La leyenda protocristiana del judío errante es de sobra conocida, aunque no existe ninguna relación entre ella y la Orden de Malta, el Opus Dei, Lanuza o la tribu Ta'amireh.

Los Caballeros de San Juan existen, así como su orden hospitalaria, sin embargo, todos los datos y referencias aparecidos en esta novela sobre ellos proceden de la imaginación del autor, a excepción de elementos históricos, como su nombre, sede (su fortaleza es real) o nombres de sus grandes maestros. El uso de esta organización en la novela se debe a una función puramente dramática y de contexto histórico.

La misma anotación anterior se extiende al Opus Dei. No existe relación entre la prelatura y cualquier actividad o hecho narrados en *El guardián del libro rojo*.

La tribu Ta'amireh también es real, así como su asentamiento, Ein Feshkha, el cual es visitable hoy día. La relación entre la tribu y la leyenda del judío errante o cualquier dato expuesto aquí y relacionado con el «libro rojo» es ficticia. El descubrimiento de los pergaminos de Qumrán a manos de un pastor beduino perteneciente a esta tribu es verídico, teniendo lugar de un modo similar al descrito.

La aldea de Lanuza se ubica cerca de la estación de esquí de El Formigal, en Sallent de Gállego. Un embalse cubrió la aldea, engullendo muchas de sus casas. Entre los edificios que quedaron sobre el agua se encuentra la iglesia de San Salvador, aunque esta no se encuentra en el monte Argualas, sino en el interior de la propia aldea. La elección de esta localidad es meramente contextual. Las leyendas de la zona, así como referencias a maquis y sucesos de la Guerra Civil en el valle de Tena, pese a tener un trasfondo histórico, son fruto de la imaginación del autor.

Las ruinas de Qumrán es otro de los enclaves que pueden ser visitados hoy

día. Los esenios habitaron esta ciudad, según describen los llamados *Manuscritos del mar Muerto*. En la ciudad de Jerusalén se halla el Santuario del Libro, donde se conservan los siete rollos de manuscrito encontrados bajo las más sofisticadas técnicas de conservación que existen hoy día. El museo tiene una forma exterior que aparenta ser una de las vasijas donde fueron encontrados, iluminado por una poderosa luz solar. A su lado se ubica un bloque de piedra negra que simboliza las tinieblas.

La discusión acerca de si Jesús fue un judío esenio o no sigue abierta en la actualidad.

Primera edición: septiembre 2018
© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculo rojo.com
info@editorialcirculo rojo.com

© Juan Castilla Mora

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Fotografía de cubierta: Depositphotos
Diseño de portada: Editorial Círculo Rojo.
Maquetación: Editorial Círculo Rojo.

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-1304-362-3

DEPÓSITO LEGAL: AL 2162-2018

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de

grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

ÍNDICE

El guardián del libro rojo

HECHOS:

PRIMERA PARTE

EL CAZADOR

LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO

LA CAZA DEL LOBO

QUE EL JUDÍO ERRANTE TE LLEVE

LA ARPILLERA QUEBRADA

EL SUEÑO DEL VINO

LA VENGANZA DEL SULTÁN

PROMESAS DE UN CORSARIO

EXPEDIENTE SAN CLEMENTE

SUSURROS EN EL HIELO

HISTORIAS PARA DORMIR

ENCUENTROS

SEGUNDA PARTE

UNA TAZA DE CAFÉ

GUÍA DE SUPERVIVENCIA DEL BUEN LADRÓN

RUMORES DE TABERNA

EL RUGIDO DE UN ESCLAVO

UN PAÑUELO MUY PEQUEÑO

EL PRISIONERO

UNA OVEJA MUY LANUDA

EL MAYOR BARCO DEL MUNDO CONOCIDO

BRASAS CON OLOR A BREZO

ATANDO CABOS

LA ESPADA DE DIOS

CAÍDA DE LOS ARPILLEROS

LOS MONJES GUARDIANES

LA MATRIARCA BARBUDA

UN ACTO DE FE

TERCERA PARTE

UNA MADRIGUERA MUY PROFUNDA

LA FORTALEZA DE LOS CABALLEROS HOSPITALARIOS

CAÍDA AL ABISMO
EL VALOR DE UNA ESPADA
NADIE PERTURBE SU DESCANSO
EIN FESHKHA
LA MEJOR DEFENSA
PRIMERA LECTURA
HURGANDO EN EL PASADO
SEGUNDA LECTURA
EL CORAZÓN DE LA MONTAÑA
TERCERA LECTURA
LA BIBLIOTECA DEL GUARDIÁN
NO SOY UN LADRÓN
UN PUEBLO AL PIE DEL LAGO

NOTA DEL AUTOR

Primera edición: septiembre 2018